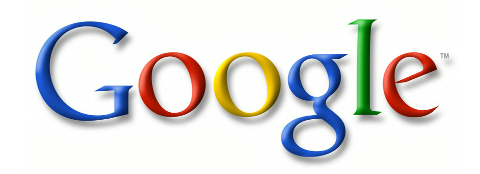
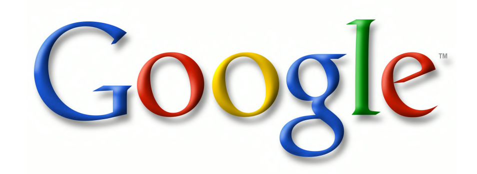
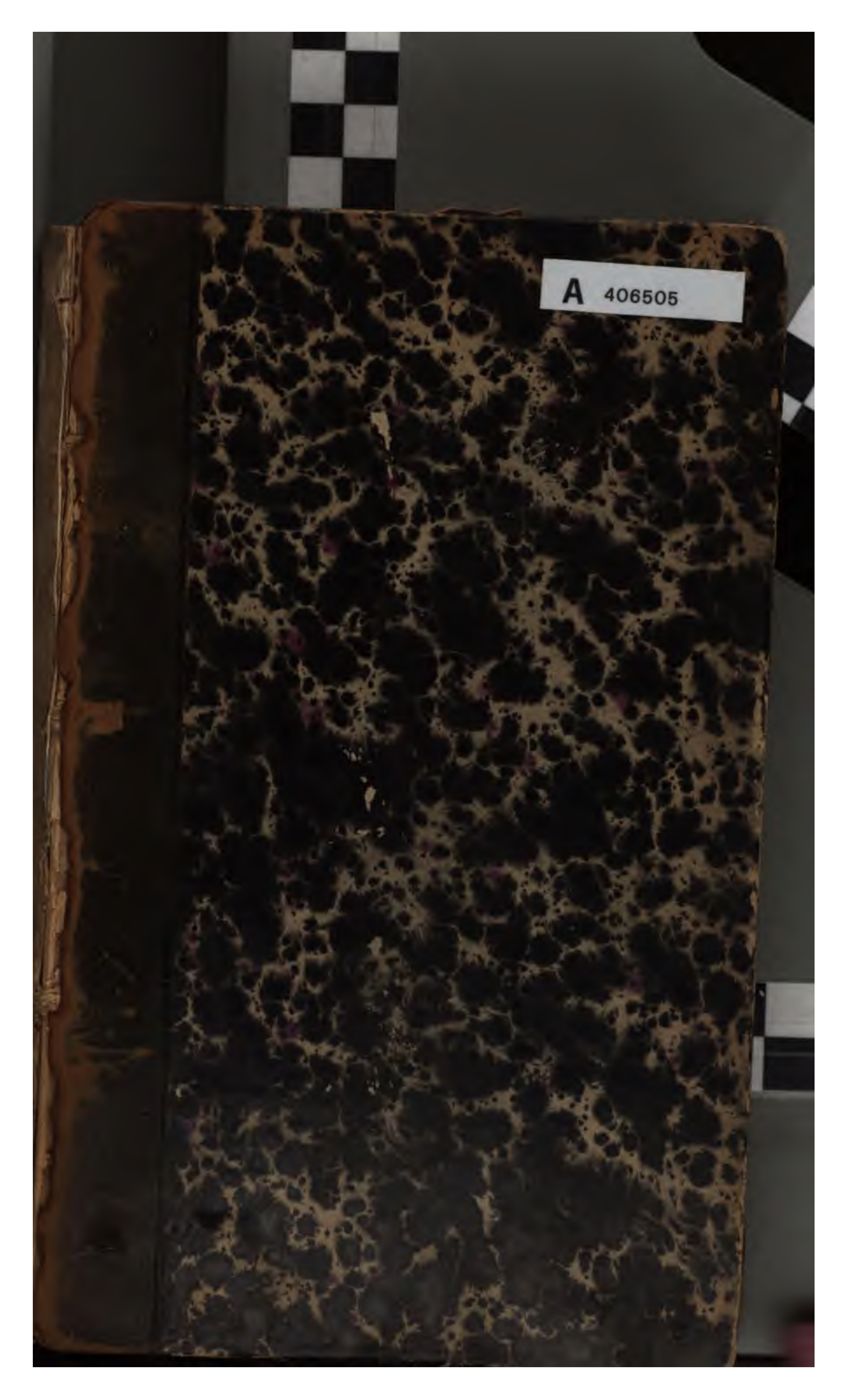
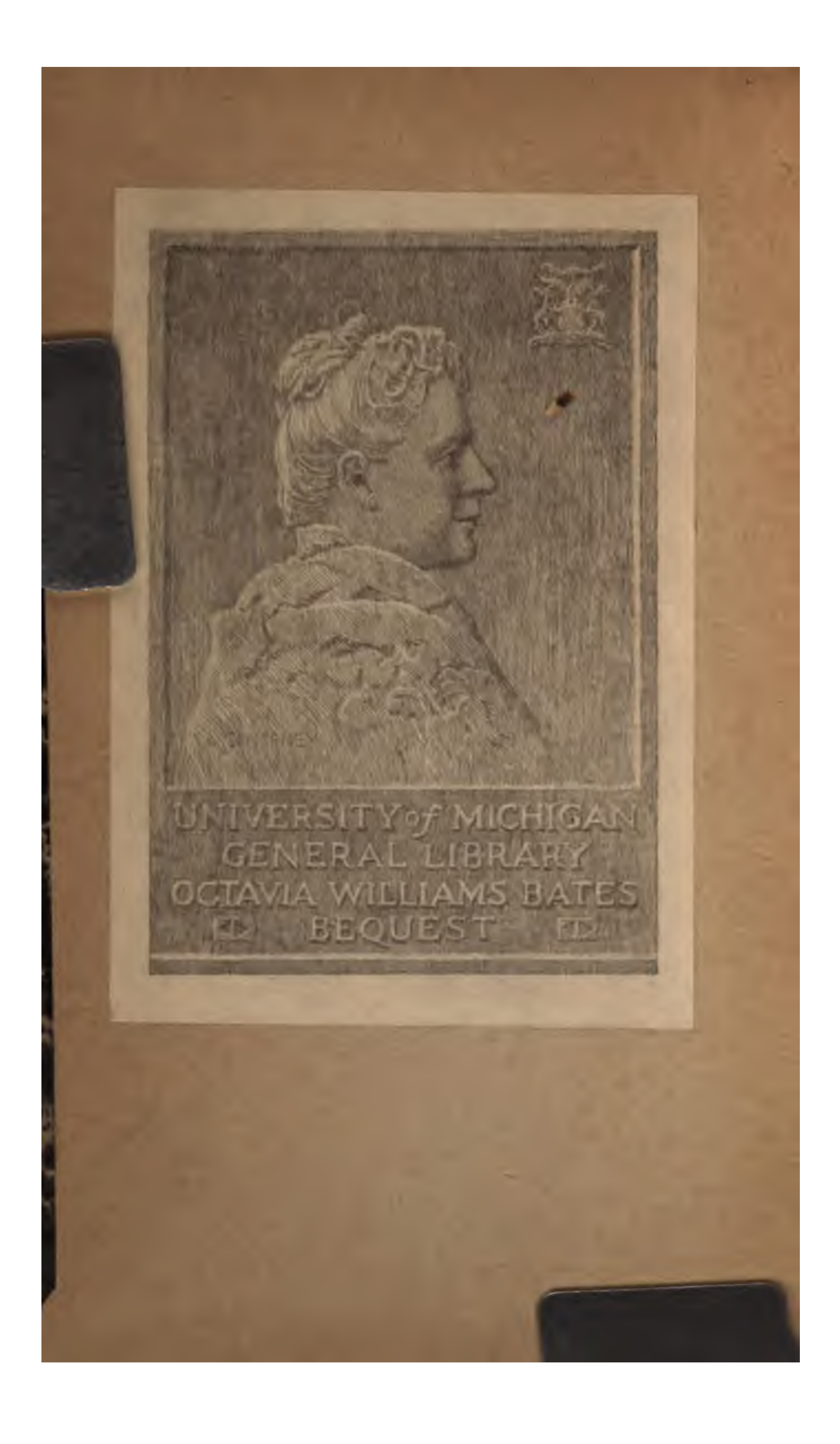

Google


Google


A 406505


UNIVERSITY of MICHIGAN
GENERAL LIBRARY
OCTAVIA WILLIAMS BATES
BEQUEST


F
3058
.G28
v. 6

PARIS.— EN LA IMPRENTA DE E. THUNOT Y C^a,
calle Racine, 26, cerca del Odeon.

HISTORIA

FISICA Y POLITICA

DE CHILE

SEGUN DOCUMENTOS ADQUIRIDOS EN ESTA REPUBLICA
DURANTE DOCE AÑOS DE RESIDENCIA EN ELLA

Y PUBLICADA

BAJO LOS AUSPICIOS DEL SUPREMO GOBIERNO

POR CLAUDIO GAY

CIUDADANO CHILENO,
INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES CIENTIFICAS NACIONALES Y ESTRANJERAS
CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR.

HISTORIA.

—

TOMO SEXTO.



PARIS
EN CASA DEL AUTOR.

CHILE
EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE SANTIAGO.

—

MDCCCLIV

HISTORIA

DE CHILE.

CAPITULO XXXIII.

Estado de los ejércitos y de la provincia de Concepcion cuando O'Higgins fué elevado al poder militar. — Reformas que hace este jefe. — Liberalidad del plenipotenciario Cienfuegos con los prisioneros de Carrera. — Su vuelta á Talca.—Tendencias sediciosas de los partidarios de los Carreras y disposiciones del gobierno con este motivo.— Principio de federacion en la provincia de Concepcion y su fin.— O'Higgins es nombrado intendente de la provincia.— Desea separar á los hermanos Carreras del teatro de la guerra. — Sintomas de mala intelijencia entre O'Higgins y Carrera y principio de los dos partidos á que estos dieron nombre.

El teatro de la guerra fué constantemente, desde la invasion de Pareja, la provincia de Concepcion en grave daño del país y de sus habitantes. Estenuados de fatiga los patriotas por los temporales, las continuas marchas y la falta frecuente de víveres y caballos, no es de estrañar que la mayor parte de ellos olvidasen sus deberes y fácilmente se entregasen á la indisciplina, que es el síntoma mas significativo de la próxima ruina de un ejército. El de que tratamos se componia, como antes hemos visto, de elementos completamente heterojéneos : habia en él pocos veteranos y muchos milicianos, los cuales como soldados temporeros, no podian tener ni el entusiasmo, ni la resignacion, ni la disciplina de aquellos,

y de aquí la demoralizacion en las filas, la violacion de las leyes en administraciones que estaban exhaustas de recursos y el desórden en todo (1).

No era mucho mejor la disciplina de los realistas. Entre estos habia tambien muchos nacionales, que como de costumbre eran poco á propósito para la guerra. A pesar del entusiasmo que el clero y los frailes franciscanos procuraban inspirarles, no era grande el fervor que tenian por su causa, y en todos sus actos manifestaban una secreta tendencia á la desercion. Para remediar tan grave desórden y evitar en lo posible toda seduccion, Sanchez, luego que se levantó el estado de sitio, empleó parte de sus tropas en cortas espediciones militares, enviándolas por destacamentos contra el enemigo y consiguiendo de este modo que tuviesen una vida ajitada y aventurera, que es lo que da el ser á un ejército y forma el alma del soldado. De estas guerrillas se hicieron notables las de Lantaño, Elorriaga, Urréjola, Barañao, Paulo Asenjo, Castilla y otras por su audacia y su actividad en perseguir los convoyes de los patriotas y atacarlos hasta en sus atrincheramientos. Tal fué el oríjen de las numerosas escaramuzas, que á la larga despertaron en el corazon de ambos partidos una pasion violenta de odio y de animosidad, causa de todas las guerras de represalia que produjeron la ruina del país.

Lo mas sensible en semejante lucha era que la devas-

(1) O'Higgins decia al gobierno en una comunicacion oficial: « Las tropas de estas divisiones se hallan desnudas, mal pagadas y con créditos pendientes á su favor, de que resulta á primera vista un aspecto poco satisfactorio. Víveres ningunos, caballos para entrar en la accion menos, etc. » En carta particular escrita á su amigo el vicario castrense don Casimiro Albano, se espresaba en estos términos: « V. conoce la situacion lamentable en que se encuentra nuestra fuerza armada, que no me atrevo á llamar ejército, porque nada veo en su material y moral que merezca este nombre. »

tacion de esta provincia desgraciada se consumaba alternativamente por dos ejércitos compuestos en su mayor parte de soldados que habian nacido en ella, que muchos habian estado unidos con los lazos de la amistad y algunos lo estaban con los vínculos del parentesco. Por parte de los realistas, preciso es confesarlo, el deseo de venganza no era ni tan profundo ni tan jeneral : habia en ellos mas reserva, mas moderacion, porque estando provistos de lo necesario, obraban solo contra el enemigo, nunca contra la propiedad, á menos que las circunstancias lo exijiesen : les dominaba ademas una influencia esencialmente relijiosa y estaban mandados por oficiales entendidos y bien disciplinados. No sucedia lo mismo por parte de Carrera, á quien la junta gubernativa, sea por impotencia, por inercia ó quizá por cálculo, habia casi abandonado á sus propios recursos, obligándole de este modo á hacer continuos pedidos á los habitantes de la comarca, ya llenos de ansiedad y de desconfianza en el porvenir. Porque á pesar del cuidado que ponia en la eleccion de las personas encargadas de ejecutar sus órdenes, á pesar del rigor que desplegaba en ciertas ocasiones contra los autores de algunas exacciones, quiso la fatalidad que los mismos oficiales que merecieron su confianza abusaron de su posicion y contribuyeron con su sed de riquezas á agravar los males de la guerra, y á sumerjir la provincia en un estado tan deplorable, que tenia que pedir víveres á Valparaiso la que habia provisto antes á esta ciudad de grandes depósitos. Todo esto contribuyó poderosamente á enajenar las voluntades del país, á aumentar el número de los enemigos de la patria, y hasta á producir numerosas defecciones entre los que Rosas habia sometido por el ascendiente de su jenio y

que movidos de un sentimiento de verdadero patriotismo se habian unido al partido de la revolucion.

Tal era el estado de las cosas cuando O'Higgins tomó el mando del ejército. Su mision era escabrosa, difícil, pero no superior á sus fuerzas. Poseia en alto grado lo que es muy necesario en una revolucion, el sentimiento del propio deber; y reuniendo las dos cualidades que constituyen la fuerza de un soldado, es decir, el valor que emprende y la voluntad que persevera, no debia serle difícil ganar las simpatías de un ejército que tantas ocasiones habia tenido de apreciar su intrepidez y su sangre fria, y de desarrollar en él el espíritu de cuerpo, esta gran virtud guerrera que el desórden habia estinguido casi del todo. Natural y vecino de la provincia de Concepcion, donde era dueño de vastas propiedades, tenia tambien derecho á la estimacion de sus conciudadanos, porque estos estaban acostumbrados á vivir en su sociedad y á apreciar su carácter jeneroso y desinteresado, de que tenia dadas repetidas pruebas ya renunciando su sueldo, ya haciendo donativos de gruesas sumas de dinero, ya mermando considerablemente el numeroso ganado de sus haciendas para dar de comer á los soldados y para proporcionarles caballos.

Tan brillantes cualidades unidas á un ardiente patriotismo y á la firmeza de principios, no dejaban notar la falta de esperiencia que en mucho mayor grado que él poseia su antecesor, quien en cambio carecia de aquella bravura atrevida que en último resultado es la que distingue al verdadero jeneral, sobre todo en guerras de tan escasa importancia.

Como la junta le habia revestido de plenos poderes, lo primero que hizo fué dar nueva organizacion al ejér-

cito y nombrar jefes con quienes pudiese contar. Dió el mando del cuerpo de dragones y del de húsares de la victoria á Rafael Anguita, el de granaderos á Enrique Campinos, puso la guardia nacional á las órdenes del capitan don José María Benavente y reformó en gran parte el plan de don Miguel Carrera. Semejante política era quizá necesaria para hacer odioso este jeneral á los ojos del soldado como se le habia hecho ya á los del público, á lo que contribuyó mucho el cura Cienfuegos, quien no se contentó con desaprobar por su parte la organizacion del ejército, sino que hasta mandó poner en libertad á mas de doscientas personas entre hombres y mujeres que la justa severidad de Carrera tenia detenidas en las prisiones ó en los pontones de Talcahuano, en Tumbes y en la isla de la Quiriquina.

Esta gran liberalidad del plenipotenciario que visiblemente aspiraba á la reputacion de clemente, no mereció la aprobacion de todos los patriotas, porque entre los prisioneros se contaban muchos criminales y de estos algunos tan infames que habian conspirado á favor de ambos partidos, por lo cual eran mas culpables y mas temibles. En su natural sencillez, el buen padre, como le llamaba Carrera, creia que bastaba un simple juramento de fidelidad para atraerlos, sin reflexionar que semejantes ligaduras son superfluas entre hombres honrados, y completamente inútiles cuando se trata de perjuros que han dado pruebas de infidelidad. O'Higgins, que conocia mejor el corazon humano, era uno de los descontentos: queria una amnistía, pero no tan jeneral y tan completa, porque opinaba que la jenerosidad llevada al esceso es siempre funesta á las revoluciones. En esta ocasion como en otras muchas, conoció que á pesar de la

influencia de Cienfuegos en una provincia en que era muy querido y estimado, sus inconsecuencias podrian ser perjudiciales al restablecimiento del órden y determinó alejarlo de allí. So pretesto de una conspiracion de Carrera y de que su voto era necesario en la junta, le hizo partir el 6 de febrero para Penco viejo y el 10 para Talca escoltado por un destacamento de ochenta soldados, privándose así de un ausiliar sumamente precioso que con los medios que le daba su santo ministerio hubiera podido separar la causa realista de la causa relijiosa, estrechamente ligadas y confundidas en la mente de aquellos buenos campesinos.

Luego que O'Higgins quedó de único jefe en Concepcion continuó sus reformas, procurando dar nueva organizacion á su pequeño ejército. Aunque mas reservado que Cienfuegos en atacar los actos y proyectos de Carrera, no usaba menos que aquel la segur siempre que podia hacerlo sin comprometer á las claras su delicadeza. Los partidarios de Carrera, que aun eran muchos, no veian con indiferencia estos actos de hostilidad. Si la proclama de la junta no les habia agradado, menos podia ser de su gusto la del nuevo jeneral, quien con maligna intencion insertó en ella algunos pasajes de la del virey del Perú á los Chilenos, en que los dos hermanos mayores eran tratados de jóvenes caprichosos, lijeros y licenciosos, y acusados como autores de la ruina de la provincia. Llenos de indignacion murmuraban contra el nuevo estado de cosas, y el acto de deponer Carrera su poder lo consideraban, no como la desorganizacion de su partido, sino como una simple necesidad del momento que habia de desaparecer bien pronto. Empezaban á olvidar por otra parte ellos y muchos de sus soldados el carácter turbu-

lento de su jeneral, y confiaban en poder sublevar con el tiempo á fuerza de celo y de actividad el ejército y hacer una la suerte de este y la de su verdadero jefe para abrirle así el camino, imponérselo segunda vez y que apareciese á sus ojos con la aureola y el prestijio de una víctima. Con objeto de cortar este funesto resultado y quizá una guerra civil, la mayor de todas las calamidades en aquellas circunstancias, se hicieron las reformas, destituyendo á ciertos oficiales, destinando otros á Talca con el pretesto de que organizasen un cuerpo de reserva, y favoreciendo de todas maneras á los enemigos de Carrera, especialmente á los que por su audacia ó por sus resentimientos eran los mas á propósito para menoscabar su reputacion. Entre los últimos se contaban algunos militares y no pocos paisanos que habian sido perseguidos por realistas ó por contrarios á su partido, y otros como Miguel Zañartu, el presbítero Isidoro Pineda, Fernando Urizar, Antonio Mendiburu, y Santiago Fernandez, que siempre desaprobaron la severidad que desplegó contra sus conciudadanos y la tolerancia que tenia con los escesos de sus soldados. Como las personas citadas pertenecian á las primeras clases de la sociedad y las conocia mucho O'Higgins, formaron desde luego su principal círculo y no tardaron en ser sus mas íntimos consejeros.

Otro motivo de temor para el Gobierno era una junta que habia en Concepcion nombrada por los vecinos, é igual casi á la de Santiago en la naturaleza é importancia de sus atribuciones. No fué otro el oríjen de semejante junta que los antiguos zelos ambiciosos, de que ya hemos hablado, que la provincia de Concepcion tenia de la de Santiago y que la arrastraban por instinto á ser independiente de esta en administracion y en política. La

junta de Talca no podia ver con indiferencia el principio de un federalismo que con razon consideraba como un elemento de gran desórden, y se propuso disolverla, no valiéndose de amenazas ni mucho menos de violencias que la hubieran colocado en un grave conflicto, sino ganando con habilidad algunos de sus miembros y ofreciéndoles empleos á la par honoríficos y lucrativos. Con este sistema y separando algunos de sus miembros esta asamblea llegó á disolverse por sí misma, reemplazándola el Gobierno con una intendencia igual en todo y por todo á la que existia en la época del sistema colonial. Como era de razon, O'Higgins fué nombrado intendente.

A pesar de tantas reformas restaba todavía una cosa que hacer y era alejar todo lo posible á los hermanos Carrera del teatro de la guerra, donde su presencia era un foco perenne de desórden y de conspiracion. Juan José habia marchado en los mismos dias que Cienfuegos llevándose siete mil pesos de sueldos atrasados, pero los otros dos continuaban en medio de unos soldados insubordinados, siempre dispuestos á la rebelion y que abandonaban sus banderas con un atrevimiento que el temor al castigo no era bastante á contener. La junta no cesaba de hablar de esto á O'Higgins, manifestándole que era necesaria la marcha de los dos hermanos Carrera para restablecer el órden, que les hiciese saber estas medidas garantizándoles la conservacion de sus títulos y asegurándoles que irian al estranjero encargados de misiones de alta importancia, y que en caso de resistencia emplease la fuerza. Como lo que se queria era un destierro y no era regular que Carrera quisiese pasar por esta humillacion, rehusó lo mismo que sus hermanos la mision que se les ofrecia, prometiendo retirarse á su hacienda de San

Miguel tan pronto como rindiese sus cuentas y terminase el inventario de los útiles y pertrechos de que era responsable, pues tenia grande interés en ponerse á cubierto y hacer ver á sus enemigos que los gastos habian sido muy módicos y muy inferiores á lo que debieran. En este intervalo su posicion respecto á O'Higgins fué la de simple amigo, pero la amistad era en ambos aparente, porque al uno le hacia traicion un vivo sentimiento de amargura y al otro ese espíritu de temor y desconfianza que caracteriza á los jefes revolucionarios elevados repentinamente al poder, y que les inclina siempre á pensar mal y á suponer torcida intencion en sus adversarios. El antagonismo, como era consiguiente, no tardó en manifestarse á las claras. Reducido en un principio á meras impresiones de la rivalidad y del amor propio, sin que el desacuerdo llegase al corazon, tomó bien pronto la impetuosidad del odio y la venganza y acabó por producir los dos partidos de Carreristas y O'Higginistas que las circunstancias agitaron de una manera tan dolorosa y que el tiempo, los adelantos y la paz no han estinguido del todo en el país.

CAPITULO XXXIV.

Posicion de los dos ejércitos. — Miguel Carrera propone inútilmente la toma de Arauco. — Llegada á Chile del brigadier don Gabino Gainza y de un refuerzo de tropas. — Parte para Chillan y despues para Quinchamali. — O'Higgins se ve rodeado de realistas por todas partes.—Principio desgraciado de su mando. — Miguel y Luis Carrera se dirijen á Santiago con varios amigos y son hechos prisioneros por los soldados de don Clemente Lantaño. — Toma de Talca por Elorriaga. — Muerte del coronel don Carlos Ispano.

Las disensiones entre los oficiales jenerales del ejército de los patriotas y la indisciplina y desercion de sus soldados, estimulaban el entusiasmo de los realistas y les infundian confianza para emprender continuas espediciones, que mandaban oficiales celosos, entendidos y valientes. Los misioneros franciscanos por su parte no perdonaban medio, segun costumbre, para que fermentase el sentimiento relijioso que conduce á la exaltacion, y ya en el confesonario, ya en el púlpito y á veces hasta en proclamas, se aprovechaban de la ignorancia supersticiosa del pueblo y apelaban á su fidelidad como á un principio de derecho natural, divino y humano (1). Su accion no se limitaba á la ciudad de Chillan, sino que recorrian una gran parte de la provincia y hasta se arriesgaban á penetrar en las poblaciones indias para interesar la barbarie en su causa y servirse de ella como fuerza brutal contra un país ya medio arruinado, impru-

(1) El confesonario y púlpito de los misioneros eran bandera de enganche, etc. Documentos de la historia manuscrita de Martinez. — Véanse tambien los documentos sobre la guerra de la independencia por el reverendo padre frai don Juan Ramon, guardian del colegio de Chillan, en que estos misioneros de paz relatan detalladamente con una satisfaccion particular todo lo que hicieron en favor del ejército real.

dencia que ya hemos desaprobado y que lamentamos mucho verla cometida por una clase de la sociedad que tiene por guia los mas puros sentimientos humanitarios, y que mejor que ninguna otra deberia conocer los inconvenientes que llevaba consigo el despertar la codicia feroz de estos salvajes.

De su mediacion se valia Sanchez para enviar sus correos y mantener una correspondencia mas ó menos espedita y siempre muy espuesta, porque las cartas tenian que atravesar un vasto territorio habitado por tribus de diferentes bandos, frecuentemente en no muy buena armonía y por lo regular enemigas de los españoles. Así es que la posesion de Arauco era para él de la mayor importancia, pues por de pronto le aseguraba un punto de comunicacion con las autoridades de su partido, y mas tarde un sitio de desembarco para las tropas que habia pedido y que esperaba con grande ansiedad. Porque á pesar de que hasta entonces se habia sostenido con honor y con una cierta satisfaccion, no dejaba de conocer que en el aislamiento y abandono en que se hallaba desde la pérdida de Talcahuano, no podria resistir mucho tiempo á los patriotas, si no recibia pronto los ausilios que sin cesar reclamaba á Valdivia, Chiloe y sobre todo á Lima, centro principal de todas las operaciones de la mar del Sur.

Don José Miguel Carrera conocia muy bien la situacion embarazosa de Sanchez y las ventajas que podia sacar de la ocupacion de Arauco. Su primer pensamiento fué, pues, reconquistar esta plaza, y al efecto comisionó á Urizar, quien, como ya hemos visto, solo llegó hasta el rio Carampangue, que no pudo pasar. Este contratiempo no le detuvo. Sabiendo que ademas de la fuerza del

enemigo, mucho mas numerosa de lo que pensaba, tenia que combatir á los habitantes de todo el país que formaban causa comun en su resentimiento por tantas exacciones como habian sufrido, creyó indispensable ir en persona con todas las tropas de Concepcion, acampadas de su órden con este objeto en el cerro de Chepe. La junta gubernativa, que era la que debia suministrar todo lo necesario para esta espedicion, se hizo sorda al principio á las proposiciones de Carrera, y acabó por desecharlas so pretesto de que Sanchez podia aprovechar su ausencia corriéndose hacia el norte y apoderándose de la capital, en la que habia pocas tropas, muchos realistas y frios ó mentidos patriotas. Carrera tuvo, pues, que desistir de su proyecto ó por lo menos aplazarlo para época mas favorable, considerando siempre esta conquista como preliminar indispensable de sus futuros triunfos. Desgraciadamente la desunion que por esta época trabajaba á los dos poderes y poco despues la precision en que se vió de dimitir el mando paralizaron todos sus esfuerzos y los hicieron completamente inútiles, sin que se aprovechase de ellos su succesor, quien mas conocedor que la junta, estaba en el caso de calcular su gran importancia. Pero á O'Higgins le preocupaba demasiado en estos momentos su nueva posicion para que pensase en semejante conquista cuando tenia que atravesar todas las tempestades que suscita un partido vencido, que cuenta con una gruesa fuerza y gran prestijio; y aunque sabia que Carrera tenia muchos enemigos en Concepcion, hasta el punto que una noche le salvó de los puñales que le asestaban viles asesinos (1), y por mas que se hubiese reducido mucho el número de sus

(1) Conversacion con el señor O'Higgins.

partidarios, todavía habia entre estos algunos de carácter inquieto y que escitados por la presencia de sus jefes ó quizá por sus conversaciones y sus consejos, se propasaban á algunos actos de insubordinacion poco tranquilizadores para su porvenir y para el del ejército. Sabian ademas que á ciertos cuerpos de este ejército se les estaba continuamente hablando en favor de Carrera, que la desercion se favorecia de mil maneras y que solo se esperaba ganar algunos batallones para marchar sobre Santiago y deponer la junta gubernativa reemplazándola con un nuevo poder. Todo esto contribuia á que la posicion de O'Higgins fuese tan difícil como equívoca y á que gastase el tiempo en desbaratar estas peligrosas intrigas, contentándose con hacer algunas reformas útiles á su partido y dejando á un lado la conquista de Arauco, cuyas ventajas no desconocia, y á la que fué impulsado por la junta gubernativa, la cual se decidió al fin cuando supo que iban á llegar tropas realistas á las costas de Chile.

Estas tropas, procedentes unas de Chiloe y otras del Callao, desembarcaron en efecto á fines de enero de 1814. Las primeras que llegaron se componian de setecientos milicianos á las órdenes del coronel Montoya, y las demas apenas contaban ciento veinticinco hombres, si bien todos soldados escojidos pertenecientes en sus cuatro quintas partes al rejimiento real de Lima, con dos piezas de campaña. En los buques que condujeron las últimas tropas iban ademas oficiales y personas de mérito, tales como don Matías de la Fuente, don José Antonio Rodriguez, auditor de guerra, y otros. Iban tambien don Gavino Gainza, brigadier de los ejércitos reales y coronel del rejimiento de infantería del infante don Carlos, á

quien Abascal enviaba á Chile á tomar el mando en jefe del ejército de operaciones, en reemplazo de Sanchez, que era de edad muy avanzada y tenia una educacion vulgar y escasos talentos militares. Esta fué una falta del virey, quien debió ser mas justo con este oficial, despreciando los dichos de los envidiosos y los ambiciosos y reflexionando que si Sanchez carecia en efecto de las cualidades necesarias para mandar un ejército por insignificante que fuese, tenia dadas pruebas de actividad, se habia sostenido con honra en la difícil posicion en que le colocó la muerte de Pareja, y reunia sobre todo á la gran ventaja de conocer bien el país, el instinto de adivinar con frecuencia el mérito de las personas que asociaba á su suerte.

Gainza estuvo pocos dias en Arauco, adonde fué á unírsele el coronel don Luis de Urréjola, quien le informó del estado de apuro en que se hallaban los patriotas, y sus desavenencias, y le manifestó la necesidad de atacar á Mackenna, que de Quirihue habia ido á fortificarse á la hacienda de Membrillar, situada á las inmediaciones en la parte baja del punto en que se unen los rios Nuble é Itata. El 8 de febrero partieron juntos yendo á pasar el rio Biobio por la pequeña plaza de Santa Juana. Llegado que hubieron á Rere incorporó la caballería de Elorriaga á las tropas que llevaba, las dirijió hácia la parte de Membrillar, no dejando en Rere mas que cien hombres al mando de Castilla, y se volvió á Chillan sin mas objeto que darse á reconocer por jeneral en jefe del ejército y capitan jeneral del reino. Tres dias despues fué á Quinchamali á reunirse al ejército y combinar con los oficiales superiores un ataque contra Mackenna, fortificado á pocas leguas de su campamento.

A la sazon el ejército de O'Higgins, á quien Mackenna no cesaba de pedir ausilio, se hallaba rodeado de un cordon de tropas realistas unidas íntimamente por numerosas guerrillas que estaban siempre en campaña. Así es que en San Pedro, que solo está separado de Concepcion por el Biobio, se hallaba el valiente Quintanilla á la cabeza de cien soldados y sostenido por los de Colcura y Arauco; Talcamavida y Santa Juana eran el punto de reunion de estas guerrillas mitad chilenas mitad indias, que tan intrépidas en el ataque como lijeras en la retirada, no temian llegar hasta las avanzadas de los patriotas, á las que no cesaban de hostigar y de incomodar. En Rere estaban las tropas de Castilla y en Chillan los setecientos hombres que Gainza habia dejado al mando del coronel Berganza, despues de haber dado órden de aumentar las fortificaciones de otros tres castillos y de cinco trincheras. Por último el grueso del ejército estaba acampado en Quinchamali pronto á marchar al punto que fuese necesario. Para completar mas esta especie de bloqueo, bien que no entrase en la intencion del jeneral en jefe, las dos fragatas la Sebastiana y el Potrillo que habian conducido las tropas á Arauco, se colocaron en la embocadura de la bahía de Talcahuano con intencion de apoderarse de los buques que llevaban víveres á la plaza y la abastecian, ó de ausiliar las operaciones del ejército de tierra. Entre Gainza y estos buques mediaba una correspondencia mui seguida por medio de las guerrillas que mandaban Lantaño y Barañao.

En medio de tantos elementos de temor y de peligro, O'Higgins, para sostener y mejorar la moral de sus tropas, creyó conveniente tomar la ofensiva y atacar algunos de estos destacamentos. Desgraciadamente la fatalidad

persiguió desde el principio todas sus empresas. Quintanilla le cojió los cuatrocientos caballos que Carrera habia puesto en la hacienda de Hualpen y cuando quiso atacarle en San Pedro, se vió obligado á renunciar á esta empresa y á retroceder á consecuencia de la insubordinacion de los granaderos probablemente sobrescitados con la presencia de don Juan José Carrera: por lo menos es lo cierto que este jeneral se habia introducido con intenciones hostiles en medio de sus soldados, por lo cual O'Higgins le dirigió duras y severas reconvenciones (1). Otra espedicion, que al mando del capitan don Juan Calderon tuvo el encargo de sorprender á un corto número de soldados y marinos que bajaron á hacer aguada en la isla de la Quiriquina, fué completamente derrotada; y pocos dias despues estos mismos marinos desembarcados en Coelemu, se apoderaron de un convoy de víveres destinado á Concepcion y que felizmente pudo recuperar en parte el teniente Freire atacándolos con ochenta dragones. Enfin una tercera espedicion mandada por el coronel de miliciasdon Fernando Urizar contra la guarnicion de Rere compuesta en parte de milicianos, fué todavía mas desgraciada, porque el comandante de esta guarnicion, que era el jóven Castilla, la batió completamente, haciéndola retroceder hasta Concepcion con pérdida de buen número de soldados, de los dos cañones que llevaba y de casi todas las armas y bagajes.

Cuando se verificaba esta última derrota, es decir, el 4 de marzo de 1814, un acontecimiento en estremo doloroso vino á contristar el ánimo de casi todos los hombres de ambos partidos.

No pudiendo don José Miguel Carrera soportar los insul-

(1) Conversacion con don Bernardo O'Higgins.



tos de algunos oficiales subalternos que no habian olvidado la severidad tenida con ellos, y viendo por otra parte que siéndole poco favorable el espíritu del soldado le era punto menos que imposible encadenar los sucesos á su gusto, decidió salir de la provincia y dirijirse hácia Santiago para de allí ir á su hacienda, como lo habia prometido. Al efecto pidió una escolta á O'Higgins, por quien se le facilitaron inmediatamente veinticinco hombres, y el 2 de marzo de 1814 se puso en camino en compañía de su hermano don Luis, de don Estanislao Portales, don Juan Morla, don Rafael Freire, don Servando y don Manuel Jordan y otros muchos militares y paisanos ; por manera que la comitiva se componia de unas cien personas. Llegados á Penco se alojaron en los molinos de Pedro Nogueira, y allí supieron que el enemigo, noticioso de su viaje á Santiago, se habia colocado en la banda sur del rio Itata para detenerlos luego que lo pasasen. Hubiera sido grande imprudencia continuar la marcha, y resolvieron enviar espías para asegurarse del estado de los caminos. En este intermedio volvió á Concepcion con don Luis y algunos amigos, pero solo á pasar la noche, porque á las tres de la mañana estaban ya de vuelta en su alojamiento, aunque con intencion de retirarse al dia siguiente á la chacra de don Pedro José Benavente, ó quizá de volver á Concepcion aprovechando el permiso que O'Higgins habia dado á su hermano don Luis : pero la fatalidad no le dió tiempo.

En efecto, una division enemiga mandada por don Clemente Lantaño y fuerte de quinientos hombres y dos piezas de campaña, habia sido destacada por Gainza para impedir el paso á las tropas de O'Higgins, que segun avisos debian ponerse muy pronto en marcha para reunirse

con las de Mackenna. A su llegada á Coelemu supo Lantaño que estas tropas no estaban aun en disposicion de salir de Concepcion, pero que Carrera se dirijia sobre Santiago acompañado de algunos soldados solamente y de buen número de personas. Su primer pensamiento fué salir á su encuentro, y al efecto dispuso que Barañao, que mandaba la caballería, tomase el camino de la costa mientras que él iba por el camino real, creyendo que de esta manera no se le escaparian. Don Lorenzo Reyes oyó decir á uno en Rafael que no habian salido aun de Penco, y aunque la persona que dió la noticia no le ofrecia grandes garantías, no titubeó en comunicarla á su comandante, aconsejándole al propio tiempo que marchasen á esta plaza á sorprender la comitiva (1). Lantaño no tenia órden de su jeneral para semejante espedicion, y esto le hizo dudar un momento, pero al fin penetrado de su grande importancia se decidió, y se puso en marcha con don Lorenzo Reyes y cien hombres casi todos chilotes. Habiendo salido por la tarde llegaron antes de amanecer á las alturas de Penco, y allí se prepararon para el ataque, sin esperar la ceremonia de la absolucion que queria echarles el capellan, como era costumbre en semejantes casos. Lantaño marchó sobre el fuerte mientras Reyes se dirijia al campamento de Carrera, despues de haber encargado á sus soldados el mayor silencio y sobre todo que no disparasen un solo tiro. Esta órden fué puntualmente ejecutada, y ya llegaban á las casas cuando casualmente se descargó un fusil. Esta fué la señal de ataque, y una descarga jeneral puso en movimiento á los patriotas, quienes en la imposibilidad de defenderse, y medio dormidos, procuraban salvarse ú ocul-

(1) Conversacion con don Lorenzo Reyes.

tarse en cualquiera parte adonde la casualidad les condujese. Felizmente la Providencia salvó la vida de estos honrados chilenos. Solo perecieron el alférez don José Ignacio Manzano y algunos soldados; pero el mayor número, inclusos los dos Carreras, fueron arrestados, y vijilados muy de cerca hasta el momento en que Lantaño, desesperanzado de hacer nada contra el fuerte, á pesar de haber ido Reyes en su socorro, se presentó á ellos y les mandó partir para Rafael, adonde muy luego fué P. Ascenjo á buscarles de parte de Gainza para presentarlos á este jefe y pocos dias despues para llevarlos á Chillan, donde les pusieron grillos y los encerraron en calabozos como si fuesen grandes asesinos. Y sin embargo, la fortuna, que mucho tiempo atrás era tan contraria á estos ilustres patriotas, hubiera podido en esta circunstancia favorecerles algo, si los cincuenta infantes de la patria que desertaron el dia antes con armas y bagajes dirijiéndose sobre Santiago, no hubieran precipitado su marcha; pues cuando este desgraciado suceso se hallaban ya á las inmediaciones de Rafael, donde el coronel Pla, que habia quedado con el resto de las tropas de la division Lantaño, vino á batirlos y dispersarlos (1).

Una serie no interrumpida de tan continuos reveses en ocasion en que parecia que las tropas querian inspirarse de la enerjía y de la bravura de su nuevo jefe, habia de producir necesariamente honda impresion en el patriotismo de O'Higgins y hacerle temer por su porvenir y su responsabilidad; y eso que, como vamos á verlo, no conocia aun todas las desgracias que la suerte tenia reservadas para los principios de su mando.

A consecuencia de la nueva organizacion dada al

(1) Conversacion con don Lorenzo Reyes.

ejército, los individuos de la junta decidieron volver á Santiago é hicieron que les acompañasen cuarenta dragones, dejando solo doscientos diez hombres á Spano, que quedó de gobernador de Talca. Indudablemente en el estado en que se hallaba la sociedad, y sobre todo la sociedad española, acostumbrada á ver á sus autoridades rodeadasde toda clase de prestijio, era conveniente que estos encargados del poder hiciesen violencia á sus ideas democráticas y se presentasen con un aparato que diera fuerza é importancia á su autoridad; pero tambien pudieron considerar que era grande imprudencia dejar una guarnicion tan reducida en una ciudad indefensa y rodeada de numerosas guerrillas que llegaban á Cauquenes, Linares y hasta la ribera del rio Maule. Bajo este punto de vista debieran ser menos escrupulosos en la etiqueta, y renunciar á una escolta que en último resultado no servia mas que para satisfacer una vanidad frívola y de ningun modo para su seguridad personal. El mismo Spano no pudo menos de quejarse, porque rebajados los noventa fusileros que iba á enviar á Mackenna para escoltar los diferentes efectos que este jeneral le pedia con instancia, solo le quedaban algunos reclutas, desarmados, inespertos y con cuyo valor no podia contarse, y ciento veinte veteranos, á saber, veinte fusileros, treinta lanceros y setenta artilleros con solo tres cañones. Tan corta fuerza no bastaba para conservar una ciudad que era en cierto modo el punto de union de Concepcion y Santiago, y depósito ademas de considerables valores en víveres y pertrechos de guerra (1).

Con efecto, no tardaron los realistas en atacarla. El convoy para Mackenna salió el 2 de marzo, casi al mismo

(1) Mas de 800,000 pesos segun el diario de Carrera importaban estos efectos.

tiempo que la Junta para Santiago, y á los dos dias se presentó á las siete de la mañana un parlamentario de Elorriaga á intimar la rendicion. Spano, que era español de nacimiento pero chileno de corazon, le respondió con una negativa bien razonada. No tenia la presuncion de poder defender la ciudad, pero esperaba tener tiempo de batirse en retirada y salvar una gran parte de los efectos, contando para ello con que el enemigo estaba aun bastante lejos, puesto que ningun aviso le daba en contrario el destacamento que habia enviado de observacion á las márjenes de Maule al mando de don Francisco Gaona y don Rafael Mata Linares. Desgraciadamente este destacamento, por la culpable apatía de sus jefes que tuvieron la cobardía de ponerse en salvo sin dirijirse sobre Talca, fué sorprendido, y Spano no lo llegó á saber hasta que la retirada se hizo imposible. Entonces, como militar de honor, no pensó mas que en entusiasmar la entereza de sus compañeros y escitarles á una vigorosa defensa. Escojió para punto de resistencia la plaza mayor, cuyas cuatro esquinas, como en todas las poblaciones de América construidas á manera de tablero de damas, están atravesadas por dos calles cada una, que van á concluir en el término de la ciudad, formando ángulo recto. En tres de estas esquinas colocó los tres cañones enfilando las calles ; y faltándole cañon para la otra, tuvo que levantar en ella una barricada con adobes, trabajo largo, fatigoso y que apenas comenzado se vió atacado repentinamente por todas las tropas combinadas de Elorriaga y de Olates. La resistencia fué indudablemente vigorosa, casi heróica : todos se batian á la desesperada : los jefes especialmente, que, en medio de tantos enemigos, disputaban la posesion de la plaza, mas por

conservar su honra que con la esperanza de salvarla, anunciaron su resolucion de morir antes que rendirse. Una de las primeras víctimas, que bien pudieran llamarse mártires de la libertad, fué el intrépido teniente de artillería don Marcos Gamero; y Chile tuvo el dolor de verle sucumbir á manos de uno de sus hijos, que el estravío habia llevado á las filas de los realistas. Poco despues cupo la misma suerte á otros oficiales, contándose en este número el gobernador, el valiente Spano, á quien se encontró acribillado de heridas al pié de la bandera que tuvo la gloria de defender hasta el último instante de su vida. Y tal fué la suerte de este puñado de soldados, que no teniendo jefes, escaseándoles las municiones y viéndose rodeados no solo de una gran masa de enemigos, sino de buen número de jentes del país que desde lo alto de sus casas tenian la iniquidad de tirarles, fuerza les fué entregarse á discrecion del jefe que habia conseguido tan fácil victoria. Los pocos que pudieron salvarse fueron á reunirse al pequeño destacamento que don Rafael Bascuñan llevaba para socorrer á Talca (1).

Este Bascuñan era el que mandaba la escolta de los víveres y municiones destinados al ejército ausiliar del Membrillar. Llegaba apenas al paso del Maule

(1) Hablando de esta pérdida con don Miguel Infante me dijo que Mackenna tuvo la culpa de ella, porque este oficial superior pidió con repeticion víveres á la junta, suplicándola los mandase escoltar por los cuatrocientos hombres que habia en Talca, á lo que la junta no quiso acceder persuadida de que un jeneral debe mantener espeditas sus comunicaciones y porque la prudencia aconsejaba no desguarnecer una plaza que era el depósito jeneral de víveres, armas, etc., del ejército. Spano, que por estar enfermo no desempeñaba las funciones de ministro de la guerra, participaba de este mismo parecer, y sin embargo apenas marchó la junta, se desprendió de una parte de sus soldados para complacer á Mackenna, que renovaba en aquellos momentos sus instancias.

al sur del Barco, cuando se le presentó el coronel don Feliciano Letelier con una órden de Spano para replegarse sobre Talca. La órden la recibió á eso de las tres de la tarde debiendo haberla recibido sobre las nueve de la mañana, y este retardo, ocasionado por los rodeos que dió Letelier, fué causa de que llegase tarde á Talca para tomar parte en la defensa. Ignoraba que la ciudad estuviese en poder del enemigo, pero por precaucion y para protejer las cargas que habia mandado retroceder hácia la parte de Santiago á las órdenes del alférez Rivera, acampó en las alturas del Larqui á corta distancia de Talca. Su destacamento, compuesto de setenta hombres, no tardó en ser atacado por ciento cincuenta soldados de Elorriaga embriagados aun con el humo de la victoria. Bajo todos conceptos la suerte protejia á estos, y sin embargo fueron batidos y dispersados, y Bascuñan pudo retirarse sin ser molestado á la pequeña villa de Curico, que abandonó muy luego replegándose sobre San Fernando.

CAPITULO XXXV.

Estado de los dos ejércitos de los patriotas. — Mackenna atrincherado en el Membrillar solicita de O'Higgins que se le reuna. — Salida de O'Higgins de Concepcion despues de haber nombrado una junta. — Su llegada á la Florida. — Combate del alto de Quilo. — Gainza ataca á Mackenna en el Membrillar y es completamente batido. — El teniente coronel don Manuel Blanco de Encalada sale de Santiago con una espedicion á reconquistar á Talca. — Mala disposicion de sus tropas, que son vencidas por Olates en Cancha-rayada.

Si Gainza hubiese estado á la altura de su mision, es indudable que aprovechando el ardimiento y la confianza que los cortos triunfos conseguidos inspiraron á sus soldados, y teniendo como tenia concentradas en cierto modo sus tropas en un mismo punto, habria atacado con ventaja al ejército chileno, bastante relajado en la disciplina, batido succesivamente sus dos divisiones y causádole pérdidas sensibles, acaso una derrota; y entonces echando sus restos hasta mas allá de Santiago, hubiera podido hacerse dueño de esta capital, objeto de sus deseos y último término de su espedicion. La visita que le hizo en Arauco el coronel don Luis Urréjola no tuvo mas objeto que proponerle este plan de campaña, pensamiento que no podia fallar, y que aprobaron la mayor parte de sus oficiales, especialmente los que tenian un conocimiento exacto de los hombres, las cosas y las localidades. Pero su grande indecision hizo que este plan solo se siguiese á medias, pues llegado que hubo al sitio en que debia obrar, se contentó con desbandar parte de sus tropas en guerrillas, las cuales consiguieron, es verdad, algunos buenos resultados; pero perdió la ocasion

que se le presentaba de acabar la guerra por medio de uno de esos golpes de mano que se proporcionan pocas veces y que un buen jeneral no debe desaprovechar nunca (1).

Las dos divisiones patriotas se encontraban efectivamente en una posicion bien poco tranquilizadora, sobre todo la de Mackenna, que colocada frente al campo enemigo, tenia que resistir, si se le atacaba, con fuerzas muy inferiores en hombres y en verdaderos soldados. Así es que despues de la pequeña accion de Cuchacucha, ocurrida el 22 de febrero y que no tuvo consecuencias de ninguna especie, su primer cuidado fué aprovechar los accidentes del terreno para hacer fortificaciones, reparar, dándoles mas estension, los reductos construidos en tiempo de don Juan José Carrera en esta localidad y en Membrillar, aumentarlos, y colocar en ellos sus cinco cañones y sus dos culebrinas de á ocho. Pero lo que mas le preocupaba era que no acababa de llegar la division de O'Higgins que pedia sin cesar en su ausilio. En todas sus comunicaciones, así oficiales como particulares, le daba parte de su falsa posicion, de sus temores y del riesgo que corria, invocando tan pronto su amistad, tan pronto su patriotismo, concluyendo por hacerle responsable de lo que pudiera sucederle (2). Parece que en un consejo de guerra, celebrado cuando se supo la pérdida de Talca, algunos oficiales del ejército ausiliar propusieron que se abandonase esta posicion para dirijirse por la costa del

(1) Declaro ante Dios y los hombres que el señor Gainza pudo haber concluido la guerra en dos meses si hubiese atacado á O'Higgins ó á Mackenna antes que aquel se acercase. — Declaracion de don José Antonio Rodriguez en la causa contra Gainza.

(2) Véanse algunas de sus cartas en la memoria de don Diego Benavente, p. 143.

lado de Santiago, proposicion que mas adelante fué reproducida muchas veces y siempre rechazada por creerla contraria á su deber.

O'Higgins conocia perfectamente el embarazo de Mackenna, pero consideraba su propia posicion frente á frente de don José Miguel y don Luis Carrera, y abrigaba la conviccion íntima de que no debia separarse de Concepcion mientras permaneciesen allí los dos hermanos, que eran en su concepto un peligro vivo y permanente para la tranquilidad del país. No se puso pues en camino hasta que se marcharon, habiendo antes hecho renuncia de su título de intendente de la provincia en favor de una junta conpuesta de don Santiago Fernandez, don Diego Benavente y don Juan de Luna, á quienes dejó trecientos hombres para la defensa de la ciudad y llevando seiscientos consigo. Su marcha fué tan lenta como penosa. Muchos soldados de caballería estaban desmontados desde la derrota de Hualpen, y los víveres eran tan escasos que los soldados se mantenian con uvas, que merodeaban en los campos inmediatos. En Curapalihue la casualidad le llevó ante un respetable anciano dueño de siete vacas que tenia en un monte, las que mandó llevar inmediatamente para ofrecérselas. O'Higgins no tenia dinero que ofrecerle, si bien el anciano se hubiera negado á recibirlo; pero le dió un recibo que el caritativo patriota no tomó sino á fuerza de instancias y que no presentó nunca, pues el móvil de su benéfico desprendimiento no era otro que el mas puro y desinteresado patriotismo (1).

Llegados á la Florida, O'Higgins vacilaba entre seguir el camino del Roble ó el de Ranquil, pero al fin se decidió por el último por ser el mas corto y el que mejor

(1) Conversacion con O'Higgins.

llenaba su objeto; pero hizo correr la voz en la poblacion de que marcharia por el primero, esperando de este modo engañar á los espías del enemigo. Su partida se verificó por la noche, habiendo hecho salir poco antes una guerrilla de veinticinco hombres con órden de tomar el camino del Roble, de tirar de cuando en cuando algunos tiros y de reunírsele por la retaguardia. Contra lo que temia, no fué molestado en su marcha, pero al llegar al pié de los cerros de Ranquil quedó sorprendido de encontrar en el sitio llamado Quilo una division de cuatrocientos realistas, que Gainza, ignorando la direccion de los patriotas, habia mandado colocar allí por consejo de su ayudante jeneral don Pedro Tavira y del teniente coronel don Pedro Asenjo encargados de hacer un reconocimiento. Esta division, al mando del valiente Barañao, estaba acampada en las alturas que debian atravesar los soldados de O'Higgins, y colocada de manera que dominaba todas las salidas y defendia todos los pasos. Gracias á esta ventaja, Barañao contaba con poder detener algunas horas por lo menos al enemigo, y dar tiempo á que Gainza, acampado á distancia de tres leguas solamente, fuese en su ayuda para atacarle con fuerzas mas considerables, dispersarlo, si fuese posible, y marchar inmediatamente sobre la division Mackenna. O'Higgins comprendió perfectamente este plan y se apresuró á desbaratarlo, decidiéndose á dar cuanto antes un ataque sin arredrarle la ventajosa posicion de su adversario. Al efecto hizo marchar dos compañías, una mandada por don Juan Bargas y la otra por el capitan de granaderos Correa, con órden de atacar al enemigo por los flancos, mientras él se dirijia hácia el centro sostenido por la artillería. Las dos compañías, aprovechando la espesura de los bosques que tanto

abundan en aquellos montes, pudieron llegar sin ser vistas á muy corta distancia del campamento, y casi al mismo tiempo hicieron fuego por hileras, lo que obligó á O'Higgins á redoblar el paso y cargar á la bayoneta. Ejecutaron esta carga la segunda columna de los ausiliares y principalmente los granaderos, llevando á su cabeza al coronel don Rafael Sota y al comandante don Enrique Campino, animados ambos de tal entusiasmo, que los realistas fueron inmediatamente arrollados y en seguida perseguidos por los dragones de Anguita y los húsares de la gran guardia de don María Benavente que hasta entonces habian sido destinados á sostener la derecha (1).

Hecho dueño de las alturas, O'Higgins consideró conveniente pasar en ellas la noche, y al efecto mandó venir la reserva que habia quedado en la falda del cerro á las órdenes de don Francisco Calderon, y dispuso que se levantasen las tiendas en el sitio mismo que el enemigo acababa de abandonar. Como tenia convenido con Mackenna no alejarse mas de tres ó cuatro leguas, hizo disparar tres cañonazos para anunciarle su llegada, y esta especie de saludo se lo devolvió aquel con otro de nueve, que en el esceso de la alegría mandó tirar en honor suyo. Al dia siguiente fué á la hacienda de Baso, esperando alcanzar los soldados de Barañao que habian pasado allí la noche, y envió un correo á Mackenna previniéndole que estuviese pronto para un ataque que muy luego pensaba dar á Gainza; pero forzado este á ceder al movimiento de su adversario se habia decidido á atacar á Mackenna llevando todas sus tropas y hasta la

(1) Estos detalles, que varían algo de los que da don Diego Benavente, me han sido suministrados por el mismo don Bernardo O'Higgins.

guerrilla de Lantaño que hizo ir de Quirihue (1). El ataque lo dió el mismo dia, es decir, el 20 de marzo, no habiendo empezado hasta las cuatro de la tarde porque en vez de pasar el Itata por el vado de las Matas, como debiera hacerlo no obstante que este vado estaba al alcance del cañon enemigo, lo pasó por el alto en su confluencia con Nubles, para lo que tuvo que dar un gran rodeo, con lo cual lo único que consiguió fué fatigar las tropas y presentarlas en desórden y precipitadamente al frente del enemigo (2). Su fuerza era muy superior á la de Mackenna, pero en cambio tenia este la ventaja de la posicion y de las fortificaciones, que estaban en muy buen estado de defensa; y sin embargo este jeneral empezó mal por la imprudencia del oficial encargado de llevar á punto seguro los ganados del ejército, pues habiendo avanzado demasiado, contra lo dispuesto por su jefe, estuvo á punto de ser cercado y hecho prisionero con todos sus soldados. Parece tambien que el flanco izquierdo, mandado por el coronel Alcazar, estuvo un momento envuelto por dos destacamentos de vanguardia que habian sido empujados hasta allí, el estandarte desplegado y que el enemigo se hallaba ya en la trinchera cuando fué rechazado á la desbandada por el comandante en jefe, que le cargó á la bayoneta á la cabeza de cincuenta hombres y le hizo retroceder hasta su division (3). Desde entonces la accion se hizo jeneral. Los jenerales de Gainza, al frente de todo su ejército, avanzaron ante las trincheras con objeto de cercarlas para dirijirse en seguida sobre los puntos que mas fácil

(1) Conversacion con don Clemente Lantaño.
(2) Carta del coronel Urrejola y autos del consejo de guerra contra el brigadier don Gabino Gainza.
(3) Conversacion con don Bernardo O'Higgins.

presentaban el asalto. Pero en todas partes encontraban una firme y bien sostenida resistencia; y despues de tres á cuatro horas de un combate, en que perdieron mucha gente ametrallada de frente y de costado por siete cañones y setecientos fusileros bien atrincherados, se vieron en la necesidad de batirse en retirada, dejando en el campo buen número de muertos, de fusiles y otras armas, y en las quebradas vecinas casi toda su artillería, que pudieron recuperar al dia siguiente. En esta accion, sin disputa una de las mas empeñadas entre las que se habian dado desde el principio de la guerra, todo el mundo se mostró digno de la causa que defendia, porque les realistas fueron tan impetuosos en el ataque como ardientes los patriotas en la defensa; pero las pérdidas de estos fueron, gracias á su posicion, poco menos que insignificantes, pues solo tuvieron siete muertos, diez y ocho heridos y seis contusos, mientras que los realistas dejaron en el campo de batalla setenta y siete muertos, á cuyo número hay que agregar los que se llevaron, como hacian siempre que tenian tiempo para ello. Si la patria hubiese tenido recompensas que dar, el cuerpo de oficiales casi en su totalidad hubiera aspirado á ellas, tanto fué lo que se distinguió en esta ocasion; todos los rejimientos, todas las compañías llenaron sus deberes con un celo que rayó en heroicidad. Entre los jefes que mas sobresalieron merecen una lágrima de dolòr el intrépido comandante de la compañía de milicianos de Rancagua don Agustin Armanza y el capitan don Claudio José de Cáceres, muertos pocos dias despues de resultas de sus heridas; y no deben pasarse en silencio los nombres de don José Joaquin Guzman, Balcarce, Alcazar, Las Heras, don Nicolas García, don José Manuel Borgoño, don Manuel Zor-

rilla, etc., y sobre todos el héroe de esta victoria, el valiente Mackenna, quien durante el combate fué como el lazo que unia los diferentes cuerpos, corriendo tan pronto á una parte tan pronto á otra para llevar el auxilio adonde era necesario, celo que le espuso mucho y que no cesó de desplegar hasta el fin de la accion á pesar de una herida de bala, afortunadamente muy lijera, que recibió en el cuello en el momento de ir á reforzar con los cincuenta hombres del destacamento de Balcarce el punto avanzado del grande reducto, muy comprometido por lo brusco del ataque.

Hubiera sido indudablemente mucho mas completa esta victoria, conseguida sobre un enemigo tres veces superior en número, si Mackenna, aprovechando el desórden que reinaba entre los realistas que huian en completa derrota incomodados por un diluvio de balas, hubiese podido perseguirlos con la caballería. Pero por desgracia el enemigo le habia cojido pocos dias antes la mayor parte de los caballos, y los que le quedaban eran tan pocos que no quiso esponerlos, con tanta mas razon cuanto que ignoraba absolutamente la importancia del buen éxito que habia conseguido. Prueba de ello es que temiendo en la noche misma un nuevo ataque, á las dos de la mañana repitió á O'Higgins sus apremiantes instancias, suplicándole por amor de Dios que no retardase un solo instante el reunírsele, pues se prometia de este modo poner de una vez término á las calamidades de la patria (1).

(1) Hemos oido decir á don Lorenzo Reyes, que militaba en las filas de los realistas, que el proyecto de Gainza era en efecto intentar al dia siguiente un segundo ataque antes de que llegasen las tropas de O'Higgins; pero que el mal estado del terreno a consecuencia de la fuerte lluvia de la noche anterior, se lo impidió. De un manuscrito de un oficial realista citado por don Diego Bena-

O'Higgins habia dado en varias ocasiones pruebas repetidas de audacia y de resolucion; pero es necesario confesar que esta vez desmintió completamente su carácter y se condujo con culpable inercia. ¿Cómo en efecto pudo permanecer simple espectador y por decirlo así las armas descansadas en una accion en que su presencia, atendido el número de sus soldados, hubiera sido tan útil y tan decisiva para completar la victoria? Verdad es que la accion terminó pronto y tuvo lugar al anochecer y en momentos en que la fuga de los vencidos era protejida por la oscuridad y por una copiosa lluvia; pero sin embargo, el deber del jeneral en jefe era acudir instantáneamente al sitio en que se oia un sostenido fuego de cañon, y esto es lo que no hizo, permaneciendo con una especie de indiferencia hasta que el dia siguiente 21 mandó pasar el rio Itata á sus primeras avanzadas y puso en movimiento el 23 toda la division reuniéndose con Mackenna, que era lo que este y todos sus compañeros mas deseaban.

Pocos dias despues, esta magnífica victoria, tan á propósito para restablecer la moral del soldado, quedó neutralizada por un revés en estremo sensible. La junta gubernativa fué recibida en Santiago con una alegría que formaba un contraste bien singular por cierto, con la conspiracion que gran número de Chilenos auxiliados por algunos naturales de Buenos-Aires, tramaban en aquellos momentos. Ignorante de esta conspiracion y deseosa de reconquistar

vente, aparece por el contrario que Gainza pasó esa noche acompañado de su edecan Tirapegui bajo un espino con inminente riesgo de caer prisionero ó de finalizar su existencia en aquella noche; que algunos jefes y oficiales con los soldados que voluntariamente quisieron seguirlos llegaron desordenadamente á la hacienda de Cucha-Cucha y que con el mismo desórden se verificó la retirada al cuartel jeneral de Chillan, en donde á los tres dias aun no se habia incorporado el total de la fuerza atacadora.

á Talca, cuya pérdida se ocultó al público durante muchos dias, dispuso á toda prisa formar una division capaz de llevar á cabo esta empresa. Pero el dia despues de su llegada estalló la revolucion y la junta fué reemplazada por un director, que siguió la misma idea y puso al frente de esta division al teniente coronel don Manuel Blanco Encalada, jóven muy honrado y valiente, que movido por su amor á la patria y á la libertad, habia abandonado la marina española en la que empezó su carrera militar (1). El efectivo de esta division era de seiscientos setenta fusileros, setenta artilleros con cuatro piezas y setecientos milicianos de caballería, mil cuatrocientos cuarenta hombres en todo, estando comprendidos en este número los soldados que Bascuñan llevó á San Fernando despues de la pequeña accion de las alturas de Larqui y acababa de incorporar á los del teniente coronel don Fernando Marquez de la Plata á su llegada á dicha ciudad.

Esta pequeña columna, destacada en los momentos en que acababan de reunirse las dos divisiones O'Higgins y Mackenna, hubiera sido suficiente para conseguir el objeto del gobierno, si todos los soldados de que se componia hubiesen sido dignos de su comandante; pero desgraciadamente habia en ella muchos reclutas, pocos veteranos casi todos desertores y por lo tanto de escasa confianza, y buen número de jóvenes sacados de las provincias del centro y del norte de la república, las cuales, lejos de ser como las del sur cuna de hombres valientes y sufridos, soldados en cierto modo de nacimiento, no

(1) He oido decir á don Miguel Infantes que la intencion de la junta era poner á la cabeza de aquella division á don Santiago Carrera, militar arjentino y de toda confianza.

presentan por el contrario mas que ciudadanos tímidos, pacíficos, poco aptos para la guerra y de consiguiente muy tardos en aprender el manejo de las armas. Con tales elementos iba á reconquistar don Manuel Blanco la villa de Talca, teniendo que habérselas con un enemigo muy inferior ciertamente en número, pero muy superior en ardor é intelijencia militar.

El 14 de marzo estaba reunida toda la division en San Fernando y salia en dos columnas, mandada una por el teniente coronel don José Soto que debia acampar á orillas del rio Tinguiririca, y la otra por el de igual graduacion Bascuñan, encargado de avanzar hasta la hacienda de Chimbarongo y esperar allí al jeneral en jefe. Esta órden no fué por desgracia cumplimentada, y una desobediencia á todas luces injustificable, fué el preludio de una insubordinacion que necesariamente habia de ser funesta á la espedicion. Llegados en efecto al lugar elejido para campamento, don Enrique Larenas, comandante de caballería de milicias, pretendió que debia continuarse la marcha y acampar mas cerca de Curico; promovióse de aquí un fuerte altercado entre él y Bascuñan, quien en su cualidad de jefe y como tal responsable del cumplimiento de las órdenes del jeneral, se opuso formalmente al proyecto de Larenas; pero este, de carácter díscolo y revoltoso, sembró la discordia en el cuerpo de oficiales, los sublevó contra su jefe y forzó en cierta manera á este á tener un consejo de guerra, en el cual, como era de presumir, obtuvo su parecer gran mayoría. La division, pues, continuó su marcha y fué á acampar á Curico. El enemigo se encontraba en las inmediaciones, pero se le suponia del otro lado del Lontue y á bastante distancia, cuando á eso de la una de la madrugada algunos disparos de

los centinelas pusieron á todo el mundo en movimiento. Creyeron al principio que se trataba de un ataque en regla, y con este temor ordenaron los oficiales una retirada sobre el cerro de Curico que domina la ciudad, y en seguida emprendieron la marcha, pero seguidos solamente de un corto número de soldados, porque los demas prefirieron continuar sus desórdenes y sus orjias en la ciudad, de la que no salieron hasta que el enemigo les obligó á hacerlo. En tales circunstancias llegó el jeneral en jefe, quien irritado en gran manera por una desobediencia que nada podia justificar, reprendió severamente á la mayor parte de los oficiales, con especialidad á los que con su indisciplina habian comprometido temerariamente la suerte de la columna, y despues viendo que no quedaba mas remedio, considerada la fuerza del enemigo, que una retirada, fué á reunirse á la segunda columna, y con ella se dirijió por el lado de San Fernando, siempre en medio de algunos desórdenes que llegaban muchas veces hasta los escesos de la inmoralidad.

Otro jeneral hubiera titubeado en continuar la campaña con soldados cuya indisciplina no ofrecia garantías de ninguna especie, pero don Manuel Blanco era demasiado pundonoroso para renunciar á su mision por difícil y desagradable que fuera; y tres dias despues volvió á emprender el camino de Talca con la esperanza de que á la vista del enemigo cesarian los desórdenes de sus soldados. A los dos dias, es decir el 21 de marzo, su pequeño ejército llegaba á Curico y su vanguardia sufria el fuego del enemigo, apostado del otro lado del rio Lontué para disputarle el paso. Algunas guerrillas bastaron para dispersarlo y hacerle retroceder primero hasta

las casas de la hacienda de Quecheregua y despues hasta mas allá del estero de Rioclaro. El jóven alférez don José Gregorio Allendes fué el que lo desalojó despues de un lijero combate, en que las pérdidas de ambas partes fueron insignificantes; y como el camino quedó espedito, el ejército continuaba con toda seguridad su marcha cuando un parlamentario del jefe enemigo, don Angel Calvo, vino á quejarse al jeneral chileno de la barbarie del oficial don Ramon Gormaz, por cuyo mandato habian cortado las orejas á los últimos prisioneros, y á amenazarle con observar por su parte la misma conducta con los que cayesen en sus manos, si se repetia semejante esceso. Todo esto no era mas que un pretesto para ponerse en comunicacion con este jeneral é intimidarle, abultando la fuerza de la division y hasta proponiéndole en nombre de su jefe un combate entre ambas partes en el terreno que elijiese. No era posible que un hombre de las ideas caballerescas de don Manuel Blanco se hiciese sordo á tal provocacion, y al aceptarla designó el llano de Quecheregua como el sitio mas conveniente para llevarla á efecto. El jeneral Blanco trasladó á él inmediatamente su pequeño ejército y estuvo una gran parte del dia esperando con impaciencia la llegada del enemigo provocador; hasta por la tarde no se apercibió de que su campeon, burlándose de lo que hay mas sagrado en el honor militar, se habia valido de una astucia para ganar á Talca sin ser inquietado. A vista de esto no le quedaba mas esperanza que la de habérselas con él en dicha ciudad, á la que se dirijió al dia siguiente, lleno de justa cólera por tan villana perfidia. Llegó cerca de Pilarco, en donde pensaba permanecer á la espectativa, pero la insubordinacion de los soldados,

y aun mas la de los oficiales, no le permitió seguir en esta idea. Con efecto, unos patriotas escapados de Talca, les hicieron creer en su orgullosa presuncion que bastaba su presencia delante de esta ciudad para desalojar al enemigo y ocuparla, de lo que era buena prueba, segun ellos, una gran polvareda que señalaban y que pretendian ser levantada por los realistas que empezaban á salir. Con esta engañosa esperanza los oficiales comprometieron á su comandante á continuar una espedicion que por otra parte lisonjeaba muy particularmente los instintos de honor y de gloria de este jefe. Prosiguiendo pues la marcha se encontró bien pronto ante las puertas de la ciudad y se colocó en batalla en los arrabales del norte. No habiendo querido rendirse Calvo, mandó que jugase la artillería y destacó diversas guerrillas para atacar al enemigo por diferentes puntos. Una de las guerrillas, la del alférez don Florentino Palacios, se apoderó de la torre del convento de San Agustin, distante solo tres cuadras de la plaza, y por medio de un bien sostenido fuego obligó al enemigo á encerrarse en la misma plaza para defenderse al abrigo de las trincheras. En este momento la ventaja estaba toda de parte de los patriotas, y es de presumir de su impetuoso ardimiento que se hubiesen hecho dueños de la ciudad, si la llegada de un cuerpo auxiliar que suponian ser realistas escapados de Talca, no hubiera obligado á don Manuel Blanco á batirse en retirada y á tomar posicion en Cancharayada para defenderse en caso de necesidad. El mismo que le dió la noticia de la aproximacion de estos auxiliares, le entregó un oficio de don Bernardo O'Higgins, en que le mandaba estar solo á la defensiva, observar al enemigo de Talca y entretenerle en esta posicion ó perse-

guirlo si se movia hácia el sur; en una palabra, que se limitase á una diversion para impedir la reunion de tropas en el rio Maule. Este oficio le confirmó en la idea de retirarse sobre Cancharayada, pero con la llegada de los doscientos hombres que el valiente Lantaño llevó á Olates, este no le dió tiempo para hacer una retirada formal. El mismo dia que llegaron y sin dejarles descansar, los incorporó á la guarnicion y marchó en seguida á perseguir las tropas de Blanco. Lantaño con sus doscientos hombres protejidos por dos piezas de á cuatro estaba en el centro, teniendo á su izquierda al jeneral en jefe con la caballería y una compañía de infantería, y á su derecha á don Leandro Castillo con ochenta hombres de diferentes armas. En este órden avanzaron los realistas á paso regular y sin tirar un tiro, á pesar de que eran metrallados por los patriotas. Cuando llegaron á estar á corta distancia empezaron á disparar por hileras siempre avanzando, y á jugar los dos cañones, cuyos fuegos oblicuos causaron desde luego algun estrago y produjeron gran confusion en las filas. Al punto que Olates se apercibió de este desórden, mandó cargar á la bayoneta, y á los pocos minutos los patriotas estaban en la mas completa derrota á pesar de los esfuerzos de los oficiales Picarte, Aldunate, Allende, etc., y sobre todo del comandante en jefe, quien estuvo constantemente espuesto al fuego del enemigo, y no hubieran conseguido escaparse á no ser por el socorro que les prestó el jóven teniente de milicias don José Romo. En este desgraciado encuentro la pérdida de los realistas fué insignificante, no así la de los patriotas que fué puede decirse completa : artillería, bagajes, municiones, todo por su indisciplina y falta de esperiencia, cayó en poder de aquellos. La in-

fantería que al principio del combate bajó á los honduras del rio Claro fué hecha prisionera casi toda, y solo se salvaron unos cuantos milicianos de caballería, pero en desórden tal que únicamente pudo reunirse un corto número de ellos.

CAPITULO XXXVI.

Decide O'Higgins atacar al enemigo en Chillan, pero desiste de este propósito al saber sus movimientos hácia el norte. — Le sigue con objeto de pasar el rio Maule antes que él. — En Achibueno quiere atacarle por sorpresa, pero el incendio de veinte y dos cargas de pólvora se lo impide. — Su mala posicion al llegar al vado de Duado por la pérdida de la division Blanco y su estratajema para parar el de Queri. — Acciones de Huajardo, Rioclaro y Quechereguas. — Llegada de un refuerzo de hombres al mando de don Santiago Carrera. — Salida de Mackenna y Balcarce para Santiago. — Los realistas se apoderan de Talcahuano y Concepcion, quedando dueños de toda la provincia.

La reunion de las dos divisiones, y mas que todo el entusiasmo de los soldados de resultas de la victoria del Membrillar, colocaban á O'Higgins en escelente posicion para volver á tomar la ofensiva y atacar inmediatamente al enemigo en sus fortificaciones de Chillan. Aunque el número de sus soldados no era grande, pues que apenas tenia mil cuatrocientos veteranos, ciento cuarenta artilleros y algunos milicianos de caballería, tropa irregular que no merecia mucha confianza, sin embargo, protejido por veinte y dos cañones de todos calibres se decidió á seguir este plan, confiando en que la division del teniente coronel Blanco, que esperaba se le reuniese muy pronto, contribuiria á sus triunfos por medio de alguna diversion en el ejército realista. Antes de ponerse en marcha envió muchos espías para conocer la posicion del enemigo y sus proyectos futuros, y al mismo tiempo despachó al capitan don Venancio Escanilla para que se avistase con el jeneral en jefe y en primer lugar le afease la brutal é injusta severidad que usaba con los dos ilustres prisioneros don José Miguel y don Luis Carrera, amenazán-

dole con usar de represalias en caso de no dar oidos á esta reclamacion, y ademas sondease bien sus intenciones para mejor combinar el plan de ataque. Por este medio supo que Gainza se consideraba bastante fuerte para marchar sobre Santiago, donde creia ser apoyado por un número considerable de realistas decididos y por todas aquellas personas, muchas desgraciadamente, que no teniendo opinion fija, estaban á ver venir el éxito de una batalla decisiva para afiliarse al partido vencedor como quien coje una tabla de salvacion. Esta noticia, que muchos espías confirmaron, varió el plan de O'Higgins, decidiéndole á tomar el mismo camino para batir á su antagonista antes que llegase á aquella capital. Los dos ejércitos se dirijieron, pues, al norte simultáneamente, siguiendo una línea casi paralela, y á veces á tan corta distancia, que en Achihuano O'Higgins pensó atacar á su adversario, lo que fué discutido y aprobado en un consejo de guerra. El ataque debia tener lugar muy de mañana y por sorpresa, gracias á un bosque espesísimo que separaba á los dos ejércitos.

A las tres de la madrugada todo el mundo estaba en pié y pronto á ponerse en marcha, cuando de repente se oyó en el campamento una esplosion espantosa que introdujo gran desórden en las filas. Creyóse al principio que seria algun ataque del enemigo, pero se supo muy luego que se habia prendido fuego á veinte y ocho cargas de pólvora, habiendo dado la feliz casualidad de no haber sido heridas ninguna de las personas que se hallaban á las inmediaciones del punto donde ocurrió la catástrofe. Nunca pudo saberse con certeza la causa de este accidente, pero todas las presunciones están porque fué efecto de uno de los mil recursos que el injenio de don

Vicente Benavides inventaba en los momentos de peligro (1); por lo menos no cabe duda de que este oficial subalterno, á quien veremos figurar como gran campeon del ejército real en el período de su agonía, estaba entre los prisioneros del Membrillar con grillos en los piés, y que en medio de la gran confusion que se produjo logró escaparse, evitando así la muerte que por tránsfuga merecia.

De resultas de este accidente, forzoso fué á O'Higgins renunciar al ataque y procurar adelantarse al enemigo acelerando el paso, lo cual fué causa desgraciadamente de muchas exacciones y desórdenes, consecuencia ordinaria de la rapidez de los movimientos. La ventaja en aquellos momentos estaba de parte del que primero llegase al Maule, porque ese lo pasaria sin dificultad y disputaria el paso al otro, pues este rio era el obstáculo mas difícil que habia que vencer por el encajonamiento y rápido curso de sus aguas y porque tiene pocos puntos vadeables. O'Higgins ignoraba á la sazon la derrota de la division de Blanco encargada de observar y tener en jaque la de Olates en Talca, pero cuando se la dijeron al llegar cerca de Linares, y le fué confirmada de viva voz la noticia por dos prisioneros y por un guaso, conoció que su posicion habia cambiado completamente, que era muy crítica y que no le quedaba mas recurso que acelerar todo lo posible la marcha para sorprender un

(1) He oido decir á una persona que el fuego prendió al aproximarse una mula ya cargada de unos palos encendidos, y del mismo modo esplica el suceso el señor Barras en sus interesantes estudios históricos sobre don Vicente Benavides. Yo sin embargo, sigo la opinion de don Bernardo O'Higgins y de otros muchos oficiales testigos presenciales del suceso, porque no puedo creer que haya nadie tan imprudente que encienda lumbre junto á un depósito de pólvora.

vado, dirijiéndose al efecto hácia el de Duado, á cuyas inmediaciones fué á acampar.

Como lo temia, una division enemiga, mandada por el tránsfuga don Angel Calvo, estaba del otro lado y le disputó vivamente el paso, lo que le colocó entre dos fuegos con fuerzas muy inferiores en hombres (1) y en caballos. Viéndose en posicion tan embarazosa reunió en consejo de guerra á sus oficiales para discutir el plan que convenia seguir, y sin esperar que se concluyese, pero despues de haber manifestado que su parecer era hacer frente á Gainza, tomó cuatrocientos hombres y dos piezas de artillería, y se dirijió contra aquel sin mas objeto que entretenerle con pequeñas escaramuzas, y dar tiempo á sus soldados de hacer trincheras que le sirviesen de defensa (2).

A su vuelta se encontró con que todos los oficiales eran de contrario parecer al suyo y que estaban completamente decididos á forzar el paso, á pesar de la ventajosa posicion del enemigo (3). Este hubiera sido el partido mas prudente y probablemente el que mas convenia á los patriotas si el ejército de Gainza hubiere estado á mayor distancia; pero hallándose tan cerca era imposible que en el desórden, siempre inevitable al pasar un rio de tan difícil acceso y en presencia del ejército enemigo, dejara de haber numerosas pérdidas, equivalentes quizá á una

(1) Los dos partidos reclaman el mismo derecho sobre la inferioridad numérica de sus tropas.

(2) Conversacion con don Bernardo O'Higgins.

(3) Refiero este hecho tal como lo he ventilado con el mismo don Bernardo O'Higgins; pero segun el diario manuscrito del capitan don Nicolas Garcia, que asistió al consejo, y la memoria de don Diego Benavente exactamente conforme con dicho diario, parece que no hubo mas oficial que opinase por el paso del rio que Balcarce y que todos los demas participaron del dictámen de O'Higgins, es decir, fueron de parecer que debia hacerse frente al ataque de Gainza.

derrota, y entonces quedaba muy comprometida la suerte de Santiago; porque desembarazado el camino de esta capital hubieran sido necesarios esfuerzos inauditos para contener á un enemigo, que sabia perfectamente la desunion que aquejaba al partido chileno y el espíritu contrarevolucionario que animaba á algunos realistas inquietos y turbulentos de aquella capital. Por lo demas la retaguardia acababa de tener una escaramuza con la division Lantaño y algunas otras tropas mandadas por Elorriaga, lo cual daba á entender que se preparaba una accion jeneral. Por todos estos motivos creyó O'Higgins que no debia conformarse con la determinacion del consejo de guerra, y usando de las atribuciones que como jeneral en jefe le correspondian por las ordenanzas, declaró que insistia en su primera resolucion y que estaba decidido á hacer frente á su adversario, pues que la necesidad lo exijia; añadiendo que las acciones de guerra mas brillantes son debidas casi siempre á golpes desesperados (1). Tal era su intencion, que empezó á poner en práctica haciendo todos los preparativos necesarios, cuando le anunciaron con gran sorpresa suya, que Gainza con todas sus tropas se desviaba del lado del oeste para ir á ganar el vado de Bobadilla. Ignorando sin duda que Calvo se encontraba sobre el de Duado, por el cuidado que habia tenido O'Higgins de cortarle sus comunicaciones, habia determinado dirijirse cuanto antes sobre este vado para unirse á las tropas de Olate y combinar así sus esfuerzos con objeto impedir el paso del ejército patriota. Desgraciadamente para él la órden que habia dado del campo de Longavi á este coronel no se habia ejecutado, habiéndose contentado con enviarle al coronel

(1) Conversacion con don Bernardo O'Higgins.

la defendia resistió por espacio de muchos dias los repetidos ataques de los realistas, los desalojó de las calles de que se habian apoderado, y hasta tuvo arrojo bastante, á pesar de la inferioridad del número, para hacer algunas salidas, en las que desgraciadamente no estuvo la ventaja de su parte, y en una de los cuales murió el valiente comandante don Juan Manuel Vidaurre. Precisados al fin á concentrarse en la plaza que fortificaron con algunos cañones, estaban decididos á defenderse con el denuedo que les inspiraba su mala posicion, cuando vieron que el enemigo se situaba en los techos de las casas que dominaban la misma plaza. Entonces ya no les quedó mas recurso que rendirse, pero lo hicieron con todos los honores de la guerra, habiendo estipulado que saldrian con tambor á la cabeza. Tal fué al menos la cláusula espresa de su capitulacion; y sin embargo apenas se rindieron, la ciega pasion de los partidos se sobrepuso á la majestad del honor y de la justicia, y los nobles defensores de la patria fueron encerrados en unas especies de prisiones sumamente sucias é incómodas en que se vieron faltos de todo y dominados por el triste presentimiento de que los enviarian á las casamatas de Lima.

Dado este afortunado golpe de mano, don Matías de la Fuente, hombre emprendedor y no falto de talento, proyectó apoderarse de Santiago, elijiendo el pequeño puerto de San Antonio para punto de desembarco. Al efecto suplicó al auditor de guerra don José Antonio Rodriguez apoyase esta espedicion, pidiendo á Gainza un refuerzo de doscientos hombres, con lo cual y con que se continuase hostilizando á O'Higgins de manera que no saliese del sur, creia no necesitar mas para llevar á cabo su plan. Rodriguez escribió con efecto á Gainza, pero en

vez de hablarle en favor de esta espedicion, lo hizo desaprobándola y aconsejándole por el contrario que enviase la fragata inglesa á llevar víveres á Chiloe, con órden de conducir á la vuelta los cuatrocientos hombres disciplinados allí existentes, porque « lo de Santiago, decia, es cosa hecha para la primavera (1). »

(1) Segun el proceso de Gainza en Santiago, el mismo Rodriguez le hacia un cargo de no haber seguido las indicaciones de don Matías de la Fuente respecto de esta espedicion; pero de una carta presentada por aquel brigadier resulta efectivamente la oposicion de Rodriguez.

lista en su socorro. Entonces se empeñó una accion casi jeneral, aunque poco animada, que duró casi todo el dia, y que no dió mas resultado que hacer esperimentar un nuevo revés al ejército real. En este momento llegó el refuerzo de los cuatrocientos hombres (1) enviados de Santiago á las órdenes de don Santiago Carrera. Aunque estos no tomaron parte en el combate por haber llegado tarde, contribuyeron á su resultado, porque al ver el enemigo una gran polvareda que se iba acercando y al oir los vivas entusiastas que daban los patriotas á los recien llegados, creyó que el número de soldados era mayor, y bajo la impresion de esta creencia se apresuró á batirse en retirada, y á guarecerse en el lado opuesto de Rio-claro, donde pasó la noche. Al dia siguiente, en vista del número de desertores y de la falta de tiendas en una época en que por las continuas lluvias eran absolutamente necesarias para los soldados, sobre todo para los de Lima que constantemente se quejaban del mal tiempo, Gainza reunió un consejo de guerra, en el que se resolvió retirarse á Talca, á pasar allí el invierno. O'Higgins permaneció en Quecheregua bastante contrariado con la marcha del coronel Balcarce, quien en un momento de mal humor determinó separarse del ejército, como así lo hizo, dejando el mando de los ausiliares de Buenos-Aires á su valiente sarjento mayor don Juan Gregorio de las Heras (2). En la misma época Mackenna se diri-

(1) Los documentos dicen ciento cincuenta.

(2) Segun el diario de don Nicolas García y la memoria de don Diego Benavente, Balcarce habia opinado muchas veces que el ejército debia retirarse del lado de Santiago, parecer en que insistió despues de la accion de Quecheregua, habiéndose decidido á abandonar el ejército por el poco caso que se hacia de sus consejos. Segun el diario de Carrera, el director Lastra no era afecto á este coronel.

jia tambien sobre Santiago para conferenciar con el director sobre las necesidades del ejército, tanto mas apremiantes, cuanto que acababa de recibirse la triste noticia de la pérdida de Concepcion y de Talcahuano, que habian caido en poder de los realistas.

Estas dos ciudades, únicos puntos de la provincia de Concepcion que estaban en poder del gobierno, fueron con efecto tomadas á mediados del mes de abril. El intendente militar don Matías de la Fuente fué el encargado por Sanchez de hacer esta conquista. A la cabeza de trescientos hombres de la guarnicion de Chillan, de las partidas de los Angeles á las órdenes de Pando, de las de San Pedro y Arauco mandadas por Quintanilla, y de las milicias de la Laja, Tucapel, Rere, etc., mil hombres en todo sobre poco mas ó menos, se presentó el 11 de abril delante de Concepcion, guarnecida por unos doscientos hombres y esos en mal estado de salud y muy fatigados de resultas de lo que les molestaban las guerrillas de Quintanilla, etc., y los barcos que cruzaban delante de la bahía de Talcahuano. El teniente de granaderos don Juan Manuel Correa salió de observacion con veinte fusileros montados, encontró las primeras avanzadas en Palomares, y despues de una refriega en que cinco soldados suyos se pasaron al enemigo, se vió precisado á replegarse sobre Agua negra, donde estaba don Diego Benavente con cuarenta fusileros y una pieza volante de artillería; en el mismo momento se dejó ver todo el grueso del ejército que avanzaba con objeto de reunirse á las tropas de San Pedro y de Rere acabadas de llegar, y juntas ocuparon todas las alturas de Concepcion, adonde habian ido á refujiarse Benavente y Correa. Aunque la ciudad no estaba fortificada, el puñado de valientes que

sabia apreciar mejor que nadie las dificultades y el peligro de su posicion. Casi en el mismo momento lo pasaba Gainza por Bobadilla con tal desórden, que algunos cortos destacamentos hubieran bastado para derrotarle ó al menos para apoderarse de toda su artillería: desgraciadamente la pérdida de la division Blanco y el mal estado de la caballería, no permitian á O'Higgins dar este golpe de mano sin comprometer temerariamente su ejército, cifrando por el contrario la salvacion de la patria en pasar pronto el rio, objeto de todos sus pensamientos y de toda su ambicion. Realizadas sus miras, solo pensó en dirijirse al norte para interponerse entre Gainza y la capital, y reunirse al refuerzo que el gobierno habia prometido enviarle al mando de don Santiago Carrera. En los montes de Guajardo fué atacado al amanecer por una gruesa partida de caballería que Gainza, sorprendido altamente al saber el paso de los patriotas, destacó al mando de Olates y Lantaño. Tenian estos órden de hostigar á los patriotas y contener en lo posible la rapidez de su marcha, para dar tiempo á alcanzarlos y batirlos: la escaramuza no tuvo consecuencias, pues fué muy reducido el número de heridos y mas aun el de muertos; y aunque Lantaño logró apoderarse de un cañon de las avanzadas, una partida, enviada en ausilio de estas, lo recobró bien pronto. Algo mas seria fué la escaramuza que al dia siguiente tuvo lugar á orillas del rio Claro, defendido por otras dos partidas á las órdenes de Calvo y Olate, á quienes Gainza habia destacado para apoderarse, si era posible, de Quecheregua, posicion que sus tenientes le habian hecho creer era en estremo ventajosa. Pero gracias á la pericia de los artilleros y sobre todo del capitan don Nicolas García y del te-

niente don José Manuel Borgoño, el enemigo tuvo que repasar al sur del rio, y fué perseguido por la caballería de don José María Benavente. Así pudo el ejército franquear este riachuelo, ycontinuar sin tropiezo la marcha sobre Quecheregua, adonde llegó á eso de las cinco de la tarde.

Las casas de esta hacienda, situadas en una llanura cerca del camino real y á corta distancia del rio Lontue, fueron para los patriotas un punto importante de defensa, porque abrieron en las paredes troneras en que colocaron los cañones, construyeron trincheras con grandes lios de charqui y grasa, derribaron las paredes inmediatas de que pudiera utilizarse el enemigo, y los milicianos de Aconcagua quemaron grandes montones de leña que habia á poca distancia de las casas y que podian servir al enemigo de abrigo. Gracias á estos preparativos, Gainza quedó completamente desconcertado cuando al dia siguiente 8 de abril vino á atacar con todo su ejército á los patriotas, á quienes suponia simplemente acampados : á pesar de la firmeza de sus soldados y no obstante su presencia de ánimo en el peligro, le fué forzoso retirarse del otro lado del rio Claro, despues de haber sufrido durante gran parte del dia un fuego mortífero de estas fortificaciones improvisadas. Sin embargo de este contratiempo, Gainza se presentó segunda vez, y simulando querer pasar el rio Lontue y marchar sobre Santiago, creyó con esta estratajema atraer á los patriotas y sacarlos de sus fuertes posiciones para combatir á campo raso; pero O'Higgins, que habia conocido su verdadero intento, le dejó pasar con entera libertad, y saliendo despues al frente de la caballería atacó la retaguardia, que hubiera perecido toda, á no ser por el refuerzo que inmediatamente envió el jeneral rea-

Lantaño que se le unió en Yerba buena, y apostar sobre el rio al comandante Calvo, que solo á medias llenó los deseos del jeneral realista (1).

La retirada del ejército realista fué para los jefes de los patriotas un golpe de fortuna que celebraron con entusiasmo, bien que este duró poco, porque no les fué difícil penetrar los designios de Gainza, y comprender que su posicion era muy comprometida si llegaba á realizarlos. En este conflicto O'Higgins creyó conveniente prevenir á todo trance esta resistencia y verificar cuanto antes el paso, cada vez mas difícil : al efecto buscó hombres prácticos en el terreno, que mediante una buena recompensa le enseñasen otro vado, y dos campesinos que se le proporcionó prometieron conducirle á uno poco distante de su campamento. A él partió inmediatamente con las debidas precauciones y á favor de la noche. No conociendo la posicion del enemigo, por lo cual habia enviado al catalan Molina á que picase su retaguardia, y no atreviéndose á tentar un golpe de fortuna en una accion en regla, porque para esto era necesario, como él decia, batirse como tigres, creyó debia contentarse con pasar lo mas pronto posible y con mucho silencio el vado que le habian indicado, antes de que pudiera oponérsele obstáculo. Para obtener este resultado necesitaba engañar á los soldados de Calvo é inspirarles confianza, y esto hizo dejando cuarenta hombres en el campamento con órden de encender fuegos en toda su estension, de dar voces de cuando en cuando como centinelas avanzados y de no desampararlo hasta la llegada del destacamento de Molina, con el cual se incorporarian para ir á unirse

(1) Véanse los autos del consejo de guerra contra el brigadier don Gabino Gainza.

al grueso del ejército. Con esta hábil estratajema consiguió O'Higgins llegar sin ser molestado al vado llamado de Queri (1), unas tres leguas de su punto de partida.

Aunque á la sazon no era todavía completamente de noche, dió órden, sin perder momento, al intrépido sarjento mayor don Enrique Campino, que merecia toda su confianza por las pruebas de valor que dió en la refriega de Quilo, de atravesar el rio á la cabeza de doscientos dragones, que debian llevar otros tantos granaderos á la grupa (2). Esta especie de vanguardia tenia por objeto cubrir los alrededores, hacer frente á las guerrillas que pudieran presentarse, contenerlas ó dispersarlas, y protejer de esta manera el resto del ejército, que necesitaba estar completamente espedito para poder pasar el rio. El vado no dejaba de ser profundo, pues á los infantes les llegaba el agua á la cintura, y era tan incómodo para el paso de los bagajes, compuestos de treinta y seis carretas y algunos furgones y sobre todo para el de los veinte cañones, que los soldados y hasta los oficiales, tuvieron que empujar las ruedas; pero á pesar de tan escesiva fatiga, el entusiasmo fué jeneral y no decayó un punto, presajio favorable de futuros sucesos (3).

Serian las nueve de la mañana cuando todos estos infatigables patriotas habian franqueado el rio, con gran contentamiento de los oficiales que habian participado de las fatigas del soldado, y sobre todo de O'Higgins, que

(1) A este vado se le han dado muchos nombres. O'Higgins le llama de los Alarcones y en su parte, de Quiñones. Don Nicolas Diaz y don Antonio Benavente le designan por el vado de Alarcones ó del fuerte, y otros autores por el de Andarivel. Nosotros aceptamos el nombre que le dan los realistas, porque es el mas antiguo y por el que se le conoce mas.

(2) O'Higgins. El manuscrito de don Nicolas Garcia y don Diego Benavente solo hacen subir esta cifra á cincuenta.

(3) Véase el parte de O'Higgins en el Monitor araucano, tomo 2°, número 38.

ciones; desplegaron gran vijilancia con motivo de las enfermedades que de un modo alarmante se propagaban en algunas comarcas; y procuraron el remedio á los numerosos abusos que se cometian en las exacciones de proratas, tan difíciles por desgracia de evitar en momentos de revolucion, en que todo es confusion é irregularidad. Pero lo que les preocupó principalmente, como á todos los buenos patriotas, fué el deseo de que progresase la instruccion pública, que consideraban con razon la mas segura base para fundar la libertad y la felicidad de todo un pueblo; y con este objeto multiplicaron las escuelas primarias, en las que estaban al lado uno de otro el hijo del rico y el hijo del pueblo para de esta manera inculcar desde temprano en el ánimo del primero el espíritu de igualdad y de democracia que la nueva sociedad exijia, y en el del segundo el sentimiento de honor y dignidad de que habia estado privado tanto tiempo. Por el mismo motivo y para instruir al pueblo en los deberes que tenia que llenar en una sociedad, en la que bien pronto iba á tomar parte por medio del voto, mandaron componer un catecismo patriótico que se les hizo aprender á los soldados, á los criados, y sobre todo á los estudiantes, los cuales tenian órden de recitarlo, una vez á la semana por lo menos, en la plaza mayor, acompañados de algunas personas condecoradas: procuraron tambien dar importancia á cuanto podia hacerles amar la revolucion y exaltar su patriotismo, asociando en algunos casos las ceremonias relijiosas, siempre mas seductoras para la masa de la nacion, y muy convenientes para lisonjear el amor propio del clero. Porque aun cuando todo su pensamiento, especialmente el de Infante, estaba reducido á seguir los principios de la revo-

lucion francesa, temerosos sin embargo de pasar por filósofos, tenian cuidado de defenderse de esto en sus escritos, y hasta muchas veces reclamaban de buena fe el apoyo de los relijiosos, principalmente en todo lo que tenia relacion con la enseñanza pública, servicio que desempeñaban admirablemente, pues á mas de una instruccion, que no era comun en el país, ejercian mayor influencia para hacer penetrar en el espíritu de sus jóvenes educandos el principio moral, en que consiste la felicidad de una nacion.

Mas á pesar de su buena voluntad para introducir en los diversos ramos de la administracion las mejoras que su patriotismo les inspiraba, el estado del país y la presencia de un enemigo bastante poderoso que ganaba cada dia mas terreno, exijian del gobierno medidas muy vigorosas, razon por la cual se creyó conveniente concentrar todos los poderes en una sola persona, escojiendo un militar acostumbrado á la disciplina y á los peligros y siempre mucho mas respetado por el ejército, verdadero defensor de una libertad naciente. Bajo este punto de vista, es necesario decirlo, la nueva política que acababa de prevalecer en Buenos-Aires comunicó toda su influencia á la de Chile (1). Un mes hacia solamente que aquella república, intimidada por algunos reveses, habia creado un supremo director, que fué el ciudadano

(1) No puede negarse que Buenos-Aires influjó mucho activa y moralmente en los asuntos de Chile. Abundando en hombres de gran talento que estaban á la cabeza de la revolucion, era imposible que dejasen de influir con su ejemplo en Chile, con tanta mas facilidad, cuanto que en este país habia un número muy crecido de arjentinos, los cuales unos vivian como simples particulares, y otros desempeñaban empleos muy elevados, como el de comandante jeneral de las armas que veremos muy luego en manos de don Santiago Carrera, el de tesorero de la misma ciudad ocupado por don Hipólito Villegas, el de jefe de estado mayor que desempeñaba Balcarce, etc., etc.

que casi habia representado al principio de la revolucion el papel de soberano, papel de que en cierto modo se la habia despojado con el advenimiento al poder de los Carrera, y viéndose con disgusto reducida á una corporacion meramente administrativa, sancionó con su voto el nombramiento que se le proponia, y don Francisco de la Lastra fué reconocido por director supremo de la república. Mientras este llegaba se encargó interinamente don Antonio José de Irisarri del gobierno del país y don Santiago Carrera del mando jeneral de las armas de la capital.

Así acabó el 7 de marzo de 1814 una junta que en todo el tiempo de su mando estuvo entregada á un temor y á una ajitacion desusados. Sus individuos, preciso es confesarlo, carecian de la aptitud necesaria para dominar los acontecimientos, y atender á todas las necesidades que el estado de guerra traia consigo. Mas inclinados por instinto y por educacion á constituir que á resistir ni conquistar, no teniendo ya que luchar con el carácter dominante de los Carreras, y persuadidos de que con O'Higgins, á quien solo las circunstancias habian hecho soldado, el espíritu militar no se sobrepondria nunca al espíritu republicano que fué lo que siempre temieron con los Carreras, se apresuraron á regresar á la capital para ocuparse en trabajos de organizacion, pero sin descuidar la vijilancia del ejército, al que debia volver don José Miguel Infante. Obrando de este modo en conformidad con sus instintos y sus buenas intenciones, esperaban estos dignos patriotas que la revolucion tomaria el carácter de órden y dignidad que la nacion, especialmente las provincias del Sur, reclamaban por tantos motivos, y que podria reunir en seguida y muy pronto

el congreso, en que las circunstancias no habian permitido pensar hasta entonces. Si paramos la consideracion en lo que estos respetables ciudadanos hicieron en favor de la patria, nos convenceremos de que á ser mas propicia la época, hubieran sin duda llevado á cabo acertadas innovaciones en su país; lo cual es de creer si no por que tuviesen un verdadero talento administrativo, á lo menos por sus virtudes, su buen sentido y su ardiente patriotismo. A parte de lo que hicieron para desvaratar los manejos del enemigo interior y de los descontentos, no perdieron de vista, en cuanto se lo permitia su posicion, las necesidades del ejército y el bien estar del soldado, por lo menos desde que O'Higgins. fué nombrado jeneral en jefe; simplificaron las oficinas del tesoro en lo relativo á las pagas de los militares; uniformaron las mismas pagas en todos los cuerpos; suprimieron los descuentos, cargando al tesoro los gastos de hospital, etc.; pusieron bajo su direccion la escuela militar, conservandole el nombre de jóvenes granaderos; y mandaron que todos los habitantes de Santiago comprendidos en la edad de quince á cuarenta y nueve años, fuesen rejimentados por barrios como milicianos, teniendo por jefe principal al prefecto del barrio respectivo, etc. Ademas de esto, dedicaron toda su atencion á las diferentes administraciones militares, lo cual no les impedia descender, cuando lo requeria el caso, á los mas menudos detalles de los asuntos puramente municipales; cuidaron activamente de la policía, creando un superintendente director, al que todos los demas ajentes estaban subordinados; establecieron nuevos cementerios que evitasen una vez para siempre los inconvenientes de enterrar los cadáveres en las iglesias ó sus inmedia-

fué mas que suficiente para que la separacion se verificase sin ruido y casi sin oposicion. Pocos dias despues se dirijieron circulares á todas las municipalidades para hacer saber al pueblo el cambio hecho y obtener su aprobacion. Fué este un medio de legalizar el acto de severidad ejercido, á pesar de que como hecho consumado, no habia materia sobre que discutir (1).

Despues de este acontecimiento, los miembros de la junta consideraron conveniente no permanecer mas tiempo en Talca, y á fines de febrero de 1814 se restituyeron á Santiago, acompañados de una fuerte escolta que tomaron de la guarnicion de Talca, lo cual, como antes hemos visto, contribuyó mucho á la pérdida de esta ciudad y á la muerte del valiente coronel Spano. Supieron la noticia de este desgraciado suceso en el momento en que pasaban el rio Maypu; y sin desconcertarse, y disimulando en lo posible su inquietud, dieron al punto las órdenes necesarias para reunir todas las milicias de Rancagua, continuando en seguida la marcha con objeto de llegar aquella misma tarde á Santiago. Su entrada se verificó al ruido de las aclamaciones de un pueblo entusiasmado. Durante dos dias fueron obsequiados con festejos, lo que absorbió en parte sus pensamientos y distrajo sus justos temores; pero en el instante que lo ocurrido en Talca se divulgó por el público, una ajitacion súbita succedió á las demostraciones de alegría, despertó las pasiones de

(1) Y enterados de todo dijeron que daban á V. E. las mas espresivas gracias por la bondad con que ha querido sujetar al exámen de los pueblos sus rectas providencias, no obstante hallarse revestido de la suprema autoridad para mandar y disponer cuanto convenga á la felicidad del Estado, etc. — Oficio del cabildo de Rancagua. — Otras muchas municipalidades contestaron asimismo felicitando al gobierno por su severa medida, pero no faltaron algunas que mas reservadas dejaron entrever en sus respuestas que su adhesion era mas forzada que voluntaria.

los descontentos y ambiciosos, dió lugar á censuras y luego despues á que se celebrase un cabildo abierto, al que fueron llamados el comandante de artillería don Manuel Blanco y el de infantería, don José Antonio Cotapos, para saber de ellos si harian uso de las armas contra el pueblo. La contestacion de estos honrados militares fué conforme con los deseos de los miembros de la municipalidad, motores principales de este pronunciamiento; y entonces la revolucion estalló con toda su fuerza y se hizo casi jeneral. En seguida todo el cabildo y muchas personas que le acompañaron, se dirijieron al palacio, en donde los jefes militares fueron llamados otra vez, y obligaron á los miembros de la junta á hacer dimision. Don José Ignacio Cienfuegos y don Agustin de Izaguirre se resignaron con calma á la voluntad de esta reunion casi espontánea, y depositaron inmediatamente sus bastones sobre la mesa; pero don José Miguel Infante, apoyado en sus derechos y en su conciencia, se opuso con grande enerjía, y si al fin cedió, no fué tanto por debilidad, como porque no pudo convencer á sus cólegas de que variasen de resolucion. Obtenido este resultado, se acordó reunir en aquellos críticos momentos todos los poderes en una sola persona que fuese militar, y don Mariano Vidal, natural de Buenos-Aires, que se hizo el orador del pueblo, propuso, con arreglo á las instrucciones que habia recibido, y sin duda por influjo de don Antonio Irisarri, al coronel don Francisco de la Lastra, gobernador á la sazon de Valparaiso.

Tenia demasiado interés la municipalidad en un cambio de gobierno que aspiraba á restablecer la autoridad á la altura de su ambicion, para no acojer este pensamiento y apoyarlo con toda su influencia. Recordando

CAPITULO XXXVII.

Preparativos de la junta para separar del ejército á los hermanos Carrera. — Revolucion del 7 de marzo y concentracion del poder en una sola persona. — El coronel don Francisco de la Lastra, gobernador de Valparaiso, es nombrado director supremo de la república.— Don Antonio José de Irisarri desempeña interinamente esta alta dignidad, y manifiesta en sus actos la mayor enerjia, sobre todo contra los españoles no naturalizados en Chile. — Recepcion de Lastra y formacion de un ministerio y de un senado consultivo. — Recompensas concedidas á los antiguos miembros de la junta.

Hemos visto que la junta gubernativa abandonó por el mes de octubre á Santiago para dirijirse á Talca y hacer de esta ciudad el centro principal de sus operaciones. Su objeto ostensible era aproximarse al teatro de la guerra para combinar nuevos planes de ataque contra Chillan y someter cuanto antes la provincia de Concepcion, cuyos habitantes, de resultas de escesos cometidos en su daño, se habian separado del partido de los patriotas y unídose al de los realistas. Penetrada de todo lo que tuvo de enérjico la revolucion francesa, quiso imitar á los antiguos representantes ó comisarios de ejército, y á su ejemplo colocarse en medio del campamento para animar á los soldados con su patriotismo, vijilarlos mas de cerca y poner remedio, en lo posible, á los desórdenes, consecuencia inevitable de tantas circunstancias imprevistas. Así es que Cienfuegos se dirijió hácia Concepcion, donde se hallaba el cuartel jeneral, y don Miguel Infante hácia el ejército ausiliar en los momentos en que se habia dado el mando de este al coronel Mackenna. Pero el principal objeto de estas visitas, hay que confesarlo, era captarse la voluntad

del ejército para que fuese indiferente á la medida de rigor, ya acordada, de separarlo de los hermanos Carrera, y ponerlo á las órdenes de otros comandantes. Tal era en efecto todo el pensamiento, puede decirse, de la junta, que recelaba mucho del prestijio de aquellos jefes, persuadida, como lo estaba, de que acabarian por abusar de él como elemento de fuerza para arribar al despotismo militar, cada vez mas codiciado por don Miguel Carrera.

Sin duda era de temer que el decreto mandando á los hermanos Carrera de abandonar un ejército que habian creado, y en medio del cual habian vivido desde su formacion, suscitase debates acalorados, reviviese las enemistades desgraciadamente muy comunes en momentos de rejeneracion social en que tantos intereses se ponen en juego, y produjese en fin un conflicto peligroso por las resistencias combinadas que podian encontrarse en los diferentes batallones y entre los oficiales completamente unidos á aquellos jefes por conviccion ó por reconocimiento. Pero en su hábil prevision, acertó la junta á preparar los ánimos, aunque valiéndose á veces de medios que no todos pueden aprobarse, tales como favorecer en lo posible á los enemigos particulares de Carrera, anular la sentencia dada contra los que en 1811, 12 y 13 conspiraron contra ellos, y con el objeto de atraerse el partido del clero, influyente siempre, mandaron devolver inmediatamente á los relijiosos de la recoleccion de predicadores el convento de la Chimba, de que á principios de 1812 se les desposeyó para destinarlo á cuartel de artillería. Esto y los artículos que se publicaron en los dos únicos periódicos que existian entonces y que dependian absolutamente del gobierno,

don Gervasio Antonio de Posadas, cuando los habitantes de Santiago se apresuraron á imitar este nuevo sistema de gobierno, para dar mas poder á su nuevo jefe, y colocarle en situacion de que pudiese sacarlos de la mala posicion en que el país se hallaba. Porque independientemente de los progresos de la invasion, los adictos de los Carrera se presentaban siempre como partido muy activo de oposicion; y aunque solo se daban á conocer por actos misteriosos y confusos, prueba evidente de su debilidad, no por eso eran menos temibles, porque podian unir su resistencia á la de los demas descontentos, y quizá asociarse un buen número de españoles, que se sabia estaban siempre prontos á lanzarse á todo movimiento que pudiera comprometer la tranquilidad del país. Desgraciadamente no era Lastra el hombre que las circunstancias reclamaban, porque era débil, indeciso, y lo que iba á representar era el principio de enerjía. Su influencia personal valia ademas poco; no tenia mas antecedentes que su mucha probidad, y como apenas habia figurado en los partidos políticos, su papel habia sido el de un hombre conciliador, mas bien que el de un hombre de accion. Sus amigos, que le elevaron á esta alta dignidad, no hubieran previsto todas las dificultades que indudablemente se le iban á suscitar, si don Antonio José de Irisarri, que contribuyó mucho á su nombramiento, quizá con la intencion de hacer un director solo en el nombre, no hubiese estado allí para tomar una gran parte en su administracion, con mucha satisfaccion de los verdaderos patriotas, que conocian sus talentos, y sobre todo su carácter firme y enérjico. Este noble estranjero (1) poseia en efecto todas las cualidades que en aquel momento

(1) Don Antonio José Irisarri era natural de Guatemala.

necesitaba el país. Lleno de conviccion y de entusiasmo por las ideas republicanas, persuadido de que la revolucion no llegaria á sus últimas consecuencias sino poniendo en juego todos los recursos de la actividad y de la enerjía, no temia tomar bajo su sola responsabilidad las medidas mas severas para conseguir este objeto; así en los pocos dias que gobernó interinamente el país, fijó principalmente su atencion en los españoles no naturalizados en Chile y los colocó en la impotencia de hacer daño á la revolucion. Principió por separar de todas las administraciones á los que habia empleados en ellas y por alejar de la capital á algunos y confinarlos en las ciudades del norte : respecto de los que quedaban en Santiago, procuró aislarlos en cuanto pudo, prohibiéndoles toda reunion de mas de dos personas, les obligó á retirarse á sus casas antes de las nueve de la noche, y les mandó entregar sin dilacion al comandante de la ciudad todas las armas y caballos que tuviesen, bajo pena de fuertes multas, inclusa la pérdida total de bienes, y de ser espulsados del país. Para mejor asegurar el cumplimiento de sus disposiciones, prometió la libertad á todo esclavo y doscientos pesos á todo criado libre, que probase haber contravenido á ellas su señor ó amo.

Con estos actos de rigor allanó Irisarri una porcion de dificultades al que iba á tomar muy pronto las riendas del estado, y consiguió intimidar no solo á los españoles, sino á todos los demas enemigos que por la ambicion de unos y por las tendencias turbulentas de otros, iban necesariamente á brotar contra la nueva administracion. Para mejor vijilar á estos últimos, publicó asimismo un bando mandando que los vecinos tuviesen alumbra-

das las fachadas de sus casas durante la noche, y hasta prohibió á todos los habitantes salir de la ciudad, ni aun para ir á sus chacras, sin permiso espreso del gobierno. Suspendiendo de esta manera la libertad del movimiento faltaba al principio de la revolucion, pero esto era necesario para la tranquilidad de la capital, en momentos sobre todo en que se habia apoderado un terror pánico de sus habitantes, hasta el punto que muchos se marcharon como si el enemigo estuviese á las puertas, á pesar de las seguridades que daba el gobierno, y de los bandos que mas adelante se publicaron, amenazando con los mas severos castigos á todo el que tuviese la audacia y la mala intencion de esparcir rumores falsos sobre desorganizacion del ejército, refuerzos llegados á los realistas, y tantas otras falsedades, que el miedo acojia y la imajinacion exajeraba.

Despues de haber dado fuerza á todo lo que era del dominio de la policía gubernamental y municipal, Irisarri se ocupó del ejército, que por su estado precario merecia llamar igualmente toda su atencion. Su primer cuidado fué poner un freno á la inclinacion que tenian los soldados á desertar de sus rejimientos, y al efecto publicó un bando, mandando que todo desertor volviese á sus banderas ó se presentase al comandante de su canton, y amenazando con pena de muerte al que pasados quince dias no hubiese obedecido; en seguida empezó á reunir un buen número de soldados para enviarlos, al mando del comandante don Manuel Blanco, á reconquistar la ciudad de Talca, de que acababan de apoderarse los realistas. Este cuerpo de ejército, que tan desgraciado hemos visto en Cancharayada no tanto por cobardía como por indisciplina, se componia, casi en su tota-

lidad, de mulatos, y se le conocia con el nombre de Infantes. A pesar del progreso de las ideas, la revolucion no los habia igualado todavía á los demas soldados, pero en esta época se procuró realzarlos un poco, concediendo á sus oficiales el tratamiento de *don*, tratamiento que gozaba el último artesano español establecido en Chile, por el solo mérito de haber nacido en España.

Tal fué la activa y enérjica conducta de Irisarri á su entrada en el poder, conducta que demostraba que si este digno patriota habia contribuido poderosamente á derribar la antigua Junta, su talento variado era capaz de cumplir los deberes que tácitamente se habia impuesto, y comunicar al país el aliento que necesitaba para asegurar la vida y el porvenir de la revolucion. Desgraciadamente su poder duró solo cinco dias. El 10 de marzo entregó Lastra el gobierno de Valparaiso á don Francisco Forma y salió para Santiago con trescientos infantes y catorce cañones. Su llegada se verificó el 11 por la tarde, pero la recepcion como director supremo fué el 14 en presencia de una junta plena de corporaciones, nombrada para presidir á la instalacion del nuevo jefe y al juramento de costumbre que este debia prestar. Terminada la ceremonia, se ocupó de nombrar un ministerio, ó secretarios de Estado, y la Junta propuso tres personas de incontestable virtud, que el director se apresuró á elejir. Estas tres personas fueron el licenciado don José María Villareal, encargado del departamento del interior ó del gobierno, el sarjento mayor de la plaza don Andrés Nicolas de Orgera, del de la guerra, y don Juan José Chavarria, del de hacienda. Ademas de estos nombramientos, el director hizo ver la necesidad de que hubiera un intendente de provincia que le reemplazara in-

terinamente en casos de ausencia, enfermedad ó muerte, y que independientemente de sus atribuciones como jefe de la provincia, tuviese bajo su dependencia todos los asuntos contenciosos en cualquiera de los ramos de justicia, hacienda y guerra. Esta dignidad, una de las mas elevadas del estado, se confirió, á propuesta del director, á don José Antonio de Irisarri, dándole un asesor que desempeñase al mismo tiempo las funciones de auditor de guerra, lo cual no solo aprobaron las personas presentes, sino que mereció el asentimiento de la opinion pública, llena de solicitud por un hombre que tan buenas pruebas habia dado de capacidad (1). En la misma sesion se nombró un individuo de cada una de las corporaciones principales para redactar un reglamento provisional sobre los límites del nuevo poder. Este reglamento, que quedó terminado el 15 de marzo y se publicó el 18 en el Monitor araucano, daba al director las mas amplias facultades, puesto que todo entraba en sus atribuciones, salvo los tratados de paz y de guerra y el establecimiento de nuevas contribuciones públicas y jenerales. Su dignidad era la de capitan jeneral, y sus insignias una banda de color encarnado con flecura de oro. Aunque su duracion se fijaba en diez y ocho meses, podria ser reelejido ó reemplazado, por decision del senado unido á la municipalidad. Esta última corporacion habia recobrado desde la caida de los Carreras una parte de su antigua influencia, y quiso esta vez tener participacion con su voto en un acto de tan alta importancia.

Hechos estos nombramientos y dado el reglamento,

(1) El sueldo que en aquellas circunstancias disfrutaron estos altos funcionarios fué 4000 pesos el director, 2000 el intendente y 1500 cada ministro ó secretario de Estado.

todo lo cual constituia en cierto modo la totalidad del poder ejecutivo, debiera haberse pensado en un cuerpo deliberante que se ocupara de los negocios en jeneral, y se dedicase á hacer desaparecer las inmensas lagunas que existian en todos los ramos de la administracion. Fatigados los hombres sensatos del estado de incertidumbre en que se hallaban, lo deseaban así con ansia; pero el país estaba de tal manera ajitado y la provincia de Concepcion en tal imposibilidad de nombrar sus mandatarios, que la junta anterior se vió en la necesidad de despedir hasta época mas favorable á los diputados que estaban en Santiago. Así se esplica el estado de abandono en que se encontraban los diferentes ramos de la administracion, entregados á sus propios recursos y casi sin intervencion; por lo cual se nombró provisionalmente, siguiendo el ejemplo de Buenos-Aires, un senado consultivo, compuesto de siete personas elejidas por el director, entre veinte y una que le propuso la junta de corporaciones. Estos senadores, cuyo título era puramente honorífico, fueron nombrados por dos años para ser renovados por mitad, debiendo salir los mas antiguos (1). En aquellos momentos de guerra, en que la ajitacion era un obstáculo para todo movimiento regular, no podian funcionar los resortes de su ministerio con la facilidad é independencia que hubieran querido, ademas, que la cámara de que formaban parte tenia solo voto consultivo, circunstancia que les privaba casi absolutamente de la iniciativa; pero como sus miembros eran personajes muy respetables, de los primeros talentos y buenos pa-

(1) Estos senadores fueron el chantre de la catedral de Santiago don José Antonio de Errazuris, presidente, don José Ignacio Cienfuegos, don Camilo Henriquez, don Miguel Infante, don Manuel Salas, don Francisco Ramon Vicuña y don Gabriel Tocornal, encargado de las funciones de secretario.

triotas, Lastra recurrió muchas veces á sus luces y á sus consejos, aun cuando Irisarri era en cierto modo su guia natural y el alma de su administracion (1).

Despues de deponer en manos de su lejítimo poseedor el título interino de jefe supremo de la república, Irisarri no quiso en efecto abdicar completamente el papel que se habia impuesto de rejuvenecer el entusiasmo de los patriotas por medio de la enerjía y de la fuerza. Prevalido de su título de intendente de la provincia y de comandante de la guardia cívica que este cuerpo le dió, ejerció su accion sobre lo civil y sobre un gran número de militares, y especialmente contra todo individuo capaz de suscitar el menor embarazo en los negocios del estado; así es que siguió tomando medidas muy rigorosas contra todo miliciano que contravenia al reglamento, secuestró los bienes de algunos chilenos de elevada categoría, convictos de haber obrado contra la revolucion, y por otra parte contribuyó á que se recompensase dignamente el desprendimiento de los miembros de la antigua junta que no habian querido recibir sueldo, dándoles destinos, que aceptaron como premio de su adhesion al nuevo sistema y de su ninguna ambicion por conservar las altas dignidades, de que habian sido separados. Ademas de senador, fué nombrado Cienfuegos

(1) Este senado tenia muy buenas intenciones y era muy capaz, por la esperiencia de sus individuos, de hacer cosas útiles al país; pero los sucesos del 23 de julio vinieron á derribarle en los momentos en que iba á poner en ejecucion el proyecto ya discutido y aprobado para atender á las necesidades del tesoro. Consistia este proyecto en amonedar la plata de los particulares sin exijirles ningun derecho, para aumentar el numerario; en echar mano de los capitales de las temporalidades, esceptuando las aplicadas á los establecimientos piadosos y públicos, en disminuir el número de empleados civiles y militares inútiles, y en suspender la dotacion de los curas, percibiendo estos provisionalmente los antiguos derechos.

canónigo de la catedral de Santiago, en reemplazo de don Vicente Larrain que habia muerto, y don Miguel Infante administrador jeneral de tabacos: al teniente coronel don Joaquin de Echeverria, que estuvo á la cabeza del gobierno mientras la junta permaneció en Talca, se le confirió la intendencia jeneral del ejército, destinado á partir á las órdenes de don Manuel Blanco; siendo muy estraño que entre todos estos nombramientos no se vea por ninguna parte el nombre de Eyzaguirre, lo cual debe esplicarse con que se habria retirado por gusto ó por necesitar el reposo de la vida privada, ó quizá para dedicarse á especulaciones mercantiles, porque es imposible que á un hombre que habia llenado tan honrosamente su penoso y difícil deber, se le tratase con ingratitud, ni aun con indiferencia, por el nuevo gobierno.

CAPITULO XXXVIII.

Tratado de Lircay entre el gobierno y el comandante del ejército realista, el brigadier don Gavino Gainza.

Si la confianza que tenia Irisarri en su enerjía y en sus proyectos hubiera penetrado en las diferentes clases de la sociedad, probablemente la revolucion con esta fuerza moral hubiera adquirido superioridad y manifestádose bien pronto vigorosa y emprendedora. Gracias á los donativos solícitos y jenerosos de los patriotas, donativos que continuaban con bastante regularidad no obstante el malestar que á todos aquejaba, las tropas estaban algo mejor pagadas, mejor mantenidas y sobre todo provistas de gran número de caballos, que la liberalidad nacional les habia suministrado. Lastra, por su parte, sin aparentar que le dominase la voluntad atrevida de Irisarri, procuraba segundar sus miras y sus resoluciones; y el buen acuerdo de ambos ofrecia al país un porvenir de gloria, cuando un suceso inesperado vino á desviarles de su verdadero camino, y á arrojarlos á un carril que retrasó muchos años la independencia del país.

En el puerto de Valparaiso habia dos buques de guerra, [illegible] inglés, la Phœbe, y otro de los Estados Unidos, el Es[illegible]. Como estaban en guerra estos dos paises se desafiaron [illegible]ndoros, y no tardaron en dirijirse al centro de la bahía, sitio elejido por campo de batalla. Gracias [illegible] largos cañones de la Phœbe, cuyos disparos alcan[illegible] distancia, el Essec quedó muy

luego fuera de combate, y su comandante tuvo que rendirse al comodoro ingles James Hillyar, quien poco despues se alejó de las costas de Chile dirijiéndose al Perú (1). Como su principal objeto se reducia á protejer el comercio de su nacion con América, lo cual era una consecuencia de la alianza inglesa y española, se presentó á su llegada al Callao al virey Abascal, para inclinarle á poner término á las calamidades de la guerra, y tomar medidas con el gobierno de Chile; proposicion que aceptó con gusto el virey, quizá porque temia encontrar dificultades para pacificar esta república sobre todo en los momentos en que mas llamaba su atencion el alto Perú, muy agitado por los montoneros de Arenales, Cárdenas, Umaña, etc. Para mas facilitar la realizacion del proyecto, suplicó al comodoro se encargase él mismo de llevar las bases de la paz (2), y aceptada esta mision por Hillyar, mandó este al punto aparejar para dirijirse á Chile. A mediados de abril llegó á Valparaiso, que no hizo mas que atravesar, y siguió inmediatamente á Santiago, donde fué recibido con todas las consideracionas debidas á un mensajero de paz. Lastra, en cuya casa se presentó al dia siguiente, aceptó con entusiasmo el pensamiento de Abascal, y convocó en seguida el senado para discutir ante esta respetable asamblea, las bases sobre que habia de descansar la negociacion. Ya fuese efecto del cansancio de la guerra, ó mas bien de la viva impresion que les habia hecho el pánico jeneral de los ha-

(1) La mayor parte de los marinos que componian la tripulacion del Essec se alistaron en la compañía de artilleria de Valparaiso.

(2) El virey en su carta á Gainza afecta creer que su posicion era ventajosa, lo cual, dice, le permitia mostrarse jeneroso, pero probablemente su conviccion entraba en la clase de esas convicciones simuladas, que hace valer un jefe hábil para reducir á los hombres á su deber.

bitantes de Santiago á consecuencia de la toma de Talca, y de los progresos en la península de los ejércitos españoles apoyados por la Inglaterra contra la Francia, todos los miembros de aquella asamblea se manifestaron tan dispuestos como Lastra á acojer las proposiciones del virey; pero no sucedió lo mismo cuando se supieron las condiciones, que eran volver á lo pasado, borrando completamente todas las ventajas políticas obtenidas desde el principio de la revolucion, salvo lo que estuviese conforme con las ideas de la constitucion española de 1812. Entonces, todos por unanimidad rechazaron las proposiciones, alegando con razon que estaban en posicion de sostener la lucha y de dar leyes, mas bien que de recibirlas. Hillyar, sin perder la esperanza de un arreglo, les hizo comprender que por sus instrucciones particulares estaba facultado para correjir y modificar las proposiciones, lo que hizo en efecto en términos que el senado adoptó sin dificultad, á pesar de que algunos artículos eran poco honrosos para Chile, pues que sin ser precisamente gobernados por España habia que volver á los tiempos pasados, estinguir el fuego patriótico que una lucha encarnizada habia encendido en el corazon de muchos indiferentes, y lo que era peor para tantas personas adheridas por conviccion al espíritu revolucionario, tomar otra vez las insignias españolas, renegando así del principio de independencia chilena.

Chile no conocia aun en aquella época de inesperiencia todos los resortes secretos y mañosos que pone en juego la diplomacia en las grandes cuestiones internacionales. Era la primera vez que se sometia un tratado á un cuerpo político, y no era fácil hallar hombres bastante hábiles para desempeñar tan alta y delicada mision. Con todo, se tomó por base la firmeza, el buen sentido y la con-

viccion que da una causa justa, y bajo este punto de vista nadie ofrecia mayores garantias que don Bernardo O'Higgins y don Juan Mackenna, hombres ambos de convicciones, conocedores de la posicion y de las necesidades de los dos ejércitos y semi-ingleses ademas de oríjen, lo cual podia ser de grande influencia en las decisiones que tomase el comodoro Hillyar. Decidida esta eleccion, se resolvió agregar en calidad de asesor á don Juan Zudañes, abogado hábil é instruido, y muy capaz, por la clase de sus estudios, de comprender bien este género de tratados y de redactarlos sin ambigüedades.

Hechos estos nombramientos, Hillyar se trasladó al campamento de los patriotas, desde donde dirijió un oficio á Gainza, en el que, con inclusion de los que tenia del virrey, le informaba de su comision y de lo que debia hacer para llegar á un resultado justo y honroso, recomendándole sobre todo la mayor prudencia y que se conformase exactamente con los artículos que le indicaba. Cuatro dias despues, es decir, el 27 de abril, creyó conveniente Hillyar pasar al campamento de los realistas para discutir las bases del tratado, que Gainza leyó con atencion y que dijo no le era posible admitir porque muchos de sus artículos eran contrarios á sus instrucciones : sin embargo aceptó una entrevista con los plenipotenciarios, dilatándola hasta el 3 de mayo con objeto de dar tiempo á que llegase el auditor de guerra don José Antonio Rodriguez, que estaba en Chillan instruyendo la causa de los prisioneros hechos en Concepcion, y con quien queria consultar. Aunque Rodriguez no sabia para qué se le llamaba, apresuró de tal manera su viaje que el 2 estaba en Talca, y se quedó admirado cuando al llegar supo lo que habia, y mucho mas aun de que ya se hu-

biese verificado una gran entrevista entre los plenipotenciarios en un rancho construido espresamente á orillas del rio Lircay á dos leguas de los campamentos de los dos ejércitos. Sin manifestar su sorpresa pidió para enterarse las instrucciones del virey, los poderes de Hillyar y las bases del tratado propuestas por el gobierno chileno, que no le parecieron aceptables : por lo demas persuadido de que el gobierno pedia mucho para obtener algo, se decidió que se reunirian el dia siguiente 3 para discutir juntos los artículos del tratado, y llegar por un medio honroso al fin que se proponia el virey, que era poner término á la guerra, y que el país volviese á la dependencia del rey de España, mediante algunas concesiones. Al dia siguiente estos oficiales, transformados en plenipotenciarios, se trasladaron á las orillas del rio Lircay, sitio elejido por punto de reunion, acompañado cada partido de veinticinco hombres, los patriotas mandados por el teniente Freire y los realistas por Calvo. Rodriguez, que permaneció solo en el rancho, tuvo que sostener casi todo el dia una fuerte discusion con Mackenna y Zudoñes, mientras que O'Higgins y Gainza hablaban en un sitio separado de la causa que ensangrentaba en aquel momento el suelo de las dos Américas, dignas, por confesion del mismo Gainza, de mejor suerte. El espíritu liberal que reveló en esta conversacion hasta cierto punto privada, dejó tan admirado á O'Higgins que por el pronto dudó de la franqueza de su lenguaje, especialmente cuando le oyó decir que el rey Fernando estaba perdido para siempre, que la junta de España, tan patriota y tan republicana como la suya, procuraria siempre favorecer á la América y su causa, y que para ser consecuente con sus principios, le concederia el número de

diputados consignado en la ley, lo cual le proporcionaria inmensa influencia en la cámara, porque en razon á la gran poblacion del nuevo mundo, los americanos tendrian una fuerte mayoría (1). Pero la gran prueba de su liberalismo fué la parte que tomó en una discusion que Rodriguez sostuvo con Mackenna sobre el modo con que los pueblos pueden ser libres, pues dió la razon al segundo á pesar de las tendencias revolucionarias de sus opiniones y del empeño con que mutuamente defendieron ambos así sus ideas como sus exijencias (2).

Tal fué el principio de los debates que iban á decidir la suerte del país. Habia en los patriotas firmeza, acuerdo completo y para con Hillyar, cierta influencia de ideas por un lado y de oríjen por otro; en los realistas al contrario la fe en su causa era bien poca, al menos por lo que hacia á Gainza, su posicion incierta, y reinaba sobre todo entre los dos miembros una disidencia bastante pronunciada para impulsarlos á obrar involuntariamente contra los intereses de su partido. Con estas ventajas fué fácil á O'Higgins y á Mackenna obrar con arreglo á las miras del jobierno, sostener con enerjía sus proposiciones y hacer aceptar uno á uno y casi sin modificacion los artículos del proyecto del tratado que se les habia enviado.

Por este tratado retrogradaba Chile al 2 de diciembre de 1811, es decir, á la época en que el país, separado provisionalmente de España, se habia nombrado una junta para gobernarse segun las necesidades del momento, y siempre en nombre de Fernando VII. Esta junta debia ser reconocida á su tiempo por la rejencia de España, y proceder nuevamente segun el espíritu y con-

(1) Conversacion con don Bernardo O'Higgins.

(2) Actas manuscritas del proceso del brigadier Gainza.

forme á los reglamentos que se formularon cuando su instalacion. Se dijo asimismo que se enviarian diputados á España para tomar parte en la sancion de la constitucion de las cortes; que se conservaria la libertad de comercio; que las tropas nacionales, nombre que habia sustituido al de tropas realistas, abandonarian, en el término de un mes á mas tardar, la provincia de Concepcion y de Valdivia, dejando todos los cañones y la mayor parte de los fusiles, etc.; que la de Chiloe continuaria, como antes, sujeta al virreinato del Perú; que á todos los prisioneros sin escepcion se les pondria en libertad; que Chile contribuiria á España en proporcion á sus recursos; que se devolverian todos los bienes apresados ó secuestrados desde 18 de febrero de 1810, pagando ademas treinta mil pesos para los gastos hechos por el ejército nacional; que para asegurar la buena fe de este tratado se darian recíprocamente á título de rehenes tres personas de elevada posicion, una de las cuales debia ser O'Higgins; y en fin que desde que se firmase el tratado los ejércitos habian de conservar una posicion tal, que las tropas nacionales no pudiesen pasar al norte del Maule ni las chilenas al sur del Lontue.

Todos estos artículos, que formaban la base del tratado que no faltaba ya mas que firmar, eran de tal naturaleza que no podian contentar á ningun partido. Si verdaderamente fueron discutidos y aceptados de buena fe, no se comprende como O'Higgins primero y el gobierno y el senado despues, autores de las instrucciones y compuestos uno y otro de hombres tan patriotas y tan decididos por la revolucion, pudieron aceptar proposiciones tan humillantes como la de volver á someter el país á la dominacion del rey de España; porque esto

era dar un mentis á todo lo que hasta entonces habian llamado su conviccion, contradecia todos sus actos y hacia ondear de nuevo la bandera en los edificios de que la habian arrancado con tantas imprecaciones, y en los cuales habian jurado muchas veces la independencia completa y absoluta de su patria. Solo una posicion completamente desesperada era la que podia haberlos colocado en tan dura y vergonzosa necesidad; y estaban lejos de encontrarse en semejante caso, pues entonces mismo esperanzas temerarias les habian hecho creer que podia fundarse su nacionalidad fácilmente y sin sacrificios. Los realistas por su parte, tenian aun mas motivos para rechazar el tratado, porque no podian abandonar sin gran disgusto y hasta sin oposicion, una provincia que habian conquistado con tanta dificultad, y que en poder de los patriotas tenia que duplicar necesariamente su fuerza y asegurar su porvenir en caso de nuevas guerras. Don José Antonio Rodriguez, hombre de comprension fácil y segura, conocia mejor que Gainza la gran desventaja de este abandono y en jeneral de la mayor parte de los artículos del tratado. Calculando que en aquellos momentos de ira la diplomacia seria impotente para modificar y aun para aclarar la situacion, queria simplemente preliminares y no un tratado formal. No pudiendo conseguirlos, trató de que al menos se modificasen algunos artículos, y solicitó con instancia otras muchas concesiones á que daba grande importancia, por ejemplo que se jurase inmediatamente la constitucion española, con lo cual quedaban admitidos de derecho todos los empleados pasados y futuros de la rejencia y por consiguiente la nueva real Audiencia, el obispo de Santiago don José Rodriguez, etc. : queria tambien que la plaza

de Valdivia quedase, como la de Chiloe, bajo la dependencia del virey; que el comercio no fuese libre mas que con las naciones que no estuviesen en guerra con el Perú; que los oficiales realistas que permaneciesen en Chile conservasen sus grados y sueldos hasta la decision de la Rejencia; que los gastos ocasionados en la espedicion realista se pagasen por Chile; que se reuniese en Chillan una asamblea de electores de cada canton de la provincia de Concepcion para nombrar un gobernador dependiente del de Santiago; en fin pedia tantas modificaciones y algunas de un modo tan exijente, que O'Higgins en un momento de vivacidad dijo que cansaban tal número de pretensiones, que no habria, tratado, y que la guerra volveria á emprenderse con actividad para decidir de la suerte de la patria. Su impaciencia provenia sobre todo de la obstinacion de Rodriguez en no querer abandonar la provincia de Concepcion, por lo menos antes de la contestacion del virey, opinion de que participaba Gainza y de que procuró convencer á O'Higgins, diciéndole que los dos podian gobernar provisionalmente el país con independencia uno de otro, encargándose él de toda la parte comprendida al norte del Maule y aquel de la del sur (1). Pero las instrucciones que tenia O'Higgins no le permitieron aceptar semejante arreglo. Siendo la condicion esencial del tratado que los realistas abandonasen la provincia de Concepcion, no podia discutir ningun otro artículo sin que se resolviese este previamente; y la manera resuelta con que se abordó esta cuestion, hizo comprender muy luego á Gainza que nada tenia que esperar por esta parte; y sea por debilidad, ó mas bien por su propension á las ideas liberales,

(1) Conversacion con don Bernardo O'Higgins.

pasó por todo lo que querian los plenipotenciarios chilenos con corta diferencia, y fueron aceptados casi todos los artículos, inclusos los que tenian algunas enmiendas, hechas, segun se dijo, maliciosamente y en su perjuicio por el abogado y consejero Zudañes.

El 3 de mayo de 1814 á las once de la noche terminaron definitivamente las discusiones y se firmó el tratado por todos los plenipotenciarios, á escepcion de don José Antonio Rodriguez, quien para quedar á cubierto en caso que el virey no aprobase lo hecho, pretestó carecer de autorizacion (1). Inmediatamente despues, todos volvieron á sus campamentos, los patriotas contentos de haber conseguido todo lo que podian razonablemente pedir con arreglo á sus instrucciones, y los realistas recelosos de lo que habian acordado: Gainza especialmente, sobre quien recaia toda la responsabilidad de este asunto, no podia disimular, cuando iba en el carruaje que le conducia á Talca, la grande inquietud que le atormentaba, inquietud que aumentaba Rodriguez, manifestándole sus grandes temores de que el virey desaprobase el tratado, añadiendo que un consejo de guerra pudiera muy bien ser el premio de la precipitacion en firmarlo, porque él habia hecho cuanto estaba de su parte para retardar la firma, hasta hacer numerosas enmiendas en la copia que se le encargó, creyendo que por lo avanzado de la noche se dejaria para el dia siguiente el sacar otra copia y firmar (2).

(1) Segun Gainza, esta escepcion se hizo sin intencion alguna y solo por indiferencia y porque en ello no habia ninguna falsedad. Autos manuscritos del proceso contra el brigadier Gainza.

(2) Sacándolo en limpio con varias enmendaturas de intento para que lo avanzado de la noche no diese tiempo á sacar otros y no se firmasen. Autos manuscritos contra el brigadier Gainza.

Al dia siguiente, despues de una noche de mal estar y de ajitacion, Gainza llamó á su casa á Rodriguez para discutir nuevamente los diferentes artículos de este desgraciado tratado. La discusion por parte del último fué acalorada y á veces hasta bastante dura, especialmente cuando Gainza, vacilante aun, resistia la medida que le aconsejaba, que era no salir de la provincia y conservar todas las ventajas que la suerte de las armas le habia proporcionado. Para esto le decia que era preciso revisar el tratado, exijir nuevas condiciones, protestar y volver á comenzar la guerra en caso de negativa. Semejantes exigencias colocaban á Gainza en la mas dura posicion, pues de atenderlas tenia que pasar por hombre caprichoso, inconstante, de mala fé quizá; sin embargo este fué el partido que tomó á instancias de otros muchos oficiales superiores, que fueron llamados á tomar parte en esta importante discusion. Rodriguez quedó encargado de redactar la protesta y de enviarla por un sarjento de Valdivia, pero como hombre hábil partió inmediatamente para Chillan, sin esperar los resultados de un paso que tenia que producir necesariamente nuevos y serios debates.

O'Higgins, en efecto, no era hombre que habia de detenerse mucho tiempo en pensar sobre una cuestion de honor, especialmente si estaba resuelta y firmada. Sin responder á la protesta, mandó que su ejército tomase las armas, y ya se habia puesto en movimiento para ir á sostener su firma con la punta de la espada, cuando un ayuda de campo de Gainza se presentó á preguntarle los motivos de su conducta. La contestacion no era difícil, y Gainza supo bien pronto no ser otros que una consecuencia de su poca lealtad en volver á cuestionar sobre un

tratado hecho de una manera tan solemne, lo que le obligaba á enviarle un segundo ayuda de campo para avisarle que sus oficiales estaban decididos á reconocerlo y aceptarlo. Se vió pues obligado á ceder á su repugnancia, por la gran dificultad que halló en salir de Talca con todas sus tropas para ir á fortificarse al sur del rio Maule, como habia convenido con Rodriguez, el cual tuvo tiempo de ver los preparativos de esta partida y casi todas las mulas cargadas y prontas para ponerse en marcha (1).

Probablemente en este tratado cada partido reservó para sí el secreto de su buena fe ó de su astucia. Sin embargo, cuesta trabajo atacar la lealtad de O'Higgins, cuya franqueza era la admiracion del partido contrario y le captó su amistad y toda su confianza, hasta el punto que cuando el gobierno se negó á enviarle en rehenes con los que debian ir á Lima, Rodriguez fué de este parecer porque puede, escribia, con su prudencia y sus talentos hacer grandes servicios á Chile entonces tan fuertemente ajitado (2). En cuanto á Gainza, no hay duda que su política consistia en el arte del disimulo y la bellaquería. Buena prueba de ello es su conducta y sobre todo lo que se desprende del proceso que con motivo del tratado se le formó mas adelante por un consejo

(1) En este momento no llegaban á mil hombres los que tenia Gainza, y si O'Higgins, que tenia mas y estaba provisto de gran número de caballos, le hubiese atacado antes de pasar el Maule, le hubiera batido, y derrotado completamente. Conversacion con el coronel Lantaño.

(2) Seria mejor que el señor O'Higgins se quedase, porque procede de buena fe; es el único que puede con su prudencia y talento calmar los espíritus, impedir desórdenes y hacer que este suelo vuelva á su antigua abundancia; yo estoy que vale mas la palabra de este jefe que todos los rehenes que nos puedan dar. Carta de Rodriguez á Gainza. En el proceso de este último hay muchos pasajes que prueban la gran confianza que inspiraba O'Higgins, confianza, es preciso confesarlo, que no tenian en Mackenna ni en Zudañes.

de guerra (1); y sin embargo fué este un secreto que no reveló á nadie, ni aun al mismo Rodriguez su consejero íntimo, lo cual esplica la censura de que fué objeto por parte de casi todos los oficiales, censura que Rodriguez elevó muy pronto á la altura de una conspiracion, cuando á su llegada á Chillan esplicó á su manera el espíritu del tratado, dándole los coloridos mas peligrosos para los intereses del rey. Todos los oficiales, en efecto, y especialmente don Luis Urréjola, don Francisco Sanchez, el intendente don José Berganza, á quien se le hizo ir de Concepcion, y el intendente del ejército don Matías de la Fuente, á quien tambien se le llamó, se manifestaron desde entonces muy frios con Gainza. En una reunion que hubo á su arribo á Chillan, llegaron á decirle que no se obedeceria jamas el tratado, y desde entonces hubo una especie de enemistad entre estos jefes, que necesariamente tenia que redundar en daño del ejército. Por parte de los patriotas no fué menos patente el descontento. Por mas que el gobierno procuró mostrar satisfaccion, y por mas que las salvas de artillería y los repiques de campanas llamaban al pueblo á regocijos públicos, el espíritu nacional no pudo suscribir de buen grado á la idea de volver á tomar las insignias de la autoridad real : compañías enteras de soldados no tenian escrúpulo en entrar en la ciudad con su gorra tricolor, otros colocaban en las colas de sus caballos las escarapelas españolas que les dieron : por último en Talca quemaron en una plaza pública una caja de las

(1) Que jamas pensó dejar la provincia de Concepcion y que antes tiró á adormecer al enemigo con el tratado; no atreviéndose á descubrirlo á nadie para que este no trascendiese su intencion. Autos manuscritos contra el brigadier Gainza. Rodriguez en su satisfaccion pública dice tambien que este convenio era enteramente contrario á las instrucciones del virey, etc. Página 60.

mismas escarapelas que acababan de recibir (1). Era esta una manifestacion bien sincera de repugnancia á volver al antiguo réjimen, repugnancia de que participaban los empleados superiores y que infundió alientos á la oposicion, siempre dispuesta á sobrescitar el descontento.

En este conflicto de opiniones contrarias, el gobierno, sostenido por la municipalidad, que en un momento de entusiasmo habia concedido el título de rejidor perpetuo al comodoro ingles don Jaime Hillyar, escribió con instancia á O'Higgins para que ejecutase é hiciese ejecutar las cláusulas del tratado, lo que este jeneral hizo con todo el celo que le infundia la conviccion de las ventajas que de aquel esperaba (2). Ya habia suministrado á Gainza los caballos y mulas necesarias para facilitar á sus tropas el paso del rio Maule, y despues mantuvo con él una correspondencia muy seguida, siempre con la esperanza de verle partir para Lima, objeto de todos sus pensamientos y deseos. Para mejor llegar á este término, puso á su lado en calidad de intermediario una comision de dos personas, don Miguel Zañartu y el antiguo cura de Valdivia don Isidoro Pineda, que tenian órden de apoyar con empeño las justas pretensiones de su gobierno y hacerle abandonar, con arreglo á los términos del tratado, las playas de Chile; lo que siempre estaba prometiendo Gainza con tales aires de franqueza que O'Higgins fué durante muchos

(1) Diario de don Manuel Salas.

(2) Sin duda el gobierno y la municipalidad entraron de buena fe en este tratado, pero solo lo admitieron con la segunda intencion de que el tiempo, las circunstancias, y sobre todo el corto número de oficiales y soldados realistas, harian que la revolucion marchase tranquilamente á su objeto sin que nada pudiera impedirlo; que era lo que preferian los sentimientos humanitarios de estos patriotas.

meses juguete de sus hábiles promesas. La confianza de este llegó hasta pedir barcos al gobierno para el transporte de las tropas de Gainza, quien le habia hecho creer que su permanencia en la provincia consistia en que no acababan de llegar los buques de Lima que debian llevarlo. Al fin conoció que las escusas de Gainza no tenian mas objeto que ganar tiempo para recibir órdenes de Abascal, y despues en su correspondencia con Lastra le estrechaba fuertemente á que velase por las necesidades del ejército, hiciese nuevas levas, se proporcionase armas en abundancia, como cureñas, obuses, fusiles, pidiéndolas á Buenos-Aires, donde las habia de sobra, y por último que habia bastantes motivos de deslealtad para declararle legalmente la guerra.

CAPITULO XXXIX.

Prision de don José Miguel y don Luis Carrera en Chillan. — Consiguen escaparse y se presentan á O'Higgins en Talca. — Salen para la hacienda de San Miguel, desde donde escriben al director. — Alarma que este suceso causa á las autoridades de la capital. — Rigor con que se les trata. — Se deciden á atravesar las cordilleras y se ven detenidos por un temporal de nieve. — Don José Miguel Carrera no halla mas medio de salvacion que arrojarse decididamente á una revolucion. — Su grande actividad. — Prision de su hermano don Luis. — Resuelto á poner en ejecucion su plan de ataque, convoca á sus afiliados para el 22 de julio. — La revolucion se verifica el 23 á las tres de la mañana.

Aunque era patente la mala fe de los realistas en la ejecucion del tratado de Lircay, se dió sin embargo cumplimiento á lo prevenido en todos los artículos que podian aplicarse sin inspirar temores ni ofrecer ventajas. Así es que hubo una tregua jeneral; el ejército nacional se retiró al sur del Maule y abandonó la ciudad de Talca al de la patria, que fué á ocuparla en parte como estaba convenido, y se pusieron en libertad los prisioneros de guerra, pudiendo cada uno volver á su casa ó á su cuerpo respectivo. Sin embargo de que esta cláusula debia ser jeneral, fueron injustamente esceptuados los prisioneros de la Quiriquina y don José Miguel y don Luis Carrera. En un convenio secreto se habia pactado que estos dos célebres jefes irian á Lima, y despues se pensó enviarlos á Valparaiso y embarcarlos en el buque del comodoro Hillyar que iba á hacerse á la vela para Rio-Janeiro (1).

Los hermanos Carrera, hechos prisioneros en Penco

(1) Habia acordado con Gainza que se llevase á los Carreras á Lima, y pareciéndole despues indecoroso, resolvió enviarlos á Valparaiso y costearlos para que los llevase el Ingles á Rio-Janeiro. Diario manuscrito de don Manuel Salas.

como ya hemos dicho, habian sido llevados á Rafael y despues á Quinchamali, donde estaba el campamento realista. El jeneral Gainza los mandó llamar inmediatamente para interrogarles, pero como era una hora avanzada de la noche, los despidió muy luego dándoles para que se alojasen una mala tienda de campaña (1). Los pocos dias que estuvieron en el campamento fueron dias de angustia para estos infortunados patriotas, pues se vieron hechos el escarnio de una soldadesca sin educacion, que se propasaba á veces á actos de insolencia por instigacion del ayudante don Santiago Tirapegui, hermano del que Carrera mandó ahorcar en Concepcion. El alférez Queto, encargado de su custodia, no cesaba tampoco de atormentarlos con la dureza de su servicio, no concediéndoles lo que pedian sino con las mas humillantes condiciones, y recordándoles á cada momento que habia órden de hacerles fuego si los patriotas acampados en el Membrillar intentaban una sola vez pasar el rio; como si no supiesen que el espíritu de animosidad que dominaba á los jefes de ejército era bastante á inspirarles los mas serios temores.

Por las conversaciones que los Carreras habian tenido con Gainza sabian muy bien que se les enviaria á las prisiones de Lima, donde se encontraban ya tantos patriotas; pero se quiso antes someterlos á una especie de juicio, y al efecto los llevaron á Chillan escoltados por don Antonio Bulnes. El viaje lo hicieron unos y otros con mucha comodidad, y tal libertad les concedieron que creyeron un momento podrian escaparse; pero conforme

(1) Verdad es que el ejército realista no gozaba grandes comodidades á juzgar por el aposento del jeneral en jefe, cuyos muebles estaban reducidos á una mesa pequeña y mala, dos petacas que servian de sillas y un pedazo de corteza de sandila para candelero. Diario de Carrera.

se iban acercando á la ciudad se vieron rodeados de una multitud de personas á caballo que salieron á su encuentro, no tanto por curiosidad, como para renovar los insultos que se les habian prodigado en el campamento enemigo. Carrera solo respondia con miradas de desprecio; pero cuando distinguió entre la multitud al coronel don Francisco Sanchez, el mismo que en tiempos mas felices estuvo en su mano haber batido y hecho huir, no fué dueño de contener la indignacion, y á sus insolencias contestó con palabras no menos duras; lo cual pudo poner en peligro su vida y la de sus compañeros, porque en aquel momento el número de curiosos se habia aumentado considerablemente. Habia entre ellos gran número de soldados, mujeres y muchachos, todos con la curiosidad de ver la cara de los hombres que la política interesada y astuta de los frailes franciscanos habia ofrecido á su odio y á su desprecio. En la ciudad fué aun mayor el jentío. Todos los habitantes se apostaron en los puntos por donde habian de pasar, embarazando las calles, escalando las paredes, coronando los techos de las casas y los mas impacientándose de no poder conocerlos en medio de tantos *guasos* como les rodeaban y que iban vestidos como ellos. Se desquitaban dando gritos apasionados de viva el rey y gritando aun con mas fuerza mueran los Carreras, que muchas personas repetian con calor y á veces con mucha animosidad para instigar á los mas insolentes y audaces á que les lanzasen tierra, cáscaras de sandia y hasta guijarros.

Así fué como en medio de tantos ultrajes, insultos é injurias llegaron á Chillan estos nobles patriotas. Inmediatamente les llevaron á casa del comandante jeneral don José Berganza para tomarles las declaraciones que

Gainza habia encargado. Habiendo pedido don José Miguel Carrera se le pusiese en la misma prision que á su hermano, Berganza se lo prometió con mucha amabilidad, anunciándole sin embargo que no pudiendo colocarlos en el mismo cuarto, solo les separaria una pared de poquísimo espesor, y los llevaron inmediatamente escoltados por una compañía de infantería al mando del coronel Pinnel. Para colmo de humillacion, media hora despues fué el verdugo á tratarles como á grandes criminales y á ponerles grillos en los piés : nueva afrenta que tuvieron que soportar aquellos dos nobles corazones, conmovidos todavía por su dolorosa separacion. Pero lo que no pudo contener la irritacion de don Miguel Carrera fué ver al verdugo á las órdenes de don Domingo Luco, hermano del comandante de los voluntarios, á quien mientras su permanencia en España, habia hecho notables servicios. Por una de aquellas penosas impresiones que predisponen á una pronta cólera, le preguntó si era aquel el modo de tratar á los prisioneros de guerra, y si procedian de órden del jeneral, preguntas á que su antiguo favorecido contestó con impertinencias que arrancaron á don Miguel Carrera espresiones fuertes y acaloradas, efecto de un sentimiento mas que del amor propio ofendido, de una injusticia tan brutal (1). Los realistas se habian propuesto efectivamente humillar todo lo posible á estos dos adversarios, y usar con ellos una severidad, que muy bien sabian que era vedada por las leyes de la guerra : así cuando O'Higgins comisionó al capitan Escanilla para saber de Gainza si era cierto lo que consideraba imposible, este con una doblez poco digna de un jeneral, le respondió que conocia muy bien cual era su deber, y los miramientos debi-

(1) Diario de don Miguel Carrera.

dos á la desgracia para permitirse semejante demasía (1).

La presencia en Chillan de estos nobles atletas de la libertad chilena incomodaba necesariamente á las autoridades por la responsabilidad que llevaba consigo. Probablemente contribuyó esto á apresurar la sentencia que habia que dar antes de enviarlos á Lima, y en efecto á los ocho dias de haber llegado estaban ya en presencia de sus jueces. El coronel don José Ballesteros fué nombrado fiscal, cargo que desempeñó con todos los sentimientos de un verdadero caballero. Don José Miguel Carrera se resistió al principio á responder á sus preguntas, porque no perteneciendo ya al ejército y viajando como simple particular, pretendia que no habia habido derecho para arrestarle; pero desarmado bien pronto por el buen proceder de su juez, se sometió á sus exijencias y respondió con una calma desusada. El interrogatorio duró nueve dias, y en todo este tiempo no se desmintieron un solo instante las consideraciones del fiscal, como tampoco las de los acusados. El cargo principal que se hizo á don José Miguel Carrera fué el tono agrio y arrogante de su correspondencia, acusándole sobre todo por su respuesta de 6 de mayo de 1813 á Pareja, la del 10 de agosto á Sanchez, su oficio al virey del Perú, etc. Se le hizo igualmente un cargo por la tenacidad con que habia perseguido á los realistas, y sobre todo por que en diferentes veces habia mandado ahorcar á diez y nueve personas en Concepcion acusadas de conspiracion. Carrera contestó satisfactoriamente á todas estas reconvenciones que consideraba otros tantos elojios : bien queria defenderse él mismo, pero en la imposibilidad de hacerlo, elijió por defensor al capitan don Juan de Dios Campillo, de guarnicion en

(1) Conversacion con don Bernardo O'Higgins.

Chillan. Campillo se mostró igualmente digno de esta eleccion. Desempeñó como Ballesteros su delicado cometido no solo como hombre justificado y convencido, sino con el celo de una verdadera amistad. Su simpatía hácia don José Miguel le ocasionó muchas represiones severas de sus jefes, y un dia faltó poco para que le destituyeran, así como al oficial que mandaba la guardia, al primero por haberle enviado unos dulces y al segundo por habérselos dejado entrar.

Tal era la posicion de los hermanos Carrera con arreglo á las instrucciones dadas contra ellos, y cuyos resultados esperaban tranquilos. Encerrados entre tanto en unos cuartos sucios, pequeños y oscuros, sometidos á una inspeccion continua de sus cadenas, casi desprovistos de ropa porque Gainza mandó vender la que tenian cuando los arrestaron, alimentándose con víveres bastante comunes y muchas veces insuficientes, pasaban los dias de la manera mas triste, inquieta y en ocasiones desesperante, sobre todo cuando pensando en su patria la comparaban con su posicion y no veian su salvacion mas que en los azares de la guerra : porque á este ser quimérico habian confiado toda su esperanza desde que separados del ejército, del que sin razon se creian siempre únicas y formidables columnas, sabian que estaba mandado por jefes que en su animosidad se atrevian á tachar de ineptos. Y lo que empeoraba su posicion era que ignorando completamente los triunfos que pudieran conseguir los patriotas, conocian sus reveses, porque estos se celebraban con regocijos públicos al son de campanas y salvas de artillería. Por este medio llegó á su noticia en el campamento de Gainza la pérdida de Talca, y en las prisiones de Chillan la derrota de Cancha-rayada

y la toma de Concepcion y de Talcahuano, que un año antes habia conquistado á la cabeza de su vanguardia. No es difícil calcular las inquietudes que sembró en su noble corazon la nueva de tantos desastres.

Pero la Providencia no podia ser mucho tiempo indiferente á los sufrimientos de estos mártires de la libertad.

Con arreglo al tratado de Lircay fueron puestos en libertad, como ya hemos dicho, los prisioneros de guerra á escepcion de los dos hermanos Carrera, á quienes se queria desterrar del país para que no pudiesen conspirar. Sin embargo, el gobernador Urréjola, por un sentimiento de pudor ó de remordimiento, se mostró con ellos desde este momento mucho mas humano. Se les quitaron los grillos, se permitió entrar víveres de todas clases y sin rejistro en sus prisiones, pudieron comunicar con ellos á todas las horas del dia sus antiguos compañeros de infortunio, los oficiales del ejército real y los habitantes de Chillan, y se llevó la jenerosidad á dejarles salir bajo su palabra á visitar á sus bienhechoras la esposa del intendente y su hija, para darles gracias por tantos favores como les habian dispensado en su desgracia.

Indudablemente que la liberalidad del gobernador bien merecia que Carrera le estuviese reconocido y que cumpliera relijiosamente su palabra de honor; pero ¿podia verdaderamente un patriota como él santificar su palabra cuando creia á su país en peligro y enteramente estinguido por el tratado de Lircay el espíritu jenerador de la revolucion? Porque para él el límite de esta revolucion no era otro que su última evolucion, es decir, la independencia absoluta del país : detener su marcha y poner condiciones ó circunscribir la esfera de su accion

era rebajarla y hacerla impotente, y no era esto lo que la nacion habia jurado tantas veces. Desde entonces, considerándose, como siempre, la Providencia de la revolucion, pensó seriamente en el proyecto de escaparse, que premeditaba hacia mucho tiempo.

Para realizarlo vinieron en su ayuda patriotas y realistas : se le ofreció una cantidad de dinero, que Carrera en su previsora jenerosidad destinó en parte á facilitar el regreso de los prisioneros, que, en número de mas de trescientos, se hallaban sin recursos de ninguna especie : despues no pensó mas que en los preparativos de la fuga, la cual se verificó el 12 de mayo, gracias á un pariente de don Clemente Lantaño, don José Riquelme. En este dia de temor y de emociones, los hermanos Carrera, para engañar mejor la vijilancia que se ejercia con ellos, hicieron una visita al gobernador y á las demas autoridades, y por la tarde fueron á casa de Riquelme, donde se hallaban reunidos muchos patriotas, finjiendo estarlo para una diversion. Una noche oscura y lluviosa contribuia á favorecer sus designios y á asegurarles la soledad de los caminos. Se aprovecharon con éxito de esta circunstancia, y luego que oscureció se despidieron de sus compañeros de infortunio y marcharon á buscar ó á conquistar un nuevo destino. La esposa del intendente, iniciada en todo el proyecto, dió la misma noche un baile al mayor jeneral y á los jefes principales del ejército.

Los hermanos Carrera solo iban acompañados en su fuga del teniente don Manuel Gordon, un sarjento, un soldado y un guia, que en un momento de turbacion los abandonó en medio de los campos, donde se encontraron estraviados. Con dificultad y pagando una gruesa

suma, pudieron proporcionarse otro que á pesar de su mala reputacion, los condujo sanos y salvos á Talca, adonde llegaron el 14 por la noche. O'Higgins, en cuya casa se presentaron primero, quedó muy sorprendido y contrariado con tal visita, pero no recordando mas en aquel momento que su antigua amistad, los recibió con afecto, les obligó á alojarse en su casa, y sea por temor ó por benevolencia, les habló de la animosidad que les tenian muchos de sus oficiales y del peligro que corrian, peligro que les confirmó al dia siguiente el mayor jeneral don Francisco Calderon, aconsejándoles que no saliesen á la calle. Semejante consejo no podia seguirlo el alma orgullosa de don Miguel Carrera, y con tal indiferencia lo recibió que á las pocas horas se les vió correr de casa en casa, ansiosos como estaban de visitar algunos de sus antiguos amigos. Por la noche supieron que su presencia en el ejército habia despertado temores, por lo cual las tropas estaban sobre las armas y los oficiales en los cuarteles. Para no aumentar la alarma se pusieron en camino el dia siguiente para Santiago, pasando por su hacienda de San Miguel cerca de Melipilla, desde donde dieron parte de su llegada al director.

Lastra tuvo noticia de su próxima llegada por un correo que le despachó O'Higgins. Sin perder tiempo mandó llamar á Irisarri para decidir con él la suerte de los dos personajes, á quienes consideraba los principales y acaso únicos perturbadores de la tranquilidad pública. Hacia algun tiempo que la posicion de Lastra era tan penosa como delicada. Blanco constante de un partido fuerte de carreristas, de ambiciosos y de descontentos tenia que violentar su carácter débil é indeciso para tenerlos á raya, lo cual le contrariaba mucho.

No pudiendo contar casi con nadie; ni con los moderados que le tachaban de violento, ni mucho menos con los exaltados que al contrario le censuraban de muy tímido é indeciso, seguia á ciegas la política de Irisarri, por cuyas inspiraciones obraba. Por consecuencia de esta resolucion empezó á desplegar una enerjía, que por lo mismo que era contraria á su carácter, no podia ser duradera, ni por lo tanto producir grandes resultados. Decretó la proscripcion de don Juan José Carrera, ó por lo menos le obligó á salir del país é ir á habitar á Mendoza, así como al cónsul Poinsett, quien se habia hecho intolerable por su carácter revoltoso y enredador. Al comandante don Enrique Campino lo separó del batallon de granaderos y lo encerró en un castillo, despues de haberle seguido una causa, en que fué condenado por conspirador: tomó en fin ciertas medidas, tanto mas meritorias, cuanto que coincidian con la grande inercia que en aquellos momentos aquejaba á la municipalidad, la cual, renegando en cierto modo de su pasado, no procuraba ni escitar ni contemporizar con sus actos ó sus persecuciones.

En medio de este conflicto de temor y de chismes supo Lastra la llegada de los Carreras á las cercanías de Santiago. Conocia demasiado el carácter emprendedor y seductor de estos revolucionarios para que no le preocupase fuertemente su llegada, y para no tomar inmediatamente las mas rigorosas medidas con objeto de hacerles frente. Desde aquel momento, en efecto, á los Carreras se les persiguió sin descanso: una fuerte compañía de soldados fué á la hacienda á sorprenderlos y llevarlos á Santiago; se procuró sobornar á sus criados; su padre fué arrestado en su casa con guardias que espiaban su correspondencia y las personas que iban á

verle. La hábil actividad de los Carreras consiguió burlar todas estas medidas, todas estas persecuciones, tan pronto retirados en casa de algunos amigos, tan pronto ocultos en los bosques, donde pasaban las noches: pero fatigados al fin de esta vida errante, que no les convenia sino mientras pudiera ser provechosa á la patria, se decidieron á atravesar las cordilleras para ir á reunirse con su hermano don Juan José y su íntimo amigo Poinsett. La ruta que tomaron fué la de Planchon (1), ruta muy poco frecuentada é inmediata á donde estaba el ejército, lo cual debió necesariamente despertar las sospechas y los temores del gobierno: así es que Lastra por un lado y O'Higgins por otro, pusieron en juego todos los recursos de su poder para apoderarse de sus personas. Se enviaron hombres á todos los puntos por donde pudieran pasar, y se publicaron en las provincias inmediatas bandos escesivamente severos contra el que les diese albergue ú ocultase, á quien se amenazaba hasta con pena de muerte, y prometiendo por el contrario una buena recompensa al que los entregase (2). Pero las

(1) Cuando se lee con atencion el diario de Carrera resulta en cierto modo el convencimiento de que obraron de buena fe en esta espatriacion: sin embargo, ¿por qué elijieron un camino tan solitario, tan malo y tan inmediato al ejército? Por otra parte ellos sabian muy bien que lo que el gobierno queria era que se alejasen de Chile, y que estaba pronto á hacer los sacrificios necesarios para que pasasen una vida cómoda y digna de la posicion que habian ocupado. Proposiciones en este sentido se les hicieron antes de que se completase la revolucion, y no las admitieron so pretesto de que eran un lazo para apoderarse de ellos.

(2) En esta época se publicaron circulares en que se decia que el padre de los Carreras desaprobaba completamente la conducta de sus hijos y con especialidad la de don José Miguel. Aunque se ha contestado procurando probar la falsedad de semejantes aserciones, aparece de numerosos documentos, que don Ignacio de la Carrera no estaba muy satisfecho de sus hijos y que distaba mucho de aprobar sus actos, si bien no se valia de las espresiones que se atrevieron á imputarle.—Archivos del gobierno.—Véanse tambien los documentos que el 5 de mayo de 1815 Osorio pasó al oidor don Felix Francisco Bazo y a [illegible] tra los autores de la revolucion.

medidas de gran rigor escitan siempre las pasiones y muchas veces arrastran á determinaciones atrevidas; y esto fué lo que sucedió con los Carreras, á quienes la fatalidad obligó á detenerse en medio de una fuerte tempestad y de grandes montones de nieve que obstruian todos los pasos de las cordilleras. Precisados á retroceder para volver á verse acosados por todos lados, y no encontrando salvacion mas que en una revolucion inmediata, se arrojaron á ella con el odio de lo pasado y la cólera del presente. El carácter natural de don José Miguel Carrera se desplegó con toda su actividad y toda su vehemencia. Dominado por una inquietud y ajitacion febriles, no descansaba un solo momento. Iba continuamente de San Miguel á Santiago, de Santiago á la hacienda del Espejo, sin pensar mas que en llevar á buen término su proyecto de venganza y de ambicion; por lo demas, no era un rival á quien tenia que combatir, sino un perseguidor, un verdadero enemigo, y con esta idea hubiera empleado sin duda los mas duros medios, si su corazon humano no se lo impidiera; porque es necesario hacerle la justicia de que si algunas veces fué muy severo con los enemigos de la patria, dió siempre pruebas de gran jenerosidad con sus rivales.

La indignacion que habia producido el tratado de Lircay favorecia muy particularmente los proyectos hostiles de los Carreras. Aun no habia podido comprenderse que patriotas como O'Higgins y Mackenna hubiesen firmado ciertos artículos; y aunque estos eran defendidos por los republicanos mas avanzados, por los mismos que habian hecho la revolucion y contribuido poderosamente por medio de sus periódicos á hacer execrable el

gobierno español, costaba trabajo encontrar la menor ventaja, y solo se veia una astucia y una doblez que se sabia eran contrarias á las intenciones de los plenipotenciarios. En esta coyuntura habian manifestado su descontento algunos personajes; y el pueblo bajo, que se deja llevar de las primeras impresiones mas que de una opinion que no tiene, reflejaba este descontento con actos insultantes á la vez al gobierno de Chile y á su nuevo monarca. Escarnecian, sobre todo, las insignias de la dignidad real, ponian las escarapelas en las colas de los caballos, colgaron y quemaron la bandera en sitios públicos é insultaban en las mismas calles á los realistas europeos y hasta á los del país. Los soldados, á quienes se les repartieron gorras, quitándoles los chacós para no darles escarapelas, insignia demasiado visible de su nueva condicion, no temian salir á la calle con gorras tricolores. En fin, la ajitacion trabajaba á todas las clases de la sociedad desde la mas alta á la mas baja, y no era difícil á Carrera, con el prestijio que aun conservaba, aprovechar este descontento.

En sus numerosos viajes á Santiago reunia á sus amigos decididos en conciliábulos que se celebraban unas veces en casa de don Pedro Villar, otras en la de don Manuel Muñoz y otras en la de algun amigo. Algunas veces para desorientar mejor á la policía, tenian lugar las reuniones en el campo, en sitios apartados, en las recogidas, en el conventillo, en el llano de Portales, y allí, á pesar de lo molesto de la estacion, discutian sus proyectos y los medios con que contaban para ejecutarlos. Lastra, sabedor de todos estos manejos, no podia oponerles mas que su debilidad y su mal humor : abandonado de Irisarri, que al fin habia conseguido se le admitiese la dimision del

empleo de intendente (1), del ministro de la guerra Orjera que tambien se habia separado del gobierno, lo mismo que otros muchos empleados superiores: queria tambien dejar sus altas funciones para retirarse cuanto antes á la vida privada, ó para representar un papel mas secundario. « Aseguro á V., escribia el 10 de junio á O'Higgins, que me hallo aburrido con este empleo que aborrezco y detesto. Mañana mismo pienso citar á las corporaciones para que procedan á la eleccion de diputados, y aun para que traten de nombrar otro en mi lugar. Esto no es para hombres de bien y de honor, sino para granjearse el descrédito y perder la reputacion. »

Cuanto mayor era el desaliento y enojo del gobierno, mas se aumentaba el partido revolucionario, y se hacia mas audaz. Para elevarlo á esta altura no temia Carrera ni obrar ni esponerse: sus amigos le hallaban siempre en las reuniones que él animaba con su talento, tan pronto serio tan pronto chistoso; pero hasta allí la revolucion no contaba casi con mas punto de apoyo que algunos simples paisanos, hombres en jeneral de poca accion, y á propósito solamente para asegurar al dia siguiente lo que el hombre de espada ha consumado la víspera. Era pues necesario darle otro jiro, y hacer venir la fuerza del ejército, ó por lo menos las tropas que estaban de guarnicion en Santiago. La cosa no era muy difícil, visto el jérmen de fermentacion y de insubordinacion que habia; cuanto mas que Arenas le aseguró que contase con

(1) Quejóse de ser desatendidas sus instancias sobre perseguir á los Carreras, por haber Lastra ordenado al comandante de artillería Ugarte no entregase cuatro mil cartuchos que aquel habia librado al cuartel de San Diego el 23, dia de la junta de corporaciones, por creerle espuesto á una sorpresa de los Carreras.— Diario manuscrito de don Manuel Salas. La junta de corporaciones de que aquí se habla, era relativa á convocatorias para elejir diputados, lo que impidieron los sucesos del 23 de julio.

el cuartel de artillería, lo que aseguraba el éxito. Ademas muchos oficiales del ejército del sur, como don Diego Benavente, don Pedro Villar y don Miguel Pinto formaban parte de las reuniones, y gracias á sus esfuerzos se consiguió introducir en ellas á don Toribio Rivera, don Eugenio Cabrera, etc., conquista muy importante para Carrera, porque todos estos oficiales pertenecian á la guarnicion de Santiago, que debia decidir de la suerte de la empresa. Desgraciadamente este Cabrera, oficial de artillería, fué arrestado de órden del gobierno el dia mismo en que el complot debia estallar, y al siguiente, 9 de julio, cupo igual suerte á don Luis Carrera en la casa de Gameros (1).

Despues de este suceso manifestó don José Miguel Carrera la mayor impaciencia de poner por obra el proyecto, escitado primero por un sentimiento fraternal y ademas por las muchas personas comprometidas, sobre todo, los oficiales del ejército del sur, á quienes apremiaba el decreto que acababa de publicarse, y por el cual debian incorporarse inmediatamente á sus cuerpos. Se decidió pues que la revolucion entrase en su esfera de accion, y se señaló para esto el 22 de julio.

Todos los que habian de tomar parte en el movimiento se reunieron este dia en Santiago, para arreglar los pormenores y distribuir los papeles, á los que aún no los tenian. Segun lo prometido, Arenas debia entregar el cuartel de artillería, el alferez Toledo el de granaderos y el teniente don Toribio Rivera el de dragones. Este úl-

(1) En esta época fué cuando el gobierno, queriendo sujetarle á un consejo de guerra, pidió antecedentes sobre la conducta de los tres hermanos Carreras, y cuando Mackenna escribió la fulminante memoria que se imprimió mas tarde en el Duende, número 15, periódico ademas enteramente contrario á aquellos.

timo se comprometió á revolucionar su batallon, de acuerdo con su hermano don Juan de Dios, que lo mandaba. Don Miguel Ureta fué el encargado de apoderarse del cuartel de granaderos, mientras que la toma del de artillería, que era de la mayor importancia, se confió al intrépido don Julian Uribe, hombre que las circunstancias habian hecho sacerdote, pero á quien la naturaleza habia hecho disputador é indignamente revolucionario. A su actividad se debió en efecto, y á su decision, que la revolucion se llevase á cabo sin tropiezos, y casi sin tumulto (1). Despues de haberse apoderado del cuartel de artillería, envió cañones á la plaza para enfilarlos en las bocas calles, sostenidos por algunos soldados y milicianos, que él mandaba, y que habian ido de San Miguel con don Luis Carrera. Asegurado este punto, se trató de arrestar á las principales autoridades. Lastra fué cojido y conducido provisionalmente al cuerpo de guardia. Se apoderaron asimismo de Irisarri y Mackenna, del comandante Ugarte, de Picarte, etc. En cuanto á don Luis, que continuaba detenido en el cuartel de los voluntarios, Carrera dió órden, al punto que llegó (2), de ponerlo en libertad; pero habiéndose negado á cumplirla el comandante Plata, y queriendo evitar la efusion de sangre, hizo que Lastra firmara la órden, y entonces se ejecutó.

Tal fué esta revolucion, que comenzada el 23 á las tres de la mañana, estaba casi concluida á las cinco. En aquella época, semejante clase de trastornos, que desgraciadamente se repitieron con frecuencia, se hacian sin dificultad, y casi siempre sin efusion de sangre: para

(1) Todo se ejecutó completamente: la actividad y la decision de Uribe lo allanaba todo. Diario manuscrito de don Miguel Carrera.

(2) Se encontraba algo enfermo en su casa, por manera que no fué á la plaza hasta que la revolucion estuvo casi terminada.

esto no habia mas que ganar la artillería, ya á fuerza de dinero, ya por medio de la audacia ó por sorpresa; y colocando los cañones en las bocas calles de la plaza para asegurar este punto, la revolucion podia decirse que estaba acabada : en cuanto al populacho, que toma siempre una parte tan activa en estos movimientos anarquistas, algunos reales que se les arrojasen, bastaban para que prorrumpiese en los gritos mas estrepitosos en favor del nuevo órden de cosas, y para conducirlo al cabildo, como los carneros de que hablan los antiguos, á fin de que tuviese lugar una de esas pobladas que legalizaban á los ojos de los interesados tan violentos trastornos. Tal es, pues, la marcha que se ha seguido la mayor parte de las veces para consumar las perpetuas revoluciones, que, hasta hoy mismo, oprimen á la mayor parte de las repúblicas de América.

CAPITULO XL.

Formacion de una nueva junta. — Trabajos de organizacion militar que emprende. — Oposicion que encuentra en las municipalidades de Santiago y Talca, y en el gobierno de Valparaiso. — Consejo de guerra en el ejército del sur, en que se decide no obedecerla. — Arresto del teniente coronel don Diego Benavente, encargado de una mision de Carrera cerca de O'Higgins y Gainza. — Llegada de Ossorio á la provincia de Concepcion. — A peticion de los cabildos de Santiago y Talca marcha O'Higgins sobre Santiago. — A la cabeza de su vanguardia ataca la division de don Luis Carrera, y es completamente batido. — De resultas de este revés se reconcilian los dos jefes patriotas, y se unen para combatir al enemigo comun.

Consumada la revolucion, era necesario nombrar un poder capaz de representar su pensamiento, consolidar su triunfo y darle una organizacion vigorosa, duradera y á prueba de lo que pudiera sobrevenir. La empresa no era difícil. Don José Miguel Carrera tenia derecho, como jefe de la revolucion, á sus beneficios, y era demasiado ambicioso de gloria y de honores para no pretender la mejor parte, y aspirar á elevarse sin contrapeso, sobre todos los demas. Su carácter, sus instintos, el estado mismo del país le arrastraban á la dictadura, es decir, á un gobierno militar y casi absoluto. Esto era mas conforme á su carácter independiente, pródigo y emprendedor ; pero era precisamente el sistema que habia combatido y derrocado, y tenia que pasar por caprichoso é inconsecuente para poder racionalmente adoptarlo : se decidió pues á organizar una junta provisional, parecida á la de 1811, encargada de gobernar el país hasta la decision del nuevo congreso, que se iba á nombrar.

Las dos personas que Carrera elijió por cólegas fueron el presbítero don Julian Uribe y el teniente coronel

don Manuel Muñoz y Ursua, hombres ambos activos, decididos y ligados hacia mucho tiempo á su suerte. Aunque este nombramiento era cosa decidida y enteramente resuelta, sin embargo, para halagar el amor propio del pueblo y hacerle creer que tenia parte en la eleccion, se presentaron en la plaza mayor, convertida de mucho tiempo atras en foro del pueblo, unos cuantos ajentes que no tardaron en verse rodeados de todos aquellos hombres, á quienes una ociosidad sediciosa tenia constantemente en movimiento, y allí hicieron que se proclamase el advenimiento de la nueva Junta, y que se nombrasen los miembros que habian de componerla. El coronel don Rafael de la Sota, el capitan don Antonio Bascuñan (1) y el licenciado don Carlos Rodriguez, fueron los encargados de esta mision como diputados de la asamblea.

Con semejante artificio el nuevo gobierno adquiria mas fuerza, mas autoridad, y su nombramiento quedaba en algun modo legalizado por el principio electivo, por lo menos á los ojos de los habitantes de las provincias, poco iniciados en jeneral en esta clase de intrigas.

Instalada la Junta, aparecieron muchas proclamas al ejército y al pueblo, dirijidas á justificar la violencia de la revolucion y á calmar los ánimos, haciendo esperar dias mas bonancibles. Se despacharon correos, portadores de estas proclamas ó manifiestos, á las municipalidades de las provincias, para participarles de un modo solemne la instalacion de la Junta y solicitar su apoyo; y en seguida con objeto de hacer frente á las exijencias del momento

(1) Este Bascuñan era el mismo militar que con el capitan don José Antonio Sepúlveda dió motivo á alguna ajitacion en Coquimbo, habiendo sido ambos absueltos el 10 de junio por un consejo de guerra que presidió Mackenna.

se nombraron dos secretarios de Estado, que fueron don Carlos Rodriguez, hombre activo, resuelto y capaz en caso de necesidad de dirijir un movimiento, y el doctor don Bernardo Vera, por el contrario, nimio, sutil, mas partidario de la libertad filosófica que de la libertad política, y poco á propósito por lo tanto para momentos de audacia y de peligro; así es que su ministerio duró pocos dias, habiendo sido reemplazado por don Manuel Rodriguez, digno émulo de su hermano, por su carácter atrevido y emprendedor.

Organizado el poder, se trató de dar vida, aunque no fuese mas que provisionalmente, á los diversos ramos de la administracion, que yacian en la inaccion : el de la guerra, sobre todo, necesitaba un pronto arreglo, porque los soldados no pasaban de seiscientos en los cuarteles con solo doscientos fusiles buenos, el erario tenia mil pesos nada mas, las tropas estaban desnudas y sin pagas, el armamento destruido enteramente, la artillería abandonada, los cuarteles inmundos y destruidos, la subordinacion por los suelos y todo al igual (1).

Por exajerada que sea esta crítica de Carrera, no faltan grandes motivos para vituperar la indiferencia con que el gobierno caido habia mirado las precauciones contra los intentos pérfidos de Gainza. O'Higgins, á pesar de su leal credulidad, llegó al fin á convencerse de los torcidos designios de su adversario, al saber sus numerosas exacciones frente á frente de los patriotas de Concepcion, y el cuidado que ponia en mantener su corto ejército á costa de la provincia. En una carta á Lastra le manifestaba sus temores, y le instaba fuertemente á que tomase medidas, y aun á que declarase

(1) Diario manuscrito de don Miguel Carrera.

la guerra á aquel pérfido, para lo que tantos motivos le daban derecho, y todo en caso, que se ocupase activamente del ejército, que se hallaba escaso en hombres y en material. Esta era en efecto la necesidad mas apremiante del momento, á que iba á poner pronto remedio el carácter activo y osado de Carrera.

Lo primero que hizo fué disponer nuevas levas, atrayéndose con buenos modos los numerosos desertores que vivian en completa libertad en los campos y en la ciudad misma, á pesar de las severas amenazas con que se les habia conminado en diferentes decretos. Mandó hacer cuatro mil vestuarios, cuya pronta conclusion vijilaba una comision; procuró dar grande impulso á la fábrica de armas, que estaba desgraciadamente en un estado muy precario por falta de operarios intelijentes y hábiles; y temiendo no poder proporcionarse los fusiles que necesitaba por el pronto, siguió los consejos que daba O'Higgins á Lastra, y pidió mil á Buenos-Aires que estaba mas en disposicion de facilitarlos, y por otra parte mucho mas tranquila desde la toma importante que acababa de verificarse de Montevideo y de todas sus fortificaciones (1). Su amigo Poinsett, que se hallaba entonces en aquella ciudad, tuvo encargo de unir su actividad y sus buenos oficios á los del diputado Infante, para obtener este importante socorro del director Posadas.

No puede negarse : el jenio organizador de Carrera le hacia muy superior á los demas jefes del ejército, sobre todo en momentos de peligro. Fuese efecto de su talento ó de su actividad, era siempre el hombre de

(1) Tal vez la anticipó la guerra en Chile, que impidió el envío de víveres clandestinamente ó que iban á Lima, y de allí á aquella plaza. Diario manuscrito de don Manuel Salas.

recursos, por mas que lo nieguen sus enemigos, cualidad debida tambien á una voluntad de hierro, que era una de sus principales virtudes. En esta circunstancia unos cuantos dias le bastaron para poner la administracion de la guerra en estado de hacer frente á todo lo que pudiera ocurrir.

Por desgracia no era muy escrupuloso en los medios de procurarse dinero, sobre todo, tratándose de personas reputadas de enemigas de la causa americana. No se habia olvidado todavía lo que hizo con el mismo objeto en otro tiempo, y se hablaba en alta voz de todas las exacciones realizadas cuando fué comandante en la provincia de Concepcion, diciendo que si no las hubiera autorizado, hubiera castigado á los culpables. De todo esto y de haber lastimado algunos intereses nacieron elementos de oposicion que tomaron muy luego un jiro pretencioso y amenazador.

Los primeros síntomas de esta oposicion partieron de la municipalidad de Santiago, compuesta de personas adictas al gobierno de Lastra y temerosas de perder su influencia, que querian conservar. Pero no era esto lo que realmente inquietaba á Carrera. A pesar de la importancia de aquella corporacion, que gozaba desde época muy remota un prestijio paternal, y que desde el principio de la revolucion habia representado un papel en los principales acontecimientos, sabia muy bien que fluctuando aun sus individuos entre el estupor y el miedo, no se atreverian á atacarle abiertamente, bastando un poco de enerjía para paralizar sus manejos. Pero no sucedia lo mismo con el ejército, á cuya cabeza estaba un jeneral de mucha reputacion, que disfrutaba á la vez la confianza del país y del soldado. El gobernador de Valparaiso don

Francisco Formas habia rehusado abiertamente ceder su puesto al coronel don Javier Videla, nombrado en su reemplazo, y fué necesario un motin popular para que se marchara (1). En Santiago algunos oficiales permanecieron fieles á su partido, y valiéndose de oscuras intrigas procuraron atizar la discordia en el corazon de los soldados que acababan de abandonarles; pero el peligro principal estaba en Talca, en el centro del ejército y en la persona de O'Higgins.

Dos dias despues de la revolucion, envió Carrera al teniente coronel don Diego Benavente, iniciado en los mas secretos pensamientos, con pliegos para aquel jeneral y para Gainza. En los dirijidos al primero le exortaba á que mandase reconocer al nuevo gobierno por el ejército, suplicándole se sometiese y uniera sus esfuerzos para combatir al enemigo comun; y en los enviados al segundo exijia de Gainza que cumpliese el tratado, embarcándose lo mas pronto posible con sus tropas para Lima, ó bien que lo rompiese y comenzara de nuevo la guerra, para lo cual estaba muy dispuesto.

O'Higgins recibió estos despachos con una calma mas aparente que real. Convocó al punto el cuerpo de oficiales para discutir la respuesta que habia de dar á Carrera. A escepcion de alguno que otro, todos estuvieron por la negativa, lo cual convenia perfectamente con las intenciones de O'Higgins, poco satisfecho de esta revolucion, y decidido ya á organizar una resistencia, que en cartas apremiantes le aconsejaban algunos amigos de Santiago. Todavía en este consejo se decidió, casi contra la voluntad de su jefe, que se exijieran de Benavente los despa-

(1) La junta lo supo en los momentos en que iba á enviar un cuerpo de novecientos hombres al mando de don Luis Carrera.

chos para Gainza, lo que no pudieron conseguir sino por la fuerza y amenazándole con arrestarle hasta nueva órden, á pesar de la inviolabilidad que su mision le daba. Pero ¿qué circunstancias podian ser mas propicias á la pasion humana para dejarse arrastrar en su pendiente de injusticia y deslealtad?

El cabildo de Talca quiso tambien tomar parte en esta resistencia, con tanto mas empeño cuanto que la mayor parte de sus miembros pertenecian al partido de Cruz, es decir al partido realista, y se ofrecieron á facilitar los fondos necesarios para marchar inmediatamente sobre Santiago. Esta proposicion fué sostenida con mas calor aun en una segunda reunion, á que asistió O'Higgins; y bajo la promesa que este hizo de conformarse con un deseo que estaba en perfecto acuerdo con sus miras, se dió la órden de los preparativos. Antes puso á todos los oficiales partidarios de Carrera en la imposibilidad de hacerle daño, y al efecto á unos los arrestó en sus casas y envió á los otros al campo, siendo del número de los últimos el comandante de húsares don José María Benavente, á quien suplicó O'Higgins escribiese á Carrera para ver el modo de terminar de una manera pacífica este principio de guerra civil.

Por justas que fuesen las proposiciones hechas por O'Higgins á Carrera, pues dejaba al pueblo de Santiago que decidiese de su eleccion para el poder supremo, sin embargo, tenia casi seguridad de que no las aceptaria; y en este convencimiento puso en movimiento la vanguardia de su pequeño ejército, con ánimo de obtener por las armas, lo que no creia poder conseguir por la persuasion.

Mientras pasaba todo esto, Carrera hacia tambien sus preparativos para conjurar la tempestad. Rodeado de per-

sonas activas y enérjicas, eficazmente segundado por sus colegas no menos que él comprometidos, tomaba medidas hábiles y enérjicas, y se desembarazaba á toda prisa de todos esos nobles chilenos considerados la víspera como verdaderos atletas de las libertades chilenas, y convertidos al dia siguiente en facciosos, enemigos de la tranquilidad pública; porque tal es la suerte de los grandes patriotas cuando ideas opuestas, miras diferentes, y á veces la ambicion y el interés los dominan, arrastrándolos á las facciones, siempre funestas al país y á la causa que defienden. Así don Joaquin Larrain, don Francisco Vicuña, don José Santiago Perez, don Antonio y don Juan de Dios Urrutia fueron confinados á unas haciendas al norte de Santiago, mientras que el brigadier Mackenna, don Antonio José Irisarri, don Pablo Vargas, don José Antonio y don Domingo Huici, don Fernando Urizar y don Francisco Formas eran enviados á Mendoza, recomendados al gobernador don José de San Martin, quien los recibió con los mas urbanos y jenerosos miramientos (1). Mas adelante alcanzó el decreto de proscripcion al teniente coronel arjentino don Santiago Carrera, que estaba mezclado en todo lo favorable á los enemigos de los Carreras, y hasta se disolvió el cabildo y el tribunal de apelacion, y se nombraron personas adictas al nuevo gobierno.

Pero lo que sobre todo llamó la atencion de la Junta una vez desembarazada de estos temibles enemigos, fué el ejército y su material. Para subvenir á sus numerosas necesidades, se revolvió establecer un departamento militar, independiente de la secretaría de guerra, que bajo

(1) Lastra habia procedido de la misma manera cuando desterró á don Juan José Carrera á Mendoza, y mandó darle un pasaporte muy honorífico y una carta muy fina para San Martin, que acogió con distincion su noble recomendado. Diario manuscrito de don Manuel Salas.

la inspeccion de la Junta se ocupase esclusivamente de todos los detalles relativos á los diferentes cuerpos y al material de almacenaje, fábrica y armas. Se renovaron los bandos contra desertores y contra los detentadores de armas del Estado, y se dió nuevo impulso al reclutamiento, publicando proclamas en que se halagaba á los militares, y se les presentaba un porvenir de gloria y de bienestar. O'Higgins por su parte ofrecia veinte y cinco pesos de recompensa á cada soldado y ademas una medalla de plata: la medalla para los oficiales era de oro.

Tal era el estado de los dos ejércitos cuando se pusieron en marcha para batirse. No puede decirse que se trataba de una disputa personal en que las pretensiones de los dos jefes fuesen una doble usurpacion, porque si pudiera hacerse este cargo á Carrera, á pesar de la pretendida legalizacion de un voto público, no así á O'Higgins que obraba impelido, no por interés particular, sino por instigaciones de las municipalidades de Concepcion y Talca, y pedia con arreglo al principio constitucional, una eleccion no armada, sino enteramente libre y sin influencia alguna, que era precisamente lo que resistia Carrera, temiendo con razon al partido poderoso de los Larraines. De todos modos, este habia hecho cuanto estaba de su parte para establecer entre ellos una armonía honrosa y conforme con su interés, asegurándole que continuaria de jeneral en jefe del ejército, y que estaba pronto á enviarle tropas para que estuviese preparado en todo evento contra el virey. Viendo que estas proposiciones no eran aceptadas, juzgó conveniente, para evitar si era posible la efusion de sangre, convocar al pueblo de Santiago á fin de nombrar dos diputados que le llevasen palabras de paz y de persuasion. Des-

graciadamente y como sucede siempre, los ajitadores de los partidos en esta clase de reuniones desplegaron su actividad para atraerse esos espíritus débiles, indiferentes, que carecen de opiniones fijas, y hacerles votar dos diputados, cuyos hombres indicaron, don Juan José Chavarria y don Silvestre Lazo, siendo los presentados por el gobierno, don Antonio Hermida y don Ambrosio Rodriguez. De aquí resultaron discusiones acaloradas, impertinentes, que casi tomaron proporciones de tumulto, y obligaron al gobierno á intervenir, mandando que los que quisieren votar á los dos primeros se presentasen al Cabildo, mientras que los otros serian recibidos en la sala del gobierno. Inútil precaucion, que demostró una vez mas, cuan superior es el espíritu de intriga y de cábala al de la razon y la justicia en esta clase de elecciones; porque en este dia la audacia de unos y otros llegó á tal punto, y fué tan escandalosa su avilantez, que el gobierno se vió obligado á enviar soldados, sino para mantener el órden, al menos para impedir los escesos. Por lo demas ¿qué podian hacer unos diputados sin influencia alguna contra una política de pasion y de rivalidad?

No pudiendo, pues, entenderse los dos partidos, la guerra civil iba á estallar.

El 8 de julio el capitan don Nicolas García y el alférez don Felipe Henriquez salieron de Talca con cuatro piezas de artillería; y los dias siguientes la primera division, fuerte de seiscientos hombres, emprendió la marcha al mando de don Enrique Larenas, seguida muy de cerca por otra de cuatrocientos setenta, al de don Juan Rafael Bascuñan. O'Higgins se puso en camino el 12 y continuó su marcha hasta Maypu, adonde llegó el 24. En este intermedio recibió los diputados del gobierno Hermida y Rodriguez;

pero el modo de discurrir de estos era tan rencoroso, habia en él tanto odio, tanta animosidad y tan poco espíritu de conciliacion, tan necesario en aquellos momentos, que los diputados fueron despedidos sin la mas mínima esperanza de acomodamiento, lo cual obligó á Carrera á tomar sus precauciones para recibir vigorosamente á su poderoso enemigo. Cuando supo que O'Higgins marchaba sobre Santiago, envió al teniente don Gregorio Mende con noventa hombres á reforzar las tropas del coronel don Rafael Eugenio Muñoz, que desde el 3 de julio estaba en la parte de San Fernando reuniendo las milicias de los alrededores. Poco despues salió de Santiago la segunda division mandada por don Luis Carrera, á la que siguieron al dia siguiente doscientos fusileros á las órdenes del teniente coronel don Diego Benavente, el mismo que O'Higgins tuvo prisionero algunos dias y puso luego en libertad. En fin una tercera division, compuesta de doscientos milicianos mandados por el coronel don José María Portus, de buen número de soldados del rejimiento « de los pardos y de ochenta fusileros montados, que se reunieron en esta tarde de los muchos veteranos dispersos y retirados que abrigaba la capital por el desgreño á que se habia reducido el servicio, » se hallaba pronta para obrar á la primera señal (1).

Mientras O'Higgins estuvo al sur del Maypu conservó Carrera alguna esperanza de acomodamiento, pero luego que pasó este rio, los azares de una batalla iban á decidir de la suerte de los dos partidos.

El 26 de julio pasó el Maypu la vanguardia de O'Higgins, compuesta de cuatrocientos infantes, doscientos caballos y cuatro piezas de artillería : las demas tropas

(1) Diario manuscrito de don José Miguel Carrera.

habian quedado unas en Rancagua y otras en la hacienda del hospital. Su intencion era evitar todo encuentro y marchar en seguida sobre Santiago, donde esperaba encontrar un fuerte partido en su favor; pero atacada su vanguardia por un pequeño cuerpo de caballería, se vió obligado á aceptar el combate, ó á lo menos á mandar que sus infantes marchasen sobre la division de su adversario, mandada por don Luis Carrera, repartiendo solo á razon de diez cartuchos por plaza con objeto de comprometerlos á que cargasen á la bayoneta. Esto sucedia á eso del medio dia con corta diferencia. Don José Miguel Carrera se hallaba aun en Santiago cuando sobre las dos recibió un mensajero de su hermano don Luis, dándole parte de lo que pasaba, y sin pérdida de momento mandó que la tercera division fuese al sitio del combate, que era la acequia de Ochogavia, y le tomó la delantera con la caballería de Aconcagua, mandada por don José María Portus. Todavía llegó bastante á tiempo para que esta caballería tomase parte en la accion y contribuyese á hacer mas completa esta pequeña victoria, persiguiendo á los fujitivos, de los cuales un buen número pudo escaparse protejidos por la oscuridad de la noche. Al dia siguiente se contaban veinte y seis muertos, treinta y siete heridos, mas de cuatrocientos prisioneros inclusos trece oficiales, y dos cañones. O'Higgins tuvo su caballo fuera de combate, y si pudo escapar, lo debió á la jenerosidad del capitan Barnachea, que le proveyó de otro (1).

(1) En una conversacion que tuve con O'Higgins sobre este encuentro, me dijo que hizo marchar sus soldados sobre las trincheras que los soldados de Carrera habian levantado para fortificarse, dándoles solo diez cartuchos para obligarles á cargar á la bayoneta; y que encontrando las tropas un gran foso, cosa que él no habia previsto, se vieron obligadas á retroceder, despues de haber perdido cien hombres y dos cañones que tuvieron tiempo de clavar.

La proximidad del sitio en que se verificó la lucha, puso en conmocion á Santiago. Los diferentes partidos, especialmente el de O'Higgins, esperando con ansiedad los resultados de un combate que iba á decidir de su suerte, se ajitaban de todos lados, tan pronto se subian á la cima del cerro de Santa Lucía para observar mejor el conjunto del movimiento de la ciudad, tan pronto iban á las diferentes plazas á llevar la esperanza ó el sobresalto. Desgraciadamente para ellos, el vocal don Julian Uribe se habia encargado de la policía de la ciudad; y aunque la naturaleza de su profesion le obligaba á dominar sus pasiones, y á pesar de que habia sido nombrado hacia poco vicario jeneral del ejército (1), no temió dar rienda á su carácter violento, á veces cruel, y tomar las medidas mas rigorosas con sus adversarios. So pretesto de que se tramaba una rebelion, mandó poner grillos á los oficiales prisioneros, aumentando así la angustia de estos valientes patriotas en los momentos en que el partido carrerista aturdia la ciudad poniendo en movimiento todas las campanas de las iglesias, y se entregaba á regocijos tumultuosos al resplandor de una iluminacion casi jeneral.

Despues de esta derrota se retiró O'Higgins del otro lado del Maypu con sus cortos restos, á los cuales no tardaron en reunirse las tropas que habian quedado atras. El número de estas era bastante considerable para poder intentar una segunda accion, á pesar de los pocos lazos que las unian, gracias á los grandes esfuerzos de los partidarios de los Carreras. Pero su mision era de-

(1) Antes de conferirle esta dignidad el gobierno tuvo escrúpulo y preguntó á don Bernardo Vera si las leyes eclesiásticas se oponian á ello; y este patriota, como doctor en teología y cánones, contestó que si, en una memoria en que citaba numerosos ejemplos.

fender al gobierno caido, ó al menos combatir al usurpador, y se disponia á renovar el ataque, cuando la noticia de la llegada de Ossorio á la provincia de Concepcion y la intimacion que el capitan Pasquel le llevó de rendirse inmediatamente, exaltó sus vivos sentimientos de republicano, y le decidió á posponer toda rivalidad de partido al interés de la patria. Sabiendo en efecto que Abascal, lejos de ratificar el tratado de Lircay, enviaba por el contrario una fuerte espedicion para dominar el país por el triunfo de una batalla ó por las amenazas, creyó conveniente avistarse lo mas pronto posible con su antagonista, y comisionó con este objeto á don Estanislao Portales. Desgraciadamente seguia en la idea de que se disolviese la junta y se dejase al pueblo que nombrara un gobierno provisional; cosa que no podia aceptar Carrera, creyendo con razon que una reunion popular, siempre apasionada y tumultuosa, no podia en aquellos momentos de peligro y de inquietud desempeñar tan delicada mision. Sin embargo que O'Higgins habia mandado avanzar á las divisiones que habian quedado atras, con intencion de atacarle segunda vez con todas sus fuerzas, consintió que el padre Arce, que se le habia ofrecido á servir de intermediario, fuese á verle para obtener un pronto acomodamiento; y gracias á este relijioso los dos jenerales se reunieron al dia siguiente en los callejones de Tango para discutir juntos sus pretensiones y exijencias. En esta reunion O'Higgins, siempre fiel á su pensamiento, pretendió que los miembros de la junta renunciasen su cargo, ó por lo menos que el vocal Uribe fuese reemplazado por Pineda como representante de la provincia de Concepcion; pero cuando vió que Carrera persistia en que continuase el gobierno tal cual el pueblo

lo habia nombrado, se contentó con escribir al mismo Uribe, esperando obtener de él por la persuasion una renuncia, á que Carrera no se hubiera opuesto. Vana esperanza, que le demostró la firme resolucion de los individuos de la Junta de conservar su poder, lo cual sin embargo no obstó para que fuese al dia siguiente á Santiago, acompañado de don Isidro Pineda, don Casimiro Albano, don Pedro Nolasco Astorga y don Ramon Freire con el objeto de poner término á tan lamentable conflicto : y en efecto se verificó con tal prontitud su acuerdo y fué tan completo, que pocas horas despues se les veia pasear juntos por las calles, con gran satisfaccion de los verdaderos patriotas. Una proclama firmada por los dos rivales dió á conocer su union á las demas ciudades, y las disposiciones que iban á tomar para combatir al nuevo enemigo. O'Higgins fué quien tuvo el pensamiento de este manifiesto, como habia dado antes el mas bello ejemplo de abnegacion, sacrificando á la salvacion de la patria su amor propio y su dignidad.

CAPITULO XLI.

Vuelve Gainza á Chillan. — Adversarios que alli encuentra de resultas del tratado que habia hecho. — Subterfujios de que se vale para no salir de la provincia á pesar de lo pactado. — El virey Abascal se niega á firmar el tratado, y envia una espedicion á las órdenes de don Mariano Ossorio. — A su llegada á Chillan intima la rendicion á los patriotas por el parlamentario Pasquel. — Al saber la llegada de esta espedicion, los patriotas olvidan sus diferencias, y se reconcilian para oponerse al nuevo enemigo.— Actividad que despliega don José Miguel Carrera en la organizacion de su ejército.— Salida de las primeras tropas para Rancagua, punto elejido para la resistencia. — Las tropas de Ossorio se ponen en marcha y pasan el rio Cachapual por el vado de Cortés. — Accion de Rancagua y derrota completa de los patriotas. — Alboroto y huida de los habitantes de Santiago al otro lado de las cordilleras. — Don José Miguel Carrera reune en la capital toda la plata posible, así labrada como acuñada, para organizar un nuevo ejército en el norte. — Su decepcion. — Batalla de la ladera de los Papeles, en que pierde la mayor parte del tesoro.— Atraviesa las cordilleras con los restos del ejército, en direccion á Mendoza.

Despues del tratado de Lircay, Gainza, como ya hemos visto, abandonó Talca al jeneral chileno, y se dirigió á Chillan, donde debia reunirse todo el ejército real. Rodriguez, que le precedió mas de una semana, habia preparado la opinion contra él y contra el tratado que habia firmado, el cual calificaba de muy humillante para el rey y para el ejército. Escitando de este modo el descontento, despertaba la ambicion de los partidarios de Sanchez que hubieran querido esplotar en favor de su jefe; pero no era esta la intencion de Rodriguez ni de algunos oficiales superiores. Su censura á Gainza no tenia mas objeto que protestar contra el tratado, para quedar á cubierto si lo desaprobaba el virey del Perú.

Gainza, que sabia estas intrigas, dudó un momento si continuar la marcha á Chillan ó volver á Concepcion,

donde esperaba tener menos enemigos y envidiosos que combatir; al fin siguiendo el parecer de algunos amigos, que habia enviado delante, se decidió por su primera resolucion, y habiendo entrado, á los pocos dias en aquella ciudad, reunió sin dilacion en su casa muchos oficiales para interpelar á las personas que habian calumniado el tratado, y saber sus intenciones. El único que tomó la palabra fué el auditor de guerra, quien procuró demostrar los inconvenientes del tratado, del que Gainza le hacia tambien responsable, por no haber dado señal ninguna de desaprobacion cuando se discutia (1). Por lo demas, le fué fácil demostrar que el mal se habia exajerado mucho, y dejó entrever, aunque sin revelarlo completamente, que su conducta mas era efecto de astucia y prevision, que de verdadera intencion de ejecutar las diferentes cláusulas del tratado, especialmente la que le obligaba á sacar el ejército de la provincia (2).

Y en efecto Gainza se instaló en su cuartel jeneral, como si no hubiese de salir de él en mucho tiempo, á despecho de las cartas que no cesaba de escribirle O'Higgins, recordándole su obligacion de embarcarse para el Perú, á las que contestaba con evasivas, pretestando tan pronto lo crudo de la estacion y la abundancia de lluvias, tan pronto la falta de buques, con lo cual ganaba

(1) La noche que llegamos á Chillan se presentaron ante el señor jeneral varios oficiales, entre ellos el señor auditor Rodriguez; y tengo presente que hablando este sobre los tratados, le reconvino el señor Gainza diciéndole porque cuando estaba á solas con él no le habia reconvenido, hecho seña ó tirado de la casaca en cualquiera de los capítulos, habiéndole llamado para este fin; á lo que no contestó y se concluyó la junta. Declaracion del coronel don Ildefonso Elorriaga en el proceso de Gainza.

(2) Jamás pensó ni aun por sueños desamparar la provincia, como así lo tiene repetido en varios lugares de su confesion, y lo acreditan repetidos hechos, circunstancias y documentos constantes. Proceso de Gainza.

tiempo para poner en conocimiento del virey su posicion, y recibir respuesta de lo que debia hacer. Pero la astucia no era tan solapada, que pudiese engañar ni aun á los mas escasos talentos, porque él continuaba gobernando la provincia como jefe independiente y absoluto, espedia autos de buen gobierno, remataba diezmos, enviaba guerrillas para conseguir ganados y caballos, hacia nuevos reclutas que eran instruidos y disciplinados lo mismo que en tiempo de guerra, y se proporcionaba dinero dirijiéndose á los patriotas, á quienes hacia exacciones al igual de un enemigo; y mientras pasaba todo esto, mantenia con O'Higgins una correspondencia seguida y amistosa, hasta el punto de pedirle su proteccion contra los complots de algunos malintencionados (1).

De esta manera pudo permanecer en la provincia sin que le inquietasen los patriotas, á quienes O'Higgins procuraba inclinar en sus proclamas en favor de Gainza, ocupados por otra parte de disputas de odio y rivalidad, á despecho de los rehenes que se habian dado.

El 13 de agosto contestó el virey á los despachos de Gainza, desaprobando todos los artículos del tratado, y reconviniéndole por el abuso de haberse escedido en demasía de sus instrucciones. En castigo de esta falta le destituyó del cargo de jeneral en jefe del ejército, y le mandó comparecer ante un consejo de guerra, reemplazándole con el coronel de artillería don Mariano Ossorio.

Este Ossorio, que pertenecia á una familia ilustre, á la casa del conde de Altamira de España, era un militar

(1) Gainza previno á O'Higgins que no dispersase sus tropas porque Calvo y Elorriaga trataban de revolucionar, lo que trataba de evitar. Diario manuscrito de don Manuel Salas.

bastante distinguido y de cierta enerjía. Empezó su carrera en la guerra contra Napoleon, habiendo asistido al primer asalto de Zaragoza, de gloriosa memoria, y tambien al segundo, en cuya época era ya sarjento mayor. A principios de 1812 fué destinado á Lima, donde en calidad de comandante de artillería prestó grandes servicios á este cuerpo, contribuyendo á su disciplina y nueva organizacion; y cuando se trató de la espedicion de Chile, Abascal le puso á su cabeza por recomendacion muy eficaz del comercio, dándole muchas compañías del rejimiento de Talavera recien llegado á Lima, un cuadro de oficiales para formar un escuadron de carabineros, y todo lo necesario en material y en dinero para el mejor éxito de la empresa.

Habiendo llegado Ossorio á Talcahuano el 12 de agosto de 1814, marchó inmediatamente á Chillan á tomar el mando del ejército, que Gainza en su crédula esperanza confiaba conservar. Su permanencia en esta ciudad fué muy corta, y la aprovechó en discutir el plan de campaña, tomar los informes que podia necesitar y formar el escuadron de úsares de milicia, cuyo mando dió al valiente Barañao. El 28 de agosto se puso en movimiento su vanguardia, en la que la caballería iba á las órdenes de Elorriaga y la infantería á las de Carballo, llevando cuatro cañones de campaña. En los dias succesivos salió del cuartel jeneral el resto del ejército, compuesto en su totalidad de cuatro mil nuevecientos setenta y dos hombres, dividido en tres divisiones que marchaban con el intérvalo de un dia. Todas las tropas observaron el mejor órden y disciplina, escepto el batallon de Talavera, que al llegar á San Carlos se sublevó contra su comandante Maroto, sublevacion que pudo tener serios resul-

tados, porque los que la promovieron eran procedentes de lo mas malo que habia en España, pero que fué pronto sofocada por el mayor Morgado y el capitan Marguelí, dando á los amotinados una parte de su paga, única causa de aquel principio de insubordinacion.

Antes de salir de Chillan, es decir el 20 de agosto, comisionó Osorio al capitan don Antonio Pasquel para que en calidad de parlamentario llevase á los jefes patriotas la órden de rendirse y someterse al rey Fernando VII. Esta órden estaba concebida en términos tan severos para los chilenos, como insultantes para los que gobernaban el país. Era un conjunto de baladronadas, amenazas, anuncio de desgracias á los que no le obedeciesen, etc., que O'Higgins recibió con calma é indignacion, pero que impresionó vivamente el alma poco sufrida de don José Miguel Carrera. Este, sin aguardar su completa reconciliacion con aquel, hizo que le contestase el 29 del mismo mes por la junta, de una manera comedida y adecuada, que contrastaba con el gran sentimiento de cólera que revelaba en sus actos, pues en aquellos momentos mandó arrestar y poner grillos al parlamentario Pasquel, so pretesto de que se habia fugado el coronel Hurtado, uno de los rehenes de los realistas.

Como el volver á empezar las hostilidades era una consecuencia casi indispensable de la respuesta y de la prision que acabamos de referir, los dos jefes, segun ya hemos dicho, se apresuraron á reconciliarse; y aunque esta reconciliacion no fué tan sincera como hubiera sido de desear, sí lo bastante para el peligro del momento, pues reunió los dos ejércitos bajo la única bandera que les convenia, la de la independencia. Desgraciadamente la inaccion de estos dos ejércitos, y quizá tambien la inercia

de Lastra habian comprometido en gran manera la disciplina y las obligaciones del soldado. Las deserciones eran numerosas, se habia tenido poco esmero con las armas, y el corto número de reclutas hechos estaban muy descuidados. Se necesitaba todo el jenio creador de don José Miguel Carrera para dar á la reunion de estos soldados el título pomposo de ejército de la patria.

Sin cuidarse de la legalidad de sus actos, no considerando en aquel momento mas que el peligro del país, lo cual le daba ciertamente plena y completa libertad, Carrera tomó inmediatamente y como tenia de costumbre, las mas prontas y enérjicas medidas para poder tentar fortuna, ó al menos oponer alguna resistencia á su formidable enemigo. Se ocupó, pues, nuevamente de reunir los desertores dispersos en los diferentes pueblos de la provincia, amenazando con pena de muerte al que no se presentase, y prometiendo una recompensa de veinte y cinco pesos al denunciador; envió á Illapel al capitan don J. Prieto con encargo de reclutar en las inmediaciones nuevos conscriptos, y persuadido de que el número que se obtuviese de estos no seria suficiente para las necesidades del momento, decretó el alistamiento en masa de todos los esclavos del país desde la edad de trece años, prometiéndoles la libertad tan pronto como estuviesen filiados y ofreciendo á los propietarios una indemnizacion, que apreciada legalmente, seria satisfecha con la media paga de aquellos que al efecto se les descontaria, oferta de no gran valor en unos momentos en que los soldados estaban poco y mal pagados y que hubiera producido resultados escasísimos á no haberse amenazado en el mismo decreto con la pérdida del esclavo, de la mitad de los bienes y dos años de destierro al amo que

lo ocultase. Por lo demas, el patriotismo chileno se apresuró en esta ocasion, como en tantas otras, á segundar esta órden urjente. Algunos ciudadanos jenerosos ofrecieron gratuitamente al país los pocos esclavos que poseian, y muy pronto pudo formarse un nuevo rejimiento, al que se le dió el nombre de *Ingenuos de la Patria*.

Aunque la creacion de los nuevos rejimientos y la organizacion del ejército absorvia casi todo el tiempo á don José Miguel Carrera, su actividad febril no le permitia dejar de atender á cuanto pudiera dar fuerza y confianza á su partido. Santiago continuaba siendo la poblacion en que la revolucion tenia mayor número de enemigos. Para que estos no pudiesen hacerle daño, envió unos á los pueblos del norte, confinó otros á sus haciendas, é hizo que en un dia mismo pasasen al otro lado de las cordilleras catorce relijiosos, recomendándolos de una manera particular al gobernador de Cuyo, á fin de que les impidiese volverse, y advirtiéndole que le enviaria muchos mas, Igual rigor exijió del gobernador de Valparaiso cuando supo que se habian visto dos barcos en la costa de Topocalma, pues le escribió que no dejase ni un cuchillo en manos de los realistas, y que enviase los mas osados al interior del país (1), para impedirles que volvieran. En todas estas medidas era apoyado eficazmente por sus dos cólegas, que inspirados por su actividad y enerjía obraban con no menos dilijencia, especialmente Uribe, quien por su carácter duro y severo era el ejecutor de las órdenes y pensamientos de Carrera, con tal exaltacion á veces, que contrariaba los sentimientos

(1) Para conducir con seguridad á los espatriados y desterrados se estableció una posta de partidas militares hasta el pié de la cordillera, y en verdad, si la cordillera hubiese estado abierta, habria quedado Chile libre de esta clase de enemigos. Diario manuscrito de don José Miguel Carrera.

jenerosos y benévolos de este jeneral. Pero lo que le preocupaba mucho desde que se instaló la junta era el estado lastimoso de la hacienda. Ya hemos visto que el tesoro no tenia mas que mil pesos en sus cajas, recurso del todo insignificante para tantos gastos de primera necesidad : era pues preciso un remedio eficaz y pronto. Siguiendo la costumbre de entonces, se acordó un empréstito forzoso que habian de pagar mas principalmente los europeos y chilenos adictos al partido realista, se echó mano de cierta cantidad de plata labrada de las iglesias, y se amenazó con una multa de mil pesos á todo el que siendo deudor al tesoro, no entregase el importe de su débito en el término de tres dias. Con esta arbitraria enerjía que justificaban la indignacion del gobierno y las incesantes necesidades de la situacion, se fortaleció la autoridad, el tesoro tuvo muy pronto en sus cajas un millon de pesos y los soldados, mejor pagados, mejor vestidos y mejor equipados, pudieron marchar contentos y alegres al encuentro del nuevo enemigo.

El 9 de setiembre salieron de Santiago las primeras tropas, mandadas por el sarjento mayor don Francisco Elizalde, á reunirse á las de O'Higgins acampadas en Maypu. Estas tropas conocidas con el nombre de auxiliares, formaron la base del batallon número 3.

Desde el 5 de setiembre estaba O'Higgins de vuelta en su campamento, ocupado afanosamente en disciplinar sus soldados y en proporcionarles todo lo que les hacia falta en armas y equipo. Como su pequeño cuerpo debia formar la primera division del ejército que iba á combatir á Ossorio, envió á hacer un reconocimiento al intrépido capitan don Ramon Freire, quien á la cabeza de solos cincuenta dragones, no temió pasar el Cachapual

y llevar sus investigaciones y su audacia hasta la ciudad de san Fernando, que tuvo que abandonar al instante por la llegada de un cuerpo de realistas. Se replegó entonces sobre Rancagua, adonde se reunió con ciento cincuenta milicianos enviados por Carrera á las órdenes del teniente coronel don Bernardo Cuevas á hacer tambien un reconocimiento. Estas dos compañías formaban en cierto modo la vanguardia de la division O'Higgins, que seguia acampada en Maypu, pero que se puso en movimiento pocos dias despues; por manera que el 20 ya estaba toda esta division en Rancagua y las tropas ocupadas en construir trincheras.

El mismo dia salió de Santiago el coronel Portus con mil doscientos milicianos de caballería, y al siguiente la segunda division mandada por don Juan José Carrera, fuerte de setecientos sesenta granaderos y cuarenta y cuatro infantes de Concepcion. Antes se habian hecho correr proclamas muy violentas contra los realistas, contra los chilenos infieles que se habian pasado al enemigo, y sobre todo contra Ossorio, á quien se puso fuera de la ley por traidor al rey y á la patria, y se pregonó su cabeza. Fundóse esta medida en querer Ossorio que se observara la constitucion de las cortes tiempo hacia abolida por el rey, segun resultaba de las gacetas recientemente recibidas, y que se le enviaron. Pero Ossorio solo veia en todo esto un pretesto para atacar con mas dureza su persona; y sin cuidarse de semejantes amenazas, continuó su marcha bajo la proteccion de nuestra señora del Rosario, á quien habia tomado en Talca por patrona del ejército.

A su llegada á la Requinoa, una noticia mucho mas importante vino á colocarle en el mayor embarazo.

De resultas de la toma de Montevideo por los patriotas, Pezuela no podia seguir en la provincia de Salta, tanto mas cuanto que acababa de saber la derrota y muerte del valiente Blanco en Santa Cruz de la Sierra, las pérdidas que habia tenido el comandante Barra en Valle-Grande, el abandono de la Laguna por el teniente coronel Valle y el gran número de partidas de guasos que se estaba formando en los alrededores. Todo esto le obligó á abandonar á Salta el 3 de agosto, y á replegarse sobre Sinpacha, desde donde escribió al virey, pidiéndole prontos auxilios en hombres y en armamento.

Seis dias antes de recibirse el parte de Pezuela, Abascal habia enviado á Chile la espedicion de Ossorio, lo que le colocó en la imposibilidad de suministrar al jeneral del Perú los ausilios que le reclamaba; pero interesado vivamente en la conservacion del vireinato, sobre todo en momentos en que el Cuzco acababa de sublevarse casi en masa por instigaciones del gran patriota Angulo, reunió el 30 de setiembre un consejo de guerra, en que se resolvió escribir á Ossorio que enviase á Arica el cuerpo de Talavera y el de Chiloe, si sus armas habian triunfado en Chile, y autorizándole si el estado de la guerra no era tan satisfactorio como se creia, para celebrar con los patriotas un convenio, que permitiese disponer de todas las tropas contra el alto Perú (1).

Esta determinacion, que se comunicó á Ossorio con prontitud y por triplicado (2), le colocó en una posicion

(1) Este hecho, que ya yo habia notado de resultas de algunas conversaciones que tuve en el Cuzco con Ruedas, ex-secretario de Ossorio, se ve confirmado en la relacion del gobierno del marqués de la Concordia y en las Memorias del jeneral Gamba.

(2) Ignorábase la suerte de las órdenes que hasta por triplicado se habian pasado á Ossorio en conformidad de lo resuelto en junta de guerra para activar sus operaciones, y que en cualquier estado tratase con los insurjentes la nego-

tan crítica como embarazosa. No queriendo tomar sobre sí toda la responsabilidad de sus actos, convocó un consejo de guerra, en el que hizo ver á sus compañeros de armas que una retirada seria muy peligrosa para el ejército, y que su posicion era demasiado buena para no intentar una batalla decisiva, cuyo feliz éxito lo aseguraba la discordia que habia entre los dos partidos. Pacificado el país y dominadas todas las facciones, seria mas fácil socorrer al Perú, enviándole las tropas que entonces casi para nada se necesitarian. Admitida esta idea por la jeneralidad de los oficiales, Ossorio dió las órdenes de marcha y el 30 de setiembre todo el ejército se puso en movimiento, aprovechando la noche para pasar con menos resistencia el rio Cachapual, en cuyas márjenes estaba acampado parte del ejército chileno. Pocos dias antes habia propuesto á O'Higgins conservarle el título de brigadier y nombrarle intendente de la provincia de Concepcion si se pasaba á los realistas, propuesta que fué recibida con desprecio é indignacion.

Aunque don José Miguel Carrera mandó obstruir las acequias para que vertiesen las aguas en el rio y hubiese menos vados, estos los habia en muchos puntos, porque la estacion no favorecia sus intentos. Ossorio elijió el de Cortés cómo uno de los mas fáciles de pasar, y dividió su ejército en tres columnas que marchaban á muy corta distancia una de otra, para disminuir los inconvenientes de ir separadas, y que descansaban de cuando en cuando. Como habian salido á las nueve de la noche y la Requinoa apenas dista dos leguas del paso del rio, llegaron

ciacion mas decorosa que pudiese alcanzar, para volar al socorro del jeneral Pezuela y de sus valientes y benemēritas tropas. — Relacion del gobierno del marqués de la Concordia.

temprano, y al rayar el alba lo vadearon sin obstáculo, pues la vanguardia, compuesta de seiscientos cincuenta caballos, habia desalojado para entonces los veinte hombres, única fuerza que guardaba aquel paso.

En cuanto O'Higgins supo que el enemigo intentaba pasar el rio por el vado de Cortés, encargado á la vijilancia de don José Miguel Carrera, destacó una compañía de dragones mandada por el capitan don Rafael Anguita, la cual llegó tarde y tuvo que replegarse. Tambien O'Higgins se vió obligado á atrincherarse detras de las tapias, desde donde no cesó de incomodar al enemigo durante su paso. Mas de una hora estuvo en esta posicion aguardando que le llegasen refuerzos; pero viendo que todo el ejército realista estaba ya al norte del rio, que una parte de él batia su derecha, y que la otra intentaba cortarle la retirada, dando rodeos para interponerse entre él y Rancagua, mandó marchar sobre la ciudad, adonde se habia retirado con casi toda su division don Juan José Carrera, esperando se le reuniese muy pronto la de don José Miguel, con arreglo á lo que habian convenido.

Esta ciudad situada á unas cuantas cuadras del rio y construida en medio de una vasta llanura, la escojió O'Higgins, contra el parecer de don José Miguel Carrera, para punto de resistencia. Como nada habia hecho la naturaleza para su defensa, la fortificó á toda prisa, pero muy lijeramente por falta de materiales y por el poco tiempo que hubo para trabajar. Reducíase la fortificacion á unas simples trincheras construidas con adobes á una cuadra de la plaza y á la entrada de las tres calles mas inmediatas. Los puntos de acceso estaban completamente abiertos, y por lo tanto le fué fácil á Ossorio apoderarse

de ellos y rodear la ciudad, bloqueando á los patriotas y privándoles de todo socorro. Para que su situacion fuese mas apurada, se cortó la única acequia que provee de agua á la ciudad, por manera que los soldados en número de mil setecientos próximamente y los habitantes, se encontraron privados de tan indispensable artículo.

Tal era el estado de las cosas cuando principió el combate, el mas sangriento y obstinado de cuantos se habian visto hasta entonces (1). Durante treinta y tres horas la accion se sostuvo sin tregua ni descanso y con un arrojo por una y otra parte digno de mejor causa, pues los patriotas demostraron en la defensa una obstinacion igual á la impetuosidad de los que les atacaban. Fortificados en la plaza, colocados en las casas y en sus techos hacian pagar cara la atrevida bravura de los realistas, dirijidos por oficiales valientes, acostumbrados al fuego y siempre prontos á lanzar sus tropas á calles rectas y estrechas, lo cual les causó grandes pérdidas, especialmente en el batallon de Talavera, del que no quedó mas que la sesta compañía mandada por Sanbruno, y en el del real de Lima. Muchas tentativas hicieron, y otras tantas fueron rechazadas por los cañones de los patriotas colocados en la bocacalle de San Francisco y á una cuadra de la plaza, hasta que viendo la

(1) El ejército chileno, comprendida la division de don José Miguel Carrera, etc., se componia de catorce jefes, doscientos doce oficiales, tres mil cuatrocientos doce artilleros y fusileros y dos mil quinientos sesenta y cuatro milicianos de caballeria, en todo seis mil doscientos y dos hombres; pero en jeneral los soldados no tenian disciplina y muchos eran nuevos, procedian de las clases inferiores de la sociedad y estaban sin armas. El ejército realista no ascendia mas que á cuatro mil novecientos setenta y dos hombres, pero casi todos buenos soldados, algunos de los cuales habian hecho la campaña contra Napoleon; y aunque es verdad que tenia algunos milicianos, podia contarse con ellos, porque pertenecian á una raza de hombres habituados á estar constantemente con las armas en la mano, por su proximidad á los indios araucanos.

imposibilidad de tomar al descubierto las trincheras, abrieron troneras en las casas, y á su abrigo pudieron aproximarse á distancia de una cuadra, donde construyeron parapetos valiéndose de grandes lios de charqui y otros objetos que pudieron encontrar. Puestos así á cubierto, aunque no lo bastante para preservarse del fuego de fusil que les hacian desde los techos de las casas, incendiaron las de los alrededores, lo cual puso á los patriotas en una posicion muy crítica si bien no desesperada; porque animados por la enerjía de sus jefes se batian con tanto valor como decision, de tal manera que sabiendo que se aproximaban refuerzos, hicieron una salida sobre diferentes puntos, con tan buen resultado que hubo un momento en que Ossorio pensó batirse en retirada y desistir del ataque, lo que empezó á hacer en efecto, y hubiera continuado sin la resistencia de algunos oficiales (1).

Si en este momento de vacilacion se hubiera presentado con la tercera division don Miguel Carrera, es probable que hubiese decidido la suerte del combate, declarando la victoria en favor de los patriotas; pero situado como siempre y sin duda por su mala estrella, á una distancia bastante grande del campo de batalla, se contentó con enviar á las órdenes de su hermano don Luis, dos cañones y unas cuantas compañías mandadas por los dos hermanos Benavente, sin mas objeto que el de protejer la retirada de los sitiados, cuando lo que el jefe de estos le pedia era auxilio para añadir el último floron á aquel principio de victoria. Al llegar por el lado del norte, donde estaban acampados la caballería de Elor-

(1) Oficio de O'Higgins al gobierno de Buenos-Aires. Este oficio manuscrito me lo dió el mismo O'Higgins y lo conservo. Ignoro si se ha impreso.

riaga, Quintanilla y Lantaño y los batallones de vanguardia de Carballo, aquel lijero refuerzo fué en cierto modo detenido, estrechado por tan gran número de enemigos y obligado á retroceder sin haber conseguido ningun resultado serio (1). Desde este momento comenzó de nuevo el combate con mas vigor y obstinacion. Los Talaveranos, aunque muy mermados, al mando del imprudente Maroto y de San Bruno, y las compañías del Real de Lima, al del coronel Velasco, se presentaron delante de la calle de San Francisco, marcharon por ella en columna, y á pesar de las pérdidas enormes que sufrian y de las observaciones de Velasco, avanzaron hasta delante de la iglesia, donde fueron recibidos y dispersados por los cañones de la plaza, dejando sembradas las calles de los mejores soldados muertos ó heridos. Los realistas, pues, se iban á ver segunda vez en grave compromiso, cuando el intrépido Barañao da una carga á la cabeza de su escuadron, se aproxima á las trincheras, manda echar pié á tierra á sus húsares, y aunque desgraciadamente herido en una pierna, les infunde ánimo para ir hasta cerca de la plaza, donde se le reunen las tropas de Velasco y de Maroto, ansiosas de segundar los esfuerzos de aquel valiente comandante. Entonces se empeña una lucha tenacísima necesariamente muy desventajosa para los patriotas, que estaban muertos de fatiga y muy mermados con el gran número de muertos. Faltos así de municiones como de víveres, devorados por la sed, teniendo por todo refujio la plaza, y no restando á su denuedo mas que una débil é inútil esperanza,

(1) Segun el manifiesto de don José Miguel Carrera y la memoria de don Diego Benavente, la retirada se hizo en la creencia de que los sitiados se habian rendido, porque no se oia mas que los repiques de campanas de las iglesias y ni un solo tiro.

aquellos nobles restos no quisieron ni rendirse ni parlamentar, y prefirieron abrirse paso sable en mano, marchando sobre el centro del enemigo. Para poner en ejecucion tan temerario proyecto, elijieron la calle del norte que va á parar á la Alameda, precisamente el punto mejor resguardado y en que estaba casi toda la caballería, que, medio estupefacta de tanta audacia, se quedó un momento como petrificada en su puesto, convencida por otra parte de que era imposible que pudiesen escapar los patriotas. Pero fuese prodijio del valor, fuese poder de la desesperacion, algunos de estos bravos consiguieron hacerse paso, y arrastraron tras sí buen número de los suyos, aprovechando la confusion introducida en la refriega por un gran número de mulas que iban delante y que levantaban un polvo que no permitia ver á los combatientes y confundia unos con otros. De los primeros que intentaron este atrevido golpe de mano fué el intrépido O'Higgins, verdadero héroe de esta admirable si bien desgraciada resistencia, en la cual le alcanzó la gloria de pagar su tributo de sangre, recibiendo una herida, que felizmente no fué de gravedad. Don Juan José Carrera pudo escaparse en la primera salida, y desde la víspera se habia reunido con su hermano don José Miguel (1).

Tal fué el resultado de esta batalla, una de las mas desgraciadas y mas notables de las de la independencia, pero tambien una de las mas gloriosas, así para el jefe como para el puñado de valientes que tan bien supieron

(1) Los sitiados se condujeron con un denuedo admirable. Los oficiales Ovalle y Yañez quedaron apoderados del asta de bandera para no rendirla mientras tuviesen vida. El capitan don José Ignacio Ibieta, rotas las dos piernas, puesto de rodillas y con sable en mano, guardaba el paso de una trinchera hasta su muerte, etc. Véase la memoria de Benavente, página 193.

defenderse á pesar de su inferioridad numérica (1). Porque la gloria no la da solamente un resultado satisfactorio, sino que á veces tambien ciñe con corona de laurel la frente de los bravos, á quienes niega el destino la palma de la victoria; bajo este punto de vista mereciéndola bien aquellos intrépidos guerreros. Mas adelante, como sucede de ordinario, los partidos, siempre llenos de pasion, se acusaron echándose recíprocamente en cara la culpa de esta catástrofe, y hoy mismo es muy difícil averiguar la verdad: tan vivo está aun el espíritu de animosidad en el corazon del país. Sea que se consulten los numerosos documentos, ya impresos ya manuscritos, que existen relativos á este drama, sea que este drama se discuta con los testigos oculares y hasta con los que tomaron gran parte en él, siempre queda duda entre el pro y el contra, por mas que la relacion se haga muy concienzudamente y con aquel aire de buena fe que casi infunde respeto (2). Pero ¿quién es el hombre de partido que en la exaltacion de sus ideas, en las que suele tener cabida el odio, no es arrastrado involuntariamente á poner una fuerte dosis de exajeracion en sus convicciones, sobre todo cuando así halaga su amor propio, asegura sus intereses y hace daño á su enemigo?

(1) Segun el parte, acaso exajerado, de Ossorio al virey del Perú, la pérdida de los patriotas fué de cuatrocientos y dos muertos, doscientos noventa y dos heridos y ochocientos ochenta y ocho prisioneros. La de los realistas estuvo reducida á ciento y once de los primeros, de los cuales uno solo era oficial, y ciento y trece de los segundos, inclusos siete oficiales. Véase el parte de Ossorio en la gaceta del gobierno de Lima correspondiente al 7 de noviembre de 1814 y la gaceta de Chile viva el rey del 5 de diciembre de 1814.

(2) Un jóven anglo-americano que se encontraba entonces en Chile, y que ha publicado en Boston un diario del tiempo que permaneció en este país por los años 1817, 18 y 19, dice hablando de la inaccion de don José Miguel Carrera, á pesar de lo partidario que es de este gran patriota: *Their conduct on this occasion is inexplicable and is not attempted to be justified even by their friends*, página 13.

Lo que mas ha dado márjen á las recriminaciones, es el plan de defensa de los dos jefes principales. Don José Miguel Carrera quiso esperar al enemigo en la angostura de Payne, formada por la inmediacion de dos ramales, el uno de la cordillera alta y el otro de la costa, que habia fortificado. Aunque O'Higgins no desconocia las ventajas de esta posicion, le encontraba sin embargo el grande inconveniente de que habia en los ramales unos bajos muy fáciles de pasar al ejército enemigo, sino con la artillería de grueso calibre, al menos con las piezas de campaña, lo cual le permitia moverse y colocarse á retaguardia, en cuyo caso las fortificaciones eran inútiles y el ejército tenia que tomar una grande estension muy perjudicial por la inferioridad del número. Por este motivo propuso la ciudad de Rancagua para punto central y de reunion, y las orillas del Cachapual para sitio de asiento y de defensa, plan que se adoptó, aunque á disgusto de Carrera, y que segun los partidarios de este fué la causa de la pérdida de Chile; acusacion que el historiador imparcial no puede admitir, así como tampoco la que los adversarios de don José Miguel Carrera hacen á este de haber permanecido mero espectador de la accion, cuando por el número de sus soldados, á los que se habia reunido una gran parte de la caballería de Portus derrotada á los primeros cañonazos, pudo decidir del éxito de la batalla. A decir verdad, nos inclinamos á creer que este cargo es un poco mas fundado, porque la caballería de milicianos de Elorriaga, Lantaño y Quintanilla no hubiera podido resistir, á pesar del arrojo de sus jefes, á mil doscientos hombres que tenia don José Miguel Carrera, sostenidos por siete piezas que mandaba su hermano don Luis y por buena caballería, á cuya cabeza estaban los dos hermanos

Benavente. Probablemente hubiera sido fácil á esta division atacar con buen éxito por varios puntos á los sitiadores, ó quizá arrollar el cuerpo de milicias y llevar socorros á los soldados de O'Higgins, que empezaban á estar faltos de todo; y entonces no es difícil calcular de que lado se hubiera declarado la victoria, cuando un corto resto resistió tan valerosamente al ejército entero de Osorio, que estaba lleno de inquietud y timidez. Pero la Providencia lo dispuso de otra manera, sin duda para probar en mejores tiempos el patriotismo de los indiferentes.

Con la pérdida de la batalla de Rancagua y todo el material de armas y municiones que en ella habia, Chile volvió á la dominacion de España y á verse privada, por algun tiempo al menos, de muchos miles de patriotas; pues hombres y mujeres se apresuraron á pasar las cordilleras y llevar su esperanza al seno de una república mas feliz, puesto que habia conseguido rechazar hasta mas allá del desaguadero á los soldados de Pezuela, únicos con quienes tenia que pelear en aquellos momentos. No pudiendo organizar una resistencia en la angostura, como queria, á causa de los infinitos fujitivos que abandonaban sus cuerpos, Carrera se dirijió á Santiago, donde permaneció hasta el 4 de octubre para que el pueblo saquease las administraciones del fisco, tales como la del tabaco, en que habia mas de doscientos mil pesos, la de víveres, fábrica de armas, etc. (1), y para tomar el dinero que habia en tesorería y casa de moneda, exijir algunas contribuciones y apoderarse de todas las alhajas de las iglesias. Con este dinero se prometia organizar en el norte un nuevo ejército

(1) Por consecuencia de esta licencia, se cometieron desórdenes que Carrera procuró remediar, castigando rigorosamente á los culpables y armando á los habitantes para que cuidasen del órden. Véase su manifiesto, página 59.

con que poder algun dia atacar á Ossorio en la capital, que no pudiendo ya defender, la dejó bajo la direccion del coronel don Eugenio Muñoz para devolverla á aquel. Su cólega Uribe fué mas lejos aun en la destruccion de las administraciones del fisco, pues dió repetidas órdenes al gobernador de Valparaiso para que quemase todos estos establecimientos, y aun todos los barcos que no pudieran llevarse á Coquimbo. Política singular, que autorizaba al vencedor á poner en contribucion al país y á despojar á los patriotas de una parte de sus bienes.

En la noche del 4 de octubre, Carrera salió de Santiago no obstante los avisos de O'Higgins (1), despues de haber dado con su actividad acostumbrada las órdenes necesarias para sus proyectos futuros. El 5 llegó á Santa Rosa de los Andes, donde esperaba se le reuniese la guarnicion de Valparaiso mandada por Bascuñan, á quien habia prevenido que pasase á Quillota despues de embarcar todas las armas y municiones para Coquimbo. El espíritu de partido, que siempre persigue con furor los corazones nobles hasta en las mayores adversidades, vino á detener todos sus planes y á suscitarle nuevas dificultades. Blanco de la mala voluntad de los amigos de O'Higgins, desconocido por los auxiliares de Buenos-

(1) Despues de la pérdida de Rancagua, don José Miguel Carrera volvió á Santiago con mil quinientos hombres próximamente, y á muy poco llegó O'Higgins con otros ciento cincuenta, nobles restos de su resistencia en aquel punto. A pocas horas de su llegada fué á casa de Carrera á asegurarle que la victoria de los realistas en Rancagua estaba muy lejos de ser completa, y que sus tropas reunidas á los cuatrocientos hombres de Valparaiso, otros tantos auxiliares de Buenos-Aires, que continuaban comprendidos en la provincia de Aconcagua, y los muchos milicianos que se podian levantar, eran mas que suficientes para intentar una nueva resistencia en el rio Maypu. Carrera contestó que lo pensaria, y con efecto celebró un consejo de guerra á que no fué llamado O'Higgins, en que se resolvió retirarse al norte para organizar un nuevo ejército; y así se hizo, á pesar de que O'Higgins predijo que se desertaria una gran parte de las tropas, como sucedió. — Conversacion con don Bernardo O'Higgins.

Aires que estaban de guarnicion en Aconcagua, abandonado por un gran número de desertores y por los soldados de Bascuñan, que se rebelaron en cuanto él salió de Valparaiso, y finalmente perseguido por la caballería de Elorriaga, se vió en la necesidad de renunciar á su proyecto de ir al norte, y solo procuró salvar el tesoro que llevaba, y que ascendia á mas de un millon de pesos. Desgraciadamente estos débiles restos fueron alcanzados por Elorriaga en la ladera de los papeles, y tuvieron que hacer frente á un enemigo, que llevaba una fuerza lo menos cuatro veces mayor que la suya (1). Este fué su último combate, en el que se perdió la mayor parte del tesoro sacado de Santiago, es decir, diez y nueve cargas y media de plata, sin contar lo que robaron los granaderos encargados de la custodia de otras cargas que tomaron el camino de los patos. Despues de tantas defecciones, Carrera no pensó mas que en atravesar las cordilleras, y el 13 de octubre pasó la frontera de Chile, de esta patria que quiso elevar á la altura de su majestuoso pensamiento, y que su desgraciada suerte no le permitió rever. Fué acompañado de multitud de personas, que como él no llevaban en su huida mas que su patriotismo, sus esperanzas y su valor.

(1) Segun O'Higgins, el batallon de auxiliares de Buenos-Aires á las órdenes de su bizarro comandante las Heras, fué casi el único que sostuvo esta retirada, hostigada por la caballería de Elorriaga, en razon al estado de desmoralizacion en que se hallaban las pocas tropas que iban en ella. — Conversacion con don Bernardo O'Higgins.

CAPITULO XLII.

Gobierno del coronel don Mariano Ossorio.— Su entrada y su buena recepcion en la capital. — Distribucion que da á su ejército. — Su deslealtad con los patriotas emigrados. — Los manda arrestar y envia unos á Lima y otros á la isla de Juan Fernandez, donde pasan una vida llena de privaciones y disgustos. — Rehabilitacion de algunos realistas. — Envio de un refuerzo de tropas á Pezuela, que le imposibilita hacer una espedicion contra Mendoza.— Consejo de guerra permanente. — Instalacion de la nueva real audiencia. — Organizacion de muchos tribunales políticos. — Escasez de dinero y fuertes contribuciones impuestas para proporcionarlo. – Restablecimiento del antiguo órden de cosas en la administracion.

La tenaz resistencia que hizo Rancagua al ejército de Ossorio produjo en el corazon de sus soldados grande exasperacion de venganza y resentimiento. Los restos del batallon de Talavera, sobre todo, se hicieron, por sus escesos, dignos de las épocas mas bárbaras, cosa que no admiró ciertamente á los que conocian el oríjen de este rejimiento. Formado con lo mas malo y mas indolente que habia en España, sacados de los presidios la mayor parte de sus individuos para enviarlos inmediatamente á América, y queriendo despues de la accion vengarse de las pérdidas enormes que habian sufrido ; en el momento que se hicieron dueños de la ciudad, se entregaron al pillaje, á la violacion y al asesinato, no respetando nada, ni aun las iglesias, á las que muchas familias se refujiaron, mucho menos las casas que habian servido de prision y de hospital, las que cometieron la atrocidad de quemar (1). Venganza odiosa, que el estado de desór-

(1) Parece que el saqueo de la ciudad duró tres dias y que las alhajas de los particulares y de las iglesias se vendieron casi por nada. Dicen que la quema de las prisiones provisionales se verificó el tercer dia, y que Carballo, que quedó de gobernador de la ciudad, mandó poner en la plaza á la espectacion pública las rejas de las casas todavia con el pellejo de las manos de las desgraciadas victimas, con objeto de vituperar la conducta de sus compañeros de armas.

den y de convulsion en que se halla siempre un ejército al concluirse una batalla, no alcanza de modo alguno á disculpar.

Conmovido Ossorio hasta derramar lágrimas, á la vista de tantos cadáveres (1), solo pudo poner un débil remedio á tanta crueldad. Deseando salir cuanto antes de aquel lugar de muerte y destruccion, envió al dia siguiente de la accion una partida de su caballería á las órdenes de Elorriaga, á perseguir los fujitivos; y tres dias despues se puso en marcha, dejando una guarnicion en Rancagua y á su cabeza un hombre muy humano, el coronel don Juan Nepomucenò Carballo.

El 9 de octubre de 1814 llegó á las puertas de Santiago precedido de la primera division, que mandaba el coronel don José Ballesteros. Los majistrados, las primeras autoridades, el pueblo todo en fin, se puso en movimiento para hacerle un recibimiento brillante, y saludar en él y en el ejército la victoria y la restauracion. Para los españoles la guerra de Chile no era una guerra civil, siempre muy parca con los jenerales en sus triunfos, porque cada victoria es un verdadero desastre (2), sinò mas bien una guerra de conquista, en que se mira en el adversario un enemigo á quien debe destruirse en medio de los festejos y de los gritos de alegría de la nacion. Miles de banderas de los colores españoles ondeaban en todas las casas, las calles estaban adornadas con arcos de triunfo, y las señoras, elegantemente vestidas, echaban á manos llenas ramos, coronas de flores y hasta dinero á oficiales y soldados, á quienes acompañaba un populacho, que aturdia con sus gritos de alegría

(1) Conversacion con don Ignacio de Arangua.

(2) Quia hæc victoria cladi similior erat. Val. Max.

en loor del rey, de Ossorio y de su valiente ejército. Bien se notaba en algunos semblantes cierta mezcla de temor, de asombro y aun de pena; pero el número de estos era muy corto, y todos los que componian la comitiva y todos los que se hallaban á su paso dieron pruebas de la mas franca adhesion.

Verdad es que la mayor parte de los patriotas, jente que pertenecia casi toda á la primera clase de la sociedad, andaban huidos por los campos, ó habian emigrado al otro lado de las cordilleras, y que otros poco ó nada comprometidos, indecisos en su nueva posicion é inquietos sobre su porvenir, les siguieron; por manera que realmente no habian quedado en la ciudad mas que las jentes de la clase media, los europeos, los chilenos adictos á la monarquía y ligados á estos por comunes intereses, y todos aquellos indiferentes que esperan los resultados de una batalla para arrimarse al partido vencedor.

Esta clase de personas fué la que salió á recibir á Ossorio y le acompañó en su tránsito, primero á la iglesia para asistir al *Te Deum* que se cantó en celebridad del triunfo, y despues á la chacra de don Teodoro Sanchez en la Cañadilla, donde estuvo alojado algunos dias, mientras se le arregló la casa del conde de la Conquista. Tanto se habia estendido la voz de que el palacio estaba minado, que no consideró prudente habitarlo, al menos por el pronto.

Ya en el corto tiempo que estuvo en Rancagua habia dado parte al virey de su importante victoria, que tambien comunicó á Pezuela, cuya posicion era cada dia mas crítica. Uno y otro la celebraron mucho, Abascal principalmente, que cuando recibió las banderas cojidas á los patriotas renovó los festejos con mas entusiasmo aun,

dándoles un carácter civil y relijioso. Esta vez la relijion, como ellos la entendian, tenia derecho á ello, porque habiendo puesto el ejército bajo la proteccion de nuestra Señora del Rosario, á esta Vírjen era á quien debian presentárselos trofeos, como lo pidió Ossorio y así se hizo. Con el oficial encargado de esta honrosa mision envió el virey el nombramiento de brigadier y el de capitan jeneral de Chile al jefe del ejército espedicionario, nombramientos que el rey aprobó, aunque solo con el sueldo de brigadier.

Lo primero de que cuidó Ossorio fué de ocupar los principales puntos del país conquistado. El infatigable Elorriaga, de vuelta de su espedicion contra los Carreras, á quienes habia obligado á pasar las cordilleras, fué destinado con parte de su caballería á Coquimbo, que aun no estaba completamente sometido; el coronel don Juan Ballesteros, que no habia hecho mas que atravesar la capital, obtuvo el gobierno de Quillota hasta Illapel; por último el puerto de Valparaiso se confió á un marino, el capitan de fragata Villegas.

Tomadas estas medidas de precaucion, se ocupó de los emigrados que por su edad avanzada ó porque no consideraban sus compromisos tan grandes que les obligasen á huir del país, se habian contentado con alejarse de la capital para volver á ella mas adelante, cuando la efervescencia del momento hubiese producido todos sus funestos efectos. Una infinidad de estos patriotas estaban ocultos en las haciendas, esperando con ansia el momento de reunirse á sus familias, cuando Ossorio, ó su segundo Pisana, vinieron á sacarles de su molesto retiro con proclamas que respiraban buena intencion, olvido, clemencia y humanidad, invitándoles á presentarse á

aquellos jefes, que no tardaron en hacerles arrepentir de la confianza con que acojieron sus promesas. Y en efecto, poco despues de haber regresado á sus casas, un gran número de estos respetables chilenos, cuya mayor parte eran de edad muy avanzada, fueron arrestados, y á pocos dias enviados unos á las prisiones del país, otros á las casamatas de Lima y cuarenta y dos á la isla de Juan Fernandez embarcados en un buque pequeño, *La Sebastiana*, donde durante los tres dias que estuvo en la bahía no recibieron mas recursos que los que les suministró la caridad de un español, don Pablo Casanova. Mas de dos años estuvieron en aquella isla atormentados con privaciones de todo jénero y con las vejaciones continuas de sus gobernadores, personas jeneralmente mal educadas y sin instruccion, hasta tal punto que uno de los últimos no sabia casi leer (1).

No cabe duda que entre estos mártires de la libertad habia algunos, que aunque incapaces de grandes cosas porque les faltaba enerjía y audacia, podian hacer sombra á Ossorio con sus talentos, su elevada posicion y la naturaleza de las instituciones que estaban llamados á fundar; pero estos eran en número muy corto y todos los demas ni eran hombres de accion, ni apasionados, ni pensaban mas que en el bien de su país, hombres arrastrados á la revolucion por la fatalidad y el estado crítico de España, y que habian emigrado por la debilidad y timidez que constituia su caracter. Estos patriotas no exijian de la revolucion mas que algunas mejoras que nada tenian que ver con la independencia; y sin embargo todos fueron lanzados al ostracismo y encerrados en pri-

(1) El Chileno consolado en los presidios, por don Juan Egaña. Obra escrita en jeneral con bastante exajeracion.

siones, ó desterrados á islas adonde fué á reunírseles buen número de desgraciados patriotas de Concepcion, que habian estado presos desde la pérdida de esta ciudad, á pesar del convenio celebrado antes de rendirse con el intendente don Matías de la Fuente, jefe de la espedicion, y no obstante que debieron ser puestos en libertad con arreglo á una cláusula del tratado de Gainza. Habia pues una mala fe que en todos se presentaba á la vez bajo el patronato de pérfidos manifiestos y de la relijion santa (1).

La tarde misma en que el ejército llegó á Santiago, don Ignacio de Arangua, con algunos soldados de caballería, fué á buscar al obispo Rodriguez, retirado hacia tiempo en Colina. Al dia siguiente se presentó el prelado á Ossorio, y desde aquel momento fué uno de sus consejeros mas íntimos. Confianza bien merecida, porque era aquel personaje un chileno de mucho talento, adicto apasionado á la monarquía y sumamente útil por el gran conocimiento que tenia del país. Como su fe en la relijion era aun mas robusta, aprovechó su influencia para que se revocasen las leyes revolucionarias de 1811 y 1812 sobre la dotacion de los curas, y se devolviesen á estos sus antiguos privilejios y beneficios con arreglo á lo mandado en el concilio de Trento. Introdujo en el clero algunas innovaciones que fueron de la aprobacion del jefe del estado, porque tenia encargo de apoyarse en la relijion, procurar que esta penetrase mas que

(1) Este sentimiento de deslealtad era muy comun en aquella época en los jenerales españoles. No hay ninguna historia de las diferentes repúblicas hispano-americanas que no cite á este propósito numerosos ejemplos. El mismo Fernando VII no hacia escrúpulo en faltar á su palabra, como lo prueba el gran número de personas presas cuando volvió á España, no obstante que sus proclamas respiraban por todas partes libertad, y se hacian en ellas promesas de paz y de union.

nunca en las diferentes clases de la sociedad y preparar los ánimos á recibir otra vez, primero la inquisicion restablecida por el rey de España, y despues los jesuitas restablecidos por la corte de Roma.

Mientras que el obispo de Santiago se ocupaba de su clero, Ossorio pensaba en derribar las instituciones civiles, relijiosas y militares que emanaban del gobierno revolucionario. Para conseguirlo necesitaba asociarse á los miembros del cabildo, que eran los personajes mas influyentes y mejor reputados en el país, y que formaban una corporacion toda paternal, á la que habian consultado en todos tiempos los presidentes. Como por otra parte habia contribuido mucho á la eleccion de los alcaldes y rejidores recientemente nombrados, podia contar con su celo para realizar á sus deseos.

Probablemente se contaria con la influencia del cabildo, en el que era rejidor el hijo de Figueroa, para rehabilitar la memoria de los que habian sufrido ultrajes infamantes por sus opiniones, ó pagado con la cabeza su fidelidad á la monarquía. Entre estos se contaban don Romualdo Antonio de Esponda, don José Antonio Ezeisa y el famoso don Tomás Figueroa, cuyas cenizas fueron trasladadas con grán pompa á la catedral, acompañándolas el cabildo civil y eclesiástico, el cuerpo de oficiales y todas los corporaciones relijiosas de la capital (1).

(1) El rey aprobó esta rehabilitacion y mandó ademas que á Esponda, á quien se habian dado doscientos azotes en la plaza pública, se le hiciesen en la misma plaza los honores que se hacen al rey, condecorándole al propio tiempo con la cruz de Isabel la Católica. El 30 de noviembre de 1816 Esponda, acompañado del presidente, el marques de Villa-Palma, que le servia de padrino, los miembros del cabildo, muchos oficiales y nobles, se paseó por la plaza, donde se hallaban todas las tropas con sus banderas, y llegado al punto en que recibió el castigo, se leyó la real cédula y los abanderados le hicieron

Con este acto de justicia esperaba el jefe del estado dar mas prestijio al gobierno español y hacer odioso el sistema republicano, que palpitaba siempre en el corazon de la nacion, á pesar de los desórdenes cometidos en su nombre, y no obstante el empeño que habia en exajerar sus escesos. El espíritu sedicioso tomaba proporciones tan libres, que se permitian correr los rumores mas estraños sobre una próxima espedicion de tropas de Buenos-Aires á Chile, y sobre la parte activa que iba á tomar Inglaterra en la independencia de aquellas comarcas; lo cual acontecia precisamente cuando los dos paises seguian activa correspondencia para un tratado de comercio, ó al menos para conservar entre sí sus comunicaciones habituales, asunto en que, sin saber porque, tomó la iniciativa el gobierno de Buenos-Aires de resultas de la declaracion de guerra que le hizo el jeneral de Chile, y que no quiso de ninguna manera aceptar. Por el contrario, aumentó los destacamentos en las cordilleras para vigilar mejor sus pasos, envió á Mendoza y á Buenos-Aires muchos espías para observar las disposiciones del gobierno y la conducta de la multitud de emigrados que se habian refujiado allí (1), y hasta pensó en hacer una espedicion para atacar al gobernador San Martin y ponerse en comunicacion, por un lado con Pezuela acampado en el alto Perú, y por el otro con Morillo, de quien se decia, aunque sin fundamento, que iba á desembarcar

los honores reales al ruido de los tambores, cornetas y cañones. Concluida esta ceremonia pasó á colocarse delante del palacio y todas las tropas desfilaron por delante de él. — El rey mandó igualmente que Figueroa le hiciese una peticion de gracia y de merced. — Gaceta del gobierno de Chile número 104.

(1) Ossorio tenia un tacto muy particular para saber lo que hacian los enemigos de su rey; su sistema de espionage estaba establecido admirablemente y alcanzaba á gran distancia.— Conversacion en el Cuzco con don José Ruedas, ex-secretario de Ossorio.

muy pronto en las playas de Buenos-Aires. La espedicion, de que ya se hablaba en el campamento de Pezuela, no se verificó, porque Ossorio tenia que desprenderse de sus mejores tropas para enviarlas á aquel, como en efecto se las envió en número de setecientos setenta y siete entre Talaveras y Chilotes, que se embarcaron muy luego para Arica y formaron mas adelante el segundo batallon de Talavera á las órdenes de don José de Ballesteros (1).

La marcha de estas tropas dejó en el ejército un vacío que el jeneral debia sentir necesariamente, en momentos sobre todo, en que los espíritus estaban secretamente ajitados por la prision y destierro de tantos respetables ciudadanos.

Aunque se formó en Santiago el batallon de distinguidos voluntarios de la concordia chileno-española, que al cabo de algunos meses hacia el servicio con tanta perfeccion como las tropas veteranas, y aunque el ejército se encontraba reorganizado y reforzado con nuevos milicianos ó voluntarios, sin embargo, estaban estos tan mal pagados y tan poco considerados comparativamente con las tropas españolas, que no podia inspirar gran confianza su fidelidad, ó por lo menos debia temerse que desertarian (2). Ossorio comprendia su posicion, y para

(1) Revista de la guerra de la independencia de Chile por Ballesteros y memorias del jeneral Camba sobre las guerras del Perú. Mas tarde, cuando supo que Ricafort habia llegado de Colombia á Lima con tropas de Estremadura, volvió á pensar en la espedicion contra Mendoza y pidió algunas de estas tropas á Abascal, quien le respondió que no podia continuar en Chile y que Marco del Pont acababa de llegar para reemplazarle.— Conversacion con Ruedas, ex-secretario de Ossorio.

(2) Un subteniente de Talavera tenia 55 pesos mensuales y un coronel chileno de voluntarios 50, y sin embargo este y sus compañeros, independientemente de los azares de la guerra, comprometian ademas sus bienes, su posicion y con frecuencia sus familias, contra las cuales se veian muchas veces precisados á batirse. — Véase la carta de don Cayetano Requena, capellan mayor de la escuadra de Chile, á un sacerdote del Perú.

mejorarla consideró siempre al país en estado de guerra, sujetándolo á la vijilancia casi esclusiva de un consejo de oficiales, cuyo presidente era el severo Maroto ; política poco hábil que llevaba la sospecha á todas partes y á todas las cosas, y que hubiera vuelto á abrir tarde ó temprano la carrera de las luchas civiles, si los socorros estranjeros no las hubiesen hecho abortar.

Poco tiempo antes, es decir, el 16 de marzo de 1815 se restableció la real audiencia con algunos de sus antiguos individuos (1). La instalacion se hizo, como de costumbre, en medio de grandes fiestas civiles, relijiosas y militares. Cualquiera hubiese creido, atendida la naturaleza de sus atribuciones, que iba á cesar el poder arbitrario del soldado, y que todas las causas civiles seguirian su curso ordinario conociendo de su última instancia aquel supremo Tribunal. Sin embargo no sucedió así. En virtud de la especie de estado de sitio que pesaba sobre el país, Ossorio siguió gobernando á la manera y bajo la influencia del principio militar. Era á veces tan absoluto, que la instalacion de la real audiencia parecia no tener mas objeto que obedecer las órdenes del rey y servirse de ella para legalizar sus actos. Con efecto, le suspendió implícitamente el derecho de iniciativa, lo mismo que á los alcaldes, y sujetó los ladrones á un consejo de guerra, tribunal monstruoso que por la severidad de su disciplina está siempre dispuesto á imponer el maximum de la pena, como que no atiende mas que al hecho y prescinde absolutamente de sus causas y de la parte moral (2).

(1) Esta real audiencia estaba compuesta del rejente interino don José Santiago Concha y de los oidores don José Antonio Aldunate, don Felix Basso y Barri y don José Antonio Rodriguez. Este, como menos anciano, se encargó interinamente de la fiscalía.

(2) Y á fin que las causas de los ladrones y salteadores pillados infraganti no

Independientemente de este consejo de guerra, habia otros muchos tribunales secundarios, cuya principal mision era desbaratar los cálculos de los patriotas, oponer la accion de una policía secreta á sus complots y combinarla de manera que alcanzase la vijilancia á todo el país y hasta á los emigrados. Estos tribunales, tan severos como injustos, por simples sospechas llenaron de chilenos las prisiones, donde, mezclados con presos de todas clases, se entregaron inocentemente á conversaciones llenas de esperanza, fundada, como puede calcularse, en una revolucion, único medio que encontraban para salir de sus tristes calabozos. Pero si sus palabras eran ofensivas en algo á las nuevas autoridades y á la bandera que representaban, no podia decirse lo mismo de sus acciones, atendida su ninguna intelijencia, su falta de antecedentes y la nulidad de su posicion social. Urréjola, comandante de armas de Santiago, lo sabia perfectamente bien, y así es que no hacia caso de los chismes que le llevaban, contentándose con participárselos á Ossorio, quien mas asustadizo y responsable tomó de aquí pié para una vijilancia particular, confiándola á los jefes de la policía de seguridad, el comandante Morgado y el capitan San Bruno. Esto era lo mismo que dar pábulo ó apresurar un motin, en vez de dilatarlo ó hacerlo imposible; porque aquellos oficiales, blanco, por la naturaleza de sus funciones, de los odios del populacho, aprovecharon la ocasion para que pensasen aquellos desgraciados presos en una verdadera revolucion, haciéndoles creer, por medio del sarjento Villalobos y de los

padezcan atraso y sean pronto y ejemplarmente castigados, se manda formar en la capital un consejo de guerra permanente, al que serán remitidos los reos con sus sumarias respectivas, etc. Gaceta del gobierno de Chile, tomo 1°, número 49, página 455.

soldados que custodiaban la prision, que el público, los dragones y hasta muchos soldados de Talavera, cansados del gobierno de Ossorio, no esperaban mas que un momento favorable para levantar la cabeza é insurreccionarse. Estas insinuaciones bien estudiadas, influyeron tanto en la débil intelijencia de aquellos patriotas, que inmediatamente se establecieron relaciones entre ellos y sobre todo con Villalobos, principal ajente de tan monstruosa intriga, con el único objeto de combinar un plan de insurreccion en favor de la república. Gracias á los dilijentes pasos de los pérfidos Talaveras, creyeron haber conseguido lo que deseaban, cuando en medio de la noche y en el momento en que iban á empezar á obrar, invadió sus habitaciones una compañía de Talavera con Morgado y San Bruno al frente, que fueron bastante viles para mandar sacrificar á casi todas estas víctimas desgraciadas de la iniquidad. En aquel momento estaba toda la guarnicion sobre las armas, unos cercando el cuartel de dragones de los que se sospechaba que estuviesen en connivencia con los revolucionarios, y otros en la plaza para marchar adonde estallase cualquier movimiento. Ossorio mismo recorrió durante la noche diferentes puntos de la ciudad, lo cual pudiera dar márjen á creer que la rebelion era mucho mas seria de lo que los autores dicen, por lo menos en concepto del capitan jeneral.

Las medidas que tomó Ossorio para proporcionarse dinero no fueron ni menos injustas ni menos terribles. Cuando entró en Santiago se halló con que los jefes patriotas habian dejado completamente vacías las cajas del gobierno, casa de moneda, direccion de tabacos y demas tesorerías, lo cual le imposibilitó dar cantidad al-

guna á sus soldados que reclamaban con violencia sus atrasos, ni cubrir sus primeras atenciones. Verdad es que las tropas que persiguieron los restos de Carrera se habian apoderado de muchas cargas de dinero por valor de 125,389 pesos, pero una buena parte se entregó en la casa de la moneda por via de fondo para la compra de pastas y su amonedacion, y lo poco que quedó no alcanzaba á satisfacer las mas apremiantes necesidades.

Para remediar tanta penuria comenzó por imponer fuertes contribuciones á cuantos habian tomado parte activa en la revolucion, y abrir una suscripcion voluntaria, que fué una segunda contribucion para los mismos, porque el negarse á ella ó no inscribirse al instante, hubiera pasado por una confesion tácita de patriotismo. En seguida decretó un empréstito forzoso de 152,000 pesos pagadero por los habitantes acomodados de Santiago colectivamente, que se hizo estensivo á todos los habitantes de la república, escepto los de Concepcion, Coquimbo, Huasco y Copiapó : por manera que patriotas y realistas estaban comprendidos en él. Poco despues estableció nuevos impuestos sobre los que ya pagaban el oro, la plata, el cobre y los ramos de balanza y tajamares, sin esceptuar la carne muerta, los efectos estancados, etc., etc.; y no bastando todo esto impuso una contribucion de 21,000 pesos mensuales á las personas pudientes de Santiago y de 22,000 á las de las provincias (1).

Aunque la mayor parte de estos impuestos alcanzaba

(1) Ossorio pidió una contribucion mensual de 83,000 pesos, pero la comision no pudo recaudar mas que 43,000, inclusos los donativos del clero secular y regular y monasterios de relijiosas. Bando y archivos de la tesorería de Santiago.

á todas las clases de la sociedad incluso el clero, y se hizo á los empleados una rebaja proporcional en sus sueldos con arreglo al real decreto de 1° de enero de 1810, no es difícil calcular que los pagarian principalmente los patriotas y cuantos pasaban por sospechosos de la menor tendencia á las ideas subversivas. Para con estos toda espoliacion era lícita. Se cometia una á cada momento, exijiéndoles, tan pronto contribuciones mensuales, tan pronto sumas que tenian que pagar sin dilacion, si no querian que les enviasen á sus casas en calidad de plantones unos cuantos insolentes Talaveras mantenidos y alojados á su gusto. No eran mejor tratados los emigrados, porque ya que no podia sacárseles dinero, se secuestraban sus muebles y propiedades, se vendian en almoneda pública sus haciendas y se amenazaba con las mas terribles penas al que teniendo en depósito algo que los perteneciera, no lo declarase inmediatamente al tribunal de secuestro establecido para todas estas exacciones (1).

Lo mismo se hacia en las provincias con los patriotas: se les secuestraba sus muebles, sus propiedades y hasta los objetos de su comercio, que se vendian al que mas daba por ellos, y á veces á precios escesivamente bajos, porque la mayor parte de las personas que podian comprarlos se retraian movidos de ese sentimiento de delicadeza, que habla siempre al corazon en semejantes circunstancias (2).

Ossorio gobernó el país un año próximamente. La ta-

(1) Archivos de la tesorería de Santiago.

(2) Siguióse el recibir y reducir á dinero una crecida porcion de cobre, efectos comerciales y barras de plata que el coronel don Ildefonso Elorriaga y otros comisionados estrajeron por igual motivo á los vecinos de Coquimbo, Copiapó y el Guasco, etc. Archivos de la tesorería de Santiago.

rea que tuvo que desempeñar en este tiempo fué tan ingrata como variada. No se redujo solamente á velar por la tranquilidad pública, desconcertar los complots de los patriotas y atender á los muchos gastos de un ejército numeroso y en pié de guerra, en un país arruinado enteramente, tanto por infinitas espoliaciones, como por faltarle hacia muchos años toda industria agrícola y comercial; sino que tuvo que restablecer las instituciones antiguas, y modificar las que dimanaban del poder revolucionario, ó abolirlas completamente. Repuso la antigua universidad de San Felipe á espensas del Instituto; hizo mejoras en el tribunal de Comercio en lo relativo á concursos de acreedores de los fallidos ó de los que mueren dejando créditos procedentes de materias comerciales; restableció de órden del rey la fiesta del paseo del estandarte real, al que concurrian los europeos con pistolas en las pistoleras, mientras que estas las llevaban vacías los chilenos, con arreglo á un decreto en que se les prohibió llevar é introducir toda clase de armas. Pero lo que mas le ocupó fué la policía política y civil del reino, y especialmente la de la capital, porque independientemente del bando de buen gobierno calcado sobre el de 1780 que mandó publicar, instaló muchos tribunales compuestos de las personas mas afectas á la monarquía, que entendian en las diferentes comisiones que se les encargaban con todo el celo propio de su posicion precaria y poco segura.

A pesar de las violencias, muy difíciles de evitar por cierto cuando tan grave es la responsabilidad que pesa sobre el que en tiempos tempestuosos está á la cabeza de un país mal organizado, justo es decir que Ossorio, duro mas por sistema y por necesidad que por inclinacion, ja-

mas se manifestó sanguinario, antes bien algunas veces agasajador y jeneroso con ciertos patriotas (1). En todo acontecimiento notable, por ejemplo, el dia que juró la nueva real audiencia, el de la apertura de la academia de San Felipe, y el del aniversario de la batalla de Rancagua, concedió amnistía á muchos de los que se hallaban presos ó relegados en sus haciendas, y es probable que su severidad dimanase solamente de órdenes que recibiera del virey Abascal, pues así lo hace creer el haber solicitado del rey gracia para aquellas nobles víctimas al mismo tiempo que le dió parte de su arresto, demanda que reiteró cuando los diputados nombrados don Luis Urréjola y don Juan Manuel Elizalde partieron para España. Al despedirse del cabildo, cuando fué reemplazado por Marco del Pont, dijo en su oficio « que sin confundir al inocente con el culpado, habia estendido á todos el ejercicio de su beneficencia, y si algunos lloran aun la ausencia de sus hogares y familias, ha sido reglado por una órden superior, de cuya observancia no me ha sido posible prescindir, etc. (2). » Debe tambien tomarse en cuenta en defensa suya, la influencia que ciertos oficiales de Talavera ejercian sobre sus actos y las provocaciones de los realistas, jeneralmente europeos é interesados en el alejamiento de los patriotas y de los sospechosos de tales, para conseguir mejor los empleos que solicitaban. Influencia que hubiera sido mucho mas peligrosa á no haberla neutralizado la del asesor don José Joaquin Rodriguez Zorrilla, chileno de nacimiento y oidor que habia sido de la audiencia de Quito.

(1) Ossorio no fué nunca sanguinario, quizá porque le faltó tiempo. Conversacion con don Manuel Salas.

(2) Oficio de despedida de Osorio al M. I. Cabildo de Santiago. — Gaceta de [illegible], tomo 2°, número 9.

Su separacion de la presidencia de Chile fué por otra parte una calamidad para España, porque el rey tenia en él un militar intelijente, probo y muy laborioso. Desde que llegó á Santiago quiso conocer por sí mismo los principales resortes de la administracion, y de esto se ocupó asiduamente y con grande actividad, trabajando muchas veces hasta las dos de la madrugada, pues hasta horas tan avanzadas consagraba su intelijencia á las mas importantes cuestiones. A las seis de la mañana estaba casi siempre levantado y leyendo en su gabinete los despachos, á los cuales ponia las notas que estimaba conveniente. Despues del desayuno, que era á las nueve, despachaba succesivamente con su secretario, el auditor de servicio y su asesor; y este trabajo, que duraba hasta las tres, hora en que comia, volvia á empezar á las seis para concluir á las ocho. Dotado de un carácter muy metódico, hasta para sus asuntos particulares (1), distribuia su tiempo de la manera mas á propósito para aprovecharlo mejor. Por lo regular, despues de las comidas, que eran estraordinariamente abundantes, se entregaba á ejercicios que exijiesen mucho movimiento, al juego de pelota sobre todo, en que era muy diestro á pesar de su grosura. En definitiva, aunque dejó en Chile un nombre bastante odioso, la posteridad apreciará las dificultades que encontró en un país tan removido por las pasiones y en las órdenes que tuvo que cumplir. A haber conocido España en aquella época sus verdaderos intereses, no hubiera de seguro pensado en reconquistar este país con

(1) Cuando recibia la paga, la distribuia en distintos cajones de su mesa segun la naturaleza de sus gastos. La mayor parte de las veces él mismo guardaba su ropa en los baules y cómodas. Era muy aficionado á animales, de los que tenia de muchas especies y él les enseñaba en los ratos desocupados. Conversacion en el Cuzco con su secretario Ruedas y despues con don Ignacio de Arangua.

las armas y con todo el aparato de la esclavitud, sino diplomática y comercialmente. Si en vez de combatir las ideas del siglo, hubiera procurado por el contrario estudiarlas y dirijirlas, pasaria por jeneroso y las mas amistosas relaciones, favorables en todo al comercio español, hubieran continuado intactas; pero en una reconquista militar, el jeneral encargado de llevarla á cabo no puede apreciar ni discutir los actos de su gobierno, siendo para él una obligacion de honor y un deber absoluto obedecer sus órdenes. Si durante su administracion cometió algunas arbitrariedades, debe acusarse de ellas mas bien á las instrucciones particulares que recibia y á los mil embarazos suscitados por los enemigos de una causa que tenia la mision de defender, y á la cual le arrastraban sus profundas convicciones. Lo repito : es imposible que en tales circunstancias y en medio de tantos ajitadores, pueda un funcionario gobernar con toda la calma que seria de apetecer, y con la prudencia que la moral enseña y las leyes exijen. Por lo demas, con semejantes arbitrariedades, lo que hizo algunas veces fué trabajar, á pesar suyo, en favor de la independencia, porque de sus resultas desertaban de su partido los militares chilenos lastimados en su honor y su amor propio. Ossorio, como casi todos los jenerales españoles recien llegados á América, tenia gran prevencion contra las tropas chilenas y contra las guerrillas de milicianos poco ó nada disciplinados, que carecian del brillante continente de los soldados europeos y de su precision en los movimientos. Por esto se le notó cierta especie de desden ó indiferencia cuando empezó á tratarlos; aunque muy luego hizo justicia á la bizarría é intelijencia del soldado chileno. Su prevencion, aumentada con las severas instrucciones de

Abascal, no fué menor contra los oficiales, á algunos de los cuales separó de sus cuerpos sin darles á veces los ascensos, doble falta que le producia la animosidad de unos hombres adictos enteramente á su causa, y le privaba de sus consejos, mucho mas útiles que los de los europeos en todo lo que era astucia, sorpresa y emboscada.

CAPITULO XLIII.

Llegada á Chile del brigadier don Casimiro Marco del Pont. — Primeras impresiones favorables que produjo. — Se deja influir por los ultra realistas y renueva las exacciones con mas violencia que Ossorio. — Ordenes severas contra los patriotas. — Construccion de las fortalezas de Santa Lucía. — Tribunal de vijilancia bajo la presidencia de San Bruno. — Rigor de este tribunal en Santiago y en las provincias, no solo con los patriotas, sino tambien con los militares y los ladrones. — Muerte de Traslaviña y sus compañeros. — San Bruno se hace muy odioso á la poblacion. — Indulto del rey, eludido por Marco. — Aparicion de una escuadrilla de Buenos-Aires en el mar del Sur. — Marco dedica toda su atencion al ejército. — Pide un nuevo empréstito de 400,000 pesos. — Su jenerosidad. — Sus intenciones probables.

El 25 de diciembre de 1815 llegó Marco del Pont á la chacra de don Pedro Prado y Xaraquemada, adonde inmediatamente pasó á verle el brigadier Ossorio, acompañado de algunos oficiales. Aquella no fué mas que una visita de bien venida, porque al dia siguiente volvió con la Audiencia, y todas las corporaciones civiles y militares á cumplimentarle como capitan jeneral y presidente de la Real Audiencia, entregarle el baston, símbolo de sus nuevas atribuciones, recibirle el juramento de fidelidad y acompañarle á la catedral, á asistir al Te Deum y dar gracias como era costumbre en semejantes casos. Por la tarde hubo gran comida en palacio, iluminacion por la noche en toda la ciudad y festejos de todo jénero, que continuaron el dia siguiente, destinado á recibir las principales corporaciones.

Don Francisco Marco del Pont, brigadier del ejército de España, hizo la campaña contra Napoleon y fué hecho prisionero en el sitio de Zaragoza. Llevado á Francia, consiguió la gracia de que le permitiesen estar algun

tiempo en Valencey y despues de la restauracion volvió á Madrid, donde obtuvo á poco el puesto que venia á ocupar en Chile. Este nombramiento se hizo contra el parecer del Consejo de Indias, que deseaba continuase Ossorio, primero porque queria que al frente de un país tan fuertemente ajitado, hubiese un militar esperimentado y valiente, y ademas porque era opuesto á esa política de desconfianza que renovaba á cada paso los gobiernos efímeros del Nuevo Mundo, y los arrastraba á perturbaciones administrativas y á una inercia que detenia todo progreso civilizador (1). Pero el padre de Marco tenia por sus bienes de fortuna una posicion que le daba gran crédito en la corte, y el rey accedió á sus deseos, á pesar de la confianza que le inspiraba y el interés con que atendia á su Consejo de Indias, recientemente restablecido (2).

El viaje del nuevo presidente se verificó por Panamá á fines de 1815. A su paso por Lima fué á visitar las banderas cojidas á los patriotas de Rancagua, y á su llegada habló de esta visita al ejército, manifestándole el gran placer que habia tenido de ver aquellos trofeos de su valor, y la esperanza que abrigaba de que conquistase otros, si las circunstancias lo exijian. En una proclama que en el mismo dia dirijió á los habitantes, invocaba los beneficios de una union estrecha y sincera, y prometia ocuparse sin descanso de las necesidades del país y de protejer la agricultura, el comercio y la industria, sin olvidar las artes y las ciencias, oríjen primitivo de una civilizacion elevada.

Estas palabras no podian ser mas seductoras para los

(1) Carta del consejo de Indias de 7 de febrero de 1816. Archivos del Perú.

(2) Por real decreto de 2 de junio de 1814 se restableció el consejo supremo de Indias con las atribuciones que tenia en 12 de mayo de 1808. Se componia del presidente y cinco ministros, tres togados y dos de capa y espada, entre los que habia algunos americanos.

que estaban bajo la presion de las disposiciones arbitrarias de don Mariano Ossorio, y para un país que habia sido tan cruelmente asolado á la par por el ejército de los realistas y por el de los patriotas. Habiendo arrebatado las guerras miles de brazos à la agricultura, é impuesto grandes trabas al comercio del Perú, la mayor miseria reinaba por todas partes, en la ciudad como en los campos, y el pueblo, cansado de este malestar, no podia menos de recibir con satisfaccion las palabras de paz y benevolencia de un funcionario que en nada habia contribuido á tantas calamidades.

Por otra parte es necesario decir que las primeras impresiones que produjo Marco fueron muy favorables, y que contentaron á todas las clases de la sociedad. Vestido siempre de una manera conveniente, con frecuencia elegante hasta prestarse algunas veces al ridículo, habiendo amueblado con gran lujo sus habitaciones, en las que sobresalia la limpieza, lo cual dicho sea de paso, contribuyó mucho á jeneralizar esa especie de placer doméstico entonces poco comun en Chile, y verdadero indicio de la dignidad de la persona, reunia en su casa siempre que podia, las personas de distincion, tenia constantemente á su mesa algun canónigo, algun individuo de la Audiencia y tambien á personas contajiadas de patriotismo, esperando por este medio llegar á una reconciliacion, objeto principal de sus deseos. Su solicitud no olvidaba al pueblo bajo : visitaba los conventos, los colejios, los hospitales, las casas de caridad, y para dar á todo el mundo una gran prueba de sus buenas intenciones, anunció en la Gaceta que destinaria todos los miércoles desde las diez de la mañana á las dos de la tarde, á recibir cuantas personas tuvieren que darle alguna queja

ó hacerle alguna peticion, sin perjuicio de las audiencias particulares que pudieran necesitar los habitantes (1).

Tal fué el principio de la carrera política del nuevo presidente, principio que parecia indicar que iba á olvidarse la severidad de Ossorio, y á restablecerse el órden legal en las diferentes administraciones. Desgraciadamente los caracteres débiles se dejan arrastrar á la violencia á poco que se les contraríe, y si se hallan en posicion un tanto difícil, les domina una enerjía apasionada, cuyos arranques son fecundos en errores y en atentados.

Marco del Pont, cuando llegó á Chile, tuvo necesidad de aconsejarse de algunas personas para poder gobernar el país con método, y á satisfaccion de sus administrados. Una de estas personas fué el franciscano Martinez, español muy decidido por su rey, de una piedad intachable y hombre de gran esperiencia é instruccion, hasta el punto de que cuando Ossorio recibió órden del rey de escribir la historia de los sucesos ocurridos desde los primeros dias de la revolucion, le encargó este trabajo. Si Marco no hubiese escuchado mas consejos que los de este buen padre y los de otras personas tan virtuosas como él, es probable que hubiese continuado su gobierno tan bien como lo comenzó; pero influido desgraciadamente por algunos realistas apasionados, y por los oficiales superiores del batallon de Talavera, olvidó bien pronto sus principios de moderacion y se echó en brazos del partido del rigor, que se le hizo creer era el único fuerte y conveniente en las circunstancias. Verdad es que el elemento revolucionario, siempre alerta y siempre fecundo en recursos, contribuyó mucho al carácter in-

(1) Esto solo algunos dias se llevó á efecto. Los sucesos no tardaron en obligarle á trabajos mucho mas importantes para los intereses de su gobierno.

quieto, desconfiado y hostil que conservó todo el tiempo de su administracion.

Lo primero que hizo, contra todo principio de justicia y sin temor á herir el sentimiento nacional, fué favorecer á todos los oficiales españoles en perjuicio de los oficiales chilenos, inclusos los que estaban fuertemente comprometidos tanto en sus personas como en sus propiedades. « Ya no hubo chileno con empleo ni representacion; todos son separados y sostituidos por españoles europeos; hasta los escritos y memoriales se encabezaban con lo de *natural de España* y se quedaba seguro de buen éxito. Los subdelegados americanos y los comandantes militares en todos los partidos, desde Copiapó á Chiloe, fueron quitados : el mando del batallon de Concepcion se arranca al antiguo teniente coronel Boa y se da al sanguinario Campillo : el de dragones se le quita al coronel Santa María y se entrega á Morgado : del de Chillan se despoja á Lantaño para darlo á Alejandro : del de Valdivia á Carballo para poner á Piguero. Todos los dias habia ascensos militares, y no se dió ejemplo que un americano participase de aquella prodigalidad. Campillo, que salió de España subteniente de milicias y llegó á Chile con el grado de capitan, en menos de tres meses se vió teniente coronel de ejército y comandante : Alejandro, de teniente ayudante se viste de coronel y obtiene una comandancia : Piguero, capitan, es hecho coronel comandante : todos los oficiales de Talavera subieron en razon de lo que bajaban los del país; hasta los sarjentos, cabos y soldados se transformaron repentinamente en oficiales, etc. (1) »

(1) Carta de don Cayetano Requena, capellan mayor de la escuadra de Chile, á un sacerdote del Perú.

Tras este acto de grande injusticia, cometió otro de opresion respecto á la contribucion mensual de 21,074 pesos que Ossorio impuso á los habitantes de Santiago, y que no se pagaba hacia muchos meses por el estado de apuro en que se encontraban las principales familias sobre que mas particularmente pesaba. Sin consideracion á tan justo motivo, dispuso Marco no solo que se satisficiese lo atrasado, sino que en lo succesivo cada familia pagase con regularidad la parte que se le hubiese impuesto en un plazo muy corto, bajo pena de enviar á su casa una guardia de cuatro Talaveranos, que habia de mantener, alojar y pagar á razon de cuatro reales diarios cada uno.

Esto pasaba el 9 de enero, es decir, á las dos semanas de llegar á Santiago. Pocos dias despues se tomaron medidas aun mucho mas severas, no solo contra las propiedades, sino tambien contra las personas. El muy célebre San Bruno, cuyo nombre aterrorizaba y á quien ya se le tachaba de sanguinario, estaba en cierto modo á la cabeza de este sistema preventivo establecido por Ossorio, y aprovechaba su influencia con el presidente para dar rienda á sus instintos de ira y de maldad. No conociendo mas medios que los violentos para salvar el trono, y queriendo herir y aturdir á la vez al partido de la revolucion, indujo á Marco á que mandase bajo las mas severas penas que ningun habitante de Santiago pudiese andar á caballo ni en coche por las noches, ni llevar poncho ó capa sino arrollada sobre el hombro, ni salir de la ciudad sin permiso espreso, y que todos los que estuviesen en sus haciendas ó en sus chacras volviesen á sus domicilios, no dándoles mas plazo que tres dias para la ejecucion de esta órden. Pena aun mas severa, pues era la de muerte, se impuso á todo el que se atreviese á sobornar los mili-

tares y á aquellos en cuyas casas se encontrasen armas de cualquiera clase ó condicion, como escopetas, fusiles, pistolas, bastones con estoque, etc. Una contravencion de esta especie llevaba al culpable á la horca con pérdida de todos sus bienes, de los que se entregaba una parte al delator. La misma pena se decretó contra los jueces que dieran pruebas de debilidad en sus sentencias.

Una vez en este sendero de amenazas y espoliaciones era difícil á Marco volver á la moderacion, la que, al decir de los que le rodeaban, hubiera debilitado y hecho infecundo el sistema proclamado por los españoles ultra-realistas y por el mayor número de los oficiales de Talavera, tan interesados en que fuese mas severo aun. No se reflexionaba que la libertad cuando es tan brutalmente ofendida, brota prosélitos capaces de defenderla con todo el ardor de una faccion audaz y comprometida; y esto fué lo que sucedió en las provincias y especialmente en la capital, foco de la instruccion y del verdadero patriotismo, donde la oposicion hizo progresos tanto mayores cuanto que trabajando en la obscuridad tenia que estar necesariamente mejor combinada y ser mas terrible. Unos exaltados llamados don Miguel y don Pedro Segovia y don Marcelo Nuñez, en uno de aquellos momentos de exasperacion en que falta la prudencia, contestaron una noche *Patria* al quien vive de la patrulla de los Talaveras mandada por el teniente don Manuel Pizarro, quien los llevó al tribunal de vijilancia, por el que fueron condenados á veinte dias de trabajos públicos.

Por esta época se trató de hacer del pequeño cerro de Santa Lucia una especie de capitolio, y se principiaron las dos f[illegible] que todavía se conservan y que mas pa-

recen un castillo de esclavitud y destruccion, que un monumento de defensa; porque dominando á la ciudad en casi toda su estension, quedaba esta á merced del primer insensato. Los gastos que ocasionaron eran muy superiores á los recursos de una tesorería siempre empeñada, y para ocurrir á ellos se emplearon nuevas medidas de rigor y se abrieron suscripciones voluntarias tan comunes y tan productivas en paises de fe firme ó de resignacion miedosa y forzada. Ademas se obligó á todos los peones de la ciudad y de los alrededores á que fuesen á trabajar en ellas, y si se resistian ó se escapaban, los llevaban por la fuerza, no dándoles entonces el jornal y tratándolos como presidarios. Tambien se destinaron á trabajar allí á todos los contraventores á las órdenes y disposiciones, aun cuando fuesen personas decentes, y no bastando aun esto, se envió á los criados de las casas, habiendo sido uno de los primeros el del presidente, quien quiso por este medio dar ejemplo de patriotismo y cooperacion.

La iniciativa para este aumento de rigor con todo lo que se rozaba con los hombres y las opiniones vencidas en Rancagua, no partió de Marco sino de San Bruno, quien al frente de la alta policía desempeñaba su destino con un celo que retrataba su carácter severo y desconfiado. Era presidente de un tribunal de vijilancia y seguridad pública, especie de justicia política destinada esclusivamente á vijilar con incansable actividad todo cuanto pudiese comprometer la causa del rey, y que tenia por lo tanto un poder tan amplio como arbitrario. Compuesto de un presidente de la clase militar, cuatro vocales, un asesor letrado y un secretario, funcionó con el rigor de un tribunal revolucionario, porque su desconfianza y su suspicacia alcanzaba á todas las clases de la sociedad. Así

pues impuso á los hacendados la obligacion de vijilar sus peones é inquilinos y las personas estrañas que pasasen por sus haciendas, ó morasen en ellas; exijió de los vecinos que les entregasen las cartas que recibieran del bando contrario, y que denunciasen las reuniones de personas sospechosas y á todo el que hablase en favor de la revolucion ó contra el gobierno ó sus disposiciones; en una palabra personas y cosas entraban en el dominio de su vijilancia y su poder, que no conocia límites, abarcaba toda clase de delitos y se estendia hasta imponer la pena de muerte, bien que en este caso la causa iba en consulta al superior gobierno, quien examinaba la sentencia y daba su sancion á la pena, que era siempre ejecutada con prontitud y militarmente.

Con los desmanes de este tribunal, que tenia representantes en todas las ciudades grandes escepto Concepcion y al que servia de complemento el de infidencia creado para juzgar á los sospechosos, la restauracion tomó un carácter represivo, que sobrepujó con mucho el rigor ejercido hasta entonces, llegando hasta los escesos del crímen. Porque desde este momento se levantaron cuatro horcas en la plaza mayor, y á los pocos dias la libertad contaba tres mártires, que fueron Salinas, Regalado Hernandez el jóven y Traslaviña, yerno del coronel Portus (1). Otras muchas víctimas fueron destinadas á esta especie de ignominia y si se les conmutó la pena de muerte en destierro perpetuo, fué en celebridad de la

(1) A Ventura Lagunas se le condenó solo á destierro á Juan Fernandez, atendida su edad que apenas llegaba á diez y seis años, pero le tuvieron á la vergüenza al pié de uno de los patíbulos, mientras ahorcaban á sus compañeros de infortunio. La principal acusacion que se hizo á estos fué por espías y porque se ocupaban de sobornar por cuenta de San Martin. El sarjento La Roza los vendió despues de haber sido su cómplice.— Gaceta del rey.

noticia que recibió el presidente de la toma de Cartagena, noticia que llenó de alegría á los realistas, y se festejó un dia entero con regocijos públicos y ceremonias relijiosas.

El tribunal de vijilancia no era menos activo ni severo en las provincias, pero debe decirse en elojio de su jefe, que alcanzaba lo mismo al ladron que al patriota, y hasta al soldado, á quien se le castigaba con el mayor rigor por el mas pequeño delito. Un soldado fué fusilado en Santiago por robo á un oficial, y otro en la Serena por haber robado en una tienda. A la misma pena fueron sentenciados seis soldados del batallon de Chillan por sospechas de un robo, tres de ellos, y los otros tres por insubordinacion cometida de resultas de las pesquisas hechas para averiguarlo; pero esta vez la piedad chilena se conmovió altamente, y pidió gracia en nombre de los servicios prestados por aquellos militares á la causa real. La misma gracia solicitaron con instancia los dos obispos de Chile que á la sazon se hallaban en Santiago, y habiéndoles sido fácilmente concedida, fueron ellos mismos anunciarla á los seis condenados, que estaban ya en capilla en el cuartel de dragones. Cuando se repasan las gacetas del gobierno de esta época, admira la solicitud con que todos se interesaron en la suerte de aquellos militares y el número de cartas de gracias que recibió el presidente en esta ocasion, tanto de Santiago como de las provincias, no faltando ni aun de Sanchez, el cual se creyó comprometido á dar este paso, porque aquellos soldados habian sido en algun modo formados por él y pertenecian, eran sus espresiones, á una ciudad que habia dado tan grandes pruebas de fidelidad á la buena causa.

Si San Bruno hubiese estado encargado únicamente

de la policía municipal y de la persecucion de los ladrones y salteadores de caminos, es probable que sus servicios le hubieran valido en el país no solo un nombre intachable, sino el título de escelente alcalde é intendente de policía, porque era muy activo y escesivamente celoso en el desempeño de su destino, cuidaba muy particularmente de la limpieza de la ciudad, ramo entonces descuidadísimo, y era el azote de los criminales y el terror de la clase sospechosa y temible de la sociedad (1). Pero desgraciadamente para él, encargado de la alta policía política, y teniendo que habérselas con una multitud de personas, á quienes el espíritu revolucionario ponia en continuo movimiento, se vió en la necesidad de prescindir de toda consideracion y obrar con rigor y firmeza, lo mismo contra los sospechosos, que contra los que contravenian á las disposiciones del presidente. Mas tarde, cuando la ajitacion fué mas apasionada, exajerándose el peligro, exajeró tambien los medios de espionaje y por consecuencia los de persecucion, siguiéndose de aquí chismes diarios, persecuciones rencorosas que alcanzaron á todas los edades y á todos los rangos, sin perdonar los empleados chilenos reputados por grandes realistas (2), las mujeres y los niños, á quienes no les valia ni su debilidad ni su impotencia. Por todas estas persecuciones, por todos estos atropellos, tan injustos como arbitrarios y humillantes (3), San Bruno se hizo odioso á la jeneralidad

(1) Conversacion con don José Ruedas, secretario de Ossorio.

(2) De este número fué don José Antonio Rodriguez, á quien hemos visto de auditor de guerra y consejero de Gainza cuando el famoso tratado, y fiscal á la sazon de la real audiencia de Santiago. A pesar de todos sus antecedentes, no inspiraba á Marco la menor confianza, y escribió al ministerio de Indias para que le destituyesen por insurjente.

(3) Sucedió muchas veces que cuando sus satélites prendian á uno, le hacian bajar hasta abajo los pantalones para que les sirviesen de grillos. Precaucion que tomaban, segun decian, para evitar la evasion, de la que habia varios ejemplares.

de los habitantes de Santiago, y especialmente á las familias que tenian algun tormento ó alguna iniquidad que echarle en cara; y sin embargo, ¿en medio de tanta agitacion, de tanto complot, puede un jefe de policía marchar tranquilo por las vias legales y cumplir con calma los inflexibles deberes que su cargo le impone? San Bruno tenia una fe viva en su causa; todo el que no pensaba como él, era un enemigo de la relijion, cuyas fiestas observaba con fervor casi fanático, de su rey, y de la sociedad : era necesario colocarle en la imposibilidad de obrar y de hacer daño, y para conseguirlo se valia de los medios mas prontos y rigorosos, lo que no hubiera hecho sin duda á estar el país algo mas tranquilo, y su partido menos rodeado de enemigos. ¿En qué historia civil no se hallan numerosos ejemplos de esos perniciosos caracteres, que la debilidad humana renueva y probablemente continuará renovando, á despecho de los progresos de la moral y de la severidad de la historia, que no cesa de ligar sus nombres á la picota de la infamia?

Otro motivo muy fundado de queja contra Marco fué su resistencia á cumplir la órden del rey, que mandaba poner en libertad á los patriotas desterrados en Juan Fernandez y devolverles sus bienes hacia mucho tiempo secuestrados.

Hemos visto que cuando Ossorio tomó medidas de precaucion con las personas influyentes de la capital que podian comprometer los intereses del Trono, enviando los menos sospechosos á sus haciendas y á la isla de Juan Fernandez, suplicó al mismo tiempo al rey perdonase á estas víctimas de un compromiso irreflexivo. El monarca escuchó esta súplica, y una real cédula de indulto jeneral firmada el 12 de febrero de 1816, llegó á principios

de setiembre á manos del presidente, quien la mandó inmediatamente publicar. Era de creer que tantas familias desoladas no tardarian en volver á ver en su seno estas nobles víctimas, que jemian hacia cerca de un año en las playas borrascosas de la isla de Juan Fernandez. La cédula real era tan esplícita, tan clara, que no habia lugar á temer que Marco encontrase medios de eludirla; y sin embargo los encontró en el pretesto de que las circunstancias eran demasiado críticas para poner en libertad á tantos patriotas. No obstante, permitió volver á todos aquellos que atendida su escasa influencia habian sido desterrados al interior de Chile, y á seis de los que se hallaban en Juan Fernandez, mandando que los demas continuasen hasta nueva órden en aquel lugar de angustia y privaciones, sobre todo desde que un incendio horroroso consumió la mayor parte de sus cabañas y algunas de sus provisiones. Los bienes se devolvieron á sus familias, pero en tal estado de decadencia y abandono que muchas, en la imposibilidad de pagar los impuestos con que estaban gravados, prefirieron venderlos á precios escesivamente bajos (1).

La conducta de Marco era efecto del riesgo que corria Chile, amenazado no solo por los enemigos de dentro, sino por los de fuera. Muchos de los emigrados chilenos llegados á Buenos-Aires, instigados por un miembro de la Junta, el clérigo don Julian Uribe, resolvieron armar buques en corso con el doble objeto de ir á dar libertad á los prisioneros chilenos de la isla de Juan Fernandez,

(1) Para formar idea de lo que sufrieron los prisioneros en la isla de Juan Fernandez véase la obra de don Juan Egaña, titulada El Chileno consolado en el presidio. Esta narracion, como todo lo que es fruto de un recuerdo penoso se resiente un poco de la irritacion que aqueja al alma despues de grandes padecimientos.

é inquietar al comercio español en el mar del sur. Armaron, pues, cuatro buques, gracias á algunos armadores y á la jenerosidad del gobierno, que no tardaron en hacerse á la vela para su destino, bajo la direccion del intrépido Brown. Desgraciadamente fueron tan fuertes las tempestades al doblar el cabo Horn y tan constantes, que el que montaba don Julian Uribe zozobró, y perecieron todos sus tripulantes, que eran la mayor parte chilenos.

De resultas de este funesto accidente, la flotilla quedó reducida á tres barcos pequeños, que se reunieron en la isla de la Mocha. Sin desesperar del buen resultado, resolvió Brown marchar directamente al Callao, y á su llegada atacó de noche con sus botes á los buques del surjidero y cañoneó la poblacion con gran sorpresa de la marina peruana, que no teniendo preparadas las lanchas cañoneras, no pudo salvar las embarcaciones que allí habia, y que cayeron en poder de los patriotas. Desde entonces la flotilla arjentino-chilena, aumentada con otros barcos, recorrió toda la estension de la costa del Pacífico, sin que le arredrase la que el comercio de Lima armó contra ella, la cual no bastó á impedir que tuviese en alarma á los comerciantes y armadores del Perú y Chile. De los chilenos que tomaron parte en estas correrías, sobresalió entre todos el jóven capitan Freire, cuya conducta y denuedo merecieron repetidas veces los elojios de su intrépido comandante.

Tanta audacia llenó de espanto á Marco del Pont y le colocó en la necesidad de multiplicar los medios de hacer frente al nuevo peligro que le amenazaba. Ocupado á la sazon de la policía municipal, para la que queria hacer un nuevo reglamento, encomendó este trabajo á un oidor, y se dedicó esclusivamente á vijilar con ahinco los enemigos de su causa y hacer mejoras en el ejército,

dándole nueva organizacion y aumentándolo por medio de numerosos reclutamientos (1). Con esta idea fomentó en el norte un nuevo cuerpo de milicia, encargado de observar el paso de las cordilleras y la grande estension de la costa; en el sur, especialmente en la subdelegacion de los Anjeles, alistó á los jóvenes en el cuerpo de dragones de la frontera, á las órdenes del coronel don José María Arriegada, prometiéndoles vestirles, pagarles con puntualidad y recomendar al rey su fidelidad para que fuese recompensada : en fin en la costa de Valparaiso dobló los destacamentos y puso las fortificaciones en buen estado de resistencia. Por lo demas, gracias á su actividad y celo, no pasó mucho tiempo sin que el ejército estuviese en un estado satisfactorio. Bastante bien pagado, bien vestido y bien disciplinado, se hallaba constantemente en pié de guerra, circunstancia por la cual á la menor falta, el soldado quedaba sujeto á un consejo de guerra siempre dispuesto á imponer castigos severos. Esto se verificaba sobre todo con los desertores, á quienes tan pronto como eran cojidos se les imponia la pena de muerte, lo mismo que á los que les habian albergado; y para colmo de dureza, se obligaba al propio tiempo al pueblo de donde eran naturales, á que presentasen inmediatamente su reemplazo.

Pero para obtener estos resultados la actividad sola no bastaba; era necesario dinero, sin el cual nada es posible hacer, y desgraciadamente el país se encontraba en estado tan angustioso, que las imposiciones disminuian todos los dias en sus productos, no obstante que se aumentaron considerablemente por decretos de 5 de febrero y 9

(1) Estos reclutamientos se hicieron sin gran dificultad á pesar de que la política era completamente hostil á Chile, pues no se concedia ninguna ventaja á los oficiales chilenos, cuya mayor parte fueron reemplazados por oficiales españoles.

de noviembre, y no alcanzaban ni con mucho para las necesidades ordinarias de las administraciones. Fué pues necesario recurrir á un nuevo empréstito, cuya suma se elevó esta vez á 400,000 pesos, que se repartió entre todas las personas acomodadas, sin esceptuar los militares que á la sazon no estaban en activo servicio. Para hacer la distribucion en proporcion á las fortunas, se dividió el empréstito en billetes de 50, 100 y 800 pesos, de los que cada uno habia de tomar cierto número y satisfacer su importe en el término de un mes, bajo pena de pagar el doble y perder el derecho al reembolso. Se amenazó con igual pena al que tomase un número de billetes inferior al que le correspondia con arreglo á sus medios, disposicion muy injusta en aquellos momentos de animosidad y rencor, y que necesariamente habia de dar pábulo á la arbitrariedad y á todo lo que son capaces de suscitar los odios de partido (1).

Verdad es que en todos estos pedidos de dinero, Marco se suscribia siempre el primero, y á veces por cantidades bastante considerables. La jenerosidad de que dió pruebas en todas estas circunstancias, no fué inferior á la que se le atribuia jeneralmente, y que á cada momento demostraba por actos nada dudosos (2). Jamas tomó su paga hasta que la habian cobrado todos los empleados, quedándose sin ella si faltaba dinero; daba continuas limosnas á los pobres avergonzados y á las casas de caridad, sin perjuicio de las muestras de munificencia que dejaba en estas cuando iba á visitarlas; no aceptó las

(1) Declara que el billete menor de 50 pesos corresponde á aquellos cuyo caudal no pase de 4000 pesos, debiendo los que tengan de ahí adelante graduar lo que deben entregar á proporcion del dos por ciento de su principal, tomando los billetes que correspondan, sin considerar el mayor de 800 pesos como un término para los ricos. Gaceta del gobierno, tomo 2, número 96, página 453.

(2) Conversacion con don Ignacio de Arangua.

veinte onzas que la universidad daba á los nuevos presidentes por derechos de protectorado, sino á condicion de repartirlas á los pobres de los diferentes establecimientos; y llevó la delicadeza hasta el punto de no admitir los platos de dulce que las relijiosas acostumbraban enviar á los presidentes en ciertas ocasiones, sin que aquellas consiguiesen hacerle desistir de su propósito, á pesar de las vivas instancias que no escaseó el amor propio ofendido (1). En cuanto á sus deberes administrativos, procuraba llenarlos lo mejor que le permitia el estado apasionado del país. En los momentos de alguna calma se ocupaba con celo de la policía de la ciudad, para la que publicó un estenso reglamento; mejoró el paseo del Tajamar ó de la Alameda, construyó ó por lo menos reparó el teatro ó coliseo, impulsó con grande ahinco el canal de Maypu, cuyos trabajos habia emprendido Ossorio; en fin ejerció gran vijilancia con los establecimientos de diversion y de comestibles, especialmente las panaderías, para las que dió diferentes reglamentos, viéndose por primera vez hacerse las provisiones en puestos públicos para evitar los perjuicios que los espendedores hacian á los dueños, y para que los compradores pudiesen elejir lo que mas les agradase. Con el objeto de asegurarse por sí mismo de si sus órdenes eran bien ejecutadas, visitaba con frecuencia y por la mañana muy temprano, las panaderías é imponia penas mas ó menos fuertes á los dueños contraventores (2).

Todo induce á creer que Marco llegó á Chile con muy buenas intenciones y que hubiera hecho mucho en beneficio del país á estar este en su estado normal y no tan

(1) Conversacion con don Ignacio de Arangua.

(2) En una de estas visitas hizo pagar por la primera vez á los panaderos, cuya mercancía estaba falta ó era de mala calidad, una multa de 25 pesos, confiscando el pan y enviándolo al hospital de mujeres y á la cárcel. Gaceta del gobierno, número 46.

minado por las ideas revolucionarias, y no teniendo ni el talento, ni la enerjía, ni la esperiencia que se necesitaba para gobernarlo en semejante fermentacion, fácilmente se dejó arrastrar á una política de temor y suspicacia, que le condujo muy luego á la violencia, y por consecuencia á la fatalidad. No era bastante convertir en leyes y en principio este sistema organizado de desconfianza y de espionaje; era necesario que la equidad mitigase algun tanto sus violentos decretos para ponerse en lo posible al abrigo de los odios que suscita la injusticia, y que imposibilitaban la buena armonía que deseaba el rey. Porque en todas sus cédulas, en todas sus órdenes decia: « los que no perturban con sus discursos tenidos en público ni con sus acciones el órden, se les deje gozar de la libertad civil y seguridad individual en que deben permanecer, y espera que la moderacion y justicia de su gobierno enmendará mas bien que el terror los escesos de imajinacion y aquellos que provienen de la falta de una instruccion sólida y de un buen juicio, que es el oríjen del estravío de muchos. » Mandaba asimismo « escusar el arresto de aquellos de quien prudentemente se espere que no puedan alterar la tranquilidad y órden público, y poner en libertad á los de estas circunstancias que se hallen actualmente arrestados. » Por lo demas ¿qué ganaba con no seguir las órdenes del rey y con proceder siempre con severidad? Despertar las pasiones de los partidos, y hacer descóntentos que acabando por dejarse arrastrar de su desesperacion, se enconaban, se multiplicaban, y si algun tiempo permanecian encubiertos era solo con objeto de poder censurar con mas acritud y prepararse mejor para presentarse en el momento dado, bien armados y completamente decididos.

CAPITULO XLIV.

San Martin, gobernador de Mendoza, recibe á los emigrados. — Don José Miguel Carrera tiene altercados con él y es enviado á Buenos-Aires, donde sabe el desafio de su hermano don Luis con Mackenna.— Su salida para los Estados-Unidos.— O'Higgins va á Buenos-Aires á hablar al director sobre una espedicion contra el gobierno de Chile. — Vuelve á Mendoza satisfecho, y empieza á organizar y disciplinar un cuerpo de ejército á las órdenes de San Martin.— Táctica de este para operar una diversion en el ejército de los realistas, mayor que el suyo.— Celebra en el fuerte de San Carlos una junta con los Indios para que le permitan el paso del ejército por su territorio. — Don Manuel Rodriguez va á Chile á ajitar las provincias. — Salen Freire para Planchon y Cabot para Coquimbo. — San Martin se pone en movimiento, dividiendo su ejército en tres partes. — Marco del Pont cree al fin en la espedicion de San Martin, y toma las mas vigorosas medidas. — Pregona las cabezas de don Manuel Rodriguez y de Neira.— Bando mandando presentar todas las caballerías existentes en el sur hasta Maule.

Mientras que Marco del Pont se dedicaba á trabajos de organizacion, de espionaje y de resistencia, los cortos restos de Rancagua llegaban á Mendoza bajo los auspicios de dos jefes, en quienes el espíritu de rivalidad iba á dejenerar en sentimiento de odio, y á separarlos para siempre. Esta provincia estaba gobernada en aquel momento por un militar, destinado á llenar el mundo de un alto y merecido renombre. Este militar era don José de San Martin.

Nació en 1778 en Yapeyu en las misiones del Paraguay. Su padre, gobernador en una de estas misiones, le llevó muy jóven á España y lo puso en el colejio de nobles de Madrid, de donde salió siendo ya oficial, y pasó muy luego á edecan del marqués de la Solana, con quien se hallaba cuando este jeneral fué asesinado en una revolucion popular de Cádiz.

Esta revolucion ocurrió el mismo año en que la Península se sublevó contra la usurpacion del trono de España por Napoleon, y uno de los primeros deberes de San Martin fué abrazar la bandera de la resistencia. Se encontró en las primeras batallas, asistió á la de Bailen, en que tomó una parte muy activa como ayuda de campo del jeneral Coupigny, acompañó en el mismo concepto al marqués de la Romana, de quien se separó para ir á formar parte de un cuerpo agregado al ejército inglés, y á la edad de treinta y tres años llegó al grado de teniente coronel, grado que recibió en los campos de batalla, cuando los primeros gritos de la independencia americana vinieron á despertar en él los sentimientos de libertad, que la naturaleza mas que la educacion le habia inspirado. Entonces se separó del ejército español, pasó á Inglaterra con un pasaporte que le proporcionó un jeneral inglés, sir Charles Stuart, y á fines de 1811 se embarcó para Buenos-Aires, merced á la recomendacion de lord Mac-Duff que le facilitó pasaje en la fragata Jorge Canning.

A su llegada encontró el país en guerra, y tal como sus instintos militares podian desear. Gracias á sus talentos, á su reputacion y algo tambien á la recomendacion de don Carlos de Alvear, pudo entrar muy luego en el servicio del ejército, y poco despues en el sitio de Montevideo, se comportó con una admirable serenidad en una bajada que los sitiados hicieron á la isla de San Lorenzo, que estaba encargado de defender. Pero para aprovechar preferentemente su esperiencia y sobre todo sus grandes conocimientos, se le destinó á la organizacion de los cuerpos regulares entonces poco conocidos de aquellos soldados errantes é indisciplinados, trabajo para el cual tenia un

talento admirable. En esta época creó el rejimiento de granaderos de caballería, célebre y fiel compañero de sus victorias y conquistas.

Estaba de gobernador de la provincia de Cuyo, de que era capital Mendoza, cuando el triunfo de los realistas en Chile hizo refluir por aquella parte los millares de familias que por sus grandes compromisos no se consideraban seguras si quedaban á merced del vencedor. San Martin, como autoridad previsora, reunió cuantiosos víveres y gran número de mulas y caballos con destino á aquellos nobles emigrados, entre los que habia muchas mujeres, ancianos y niños, todos estenuados de la fatiga consiguiente á haber atravesado, la mayor parte á pié, las inmensas cordilleras cubiertas entonces con su capa de invierno y surcadas de los caminos mas horrorosos, en que á cada paso, á cada momento encontraban un precipicio, un peligro. Para atender á sus primeras necesidades fué él mismo á su encuentro, volviendo en seguida con algunos jefes para entusiasmar la benevolencia de los habitantes encargados de albergarlos.

Desgraciadamente los padecimientos lejos de estinguir los odios de partido, los aumentan las mas veces, y esto fué lo que sucedió á los dos jefes chilenos, demasiado irritados uno contra otro para que no se despertasen en sus corazones los sentimientos de rencor, en que muy pronto tomaron parte los emigrados, tanto civiles como militares. Desde entonces los dos partidos, carrerista y o'higginista, que estallaron en Chile, revivieron con todos los resentimientos propios de su posicion. Cada uno de ellos quiso dar el mando del ejército al que personificaba sus opiniones, y faltó poco para que antes de llegar á Mendoza disputasen la eleccion con las armas. En

medio de sus acaloradas discusiones no era difícil sin embargo, preveer cual de los dos seria el preferido. O'Higgins llegaba con la aureola de gloria que habia conquistado con su admirable defensa en el sitio de Rancagua : Carrera, por el contrario, iba cargado con todo el peso de sus desastres, y ademas le eran contrarios la mayor parte de los oficiales superiores y casi todos los arjentinos, que tan activa parte habian tomado desde el principio en la revolucion chilena.

Pero el enemigo mas temible que tuvo que combatir Carrera fué el gobernador de Mendoza, el jeneral San Martin. Muy prevenido de antemano contra él, primero por informes de Mackenna é Irrisarri, á quienes Carrera habia desterrado á aquel punto de resultas de la última revolucion, y despues por los mismos arjentinos, San Martin trabajó cuanto pudo para humillar á este ilustre chileno, y hacerle perder el poco crédito que le quedaba en una parte del ejército. Verdad es que Carrera, que no podia vivir sino moviéndose y mezclándose en todo, tenia la pretension de que á la Junta gubernativa de que era presidente, se le tratase como á un gobierno reconocido por el de Buenos-Aires, y en su consecuencia exijia la consideracion y los honores debidos á su rango. Como si un gobierno nacido de una revolucion local y por lo tanto desprovisto de la fuerza moral, única que da derecho al respeto, pudiera en momentos de angustia y aislamiento, solicitar que se le trate de igual á igual por un gobierno amigo, sobre todo cuando los partidos están muy divididos y les falta mayoría. Porque á pesar de la alianza íntima que existia entre Chile y Buenos-Aires, y precisamente por consecuencia de esta alianza, fundada en intereses de alta trascendencia, era justo que el go-

bierno de Buenos-Aires, que iba á pagar todos los gastos de entretenimiento y manutencion del nuevo ejército, interviniese en su organizacion y obrase por convicciones propias. Ademas, Carrera, muy querido de los jóvenes, tenia muy escaso partido entre las personas sensatas que le echaban en cara su carácter turbulento, sin conocer la importancia de los caracteres de esta especie en momentos de gran sacudimiento social. La relacion que hicieron á San Martin de todo lo que habian hecho los hermanos Carrera, aumentó su prevencion contra ellos y le decidió á perseguirlos mas que nunca.

Y sin embargo en aquellos momentos soñaba Carrera con la reconquista de Chile, atacando el país por el norte. Persuadido de que podria poner en ajitacion la provincia de Coquimbo, capaz, decia, de pasion y de entusiasmo por el principio de la revolucion, pretendia continuar á la cabeza de su ejército y reclamaba solo algunos cortos auxilios para poner por obra su gran proyecto de invasion. Era la suya una idea feliz que hubiera podido producir buenos resultados, porque gozando aun mucho prestijio, hubiera servido de centro á todos los descontentos, llevado la alarma al ejército realista y protejido algun gran golpe de mano. Pero San Martin, que veia en él un rival, se opuso á este plan de campaña, procurando por todos los medios posibles sacrificarlo á O'Higgins, cuya bizarría empezaba á conocer, y á quien consideraba mas susceptible de someterse á sus proyectos futuros. Su conducta respecto á Carrera fué públicamente hostil, lo que dió márjen á fuertes discusiones, y de sus resultas, á un descontento que se manifestó bien pronto por actos de amenaza é insubordinacion. Los oficiales del partido de Carrera no quisieron en efecto so-

meterse á las órdenes de San Martin; los mismos soldados á quienes se propuso si querian formar parte del ejército arjentino-chileno, permanecieron firmes en su adhesion á Carrera, y se negaron á abandonar la bandera de su jeneral. Estas señales de oposicion disgustaron sensiblemente á San Martin, hombre firme y de resolucion, y le decidieron á separar del ejército los oficiales mas obstinados y enviarlos á Buenos-Aires en compañía de don José Miguel y don Juan José Carrera, del teniente coronel Benavente y del capitan Jordan. Fueron estos escoltados por una compañía de treinta dragones á las órdenes del teniente coronel don Agustin Lopez, los cuales iban á espensas de don José Miguel Carrera, porque se le suponia poseedor de una parte del tesoro llevado de Chile, á pesar de que antes de entrar en Mendoza las severas visitas de aduana que se hicieron con un fin que casi llegó á confesarse, demostraron que semejante tesoro no existia mas que en la imajinacion de los enemigos de aquel patriota. Los demas emigrados, unos entraron á servir en el ejército arjentino, otros quedaron en Mendoza ó se establecieron en sus cercanías, y otros fueron á fijarse á Buenos-Aires, donde tuvieron que dedicarse á trabajos mecánicos para ganar la subsistencia. Uno de ellos, don Manuel Gandarilla, tan conocido por la fogosidad y el mérito de sus escritos, estableció una imprenta, y á él debió el país la publicacion de la historia de esta comarca por el doctor Funes, cuya impresion continuó su amigo Benavente. Muchos, cansados de una vida á que no estaban acostumbrados, y escitados por la necesidad que sentian de batirse por la libertad, armaron algunos buques en corso y fueron á recorrer el mar del Sur á las órdenes del intrépido Brown, cuyas proezas hemos referido ya.

Tal era la posicion de la mayor parte de aquellos jenerosos patriotas que la suerte habia arrojado á tan lejano país; y todavía si en su destierro hubiesen visto brillar la alianza firme y santa, efecto casi siempre de la comunidad de opiniones é ideas y de la fraternidad de la desgracia, es probable que hubieran soportado con paciencia su infortunio; pero lejos de esto, esperimentaron desde los primeros dias, segun hemos visto, todas las miserias de la ambicion, de la envidia y hasta del encono: y desde aquel momento uno de los dos partidos tuvo que ser sacrificado al otro.

Pocos dias despues de haber llegado á Mendoza don José Miguel Carrera, este jeneral, persuadido de que su autoridad seria reconocida por el director don Gervasio Antonio Posadas, le envió dos diputados, que fueron los coroneles don Luis Carrera y Benavente. La fatalidad quiso que Mackenna se encontrase entonces en aquella capital, y al verse él y don Luis Carrera se despertó en el corazon de estos dos valientes oficiales el antiguo espíritu de animosidad, que no podia estinguirse mas que con sangre. Ya en Talca primero, y mas tarde en Mendoza, habia habido entre ellos choques que por las circunstancias no tuvieron consecuencias; pero en Buenos-Aires, donde no les sujetaban los miramientos que en otras partes, pudieron soltar las riendas á su rencor, y la suerte fué contraria á Mackenna. Despues de muchos pistoletazos disparados por uno y otro, una bala de don Luis Carrera hizo pedazos la pistola y rompió las arterias de la garganta del amigo antiguo, de quien el espíritu de partido lo habia separado hacia tiempo (1).

De resultas de este duelo, verificado segun todos

(1) Véase para los detalles el Araucano, número 183.

los principios de honor y lealtad, por mas que entonces y despues la pasion lo haya comentado dándole un carácter de felonía, don Luis Carrera fué preso, y en la prision se hallaba cuando llegó su hermano Miguel á Buenos-Aires. Aunque con mucha dificultad y á costa de muchos pasos, consiguió este que le pusieran en libertad, pero el rigor usado con una persona de tan alta categoría y la especie de infamia de que se le acusaba, le hicieron presentir las contrariedades que debia esperar de un gobierno que se manifestaba tan hostil hácia un allegado suyo. Sin embargo, preocupado siempre con su espedicion á la provincia de Coquimbo de que esperaba los mejores resultados, habló de ella al director Alvear, que habia succedido á Posadas, y solicitó que interpusiese su cooperacion, añadiendo algunos auxiliares á los soldados chilenos de que podia disponer. Esta demanda la repitió mas adelante al coronel mayor Alvarez, á quien una revolucion popular elevó interinamente al poder, pero ni una ni otra fué atendida, si bien contestada la última de una manera muy atenta. Cansado de una vida que se la hacian insoportable, pues se trató de desterrarlo á Santa Fe y le tuvieron preso unos cuantos dias por lijeras sospechas de una intriga, creyó conveniente abandonar el país y marchar á los Estados-Unidos, á fin de preparar desde allí una espedicion contra las autoridades realistas de Chile; y en noviembre de 1815 se embarcó para tentar de nuevo los favores de la fortuna. Con el objeto de legalizar su mision, pidió autorizacion á los demas miembros del gobierno chileno y permiso al director de Buenos-Aires (1).

(1) Resolví de acuerdo con los otros vocales del gobierno chileno pasar á los Estados-Unidos de Norte-América, y habiendo instruido al nuevo director de

Desembarazado O'Higgins de su terrible antagonista, pudo dedicarse con calma á trabajos estratéjicos para recobrar un país perdido por la desunion y el desacuerdo, y que el jeneral San Martin pensaba reconquistar para gloria suya y de su nacion. Luego que llegó á Mendoza envió al director Posadas una relacion muy detallada de la batalla de Rancagua, suplicándole apoyase sus futuros proyectos. Sin esperar la respuesta, fué á Buenos-Aires á hablar con él, y le halló en un grande apuro con motivo de los rumores que corrian de la próxima espedicion de Morillo contra aquella república. Obligado Posadas poco tiempo despues á renunciar la dictadura, su sobrino el jeneral Alvear no fué mas favorable que él á los proyectos de O'Higgins, ocupado como estaba en poner el país en estado de defensa contra el ejército de Pezuela, entonces victorioso en el alto Perú, y tambien porque se inclinaba mas á Carrera, á causa sin duda de que se manifestaba enemigo de San Martin. Pero no sucedió lo mismo con Alvarez. En aquellos momentos no tenia que temer el país la espedicion de Morillo que habia desembarcado en las costas de Venezuela, pero estaba amenazado por dos ejércitos, que obrando en combinacion podian poner en grave riesgo la república. Uno de ellos era el de Pezuela, que venia triunfante del norte, y el otro el de Ossorio, que debia atravesar las cordilleras y caer sobre Mendoza con soldados valientes, bien disciplinados y victoriosos.

En tal conflicto, Alvarez oyó las proposiciones de O'Higgins para una espedicion, cuyas ventajas habia

los objetos patrioticos de esta determinacion, me fué otorgada la licencia con recomendaciones para el presidente de aquella república. Manifiesto de don José Miguel Carrera, página 27.

demostrado en artículos que él y su amigo Villegas escribieron en el Censor de Buenos-Aires, y le prometió ocuparse activamente del asunto. Un dia le manifestó deseo de seguir el plan de Carrera, enviando quinientos hombres á Coquimbo, lo que no aprobó O'Higgins, creyendo, no sin falta de razon, que su objeto era exijir contribuciones en el país para reunir fondos de que carecia y de que tenia gran necesidad (1). En vista de esta desaprobacion, Alvarez no pensó mas que en levantar un ejército de alguna importancia en Mendoza, y comprometió á O'Higgins á que fuese allá al instante á ayudar á San Martin en su organizacion. La empresa no era fácil, porque falto Alvarez de hombres y dinero, abandonó á San Martin á sus propios recursos y le colocó en la necesidad de poner en contribucion á todos los habitantes de la provincia de Mendoza, ricos y pobres, de lo que sin embargo no manifestaron queja aquellas desgraciadas poblaciones, tan arraigado estaba en sus corazones el prestijio de su jefe. O'Higgins trabajó sin descanso, y casi se debió tanto á su infatigable celo como al del jeneral en jefe, el que este ejército fuese levantado, disciplinado y en parte pagado por él, gracias á 12,000 pesos que un tal Lavigne envió á Mendoza, y á 10,000 que Rosas habia dejado en esta ciudad. Ambas cantidades, y algunos empréstitos que pudo realizar ayudado por sus amigos, contribuyeron á que fuese menos miserable la suerte de sus soldados.

El ejército se componia de tres mil novecientos sesenta hombres distribuidos de la manera siguiente.

El batallon número 7, mandado por el teniente coronel Conde, y compuesto de esclavos de la provincia, con oficiales sacados del batallon número 8.

(1) Conversacion con don Bernardo O'Higgins.

El batallon número 8, compuesto casi en su totalidad de negros, á las órdenes del teniente coronel Rodriguez.

El batallon número 11, que se completó, al mando del teniente coronel Las Heras.

El batallon de cazadores número 1, á las órdenes de Alvarado.

Los granaderos de caballería de San Martin con el valiente Zapiola á su cabeza.

En fin una brigada de artillería, mandada por el teniente coronel Plaza.

Estas tropas, reunidas en un campamento á dos ó ires leguas al norte de la ciudad, fueron instruidas y disciplinadas con el mayor esmero, y al cabo de algunos meses maniobraban con la precision de veteranos y estaban en disposicion de emprender la campaña. Sin embargo, su número era muy inferior al del ejército realista, compuesto de cinco mil hombres, sin contar los milicianos que eran muchos, y tenian ademas que atravesar toda la estension de las cordilleras, montañas de las mas elevadas del globo, con un terreno sumamente desigual, cubiertas de nieve en algunos puntos, sin mas caminos que unos malos senderos rodeados de horribles precipicios, cortados por muchos y muy profundos torrentes, y tan fáciles de defender que bastan unos cuantos soldados para detener todo un ejército. Todas estas dificultades que se presentaban á cada paso, y en medio de las cuales tenia que pasar un gran material de guerra, cañones, muchas cargas, etc., hubieran sido capaces de desanimar al ejército mas osado, si el amor á la libertad y á la patria no le hubiese infundido un gran sentimiento de fanatismo.

San Martin no se hacia ilusiones sobre las desventajas de su posicion, y sin embargo continuó sus preparativos

con el ardor de quien está convencido de sus resultados. Persuadido, como decia el gran Federico, de que el jeneral debe cubrirse con la piel del leon ó con la piel de la zorra segun su posicion respecto al enemigo, y viendo que á las dificultades que tenia que vencer se agregaba la inferioridad del número, se decidió á emplear la astucia en su plan de campaña, y á valerse de ella para atacar por varios puntos el ejército de Marco y burlar en lo posible sus cálculos y su vijilancia. Maravillosamente organizado para este jénero de guerra, puso en ejecucion toda suerte de estratajemas que su talento inventor le sujeria, haciendo entrar en sus combinaciones una multitud de realistas establecidos en Mendoza, que sin conocerlo, esparcian las mas falsas noticias entre sus parientes y las comunicaban á las autoridades (1). Desconcertados por este medio los proyectos de Marco, hizo correr la voz por todas partes y entre los oficiales mismos, de que iba á atravesar las cordilleras por el paso del Planchon situado casi en frente de Currico; y para dar mas visos de certeza á esta resolucion en la que fundaba todo su porvenir, convocó en el fuerte de San Carlos una gran junta de indios con objeto de pedirles permiso para pasar por su territorio, conociendo que estas poblaciones de carácter tan novelero, no dejarian de divulgar el proyecto, sobre todo si se les encargaba el secreto. Los indios se avinieron á celebrar la junta, y San Martin envió mucho vino, aguardiente y otras cosas como vestidos, sombreros, bridas, espuelas, cuentas de vidrio, etc., y marchó allá de gran ceremonia á tratar

(1) He oido contar muchas veces al jeneral San Martin las mil estratajemas de que se valió en estas circunstancias. Las referia con gusto, porque eran en efecto muy entretenidas.

del paso con los caciques ya reunidos. Las conferencias ni fueron largas ni ofrecieron dificultades : al segundo dia obtuvo San Martin el consentimiento por la casi unanimidad de los caciques; y dejándolos entregados á sus orjías habituales, se fué á Córdova á ponerse de acuerdo con el coronel don Juan Martin de Pueyrredon, que del ejército del norte pasaba á Buenos-Aires llamado á desempeñar el cargo de director supremo de la república (1).

Mientras este viaje, O'Higgins, como segundo jeneral, quedó en el campamento ocupado en introducir en su ejército ese espíritu de órden y disciplina que le inspiraba San Martin, y que miraba con razon como la primera virtud del soldado. Gracias á su vijilancia y al celo de los oficiales superiores, tales como don Joaquin Prieto, don Juan de Dios Vial Santelices, Pereira, etc., y gracias sobre todo al tacto y grande habilidad del jeneral en jefe, el ejército admiró muy pronto por su continente, siendo muy superior á cuantos se habian visto hasta entonces y digno por todos conceptos de arrostrar los peligros y dificultades á que estaba destinado. Por lo demas, la esperanza de ver pronto su país, sus familias y parientes llenaba de entusiasmo el corazon de estos soldados chilenos, que componian casi la mitad de los diferentes cuerpos del ejército, y les hubiera hecho correr todos los riesgos y soportar toda especie de privaciones para conseguir lo que tanto anhelaban hacia mas de dos años. Así es que aguardaban con impaciencia el momento

(1) Por esta época, dice un documento impreso en Buenos-Aires, San Martin hizo entrar á Pueyrredon en la sociedad secreta conocida con el nombre de Gran logia, que se componia de personas influyentes y de rango, cuyo objeto era que los destinos se diesen á personas de su partido y consolidar su poder.

de la partida, volviendo sin cesar é involuntariamente la vista al sur, persuadidos de que allí estaba la ruta que habia de restituirlos á su país.

San Martin, en efecto, habia guardado un completo secreto sobre su plan de campaña. Al principio nadie mas que O'Higgins tuvo de él conocimiento y mas tarde algunos oficiales superiores y especialmente el injeniero Alvarez Condarco, encargado de reconocer el estado de los caminos y de llegar hasta Santiago, protejido con el carácter de parlamentario para poder desempeñar mejor su cometido (1). En fin, en el mes de diciembre de 1816 se verificaron los primeros movimientos, poniéndose en marcha don Manuel Rodriguez para ir á sublevar las provincias del sur y llamar hácia aquel punto las tropas de Marco. Don Manuel Rodriguez, de profesion abogado, á quien ya hemos visto capitan de ejército agregado al estado mayor de la plaza en 1812 y despues secretario de la última junta, era un jóven de grande actividad y de muchos recursos. Con una fisonomía agradable, un modo de producirse persuasivo, lleno de atractivo y agudeza, con conocimientos militares poco comunes, llamó desde el principio la atencion de San Martin, quien lo llevó á su ejército á pesar de la estrecha amistad que lo unia con los hermanos Carrera, y de que poco tiempo antes lo habia enviado desterrado á la punta de San Luis. No eran en verdad aquellos momentos críticos á propósito para que San Martin pensase en rencores; ni un político hábil como él, deja de aprovechar cuanto la casualidad pone en sus manos proceda de donde quiera. Convencido de las escelentes cualidades de don Manuel Rodriguez, lo envió á Chile para que sirviese de inter-

(1) Conversacion con el capitan jeneral San Martin.

mediario entre él y los pocos patriotas que podian dar noticias exactas del estado moral y físico del ejército realista, y para ajitar el país levantando montoneras y poniéndose á la cabeza de hombres que solo podian perseverar y ser dirijidos á fuerza de un gran prestijio de valor personal.

A poco de haber partido Rodriguez, envió San Martin otras muchas personas, como el comandante de las milicias don Antonio Merino de Quirihue, hombre que proporcionaba grande influencia á su partido por sus virtudes y su gran jenerosidad (1), y dos valientes oficiales encargados de contribuir á distraer el ejército realista, el comandante Cabot, que se dirijió á Coquimbo con una division de ciento cincuenta hombres, y el intrépido Freire, que con igual número de soldados poco mas ó menos fué por el Planchon á la provincia de Talca, donde en combinacion con los montoneros de Rodriguez debia introducir la perturbacion en los diferentes cuerpos de los realistas, y preparar á San Martin una conquista menos problemática y mas fácil.

Por este tiempo el congreso arjentino reunido en Santiago de Tucuman proclamó la independencia, separándose para siempre de España, su antigua madrastra. Comunicada el acta de este suceso á Mendoza y al campamento, se celebró con grandes funciones civiles y militares, en que todo el mundo tomó parte con alegría y entusiasmo. A los dos dias envió San Martin una copia del acta á Marco, intimándole la órden de evacuar el país si no queria ser arrojado por la fuerza. Por el propio

(1) En todo el tiempo que sirvió no quiso jamas recibir el sueldo, y en campaña nunca pidió ni un pedazo de pan á los hacendados, pues tenia siempre cuidado de llevar víveres consigo. Los pobres del país le contaban entre sus mejores amigos, y mucho tiempo despues de morir le lloraban y sentian.

tiempo remitió á los realistas de Santiago unas cartas que mal su grado escribieron sus parientes y amigos residentes en Mendoza y que les fueron dictadas, dándoles noticias muy aproximadas á la verdad de sus proyectos. Hizo esto San Martin persuadido de que las mismas personas se apresurarian á enviar otras cartas para decir que habian sido violentados á escribir los anteriores, y que el plan era todo lo contrario; lo cual indudablemente se creeria. Con estos repetidos ardides tan hábiles y tan variados que el talento de San Martin sabia encontrar, la invasion del ejército patriota estaba envuelta en una infinidad de dudas, que descarriaron la razon de Marco y le indujeron á cometer las mas graves faltas, pues dividió su ejército y lo desparramó en una grande estension de territorio, lo que le dejaba con una fuerza parcial solamente.

Instruido San Martin por sus espías y por el mismo Rodriguez, que atravesó muchas veces las cordilleras para enterarse mejor del estado del país, de las buenas proporciones que tenia para emprender la invasion, se decidió á ponerse en movimiento haciendo de su ejército tres divisiones. La primera marchó de vanguardia á las órdenes del brigadier Soler, pues aunque se habia decidido conceder este honor á O'Higgins, se le dió el mando del centro que era el cuerpo principal del ejército. San Martin con la tercera division ó cuerpo de reserva quedó para acudir al punto que necesitase auxilio. Los bagajes iban confiados á quinientos milicianos mandados por Beltran, hombre valiente y activo, á quien la naturaleza habia hecho guerrero y las circunstancias relijioso (1).

(1) Hizo las guerras de Chile y el Perú y llegó á teniente coronel, pero uego que terminaron volvió á su profesion primera.

El 15 de enero de 1817 fué el dia en que el ejército emprendió la marcha con tanta impaciencia como resolucion. Al llegar al medio de la cordillera recibió San Martin un oficio del director Pueyrredon, en que le manifestaba temores por la suerte de Buenos-Aires, muy comprometida por las tropas realistas, victoriosas no solo en su país, sino en casi todo el continente, en Méjico, Venezuela, etc., añadiéndole con grandes instancias que en atencion al corto número de tropas que tenia Bellegrano en el Tucuman, se volviese á pocas dudas que ofreciera la victoria sobre los realistas de Chile.

Este oficio llenó de inquietud al jeneral en jefe, no poco atormentado con las mil dificultades que encontraba para pasar las cordilleras, y mandó llamar á O'Higgins para discutir con él lo que convenia hacer (1). El caso era grave sin duda, pero con soldados tan admirablemente disciplinados y tan valientes, con oficiales que eran la flor de la juventud de Buenos-Aires (2), no se podia de ninguna manera renunciar á la espedicion y retroceder. Esto hubiera sido destruir un ejército que tanto prometia; porque, como le decia O'Higgins, á quien la impaciencia por partir tenia hacia tiempo triste y disgustado, si los chilenos estaban tan entusiasmados y decididos, no era mas que por la esperanza de volver al seno de sus familias, al lado de sus padres, de sus mujeres é hijos, esperanza que una vez perdida produciria una desercion grande y continuada. Eran demasiado fundados los temores de O'Higgins para que San Martin no los tomase en consideracion : cargó pues sobre sí la responsabilidad

(1) Conversacion con don Bernardo O'Higgins.

(2) And is said to be officered by the flower of the Buenos-Ayrean youth. Brackenridge voyage to South America, t. II, p. 105.

de esta campaña y continuó la marcha por medio de aquellas ásperas montañas y por alturas en que un aire sumamente enrarecido produce la enfermedad conocida en el país con el nombre de puna ó soroche, que es un verdadero mareo con horrorosos síntomas de desmadejamiento, vómitos y dolores de cabeza. Era verdaderamente admirable ver marchar aquellos pobres soldados sin quejarse, al lado de tantos precipicios y por caminos sumamente estrechos y quebrados, por donde tenian que pasar ocho mil nuevecientos cincuenta y nueve caballos y cerca de dos mil mulas cargadas de cañones, cureñas, bagajes y otros efectos, que muchas veces habia que descargar y llevar á hombro. Solo el que ha visto estas veredas, hoy mucho mas practicables que entonces por las relaciones entre las dos repúblicas y el activo comercio que hacen mutuamente, puede formar idea de las penalidades inauditas que tuvieron que arrostrar aquellos dignos defensores de la nacionalidad chilena.

¿Qué hacia Marco mientras que todos estos preparativos amenazaban la autoridad de su señor en Chile?

Principió por quemar en la plaza por mano del verdugo, y á presencia de los militares, etc., el acta de la independencia de Buenos-Aires que le remitió San Martin, diciendo con ironía que era lo único que este jeneral podia enviar contra Chile; pues á pesar de las cartas de los realistas de Mendoza, no queria creer en una espedicion que calificaba de imposible ó por lo menos de muy temeraria, y de consiguiente mas favorable á su partido que capaz de infundirle cuidado. Así es que hacia mofa de los liberales, invitándoles con palabras benévolas á que fuesen á unirse con sus compatriotas, pro-

metiéndoles seguridad y proteccion en el viaje, ó á habitar el punto que juzgasen mas adecuado á sus ideas de libertad; pero les amenazaba con las mas severas penas si permaneciendo en su país intrigaban lo mas mínimo. Para dar fuerza á sus amenazas renovó todos los bandos de alta policía siempre á disposicion de los caprichos de San Bruno.

Entre tanto, el jóven Rodriguez, que habia llegado hacia poco á Chile, llevaba el espanto á las subdelegaciones mas inmediatas á la capital. Lleno de confianza en su mision y en el prestijio de su palabra, no temia presentarse en las haciendas y hablar á los empleados y peones, que con grande entusiasmo atraia á su partido. Así es que muy pronto se levantaron muchas montoneras, de las cuales dos se hicieron notables, la de Neira, hombre fogoso, arrojado, aunque de malos antecedentes, la otra al contrario, capitaneada por un jefe tan distinguido por su probidad como por su riqueza, el hacendado Salas, á quien el amor vehemente á su patria comprometió en esta empresa. Estas montoneras, raras veces juntas, casi siempre separadas, esplotaban con una audacia que rayaba en temeridad, todo el país comprendido entre el Maypu y el Maule, y llegaban hasta Chillan. No contentas con molestar á las tropas realistas, ponian en contribucion á los enemigos de la patria, se llevaban las cajas del fisco de los pueblos pequeños y no temian penetrar en la capital para ponerse en comunicacion con los de su partido. Sus hazañas infundieron un terror tal en la sociedad, que Marco pregonó sus cabezas y prometió un indulto absoluto al que los esterminase, aun cuando este fuera el mayor facineroso, amenazando con pena de muerte á todo el que sabiendo su paradero no lo

participase á la justicia mas inmediata (1). Amenazas terribles sin duda, pero que no bastaron á impedir que estos nobles campeones continuasen su obra, y allanasen algunas de las mil dificultades que San Martin tenia que encontrar en su espedicion (2).

Este gran número de montoneras despertó al fin á Marco de la indiferencia con que miraba la espedicion de San Martin, anunciada continuamente por los realistas desde el 15 de octubre. Poco esperimentado en la estratejía militar y no entendiendo mucho de ardides de guerra, llegó á creer que el jefe patriota iba á poner en ejecucion el plan que tan hábilmente habia divulgado; y para detener su marcha envió á Curicó, tan luego como recibió las primeras noticias de la espedicion, doscientos hombres con órden de situarse en los desfiladeros de las montañas en el momento que se les avisase, mientras que él marcharia con el grueso del ejército por el camino de Aconcagua para ir á atacar á San Martin antes de su partida (3). Este plan lo ideó el padre Martinez, francis-

(1) Todos aquellos que sabiendo el paradero de los espresados don José Miguel Neiva y don José Manuel Rodriguez y demas su comitiva, no dieren pronto aviso, sufrirán pena de muerte. Por el contrario los que les entreguen vivos ó muertos, despues de ser indultados de cualquier delito, aunque sean los mas atroces, se les gratificará ademas con 1000 pesos, etc. Gaceta del gobierno, tomo 2°, número 96, página 453.

(2) Se cuentan de esta época numerosos rasgos de audacia, de don Manuel Rodriguez especialmente, que á haber ocurrido en tiempos remotos en que todo se exajeraba, su nombre hubiera servido para una de esas leyendas populares que las baladas ó las epopeyas fabulosas de entonces nos han conservado tan cuidadosamente. No citaré mas que uno de los muchos que he oido contar al escelente jeneral don Santiago Aldunate. Sabedor un dia Rodriguez de que el comandante de la guarnicion de San Fernando daba un baile, apostó á que se presentaria en él: se presentó en efecto, y despues de tomar ponche con aquel jefe que habia puesto precio á su cabeza, se volvió muy tranquilo con sus compañeros, que le esperaban llenos de ansiedad por su imprudencia. Otras muchas aventuras pudiera referir de este celoso patriota, que prueban tanta audacia como presencia de ánimo.

(3) Torrente, Historia de la revolucion americana, tomo 2°, página 233.

cano muy versado en las cosas de Chile, quien tambien fué á Curico y á las montañas á enviar espías por todos lados, y hasta á Mendoza mismo para conocer á fondo la posicion y las fuerzas del enemigo. Por los espías supo las dificultades que ofrecia el paso de las cordilleras cuyo camino estaba cubierto de nieve, la inferioridad numérica del ejército patriota y el corto número de tropas que guarnecia el fuerte de San Rafael sobre el camino de Mendoza.

Contento con estas noticias que facilitaban sus combinaciones, las comunicó al presidente, y le envió al mismo tiempo los espías que se las habian llevado; pero habiéndose esparcido por entonces la voz de que una fuerte espedicion marítima iba á partir de Buenos-Aires para atacar á Concepcion, se resolvió en un consejo de guerra abandonar el plan de campaña proyectado y seguir otro que consistia en desparramar el ejército á lo largo de las cordilleras en una estension de cerca de doscientas leguas, acantonando los diferentes batallones en los principales pueblos. El de Chillan fué apostado en Curico y Talca; el de Concepcion, en Concepcion; la caballería de Barañao en San Fernando, donde se atrincheraron las calles con adobes, y otra en Rancagua; al camino del portillo se enviaron algunas compañías : las demas tropas quedaron en Santiago, escepto mil hombres que fueron de vanguardia á Aconcagua. Unos cuantos dias antes, el sarjento mayor de Talavera don Miguel Marqueli habia ido á las cordilleras de Aconcagua con varias compañías á observar á los patriotas; y habiendo avanzado hasta llegar á corta distancia de Uspallata, tuvo que retroceder á la Guardia, despues de haber tenido en Picheuta con don Enrique Martinez, oficial de la division Las Heras,

unas pequeñas escaramuzas, en que le tocó la mejor parte.

Por aquí se ve que Marco era no ya el instrumento, sino el juguete de San Martin, puesto que habia dispersado sus tropas que era lo que este queria, y á lo que aspiraba el activo Rodriguez, cuyas guerrillas aumentaban todos los dias, por lo mismo que eran abusivas y peligrosas las medidas de rigor adoptadas (1). No solo renovó y amplió los bandos severos de 1814 y 1815, sino que estableció consejos de guerra permanentes en las principales ciudades y cubrió las provincias inmediatas con una red de soldados, cuyos jefes en defecto de consejos de guerra tenian derecho de vida y muerte sobre todo individuo acusado del mas leve delito. En un nuevo bando de 22 de enero mandó que todos los caballos, mulas y caballerías menores de los distritos comprendidos entre Talca y la capital, se enviasen al gobierno, sin permitir que nadie reservase uno solo: rigor que sintieron mucho los chilenos y especialmente las jentes del campo, incapaces de andar á pié la mas corta distancia. Desde aquel momento la insurreccion atrajo á todas las clases, á los jornaleros (2), como á las jentes del campo, y la libertad defendida por estos hombres vigorosos y de accion, pudo predecir el dia en que habia de plantar para siempre su bandera de nacionalidad.

(1) Véase su bando de 7 de enero de 1817, etc.

(2) En la capital los artesanos se entregaban á actos de burla é insubordinacion á vista de los empleados del gobierno. En la gaceta viva el rey correspondiente al 17 de enero, en un período en que se hablaba de España, el impresor puso *madre malhechora* en vez de *bienhechora*, y en donde decia el *inmoral Rodriguez* sustituyó el *inmortal Rodriguez*, etc. Aunque fué condenado á seis meses de presidio con destino á los trabajos de las fortificaciones de Santa Lucia, no fué esto obstáculo para que otros imitasen su ejemplo, cuando la ocasion se presentaba.

CAPITULO XLV.

El ejército de San Martin pasa las cordilleras. — Batalla de Chacabuco ganada por los patriotas. — El capitan Velazquez lleva la noticia á Santiago, y difunde el terror entre los realistas. — Emigracion de estos. — Gran desórden que la emigracion produce en el camino y en Valparaiso. — Hecho prisionero Marco, es llevado á Santiago.

Dejamos al jeneral San Martin en la cima de las altas cordilleras, luchando con las mil dificultades que le ofrecian los caminos, para luchar en seguida con los enemigos de la libertad chilena, refujiada un momento en Mendoza y sus inmediaciones, y que con el auxilio de sus valientes soldados iba á restituir á su país natal.

La ruta que seguia era la de los Patos, que por ser la peor y la menos frecuentada, confiaba encontrarla poco ó nada defendida : por la otra ruta envió una pequeña division compuesta del batallon número 11, treinta granaderos de caballería y dos piezas de montaña al mando de las Heras. Tenia órden este coronel de ir á Santa Rosa á esperar nuevas órdenes; pero al llegar á la Guardia encontró un destacamento de realistas que quiso disputarle el paso, y el mayor don Enrique Martinez, encargado de atacarle, lo hizo con tal impetuosidad, que bastó hora y media para arrollar esta avanzada y derrotarla hasta tal punto que muy pocos pudieron escapar. No fueron estas las únicas primicias del ejército de los Andes, pues en el mismo dia y casi en el mismo momento, el mayor de injenieros don Antonio Arcos, encargado de ocupar y poner en estado de defensa el punto de las Achupallas que dominaba una parte del valle de Putaendo,

tuvo tambien un encuentro con el comandante de San Felipe que quiso detenerle en su marcha, y aunque el jóven teniente Lavalle no tenia á su disposicion mas que veinte y cinco granaderos de caballería, no titubeó en atacarle, y le batió y dispersó hasta mas allá del referido valle, que entonces estaba casi todo en poder de los patriotas.

Estas pequeñas acciones por insignificantes que fuesen, inspiraban confianza al soldado, familiarizaban con el ruido de las armas á los que á ellas habian asistido y aumentaban el amor propio del ejército, ya un tanto orgulloso de haber atravesado las elevadas cordilleras. Porque el soldado se envanece lo mismo por haber sobrellevado las fatigas, que por haber corrido peligros.

Con la ocupacion del valle de Putaendo, el paso de las cordilleras estaba vencido, y al ejército patriota no le quedaba ya mas que hacer que medir sus fuerzas con las del realista, que era precisamente lo que demandaba con impaciencia. En cuanto esta ocupacion llegó á conocimiento de San Martin, que fué al dia siguiente de la accion, mandó que acelerase el paso la vanguardia del jeneral Soler, el cual el dia 6 habia subido ya su artillería é ido á acampar á San Andrés, despues de enviar á las Coymas una parte de su division á las órdenes de Necochea, mientras otra mandada por Millan iba á ocupar el pequeño pueblo de San Antonio.

Las tropas enemigas, atrincheradas en el pequeño cerro de las Coymas, esperaron á pié firme la division Necochea, que siendo muy inferior á aquellas, retrocedió para atraer al llano á los realistas. Gracias á este ardid de guerra, que produjo el efecto deseado, la accion, que no tardó en empeñarse, fué ventajosa á los patriotas; y

no obstante que al frente del enemigo estaba el valiente coronel de injenieros don Miguel María de Atero, fué rechazado hasta el otro lado del rio (1).

Otra vez libres el campo y la llanura de Curimon, San Martin mandó avanzar á todo el ejército, el cual pasó el rio por un puente que se construyó al efecto y fué á acampar á la falda del cerro de Aconcagua, monte muy elevado que cortaba el camino de Santiago, uniendo las altas cordilleras con las de la costa. El coronel las Heras, situado en Santa Rosa, se reunió al comandante Millan, que habia llegado la víspera con objeto de reconocer la posicion del enemigo; por manera que el 11 todo el ejército, menos la artillería en su mayor parte y alguna reserva de caballería, estaba al pié de la montaña que iba á presenciar una de las batallas mas memorables de la república.

Los realistas se habian forticado al pié de la misma montaña por la parte sur y su número, como que su ejército estaba diseminado, era inferior al de los patriotas. Marco dió órden á las tropas del sur para que á toda prisa marchasen sobre Santiago, pero la caballería que se hallaba mas inmediata fué la única que pudo llegar hasta Chacabuco la víspera de la batalla y tomar parte en la accion. El comandante en jefe, que era Maroto, coronel de Talavera, tampoco llegó hasta la víspera (tan trastornada estaba la cabeza del jefe), y apenas tuvo tiempo para formar una idea de la disposicion del terreno. Tenia órden de no arriesgar ningun combate si su fuerza numérica

(1) Como sucede ordinariamente, en el parte que dió Ateros de esta accion, dijo que habia sido completamente favorable á los realistas, y que los patriotas habian tenido cincuenta y dos muertos y un número mucho mayor de heridos. El paso del rio lo esplicaba diciendo que lo creyó prudente, y que ademas se resolvió en un consejo de guerra.

era inferior á la de los patriotas, y replegarse sobre el camino de Santiago, mientras no se le reuniesen las demas tropas que debian llegar del sur.

Sea que, como dice el padre José Javier Guzman (1), le engañase el coronel Cacho, que despues de hacer un reconocimiento le aseguró que los patriotas no pasaban de mil, sea que se viese forzado á aceptar la batalla, como pretenden otros autores; lo cierto es que Maroto hizo inmediatamente sus preparativos, y el 12 de febrero por la mañana temprano envió á la cima de la montaña, por donde debia pasar el ejército de los Andes, un destacamento de doscientos hombres con órden de defender á todo trance este punto, y no abandonarlo sino despues de haber perdido la mitad de su jente : él con todo el resto del ejército se situó al pié de la misma montaña á corta distancia de las casas de la hacienda.

Tal era la colocacion de los realistas cuando San Martin fué á acampar á la parte opuesta de la misma montaña, con ánimo de no dar la batalla hasta que le llegasen la artillería y algunas otras tropas. Sin embargo, sabedor de que los realistas esperaban refuerzos, se decidió á atacar y comenzó por desalojar á los doscientos hombres que estaban en la cima, lo que llevaron á cabo con intelijencia y arrojo los brigadieres O'Higgins y Soler, acometiéndoles de frente el primero, mientras el otro les amenazaba por el flanco y dificultaba su retirada. Calculando San Martin que la dispersion de estos realistas, á quienes O'Higgins perseguia con encarnizamiento, causaria confusion en el ejército enemigo, y aprovechando momentos tan propicios para la victoria, mandó que los escuadrones 1, 2 y 3 á las órdenes del coronel

(1) El Chileno instruido, tomo 1°, pájina 417.

Zapiola marchasen inmediatamente á hostigarlos ó entretenerlos mientras llegaban los batallones 7 y 8. Esto obligó al enemigo á replegarse sobre una posicion muy ventajosa; pero los dos batallones, animados por O'Higgins y sus dos coroneles Cramer y Conde, les atacaron en columna cerrada, y empeñaron una accion sumamente sangrienta, que habia empezado hacia mas de una hora cuando el batallon número 7, con el valiente coronel Cramer á la cabeza, dió una carga á la bayoneta que desordenó al enemigo y lo derrotó. En esta brillante carga fué particularmente auxiliado por los escuadrones del coronel Zapiola á las órdenes de Melian y Medina, y por las columnas del brigadier Soler, que despues de haber comprometido algun tanto el éxito por lo mucho que se detuvieron en los sitios sumamente escarpados que tuvieron que atravesar, se presentaron de improviso para añadir el último floron á la victoria. El postrer esfuerzo que los realistas hicieron en las viñas de la hacienda, no fué en cierto modo mas que una simple medida de defensa personal, que cedió muy pronto á la carga impetuosa de Nicochea, puesto á la cabeza de su cuarto escuadron. Tal fué el fin de esta batalla que tan bello triunfo preparó á la libertad chilena, y en la cual se distinguieron por su grande arrojo Cramer (1), Las Heras, Conde, Zapiola, Melian, Medina, Salvadores, Zorrilla, etc., etc., el presbítero don José de Oro y el reverendo padre fray José Antonio Bausa, de quienes pocos dias despues

(1) Cramer tomó una parte muy activa en la batalla de Chacabuco. Fué él quien dió esta carga asombrosa, á que O'Higgins no quiso decidirse por sus instrucciones particulares. Conversacion con don Miguel Infantes. — Brayer en su manifiesto atribuye tambien la mejor parte á este coronel, y añade que de resultas de los multiplicados elojios que recibia de sus compañeros de armas, San Martin le miró mal desde aquel momento y resolvió alejarlo del ejército, lo que no tardó en suceder.

hizo mencion honorífica el gobierno, pero sobre todos el intrépido O'Higgins, cuyo arrojo le llevó á adelantarse mas de lo que debia y contra las instrucciones de San Martin. Esta importante victoria dió por resultado cojer la artillería, el parque y todo el bagaje, la bandera del rejimiento de Chiloe y sobre seiscientos prisioneros inclusos treinta y dos oficiales de los que muchos eran de distincion, habiendo habido otros tantos muertos. Entre estos últimos se contaron el mayor Margueli, que avanzó hasta cerca de Uspallata, y el coronel Elloreaga, á quien el peligro de los realistas le sacó á toda prisa de Coquimbo, donde era gobernador civil y militar. Chileno de nacimiento, activo y de un arrojo indisputable, abrazó muy pronto y por conviccion el partido realista, que defendió hasta su muerte con un valor notable y digno de mejor causa.

El mismo dia de la accion, el capitan don José Velazquez llevó á Santiago la noticia; y los realistas, que tres dias antes habian firmado una acta que Marco publicó en la gaceta, ofreciendo sus haciendas y hasta sus vidas en defensa de la autoridad real y contra los proyectos revolucionarios del ejército de los patriotas, se llenaron de espanto. Ellos fueron, como de costumbre, los primeros á esparcir la alarma en la ciudad, á llenar de confusion los ánimos apocados, y á dar la señal de huir, que tomó al instante grandes proporciones entre las jentes de su partido, á pesar de que las menos fáciles de intimidacion y dispuestas á tentar otra vez los azares de una batalla, divulgaron por todas las calles al ruido de las campanas de las iglesias falsos rumores de un glorioso desquite. La accion hubiera sido con efecto un mero choque, y de ninguna manera una derrota, á haber tenido

arrojo el capitan jeneral y á no faltarle talentos militares. Las tropas que se mandaron ir á marchas forzadas del sur, donde estaban torpemente diseminadas, ascendian á cuatro mil hombres próximamente, estaban muy bien disciplinadas y no carecian del valor necesario para hacer frente al ejército victorioso, si no en la ciudad en estremo ajitada por los descontentos que eran muy temibles, al menos en campo raso, y ademas tenian el deseo de venganza que suele acompañar á una derrota. Esta fué la opinion que algunos oficiales superiores, como Barañao, Bernedo, Lantaño, etc., emitieron con calor en un consejo de guerra, convencidos de que la fortuna no favorece á los militares mas que cuando estos tienen bastante audacia para confiar en ella; pero otros muchos por el contrario fueron de parecer que debian marchar á las provincias meridionales, que vivian aun bajo la impresion de las ideas españolas. Así se pensaba hacer, cuando la llegada de los fugitivos, que exajeraron mucho el número de muertos y la fuerza del ejército patriota, aumentó el desórden y produjo tal pánico en la ciudad, que todos los realistas, hombres, mujeres y niños mezclados con militares de todas graduaciones, se dieron prisa á emigrar, muchos á pié, y tomaron el camino de Valparaiso los unos atronando con sus gritos y lamentos y los otros en completa indisciplina, siendo tal el desórden de los soldados, que se entregaron á toda clase de escesos, tiraron las armas, abandonaron los cañones en número de 16, y acabaron por apoderarse del tesoro que iba confiado á don Ignacio Arangua (1).

(1) Algunos autores hacen subir este tesoro á 300,000 pesos, añadiendo que fué saqueado en el camino cerca de la montaña de Prado y que los oficiales tomaron parte en el saqueo. A consecuencia de una conversacion que tuve sobre

En Valparaiso fué mucho mayor el desórden, al encontrarse los emigrados con que no tenian todos los alojamientos que necesitaban. Precisados los soldados á quedarse en la ciudad, saquearon las tiendas y el gran número de equipajes que habia quedado en la playa, pusieron fuego á varias bodegas y en la fiebre de su furor y de su indisciplina hasta cometieron algunos asesinatos. En cuanto á Marco del Pont, su destino fué aun mas desgraciado, pues aunque huyó la misma noche en que tuvo noticia de la derrota, fuese efecto de la debilidad de su carácter afeminado ó de haber seguido el consejo de su compañero don Prudencio Lascano, tomó luego que se separó de la artillería caminos estraviados en medio de los campos de San Francisco del Monte, que le condujeron á sitios desconocidos. Al llegar á las tablas le alcanzaron el capitan Aldao y don Francisco Ramirez, quienes lo llevaron á Santiago con las personas de su comitiva y los pusieron á todos en las habitaciones altas de la aduana para que esperasen allí lo que se resolviese acerca de su suerte. Momentos despues de su salida, el palacio habia sido saqueado y robados sus ricos muebles por el populacho que está siempre á merced de todas las revoluciones y de todos los desórdenes.

el particular con don Ignacio Arangua encargado de este dinero, escribí lo siguiente: «Pocos dias antes de la batalla propuse que todo el dinero existente en las cajas se llevara á Valparaiso; Marco no quiso entonces, pero despues de la accion accedió á ello, dándome esta comision. Me puse en camino á las dos de la mañana, escoltado por una compañía de caballería que mandaba el capitan Magallar. Apenas habian llegado las mulas al final del callejon de la Merced, un poco mas allá de la chacra de Loyola, los soldados, en union con algunos peones, se apoderaron de las cajas. Yo me habia detenido á ayudar á arreglar una mula, y al ver aquello me volví por un camino estraviado y fuí á depositar en una chacra los cajones de dicha mula, que contenian 64,000 pesos próximamente. De ellos solo se encontraron 34,000 cuando al dia siguiente se envió la carga al gobierno. El total de lo que llevaba Arangua podia valuarse en 164,000 pesos.»

CAPITULO XLVI.

Entrada de San Martin en Santiago. — Es nombrado director de la república, y habiendo renunciado, recae la eleccion en O'Higgins. — Estado del país cuando este se puso al frente del gobierno. — Son ejecutados el mayor San Bruno y el sarjento Villalobos. — Regreso de los patriotas prisioneros en Juan Fernandez.— Proyectos de una marina chilena.—Vuelve de los Estados-Unidos don José Miguel Carrera, y es mal recibido de Pueyrredon y de San Martin, que se encontraba en Buenos-Aires. — Politica de O'Higgins con los realistas y con los carreristas. — Los tejedores y los anti-arjentinos. — Medidas contra los realistas. — Escuela militar. — Talcahuano es el único punto en que no ondea la bandera de la libertad. — Supresion de la nobleza y de todos sus blasones. — O'Higgins sale para el ejército del sur.

La victoria de Chacabuco fué de un resultado inmenso para la independencia americana. Con ella recobró Chile su primer cimiento de libertad y América entera, dominada entonces casi toda por las tropas españolas, vió en su porvenir un gran rayo de esperanza.

San Martin, el héroe de tan magnífica campaña, cuyo plan habia sido bien concebido y bien ejecutado, marchó sin detenerse á Santiago, alentado con la noticia del pánico que tenia aterrados á sus habitantes, y que supo por los patriotas que salieron á su encuentro para dársela. Quizá hizo mal en no destacar sobre Valparaiso una parte de su ejército, la division Soler por ejemplo que apenas habia entrado en accion y recojer los muchos soldados que huian con armas y bagajes y que podían haber ido á reforzar el ejército del sur. Este fué el primer pensamiento de O'Higgins, quien se brindó á dirijir la espedicion, persuadido como estaba de que el espíritu impetuoso que infunde la victoria, hace capaz al soldado de las mas grandes cosas. Pero sea que San

Martin considerase el triunfo conseguido como uno de los resultados mas satisfactorios por el momento, sea que no quisiese arriesgar nada á la casualidad, prefirió ir á tomar posesion de la capital, en la que entró el 13 de febrero á la cabeza de su ejército. Desde la salida de Marco del Pont mandaba en Santiago don Manuel Ruiz Tagle, quien se encargó de esta penosa comision para tener á raya á los mal intencionados é impedir el pillaje. Pero luego que llegó la vanguardia patriota, su jefe Soler tomó el mando y con la severidad militar que le distinguia publicó al dia siguiente una proclama para calmar la inquietud de los habitantes, asegurándoles que la guerra era solo contra los enemigos de la patria, amenazando á estos con la pena de muerte que se ejecutaria sin dilacion, á poco que trabajasen en favor del rey, y con penas muy severas á los curas que predicasen contra la independencia, y ofreciendo recompensas á los delatores. Dispuso ademas que por la noche despues del cañonazo de Santa Lucia nadie saliese á la calle y mucho menos los soldados, á quienes se les prohibió severamente que se permitiesen el menor insulto.

San Martin no dejó mucho tiempo á Soler en Santiago, pues al dia siguiente le mandó marchar contra los fujitivos, mientras él se ocupaba de las tropas y convocaba las personas influyentes de la ciudad para nombrar un director. En el estado en que se encontraba el país, era imposible imitar enteramente á las provincias de Buenos-Aires, que aunque en completa anarquía y separadas por actos de insubordinacion unas de otras, habian reunido un congreso en Tucuman para legalizar tan importante eleccion. Tampoco podia exijirse que los vencedores de Chacabuco se abstuvieran de influir en el nombra-

miento, especialmente cuando una parte del país estaba bajo la dominacion española y cuando todo hacia creer que el virey, mas desembarazado con los triunfos de sus jenerales en el alto Perú, no dejaria de enviar contra ellos otra division. Todo lo tenia previsto el gobierno de Buenos-Aires, y sobre ello habia dado instrucciones particulares á San Martin; así es que cuando este fué nombrado por unanimidad y espontáneamente jefe de la república por los habitantes de Santiago reunidos bajo la presidencia de don Manuel Ruiz Tagle, hizo ver con una negativa dos veces reiterada, que su gobierno no queria de ninguna manera tomar una parte tan eficaz en la organizacion y en los destinos de la república. Pero contribuyó á que en su lugar se nombrase á O'Higgins, no precisamente porque así se hubiese decidido en el consejo de Buenos-Aires, sino porque veia en él un militar valiente, de probidad, de firmeza y muy conocido por sus buenos antecedentes (1). Inmediatamente despues, se nombró un ministerio compuesto de tres personas, que fueron don José Ignacio Zenteno para el departamento de la guerra, don Miguel Zañartu para el del interior y negocios estranjeros y don Hipólito Villegas para el de hacienda. El nombramiento de este último se hizo algun tiempo despues que los otros, y en el entretanto le sustituyó interinamente Zañartu. En cuanto al mando de las armas, San Martin tuvo cuidado de reservarlo para sí.

Al tomar O'Higgins las riendas del gobierno no desconocia la gravedad de su mision. Veia que la fortuna desbarataba hacia algun tiempo todos los cálculos de los Americanos y contrariaba sus jenerosos esfuerzos. Méjico, con la actividad y severidad del virey Apodaca efi-

(1) Véase la carta de don Juan Florencio Terrada en los documentos de Asensio.

cazmente apoyado por el arzobispo don Pedro Fonte y el rejente de la Real Audiencia don Miguel Bataller, se encontraba casi todo sometido á España. El inexorable Morillo se habia apoderado de Caracas, Santa Fe y otros paises. Montevideo estaba en poder de los Portugueses y el alto Perú enteramente dominado por Laserna, quien á la cabeza de cinco mil soldados bien instruidos, habia avanzado hasta Juipuz con intencion de ir á atacar á Mendoza de acuerdo con Marco del Pont, lo cual no se verificó felizmente, gracias á los sucesos de Chile.

Si á estos elementos de zozobra y desaliento se añade por una parte la pacificacion de España y el regreso de Fernando VII que permitia enviar numerosas tropas aguerridas á todos los puntos de América, y por otra el estado miserable del país, sin comercio, sin industria, casi sin brazos con que cultivar la tierra y esplotar las minas, medio arruinadas las fortunas con tantas exacciones como alternativamente hacian los jefes patriotas y los jefes realistas, se conocerá cuan difícil era en medio de tantos peligros y tamaño desórden que un director se contuviese estrictamente dentro de los límites de sus deberes y no sobrepusiese alguna vez su voluntad á las prescripciones de la ley ó de las costumbres. Esto habian hecho Carrera, Ossorio, Marco del Pont, y esto harán siempre los encargados de reparar los graves desórdenes de las revoluciones, especialmente en paises que no estén bien constituidos.

Lo primero que O'Higgins hizo al subir al poder fué pagar los cantidades tomadas á préstamo en Mendoza para la espedicion, decretar una recompensa á las viudas y madres de los soldados muertos en Chacabuco y enviar á la república de Buenos-Aires á Marco del Pont y á los

oficiales hechos prisioneros tanto en la batalla como en el camino de Valparaiso. Solo dos perecieron ignominiosamente en el suplicio por los asesinatos que cometieron en la cárcel de Santiago en presos políticos seducidos por Moyano y Concha. Fueron el sarjento Villalobos y el mayor San Bruno, el primero por haber tomado la iniciativa en ésta mortandad y el otro por haber aceptado la responsabilidad de ella. Habian sido ademas los autores principales de todas las persecuciones injustas y crueles con que el gobierno real aflijia al pueblo; por lo cual no es estraño que su muerte no escitase la menor compasion. Algunas otras venganzas se cometieron tambien, no muy conformes á los principios de justicia, y que solo eran efecto del sentimiento patriótico que se exalta con la victoria y se inflama con el recuerdo de las desgracias pasadas.

Pero lo que mas que todo preocupaba á O'Higgins era la suerte de los infelices patriotas que estaban en las prisiones de Juan Fernandez, aun prescindiendo de los incesantes clamores de tantas familias como le instaban para que fuese á poner en libertad aquellos nobles presos; pero desgraciadamente no habia ningun barco en el puerto de Valparaiso, y para que entrase alguno mandó poner la bandera española. Con este ardid no tardó el bric Aguila en aproximarse á la costa y echar el ancla en el puerto, verificado lo cual, se apoderaron de él los soldados ocultos en el fondo de la lancha preparada para ir á hacerle la visita.

Con este barco armado en guerra y tripulado por noventa marineros de todas naciones al mando del jóven oficial irlandés don Raimundo Morris, entonces al servicio del ejército de los Andes, pudo la patria ir á libertar los

presos de Juan Fernandez, antes que los buques de guerra españoles que estaban á los órdenes del virey, fuesen á buscarlos para llevarlos al Callao. Temiendo encontrar resistencia en la guarnicion, compuesta de ciento cincuenta hombres, O'Higgins embarcó un prisionero de distincion, el coronel Cacho, para que arreglase este asunto con el gobernador de la isla, ofreciéndole toda clase de garantías para su libertad y la de sus soldados. Cacho bajó á tierra solo y no le costó gran trabajo convencer al gobernador de lo que debia hacer : á fines de marzo todos aquellos ilustres personajes estaban de vuelta en su patria y al lado de sus familias.

La dificultad que habia encontrado O'Higgins para llenar un deber tan sagrado y el temor de una próxima espedicion del virey, le dió á conocer que Chile no seria verdaderamente libre mientras no fuese dueño del mar del Sur. Esta conviccion, de que participaba San Martin, le sujirió la idea de formar una escuadra; y al efecto convocó las personas influyentes de Santiago para darles parte de sus proyectos, demostrarles la necesidad de su realizacion y apelar á su jenerosidad con objeto de obtener un préstamo, empeñando su palabra de que seria reintegrado en cuanto el tesoro se hallase en mejor posicion. Desgraciadamente las numerosas espoliaciones de que habian sido víctimas enfriaron esta vez su patriotismo, tanto mas cuanto que creian imposible que la escuadra pudiera equiparse, puesto que en tiempo del rey jamas pudo Chile sostener un solo buque de guerra. Se negaron, pues, á todo préstamo (1).

Esta negativa no detuvo á O'Higgins. Convencido de la necesidad de tener marina y firme con la perseverancia

(1) Conversacion con don Bernardo O'Higgins.

que le caracterizaba, respondió que toda observacion era inútil y que necesitaba el préstamo. Como de costumbre, este recayó mas particularmente sobre los realistas, y á los pocos dias habia reunidos 200,000 pesos, que se enviaron á los Estados-Unidos para la construccion de algunos buques. Casi al mismo tiempo salió para Inglaterra don José Antonio Alvarez Condarco, encargado de dar á conocer el estado del país é interesar á los especuladores en el proyecto.

Pero las miras de San Martin y O'Higgins no se limitaban á tener una marina con que guardar las costas. En sus conversaciones hablaban con frecuencia de la posibilidad de una espedicion contra el Perú, una vez dueños de Chile, con cierto número de buques, y de ir á conquistar á aquel arsenal de hombres, armas y municiones la independencia que deseaban : el principal objeto del viaje de San Martin á Buenos-Aires fué combinar con el director Pueyrredon esta espedicion naval ya muy meditada (1).

Si hubiese podido desaparecer en aquel momento el espíritu de discordia que la rivalidad de los jefes habia producido y verificarse la reconciliacion de los partidos, nada mas conveniente para este proyecto que la llegada de don Miguel Carrera á las aguas de la Plata. Mientras estuvo en los Estados-Unidos, adonde por toda recomendacion casi no habia llevado mas que su nombre, su talento y su actividad, tuvo relaciones frecuentes con el gobierno de Washington y especialmente con el ministro Monroe y algunos diputados. Todos estuvieron de acuerdo en que Chile y América entera no serian verdaderamente independientes hasta que no fuesen dueños de la mar del

(1) Conversacion con don Bernardo O'Higgins.

Sur; pero que para esto era necesario que todas las repúblicas cooperasen á la formacion de una escuadra. A la influencia moral que el gobierno de los Estados Unidos ejercia en la independencia de todas estas repúblicas y á la conviccion que el lenguaje seductor de Carrera llevaba á los ánimos se debió al cabo de catorce meses el poder reunir por cuenta esclusiva de Chile, á pesar de sus escasos recursos, una escuadrilla de cinco buques armados en guerra y tripulados por gran número de hombres, oficiales y operarios con un material de todas clases. Su intencion era entrar con los cinco buques en Maldonado ó á lo mas en Montevideo, donde suponia de gobernador á Artigas, con objeto de refrescar los víveres, armar un transporte con trescientos ó cuatrocientos hombres, adquirir noticias del estado de Chile, ponerse de acuerdo, si era posible, acerca de sus operaciones con el director de Buenos-Aires, y continuar su viaje á Chiloe y Valdivia, pueblos que no podian oponerle resistencia y en que habia una masa de hombres á proposito para formar una fuerte division con que atacar á Marco ó bien continuar á Guayaquil á apoderarse de su arsenal, ponerse en comunicacion con Quito y en combinacion con las fuerzas de San Martin allanar los obstaculos que ofrecia Lima á la independencia de las répúblicas (1).

Tal era sobre poco mas ó menos el plan de campaña ideado por don Miguel Carrera antes de volver á su país. Desgraciadamente su carácter un tanto fogoso le atrajo algunas enemistades entre los pasageros del buque Clifton, en que iba embarcado. Fué necesario que armase las tropas para contener á los marinos sublevados, y mediaron acaloradas disputas entre él y el capitan del

(1) Carta del 15 de octubre de 1817 de don José Miguel Carrera á Madariaga.

buque llamado Davey, del cual no pudo conseguir que desistiese de ir á Buenos-Aires, gobernado á la sazon por sus implacables enemigos. Precisado á verse con Pueyrredon tuvo con él entrevistas frecuentes. Carrera le ofrecia ayudarle con su esperiencia y sus ausiliares, y Pueyrredon procuraba entretenerle con subterfujios artificiosos, porque en aquel momento aun no se sabia en Buenos-Aires la victoria de Chacabuco; pero luego que de ella se tuvo noticia, cesó la política misteriosa del director, quien le renovó la órden, que ya le habia dado, de que se volviese á los Estados-Unidos con el carácter de diputado de Buenos-Aires. No queriendo obedecer, buscó todos los medios de contrariar sus planes, atizó la discordia en la escuadrilla, valiéndose de varias personas, especialmente de Lavaisse, oficial francés que habia formado parte de la espedicion, y acabó por poner preso á él, á su hermano don Juan José, á los hermanos Benavente y otros. Solo don Luis Carrera pudo, protejido por un amigo, eludir este golpe de despotismo.

Por entonces llegó San Martin á Buenos-Aires, donde entró en medio de un pueblo entusiasmado con su admirable victoria. A pocos dias fué á ver á don Miguel Carrera, arrestado en el cuartel de Terrada, y desde las primeras palabras se despertó en los dos el odio que enjendra la política. Desde aquel momento puede decirse que quedó decretada la perdicion de Carrera, pues se decidió que partiese á la fuerza á los Estados-Unidos, lo cual equivalia á un ostracismo poco menos que para toda su vida. Un buque que iba á darse á la vela para aquel país recibió órden de llevarlo; pero en el intermedio pudo don José Miguel burlar la vijilancia de sus guardias y salvarse en un bote que lo condujo á Montevideo,

donde fué perfectamente recibido por el jeneral portugués Lecor.

Esta política de pasion convenia perfectamente á O'Higgins, porque opinaba que Chile no podia pacificarse sin destruir á la vez el partido realista y el de los carreristas : declaró pues guerra sin descanso á estos dos partidos sin olvidarse de los indiferentes, permitiendo que en el periódico del gobierno se publicasen artículos un tanto fuertes contra los llamados tejedores.

Entre estos tejedores, siempre dispuestos á abrazar un partido cualquiera, habia algunos que por el instinto de su instabilidad y sin opinion marcada, se unian á una autoridad mientras se conservaba en el mando, y cuando caia se pasaban á otra, sin cuidarse del porvenir del país, imitando en esto el papel de los cortesanos; pero los habia tambien que dotados de verdadero patriotismo, estaban unidos á los realistas, mas para sacar provecho de su política que para servir su causa. En este número se contaban el conde de Quinta-Alegre, don Manuel Manso, don Manuel Ruiz Tagle, don Domingo Eizaguirre, don José María Tocornal y otros muchos, que no teniendo mas delito que haber permanecido en su país, era poco hábil y aun peligroso ofenderles, atendida su elevada posicion, porque podian hacerse hostiles á una autoridad tan arbitrariamente establecida y que empezaba ya á tener enemigos hasta entre los intachables carreristas. Al gobierno existente se le consideraba como producto del de Buenos-Aires, y el espíritu de nacionalidad, tan fuertemente exaltado entre los chilenos, no podia soportar lo que con injusticia llamaban una humiliacion, pues pretendian, probablemente con segunda intencion, que Chile iba á estar pronto bajo la dominacion de Buenos-Aires, como

si un país tan patriota y tan bien defendido por un largo desierto y por inmensas montañas inaccesibles, pudiese ser presa de una nacion de órden tan segundario.

O'Higgins oia con calma todas estas murmuraciones interesadas, y aguardaba mejor ocasion para hacer sentir su vara de hierro. Entre tanto se ocupaba de los españoles y de los realistas, á quienes queria poner en posicion de que no pudiesen hacer daño á la última evolucion de la libertad. Aprovechándose de los decretos sumamente severos fulminados por Marco contra los patriotas, quiso á su vez aplicarlos á los realistas; y se vió una comision, en plena república y bajo la bandera de la libertad, dictando las medidas preventivas mas despóticas para escudriñar la conducta y hasta la conciencia de los habitantes. Se renovó con todos sus abusos una junta calificadora para obligar á los españoles, á los chilenos y hasta á los curas á que justificasen su patriotismo; se prohibió á toda persona sospechosa de realista que tuviese relaciones frecuentes con las de su partido; se mandó que estas se retirasen á sus casas al toque de la retreta y que los militares se presentasen inmediatamente bajo pena de la vida al ministro Zenteno; enfin hasta se exijió el certificado de calificacion del tribunal de infidencia establecido en tiempo del rey: por manera que el gobierno y la policía estaban iniciados en todos los antecedentes de cuantos podian hacer daño á sus principios.

Estas medidas, indudablemente muy severas y que al parecer demostraban debilidad en el gobierno, eran hijas del estado de incertidumbre en que se encontraba el país. A pesar de la victoria de Chacabuco, aparentemente tan decisiva, Chile no podia contar con su independencia :

se tenia buen cuidado, es cierto, de dar publicidad á los grandes resultados obtenidos por los patriotas de las otras repúblicas, exajerándolos de una manera que merece disculpa, pero tambien se conocian perfectamente los riesgos que amenazaban, y O'Higgins ponia todos los medios de hacerles frente, no solo valiéndose de artículos de periódicos, sino debilitando en lo posible al partido realista y reclutando nuevas tropas, para las que contaba ya con oficiales educados con severidad y método en una escuela militar.

Esta escuela, fundada en tiempo del gobierno revolucionario y disuelta por Ossorio, se restableció bajo una nueva base, teniendo de director al mayor de injenieros Arcos y de segundo á don Jorge Beauchef, militar francés, á quien los sucesos de 1815 llevaron á Nueva York, de donde en seguida pasó á Chile á emplear sus conocimientos y su valor en la conquista de su libertad.

Con estos dos intelijentes militares la escuela, que se estableció en el convento de San Agustin, estuvo muy pronto en disposicion de recibir una multitud de jóvenes de buenas familias, á quienes el entusiasmo de la independencia y el espíritu de la época los decidieron por el arte militar. Beauchef, como ayudante mayor, era en cierto modo el alma del establecimiento. Amante de su profesion, formado en la escuela de Napoleon y conociendo que el país tenia una necesidad imperiosa de buenos oficiales, se dedicó al desempeño de sus deberes con un afan, que le valió muchas veces los elojios de sus jefes. Severo á la par que justo y amable, era el amigo de todos aquellos jóvenes, que ejecutaban sus órdenes con mucha complacencia, por mas que no estaban acostumbrados á semejante jénero de vida. Habituado á la disciplina exijia de

sus discípulos actividad, exactitud, aseo; y para acostumbrarlos á la fatiga los llevaba con frecuencia á dar largos paseos militares con armas y con sacos á la espalda. Los buenos padres Agustinos que estaban habituados al silencio y la quietud, se admiraban de que les despertase todos los dias temprano el sonido del tambor y el ruido de los sables y fusiles (1). En el mismo edificio habia ademas una escuela para cabos y sarjentos.

O'Higgins veia con particular satisfaccion los progresos de la escuela, para la que nada economizaba. Las necesidades del país eran en aquellos momentos esclusivamente militares, y era indispensable por consiguiente crear verdaderos oficiales, sin reparar en gastos ni en las escaseces del tesoro. Para esto habia los empréstitos voluntarios ó forzados que eran en cierto modo el estado normal del sistema rentístico de la época, y tenia á su disposicion las fortunas de los realistas, de las que por derecho de represalia se podia echar mano sin escrúpulo, en justa indemnizacion de lo que su partido habia hecho contra los patriotas, como se tenia cuidado de decir en los decretos. Un ejército en ademan amenazador, reforzado con gran número de fujitivos, se hallaba acampado en el país y era necesario espulsarlo, mucho mas cuando su campamento estaba reducido á la pequeña villa de Talcahuano. Porque si se esceptua este puerto, la libertad habia conquistado todos sus derechos y su bandera ondeaba en todas las ciudades de la república. En el norte,

(1) Para dar impulso á esta escuela suprimió el gobierno los cadetes de los rejimientos, por manera que en lo succesivo no podia haber en el ejército otros oficiales que los procedentes de ella. El número de alumnos fué al principio de ciento, pero muy luego se aumentaron cincuenta. Habia pues ciento de pago y cincuenta que mantenia el gobierno, debiendo ser estos hijos de militares, etc., Diez becas estaban reservadas para cuyanos.

la espedicion de Cabot, que San Martin habia enviado del campamento de Mendoza, no hizo mas que presentarse y espulsar los pocos realistas de Coquimbo, batirlos en los campos de Barrasa y dispersarlos completamente, despues de apoderarse de muchas armas y municiones. Casi al propio tiempo el comandante Freire, enviado de vanguardia del ejército para engañar al enemigo, operar una diversion en sus rejimientos y hostigar sus avanzadas, se apoderó de la ciudad de Talca, detuvo buen número de fujitivos que se dirijian á Concepcion y se incorporó con el título de teniente coronel á la division Las Heras, destacada contra Ordoñez pocos dias despues de la victoria de Chacabuco.

Aunque el valiente Las Heras llevaba su batallon número 11 y alguna caballería para protejerle, y sin embargo de que en el camino se reforzó con la pequeña columna de tropas formada por Freire con el nombre de batallon de canarios (1), sin embargo, la seguridad de que el nuevo virey Pezuela enviaria otra espedicion contra Chile, movió á O'Higgins á concentrar en el sur una buena division para espulsar cuanto antes los últimos restos realistas y á ir en persona á activar las operaciones y tomar el mando del ejército. Antes de su salida adoptó una medida violenta, que atacaba es verdad los intereses de una clase de la sociedad, pero que en cambio debia consolidar poderosamente el principio revolucionario. Abolió todos los títulos de nobleza, en los que veia un obstáculo para la igualdad de condiciones que reclama un gobierno verdaderamente republicano.

(1) Este batallon, vestido de lienzo blanco con cuello y vueltas amarillos por falta de paño, se le conoció mas tarde con el nombre de Carampangue por la admirable accion que sostuvo á orillas de este rio.

En Chile habia dos clases de nobleza : una era la llamada de Encomienda, nacida de la conquista y espresion del sistema feudal que invadió todas las naciones de Europa, pero que en América fué siempre templado por el interés que en ello tenia el rey. Consistia en dar á los conquistadores y mas adelante á los que probaban descender de ellos ó que sus antepasados habian hecho algun gran servicio, cierto número de indios que poseian durante su vida, y que muchas veces pasaban á sus hijos para revertir ó volver despues á la corona. Se ve pues que esta nobleza era puramente un donativo, un verdadero beneficio sin privilejios ni distinciones de clase, á no ser en tiempo de guerra ó cuando se sublevaban los indios, pues entonces tenian obligacion los nobles de ponerse á la cabeza, no de sus vasallos como ellos decian, sino de sus feudos. Esta clase de nobleza, llamada *Encomienda de una ó de dos vidas*, era una esclavitud injusta y al propio tiempo peligrosa por la proximidad de los Araucanos. Duró mas de dos siglos, hasta el gobierno de don Ambrosio O'Higgins, quien siendo presidente la abolió definitivamente por su decreto de Illapel en una visita que hizo en el norte de Chile.

La otra nobleza era por el contrario esclusivamente honorífica, pues no tenia atribuciones políticas de ninguna especie ni poder alguno como corporacion. Sus rentas consistian en un mayorazgo que el agraciado tenia obligacion de fundar en el momento de su recepcion, ya sobre sus propiedades, ya sobre propiedades ó empleos comprados. Por insignificante que fuese al principio el reino ó audiencia de Chile, no por eso dejaba de tener en su seno hombres del mas elevado nacimiento, algunos grandes de España y otras muchas personas, sino no-

bles, muy distinguidas, y que por lo tanto podian aspirar á esta dignidad, pagándola. Este era tambien el medio usado jeneralmente en aquella época en todos los estados europeos para crear nuevos títulos de nobleza : fortuna cuando este espíritu de vanidad no daba por resultado favorecer viles propensiones de los gobiernos y se convertia por el contrario en beneficio del país y de las personas que aspiraban á este honor; que fué precisamente lo que sucedió en Chile, porque el dinero de los títulos se empleó casi todo en fundar la mayor parte de las ciudades y pueblos que existen hoy en la república y que concentraron á sus habitantes, entonces diseminados á grandes distancias en los campos, donde no alcanzándoles los beneficios civilizadores de la relijion y de la instruccion, vivian en una rústica ignorancia que los hacia casi inferiores á los esclavos (1).

Por aquí se ve que los títulos de estos chilenos, algunos de los cuales solo habian sido aceptados á fuerza de instancias de los presidentes Manso y Ortiz de Rosas y muchos por pura filantropía, no podian ofuscar mas que á los envidiosos que no toleran nada superior á ellos. Pero tambien es necesario confesar que estos títulos y las armas colocadas encima de las puertas de las casas, guardaban tan poca armonía con las ideas de la época y eran tan contrarias al espíritu de la revolucion, que no es de admirar que O'Higgins se considerase obligado á abolirlos, como así lo hizo por decreto de 22 de marzo de 1817. Por un singular capricho de los sucesos, completó instintivamente la obra de su padre, pues si este con-

(1) Informes de las visitas de los obispos de Santiago y de Concepcion sobre el estado miserable de los campesinos que viven dispersos en estos dos obispados, á mediados del siglo 17.

servó la nobleza honorífica, él obró con firmeza, á despecho de las murmuraciones de las personas influyentes que se vieron heridas en lo que mas apreciaban, es decir, en la privacion de sus escudos de armas que tanto lisonjeaban su amor propio, dándoles á veces una alta idea de su pretendido mérito y de su superioridad sobre los demas.

Tomada esta medida de alta importancia en las reformas sociales y despues de haber introducido mejoras en las diferentes administraciones, restableciendo los tribunales, organizando las municipalidades, etc., O'Higgins decidió su viaje; pero para emprenderlo era necesario que le reemplazase una persona de mérito, y tuvo el poco tacto de nombrar un natural de Buenos-Aires, el coronel don Hilarion de la Quintana, que aunque pariente de San Martin habia de herir necesariamente la susceptibilidad nacional de los Chilenos y dar pábulo á la envidia y á la crítica. El descontento del amor propio lastimado fué tan jeneral, que O'Higgins no debió despreciarlo, antes bien ceder á las exijencias de un partido por mas que las de esta clase sean muchas veces injustas; pero esto hubiera sido manifestar debilidad, y ni su carácter ni la severidad que queria imprimir á su administracion se lo consentian : se hizo pues sordo á las murmuraciones de los quejosos, y el 15 de abril se puso en marcha acompañado del ministro de la guerra Zenteno.

Aunque su intencion era dirijirse cuanto antes al sur, donde las Heras habia tenido un encuentro ventajoso el 5 del mismo mes en los campos de Curapaligue (1), sin

(1) Luego que Ordoñez supo la aproximacion de Las Heras, no pudiendo refrenar su carácter guerrero, salió á su encuentro á detener su marcha y á batirlo. Para esta espedicion tuvo que tomar todos los soldados de la Quiriquina que custodiaban los presos políticos, y al verse estos libres de sus guardianes, construyeron balsas y á los ocho dias, es decir el 12 de abril, consiguieron salvarse en número de doscientos lo menos en las aguas del Tomé.

embargo se detenia en todos los pueblos por donde pasaba á revistar los rejimientos de milicias que estaban en disposicion de poderse mobilizar al primer aviso, y á examinar el estado de las municipalidades recientemente organizadas. En Talca, donde se hallaba el 24, decretó un empréstito estraordinario de 600,000 pesos, cuya tercera parte debian pagar los habitantes de los pueblos del norte de Santiago desde Melipilla hasta Copiapó, pero suspendió su cobro á consecuencia de la contribucion mensual y jeneral que exijió su sustituto en el gobierno don Hilarion de la Quintana.

CAPITULO XLVII.

Los fujitivos de Chacabuco van á Lima, y Pezuela los envia á Talcahuano. — Ordoñez ataca á Las Heras en Gavilan y es batido. — Llega O'Higgins al campamento de los patriotas. — Establece su cuartel de invierno en Concepcion. — Toma de Nacimiento por Cienfuegos y Urrutia. — Accion de Carampangue y toma de Arauco por Freire. — Institucion de la lejion de mérito. — Declaracion de la independencia. — Se establece un tribunal de alta policía unido á la intendencia. — Don Hilarion de la Quintana renuncia el supremo poder que ejercia interinamente, de resultas del descontento que escita en la capital. — Nombramiento de una junta, cuyos poderes se reasumen á poco tiempo en una sola persona. — Trabajos de esta junta.

Mientras que O'Higgins estaba en marcha para unirse con Las Heras, Ordoñez, que seguia arrinconado en Talcahuano, recibió un refuerzo de tropas procedentes de los restos del ejército de Marco.

Estas tropas, embarcadas, como ya hemos dicho, en desórden y á toda prisa en los buques hallados en el puerto de Valparaiso, iban á Talcahuano á disposicion de Ordoñez; pero habiendo manifestado los capitanes que el agua y los víveres eran en corta cantidad para tanta jente, forzoso les fué tomar el rumbo de los vientos favorables y dirijirse al norte para desembarcar en sitio donde pudiesen proveerse de todo lo que les hacia falta.

El primer puerto que vieron fué el de Coquimbo, que suponian en poder de los realistas, y como ademas el número de soldados embarcados era suficiente para vencer cualquiera resistencia en caso de necesidad, echaron muchas lanchas al agua para acercarse á la costa. Avanzaban con completa confianza, cuando en medio del tumulto y alarma de los habitantes de Coquimbo, le ocurrió

al padre dominico Llamas, de Buenos-Aires, tirar un cañonazo á las embarcaciones que se aproximaban y á esta feliz inspiracion se debió que la alarma cundiese al enemigo, que se alejó á toda vela de aquellas aguas.

Entonces el brigadier Olaguer Feliu, que por ser el oficial de mas graduacion habia tomado el mando en la retirada, dispuso ir al puerto del Huasco. Aunque sabia que estaba muy poco habitado, creyó prudente que bajasen a tierra doscientos soldados á las órdenes de Maroto, y gracias á este alarde de fuerza, pudieron hacer tranquilos la aguada necesaria y apoderarse de muchos carneros para el consumo del viaje.

Si el delirio no se hubiese apoderado de las cabezas de estos fujitivos, es probable que una vez provistos de todo lo necesario, se hubieran hecho á la vela en direccion al sur, para reunirse á Ordoñez, organizar con todas estas tropas reunidas la resistencia, y quizá tomar la ofensiva en razon á su número y á los muchos partidarios con que contaban en la provincia. Esta fué la opinion de algunos oficiales, pero en consejo de guerra se decidió lo contrario, resolviéndose tomar el rumbo del Callao.

El virey Pezuela los recibió con todo el desden que merecia su vergonzosa huida : no solo no les permitió aproximarse á Lima, sino que mandó preparar inmediatamente barcos para reembarcarlos y enviarlos al puerto de Talcahuano, que era el que ellos debieron haber elejido por punto de retirada.

Eran estos soldados los que habian llegado á Talcahuano en número de mil seiscientos, inclusos los que se incorporaron en el Callao. Con la reunion de estas tropas y las que Sanchez habia llevado de Chillan, Ordoñez con-

taba con dos mil seiscientos veteranos próximamente, y era demasiado valiente y atrevido para no intentar un golpe de mano contra los patriotas.

Un mes antes, esto es, el 5 de abril, hubo un pequeño encuentro entre una fuerte vanguardia de Ordoñez mandada por el mayor Campillo, y las avanzadas de Las Heras; y aunque las ventajas obtenidas por los patriotas, que quedaron dueños del campo, no fueron muy grandes, dieron sin embargo por resultado hacer desguarnecer la isla de la Quiriquina y facilitar la evasion de los muchos patriotas que estaban allí presos (1). Por lo demas, esto solo fué el preludio de un combate mucho mas importante que tuvo lugar muy poco despues.

Era el 5 de mayo. Las Heras estaba acampado en las alturas del cerro del Gabilan, en frente del pequeño cerro de Chepe. Ordoñez cargó sobre él con todo el ímpetu del primer ataque; pero habiendo sido rechazado, se rehizo en un sitio no muy distante y cargó segunda vez con los cazadores que iban á la cabeza de las columnas, mientras dos piezas colocadas en la cima del cerro de Chepe, metrallaban á la infantería. No fué mas feliz este segundo ataque, gracias á una admirable carga de los granaderos de caballería, que sable en mano cayeron sobre los cazadores enemigos, y los batieron hasta el pié del referido cerro, bajo el fuego de sus cañones. Entonces Freire, que succesivamente habia ido de la Merced á la Alameda á hacer frente á las diversas maniobras del enemigo, se coloca á toda prisa en el lado en que la artillería causaba mas daño, mata con una de

(1) No parece sino que O'Higgins tenia la habilidad de saber engañar á su adversario escribiendo planes finjidos á sus amigos en la persuasion de que estas cartas irian á pasar á manos de algun realista, que fué lo que esta vez sucedió con Ordoñez.

sus pistolas al artillero que iba á hacerle fuego, se apodera de las dos piezas y pone en completa derrota primero á los artilleros que las servian y despues á la mayor parte del ejército enemigo á quien batió en retirada sobre Talcahuano. El resto, temiendo ser cortado por el batallon de granaderos que mandaba el impetuoso teniente don Manuel Medina, se retiró por el mismo lado, perseguido por los granaderos de caballería, por los tiraderos que habian hecho frente á las nueve lanchas cañoneras y por muchas compañías á las órdenes del sarjento mayor don Enrique Martinez. El comandante don Cirilo Correa, á quien O'Higgins envió inmediatamente con la division número 7, alcanzó á tomar parte en el perseguimiento (1).

O'Higgins llegó poco despues y dió la enhorabuena al valiente Las Heras por la accion, que fué muy favorable á la patria, pues se cojieron tres cañones, doscientos tres fusiles, muchas municiones, etc. Habiendo tomado el mando del ejército, fué á acampar delante de Talcahuano con ánimo de intentar un asalto; pero desgraciadamente lo avanzado de la estacion y los muchos temporales deshechos le obligaron á retroceder á Concepcion para establecer allí sus cuarteles de invierno.

Aprovechó este tiempo de descanso en instruir y disciplinar con todo el esmero que exijia el peligro de la patria, á una parte del ejército que verdaderamente no habia aprendido á batirse mas que el dia de la batalla. De cuando en cuando se ponian en marcha muchas compañías, tanto para batir á los realistas, como para acostumbrarse á la disciplina y á la fatiga. El enemigo ocu-

(1) Segun algunos autores realistas, el coronel Morgado fué el que tuvo la culpa de esta derrota, porque estuvo inmóvil con la caballería sin hacerla maniobrar.

paba toda la línea sur del Biobio y era necesario desalojarle y quitarle las dos fortalezas de Nacimiento y de Arauco, muy importantes ambas para tener á raya á los indios. Al capitan don José Cienfuegos, que habia dejado á Las Heras en Maule para ir á tomar el mando de los Angeles ya ocupado por el capitan Urrutia, se le encargó la toma de Nacimiento, y el 14 de mayo se presentó á su frente con la firme resolucion de hacerse dueño de ella. El capitan Urrutia, con veinte y cinco hombres de vanguardia, se puso en camino por la noche y llegó sin ser apercibido á los alrededores del pueblo, que bloqueó para impedir la entrada de los caballos en el fuerte. Mientras la accion, don Domingo Urrutia, confiado en el mucho polvo que habia, tomó ocho soldados y prometió apoderarse del fuerte dirijiéndose á la puerta, aunque estaba defendida por tres cañones. Sus amigos quisieron disuadirle, pero él escuchando solo el instinto del denuedo, marcha con sus valientes compañeros y recibe casi á quema ropa una descarga de metralla, que le mata tres soldados, hiere otros muchos y le obliga á retroceder con un brazo fracturado, que fué necesario amputarle. Suceso triste para este puñado de hombres que tenian la mayor confianza en el arrojo de su capitan, pero que no les hizo desistir del ataque, antes bien continuaron el bloqueo del fuerte hostigando á los realistas desde el alto de las casas en que se habian apostado. El combate duró así todo el dia, continuó por la noche aunque menos vivo, y al siguiente los sitiados, no pudiendo proveerse de agua, se vieron en la necesidad de rendirse.

Despues de este triunfo, corto pero bastante interesante, porque de sus resultas tuvo que retirarse tambien

la guarnicion de la plaza de Santa Juana, dejando toda la línea del Biobio en poder de los patriotas, Cienfuegos marchó sobre Arauco á reunirse á Freire, encargado de tomar esta plaza.

Encontráronse cerca de Colcura en momentos en que una lluvia, que caia á torrentes, hacia fatigosa su marcha aunque no la detuvo. Cuando Freire llegó al rio Carampangue encontró al enemigo atrincherado en la márjen opuesta. Este rio profundo, bastante ancho y sin ningun vado, le ofrecia grandes dificultades para pasarlo, pero no de tal magnitud que arredrasen á un guerrero como él; y poniendo en juego un ardid, dejó una compañía al mando del capitan de las milicias de Talca don Francisco Espejo con órden de engañar al enemigo, haciéndole creer que los patriotas continuaban en el mismo sitio, para lo cual favorecia mucho la obscuridad de la noche. Tomadas sus disposiciones, se va un poco mas arriba con los demas soldados, hace que monte un infante á la grupa de cada granadero de caballería, y dando el primero el ejemplo de audacia, se arroja al rio que atraviesa á nado y se encuentra á muy poco en posicion de hacer frente al enemigo, que le ataca con furia, pero á quien él rechaza y derrota completamente, matándole unos treinta hombres. Su pérdida fué sobre la mitad de este número, la mayor parte ahogados al pasar el rio, entre otros su asistente y el oficial don Vicente Muñoz (1).

Dueño del campo de batalla y no teniendo nadie á quien batir, Freire se fué á Arauco, que encontró com-

(1) He oido decir á don Rafael Freire que al pasar el rio, su hermano don Ramon por salvar un infante cayó del caballo y la corriente le llevó adonde estaba el enemigo; pero que le valió un soldado, que no conociéndole, le dejó que se marchara.

pletamente abandonado por los realistas, porque unos se habian embarcado para Talcahuano y los otros, bajo la direccion de Pinuel, habian marchado en compañía de gran número de indios por el lado de Tubul. Reposaban estos tranquilamente en la noche del 31 de mayo, cuando Freire fué á sorprenderles, y á hacerles sentir una pérdida mucho mayor que la del dia antes en Carampangue. Pinuel fué herido mortalmente, pero pudo embarcarse para Talcahuano, donde murió : sus compañeros se salvaron por tierra de indios y se dirijieron por el lado de Nacimiento. En cuanto á Freire, volvió al cuartel jeneral, adonde le llamaban los mas importantes asuntos, dejando al capitan Cienfuegos de comandante de esta plaza (1).

Mientras la provincia de Concepcion y la frontera eran teatro de una multitud de pequeños encuentros ó escaramuzas, útiles porque se habituaba el soldado á la disciplina y á la fatiga, O'Higgins se ocupaba en crear una distincion que patentizase á la nacion la bizarría y los altos hechos de los conquistadores de la libertad chilena. Por lo mismo que habia abolido la nobleza hereditaria, en la que la casualidad constituia todo el mérito de sus individuos, quiso reemplazarla con otra personal, cuyo objeto fuese recompensar no solo el valor, sino tambien el talento; y hé aquí el oríjen de la lejion de mérito que se instituyó por decreto de 19 de junio de 1817, y á la cual podian aspirar todos los que hubiesen hecho al-

(1) Algun tiempo despues los indios, con pretesto de hacer la paz, propusieron á Cienfuegos que fuese á tratar con ellos, y apenas llegó lo mataron á él y á todos sus soldados y milicianos, escepto unos cuantos que llevaron la noticia á Arauco : á algunas personas les dejaron que se salvasen y á don Luis Rios que se escondiera. Esto obligó á hacer otra espedicion, que tambien mandó Freire, quien apoderado segunda vez de Arauco, tuvo á los pocos dias otra en Tubul,

gun servicio al país, fuesen paisanos ó militares, perteneciesen á la clase alta ó á la de los plebeyos (1).

No cabe duda en que una distincion para todo hombre de mérito es una recompensa digna de las grandes naciones, porque el honor es el principio de todo lo grande que se hace en el mundo ; y remunerar este honor con una cruz, una cinta, es economizar los fondos del tesoro público y escitar una jenerosa emulacion en todas las clases de la sociedad. Pero ¿se encontraba Chile en el caso de crear semejante institucion? De ninguna manera ; y no porque estuviese rejido por un sistema republicano, pues en los mismos Estados-Unidos, á pesar de que la órden de Cincinato fué en algun modo sofocada en su cuna, la democracia á medida que se hacia rica usurpaba títulos y blasones que ha conservado con gran vanidad. Pero en Chile la poblacion era tan corta y el gobierno tan popular y en relaciones tan íntimas de amistad y parentesco con la masa de los habitantes, que no podia menos de haber desde un principio numerosos abusos, bastantes para desprestijiar la institucion y jeneralizarla hasta el punto que perdiese todo su mérito, especialmente luego que dejasen de pagarse las pensiones con que se dotó. Esto fué lo que sucedió en efecto, y desde entonces cayó esta distincion para no volver á levantarse.

Otro acto de grande importancia siguió al de la creacion de la lejion de mérito : la declaracion de la inde-

(1) Se componia de grandes oficiales con 1,000 pesos de pension, oficiales con 500, suboficiales con 250. Gozaban un fuero particular en virtud del cual si cometian algun delito, solo podian ser juzgados por sus iguales. El principal objeto de la institucion era abrir un camino glorioso á las acciones brillantes, á los grandes talentos y á las altas virtudes. Véase el decreto del gobierno publicado en aquella época.

pendencia, tan vivamente deseada por los buenos patriotas del país.

La República chilena existia de hecho, pero no habia sido sancionada por una de esas declaraciones solemnes que se dirijen como testimonio de fidelidad á todas las potencias del globo, y que dan derecho á un reconocimiento público, ó por lo menos á relaciones políticas, sobre todo de parte de aquellos paises que han estado ligados por algun tiempo con relaciones comerciales, garantidas por una neutralidad públicamente reconocida. Ya Buenos-Aires habia llenado este deber y proclamado en una acta legal su separacion completa y absoluta de España, acta que O'Higgins mandó publicar en el ejército acampado á la sazon cerca de Mendoza, en medio de fiestas de toda especie, fiestas que se repitieron el dia del aniversario en todos los pueblos de la república.

Chile no podia ser indiferente á un ejemplo dado por Buenos-Aires que habia sido acojido con tanto júbilo. Aunque su posicion no era igual á la de esta república, la cual desde el principio de la revolucion no vió mas á los realistas sino es en sus fronteras, podia sin embargo en medio de sus triunfos militares aspirar á esta manifestacion. Una revolucion no es mas que un movimiento político que tiene sus leyes con las cuales se aprecia al cabo de algun tiempo su causa final, y no era difícil predecir en vista de los progresos que hacia la libertad en el espíritu de los chilenos, el momento en que todos los realistas serian espulsados de Chile. Esto permitia adelantar la época de la proclamacion de la independencia, por mas que el estado de guerra que aun duraba, presentase dudosos los resultados de la lucha y fuese por consiguiente una razon mayor para retraer á los gobier-

nos de su reconocimiento. Sin embargo, como grandes atenciones habian impedido hasta entonces la reunion de un congreso, no obstante que muchos patriotas la reclamaban sin cesar, el gobierno quiso que el pueblo entero legalizase la declaracion, ó que al menos manifestase su voluntad; y los rejistros que se abrieron en todas las municipalidades dieron á conocer bien pronto su gloriosa aprobacion por el gran número de firmas con que se cubrieron. Ya entonces no encontró O'Higgins impedimento para la declaracion y el 1° de enero de 1818 la firmó con todos sus ministros. El dia de la proclamacion debia ser un dia demasiado memorable para no honrarlo con algun gran recuerdo, y se elijió el 12 de febrero, aniversario de la victoria de Chacabuco. En este dia se promulgó el acta de la independencia en todos los pueblos de la república, y se celebró con fuegos, iluminaciones y otros festejos dignos de tan glorioso suceso.

Esto se hacia en el sur: en el norte, es decir en Santiago, las administraciones no eran menos exijentes, porque se necesitaba rehacerlo todo, crearlo todo, y por desgracia el hombre que se hallaba interinamente á la cabeza del gobierno no podia satisfacer el carácter chileno, demasiado nacional para no considerarse humillado de que gobernase el país un hijo de Buenos-Aires.

Por una reunion de circunstancias independientes de la voluntad de la nacion, Chile, como ya hemos visto, no tenia influencia ninguna en Buenos-Aires, ni en las ideas ni en el jiro de los negocios. Y no porque no hubiese contribuido en cuanto pudo á la libertad de su vecina y á su ilustracion, puesto que en aquel momento mismo el mejor periódico que se publicaba en la república, el Censor, lo redactaba el célebre don Camilo Enriquez, y el

ejército de Tucuman contaba una multitud de soldados chilenos, que por cierto estaban diseminados en todos sus batallones, cuando por consideracion á un aliado tan íntimo debian haberse reunido en un solo cuerpo con el título de tropas auxiliares. No se hizo así sea por indiferencia ó por motivos políticos, y sus servicios pasaban desapercibidos, mientras que en Chile desde que empezó la revolucion, una multitud de naturales de Buenos-Aires, de mucho mérito es verdad, ocuparon siempre empleos superiores y con mas razon en aquel momento, en que su título de libertadores les daba un ascendiente mucho mayor, aunque susceptible al propio tiempo de despertar mas que nunca los antiguos zelos. Así don Hilarion de la Quintana, apoyado solamente por muy corto número de personas, tuvo desde el principio enemigos muy tenaces, entre ellos todos los que no veian bastante liberal al gobierno, y especialmente los partidarios de Carrera, de quien era entonces representante el jóven Rodriguez. El espíritu de oposicion que manifestaban estas personas hirió la susceptibilidad del delegado, y por un decreto fechado el 7 de agosto de 1817, mandó prender á muchas so pretesto de que conspiraban (1).

Lo que tambien perjudicaba mucho á la administracion de Quintana era que tenia que proveer á las necesidades del momento. Las rentas continuaban en la mayor decadencia; ni el comercio, ni la agricultura, ni las minas hacian progresos sensibles; y en tales circunstancias era muy difícil no recurrir á empréstitos forzosos, requisiciones arbitrarias y exacciones de todo jénero. Resta-

(1) Cuando fué separado del gobierno don Hilarion de la Quintana, la junta que le reemplazó, no encontrando otro motivo para el arresto de estos celosos liberales que una medida de precaucion, los mandó poner en libertad.

bleció los impuestos de 13 de mayo de 1815, 5 de febrero y 2 de noviembre de 1816 establecidos por Ossorio y Marco, y tras el empréstito de 400,000 pesos vinieron las contribuciones mensuales, los secuestros á los emigrados y la órden de que todo el que tuviese dinero ó efectos pertenecientes á estos, lo declarase. Habiendo llegado á Coquimbo uno de los buques de don Miguel Carrera cargado de fusiles y otras armas, se abrió una suscripcion para comprarlas, y como siempre sucedia, todos los tachados de realismo, ya por prudencia ya por fuerza se presentaron los primeros, maldiciendo por supuesto al autor de la suscripcion. Quintana no perdonaba medio para proporcionarse recursos, empleando como acontece siempre en circunstancias semejantes la arbitrariedad, la pasion, la violencia: y se le acusó entonces de que parte del dinero lo enviaba al gobierno de Buenos-Aires, acusacion que produjo gran efecto, porque nada hay mas crédulo que el descontento halagado (1).

Pues á pesar de todas estas recriminaciones, y de la justa irritacion que produjo la recepcion del enviado estraordinario de Buenos-Aires, el teniente coronel don Tomas Guido, que fué presentado á Quintana por San Martin y sus oficiales superiores, de manera que esta gran representacion nacional no se pasaba casi mas que con arjentinos, Quintana seguia tenaz en su puesto haciéndose sordo á todas estas murmuraciones, y no cedió á las exijencias de la opinion pública sino instado por los consejos de San Martin, que hacia poco estaba de vuelta de Buenos-Aires. Pocos dias antes, queriendo desemba-

(1) En todos los casos procuraba dar al comercio chileno una direccion que favoreciese al de Buenos-Aires, como se ve en los decretos de 9 de mayo de 1817, 14 de junio y 6 de setiembre. Muchas veces procedia contra lo prevenido en los reglamentos del comercio del país.

razar la capitanía jeneral de los asuntos relativos á robos (1) y asesinatos que hasta entonces habian sido del resorte de la policía militar, nombró un intendente mayor de la alta policía y seguridad pública, al cual subordinó todos los funcionarios de la república : medida alguna vez arbitraria, pero siempre útil en momentos de gran perturbacion social. Don Mateo Arnaldo Hœvel, uno de los prisioneros de Juan Fernandez, fué el agraciado con este empleo, que desempeñó con todo el celo que exijia su importancia. Habia visto mucho en Europa y en los Estados-Unidos y creia que su mision estaba limitada á procurar el bienestar jeneral, cuidar de la salubridad de la ciudad y protejer los intereses del individuo desde su cuna hasta el sepulcro. Pero no era esta la mira única de sus severos jefes. Al concentrar en una sola persona todas las atribuciones de la vijilancia, quisieron que ejerciese una policía mas bien política que municipal y que no solamente fuese guardian del órden, sino tambien centinela avanzado contra los ataques incesantes de los enemigos del Estado. Se necesitaba pues para este empleo una persona mas severa y mas decidida por el partido dominante, y á los tres meses fué reemplazado Hœvel por don Francisco de Borja Fontecilla.

Por la renuncia que hizo don Hilarion de la Quintana del cargo de director interino, nombró O'Higgins una junta para que le representase durante su ausencia. Esta junta se componia de tres escelentes patriotas, don José Manuel Astorga, don Francisco Antonio Perez y don Luis

(1) Los robos en aquellos momentos de perturbacion eran tan frecuentes y tan atrevidos que don Hilarion de la Quintana publicó un bando, en que se castigaba con pena de muerte el que robase por valor de mas de 4 pesos, y con doscientos azotes y seis años de carcel al que robase menos. Formulario de policia número 2.

de la Cruz, el cual fué sustituido mientras llegaba por don Anselmo Cruz.

Por el respeto que inspiraba esta junta, y mas principalmente porque habian nacido en Chile sus individuos, era mucho mas á propósito para gobernar; pero tenia que atender á tantos y tan diferentes asuntos, era en algunos tan difícil la unanimidad de pareceres, que á los pocos meses conocieron la necesidad de reasumir la autoridad en una sola mano, y á propuesta suya reunió O'Higgins los poderes de todos los miembros de la junta en don Luis Cruz (1).

En medio de tanta perturbacion, de tan repetidos cambios, no era posible que la sociedad progresase. La civilizacion necesita calma, y en el país todo era tempestad y guerra. Sin embargo habia tanto que hacer, los gobiernos de Ossorio y Marco habian desorganizado de tal manera las administraciones para doblegarse á las exijencias de la monarquía, que fué necesario borrar todo lo que pudiera ser un recuerdo de la época de la sumision. Se restablecieron, pues, los tribunales en sustitucion de la Real Audiencia, cuyos oidores habian emigrado á Lima; se restableció asimismo el Instituto, devolviéndole el carácter militar, y se aumentaron mucho los libros de la biblioteca, gracias á la jenerosidad de San Martin y á la de un polaco, don Antonio Bellina Fliupeski, quien ofreció ciento cincuenta volúmenes que tenia en Buenos-Aires (2). En la moneda, que llevaba el emblema

(1) Segun don Diego Benavente, esta junta no participaba completamente de la política de O'Higgins; y como Cruz le era mas adicto lo conservó solo, haciendo de manera que los demas se lo propusieran así. Véase el Araucano, número 185.

(2) Cuando San Martin salió para Buenos-Aires, O'Higgins le envió con un oficial 10,000 pesos para los gastos del viaje; pero él no los aceptó, suplicando al director que emplease esta suma en formar una biblioteca. Conversacion con don Bernardo O'Higgins.

de la monarquía, se estampó la columna de la libertad que conservó mucho tiempo, y queriendo el gobierno manifestarse reconocido á los jefes arjentinos, les envió fuertes sumas, que todos recibieron escepto San Martin, el cual tuvo la jenerosidad de distribuir su parte entre los oficiales del ejército. Poco despues aceptó la chacra del prófugo Beltran, que el cabildo compró al fisco, y cuyo importe se colocó por órden de O'Higgins sobre los fondos de un establecimiento público como era el Instituto.

Pero lo que mas que nada preocupó al gobierno fué el estado de la Hacienda y los medios á que era necesario apelar para cubrir el gran deficit, medios que necesariamente tenian que disgustar á los mas decididos patriotas. Las rentas estaban subordinadas á tantos sucesos, que no podia contarse ni con la mitad de sus productos; á lo que habia que agregar el contrabando, muy jeneralizado entonces á pesar de la severidad de los reglamentos, y el cultivo clandestino del tabaco, ramo en que consistia uno de los principales recursos del fisco. Tenia pues el gobierno una necesidad imperiosa de arreglar y organizar esta importante parte de la administracion, pero desgraciadamente el estado del país no le dejaba tiempo ni le proporcionaba los medios de hacerlo. Era preciso ante todo velar por la salvacion de la patria muy amenazada por el virey del Perú, y don Luis Cruz contribuyó mucho á propagar el entusiasmo y el valor entre la juventud de Santiago. Aumentó y mejoró las fortificaciones de Valparaiso, alistó á todos los jóvenes de la capital en diferentes cuerpos de milicia, que eran instruidos y disciplinados con el mayor esmero, como igualmente las milicias de las provincias; en fin, gracias á su actividad, los dos mil hombres de que entonces constaba el ejército chileno, estaban perfectamente alimentados, vestidos y equipados.

CAPITULO XLVIII.

Ordoñez fortifica á Talcahuano.— El teniente jeneral Brayer llega á Chile y es nombrado mayor jeneral.— Marcha luego al ejército de O'Higgins.— Asalto de Talcahuano funesto para los patriotas. — O'Higgins se retira con su ejército y se reune al de San Martin. — Llega una nueva espedicion enviada por el virey del Perú á las órdenes de Ossorio.— Se le incorporan las tropas de Ordoñez. — Sale para el norte. — Primo Rivera llega hasta Curico con su division de vanguardia y repasa el rio Lontue al aproximarse el ejército de San Martin. — Escaramuza entre Freire y Primo Rivera en Quechereguа. — Los dos ejércitos, en marcha para Talca, acampan en Cancharayada. — Derrota del ejército patriota. — El coronel Las Heras salva el ala derecha del ejército. — Su brillante retirada. — Honorífico recibimiento de esta division en el campamento de Maypu.

O'Higgins cometió una grave falta en no atacar formalmente á Talcahuano en cuanto se incorporó al ejército. Entonces esta ciudad, aunque defendida por la naturaleza, tenia lados débiles que se prestaban á un asalto fácil. Cualquiera menos irresoluto que él hubiera aprovechado esta ventaja, sin dar tiempo al enemigo á hacer en su recinto todas las obras de defensa y seguridad que un hombre como Ordoñez era capaz de llevar á cabo (1).

Ordoñez en efecto, aprovechando esta inaccion y el regreso á Concepcion del ejército enemigo, se dedicó con la actividad febril y la intelijencia que le caracterizaba, á fortificar los puntos que podian ser atacados; y para dar mayor impulso á las obras mandó que trabajasen en

(1) At the time we arrived (24 de agosto de 1817) Talcahuano was, comparatively speaking, unfortified, and from that time to the day of the attack, almost every man, woman and child were impressed to work on the fortifications.— With one thousand determined troops, the place would easily have been taken; and to have made their attack just at the time that the last of their works of defence were complete and in order, is perfectly inexplicable, and has been the theme of wonder to us all. Journal of a residence in Chili, pájinas 42 y 43.

ellas todos los habitantes de la ciudad, hombres, mujeres y niños; por manera que á los pocos meses la plaza quedó rodeada de fosos y empalizadas, y las alturas coronadas de baterías suficientes á contener con ventaja el asalto de los patriotas, que iba á dirijir un jeneral francés.

Este jeneral era don Miguel Brayer, teniente jeneral de Napoleon, á quien los sucesos de 1815 y sus opiniones avanzadas desterraron de Francia, habiéndose retirado á los Estados-Unidos, esta nueva patria de la libertad. Buscando á poco tiempo un clima mas favorable á sus heridas, fué á Buenos-Aires, y de allí pasó á Chile sin mas objeto que emplear en la conquista de su independencia las cortas fuerzas que le quedaban. Se hablaba mucho por entonces de una nueva espedicion del virey del Perú contra Chile, y como se ignoraba á qué punto se dirijiria, San Martin formó un campamento en la hacienda de las Tablas cerca de Valparaiso, para batir al enemigo si desembarcaba en estos parajes, y al propio tiempo para instruir y disciplinar los nuevos reclutas que habia en el ejército. El jeneral Brayer fué al campamento á hacer una visita al jeneral en jefe : su clase, su bella fisonomía, noble y militar á la vez, y sus antecedentes le habian valido una acojida distinguida de numerosas personas, y San Martin lo admitió en el ejército, nombrándolo mayor jeneral de su division. Muchos oficiales de San Martin aspiraban á este empleo, para el que decian reunir mas méritos que el agraciado; y esto produjo murmuraciones envidiosas. Por otra parte el nuevo jefe tenia que entrar, por la naturaleza de sus funciones, en todos los detalles administrativos de los rejimientos; y deseando hacer este trabajo con la severidad que habia aprendido en el ejército francés, introdujo reformas que

pugnaban con las preocupaciones y á veces con los intereses de muchos oficiales, y que por lo tanto eran criticadas en tono poco respetuoso. El mismo San Martin, incomodado por la familiaridad con que le trataba su subordinado, no tardó en entrar en el número de los descontentos, y le envió con el mismo destino á la division O'Higgins.

No fué mas afortunado Brayer en su nueva posicion, pues tampoco agradaron sus reformas á sus nuevos oficiales. Quizá habia en ellas ideas demasiado europeas, poco convenientes acaso en un país, en que la manera de vivir del soldado y casi tambien la de batirse, era muy distinta. Sin consultar mas que su celo y su vivo amor á las armas, queria instantáneamente imprimir al ejército el continente guerrero, que solo el tiempo es capaz de dar; al efecto pasaba revista con mucha frecuencia, cuidaba con gran escrupulosidad de la disciplina y sobre todo del bienestar de los soldados, que se hallaban á merced de administradores bastante interesados.

Pasada la estacion de las lluvias, O'Higgins se dispuso á preparar un asalto á Talcahuano, último asilo del trono en el Chile central. El jeneral Brayer fué el encargado, como mayor jeneral, de hacer un reconocimiento para elejir el campamento del ejército, compuesto de unos mil quinientos hombres, y este se puso en marcha al dia siguiente para ir á ocuparlo. Su distancia á Talcahuano era de un tiro de cañon de á veinte y cuatro, que no podia sin embargo hacerle daño; pero su flanco izquierdo, enfrente de la bahía de San Vicente, estaba mas amenazado por las chalupas cañoneras y un bric, el Potrillo, que estacionaban en ella; lo que obligó al comandante Borgoño á colocar en la costa algunas piezas de á cuatro que

con unos cuantos tiros bien dirijidos, alejaron para no volver á aparecer estos elementos de inquietud. Quedó, pues, el ejército dueño del campo, y ya no se pensó mas que en disponer un ataque bien ordenado. Con objeto de engañar al enemigo iba todas las noches una compañía de cazadores á causar alarmas falsos, lo cual duró hasta el 6 de diciembre, dia señalado para el asalto, y muy á propósito, porque el viento norte que soplaba no permitia la salida de la Venganza y el Potrillo, únicos buques de que los realistas podian disponer en caso de fuga.

Con arreglo al plan adoptado, una parte del ejército al mando de Las Heras, debia ir por la derecha á atacar el Moro, que era el punto mejor fortificado y el mas importante; otra parte, mandada por Conde, debia dirijir el ataque por el lado de la bahía de San Vicente, y ademas por el del campo santo : por último la caballería, á los órdenes de Freire, debia esperar la toma del puente levadizo para echar abajo las puertas y entrar en la ciudad. Beauchef, que de ayuda de campo del jeneral Brayer habia pasado de mayor al rejimiento número 1 de resultas de una revolucion contra su comandante Riveras, era el encargado de la primera columna que debia atacar el Moro, y por consiguiente la que tenia que dar prueba de gran valor, porque la victoria dependia de la toma de aquel punto y del puente levadizo. Al conferirle tan peligrosa comision se le dió una prueba de la confianza que inspiraba su denuedo y su sangre fria.

Pero los incidentes tan comunes en las combinaciones de un ataque, se ofrecieron esta vez de mil maneras, empezando porque algunas compañías se retrasaron en presentarse en sus puestos. Tenian órden de estar prontas antes de las dos de la mañana para emprender la marcha,

y á las tres la columna encargada del ataque del Moro solo habia reunido tres compañías : mas aunque faltaba la 4ª del rejimiento número 3, el comandante se puso en movimiento, aguijoneado por el deseo de distinguirse en su primer mando, y de demostrar que era digno de la buena opinion que se tenia de él. A la mitad del camino una bala de veinte y cuatro disparada sin objeto y como se hacia casi todas las noches, les hizo creer que estaban descubiertos; pero no por eso dejaron de seguir adelante y llegaron al borde del primer foso, habiendo recibido una descarga de unos doscientos fusiles que pusieron una veintena de hombres fuera de combate. Beauchef, para dar ejemplo, se arrojó en el foso, y seguido de gran parte de su columna fué el primero que empezó á escalar los muros, en cuya operacion se ayudaban los unos á los otros, y en seguida á derribar la estacada para penetrar en lo mas alto del Moro, que mandaba don Clemente Lantaño. Se ocupaba en la demolicion con el afan impetuoso que hace desaparecer toda resistencia, cuando algunos realistas en medio de la confusion en que un ataque tan imprevisto les habia puesto, fueron por allí casualmente é hicieron una descarga á quema-ropa sobre aquel puñado de valientes, de la que murieron muchos, entre otros el capitan Videla del undécimo. El mayor Beauchef fué gravemente herido en la espalda y solo le quedaron fuerzas para animar á sus bravos compañeros, que muy luego penetraron en la trinchera y se hicieron dueños de ella, auxiliados por el capitan don José María de la Cruz, que fué uno de los primeros que entraron, y por los granaderos que acababan de reunírseles. Desgraciadamente el comandante de estos granaderos no estaba enterado, como Beauchef, de que aun

habia que vencer otro foso para llegar al puente levadizo; y cuando se encontró con un obstáculo que ignoraba, y con que era necesario nuevo esfuerzo de audacia para superarlo, se turbó algun tanto y vaciló, circunstancia que aprovecharon los realistas para tomar la ofensiva. En el mismo momento el valiente Ordoñez, que desde que empezó el asalto se habia hallado en los sitios de mas peligro, tomó el mando de este punto tan comprometido, y con su terrible habilidad consiguió al cabo de dos horas de un combate tenaz, dispersar los patriotas y metrallarlos mientras se retiraban en buen órden á su campamento. El ataque de Conde sobre el flanco izquierdo no fué mas feliz, como tampoco el de las lanchas enviadas á la bahía de San Vicente á las órdenes de Manning, no obstante que se apoderaron de un lanchon con una pieza de á diez y ocho, cuyos soldados fueron pasados á cuchillo.

Tal fué el resultado de este ataque, en el que los patriotas llevaron al principio toda la ventaja, hasta el punto de levar anclas los oficiales de la Marina real y enviar marinos á los buques estranjeros embargados, para ayudarles á hacer lo mismo con las suyas y recibir los fujitivos que creyeron no tardarian en presentarse (1). Unos y otros se batieron con valor admirable; y si con razon los patriotas atribuyeron principalmente su desgracia al retraso de una hora con que las primeras columnas empezaron el movimiento, es necesario confesar tambien que contribuyeron mucho á ella el talento y el arrojo de Ordoñez. Aunque hacia tiempo que los sitiadores finjian ataques, este intrépido coronel no se ocupaba de ellos

(1) Journal of a residence in Chili, p. 37. Su autor se hallaba en uno de los buques de comercio norte-americanos embargados por disposicion de Ordoñez.

gran cosa, porque sabia que eran poco temibles mientras durase la luna; pero luego que faltó esta no se acostó mas, y hacia dos noches que las pasaba levantado cuando con su instinto militar adivinó que era formal el que se daba en aquel momento. Comunicó entonces varias órdenes á su secretario Rueda, con quien estaba hablando, para que las llevase al teniente de artillería Ballona y al capitan de injenieros Alvarez, y montando á caballo, recorrió toda la línea para reanimar con sus palabras y su sangre fria el entusiasmo de los soldados. En el tiempo que duró la accion pasaba de una batería á otra, encargando en todas á los artilleros que dirijiesen bien la puntería, indicándola él mismo ya por uno ya por otro lado, y estando con gran calma en medio de las balas que llovian de todas partes (1).

A pesar de este contratiempo, en qué perdieron los patriotas sobre unos trecientos hombres y otros tantos los realistas, O'Higgins pensaba en renovar el ataque por el lado de San Vicente, cuando le avisó su subdelegado de Santiago don Luis Cruz, que una fuerte espedicion enviada por el virey Pezuela, se estaba haciendo á la vela y que probablemente se dirijiria á San Antonio. Esta noticia, que no le cojió de sorpresa porque todos los dias la estaba esperando, le decidió á marchar cuanto antes al lado de San Martin con objeto de reunir su ejército con el de este; y á los pocos dias, despues de inutilizar las fortificaciones, etc., que habia construido, salió acompañado de los habitantes comprometidos, abandonando la ciudad de Concepcion á todos los escesos del desórden.

La espedicion enemiga llegó en efecto á las costas de Chile y desembarcó en Talcahuano á los pocos dias de la

(1) Conversacion con don José Ruedas.

salida de O'Higgins. Se componia de tres mil quinientos hombres perfectamente provistos de todo, con una paga adelantada y embarcados á bordo de nueve buques de grandes dimensiones que escoltaba una fragata. El mando de este ejército debió darse sin disputa á Ordoñez, que pasaba con razon por uno de los mejores oficiales de la América del sur y que habia dado tan brillantes pruebas de valor é idoneidad, sosteniéndose con escasas tropas en una plaza débilmente fortificada; pero Pezuela queria protejer á Ossorio, con quien habia casado una hija, y ademas el consulado de Lima, que pagaba gran parte de los gastos de la espedicion, lo preferia, no tanto por sus antecedentes, como porque se estaba en la intelijencia de que habia dejado buena memoria en Santiago, que su nombre era allí muy popular y que nadie conocia mejor que él los asuntos del país. Estos fueron los motivos que tuvo Pezuela para nombrarle jefe de la espedicion, y el 4 de diciembre de 1817 le dió sus instrucciones reducidas á que obrase rápidamente contra el ejército sitiador, y si era batido como debia suponerse, se reembarcase con el suyo sin pérdida de momento, bajando á la costa de San Antonio para echarse repentinamente sobre Santiago, y destruir las tropas que allí hubiese (1). El 9 de diciembre este ejército salió del Callao, llevando consigo los fondos necesarios para subsistir en los primeros meses de la campaña. Para indemnizar á Ordoñez del desaire, Pezuela le envió el nombramiento de brigadier, ofreciéndole el de capitan jeneral de Chile si las circunstancias permitian á Ossorio atravesar las cordilleras y llevar la guerra al centro de la República arjentina: sin embargo, Ordoñez concibió resentimiento por Ossorio, y empezó á

(1) Manifiesto de don Joaquin de la Pezuela, p. 97.

estar con él en mala intelijencia, lo cual habia de redundar necesariamente en perjuicio de la espedicion.

Como la mitad casi de las tropas que llevaba Ossorio no estaban fogueadas, porque eran soldados recien reclutados en los alrededores de Arequipa, luego que desembarcó, se dedicó á darles alguna idea de disciplina y del manejo del arma; y mientras tanto andaban por todas partes hombres del país y soldados buscando caballos para montar la caballería. Habian dejado tan pocos los patriotas que no pudieron encontrar los necesarios, lo cual no fué obstáculo para que marchasen en persecucion de los patriotas, á quienes segun lo que habia escrito Ordoñez á Pezuela, se les debia indefectiblemente batir y dispersar. Sin embargo, la intencion de Ossorio no era pasar el Maule desde luego, sino solo tener esta línea y establecerse en los pueblos inmediatos, con objeto de acabar de disciplinar sus tropas y hacer nuevos reclutas para no tener una fuerza numérica inferior á la de los patriotas. Ordoñez, por el contrario, dispuesto siempre á obrar y ansioso de llegar á las manos con un ejército al que creia haber humillado, opinaba que era necesario ir adelante, pasar el rio y disputar la posesion del país en las inmediaciones mismas de la capital. Primo Rivera participaba de esta opinion, como tambien otros muchos oficiales, por lo que se decidió pasar el rio y el 3 de marzo quedó acantonado todo el ejército en la ciudad de Talca. Este ejército se componia de cuatro mil seiscientos cincuenta hombres, ademas de ciento cincuenta artilleros con doce cañones de corto calibre.

Pezuela cometió la falta de confiar el mando de la division á Ossorio, y este la de dejarse guiar de los consejos de hombres temerarios, pues como jeneral responsable

debió conducirse con prudencia y aguardar en Concepcion los dos mil hombres de buenas tropas que se esperaban muy pronto. Porque si los realistas estaban ansiosos de llegar á las manos con los patriotas, estos no lo deseaban menos, y así lo demostraban sus movimientos.

Las dos divisiones de su ejército, fuertes en todo de nueve mil hombres próximamente con treinta cañones y dos obuses, reunidas en San Fernando como San Martin lo habia dispuesto, se pusieron en marcha el 13 para salir al encuentro de estos temerarios. Cuando el 14 por la tarde llegaron al rio de Teno, supieron por las descubiertas que el enemigo estaba en Curico y por consiguiente á dos leguas de su campamento, lo que obligó á San Martin á tener gran vijilancia, pues esperaba que se le daria la batalla al dia siguiente; pero los realistas que formaban la division de vanguardia, mandados por Primo Rivera, repasaron el rio Lontue aquella noche y fueron á ocupar las casas de Quecheregua. Al ver San Martin frustradas sus esperanzas siguió la marcha y acampó en el mismo rio, pero no por el lado del norte como lo habia hecho siempre, sino por el del sur contra todas las reglas de la táctica, pues quedó situado entre el rio y el enemigo. Continuó la misma esquisita vijilancia del dia anterior, y al siguiente se dió á Freire, recien nombrado coronel, el encargo de pasar el Lontue para observar la posicion del enemigo y dispersar las guerrillas que se presentasen.

El mucho polvo que esta vanguardia levantaba hizo creer á Primo Rivera que tenia delante á todo el ejército, y en la imposibilidad de retirarse, se atrincheró en las casas con sus cuatrocientos infantes y las dos piezas de campaña que tenia, y mandó que la caballería se corriese

hácia el sur para ponerse en salvo en caso de algun accidente, mientras él sostenia el ataque. Esta caballería, disminuida en los dias anteriores en unos cuarenta hombres entre muertos y prisioneros, se componia de dos escuadrones, uno de lanceros y otro de dragones. Estos, mandados por Morgado, se hallaban al norte de las casas de Quecheregua, de manera que para reunirse á los lanceros que estaban al sur, se vieron precisados á abrirse paso por la caballería de Freire que habia empeñado ya la accion con Rivera y hasta exijia que se rindiese. Llegados á los lanceros, Morgado les exorta á que se reunan á él para ir á libertar á sus compañeros, y no pudiendo conseguirlo por la cobardía de su comandante, va con su escuadron al sitio del combate, divide sus dragones en varios grupos y les manda que carguen á la caballería de Freire, la cual á su vez les carga á ellos con gran impetuosidad. Desgraciadamente su division era tan corta que tuvo que batirse en retirada, perseguido principalmente por don Tadeo Isla, que en esta ocasion se condujo con tanto denuedo como serenidad, hasta el punto de que restableció el órden en un momento en que todo lo creyeron perdido. Freire, que sostuvo todo el tiempo que le fué posible estos diferentes ataques con la esperanza de recibir los socorros que habia pedido, faltó poco para que le cojiesen, debiendo su salvacion á la lijereza de su caballo, que saltó con gran destreza una tapia que le separaba del camino (1). Al volver al campamento encontró cerca del Lontue al jeneral O'Higgins, que á

(1) Perdió su gorra en que llevaba una carta de San Martin para O'Higgins; pero no es cierto lo que dice Torrente de que Morgado le cojió por los cabellos, quedándose en las manos con una mecha de pelo. Morgado era muy grueso, muy mal jinete é incapaz de semejante accion: ademas intimidado por un gran riesgo que acababa de correr, se conservaba á alguna distancia.

la cabeza de un escuadron de lanceros avanzaba al galope para ir en su socorro, pero era inútil: el enemigo estaba demasiado lejos y en marcha para Parga y en seguida para Camarico, donde se hallaba acampado el grueso del ejército. Desde entonces los dragones, hasta allí mal vistos por los lanceros de Lima porque no iban bien vestidos, fueron apreciados como merecian, y en verdad que jeneralmente hablando eran mucho mas temibles que estos, pues en medio de su bonito uniforme les faltaba arrojo y no sabian montar ni manejar el caballo (1).

Despues de esta escaramuza, que no tuvo importancia ninguna, los dos ejércitos se dirijieron á Talca, siguiendo los realistas el camino ordinario, y replegándose los patriotas un poco hácia el este, con lo que dieron un rodeo que necesariamente fatigó mas á los soldados. El objeto de San Martin era ir por un camino mas llano y mas ancho para poder desplegar sus masas en caso necesario (2). Esta fué la causa de que no llegase á Lircay hasta el 19, poco despues de haber salido el ejército enemigo. Con la esperanza de picar la retaguardia y der-

(1) Cuando esta division de vanguardia llegó á Pilarco, donde estaba acampado el ejército, Ossorio, con toda la oficialidad y las músicas de los rejimientos, pasó revista al cuerpo de dragones que tanto se habia distinguido. Despues de arengar á estos valientes militares y abrazar al capitan Isla, mandó que todos los oficiales desfilasen por delante de ellos y en seguida las músicas, que no cesaron de tocar mientras duró la revista.

(2) Tal es la opinion del bizarro jeneral Las Heras, á quien soy deudor de una preciosa relacion de esta campaña en que tomó tanta parte: en otras notas encuentro que fué para cojer al enemigo por detrás y ganar primero el rio Maule con objeto de impedirle que pasase en el caso de una victoria; lo cual está conforme con lo que dice Torrente sobre los espias sorprendidos á los patriotas que enteraron á Ossorio del plan de San Martin. Estos espias, ó mas bien, estos guasos tiradores, porque su oficio era incomodar á los realistas, fueron cojidos en número de nueve, y fusilados todos menos uno, tan cobarde que por salvar la vida dió las noticias que le exijieron.

rotar la caballería, lo que hubiera colocado á los españoles en posicion muy apurada en caso de una derrota, San Martin destacó todos los escuadrones á las órdenes de Balcarce: desgraciadamente se dió la carga con toda la caballería desplegada de frente, sin conocer el terreno, y segun dicen sin la intelijencia necesaria, y fué á estrellarse ante la fuerte resistencia de Olarria, quien cargó á su vez á la caballería patriota medio desordenada y la dispersó, como igualmente al escuadron de cazadores que cubria la retaguardia al mando de Freire. Este entonces con los lanceros de reserva de Bueras volvió á tomar la ofensiva y persiguió parte de los realistas hasta las calles de Talca mas allá de la línea enemiga; de lo cual resultó una nueva refriega jeneral entre la caballería de ambos ejércitos, que hubiera sido fatal para la de los patriotas á pesar de su superioridad numérica, si la brigada de artillería del teniente coronel don Manuel Blanco Encalada, perfectamente dirijida, no hubiese acudido á sostenerla y protejer la retirada. El campamento estaba en Cancharayada á muy corta distancia del enemigo, que ya tenia formada su línea apoyando la derecha en las casas de los arrabales de Talca y la izquierda en el Rio-Claro (1).

La posicion de los realistas era en estos momentos sumamente crítica. Con un número de soldados muy inferior al de los patriotas, bisoños muchos de ellos como ya hemos dicho, solo un golpe de mano podia salvarles en tan apurado trance, y felizmente para ellos tenian un

(1) Aparece no solo del manifiesto de Brayer, aunque sospechoso por haberlo dictado la malevolencia, sino del dicho de muchos testigos oculares, que San Martin dejó escapar una ocasion escelente para destruir el ejército enemigo, cuando en este dia le permitió pasar sin obstáculo por sitios en que le hubiera sido facilísimo destrozarlo.

hombre capaz bajo todos conceptos de ejecutarlo; este hombre era Ordoñez.

Aunque continuaba su desvío con Ossorio, á quien no podia perdonar que le hubiese quitado el mando del ejército, y á pesar de que no tenia obligacion de seguirle ni de esponerse á los riesgos de la guerra, puesto que como intendente de la provincia de Concepcion su residencia debia ser en la capital de esta, sin embargo, sea que le moviese su adhesion á la causa realista, sea que le aguijonease el deseo de gloria y de emociones, se reunió á él para ayudarle con su denuedo y sus talentos. En el consejo de guerra que se celebró por la noche, hizo ver que tenian contra sí dos grandes enemigos, el ejército patriota, superior al suyo bajo todos conceptos, y el rio Maule, imposible de pasar á un ejército derrotado. En vista de esto propuso un golpe de audacia, reducido á ir inmediatamente á atacar al enemigo, aprovechando la oscuridad de la noche para ocultar mejor su plan y su inferioridad.

Este proyecto no mereció la aprobacion de Ossorio, que como hombre prudente é instruido, no opinaba porque se fiase nada á la casualidad, sino que queria deberlo todo al cálculo. Sin embargo, habiéndose adherido á él Baeza y muchos oficiales, se decidió á adoptarlo; y poniendo el ejército á disposicion de Ordoñez, dió este en seguida las órdenes para los preparativos, por manera que á las ocho todo estaba dispuesto para intentar un golpe de fortuna.

En este instante el ejército patriota, que habia llegado mucho mas tarde al campamento, se ocupaba en un cambio de posicion, dirijido por el teniente coronel de injenieros don Antonio Arcos, que ya habia situado la pri-

mera línea detrás de un sanjon, formando un ángulo recto con la segunda (1). « Como se retardase algo el movimiento de esta y el flanco de la primera se hallase en descubierto por no haberse aun situado los puntos avanzados, el coronel del batallon número 11 don Juan Gregorio de las Heras, lo hizo presente al señor coronel don Hilarion de la Quintana que la mandaba en jefe, lo que le fué contestado que el estado mayor lo determinaria. Entonces el coronel Las Heras, por seguridad de su cuerpo, ordenó que la 4ª compañía al mando del capitan don Antonio Dehesa pasase á sitiar á poco mas de una cuadra en flanco, haciendo avanzar de ella un piquete con treinta hombres y los centinelas correspondientes. Como al cuarto de hora de establecido este puesto avanzado, ya se sintieron tiros y muy luego un fuego de fusil bien sostenido; y al momento el parte como se habia pedido que seiscientos cazadores atacaban observándose á su retaguardia dos columnas de infantería. En el momento se puso el ejército sobre las armas : la cuarta compañía apagó los fuegos de golpe y se retiró precipitadamente á ocupar su puesto. El enemigo, no encontrando á quien dirijirse, se encaminó al puesto adonde por la tarde habia visto á nuestro ejército, y al pasar por el frente de la primera línea tuvo que sufrir tres descargas cerradas de los tres batallones que la componian y que les causó la pérdida de mas de trecientos hombres (2). »

A pesar de esta pérdida, la posicion de los realistas

(1) Parece que este cambio de posicion lo dispuso el jeneral en jefe de resultas de haber sabido las intenciones de Ordoñez por un espia que se cojió. Véase el Progreso, número 1606.

(2) Debo estas noticias y las siguientes al valiente jeneral Las Heras, que, como es sabido, salvó una gran parte del ejército patriota y contribuyó por este medio mas que nadie, á la victoria de Maypu.

era tan desesperada que continuaron atacando la segunda línea con tal ímpetu y celeridad que desconcertó á los patriotas. Habiéndose encontrado con el batallon número 3 que formaba el centro de esta segunda línea, consiguieron dispersarle y abrirse paso para llegar al cuartel jeneral, que estaba casi en la altura de un pequeño cerro con todo el parque, los hospitales, la intendencia, muchas piezas de artillería, en fin todo el bagaje del ejército que subia á mas de dos mil cargas de mulas. Dueños de todo empezaron á metrallar desde la altura en que estaban á los batallones números 8 y 3, que mezclados con la caballería se retiraban ya en desórden por el camino por donde habian ido, y auxiliados por las demas columnas y sobre todo por Ordoñez, que no cesaba de inspirar á todos ánimo con su presencia, llevaban á los otros batallones tal terror, que pocas horas bastaron para dispersar este brillante ejército lleno de vida, de valor y de patriotismo, perfectamente instruido y disciplinado y provisto de cuanto podia necesitar.

Sin embargo, la division del ala derecha, gracias á la buena fortuna que nunca falta en los azares de una batalla, no sufrió ninguna pérdida. Esta division se componia del batallon número 11; de la artillería de don Manuel Blanco con doce piezas, aunque ya sin municiones por haberlas gastado todas durante el dia; de parte del batallon número 2, que formaba el ala derecha de la línea cortada y rehecha por el mayor Rondissoni; del batallon de cazadores de los Andes, que se encontraba en el ala izquierda de la misma línea y que por equivocacion fué recibido á tiros, y de algunas otras tropas hasta el número de tres mil quinientos hombres, todos de infantería. Por ausencia de Quintana, jefe de

esta division, se dió el mando de ella por los jefes de los cuerpos al que le correspondia por su graduacion y antigüedad, el coronel don Juan Gregorio de las Heras, quien con el auxilio de la grande prudencia y habilidad del bravo comandante de la artillería don Manuel Blanco, tomó al punto las mas prudentes medidas para salvar tan precio sos restos. Era media noche y se necesitaba no ser apercibidos: al efecto la retirada se hizo con el mayor silencio y en columna cerrada. A pesar de estas precauciones les siguió de cerca un escuadron, y tuvieron que tomar posicion en los barrancos del lado derecho de Lircay, lo que obligó á aquel á retirarse. La columna continuó la marcha toda la noche, algo en desórden, llegó de dia á Pilarco y á las nueve á Camarico, donde descansó una hora. Los soldados desertores y cansados durante la noche subieron á quinientos; pero como á medida que avanzaba la columna encontraba dispersos que se la reunian, quedó compensado el número de hombres perdidos con el de incorporados, y el efectivo permaneció siempre poco mas ó menos el mismo. No fué poca fortuna que encontraron algunas mulas estraviadas cargadas de municiones de los cañones que tenian, lo cual se tuvo por buen agüero para el porvenir.

Siguiendo la marcha con toda la celeridad que permitia el estado de abatimiento en que se encontraban, llegaron el 20 al rio Lontue, que la infantería pasó sin dificultad, pero no así los doce cañones, cuyos caballos iban sumamente cansados, y los hombres que los montaban desmoralizados casi por la fatiga y el hambre. Sin embargo, el intrépido comandante, tomando á punto de honor no perder una sola de dichas piezas, animaba de todos modos á sus valientes artilleros. No desdeñando

hacer el papel de simple soldado, se puso á ayudar á sus bravos compañeros en la faena material, y al cabo de doce horas de un trabajo muy penoso, casi todo dentro del agua, tuvo la suerte de ver toda su artillería del otro lado del rio y en disposicion de poder continuar la marcha. El 21 llegaron casi todas las tropas á Curico, que dejaron á la izquierda para dirijirse á Chimbarongo, enviando al capitan Dehesa á recojer ó inutilizar las armas que se decia haber en la plaza. El encuentro de unos bueyes pertenecientes al Estado, llenó de júbilo á aquellos pobres desgraciados que hacia muchos dias esperimentaban una hambre cruel, y sin embargo renunciaron á ellos cuando les hizo ver el coronel Blanco que los caballos de la artillería estaban sumamente cansados. Por lo dèmas, el peor camino estaba andado, se hallaban hasta cierto punto en país amigo y no podian faltar los víveres, como así sucedió en efecto.

Durante esta difícil retirada, en la que no habia ni balas de cañon, ni caballería, Las Heras despachó delante dos oficiales á que hiciesen presente al jeneral en jefe su posicion y el número de tropas que habia podido conservar á la patria. San Martin acantonado en San Fernando para recojer los fujitivos y reorganizar su ejército, le envió inmediatamente al teniente coronel don Alberto Dalbe para felicitarle por su admirable retirada y para encargarle eficacísimamente que avanzase á marchas dobles y evitase una accion á todo trance. En este momento se hallaba Las Heras en Chimbarongo, y al saber la próxima salida de San Martin para Santiago, se decidió á dejar el mando al comandante del batallon número 7 don Pedro Conde, y marchar á avistarse con su jeneral para suplicarle que no partiese sin presentarse antes á su

columna. Fué esta una escelente idea que produjo el mejor efecto en aquellos valientes soldados, ya muy preocupados por la suerte de su jeneral, cuya sola vista bastaba para inspirarles entera confianza en su porvenir. Despues de haber dirijido algunas palabras sumamente satisfactorias á aquellos nobles restos de un ejército poco antes tan floreciente, y con especialidad al valiente coronel Blanco, en quien veia al oficial de Las Heras que mas habia contribuido á este resultado, regresó á San Fernando en la seguridad de que la division no podia correr ya ningun peligro. Con efecto, en este momento se hallaba defendida por un cuerpo de caballería mandado por el teniente coronel Bueras y el mayor Medina, á quien Las Heras encontró de observacion cerca del rio Tinguiririca y le mandó retirar bajo su responsabilidad.

Así fué como á fuerza de desvelos, de prudencia y habilidad pudo la division de Las Heras llegar á Maypu engrosada con los dispersos y desertores que se pudieron reunir. En el camino se dieron órdenes muy convenientes para resistir al enemigo ó retrasarle en su marcha. Se quitaron del paso los caballos, en cuanto esto fué posible; se destruyeron los caminos, vertiendo los aguas de las grandes acequias; se inutilizaron los víveres y armas que no pudieron llevarse; y en Rancagua, no encontrando mulas, cargaron los soldados con las municiones, llevando cada uno la mayor cantidad que pudo: municiones que debian servir para la batalla que el país iba á dar como último esfuerzo de su patriotismo.

Con tan admirable conducta y tan buenos resultados no es estraño que San Martin quisiese recibir la columna con todos los honores de que era digna. Un cuarto

de legua antes del campamento que se le habia destinado se adelantó á cumplimentarla acompañado de sus principales oficiales, y cuando aquellos nobles soldados llegaron al campamento, fueron recibidos por los demas cuerpos en órden de batalla, presentándoles las armas y haciendo la artillería una salva de veinte y un cañonazos. Al mismo tiempo se hizo otra salva igual en el cerro de Santa Lucia y hubo un repique jeneral de todas las campanas de las iglesias. El jeneral Balcarce, que habia ido á los llanos de Rancagua á tomar el mando de esta division, se abstuvo de hacerlo como era justo, dejando que continuase con su mando su verdadero jefe, el valiente é ilustre don Gregorio de las Heras, principal jefe de esta admirable retirada. El coronel don Manuel Blanco se hallaba en aquel momento en Santiago, ocupado en organizar la artillería para el ejército que se pensaba ya mandar contra los vencedores.

CAPITULO XLIX.

La noticia de lo ocurrido en Cancharayada llega á Santiago y sumerje á los patriotas en la mayor consternacion. — Don Manuel Rodriguez reanima los espíritus abatidos y les infunde esperanzas. — Una asamblea celebrada en casa del director, le asocia al gobierno de don Luis de la Cruz. — Armamento del pueblo y creacion del rejimiento de húsares de la muerte. — San Martin y O'Higgins llegan á Santiago y toman medidas muy activas contra el ejército de Ossorio. — Zeloso este de Ordoñez descuida la persecucion de los patriotas y les da tiempo de rehacerse. — Batalla y victoria decisiva de Maypu ganada por San Martin. — Regreso de este jeneral y de O'Higgins á Santiago, donde son recibidos con delirantes demostraciones de alegría. — San Martin marcha á Buenos-Aires. — Cambio en el ministerio. — El ministro de hacienda Infante introduce reformas en su departamento. — Nombramiento de una junta de hacienda. — Se establece la navegacion de cabotaje. — Irisarri, ministro del interior, se ocupa tambien de algunas mejoras. — Los principales prisioneros de Maypu son llevados á la punta de San Luis y los soldados al interior de la república. — Se forma la alameda de la Cañada. — Proyecto de erijir una iglesia y una pirámide en el campo de batalla de Maypu.

La noticia de la derrota de Cancharayada se supo á las treinta y seis horas en Santiago, siendo portador de ella el teniente Samaniego, quien anduvo ochenta leguas en tan corto espacio de tiempo. De tal magnitud pareció el suceso, tan improbable, que nadie queria creerlo; mas al dia siguiente lo confirmó el teniente coronel Arcos, y tras él una multitud de oficiales, á quienes el miedo persiguió hasta la capital, y les hacia abultar las pérdidas y los peligros. Un delirante terror se apoderó de los habitantes, que temerosos y perplejos, ocultaron unos cuanto poseian de algun valor, marcharon otros á sus haciendas y no faltó quien atravesase las altas cordilleras, como único medio de ponerse en salvo. Gran número de familias se condenó de nuevo al destierro, emprendiendo

el camino de Mendoza, y á ello les movió la imprudente medida tomada por el director don Luis de la Cruz de enviar á dicho punto los caudales del Tesoro.

Mientras la ciudad se hallaba en tan espantoso conflicto, comentando de mil maneras diferentes el suceso, la Providencia le envió un jóven, el mas á propósito en aquellas circunstancias y el que mejor que nadie podia confundir á los medrosos y reanimar á los habitantes. Este jóven era don Manuel Rodriguez, el mismo que con su enerjía, su talento y su actividad, tan perfectamente supo preparar la victoria de Chacabuco.

Llegó el 23 á Santiago en los momentos en que los cañones de San Luis y los repiques de campanas anunciaban la llegada de San Martin á San Fernando con parte de su ejército, y sin detenerse se fué á la plaza, donde habia un inmenso jentío, impaciente por saber nuevos detalles de tan grande peripecia. No tardó en rodearle la multitud y sus numerosos amigos, y á todos les echó en cara su exajerada inquietud, les demostró que lo ocurrido en Cancharayada no habia sido de ninguna manera una derrota, sino una simple sorpresa con poquísimas pérdidas que fácilmente podian reemplazarse por las guarniciones de Santiago y Valparaiso, y despues de animarles con el fuego de su patriotismo, les hizo jurar que defenderian el país y su bandera hasta derramar la última gota de sangre.

Mientras esta escena de entusiasmo pasaba en la plaza, estaban reunidos en palacio para tomar las enérjicas medidas que reclamaban las circunstancias, todas las corporaciones, los militares, el cabildo y otras muchas personas. Creyendo esta junta que un solo jefe en el poder no podia bastar para tantas atenciones, resolvió nom-

brar al coronel don Manuel Rodriguez en calidad de adjunto del director delegado don Luis de la Cruz.

Ya fuese este nombramiento una intriga del bando carrerista, como se ha querido decir, ya un acto espontáneo que es lo mas probable, en atencion á que en semejantes circunstancias desaparecen los partidos ante el interés nacional, lo cierto es que desde aquel momento todo cambió completamente, pues el pánico desapareció y renacieron las esperanzas. En cuanto don Manuel Rodriguez se vió revestido con el carácter de miembro del poder ejecutivo, mandó que los caudales públicos que iban ya caminando para Mendoza, volviesen á Santiago, contuvo la emigracion, armó al pueblo con las armas y municiones que habia en la maestranza y levantó un cuerpo de voluntarios, á que puso el nombre de húsares de la muerte, dándole sus lúgubres insignias y sus inflexibles estatutos. Hizo esto para comprometer su arrojo, así como les prometió en un bando darles, lo mismo que á todos los militares, gratificaciones proporcionadas á los recursos del Tesoro, y especialmente las haciendas secuestradas á los realistas. Con estas medidas logró inspirar jeneral confianza y aliento, y reanimar el espíritu público hasta el grado de exaltacion que en aquellos momentos era necesario para salvar la patria.

Otra vez al dia siguiente 24 de marzo por la mañana, los cañonazos y repiques de campanas renovaron la ajitacion en el pueblo. Era que llegaban á la capital O'Higgins y San Martin, los cuales iban á infundir confianza á la poblacion y organizar la resistencia. En la misma mañana que llegaron estos dos jenerales, convocaron una reunion de las corporaciones y de personas notables para darles una idea exacta de cuanto habia

ocurrido y de los elementos con que podian contar para contrarrestar un triunfo, debido esclusivamente á una sorpresa. Rodriguez asistió á esta reunion, pero se abstuvo de tomar en ella una parte muy activa. Bien hubiera querido O'Higgins utilizar su capacidad, pero esta empezaba á hacerle sombra, y buscó por el contrario los medios de quitar á este intrépido chileno la influencia que le elevaba á la altura de un rival temible: sin embargo aparentando querer recompensar sus servicios, le nombró comandante del cuerpo de húsares de la muerte que habia creado. A don Luis de la Cruz lo envió al norte á que organizase la defensa para el caso de algun revés, precaucion que se tomó asimismo en Valparaiso, adonde fué el capitan Miller con órden de embarcarse en el Lautaro y apoderarse de cuantos buques hubiese en la bahía.

Aunque los médicos aconsejaban á O'Higgins un absoluto reposo para que pudiera curarse de la grave herida que recibió en la sorpresa de Cancharayada y que le producia mucha calentura y grandes dolores, el peligro de la patria por un lado, y por otro la inmensa responsabilidad que pesaba sobre él, le hizo superior á sus padecimientos, y casi todos los dias dictaba en su despacho numerosos decretos, que firmaba con estampilla porque la herida le impedia hacerlo con la mano. Entre tanto San Martin pasaba parte del tiempo en el campamento que habia levantado á una legua de Santiago, ocupado en instruir y disciplinar los nuevos reclutas y en reforzar el ejército con los soldados dispersos y con la guarnicion de Valparaiso que mandó ir allí. Al concurso, pues, de estos tres grandes patriotas, eficazmente secundados por el entusiasmo, la jenerosidad y los auxilios de todo jé-

nero de los habitantes, debió la patria al cabo de pocos dias, un ejército casi tan numeroso y tan bien equipado como el anterior, y capaz de hacer frente al peligro que tan de cerca le habia amenazado y que la ineptitud de Ossorio no supo aprovechar.

Este jeneral debia saber que un ejército victorioso es siempre arrojado y está lleno de confianza, mientras que los soldados que son vencidos se ven abatidos y desanimados, huyen en gran desórden, y la mayor parte de las veces quedan á discrecion del que acierta á perseguirlos con actividad y rapidez. Ordoñez, para quien era una necesidad continua la actividad y el combate, quiso proceder con arreglo á este principio, y se presentó á Ossorio para comprometerle á la persecucion; pero solo pudo conseguir algunos cuantos caballos con órden de no pasar de Quecheregua. Consecuencia de esta falta fué que la division de Las Heras, engrosada con gran número de soldados dispersos, quedase intacta y pudiese formar en cierto modo el núcleo del ejército de Maypu.

Háse esplicado la conducta de Ossorio en esta ocasion con los zelos que tenia de Ordoñez, militar de mas reputacion que él, á quien no queria permitir que completase una victoria que reservaba para sí. Con este pensamiento pretestó que las tropas necesitaban descansar y volvió á Talca, donde se pasaron tres dias en grandes fiestas, con sentimiento de los oficiales entendidos, que sabian apreciar las consecuencias de tanta inaccion. Al fin al cuarto dia se puso en movimiento el ejército para ir á reunirse en el siguiente á la avanzada de Ordoñez, que permanecia en Quecheregua, y de allí continuar directamente sobre Santiago. Al llegar cerca de la Requinua, una partida de realistas fué atacada y batida por el ca-

pitan de granaderos de caballería Cascaravilla, y esta escaramuza con la retaguardia infundió ánimo á los unos y dió algo en que pensar á los otros. Continuaron sin embargo la marcha y á corta distancia del Maypu dejaron el camino real para pasar este rio por el vado de Lonquen, y penetrar en la gran llanura por la hacienda de la calera. Esto acontecia el 3 de abril, es decir, quince dias despues de la derrota de Cancharayada, tiempo empleado por los patriotas, como ya hemos visto, en rehacerse y proveerse de lo que necesitaban, y cuyo ejército estaba acampado desde el 2 en la hacienda del Espejo, y sitio llamado de las tres acequias. O'Higgins, á pesar de los padecimientos de su herida, no pudo resistir al deseo de tomar parte en una batalla, que debia decidir de la suerte de la patria, y que habia de darse siendo él el jefe del ejército. Mandó que marchase á las órdenes de don Joaquin Prieto la division de reserva de Santiago, compuesta de veteranos, milicianos y algunos inválidos; vió desfilar á los jóvenes alumnos de la escuela militar, que aunque apenas podian con el fusil, participaban del jeneral entusiasmo, y en seguida subió en un cabriolé para ir á ocupar su puesto en medio de sus valientes tropas. Al llegar al campamento, hizo que le montasen á caballo para acompañar al jeneral en jefe en la revista que pasó, y animar á los soldados con su presencia. Habia llegado el momento de obrar y de conocer los movimientos del enemigo. San Martin tenia dada órden al coronel Freire de que avanzase hasta la calera con un escuadron de cazadores á caballo, y este coronel, con su impetuosidad acostumbrada, no dejó descansar al enemigo ni de dia ni de noche, hasta que el 5 por la mañana faltándole municiones, regresó con sus tiradores al cam-

pamento para informar al jeneral del resultado de su comision.

Inmediatamente partió el teniente coronel don José Melian á continuar la observacion con el segundo escuadron de granaderos de caballería, llevando órden de provocar al enemigo con guerrillas de tiradores para detener su marcha, y dar parte al jeneral cada cinco minutos de cuanto pasase y pudiera observar. A una media legua de distancia, vió Melian jente en una pequeña altura, y habiendo enviado á reconocerla, resultó que eran granaderos á caballo pertenecientes á la vanguardia. Sin enterarse de su número, les cargó Melian, y á la mitad del cerro fué recibido con una descarga de metralla de dos obuses, correspondientes á una batería de cuatro cañones que el enemigo tenia situada en aquel punto, protejida por una columna de infantería y sobre cincuenta caballos. La descarga hizo retroceder á los patriotas, quienes en su retirada se encontraron mezclados con los lanceros realistas, lo cual dió lugar á una pequeña escaramuza, en que tuvieron los segundos diez y seis muertos y solo tres los primeros con nueve heridos.

Al ruido del cañon, el jeneral Balcarce marchó inmediatamente en auxilio de los granaderos, con cuatro piezas de artillería, mandadas por el sarjento mayor Borgoño. Llegó cuando aquellos iban en retirada, y no restándole nada que hacer, envió á Melian á que ocupase una pequeña altura que habia cerca y se volvió con San Martin. Conociendo este que lo que Ossorio queria era volver su ala derecha para amenazar la capital y Valparaiso y cortarle toda comunicacion y toda retirada, ordenó al punto un cambio de direccion sobre la derecha

con objeto tener en frente al enemigo y atacarle en seguida.

La infantería se puso toda á las órdenes del brigadier Balcarce, mandando Las Heras la derecha, la izquierda Alvarado y la reserva Quintana. La caballería de la derecha, compuesta de granaderos, la mandaba don Matías Zapiola; y la de la izquierda, que la formaban los escuadrones de la escolta y los cazadores de los Andes, el intrépido Freire. La artillería quedó dividida en dos brigadas principales, la de Borgoño protejida por la division Alvarado, y la de Blanco por la de Las Heras.

Tal fué la distribucion que se hizo del ejército patriota para una lucha que amenazaba ser formidable, porque los chilenos estaban sedientos de venganza y los españoles envalentonados con su último triunfo. Despues de algunas descargas de cañon de la batería Blanco, que tomó una parte tan brillante en aquella batalla, los batallones marcharon sobre el enemigo en columna cerrada y arma al brazo, sin detenerse ni contestar al fuego mortífero que les hacian. Los escuadrones de granaderos de Zapiola que los protejian, fueron cargados por la caballería realista; pero como tropa escojida que era, resistieron con firmeza el choque, y en seguida persiguieron á su vez á los que les habian atacado, hasta un pequeño cerro, en que los metrallaron horriblemente la infantería y artillería enemigas. Obligados á retroceder en algun desórden, se detuvieron el tiempo absolutamente preciso para rehacerse, y reforzados con la segunda compañía de Melian, que marchó á la carrera á reunírseles, volvieron á tomar la ofensiva, cargaron á la caballería enemiga con un ímpetu heróico, la arrollaron y la dispersaron en completo desórden.

La infantería durante esta lucha se batió con las mejores tropas mandadas por el intrépido Ordoñez y protejidas por una columna de caballería. Borgoño, que acababa de llegar á la pequeña altura ocupada por el enemigo, viéndose en escelente posicion para metrallarlo, lo hizo con tal acierto, que dispersó toda la caballería; pero como la carga de los soldados de Ordoñez, reforzados con el famoso batallon de Burgos y el de Arequipa, fué tan impetuosa y tan bien sostenida, la línea patriota cedió un poco, y el batallon de los infantes ó nº 8, engañado por un cerrito, llegó á quema ropa sobre el enemigo y recibiendo una descarga muy viva que le hizo perder la mitad de su jente, estuvo un momento derrotado. San Martin, que lo apercibió, envió inmediatamente la reserva de Quintana, compuesta de los batallones 1 y 3 de Chile y 7 de los Andes, mandados por Rivera, Lopez, Conde y el comandante Thomson. Estas tropas, que avanzaron á todo escape para sostener la línea, reanimar con su presencia á los soldados é inspirarles nuevos brios, cargaron con un ímpetu tan estraordinario que cortaron en dos el batallon de Burgos, y cayendo sobre el de Arequipa que estaba en la retaguardia, le batieron y dispersaron completamente. Desde aquel momento todo fué ya confusion y desórden en el campo realista. El jeneral en jefe, derribado del caballo por una bala de cañon de los artilleros de Blanco que cayó á su lado, no hizo mas que volver á montar y emprender la fuga, seguido de unos cuantos oficiales y de algunos soldados de caballería, que pudieron escapar en este gran drama. De los soldados de infantería, unos, como los del batallon de Arequipa, se rindieron haciendo protestas de patriotismo, otros, no pudiendo evitar la persecucion, se apoderaron

de las casas de la hacienda, donde ya se habian salvado los restos del batallon de Burgos, y en ellas, como los romanos en el Monte Sacro, dándoles brios la desesperacion, sostuvieron por espacio de algunas horas con tanta honra como denuedo, un segundo combate casi tan empeñado y tan sangriento como el primero. El batallon número 1 de Coquimbo cometió la imprudencia de adelantarse á un callejon que conducia á un patio, donde los realistas habian colocado los dos cañones que les quedaban, y perdió inútilmente muchos soldados por el fuego mortífero que le hicieron. Fué una falta atacar de frente y en sitio estrecho á tropas ya vencidas que en su desesperacion estaban furiosas, y cuya resistencia ni podia ser larga ni dar cuidado alguno. En efecto, envueltos por todos lados, próximos á faltarles todo, no tardaron en rendirse estos cortos restos así como sus nobles jefes Primo Rivera, Latorre y el intrépido Ordoñez, digno sin duda de mejor fortuna, quien, lleno de noble cólera, prefirió romper su espada á entregarla. Igual suerte cupo á los numerosos fujitivos, á quienes los guasos persiguieron en todas direcciones; por manera que un ejército brillante, compuesto de muchos y escojidos batallones, que habian resistido con bizarría los impetuosos ataques de los franceses en España, se vió completamente deshecho en pocas horas, quedando en poder de los patriotas todo su material, armas, cañones y bagaje.

Tal fué la sangrienta batalla que selló definitivamente la independencia chilena y ejerció una influencia inmensa en los destinos de América. La bizarría, la audacia, la decision de que los dos ejércitos dieron pruebas en esta terrible lucha, son superiores á todo encarecimiento. Unos y otros se batieron con todo el valor que

infunde el amor propio y con un conocimiento militar que los patriotas adquirieron en poco tiempo, gracias á algunos oficiales estranjeros y á la penetracion chilena. Si hubieran de citarse los nombres de cuantos patriotas se distinguieron, seria necesario hacer mencion de casi todos los combatientes, desde el jeneral en jefe hasta el último guaso. Estos, cuyo entusiasmo supo aprovechar Rodriguez, enseñándoles por medio de la disciplina, el valor reglado del veterano, se presentaron en gran número, y fueron muy útiles para cojer una infinidad de fujitivos, á los que persiguieron con grande encarnizamiento, usando muchas veces de sus lazos para apoderarse de ellos. (Véase el plan de la batalla en el atlas.)

A las nueve de la noche entraron O'Higgins y San Martin en Santiago en medio de las entusiastas aclamaciones de un pueblo, que del terror del pánico, habia pasado al delirio de la alegría. Pasados pocos dias, San Martin, dejando el mando del ejército á Balcarce, emprendió de nuevo el camino de Buenos-Aires, no en busca de nuevas coronas que su modestia rehusaba, sino para discutir y combinar con el director Pueyrredon, el plan que meditaba hacia tiempo, de llevar la guerra al corazon mismo del Perú, y conquistar la libertad, plantando su bandera en las torres del Callao.

A los pocos dias de haber salido San Martin, envió O'Higgins al coronel Zapiola con doscientos cincuenta granaderos de caballería á perseguir los fujitivos y ocupar la provincia de Concepcion. No anduvo acertado en mirar con indiferencia estos cortos restos, pero persuadido como estaba de que no volverian á reorganizarse jamas, se dedicó esclusivamente á la creacion de la marina, que tan útil habia de ser para el último esfuerzo de

la independencia chilena, y á mejorar algunos ramos de la administracion pública de Chíle. Aunque el ministerio se componia de hombres respetables y adictos á su persona y á su política, Villegas presentó su dimision porque necesitaba descansar, y Zañartu fué á representar al gobierno en Buenos-Aires. Por el carácter activo é intelijente del último y el odio profundo que tenia á los Carreras, era mucho mas útil en este país, ajitado entonces por las facciones de Alvear, Artigas y aun de Carrera, que se hallaba retirado en Montevideo. Fué reemplazado en el ministerio del interior por don Antonio José de Irisarri, no menos activo, intelijente, ni menos enemigo que él de los Carreras. A don José Miguel Infante se confirió el ministerio de hacienda.

Era este sin disputa el ministerio mas importante, y el que mas reformas necesitaba. Con la paralizacion del comercio, de la agricultura y de las minas, las ventas eran nulas de mucho tiempo atrás, por lo que y teniendo que atender á los gastos estraordinarios de la guerra, tanto el gobierno realista como el patriota se habian valido de toda clase de medios para adquirir el dinero que necesitaban; de modo que patriotas y realistas alternativamente habian sufrido exacciones en estremo onerosas, ya con el nombre de donativos, ya con el de empréstitos forzosos, ya de secuestros, todo ejecutado de una manera muy irregular y muchas veces perjudicial á los intereses del fisco. Para remediar en lo posible este mal, é introducir órden en los importantes trabajos de este ministerio, nombró O'Higgins una junta de hacienda encargada de examinar las cuentas desde la entrada en el país del ejército libertador, de proponer un plan de reforma capaz de evitar los abusos y la dilapi-

dacion de los caudales públicos, y de procurar la mayor economía, disminuyendo los empleados hasta donde esto fuese dable. El mismo dia que nombró la junta, dió un decreto, mandando que los empleados de hacienda exijiesen con firmeza, y en caso necesario con rigor, todos los atrasos, tanto de contribuciones, como de empréstitos y donativos.

En un tiempo en que habia que mantener un ejército de cerca de nueve mil hombres, y cuando nuevas crisis financieras ponian á cada momento en conflicto al gobierno y paralizaban su accion, era muy difícil organizar de repente el sistema de impuestos, empresa en todas épocas delicada, y nivelarlos de manera que bastasen á cubrir los numerosos gastos que exijia así el servicio militar como el civil, mucho mas tratándose de crear una escuadra. El patriotismo salia de cuando en cuando al encuentro de las necesidades públicas, ya espontáneamente, ya escitado por proclamas así del gobierno como de las municipalidades; pero los donativos iban siempre en disminucion, porque la jenerosidad es como la prodigalidad, que se agota por falta de medios, y el gobierno se veia precisado á valerse de la violencia, á echar mano de esos despojos injustos que consistian en sacar fuertes sumas á los adictos al realismo y en quitar á los emigrados sus propiedades y sus bienes, amenazando con las penas mas severas al que los tuviese en su poder y no los declarase á una de las comisiones establecidas en las principales ciudades de la república, y recompensando con la cuarta parte de su valor á los denunciadores. Esto, como se ve, era volver á los injustos decretos que dieron á título de represalia todos los gobiernos mas ó menos severos segun sus pasiones

y sus apuros, sistema que siguió aun por mucho tiempo, no obstante que el gobierno adoptó medidas muy conducentes al órden de las rentas; pues prohibió que fuesen soldados los mineros para que cesase el abandono de las minas por falta de trabajadores, estableció la navegacion de cabotaje, este activo ajente de cambio y de circulacion desconocido hasta entonces en Chile, protejió en fin el comercio esterior concediendo mas libertad al que se hacia en grande escala, aunque cometiendo al propio tiempo la falta de renovar el mezquino é impolítico decreto que prohibia á los estranjeros el tráfico al por menor. No era posible que á pesar de todas estas medidas, las rentas públicas alcanzasen en mucho tiempo para cubrir las necesidades del servicio y todos los gastos que tan crecido número de soldados ocasionaba. Fué pues necesario recurrir á otros medios, como el de imponer nuevas contribuciones, aumentar la del papel sellado, apelar á las exacciones, por repugnantes que fuesen, y no bastando aun todo esto, pedir á Buenos-Aires un empréstito de quinientos mil pesos, lo cual se hizo por conducto de San Martin. Las dos repúblicas se hallaban tan estrechamente unidas en ideas y en intereses, estaba tan ligado el porvenir de ambas, que el empréstito podia considerarse como un empréstito interior.

Don Antonio José de Irisarri, que habia entrado en el ministerio del interior, no podia quedarse atrás de su compañero, ni ser indiferente á los adelantos que reclamaba el país. Por sus talentos, su actividad y la esperiencia que tenia de los negocios adquirida con la práctica, el estudio y los viajes, era quizá la persona mas á propósito, sino para inventar los medios de satisfacer la espectacion pública, al menos para activar lo que la opi-

nion demandaba en el interés jeneral. Con efecto, puso en juego todas las intelijencias, renovando la sociedad de amigos de Chile, de que habia sido secretario y uno de los mas activos promovedores de sus tareas, para que discutiese y presentase al gobierno proyectos practicables para la prosperidad y adelantos del país, que fué el objeto de su fundacion. « La agricultura, decian los estatutos, el comercio, la mineria, las artes y los oficios, son materias sobre que la sociedad debe emplear sus tareas, ya notando los obstáculos que se oponen á su perfeccion, ya proponiendo los medios de sus mejoras. » Pero la sociedad no se ocupaba solo del bienestar material, sino que vijilaba las escuelas y fomentaba la instruccion primaria y secundaria, habiendo contribuido al restablecimiento del instituto suprimido por Ossorio, y reorganizado la biblioteca que se abrió al público bajo la direccion del apreciable don Manuel Salas.

Como en la victoria de Maypu hicieron los patriotas muchos prisioneros, algunos de los cuales eran oficiales superiores de gran mérito, el virey del Perú envió á Chile á don Felix de Olavarriagüe y Blanco para tratar de un canje con los que tenian los realistas. El comandante americano del Ontario don J. Biddle, que era el que habia provocado el canje, fué el encargado de llevar la proposicion y acompañar á Santiago al comisionado. Se presentó este con ademanes impropios de quien iba á tratar con un jefe del estado, y de aquí que nada resultase de las entrevistas, y que los nobles prisioneros fuesen llevados poco tiempo despues á las provincias de la república argentina, donde les esperaba una terrible catástrofe. Los soldados, etc., fueron distribuidos en el interior del país y ocupados en trabajos públicos ó en las haciendas, cuyos

dueños se obligaban á tratarlos con todos los miramientos debidos. Los que quedaron en Santiago estaban á las órdenes del gobierno y de la municipalidad, y se les utilizó en concluir el canal de Maypu y en la policía de la poblacion, principalmente en limpiar la Cañada y convertirla de depósito de inmundicias que era, en la alameda que es hoy el adorno de la capital y uno de los paseos mas bonitos de América. Se pensó ademas en destinarlos á los trabajos de una iglesia que en momentos de peligro y de fe viva hizo voto de edificar el pueblo de Santiago á Nuestra Señora del Carmen, jurada patrona del ejército en el santuario de la catedral con asistencia de todas las corporaciones. Hubo tambien el pensamiento de levantar al lado de la iglesia, que empezó á construirse con el producto de numerosos donativos, y en la parte mas elevada, una pirámide de treinta piés de elevacion, coronada con una Fama, en cuyo clarin se leyese este mote : *Gloria inmortal á los héroes de Maypu, vencedores de los vencedores de Bailen.* Pero todo no pasó de un proyecto que quedó en la cartera del ministro para ser solo una prueba mas de que si á aquellos nobles patriotas les animaban escelentes intenciones de dar á sus brillantes hechos el prestijio que merecian, dificultades de todo jénero eran muy superiores á su buena voluntad. Constantes sin embargo en su deseo y en el firme propósito de satisfacer el voto jeneral, aplazaron su realizacion para ocuparse esclusivamente en asuntos perentorios y urjentes.

CAPITULO L.

Cabildo abierto para legalizar un gobierno.—El periodismo toma nuevo jiro.— Arresto de don Manuel Rodriguez. — Comision para preparar un proyecto de constitucion. — La que se publica es en todo conforme con los deseos de O'Higgins, lo cual le decide á proceder con gran severidad contra los enemigos del gobierno. — Arresto de don Juan José y don Luis Carrera. — En la cárcel de Mendoza conspiran contra el intendente. — Condenados á muerte, son ejecutados. — Don Manuel Rodriguez recibe órden de seguir al batallon de los cazadores que va de guarnicion á Quillota. — Al llegar á Tiltil muere á manos del oficial Navarro, el cual es arrestado por disposicion del gobierno.— Muerte de los hermanos Prieto de Talca.

Habia sido tan completa y decisiva para el porvenir de la república la victoria de Maypu, que la opinion pública, sin inquietarse por los esfuerzos que aun pudieran hacer los realistas, se ocupó esclusivamente de la constitucion que necesitaba el estado y del nombramiento legal de un director. Para realizar este deseo, se procuró halagar el amor propio de los individuos de la municipalidad, ansiosos siempre de influir en los negocios, y se dispuso un cabildo abierto, arena candente de las pasiones y de los partidos, para que las personas de todos los rangos y de todas opiniones fuesen á depositar su voto y su aprobacion.

La tendencia de los patriotas á tener un gobierno legalmente constituido produjo en el periodismo una revolucion que lo elevó á la altura de representar su verdadero papel de defensor de las leyes y de los derechos de la sociedad.

Hasta allí habia estado la prensa bajo el patronato opresor del poder, limitándose á enseñar al pueblo chileno

sus derechos contra las pretensiones de España, ó bien á narrar simplemente sin crítica y sin comentarios, los actos del gobierno y los hechos del ejército : desde entonces los periódicos descendieron á la arena de la discusion y se proclamaron los atletas del principio de libertad, que pretendian defender contra la arbitrariedad y contra todo proyecto de ambicion. En esta época aparecieron casi al mismo tiempo, publicados por particulares y no por el gobierno como habia sucedido hasta entonces, *El Argos*, *El Sol*, *El Duende*, *El Chileno* y *El Juguete*, unos para sostener el gobierno provisional con facultades casi absolutas. los otros para predicar en favor de la libertad, discutir las bases de la constitucion, que habia de satisfacer legalmente las exijencias de la sociedad, y velar en fin para que tantos y tan jenerosos sacrificios no se convirtiesen en provecho de un déspota ó de un ambicioso. De aquí en adelante vamos á ver al raciocinio y al talento tomar parte en las discusiones políticas, primero de un modo tímido, embarazoso, despues con la enerjía y el valor que muchas veces aseguran el triunfo y siempre influyen en la opinion pública.

No puede decirse que O'Higgins diese pruebas positivas de ser ambicioso en los primeros años de la revolucion. Si aceptó el mando del ejército á la caida de los hermanos Carreras, no fué sino despues de haberlo rehusado diferentes veces y luego que se convenció de que así convenia al bien de la patria : si mas tarde marchó contra don José Miguel Carrera cuandó este se insurreccionó contra Lastra, fué porque vió en su conducta un acto de grande injusticia y un peligro para el país, á mas de que como jefe del ejército no podia hacerse sordo á las instancias de algunas municipalidades que

imploraban el auxilio de su espada para combatir un poder que era considerado como producto de una insurreccion y de una usurpacion. Pero no puede decirse lo mismo cuando en Mendoza, despues de la derrota de Rancagua, llegó á ser la base en que descansaba el porvenir de su país y la suerte de multitud de emigrados. Viéndose á la cabeza de la emigracion, comprometidos todo su crédito y toda su fama en la conquista de ese porvenir con el que estaba asociado el gobierno de Buenos-Aires, y orgulloso por la parte de gloria que como segundo jeneral de la espedicion le cupo en la memorable batalla de Chacabuco, que podia considerarse el prólogo del acta de la independencia que muy pronto iba á proclamar: todo esto unido á su nacimiento, á su fortuna y á un verdadero valor militar, contribuyó mucho á hacerle concebir la ilusion de que nadie era mas digno que él de ocupar el primer puesto del estado. Imbuido en esta idea, de que participaba el mayor número de las personas sensatas, se creyó el hombre de la Providencia, el destinado á sostener la infancia del gobierno definitivo que se preparaba y á asegurar su pubertad contra las facciones de dentro y los enemigos de fuera.

Escepto don Miguel José Carrera, que se hallaba aislado en un país lejano, siendo el blanco de los tiros de un director, á quien el interés personal tenia estrechamente ligado con el de Chile, no habia mas que don Manuel Rodriguez que pudiese disputar á O'Higgins el poder, sino por sus antecedentes, que de ninguna manera admitian comparacion con los de este, por su actividad al menos, su arrojo, sus talentos, su popularidad y aun sus servicios, que O'Higgins mismo no hubiera podido negar sin ingratitud. Desde el principio se le consideró como

un rival futuro y muy temible, se buscó por lo tanto un motivo para deshacerse de él, y este motivo no tardó en presentarse.

Hacia tiempo que los liberales estaban disgustados con que las atribuciones de O'Higgins fuesen tan ilimitadas, como que no habia ni decreto, ni acta ni reglamento que las definiese. Para regularizar estas atribuciones, los concurrentes al cabildo abierto pidieron que se instalase un congreso constituyente con objeto, decian, de que cesara la dictadura provisional y se ocupase en organizar los poderes públicos, etc. La municipalidad queria, como hemos dicho, volver á representar su papel paternal, é intervenir en las administraciones fiscales; y para defender sus intereses envió una numerosa diputacion á O'Higgins, que este recibió muy mal, y cuyas pretensiones escesivas y sediciosas castigó con el destierro, pena que solo se ejecutó en la apariencia por la categoría de las personas en que recayó. Como la reunion habia ocasionado algun tumulto, fomentado especialmente por don Manuel Rodriguez, promovedor principal de aquella, el gobierno aprovechó esta circunstancia para arrestarle y ponerle en el cuartel de San Pablo bajo la vijilancia de los cazadores de los Andes.

Aunque triunfó el gobierno, no dejó de conocer O'Higgins por lo ocurrido en el cabildo abierto, que le era imposible continuar resistiendo á las exijencias de la opinion pública, tan terminantemente pronunciada, y se decidió á dar una forma mas legal á la autoridad administrativa, si bien con intencion de convertir este cambio en provecho suyo.

El 8 de mayo de 1818 anunció que ignorándose absolutamente el número de habitantes que habia en las

diferentes subdelegaciones, se iba á formar el censo, y que luego que esta operacion estuviese terminada y libre de enemigos, la provincia de Concepcion convocaria un congreso para discutir el acta constitucional. En el entretanto nombró una comision de cinco personas influyentes por su saber y virtud para que preparase un proyecto de constitucion adaptable al país, porque no se consideraba en este caso el publicado en 1813 por don Juan Egaña, hombre laborioso y erudito, pero sistemático, y cuya obra participa mas de la complicacion de un reglamento de policía, que de la sencillez de un código constitucional.

Fueron nombrados para componer esta comision don José Ignacio Cienfuegos, don Francisco Antonio Perez, don Lorenzo José de Villalon, don José María de Rojas y don José María de Villareal, adictos de corazon casi todos á la persona del director y dispuestos, fuese de buena fe ó por debilidad, á secundar sus miras y servir á sus intereses. De esta influencia del director se resentia la constitucion provisional que presentaron el 8 de agosto, y que dando á la autoridad del jefe del estado una estension exajerada, fué el jérmen de un vivo descontento. En ella se reconocia á un director interino nombrado por escaso número de habitantes de Santiago, sin precisar la época en que habia de reunirse una asamblea mas legal que le diese su sancion. En ella los cuerpos políticos no eran una garantía de los intereses del pueblo, porque en las atribuciones del director entraba el nombramiento de los miembros del senado, única cámara encargada de examinar sus actos, con participacion en los negocios públicos y facultada para limitar, añadir y enmendar la ley fundamental sin necesidad de escitacion de nadie: disposicion acertadísima, porque

una constitucion, sobre todo cuando se hace en época poco bonancible, tiene que ser necesariamente muy imperfecta y debe dejar la puerta abierta para admitir las mejoras que la esperiencia acredite y enmendar los errores que rara vez se escapan en la teoría. En ella en fin se daba al director un poder mucho mayor y poco menos que legal. Publicada esta constitucion en toda la república, y sometida á la aprobacion por escrito de sus habitantes, fué aceptada casi por unanimidad, á pesar de sus vicios y defectos : tan fatigado estaba el pueblo con la infinidad de vicisitudes porque habia pasado, y tanta era su necesidad de tener un gobierno firme y constituido para salir de la incertidumbre, y no verse mas á merced del flujo y reflujo de gobernantes y gobernados.

Revestido O'Higgins de un poder que por su regularidad, digámoslo así, casi le daba los privilejios de una dictadura, se dejó arrastrar á cometer violencias impropias de su nueva posicion. Debió conocer que de jefe de partido habia pasado á jefe del estado, y que en este concepto su deber era procurar la reconciliacion, no ponerla obstáculos. Por desgracia sus consejeros le aturdieron con que los partidos no se ligan á los principios, ni á las ideas, ni menos á las fórmulas, sino á intereses ó á personas; que la oposicion llegaria á ser una oposicion facciosa, á la que se seguirian todos los horrores de una guerra civil; y que era necesario evitar esto á todo trance, obrando con enerjía contra los enemigos del poder. Un artículo de la constitucion le abria camino para seguir esta línea de conducta, y lo aprovechó, especialmente contra los partidarios de don José Miguel Carrera, que desde entonces fueron perseguidos sin tregua ni

descanso, siendo las primeras víctimas los dos hermanos.

Cansados don Juan José y don Luis Carrera de la vida de club que hacian en Buenos-Aires en compañía de otros chilenos y de naturales del país, resolvieron volver á Chile con la esperanza de poder reanimar su partido, como imprudentemente se lo habian hecho creer las cartas de algunos amigos. Con esta idea emprendió la marcha el don Luis en los primeros dias de mayo, yendo con él Cárdenas, comerciante chileno, de quien se supuso criado. Habiendo encontrado en el camino al correo, cometieron la temeridad de cortar la balija; y aunque arreglaron lo mejor que les fué posible la cortadura por donde sacaron los papeles que podian interesarles, lo conoció el maestro de postas de San Juan y á los pocos dias fué arrestado Cárdenas. Casi al mismo tiempo lo fué tambien don Luis Carrera que habia continuado la marcha á Mendoza, donde se proponia esperar á su amigo, y donde le conocieron varias personas que al momento le delataron á Luzuriaga, gobernador de la provincia.

Luzuriaga, enemigo inexorable de los hermanos Carrera, no tardó en estar enterado de los proyectos ideados y discutidos en el club de Buenos-Aires contra el poder de O'Higgins. Supo igualmente por Cárdenas que don Juan José debia estar en camino con los mismos proyectos y que pasaria muy pronto á San Luis, disfrazado tambien de criado. Para arrestarle escribió sin pérdida de momento al gobernador Dupui, instándole á que inmediatamente practicase las mas activas dilijencias á fin de no dejar escapar tan buena presa, una de las mas importantes para el sosiego del partido de O'Higgins. La

persona portadora de esta carta, que estaba instruida de todo lo que se tramaba porque habia asistido al interrogatorio de Cardenas, recibió órden de quedarse con Dupui para ayudarle con la fuerza que llevaba y con sus consejos, y partió al dia siguiente con algunos soldados, dirijiéndose á la posta de la barranca, punto por donde tenia que pasar precisamente la víctima.

Don Juan José no tardó en efecto en llegar á las casas de esta posta. Supo en el camino la triste suerte de su hermano don Luis, lo que le tenia casi decidido á retroceder á Buenos-Aires, abrumado con el peso de las mil inquietudes que semejante noticia le inspiraba, cuanto mas que su viaje se habia verificado hasta allí bajo los mas tristes auspicios. Al dia siguiente de su salida de Buenos-Aires se encontró cara á cara en un sitio casi desierto con uno que siempre le habia tenido malísima intencion : diferentes veces se vió precisado á desviarse del camino y marchar por los campos, para no pasar por sitios habitados : y hasta el cielo parece que quiso aumentar sus riesgos y sus infortunios, enviándole una noche una tempestad espantosa, en ocasion en que habiéndose adelantado su compañero, se encontraron él y el postillon estraviados en los campos. La noche que pasaron fué terrible, y tanto que de sus resultas murió el postillon, cuya salud no era muy robusta.

En medio de todas estas peripecias llegaron don Juan José y su compañero Alvarez á la posta de la barranca, donde fueron detenidos y llevados con buena escolta ante el gobernador de San Luis, el famoso Dupui, hombre cruel, intratable y no menos ansioso que Luzuriaga de ver enteramente destruida la familia Carrera, que consideraba como el único obstáculo capaz de hacer sombra

á O'Higgins, el protejido de Pueyrredon, su amigo y jefe. De conformidad con sus instrucciones dispuso que á su noble prisionero y á Alvarez los llevasen á Mendoza, donde apenas llegaron, los mandó Luzuriaga á la misma carcel en que estaba don Luis, dando la bárbara órden de que les pusiesen grillos y de que estuvieran con entera separacion los dos hermanos.

Sabedores San Martin y O'Higgins de este suceso creyeron prudente no dejar pasar las cordilleras á sus temibles rivales, y comunicaron órden á Luzuriaga para que permaneciesen en Mendoza, donde era mas fácil determinar acerca de su suerte. Le mandaron al propio tiempo que instruyese una sumaria, cuyos resultados tenian que ser necesariamente muy funestos, porque se dejaba á los presos aislados, sin apoyo, rodeados de enemigos y sujetos al fallo de unos hombres de quienes debian temerlo todo, como que se hallaban bajo la influencia inmediata del intendente. Así lo comprendieron desde luego los partidarios de las víctimas que se preparaban, y así lo comprendió tambien don José Miguel que seguia retirado en Montevideo, quien se propuso no perdonar nada para salvar la vida de sus dos hermanos, de cuya desgracia se creia el principal autor. Dejando que su alma flotase en el mar de sus inquietudes, queriendo conseguir á todo trance su objeto, daba á su imajinacion todas las torturas imajinables para encontrar los medios. Tan pronto se decidia á marchar á Santa-Fe, donde esperaba poder reunir bastantes partidarios para dar un gran golpe de mano: tan pronto escribia á su esposa doña Javiera residente en Buenos-Aires, que se personase en Mendoza y pusiese en juego su influencia, su prestijio y su jenio inventor para proporcionarles la fuga. Des-

pues, temiendo que no se siguiesen sus consejos, escribia tambien á la esposa de don Juan José, doña Ana María Cotapos, que estaba en Santiago, diciéndole: « Es preciso libertar á nuestros presos, mis recursos son para mas tarde. Pide permiso para visitar á tu marido en Mendoza; vente trayendo 4000 pesos para comprar por el precio que puedas un oficial de los de guardia, que los porteños se compran como carneros, y hazlo jugar. Trae agua fuerte y sierras para cortar las chavetas de los grillos. Muñoz Ursua puede dirijirte en la empresa. Padre debe proporcionarte el dinero : ningun sacrificio es grande cuando se trata de la salvacion de dos hijos. Yo puedo recompensarle muy pronto sus pérdidas. En el sagrado sijilo, en la actividad y en una hábil direccion consiste el logro de nuestro plan. Hazte en este paso mas digna y mas amable de lo que eres. Imita á la heróica madama de Lavalette. Si escapan, ocúltense en los bosques de Chile, ó vénganse á Montevideo, segun convenga, etc. (1). »

Ademas de estos recursos violentos que á don José Miguel Carrera le sujeria su casi estraviada imajinacion, toda la familia se decidió á emplear medios suaves y lejítimos, sino para conseguir el mismo objeto, al menos para aliviar los padecimientos de los presos y obtener una sentencia moderada é imparcial. Doña Javiera pidió que el juicio se celebrase en Buenos-Aires, donde contaba con algunos amigos, mientras que su apoderado don Manuel Araoz alegaba que segun el derecho de jentes ninguna nacion puede retener á un estranjero que no tiene mas que quejas de su país, pretendiendo por esta razon que el gobierno de Buenos-Aires estaba en el caso

(1) Carta de don José Miguel Carrera de 26 de diciembre de 1817.

de ponerle en libertad. Para mas obligarlos á este acto de justicia ó de induljencia, pidió que se les enviase á un país lejano, ofreciendo en su nombre y en el de una multitud de amigos suyos, toda especie de garantías de no volver á poner jamas los piés en Chile ni en la república arjentina. Por último don José Miguel Carrera, dejando á un lado todo sentimiento de amor propio, se dirijió directamente al congreso de Buenos-Aires, solicitando que por lo menos se detuviese una causa, en que resaltaba la parcialidad de una venganza política, y cuyos jueces por mas que procedieran de buena fe en la apreciacion de los hechos, tenian que obrar influidos por la pasion de los partidos y el odio que profesaban á toda la familia. Pero fueron ineficaces todas estas reclamaciones, por mas que estaban hechas con la calma de la prudencia y de la moderacion y respiraban puro patriotismo y muchas veces sensibilidad: los dos patriotas debian sufrir la ley del mas fuerte y ser inmolados á las exijencias del sosiego público, como todavía dicen algunos parciales de O'Higgins.

Es verdad que desde que entraron en la cárcel de Mendoza, su causa se complicó mucho y de una manera muy grave. A fuerza de pensar en su triste posicion, don Luis Carrera acabó por sobornar á algunos milicianos que por las circunstancias fueron de guardia á la cárcel, y tramó con ellos no solo un proyecto para escaparse, lo cual no podia considerarse gran crímen, sino una conspiracion, cuyo objeto era nada menos que derribar el gobierno de la provincia, apoderarse de todas las autoridades, de los fondos públicos y de algunas personas de distincion, nombrar un intendente y empleados de su partido, levantar cierto número de tropas y marchar á Chile á re-

volucionarlo en favor de su hermano don José Miguel. Este plan, obra, como hemos dicho, de don Luis Carrera, y al que no se adhirió su hermano don Juan José sino despues de vacilar mucho y siempre con repugnancia, fué delatado en el momento mismo en que los conjurados, milicianos casi todos y de baja graduacion, iban á empezar á ejecutarlo. El que mas contribuyó á que pudiesen comunicarse los dos hermanos, fué el que por una imprudencia dió márjen á la denuncia, que puso en conmocion á toda la ciudad, porque muchos de sus principales habitantes estaban comprendidos en la lista de los proscritos. El intendente Luzuriaga, uno de los mas amenazados, aprovechó esta grave circunstancia para acelerar la causa. Deseaba mucho desembarazarse de estos altos personajes; pero no queria tomar sobre sí toda la responsabilidad de lo que iba á resultar, y pidió instrucciones á su gobierno de lo que debia hacer despues de la condena, solicitando al propio tiempo se trasladase el tribunal á otro punto, vista la sorpresa de Cancharayada, cuya noticia acababa de llegar á Mendoza. Temia, no sin falta de razon, que el infortunio de los dos ilustres patriotas conmoviese el corazon de los muchos emigrados que aquella catástrofe llevaria necesariamente á la ciudad, y que los pusiesen en libertad por medio de un golpe de mano. No estaba menos inquieto el cabildo con semejantes huéspedes en Mendoza. Sus individuos no pretendian ciertamente que se les matase, pero querian ahorrar á la ciudad los motines que la presencia de estos jefes pudiera suscitar en los emigrados que se esperaban, á quienes suponian sumamente descontentos
rota, y dominados por la ciega pasion del es-
ido. Movidos por estos temores pidieron

igualmente por conducto del procurador síndico, que se trasladase á otro punto el tribunal, ó que se abreviase la conclusion de la causa. Para resolver esta peticion, hecha ya espontáneamente ya por instigacion de los enemigos de Carrera, no creyó necesario el intendente Luzuriaga esperar la respuesta del director Pueyrredon, y nombró una comision de tres lejistas para reveer el proceso y pronunciar la sentencia. Sobre ser los procedimientos á todas luces ilegales, fué uno de los nombrados el famoso Monteagudo, hombre de talento, inhumano, sin pudor, y enemigo encarnizado de los Carreras. Monteagudo podia decirse que por su posicion era el juez único de los presos, tanto mas cuanto que no pudiendo dar su voto otro de los nombrados, no se le reemplazó. A la enemistad de este juez apasionado é inhumano se confió, pues, la vida de los dos ilustres patriotas, y pocas horas le bastaron para examinar las piezas del proceso y pronunciar la terrible sentencia de muerte, que ni aun por tratarse de un crímen político admitia justificacion. Porque el proyecto de conspiracion que era el cargo principal, no empezó á ejecutarse, y aparecia mas bien parto de una cabeza trastornada por los padecimientos morales y debilitada por los físicos, que una combinacion preparada con tino y capaz de producir resultados. Pero sucede con frecuencia en las guerras de partido que los mas leves motivos bastan para deshacerse de un rival, y puede decirse que en este caso se encuentra el proceso formado á don Luis y don Juan José Carrera. El intendente Luzuriaga se dió prisa á aprobar una sentencia que encubria sus intenciones violentas, y mandó que se ejecutase en seguida, sin conceder á sus nobles víctimas ni aun el tiempo de recojimiento que ordinariamente ne-

cesita el alma para pasar á la eternidad. El mismo dia 8 de abril de 1818 fueron sacados á las cinco de la tarde de su prision y llevados al lugar del martirio. Marcharon con serenidad y grandeza de ánimo, apoyados el uno en el otro para que penetrase mejor en sus corazones el sentimiento de su profundo amor fraternal. Llegados al sitio de la ejecucion no quisieron que les vendasen los ojos, se abrazaron estrechamente, y casi en el mismo momento recibieron una muerte, que hoy mismo reprueba la jeneralidad de sus compatriotas. Tres dias despues de esta terrible catástrofe, cediendo San Martin á las instancias de la esposa y algunos amigos de don Juan José Carrera, escribió algunas líneas en favor de estos patriotas á O'Higgins, quien atendió la recomendacion enviando inmediatamente un correo á Luzuriaga para que suspendiese todo procedimiento. La gloriosa victoria de Maypu movió á ambos este acto de induljencia, inútil por desgracia, merced á la prisa con que Luzuriaga mandó ejecutar el fallo de la comision. Personas de todos los partidos han creido que el correo se espidió sabiendo que llegaria tarde : sea de esto lo que quiera, lo cierto es que nadie lo agradeció, y que antes por el contrario fué un nuevo motivo de queja y de odio para los partidarios de los Carreras (1).

Otro personaje, víctima igualmente en esta época de violencia y tempestad, fué el valiente don Manuel Rodriguez, á quien hemos visto en 1816 contribuyendo á la victoria de Chacabuco con la gran diversion que fomentó

(1) Los detalles de este grave proceso pueden verse, aunque con alguna desconfianza, en las memorias de don José Miguel Carrera impresas en Montevideo, en las del gobierno de Buenos-Aires publicadas en esta ciudad y en Santiago y en la multitud de legajos que obran en los archivos del ministerio del interior de Chile.

en el ejército enemigo; en 1817 reanimando el espíritu militar del ejército, muy desmoralizado entonces con lo ocurrido en Cancharayada, y tomando una parte muy activa en la victoria decisiva de Maypu por el crecido número de guasos ó jentes del campo que á su voz májica corrieron á reunirse bajo las banderas del ejército: en el momento, en fin, mas crítico para la patria, asociándose al gobierno de Cruz é inspirándole fuerza, actividad y audacia. Su talento de verdadero tribuno tenia necesariamente que hacer sombra á O'Higgins, porque la plaza de director habia llegado á ser para este una especie de señorío que queria perpetuar en su persona: así por lo menos lo daban á entender todas sus acciones, encaminadas á realizar esta ilusion, pues con el manto de la salud pública tomaba las mas terribles medidas contra sus enemigos personales, que los confundia en uno con los de la patria.

Haria un mes que don Manuel Rodriguez se hallaba preso en el cuartel de San Pablo, cuando el batallon de cazadores que estaba acuartelado en él, recibió órden de cambiar de guarnicion y partir para Quillota. Se mandó á don Manuel Rodriguez que le siguiese, siempre bajo la salvaguardia de dos oficiales, el capitan Zuloaga y el teniente Navarro, quienes aunque tenian órden de vijilarlo muy severamente, le guardaban muchas consideraciones, especialmente Navarro, que puso en él toda su confianza, hasta el punto de permitirle salir de la prision por las noches é ir á visitar á sus parientes y amigos. Esto pasaba mientras el distinguido preso estuvo en el cuartel de San Pablo; pero cuentan que en cuanto salió para Quillota, Navarro, que continuó encargado de su custodia, se hizo mas descontentadizo, mas severo y

muy receloso. Rodriguez se apercibió de esto y le preguntó el motivo de semejante cambio. Navarro, algo turbado, le respondió que se equivocaba y que nada tenia; pero al llegar cerca de Polpayco, la compañía encargada de escoltarlo alcanzó al batallon, y el capitan don José Benavente de Concepcion, quien, á lo que parece, sabia lo que se meditaba, se acercó á ellos y ofreció un cigarro de papel á Navarro y otro á Rodriguez, haciendo señas á este para que leyese unas palabras que habia escrito en el mismo cigarro, y que estaban reducidas á advertirle del peligro que corria. Navarro observó las señas, se apoderó del cigarro, leyó lo que en él estaba escrito y echó á Benavente una mirada de cólera, reconviniéndole porque queria perderle. Sin embargo, como eran muy amigos, Navarro no habló á nadie de lo ocurrido y el batallon continuó la marcha hasta cerca de Tiltil, adonde iba á pernoctar. En este sitio y despues de un paseo que dieron juntos Rodriguez y Navarro, este disparó á aquel á quema ropa un pistoletazo, que le dió en el cuello y le derribó del caballo. A poco llegaron un sarjento y un cabo que los habian seguido á corta distancia, y lo acabaron de matar con las bayonetas.

La noticia de este suceso se divulgó al dia siguiente por la capital, pero nadie queria creerla, porque nadie consideraba posible monstruosidad semejante. Un amigo de Rodriguez fué inmediatamente al sitio de la catástrofe, pero no pudiendo averiguar nada con certeza, regresó á Santiago, y al otro dia volvió á salir con otros muchos patriotas no menos impacientes que él por saber la realidad. Convencidos desgraciadamente de ella se fueron á Santiago, donde se esparció la mayor consternacion. La opinion pública vió en esta muerte un verda-

dero asesinato y acusó como autor de él al director. Los partidarios de O'Higgins, por el contrario, quisieron hacer creer que fué un acto de propia defensa, aunque algo exajerado, del oficial responsable, que decia haberle atacado Rodriguez en el momento de emprender la fuga para salvarse. Navarro fué efectivamente arrestado bajo la inculpacion de haber sido severo en demasía en el cumplimiento de sus deberes, pero su arresto no fué de larga duracion, pues á los dos meses volvió á la provincia de Cuyo, donde se hallaban ya en toda seguridad el sarjento y el cabo que habian contribuido al homicidio. Por lo demas, este sistema de terror nacido en la lojia lautarina, que O'Higgins aprendió en Buenos-Aires y seguia con la esperanza de ahorrar á su país las guerras civiles que le amenazaban, no se contentó con estas ilustres víctimas. Todo aquel á quien se le probaba tener ideas subversivas, era rigorosamente castigado, y el castigo consistia en la pena de muerte si el delincuente habia pasado á vias de hecho. Así sucedió con los hermanos Prieto de Talca y algunos otros que por entonces pagaron con la vida la estúpida revolucion que tramaron contra el poder establecido. Pero si es verdad que en todas estas circunstancias se condujo O'Higgins con escesiva severidad, es necesario tambien no perder de vista que las épocas de revolucion son épocas de violencia y arbitrariedad, y que las leyes enmudecen cuando los partidos luchan con las armas y las pasiones se envenenan. Es sin duda una desgracia que así suceda, pero tal es la condicion humana : para cumplir la naturaleza su magnífica mision tiene sus dias de tempestad, de rayos y de terremotos. No puede negarse ciertamente que O'Higgins estaba animado de gran patriotismo : en todas ocasiones, en sus

actos públicos como en sus actos privados, manifestaba siempre desinterés, vacilacion casi cuantas veces tenia que usar de la violencia, y sobre todo un vivo deseo de que su país estuviese á la altura de las naciones independientes y libres de los escesos de la anarquía. Por desgracia este deseo era en él interesado, se habia convertido en una pasion, en un verdadero fanatismo; y sabido es que el fanatismo no raciocina y es siempre implacable. Sin la pretension oficiosa de cubrir con un velo las graves faltas cometidas por O'Higgins, estamos sin embargo persuadidos de que cuando dos partidos poderosos obran dominados por la ambicion, esta pasion de las intrigas y de las ajitaciones, no queda mas medio que la dictadura para restablecer la tranquilidad y poner á los habitantes al abrigo de la anarquía. Cosa terrible es para el vencido sufrir la ley del mas fuerte, en vez de estar sujeto á la de la justicia; pero así ha sucedido en todas épocas y en todas partes y así sucederá probablemente en mucho tiempo. Son tan temibles y peligrosos los trastornos de la sociedad, que ha llegado á ser máxima de una exactitud reconocida, que la necesidad justifica las mas veces la violacion de las leyes políticas.

CAPITULO LI.

Ossorio lleva á Concepcion la noticia de su derrota.— Se sitúa en Talcahuano para reunir los fujitivos y defenderse.— Las fortificaciones de la Quiriquina son destruidas por los mismos que las estaban construyendo. — Alarma que la derrota de Maypu produce en el Perú y Nueva Granada. — San Martin es considerado en Buenos-Aires como el jenio de la revolucion. — Los patriotas no saben aprovecharse de su victoria. — Zapiola persigue á los fujitivos sin gran resultado. — Ossorio vuelve á Lima cumpliendo las instrucciones de Pezuela y con arreglo á lo determinado en un consejo de guerra. — Deja de jefe del ejército á don Juan Francisco Sanchez.

La noticia de la sorpresa de Cancharayada colmó de alegría á los realistas de Concepcion. Creian que Chile iba á volver á la dominacion del rey de España, y la llegada de los cañones cojidos en la accion y enviados á Talcahuano, sirvió de motivo para celebrar el suceso con grandes regocijos públicos. Algunos ingleses, recien llegados de Valparaiso, opinaban que el gobierno tenia aun fuerza bastante para defenderse en Chile con gran probabilidad de buen éxito; pero la victoria de Cancharayada habia sido tan completa é inesperada y tal la dispersion de las patriotas, que les parecia poco menos que imposible que estos reorganizasen su ejército. Y eran tan positivas las noticias que diariamente se succedian y tan propias para confirmar esta confianza, que el gobernador Sanchez detuvo un buque ballenero que iba salir para Inglaterra, con objeto de que llevase al embajador español en Londres la noticia de la toma de Chile y de la entrada triunfante de los realistas en Santiago (1).

Estaban entregados al alborozo y á las ilusiones,

(1) Journal of a residence in Chili, p. 71 y 72.

cuando por uno de esos grandes cambios de la fortuna, supieron los resultados de la batalla de Maypu y la destruccion completa del ejército real. No podia caberles la menor duda en la noticia porque la dió el mismo Ossorio, que muerto de cansancio llegó el 13 de abril, esto es, siete dias despues de la accion, acompañado de Rodil, sus ayudantes de campo y catorce soldados de los seiscientos ó setecientos que tenia al dejar el campo de batalla. Los demas habian sido dispersados, cojidos ó acuchillados en la huida, unos en los campos, y otros al pasar los rios, especialmente el Maule á las inmediaciones de Bilbao, donde se quedaron mas de la mitad.

La noticia llenó de espanto á los realistas, y sobre todo á los que estaban mas comprometidos por su conducta con los patriotas. Los que habitaban en el interior se dieron prisa á refujiarse en el puerto de Talcahuano, único asilo con que podian contar; y al cabo de pocos dias todas las casas y los ranchos mas malos estaban ocupados por multitud de familias, habiendo tenido que acampar muchas en las calles. Tanto temian la venganza de sus enemigos que no les arredraba la estacion del invierno, muy lluviosa siempre en aquellos paises (1).

En este gran conflicto, Ossorio no halló otro recurso que establecerse en Talcahuano. La resistencia que en esta poblacion habia hecho Ordoñez por espacio de muchos meses á toda la division O'Higgins le inspiraba la confianza de que tambien él podria sostenerse, por lo menos hasta que llegaran refuerzos de Lima y dos mil hombres de buenas tropas que debian embarcarse en

(1) And hundreds of men and women, who have been used to ease and comfort are now obliged to pass both day and night in the open streets. In truth they are very wretched. Journal of a residence in Chili, p. 75.

Cádiz en todo el mes de mayo. Con esta idea dispuso que se replegasen sobre Talcahuano todas las fuerzas que desde su marcha á Santiago estaban escalonadas como guarniciones y como reserva en las diferentes ciudades : fuerzas á que se incorporaron una multitud de fujitivos de Maypu, que habiendo escapado de las lanzas y de los lazos de las jentes del campo, se presentaron, unos solos y otros en pequeños grupos; por manera que al mes, contaba Ossorio con mil doscientos hombres para la resistencia.

Estas tropas se ocupaban, parte en recorrer el interior de la provincia con objeto de hacer nuevos reclutas, lo que conseguian cojiendo á la fuerza todos los jóvenes capaces de llevar las armas y llevándolos escoltados al campamento, y parte en reparar las fortificaciones antiguas y construir otras nuevas. Se trató de levantar algunas en la isla de la Quiriquina para protejer mejor la bahía de Concepcion y defender su estrecho paso; pero apenas comenzadas las obras se sublevaron los trabajadores y las destruyeron, habiéndose salvado en las lanchas de la fragata *Esmeralda* que tenian á su disposicion.

La derrota de Maypu puso al virey Pezuela en grande compromiso á pesar de que entonces estaban victoriosas casi todas sus tropas y los patriotas relegados en el Tucuman se hallaban estrechados por Laserna, que solo aguardaba algun corto refuerzo en material para atacarlos. Una correspondencia muy seguida que tuvo con Morillo, jeneral en jefe del ejército de Venezuela, y con Samano, virey de Nueva-Granada, revela que le asaltaban mil pensamientos todos desconsoladores. Les escribia cartas sobre cartas manifestándoles su inquietud por encontrarse sin tropas, sin armas y amenazado

por un enemigo sumamente activo, que en cierto modo habia improvisado una marina capaz de hacerle dueño del mar del Sur. Su reclamacion de armas y municiones era de tal manera apremiante, que al dia siguiente de recibirla despachó Samano un correo á Cartajena para que el bric *Andaluz* fuese á Cuba con pliegos en que enteraba al capitan jeneral de lo grave que consideraba la posicion de Pezuela y le pedia lo que á él no le era posible facilitar por no tenerlo. Asimismo dió órden para que el batallon de Numancia, fuerte de mil doscientos hombres de buenas tropas, marchase á socorrer la capital del Perú.

Pezuela, al propio tiempo que apelaba á la fidelidad de Samano y de Morillo, atendia á la defensa del país con toda la actividad de que era capaz. Convencido de la necesidad de una reserva numerosa para conjurar el peligro, la creó, poniéndola á las órdenes del brigadier Rocafort y situándola en Arequipa contra el parecer del jeneral en jefe Laserna, que queria se colocase en Puno. Hubiera sido un error seguir el dictámen de Laserna, porque Puno estaba mucho mas distante de la costa amenazada y en esta tenia que haber siempre algunas tropas, como que al efecto se destacó un batallon de ochocientos infantes y un escuadron de ciento ochenta caballos que alternaba con el depósito de Arequipa. En Lima, que era el punto por el que mas habia que temer, reunió Pezuela todos los batallones acampados en los alrededores, y ademas toda la milicia, que ocupaba en continuos ejercicios. Tal fué su afan por instruirla pronto, que se esparcieron voces de una nueva espedicion contra Chile, lo cual bastó para que desertasen muchos nacionales, no obstante las protestas reiteradas de las autoridades superiores, asegu-

rando que todo era mera precaucion de defensa. Si á estos temores se agrega que las ideas revolucionarias empezaban á manifestarse por actos esteriores, y que un dia faltó poco para que triunfasen (1), se verá que la victoria de Maypu dió un golpe terrible á la causa española y que sus efectos se dejaron sentir no solo en el Perú, sino en toda la estension de la América meridional dominada por la monarquía (2).

Lo mismo sucedia á los patriotas, y especialmente á la república de Buenos-Aires, que aunque mandaba en todo su territorio desde el principio de la revolucion, tenia sus fronteras fuertemente atacadas al norte por las tropas de Laserna y al este por las brasileñas, dueñas entonces de Montevideo : en el interior, la discordia trabajaba á los jefes y se ganaban las provincias, lo que parecia anunciar que la anarquía no estaba lejos. Así es que la victoria de Maypu produjo en los verdaderos patriotas un entusiasmo febril por San Martin, de que participó el pueblo, manifestando una alegría tanto mayor cuanto que formaba contraste con el abatimiento en que lo habia sumerjido pocos dias antes la sorpresa de Cancharayada. Todos se felicitaban por este gran acontecimiento y en todas partes se oia decir *al fin somos independientes* y que San Martin era el jenio de la revolucion (3).

Pero aunque la victoria de Maypu influyó mucho en la independencia americana, todavía O'Higgins y Balcarce,

(1) En Lima y el Callao hubo en el mes de julio una conspiracion, que fué sofocada el mismo dia en que debia estallar. Veinte personas fueron presas y juzgadas militarmente. Archivos de Lima.

(2) Correspondencia del virey Pezuela que existe en los archivos de Lima.

(3) There was a general and almost universal exclamation : "*At last we are independent*," while San Martin was hailed as the genius of the revolution. The reports on the present state of the united provinces of South America by MM. Rodney and Graham, p. 215.

succesor de San Martin en el tiempo que duró su viaje á Buenos-Aires, no supieron sacar de ella todo el partido á que se prestaba para destruir de un golpe cuantos recursos podian encontrar los restos de Maypu en la provincia de Concepcion. En vez de perseguirlos con una fuerte division que les imposibilitara reorganizarse, se limitaron á enviar, como ya hemos visto, á Zapiola con doscientos cincuenta hombres solamente; y aunque es verdad que de sus resultas Caxaramilla en el Parral y Rodriguez en Quirihue obtuvieron alguna ventaja, fué esta muy corta y muy insignificante para que pudieran sentirse sus consecuencias. Así es que las tropas de Zapiola tuvieron que irse á cuarteles de invierno á Talca, mas como un pequeño destacamento de observacion, que como cuerpo dispuesto á tomar la ofensiva.

El jefe que de este modo tuvo en espectativa á los soldados de Zapiola fué el coronel Lantaño, que desde la sorpresa de Cancharayada mandaba en Chillan y estaba al cuidado de los heridos enviados allí. Estos heridos fueron trasportados á Talcahuano despues de la accion de Maypu, y Lantaño quedó á la cabeza de los milicianos, cuyo número aumentaban las exortaciones llenas de ternura de los padres franciscanos, siempre firmes en su adhesion á la causa de su rey. Así sucedió que cuando pasados dos meses volvió Caxaramilla á atacarlos, encontró una resistencia mucho mayor aun, que le obligó á batirse en retirada con gran confusion y muy espuestos á ser él y todos los suyos cojidos (1).

Desde que principiaron las guerras de la independencia se habia manifestado dispuesta la provincia de Con-

(1) Véase la interesante memoria de don Diego Barros sobre V. Benavides, pájina 5.

cepcion á sostener la causa realista, notándose mas esta tendencia en la clase baja (1); pero en lo que se desplegó una política hábil, aunque contraria á las leyes de la humanidad y aun á las de la guerra, fué en comprometer en esta causa á la raza india, que se hallaba en una neutralidad espectante, dispuesta á caer en caso necesario sobre el vencedor débil, si las circunstancias lo permitian. Esta alianza con un gobierno que tan abusivamente les habia hecho sentir su superioridad, tenia su oríjen en la grande influencia que sobre ellos ejercian los capitanes de amigos, que Sanchez tuvo la habilidad de atraer á su partido. Contando con esta fuerza brutal tan fácil de sublevar como difícil de contener, Sanchez, en su calidad de intendente interino de la provincia de Concepcion, marchó á la Florida, para donde convocó á muchos capitanes de amigos con órden de que llevasen cierto número de indios de alta posicion. Mas de doscientos de estos se presentaron mandados por Burgos, llevando á su cabeza los caciques Calbulevu de Collico, Dumacan de Bureu, Antineu de Rinaico, Coliman de Santa Bárbara, etc. Este último era el principal de todos, hombre de mucho teson, de gran discernimiento, honrado, probo y de carácter conciliador y pacífico. Era hombre de paz (2) y se habia captado el respeto no solo de los Pehuenches, sino tambien de los chilenos y hasta de los Mulluches, á pesar de que no estaban bajo su influencia. Sanchez empleó mil medios para atraerse este cacique, pero todos inútiles, porque decia que repugnaba

(1) Journal of a residence in Chili.

(2) Los Indios tienen jefes militares y jefes de consejo y de paz. Estos no se baten nunca, antes por el contrario procuran evitar las guerras y conciliar los ánimos. Lo esplicaremos en la Etnografia araucana, que ha de publicarse muy pronto.

á su corazon el derramamiento de sangre. Sin embargo, se decidió al fin y arrastró consigo una multitud de indios, dispuestos á poner á disposicion de la monarquía su salvaje brutalidad (1).

Independientemente de estos indios, con cuyo valor se podia contar, los soldados enviados al interior de la provincia en busca de reclutas, reunieron algunos, por manera que en agosto contaba el pequeño ejército de Ossorio con dos mil doscientos y seis hombres. Es verdad que muchos eran completamente nuevos en el arte de la guerra é incapaces de hacer bien ningun movimiento en una formacion, pero no les faltaba intelijencia y tenian un instinto eminentemente guerrero, por lo que los veteranos les enseñaron pronto y les pusieron en estado de defender su puesto. Por lo demas, toda la ambicion de Ossorio en aquel momento se cifraba en sostenerse en Talcahuano mientras recibia contestacion del virey Pezuela. Con las fortificaciones hechas por Ordoñez y las que él habia construido, no temia ningun ataque por tierra; pero no estaba tan seguro si se le atacaba por mar, y todo le hacia creer que esto se verificaria muy pronto. Así se lo tenia anunciado al virey; y este envió el 23 de junio un buque, *la Presidenta*, con armas y tropas y órden de ir sobre la costa á fin de « llamar la atencion de los patriotas y alejar sus pensamientos de espedicion sobre este vireinato, » y pasar despues á Talcahuano para prevenir á Ossorio « que no aventurase las armas del rey de su mando, embarcándose en el último caso con sus tropas y cuanto pertenece al rey y auxilio de emigrados en los buques de guerra y en los mercantes surtos en aquel puerto con direccion al Callao (2). »

(1) Conversacion con don Domingo Salvo, célebre capitan de amigo.

(2) Plan de defensa de Lima despues de la batalla de Maypu. Archivos de Lima.

Con esta órden, y con las noticias de una próxima espedicion marítima contra Talcahuano, que si se verificaba ponia al ejército en una posicion muy crítica y en la imposibilidad de salvarse, Ossorio convocó el 25 de agosto de 1818 una junta de guerra compuesta de todos los oficiales superiores de mar y tierra, en la que despues de leer las instrucciones últimamente recibidas del virey Pezuela y manifestar los peligros que corria el ejército en Talcahuano, «reclamó muy eficazmente la consideracion de la junta, pidiendo le ilustrara sobre el partido que en circunstancias tan difíciles convendria adoptar para conciliar el mejor servicio del rey, exijiendo voto particular y por escrito á cada vocal; y habiéndose antes discutido madura y reflexivamente sobre los puntos que abraza esta materia, resultó la unanimidad de considerar indispensable y reunir las fuerzas marítimas sobre las costas del Perú y por pluralidad la evacuacion parcial de esta provincia (1).»

Determinada la salida, Ossorio nombró comandante jeneral del ejército que quedaba en la provincia, al coronel don Juan Francisco Sanchez, digno de esta distincion por su laudable conducta en el tiempo que Carrera tuvo sitiado á Chillan, y lo dió á reconocer en una proclama dirijida á los soldados y á los habitantes de la provincia. En las instrucciones que le dejó por escrito le encargaba muy particularmente que conservase la amistad de los indios, y que les hiciere pomposas promesas de

(1) Documentos sobre la junta de guerra de Talcahuano. El jeneral Camba opina que Ossorio no debió abandonar á Talcahuano y dice que muchos oficiales fueron de este parecer. Tengo una copia íntegra del acta de la junta de guerra, sacada del orijinal que existe en los archivos de Lima, y veo en ella que se votó por unanimidad la evacuacion de Chile, dejando solo un corto número de tropas.

vestidos, adornos y otros regalos para tenerlos siempre bien dispuestos en favor de su causa.

Pezuela tenia prevenido á Ossorio que embarcase las tropas disponibles, pues creia con razon sobrada que la conservacion del Perú era mucho mas importante que la de Chile; pero encargándole al mismo tiempo que dejara algunas en la provincia para que hiciesen la guerra de partidas sueltas y sostuviesen la moral de los indios. Visto el número de soldados que tenia á sus órdenes, dejó en Chile los batallones de Concepcion y de Valdivia, los dragones de la Frontera y de Chillan, etc., en todo mil seiscientos diez y ocho hombres, inclusos cuarenta y cuatro artilleros, y llevó consigo setecientos veinte y nueve, á saber, ciento noventa y seis infantes del batallon de Burgos, ciento cuarenta y cinco del de Arequipa, ciento ochenta y tres Infantes, cincuenta y tres artilleros, veinte y cinco zapadores, veinte guardias de honor y ciento siete dragones de Arequipa. Le acompañaron ademas treinta empleados, setenta y ocho paisanos de todas edades y doscientas cincuenta y cuatro mujeres, por manera que incluyendo los marineros, ascendia el total á mil setecientas doce personas, que se embarcaron en ocho buques de guerra y mercantes y se dieron á la vela el 8 de setiembre de 1818 (1).

Luego que Sanchez quedó de jefe único en la provincia de Concepcion se dedicó con toda la actividad de que era capaz, á conservar su influencia sobre los indios y á instruir á los reclutas que pudo proporcionarse. Su pequeño ejército se encontraba diseminado por toda la provincia : en Talcahuano habia la mayor parte del batallon de Concepcion; en Concepcion estaba el de Valdivia;

(1) Archivos de Lima.

en Chillan el escuadron de dragones de la Frontera, el de Chillan, una compañía de Concepcion y dos guerrillas; en la Florida los milicianos de la Florida, Rere y la infantería de los Angeles, con un destacamento de dragones de la Frontera, otro de infantería de Valdivia y dos piezas de montaña; por último, en los Angeles los escuadrones primero y segundo de milicias de la Laja. Él permaneció en Concepcion para recibir las tropas que se esperaban de Cádiz y que empezaban á llegar, y para protejer á Talcahuano, cuyas fortificaciones cometió Ossorio el desacierto de derribarlas en su mayor parte, con la esperanza de poder defender aquella plaza, al menos contra los ataques por tierra, ya que no le fuese posible hacerlo contra los de mar que eran precisamente los que temia, pues por los espías estaba enterado del celo y actividad que desplegaba el gobierno en organizar una escuadra.

CAPITULO LII.

O'Higgins se dedica con actividad á la creacion de una escuadra.— Dificultades con que tropieza. — Proteje á los corsarios.— La *Windham* ataca sin éxito á la *Esmeralda* y el *Pezuela*. — Muerte de su comandante O'Brien. — El buque *San Miguel* es apresado.— O'Higgins va á Valparaiso á activar el armamento de una pequeña escuadra.— Visita la escuela de marina.— Buques de que se compone la marina chilena.— Sale de Cádiz una espedicion militar contra Chile. — Rebelion en la Trinidad, de cuyas resultas este buque se dirije á Buenos-Aires. — El gobierno anuncia immediatamente á O'Higgins este suceso, y le revela los secretos de la espedicion. — Parte para el sur una division mandada por el capitan de navio don Manuel Blanco Encalada.— En la isla de Santa María sabe que ha llegado á Talcahuano la fragata *Reina María Isabel*. — La ataca y se apodera de ella. — Vuelve á la isla de Santa Maria y apresa otros buques del convoy. — Entusiasmo que produce este triunfo en Valparaiso y Santiago. — Fiestas y ovaciones al comandante don Manuel Blanco.

Crear una escuadra nacional fué desde que principiaron las guerras de la independencia, una necesidad reconocida por todos los hombres políticos del país, de Carrera como de San Martin, O'Higgins, etc. El último especialmente la consideraba cuestion de vida ó muerte para la naciente república, porque veia que era preciso mudar el teatro de la guerra y llevarlo al Perú, fácil de ser invadido y único país de la América del sur en que España dominaba con todo su poder y casi sin oposicion. Penetrado de esta idea y persuadido de que una escuadra seria el lazo que uniese los patriotas de los dos paises, empleó toda su intelijencia, su prestijio y su actividad en organizarla, y á los pocos meses se vió Chile á la cabeza de una marina militar que iba á dar dias de gloria á la historia de la independencia americana y particularmente al jenio que la habia creado.

La empresa no era fácil, sin embargo. Nunca Chile habia tenido un solo buque : su marina mercante se encontraba en el estado mas miserable : y el país estaba falto de marineros, de oficiales y de recursos. El dinero enviado á los Estados-Unidos y á Londres para la compra de la escuadra, reunido con los donativos de los patriotas y el secuestro de los bienes de los realistas, no era suficiente á prometer grandes resultados. Verdad es que O'Higgins con política muy hábil empezó las hostilidades marítimas por incursiones de barcos pequeños armados en corso. En Valparaiso y Coquimbo se alistaron en estos barcos una multitud de marineros jóvenes pero valientes y audaces, que llevaron el espanto á toda la costa, avanzando hasta mas allá de Guayaquil, bloqueando en sus propios puertos á los buques peruanos y volviendo con presas que escitaban la codicia de otros marineros y les inducia á nuevos armamentos. O'Higgins se complacia en este estímulo, no solo porque era un medio de herir en el corazon al enemigo, destruyendo su comercio y promoviendo el descontento de los comerciantes con su ruina, sino porque veia en él una escuela práctica escelente para formar buenos marineros y hasta oficiales de marina, tan necesarios en la escuadra que su patriotismo estaba organizando.

El primer buque que sirvió en cierto modo de núcleo de esta escuadra fué *el Aguila*, al que ya hemos visto tomado por sorpresa á Valparaiso, conocido mas adelante con el nombre de *Pueyrredon* y en seguida por el de *Windhan*, buque de ochocientas toneladas, de la compañía de las Indias, que Alvarez Condarco envió á Chile y que el gobierno compró muy caro la víspera de la batalla de Maypu. Los comerciantes estranjeros pagaron la

mitad de su costo, pero cuando O'Higgins supo que su intencion era armarlo en corso para especular con él, se empeñó en devolverles la cantidad que habian entregado, y le dió un destino enteramente militar.

Como hacia tiempo que los dos buques de guerra españoles la *Esmeralda* y el *Pezuela* bloqueaban el puerto de Valparaiso, O'Higgins proyectó atacarlos con el buque recientemente adquirido y en pocos dias quedó este equipado y armado (1). El capitan O'Brien, que, procedente de la marina real de Inglaterra, habia entrado al servicio de los patriotas y asistido al combate entre la fragata inglesa *Phœbe* y la de los Estados Unidos *Essec*, tomó el mando del *Aguila* y en muy poco tiempo se alistaron trescientos cincuenta hombres, de los cuales unos ciento eran estranjeros y los demas chilenos, la mayor parte sin esperiencia del mar, pero tan llenos de buena voluntad que algunos que fueron desechados, se tiraron á nado para alcanzar al buque é ir en la espedicion. Los oficiales se sacaron tambien de estranjeros de todas naciones especialmente ingleses, que en jeneral no entendian el español, circunstancia que dificultaba mucho el que se comprendieran bien las órdenes en el buque. A pesar de estos inconvenientes, la fragata se hizo á la vela en la noche del domingo 26 de abril, y el dia siguiente á las siete de la mañana estaba á la vista de la *Esmeralda*. Creyendo el comandante de esta, Coig, que era el buque de guerra inglés con quien habia hablado otras veces, se puso en facha á esperarlo y lo mismo hizo el bric *Pezuela*, que se hallaba á corta dis-

(1) Don Antonio García Reyes dice que el *Pueyrredon* acompañaba al *Windhan*. Véase la muy interesante memoria que ha publicado sobre la primera escuadra nacional de Chile.

tancia; pero en cuanto vió que izaba el pabellon chileno, conoció su equivocacion, y casi á quema ropa le disparó una andanada. O'Brien contestó con otra y al propio tiempo mandó el abordaje, que se verificó dando él mismo el ejemplo, pues fué uno de los primeros que saltaron sobre el puente enemigo con solos veinticinco hombres. Su audacia y decision, protejidas por la infantería de Miller, que desde la *Lautaro* no cesaba de hacer fuego, infundieron tal terror en los realistas que se bajaron precipitadamente al entrepuente; por manera que O'Brien era ya dueño del buque y habia bajado la bandera, cuando las dos embarcaciones que no estaban bien amarradas, las separó un golpe de mar. El segundo de la *Lautaro* don Jorge Argent Turner, en vez de aproximarse en seguida á la *Esmeralda*, se contentó con enviar á ella diez y ocho hombres en unos botes y él marchó sobre el *Pezuela*, al que obligó á bajar el pabellon. Esto fué una desgracia para la espedicion, porque en cuanto los realistas de la *Esmeralda* la vieron desamarrada de la *Lautaro*, y se enteraron del corto número de enemigos que habian quedado en su buque, se echaron sobre los patriotas, mataron al bizarro O'Brien y á muchos de sus valientes compañeros, arrojándose al mar los restantes para ganar los botes que no habian llegado á tiempo. Al punto que el capitan Turner se apercibió de este cambio de la fortuna abandonó el *Pezuela* y dirijiéndose sobre la *Esmeralda* que acababa de recobrar la libertad, la destrozó hasta incendiarle la cámara y la obligó á ponerse en salvo, lo mismo que al *Pezuela*, sin que pudiese perseguirlos por la gran inferioridad de su marcha. Tal fué el resultado del primer combate naval digno de este nombre, dado por los patriotas, resultado completamente

nulo y hasta puede decirse desgraciado, por la pérdida del valiente O'Brien, que tenia dadas pruebas repetidas de arrojo y de capacidad. Quizá deba recaer sobre Turner por su un tanto cuanto de apatía en el mando, la responsabilidad de todo, al menos el público le inculpó por ello sin embozo, y sus esplicaciones, apoyadas en el testimonio de los oficiales que iban á bordo, no bastaron á cambiar completamente la opinion (1).

Lo que disminuyó algo el descontento fué el haber sido apresado de vuelta del puerto el bergantin *San Miguel*, que de Concepcion iba á Lima. Entre los muchos pasajeros que llevaba habia personas de alta posicion social, como los comerciantes don Pedro Nicolas Chapitea, y don Rafael Beltran, el teniente coronel don Matías Aras y otros. Ademas conducia algun dinero y mercancías por valor de unos 30,000 pesos, todo lo que se repartió á la tripulacion con el objeto de entusiasmarla y despertar la codicia de otros marineros, que se deseaban adquirir para la escuadra que se preparaba.

Tan persuadido estaba O'Higgins de la necesidad absoluta de dominar el mar, que no perdonó ningun sacrificio para formar la escuadra. Con objeto de poder dirijir mejor su organizacion y acelerar su armamento, resolvió ir á presenciarlo todo; pero antes quiso regularizar en Santiago cuanto tuviese relacion con el ejército á fin de ponerlo en mejor pié. Habia creado el cuerpo de dragones de la patria, que con un escuadron de la escolta directorial, fué al ejército del sur, el cuerpo de la guardia nacional y el batallon de marina : y habia disciplinado las milicias de infantería y caballería de toda la república, principalmente la infantería de Rancagua y

(1) Conversacion con don Bernardo O'Higgins.

Aconcagua. Para que nada faltase á estas tropas y al ejército en jeneral, formó un reglamento de la proveeduría y otro para la maestranza, con el único objeto de que se trabajasen separadamente y en una oficina especial, cuantos útiles y aprestos militares necesitasen los ejércitos de la Nacion, bajo la direccion de un superintendente con jurisdiccion civil y criminal en todas las personas empleadas en dicha oficina. Estableció ademas una junta de secuestro, compuesta de personas de gran probidad; y para que desapareciese cuanto pudiera recordar el nombre español, con el que eran conocidos los que no tenian en su sangre mezcla de la indíjena, prohibió que en toda clase de informaciones judiciales, sea por via de prueba en causas criminales, de limpieza de sangre, en proclamas de casamientos, en las partidas de bautismo, entierro, etc., se titulase nadie español, sino chileno, nombre que tambien debia darse en lo succesivo á los indios.

Concluidos estos y otros trabajos de organizacion administrativa y eclesiástica, se puso en camino con don Ignacio Zenteno, secretario de estado, y el 2 de setiembre llegó á Valparaiso. Lo primero que hizo fué visitar la especie de escuela de marina que habia mandado abrir para los jóvenes dedicados á esta carrera, y de la que debian salir á oficiales de la escuadra chilena. Contaba ya esta con muchos buques, cuya organizacion estaba confiada á la intelijencia de un marino lleno de entusiasmo y buenos deseos, de don Manuel Blanco Encalada, teniente coronel de artillería, alférez de fragata que habia sido en la marina española y vuelto á su primitiva carrera, á la que muy pronto iba á dar lustre con resultados de la mayor importancia. Con el zelo y la grande

actividad de este jóven que contaba apenas veinte y seis años, y con el auxilio de don Juan Higginson, oficial inglés, la escuadra, aunque en jeneral armada con cañones de forma poco regular, presentó muy luego un aspecto un tanto halagüeño. Ademas del *Pueyrredon* y la *Lautaro* habia los buques siguientes: *Cumberland*, de la compañía de las Indias, de mil trescientas toneladas y sesenta y cuatro cañones, enviado de Londres por Alvarez Candarco perfectamente equipado, y comprado por el gobierno en 140,000 pesos. Se le bautizó con el nombre de *San Martin* en memoria del ilustre guerrero á quien Chile debia en parte su libertad, y el dia de la ceremonia O'Higgins embarcó en él trecientos hombres y muchachos sacados de las cárceles de Santiago y Valparaiso ó cojidos en las calles, todos bastante despejados para que al cabo de algun tiempo llegasen á ser marineros tan diestros como intrépidos.

La *Chacabuco*, corbeta comprada por los coquimbanos que la armaron en corso, de quienes el gobierno la adquirió por el mismo precio que les habia costado, es decir, 30,000 pesos, despues de gastar en ella diez mil mas, confirió su mando á don Manuel Blanco. Primer buque que mandó este futuro almirante.

El *Araucano*, procedente de los Estados-Unidos, bien armado y equipado bajo la direccion de don Miguel Carrera, y mandado por don Carlos Woster, quien lo vendió en 30,000 pesos, y continuó mandándolo hasta la espedicion de Talcahuano, época en que pasó á la *Lautaro* y fué reemplazado por el capitan don Raimundo Moris.

Por último el *Lucia*, bergantin de guerra inglés perfectamente armado y equipado, que Guise compró en Buenos-Aires, y á instancias de O'Higgins cedió al go-

bierno chileno en 63,000 pesos. Este buque, que cambió su nombre por el de *Galvarino*, no llegó á Valparaiso hasta fines de octubre.

Para comprar estos buques fué necesario apelar al patriotismo de los chilenos, aguijonear su jenerosidad nunca desmentida, restablecer el sistema de donativos tan usado ya, imponer nuevas contribuciones y levantar empréstitos. No fueron menores las dificultades para tener las tripulaciones necesarias : se echó mano de todos los pescadores de la costa y de todos los marineros de los buques corsarios, no dejando en ellos mas que los precisos para la custodia de las embarcaciones; pero esto no bastaba ni con mucho. La jeneralidad de los jóvenes no se habia embarcado jamás y un marino no se improvisa como se improvisa un valiente : hubo pues que invitar á los marineros estranjeros ofreciéndoles para atraerlos mas sueldo y ventajas, lo cual suscitó la envidia de los del país y fué motivo de discordia. Como los oficiales de la *Lautaro* eran casi todos estranjeros, especialmente ingleses que no hablaban la lengua del país, no podia menos de resultar confusion en las maniobras; y al ver tales elementos de desórden, muchos dudaban que diese resultados la naciente escuadra, creada en medio de tantas contrariedades y á costa de tantos sacrificios. Sin embargo, se estaba en vísperas de un ataque que preparaba una nueva espedicion compuesta de veteranos del antiguo ejército de España, embarcada recientemente en el puerto de Cádiz contra Chile.

En el primer mando de Ossorio vimos que se enviaron á la corte dos comisionados, don Luis Urréjola y don Juan Manuel Elizalde, para que informasen al gobierno de lo que pasaba y sirviesen en cierto modo de interme-

diarios con las autoridades chilenas. Como conocian perfectamente el estado del país, sobre todo Urréjola, que habia hecho toda la campaña de la primera revolucion, no cesaron de hablar de lo muy útil que seria á la conservacion de la dominacion española el enviar una fuerte escuadra á la república chilena. Poco despues Pezuela, no pudiendo conseguir los soldados que tanto necesitaba, ni de Morillo ni del virey de Nueva Granada, se dirijió á Abadia, consul de la compañía de Filipinas en Lima, para que por la mediacion de su hermano que tenia gran valimiento y era el árbitro de los ejércitos que se destinaban á América, se organizase una espedicion en España. Este era un negocio que debia reportar grandes utilidades á estos dos personajes; y hé aquí acaso el motivo de que lo activase el que residia en España, con tanta mas probabilidad de buen éxito, cuanto que por entonces los comisionados chilenos solicitaban con instancia el envío de una escuadra, que, segun ellos, daria el último golpe á las ideas liberales del país. Habiendo caido en desgracia Abadia, su succesor el jeneral O'Donell fué el encargado de su organizacion (1).

Esta espedicion, que salió de Cádiz el 21 de mayo, se componia del rejimiento de Cantabria con poco mas de mil seiscientas plazas, un escuadron de dragones con ciento veinte, una compañía de zapadores con otras tantas y cincuenta artilleros, que formaban un cuerpo de dos mil hombres próximamente (2). Estaban á las ór-

(1) En mis notas, que escribí en una conversacion con O'Higgins, encuentro que esta espedicion salió de España bajo la influencia de las lojias masónicas adictas al sistema liberal de América; sin embargo, como muy pronto veremos, jamas se puso en juego nada que ni directa ni indirectamente favoreciese este sistema, si se exceptua el interés muy secundario que tomó Loriga por Miller, porque los dos eran fracmasones.

(2) Segun noticias del oficial de Cantabria don Saturnino Garcia.

denes del teniente coronel don Fausto del Oyo y se embarcáron en catorce fragatas, parte de guerra y parte mercantes, mandadas por el capitan de navío Castillo.

En Tenerife, donde se detuvieron á refrescar la tropa, renovar el agua y tomar víveres, los comandantes fueron recibidos con magníficos festejos, y se dió en la Alameda un gran baile, al que concurrieron muchos de la espedicion. Por un motivo insignificante, el primer ayudante del segundo batallon, Bandaran, no quiso dar permiso para que saltase á tierra un sarjento primero, negativa en que insistió á pesar de las súplicas de los demas sarjentos; y esto ocasionó un disgusto que pasó á vias de insubordinacion en cuanto la fragata *Trinidad*, que montaban, se hizo á la vela. Si los oficiales entonces, en vez de usar de severidad con los descontentos, hubieran procurado paliar el mal efecto de una injusticia siempre peligrosa en un ejército, la insubordinacion no hubiera estallado probablemente en rebelion; pero no sucedió así, y el sarjento, por vengarse, sublevó su compañía y fueron muertos todos los oficiales, escepto Bringas, Soler y otro.

Este incidente favoreció mucho á los patriotas, pues fué oríjen de la pérdida casi total de la espedicion española.

Imposibilitados los jefes revelados de seguir el convoy, no hallaron otro recurso á su crímen que entregarse al gobierno de Buenos-Aires, y dieron órden al que habia tomado el mando del buque, complicado tambien en los asesinatos, para que dirijiese la proa al rio la Plata. Pasadas algunas semanas, entró la *Trinidad* en las aguas de Buenos-Aires, y un domingo se presentaron á las autoridades los sublevados con la bandera nacional á la cabeza, que llevaba don Remigio Martinez, jefe principal de la rebelion. El brigadier jefe de estado mayor jeneral don

José Rondeau los recibió muy bien, les felicitó en una arenga por el acto de justicia que habian hecho y que mejor pudiera llamarse de felonía, y conservó á los sarjentos el grado de oficiales que á sí mismos se habian dado.

O'Higgins se hallaba entonces en Valparaiso, entusiasmando la jente de la pequeña escuadra que don Manuel Blanco habia logrado organizar. Cuando supo este suceso por las comunicaciones que sin perder momento le dirigió el gobierno de Buenos-Aires, activó cuanto pudo el armamento de algunos buques, con ánimo de salir al encuentro de los de la espedicion, antes de que entrasen en el puerto de Chile. En la fragata *Trinidad* se halló una copia de todas las señales de la espedicion, ruta que las embarcaciones debian seguir y sitio en que habian de reunirse, lo cual junto con las noticias que dieron los oficiales y marineros de la fragata, colocaron al comandante de la escuadra chilena en la mejor posicion para dar un ataque.

Gracias á la grande actividad de O'Higgins y de Blanco no tardaron en estar prontos, el *O'Higgins* de cincuenta y seis cañones, su capitan Wilkinson, la *Lautaro* de cuarenta y cuatro, capitan Worster, el *Chacabuco*, de veinte, capitan Diaz, el *Araucano* de diez y seis, capitan Morris, y el *Pueyrredon*, tambien de diez y seis, que debia reunírseles inmediatamente; en todo cinco buques con ciento cincuenta y dos malos cañones y de todos calibres y una tripulacion de mil doscientos seis hombres, entre marineros y soldados. El jóven don Manuel Blanco fué nombrado capitan de navío y comandante de esta primera division, formada con los elementos mas heterojéneos y trabajada por el espíritu de rivalidad y de amor

propio á que daba pábulo el de nacionalidad; porque entre los oficiales los habia ingleses, anglo-americanos, arjentinos, algunos franceses y pocos chilenos, fuera de los jóvenes salidos de la escuela naval, tan mal organizada, que se embarcaron en calidad de guardias marinas. Si á todos estos inconvenientes se agrega el que tenian los oficiales de no hablar la lengua del país y mandar en inglés las maniobras á una tripulacion compuesta de jóvenes chilenos, cuya mayor parte habian sido embarcados por fuerza, se conocerá hasta qué punto era difícil la mision de Blanco, mision que solo él era capaz de llevar á buen término, tanto por su capacidad y su entusiasmo, como por la amenidad de carácter que poseia en el mas alto grado.

La escuadra se hizo á la mar el 9 de octubre de 1818 en presencia de todo el pueblo de Valparaiso, que acudió á dar con sus vivas el último adios á una espedicion de que tenia una opinion malísima. Escepto O'Higgins y algunos de los que le rodeaban, todo el mundo desconfiaba del feliz éxito de una campaña inaugurada con tantos elementos de discordia, y emprendida con gran número de estranjeros jeneralmente poco entusiasmados por el patriotismo, único aguijon que en semejantes circunstancias es capaz de producir grandes cosas. Al dia siguiente el comandante Blanco, en cumplimiento de las órdenes que habia recibido, abrió las instrucciones reservadas que le dieron, en las que se le mandaba dirijirse á la isla de la Mocha á esperar la fragata *María Isabel* y los demas buques, que no debian tardar en llegar allí, segun se sabia por la *Trinidad*. En el camino ocupó en hacer maniobras á los jóvenes chilenos, cuya mayor parte navegando por la primera vez, estaban muy marea-

dos, pero que « muy pronto descubrieron las cualidades que constituyen un buen soldado ó marinero, pues eran subordinados, y pronto probaron que eran valientes. »

Aunque las instrucciones ordenaban al comandante marchar directamente sobre la isla de la Mocha, persuadido Blanco de que por la obligacion que tenia de ganar la alta mar, los buques enemigos podrian escapársele dirijiéndose á Lima, creyó conveniente cruzar antes el derrotero que este debia seguir, motivo por el cual se fué á la isla de Santa-María donde llegó el 26 del propio mes. Por un ballenero inglés que encontró, supo que la *María Isabel* se hallaba en Talcahuano, lo que le confirmaron cinco soldados españoles que habia en Santa María, y que engañados por la bandera española que llevaban los buques chilenos, se presentaron á bordo á informar al comandante y entregarle un pliego, por el cual se enteró don Manuel Blanco de las disposiciones que debian tomarse para entrar en la bahía de Talcahuano, donde la *Reina Isabel* los esperaba. Supo ademas por los mismos soldados, que habian entrado ya en esta bahía cuatro buques y que despues de dejar en tierra las tropas que conducian, se habian dirijido á Lima, no obstante los deseos de Sanchez de que se quedase en ella la fragata *San Fernando*.

Contento con esta noticia, mandó don Manuel Blanco que pasase á su buque el capitan de la *Lautaro*, y despues de manifestarle su plan que mereció su aprobacion, como tambien la del capitan de la *San Martin*, dió órden de que todo estuviese pronto para la partida, faltando en aquel momento dos buques, la *Chacabuco*, á la que un golpe de viento habia separado de la division, y la *Araucano* enviada de observacion. Impaciente por dar un dia

de gloria á esta naciente escuadra, no quiso esperarlos á pesar de la falsa noticia de que estaban con la *Isabel* otros cuatro buques; y poniéndose en marcha llegaron á las ocho de la noche delante de la isla de la Quiriquina, donde pernoctaron. Al dia siguiente 28 de octubre entraron en la bahía con pabellon inglés, contestando al cañonazo que disparó la *María Isabel* para afirmar su bandera española; y cuando iban avanzando y estaban ya á corta distancia, les tiraron otros cuatro cañonazos, á que solo respondieron cambiando el pabellon inglés por el nacional, y poniendo inmediatamente la proa á la fragata, lo que fué una señal de terror para sus tripulantes. Estos despues de disparar contra los patriotas toda la andanada cortaron los cables y echaron la fragata á la costa no obstante el fuego de fusil y de cañon de la *San Martin*, y se escaparon en botes ó á nado, por manera que cuando llegaron los oficiales de la escuadra al buque barado no encontraron mas que setenta hombres, cinco pasajeros y el jóven don Antonio Frias, sobrino del ministro de Indias, embarcado por mal sujeto y que fué sin embargo el único que hizo alguna resistencia á la cabeza del pequeño número de soldados que quedó á bordo.

La toma de la fragata *María Isabel* fué saludada con grandes esclamaciones de alegría en los dos buques. Arrojada á la costa era sin embargo muy dudoso poder salvarla, cuanto mas que Sanchez no tardaria en presentarse á disputarla con la fuerte guarnicion de Concepcion, á que se habian agregado las tropas desembarcadas de la misma fragata. Con objeto de hacer frente á este ataque, envió á tierra el comandante Blanco ciento cincuenta soldados de marina y algunas piezas, con órden

de ocupar la cortadura, paso sumamente estrecho para entrar en la pequeña poblacion de Talcahuano, pero defendido por muy poca jente, y de detener á Sanchez, que no tardó en llegar con tres compañías de Cantabria, un escuadron de milicias de caballería de la Laja y el de dragones cazadores que marchaba á pié de vanguardia. Este escuadron llegó á la cortadura antes que los patriotas, lo que dió motivo á una pequeña escaramuza, que obligó á estos, por la inferioridad de su número, á volverse á bordo.

Segun el comandante Blanco lo habia previsto, los realistas hicieron por la noche una tentativa para abordar la fragata encallada; pero habiendo sido rechazados vigorosamente, se limitaron á hacer fuego de fusil y á disparar los cañones del fuerte de San Agustin contra la *San Martin* y la *Lautaro*, sin tocar á la *María Isabel*, persuadidos de que no podrian sacarla los patriotas del sitio en que estaba. Con efecto, el tiempo no favorecia nada esta operacion. Reinó toda la noche un viento norte con algunos chubascos que empujaba la fragata mas hácia la costa que á la bahía, lo cual unido á una fuerte marea que estaba subiendo, hubiera quitado toda esperanza á aquellos nobles soldados llenos de fatiga, en medio del fuego de las tropas de Sanchez colocadas en la playa y al abrigo de las casas, si por la mañana no hubiese cambiado providencialmente el viento al sur. Dejando inmediatamente las armas, soldados y marineros se pusieron á trabajar en la maniobra, y con su actividad y su entusiasmo el capitan Wilkinson logró levantar á la *María Isabel*, y luego esta empezó á navegar por la bahía, con admiracion de los realistas y á los mil gritos de alegría de los patriotas, satisfechos del buen resultado de sus

primeros ensayos y de haberlo obtenido sin grandes pérdidas. Estas fueron casi insignificantes, y de los oficiales, solo el mayor Miller, á quien hicieron prisionero, corrió algun riesgo por ser estranjero, pero le salvaron Loriga y don Saturnino Garcia, habiendo sido canjeado en seguida por el teniente Frias cojido á bordo.

Aunque de grande importancia la toma de la *María Isabel*, no fué el único resultado de esta primera campaña. Por las instrucciones que se le dieron y por papeles muy importantes dejados á bordo con culpable negligencia, supo don Manuel Blanco que los demas buques del convoy debian tocar en la isla de Santa María antes de ir á Talcahuano. Con la idea de apoderarse de ellos uno á uno, dió inmediatamente la señal de partida, y el 1° de noviembre toda la escuadra, aumentada con la *Galvarino* que habia llegado hacia poco, fondeó entre dicha isla y el continente. Por si algun buque se dirijia directamente á Talcahuano, envió á la *Chacabuco*, que acababa de reunirse, á que cruzase delante de su bahía.

Gracias á estas precauciones y á la hábil prudencia del jefe de la escuadra, todos los buques del convoy cayeron uno tras otro en los lazos de los patriotas, apoderándose estos succesivamente de las fragatas *Magdalena*, *Dolores* y *Carlota*, con cuantas personas iban en ellos, á quienes trataron con los mismos miramientos que á huéspedes que fuesen á avecindarse á una ciudad. Poco antes de llegar al cabo de Hornos invadió el escorbuto á estas embarcaciones haciendo muchas víctimas, y cuando cayeron en poder de los patriotas continuaba la enfermedad sus grandes estragos, hasta el punto que habia muchos soldados y marineros en el estado mas deplorable tendidos en el puente.

Aunque las tres fragatas no eran todas las que se aguardaban, el comandante don Manuel Blanco Encalada determinó volver á Valparaiso, dejando en aquel apostadero la *Chacabuco*, la cual á los pocos dias se apoderó de dos buques de los tres que restaba cojer, pues el otro siguió la ruta directa á Lima.

Así acabó esta famosa espedicion, formada con tanta algazara y destruida con tanta habilidad. Casi todos sus buques pasaron á formar parte de la escuadra chilena, y de los dos mil hombres embarcados, doscientos cincuenta fueron en la *Trinidad* á Buenos-Aires, quinientos llegaron á su destino y desembarcaron en Talcahuano, las tropas chilenas cojieron setecientos próximamente y los restantes murieron del escorbuto ó arribaron á Lima en la fragata *Especulacion*.

Si nos detenemos á considerar las consecuencias morales y materiales de esta campaña para el porvenir del país, veremos que por sus resultados casi puede compararse con la victoria de Maypu. En esta San Martin destruyó un ejército que podia aun reponerse; en aquella Blanco puede decirse que acabó con la marina real, ó que por lo menos la imposibilitó para batirse. El uno preparó la independencia chilena; el otro la llevó á cabo, preparando la del Perú con el dominio del mar del Sur, que conquistó para la libertad. Cuando mas adelante hable la historia de estos dos personajes, á quienes las circunstancias elevaron al rango de héroes, por grandes elojios que tribute á San Martin, no podrá menos de colocar á su lado al almirante Blanco por la alta importancia de sus trofeos. Reflexiónese con efecto cual era el estado del país en esta época y lo que hubiera sucedido sin el feliz resultado de la espedicion de Blanco. Se queria dominar los

mares, lo cual era de absoluta necesidad, y Pezuela, que estaba perfectamente enterado de cuantos preparativos marítimos hacia O'Higgins, valiéndose de todos los medios para tener espías en Chile y hasta en los buques de guerra estranjeros, organizaba al propio tiempo una marina pagada en parte por el comercio de Lima, y consiguió tener aprestadas tres fragatas y un bergantin de la marina real, con mas una fragata mercante armada en guerra, para salir al encuentro de la espedicion (1). Ademas de estos buques y de los que tenia en el puerto del Callao, pensaba aprestar otros muchos, pues estaba revestido por el gobierno español de amplias facultades para hacer semejantes gastos, siendo esto tan cierto, como que se le reprendió mas tarde por no haber comprado los dos que se presentaron de venta en la costa y fueron cedidos al gobierno chileno. Si á estos buques hubiera agregado la fragata *María Isabel*, una de las mejores que por entonces arribaron á aquellos mares, y algunos trasportes de la espedicion que conducian un numeroso material de marina, es muy probable, que ya que no podia impedir los proyectos, hubiera al menos intimidado al gobierno chileno, ¿y quién sabe si se hubiera entonces pensado en una espedicion, que era el sueño de O'Higgins, como de todo buen patriota? Con los mil quinientos hombres de muy buenas tropas, agregados al ejército ya bastante numeroso de Sanchez, este hubiera operado probablemente una fuerte diversion en el ejército chileno, y paralizado sus proyectos. Tal era el temor de las personas reflexivas, temor que adquiria las proporciones del espanto cuando consideraban los muchos elementos de discordia y disolucion que encerraba la escuadra, y que solo un hombre

(1) Archivos de Lima.

de un espíritu tan eminentemente conciliador como lo era su comandante, pudo dominar. Así fué que la noticia del triunfo llenó de entusiasmo el corazon de los habitantes de Valparaiso, cuando mas atormentados estaban con las pulsaciones de una sorda inquietud, y que se prodigaron ovaciones de todo jénero á nuestro jóven comandante, ovaciones que se renovaron con mucho mayor alborozo aun, en la capital de la república, adonde le llamaron su deber y las instancias del director. En los ocho ó nueve dias que se detuvo, recibió las mas honoríficas felicitaciones, y fué obsequiado con fiestas muy variadas, que animaban el delirio de la alegría y el sentimiento del orgullo; porque esta vez era á un chileno, ó por lo menos á un hijo de chileno, á quien la independencia era deudora del glorioso floron que iba á añadir á su corona.

CAPITULO LIII.

Simpatías de la Europa en favor de la libertad americana.— Lord Cochrane va á batirse como vice-almirante por la libertad chilena.— Es muy bien recibido en Valparaiso. — A la cabeza de una division de la escuadra chilena marcha sobre el Perú.—Ataca sin resultado á la *Esmeralda*.—Salva unos prisioneros que habia en la isla de San Lorenzo. — Arma en estas islas dos brulotes y un bergantin de esplosion que tampoco dieron resultados.— Vá á hacer provision de víveres al puerto de Huacho. — En este se le incorpora Blanco, á quien envia á bloquear el Callao con los principales buques. — Se hace de nuevo á la vela y esplora los puertos de Supe, Huarmey, Huambacho y Payta. — Desmanes que se cometen en las iglesias de esta ciudad y castigo de los culpables.— Blanco, falto de víveres, vuelve á Valparaiso.— Murmuraciones que esto produce.— Se le juzga por un consejo de guerra, y es absuelto por completa unanimidad. — Regreso de Cochrane á Valparaiso. — Escasos resultados de esta primera espedicion.

Hacia tiempo que la independencia americana no era una cuestion debatida solo en los campos de batalla. Los nombres de los ilustres combatientes, y sus jenerosos esfuerzos para conquistar su libertad, habian llamado la atencion de los verdaderos liberales de Europa, despertado su entusiasmo y escitado sus simpatías. Publicaciones de todo jénero proclamaban el heroismo de aquellos valientes y ventilaban las mas importantes cuestiones sobre sus derechos y su brillante porvenir, enseñándoles al propio tiempo la ciencia de la discusion política y la de las instituciones administrativas, de que tenian muy escasas ideas.

Otra de las grandes ventajas de estas publicaciones fué dar á conocer en Europa la tendencia de la revolucion, la clase de su guerra y los hermosos paises que iban á utilizarla. Gracias á esta publicidad, una multitud de militares jóvenes, que se vieron lanzados á una vida tran-

quila, enteramente contraria á sus hábitos, cuando los cañones de Waterloo anunciaron la paz jeneral al mundo entero, se presentaron en las nuevas repúblicas á ofrecerles su sangre y sus espadas. De todas partes acudieron estos denodados guerreros, unos en busca de emociones y aventuras, impulsados otros por su aficion á la guerra, ansiosos muchos de hacer fortuna, y movidos todos de un amor profundo á la libertad; verificándose su partida despues de algun gran banquete, en medio de los aplausos de todos los hombres de corazon y á despecho de la Santa Alianza, interesada en el reinado de la esclavitud, ó del *statu quo*.

Entre los esclarecidos aventureros que consagraron su vida y sus conocimientos á la conquista de la independencia americana, merece figurar en primera línea un valiente marino, muy conocido de antemano por su arrojo y su saber: este marino era lord Cochrane, hijo primojénito del conde de Dundonald.

Dotado por la naturaleza de la intelijencia y de todas las cualidades que constituyen un hombre de mar; valiente, intrépido, emprendedor y decidido, apasionado ademas por todo lo que era libertad, á pesar de que estas ideas, que tuvo desde la infancia, le valieron el anatema de su gobierno, se habia distinguido en su carrera desde una edad, en que la mayor parte de los hombres apenas se han fijado en la que han elejido. Repuesto en sus títulos y empleos por el gobierno de Guillermo IV, fué nombrado succesivamente conde de Dundonald, caballero de la órden del Baño, miembro de la cámara de los comunes, etc.; pero no eran los honores lo que satisfacia á una alma de su temple. Teniendo todos los defectos de sus cualidades, es decir, siendo pródigo en toda clase de gastos, jugador,

su aficion al dinero rayaba á veces en el escándalo, y no se sabia si esta pasion era menor que la que tenia por la libertad y las aventuras. Una ocasion se le presentó bien pronto para poder satisfacerlas todas á la vez.

Alvarez Jonte se encontraba en Inglaterra espatriado de Buenos-Aires de resultas de una revolucion. O'Higgins, que apreciaba mucho á este gran patriota, se dirijió á él suplicándole se asociase á Condarco, enviado chileno en busca de oficiales de marina capaces de mandar los buques de la escuadra, que su jenio y actividad estaban organizando. Alvarez, que sabia perfectamente que las intenciones de Cochrane eran tomar partido por la independencia americana, le hizo proposiciones en favor de Chile. Aceptadas por Cochrane, se tomó el tiempo absolutamente preciso para prepararse, y en el mes de agosto se puso en camino con su familia y muchos oficiales amigos suyos.

El 9 de noviembre del mismo año llegó á Valparaiso, y fué recibido con el mayor entusiasmo. Sus títulos, sus altos hechos, el prestijio de su nombre, todo contribuyó á que fuese sumamente obsequiado, escepto por algunos oficiales de marina, que temian se disminuyera su influencia y se les perjudicara en su porvenir. Tambien se creyó que el capitan de navío Blanco, cubierto todavía con sus brillantes y lejítimos trofeos, no querria someterse al nuevo comandante; sin embargo su jeneroso patriotismo no titubeó un momento en tener á dicha asociar su espada á la de quien la fama proclamaba como uno de los primeros marinos de la época. Con este ejemplo de admirable abnegacion y adhesion firme á tan buena causa, quitó don Manuel Blanco todo motivo de desavenencia y arrastró á todos á la sumision. Lord Cochrane fué, pues, saludado

vice-almirante de la república, y su pabellon se enarboló en la fragata *Reina María Isabel*, á que el senado dió el nombre de *O'Higgins*, dedicándola al ilustre director; el héroe de las primeras campañas marítimas fué nombrado contra-almirante.

En la primera espedicion, la contabilidad de la escuadra se habia resentido algo de la precipitacion con que se organizó, y de que en lo único que se pensó fué en ir á batir los últimos restos del ejército realista, descuidando lo que exijia la administracion, así en lo relativo á las personas como á las cosas. De resultas del poco esmero y de la irregularidad que esto ocasionó en el servicio, se cometieron muchos abusos que redundaron en daño de la tripulacion; y á pesar de las fuertes sumas entregadas por el gobierno, quedaba un deficit, que habia suscitado ciertas palabras faltas de subordinacion entre algunos marineros. Para remediar estos inconvenientes, se encargó Cochrane de la parte activa y militar de la espedicion que estaba próxima á marchar sobre las costas del Perú, y nombró á don Roberto Forster, uno de los oficiales que habian ido con él, capitan de escuadra encargado de todo el material del ejército y de administrar el depósito de víveres, vestuario y proyectiles. Hizo ademas algunos cambios en el personal de la escuadra, dando el mando de la *Lautaro* á Guise, el de la *Chacabuco* á Carter en reemplazo del capitan Diaz, escelente oficial de artillería reclamado por el gobierno primero para quedar de secretario del contra-almirante Blanco y despues para servir en el ejército de tierra, y el de la *O'Higgins*, en que iba el vice-almirante, á Forster; Wilkinson quedó en el *San Martin*.

Pero lo que costó mas trabajo y tropiezos fué organi-

zar la tripulacion. Con lo que en la primera espedicion habia ocurrido, los marineros se resistian á continuar: su compromiso estaba terminado y no querian reengancharse, pero si se prestaban á ello era á fuerza de dinero y poniendo grandes dificultades. Entonces, como en otras muchas ocasiones, fué necesario todo el jenio, la paciencia, y mas que nada, la firme voluntad de O'Higgins para conseguir algun resultado; y bajo este punto de vista, estoy seguro que la nacion tendrá siempre en cuenta los jenerosos esfuerzos que hizo en esta época para elevar al país á tan alto grado de poder. Venciendo los mil obstáculos de todo jénero que encontró al paso, consiguió reunir los marineros necesarios, y el 14 de enero de 1819 la primera division, compuesta de un navío y tres fragatas con ciento setenta y cuatro cañones, salió de Valparaiso á llevar la perturbacion al Perú. Solo se quedó atras el capitan Diaz por no tenerlo todo preparado, y esperaba emprender la marcha al dia siguiente para ir á incorporarse con la escuadra, cuando la tripulacion se sublevó casi en masa, hasta el punto de hacer temer las mas sensibles resultas.

El contra-almirante Blanco, que habia quedado en Valparaiso aguardando las fragatas *Horacio* y *Curiacio* que se esperaban de los Estados-Unidos, pasó á bordo del buque sublevado, á pesar de los vivos presentimientos de sus amigos, y sobre todo de don Luis Cruz. No mirando mas que su deber y su valor, se colocó sobre el puente, mandó formar á todos los marineros y soldados, y con palabras enérjicas y con castigos llevados hasta la severidad de sortear una víctima que luego su induljencia perdonó, todo volvió á entrar en órden, y el buque se dió á la vela para ir á reunirse con los demas.

Lord Cochrane no se dirijió en línea recta al país objeto de la espedicion. « La escuadra no estaba en estado de combate, ni por el órden y policía interior de los buques, ni por la calidad de la jente en la mayor parte forzada, bisoña y viciosa; de consiguiente era preciso tomarse considerable tiempo para arreglar los unos é instruir y reducir á disciplina á los otros, antes de buscar la oportunidad de hacer valer el honor del pabellon. » Dirijiéndose al oeste, se colocó en la línea que siguen los buques que hacen viaje á España, donde esperaba poder capturar algunos, y especialmente el *San Antonio*, que no debia tardar en salir del Callao con un cargamento de sumas considerables.

Despues de navegar cerca de un mes, llegó el 10 de febrero á las Hormigas, punto señalado para la reunion de la escuadra. Por entonces se aguardaban en los mares del sur dos buques de guerra norte-americanos, la *Macedonia* y el *Juan Adams*. Aprovechando esta circunstancia para engañar al enemigo con una estratajema, mandó pintar la *O'Higgins* y la *Lautaro* al estilo de los buques de guerra de los Estados-Unidos, y resolvió acercarse con bandera de la misma nacion á la *Esmeralda* y la *Venganza* para batirlas, y apoderarse de ellas ó echarlas á pique. Se propuso verificar la sorpresa el 23 de febrero, que como martes de carnaval era de suponer que muchos marineros y soldados irian á Lima á las diversiones acostumbradas en semejante dia. Desgraciadamente una neblina muy espesa fué causa el 21 de alguna confusion en las maniobras : aumentó el 22, y á ella siguió una ráfaga de viento que separó la *Lautaro* en ocasion en que su comandante estaba en el buque almirante, biendo vuelto á parecer hasta cuatro dias despues.

En los mismos momentos y habiendo aclarado un poco la neblina, el *San Martin* dió caza á un buque de Chiloe, cuyo capitan le disparó algunos cañonazos, cosa que sintió mucho el almirante, porque queria aproximarse al enemigo sin ser apercibido y atacarle por sorpresa. A pesar de estos contratiempos, los buques de la escuadra avanzaban á la bahía del Callao, cuando nuevos y muy repetidos cañonazos les hicieron creer á cada uno de ellos que uno de los otros por lo menos, habia empeñado el combate, y estuvieron en esta persuasion hasta que en un momento de claridad descubrieron una lancha cañonera perdida, que tuvieron tiempo de cojer, y por la cual supieron que los cañonazos se tiraban por hallarse en el puerto el virey Pezuela revistando la escuadra y las fortalezas. Por una rara casualidad, el buque *Maypu*, en que daban un paseo por la bahía y un poco mas afuera, el virey y muchas personas de distincion, avistó uno de los de la escuadra chilena, que todos creyeron embarcacion española, procedente de España. Ansioso el virey y los que le acompañaban de saber noticias de Europa, manifestaron deseo al teniente de navío don Francisco Sevilla, comandante del buque, de ir á su encuentro; pero este oficial les hizo presente el artículo de la ordenanza, que le prohibia, llevando á bordo á la primera autoridad del país, reconocer ninguna embarcacion; y esta exactitud en el cumplimiento de sus deberes libertó de la prision á Pezuela y un gran número de oficiales y empleados superiores, porque ya el buque chileno dirijia la proa para dar caza al *Maypu*.

Aunque Cochrane estaba seguro de que el enemigo no ignoraba su estancia en los mares del Callao, su alma guerrera no podia contentarse con un simple bloqueo, ni con permanecer en una inaccion que le hubiera cansado

muy pronto. Impaciente ademas por conocer al adversario con quien tenia que luchar, y á los soldados que habian de participar de sus empresas, se decidió á atacar la escuadra enemiga, colocada en masa en el fondo de la bahía, al abrigo de mas de trescientas bocas de fuego. Con esta idea hizo señal al *San Martin* de virar en vuelta de guerra, y se puso en marcha, seguido solamente de la *Lautaro*, que iba muy cerca de él. Al llegar á tiro de cañon de la *Esmeralda*, esta, sin hacer caso del pabellon americano, le disparó toda una andanada, haciendo lo mismo los demas buques; y aunque en la *Lautaro* no hubo mas que un muerto y cuatro heridos, fué por desgracia uno de ellos el capitan Guise. Su segundo, que tomó el mando del buque, lo dirijió tan desacertadamente que Cochrane le vió con gran pesar retirarse bien pronto del sitio del combate, lo que no le impidió sin embargo echar una pequeña ancla delante de la *Esmeralda*, y responder con los débiles fuegos de su fragata á los de su formidable enemigo. Por fortuna, estos, así los disparados desde los buques como los de los fuertes, estuvieron tan mal dirijidos, y nutridos con tal impericia, que el intrépido comandante pudo desafiar por espacio de dos horas esta terrible artillería, y volver sosegadamente á incorporarse á su escuadra, sin haber tenido mas que dos heridos, y muy satisfecho « de la prontitud, alegría y bravura de todos los oficiales, soldados y marineros, habiendo escedido sus mejores espectaciones. »

El bloqueo declarado el 9 de marzo habia empezado de hecho, pues á la entrada de la bahía estacionaba una division, lo que le proporcionaba hacer algunos presas, [illegible] no siempre con estricta sujecion á las leyes ma-[illegible] las naciones. La *Lautaro* y la *Chacabuco* se

destinaron á la persecucion de buques, mientras la *O'Higgins* y el *San Martin* fueron á apoderarse de la isla de San Lorenzo para destruir el establecimiento de señales levantado allí por los realistas. En aquella tierra de desolacion, encontraron veinte y cinco prisioneros chilenos y arjentinos, lo que produjo particular satisfaccion en los patriotas, al propio tiempo que se llenaron de indignacion contra el virey porque los tenia en la mas deplorable miseria, haciéndoles trabajar con grillos, como si fuesen condenados á galeras. Esto dió márjen á que Cochrane escribiese al virey afeándole una conducta tan contraria á las leyes de la humanidad como de la guerra, á lo que aquel le contestó citando los escesos cometidos con los prisioneros realistas confinados en las Bruscas en la república arjentina; por manera que esta correspondencia no condujo á nada, y menos al canje de prisioneros, cuestion humanitaria de que tambien se trató en ella.

Las discusiones por escrito no convenian al carácter activo y emprendedor de lord Cochrane. Sus instintos guerreros le arrastraban á cosas mas dignas de su alta reputacion; y no siéndole posible batir la escuadra enemiga que estaba en el fondo de una bahía defendida por tantos cañones, tomó la resolucion de incendiarla por el sistema de los brulotes, que tan buenos resultados le habian dado. La brutalidad usada con él por el enemigo tirándole bala roja, le sujirió esta violenta idea, y para ejecutarla aprovechó dos malos buques apresados por la *Chacabuco*. El mayor Miller, hombre activo é intelijente, fué el encargado de la operacion, tanto mas peligrosa, cuanto que tenia que valerse de hombres poco diestros por ignorancia é inesperiencia, cuya torpeza pagó bien, pues la esplosion de un cañon le quemó toda la cara, é hirió á siete

artilleros que trabajaban á sus órdenes. A este accidente, que tanto contrariaba el buen éxito de la empresa, se añadia la dificultad de tenerla oculta; y así fué que cuando se quiso poner en ejecucion y lanzar los brulotes, estaban tan mal tomadas las medidas por el enemigo, que el uno se fué á pique y el otro no consiguió nada. Quizá fueron la causa de este mal resultado la poca actividad de los buques en seguir á la *O'Higgins*, único que marchó detrás de los dos brulotes y el bergantin de esplosion, y el poco viento que cada vez disminuia mas : lo cierto es que el enemigo quedó muy orgulloso y se decidó mas tarde á intentar un ataque con lanchas cañoneras que armó al intento. Veinte y ocho de estas y un pailebot con un cañon jiratorio de veinte y cuatro, se presentaron efectivamente á los pocos dias, aprovechando una calma completa, y durante una hora entera estuvieron cañoneando los buques sin causarles la menor pérdida. Gracias á la calma pudieron refujiarse bajo los cañones de los fuertes con pérdida de una de ellas y con algunas averias.

Mas de dos meses eran ya transcurridos desde la salida de la espedicion de Valparaiso, y los víveres empezaban á faltar. Aunque habia cojido quinientos barriles de harina en un buque norte-americano, que los llevaba por cuenta de la compañía de Filipinas, esto no era suficiente; y para proporcionarse los demas artículos decidió Cochrane ir á visitar los puertos del norte, no dejando mas que la *Chacabuco* para que cruzase delante de la bahía del Callao. Es necesario confesar que la esperanza de alguna buena presa, sueño constante del noble lord, entró por algo en esta escursion, emprendida antes de lo que debiera. Sea de esto lo que fuere á fines de marzo se encontraba en la bahía de Huacho, haciendo

aguada. El capitan Mora, que bajó á tierra á protejer los marineros encargados de esta operacion, quedó muy satisfecho de los habitantes de este pequeño puerto, á quienes encontró dispuestos á venderles cuanto podian necesitar. El sentimiento del patriotismo hacia ya progresos en aquellos pacíficos contornos, como lo hacia tambien en Lima, donde las proclamas de O'Higgins, San Martin y Cochrane andaban de casa en casa, y hasta algunas veces se veian fijadas á las puertas de las iglesias y de los monumentos públicos con gran pesar de los españoles, inclinados por su interés al sosten del vireinato.

La buena intelijencia de los Chilenos con los Peruanos tuvo lugar el 30 de marzo, pero el 31 nadie se presentó en la plaza y menos en la playa. Indudablemente se habia dado órden prohibiendo toda comunicacion, y esto chocó tanto mas al vice-almirante cuanto que tenia permiso para hacer la aguada y las compras que necesitase, lo que se habia verificado tranquila y sosegadamente. Para que si guardaba un absoluto silencio no se interpretase por impotencia, escribió á Salinas, gobernador de Huaura, de quien dependia Huacho, preguntándole el motivo de semejante alejamiento, y amenazándole con marchar sobre la ciudad si las cosas continuaban en el mismo estado. La respuesta fué bastante presuntuosa, y Forster recibió órden de marchar sobre Huaura, adonde llegó por la tarde, bastando su presencia para dispersar los quinientos milicianos que el gobernador habia reunido.

Mientras estaban en Huacho haciendo provision de víveres y saqueando las casas de los realistas, para lo que, á su modo de ver, el incidente ocurrido les daba pleno derecho, el contra-almirante Blanco se incorporó á la es-

cuadra, llevando consigo el *Galvarino* y el *Pueyrredon*, y llegando á tiempo de hacer cesar el saqueo, cosa que no habia hecho Cochrane. Como eran de poca importancia las nuevas empresas que se iban á acometer, el vice-almirante consideró inútil este refuerzo y conservando la *O'Higgins* y el *Galvarino*, despachó el *San Martin*, la *Lautaro* y el *Pueyrredon* á que se reuniesen con la *Chacabuco* para bloquear, al mando del contra-almirante Blanco, la entrada de la bahía del Callao y todas sus inmediaciones.

Las dos divisiones, pues, se separaron, dirijiéndose al sur la de Blanco y al norte la de Cochrane, quien se proponia dar caza á los buques mercantes, y sobre todo apoderarse de las considerables sumas, que segun noticias, iban á embarcarse en diferentes puertos para España. En todos los puntos en que Cochrane desembarcó, fué recibido por los habitantes, pero especialmente por los cholos y los indios, mas como libertador, que como enemigo. No solo le presentaban los víveres que pedia, sino tambien leña, frutas y hasta mulas y caballos, que fueron muy útiles, pues montados los soldados pudieron internarse bastante en el país y hacer presas de alguna consideracion. Las que se verificaron en los puertos de Supe, Huarmey, Huambacho y Payta fueron mucho mas importantes, tanto en dinero como en efectos; y si es verdad que en el último hubo que deplorar algunos desórdenes y algunas iglesias saqueadas, tambien lo es que los marineros ingleses, autores de tamaños escesos, sufrieron un rigoroso castigo de azotes delante de las iglesias mismas que habian profanado, y en presencia de un público atónito de tan ruda justicia, cuando vivian en la creencia de que los patriotas eran crueles, inhumanos y sin ninguna relijion. Ademas de estas penas

corporales y de la restitucion exacta de todos los objetos robados, Cochrane entregó mil pesos al eclesiástico mas respetable de la ciudad con destino á la reparacion de las iglesias citadas.

En cuanto supo el virey Pezuela que el enemigo se encontraba en la costa del norte, envió á ella quinientos infantes á las órdenes del teniente coronel don Rafael Cevallos Escalera, y doscientos caballos á las del de la misma clase don Andrés García Camba. Estas tropas, que salieron de Lima el 3 de abril, arribaron á los diferentes puertos de Huaco y Huaura cuando ya habian salido los patriotas, y Camba, que avanzó hasta Supe, supo á su llegada el embarque de ciento cincuenta negros esclavos, cojidos con otros varios objetos en las haciendas inmediatas, y principalmente en la de don Manuel García, enemigo declarado de los principios revolucionarios. Convencido Cevallos de que nada podia hacer, se volvió á Lima, dejando en Huaura una corta guarnicion, y al teniente coronel don Mariano Cucabon, de comandante de toda la costa del norte.

A su vuelta de Payta desembarcó otra vez Cochrane en Supe, á cargar sus buques de azúcar y otros artículos que creia encontrar; pero habiéndole presentado fuerte resistencia las tropas de Cucabon, con las que no contaba, tuvo que reembarcarse para el Callao á reunirse con la otra division de la escuadra. No hallándola allí, fué á buscarla á los demas puertos, en los que tampoco la halló, y entonces se dirijió á Valparaiso, adonde habia llegado hacia poco tiempo.

El contra-almirante Blanco, que estaba con cuatro buques á la entrada de la bahía del Callao, escaseándole los víveres, estimó conveniente en interés de la tripula-

cion, ir á varios puntos de la costa para buscarlos, y no habiendo podido desembarcar, se dirijió á Valparaiso con aprobacion de sus oficiales. Su llegada dió márjen á muchas murmuraciones, porque decian que era una falta de disciplina haber levantado el bloqueo, pues si necesitaba víveres podia habérselos proporcionado en los puertos inmediatos, como habia hecho Cochrane. Especialmente el periódico el *Telégrafo* le atacó un poco apasionadamente, y como encontrase eco en la opinion pública, el célebre comandante se justificó ante sus conciudadanos en un escrito, en que hizo ver claramente y con documentos auténticos, la dificultad que habia encontrado en esa especie de indagaciones. Esto no obstante, se le sujetó, á peticion suya, á un consejo de guerra, que presidió Cochrane, y por completa unanimidad fué aprobada su conducta. El gobierno en este asunto quiso ser consecuente con el sistema de rijidez que proclamaba, y que se proponia poner en práctica contra todo empleado del estado, por medio del tribunal de residencia establecido bajo la direccion de un senador, don Francisco Antonio Perez, y dos ministros de la cámara de justicia, don Lorenzo José de Villalon y don Ignacio Godoy.

Así terminó la primera espedicion, que duró seis meses próximamente. Sin duda los resultados no correspondieron á las esperanzas concebidas en tan buena escuadra, y que mandaba un almirante, no menos célebre por sus conocimientos, que por su intrepidez y mucha esperiencia; sin embargo, « á falta de victorias ó adquisiciones terrestres, ajó el prestijio del antiguo poder, dió la señal de alarma al pueblo peruano y encadenó al enemigo en su propio territorio, impidiéndole salir del del Perú á perturbar la marcha de la nacionalidad

en las colonias vecinas (1). » Tambien sembró algunos principios de libertad entre los peruanos, y especialmente entre los indios; lo que inquietó al virey y le obligó á situar tropas en varios puntos de la costa, disminuyendo el campamento de Lima, y á mandar al comandante de los cazadores de Cantabria don Joaquin Bolivar que hiciese uso de las armas para comprimir el espíritu sedicioso que se iba estendiendo mucho en aquellos. Las presas no dejaron de tener alguna importancia, pues consistieron en un buque el *Montezuma*, y otros ocho ó diez de varios tamaños, algunas lanchas cañoneras y gran cantidad de víveres, efectos y dineros, valuado todo en unos quinientos mil pesos.

(1) Don Antonio García Reyes. Memoria sobre la primera escuadra nacional, p. 36.

CAPITULO LIV.

El ejército realista va á Talcahuano con los empleados y habitantes de Concepcion. — Tambien abandonan esta ciudad las monjas trinitarias. — Balcarce toma el mando del ejército y marcha contra Sanchez. — Pasan los realistas el rio Biobio cerca de Nacimiento. — Se apodera Balcarce de esta plaza, y vuelve á Santiago. — Sanchez se dirije á Valdivia, y deja algunas tropas en Angol al mando de Benavides.— Digresion sobre este célebre jefe. — La provincia de Concepcion mas realista que patriota. — Dispersion de las familias en las orillas del Biobio. — Benavides ataca á Rivero en Santa Juana y se apodera de esta plaza. — Asesinato del plenipotenciario Torres y de los prisioneros de Santa Juana. — Mal estado de la gran llanura de la Laja y de los Anjeles. — Freire sale de Concepcion para ir á atacar á Benavides. — Este va á los Anjeles, é intima á Alcazar la órden de rendirse.— Regresa á Curali, donde es completamente derrotado por Freire.— Este le persigue hasta Arauco y vuelve á Concepcion, donde se dedica á reformas administrativas. — Benavides se repone de su derrota y lleva la desolacion al llano de la Laja. — Llega Carrero, es apresada la fragata *Dolores* y son asesinados su comandante y parte de la tripulacion.— La montonera de Seguel es completamente destruida y muerto su jefe.— Brillante resistencia de don Manuel Quintana al ataque de Bocardo contra Yumbel — Escaramuza en el Avellano.— Benavides rehace sus fuerzas y se prepara á nuevos ataques. — Campamento de las monjas trinitarias en Curapalihue.

La pérdida de la fragata *María Isabel* y de los trasportes que conducian la mayor parte de los dos mil hombres embarcados en Cádiz para Chile, colocó á Sanchez en una posicion sumamente crítica. Dueños del mar los patriotas, se encontró aislado en la provincia, sin esperanza de socorro de ninguna especie y en la imposibilidad de resistir á las tropas de mar y tierra que no tardarian en atacarle. En este conflicto, cuya principal causa era la partida de Ossorio, Sanchez reunió un consejo de guerra para discutir lo que convenia hacer, siendo su opinion que se abandonase á Talcahuano, opinion en que persistió no obstante el parecer contrario de algunos oficiales. Se decidió pues, retirarse á los Anjeles

para estar mas cerca de la tierra de los indios, y poder con mas facilidad marchar á Valdivia, si las circunstancias lo exijian. Como muchos soldados de los recientemente llegados de España estaban enfermos y alojados en casas particulares, se dió órden á los médicos de la armada para que llevasen á San Pedro y sus alrededores los que no estuviesen en estado de resistir el viaje : los demas fueron incorporados en los diferentes batallones ó escuadrones, segun el arma á que pertenecian.

El 14 de noviembre de 1818 salió Sanchez de Concepcion con todos los soldados, empleados y muchas familias, en junto, unas dos mil quinientas personas, de ellas mil seiscientos militares próximamente, inclusa la compañía de fusileros formada con los marineros de la *María Isabel*. Iban tambien todas las monjas trinitarias, cuyo viaje se debió principalmente á los consejos del canónigo Usueta, provisor familiar de la Santa Inquisicion, á pesar de la gran consternacion que produjo en las pocas jentes que se quedaron, quienes aseguraban que sus personas serian siempre respetadas y su convento protejido por todos los partidos, como habia sucedido hasta entonces, no obstante que los de los frailes hubiesen servido de cuarteles ó de prisiones militares. En consideracion á ser bastante grande la distancia que separa á Concepcion de los Anjeles, el intendente Cavaña puso á su disposicion nueve barcas, de manera que parte del viaje lo pudieron hacer por agua á la vista de otros muchos bateles en que iban frailes y eclesiásticos, y ademas de cierto número de soldados que seguian por las dos orillas (1).

(1) Para atender á los gastos del ejército se impuso á los propietarios una contribucion de un décimo de sus bueyes, caballos y mulas. Journey of a residence in Chili.

Como la caravana se componia de mucha jente, la marcha era lenta y á veces penosa, lo cual desesperaba á los soldados escitándoles á desertar. El mal cundió á los oficiales, que viendo su causa poco menos que perdida, se pasaban al enemigo y entraban en sus filas. Loriega, jefe de estado mayor, quiso poner término á esta plaga, usando penas severas. Algunos desertores que se cojieron, fueron condenados á muerte infamànte y llevados con música á la plaza de los Anjeles, donde se les fusiló por la espalda. A pesar de las súplicas de Sanchez, el consejo de guerra, y especialmente don Fausto del Hoyos y Loriega, permanecieron inflexibles, y aplicaron con todo rigor el código militar español, sumamente severo con los desertores, sobre todo en presencia del enemigo.

Al salir Ossorio de Talcahuano dejó muy recomendado á Sanchez que asociase á su causa la barbarie de los indios, cosa que le era tanto mas fácil, cuanto que los habia tratado mucho, y ademas tenia en su mano el medio de comprometerlos, valiéndose de los capitanes de amigos, siempre fieles á la monarquía española. Ya hemos visto que un dia reunió en la Florida buen número de caciques, que le prometieron su salvaje y sanguinario apoyo. Vueltos estos caciques á sus casas, los llamó Sanchez en cuanto llegó á los Anjeles, celebró con ellos una reunion, y les hizo prometer fidelidad al rey y odio implacable á los patriotas. Todos los caciques presentes ofrecieron un continjente de hombres mas ó menos considerable, distinguiéndose Choyquian, cuya oferta se elevó al increible guarismo de cuatro mil, con mas quinientos caballos. Algunos capitanes de amigos fueron ademas á buscar á los caciques que habian permanecido indiferentes al llamamiento de Sanchez, con órden de advertir á los indios

que todos los realistas iban á pasar el Biobio, y que no quedarian en la provincia mas que patriotas, á quienes era necesario tratar como á enemigos. El capitan don Miguel Salazar, á quien no hay que confundir con el valiente mayor Salazar, comandante de Nacimiento, fué comisionado con don Domingo Salvo para entenderse con los caciques de Longuimay, Hueñiri, Millalem, el mulato de Collico, etc., etc., y llegó hasta decirles, inspirado sin duda por un horrible y salvaje rencor, que era necesario hacer una carnicería sin perdonar á nadie, ni mujeres ni niños. El último de los caciques citados, que mas adelante hizo un gran papel en Dahuehue, indignado con tan feroz barbarie, le respondió que entre ellos no habia cómplices para tamaños delitos, y que cualesquiera que fuesen las circunstancias, la vida de las mujeres y de los niños estaria segura (1). Con esta respuesta demostró que muchas veces los pueblos salvajes conocen las leyes de la humanidad mejor que los que se llaman civilizados.

En la misma época poco mas ó menos, el gobierno chileno, saliendo de la indiferencia con que habia mirado los restos de Maypu, envió á la provincia de Concepcion un cuerpo de ejército suficiente para atajar los progresos del nuevo enemigo y espulsarlo completamente de la república (2). A Balcarce, como jefe superior del ejército, se le confirió el mando de esta espedicion, compuesta del batallon número 1 de Chile, del número 1 de Coquimbo, del de Carampangue, de los cazadores de los

(1) Conversacion con don Domingo Salvo de Santa Bárbara.

(2) These were the effects of what still appears to me, the unnecessary and impardonable delay of the patriots, in their preparations to take possession of the province. Journal of a residence in Chili (Concepcion y los Anjeles) in 1817, 18, 19, pag. 195.

Andes y granaderos de caballería de San Martin y de una brigada de artillería, formando un total de tres á cuatro mil hombres. El coronel Freire, nombrado intendente de la provincia, fué enviado delante, y como de ordinario le acontecia, á él le tocó dar el primer golpe al enemigo. Al llegar al Parral, donde se encontraba el valiente Zapiola, se puso á la cabeza del ejército y marchó sobre Chillan, ocupado alternativamente por el coronel patriota Zapiola y el coronel realista Lantaño. En aquel momento era este el que se hallaba allí, pero al aproximarse Freire salió en direccion á los Anjeles, llevando detrás los patriotas hasta Quilmo.

Con arreglo á las órdenes que tenia del gobierno, Freire no persiguió al enemigo, y permaneció en Chillan hasta la llegada de Balcarce, á quien entregó el mando de sus tropas. Entonces se dirijió por Yumbel á Concepcion, defendida por unos cuarenta merodeadores. Para reanimar el estado moral de esta ciudad, é inspirar á sus habitantes la confianza que la política española les habia hecho perder, publicó muchas proclamas, ofreciendo amnistía completa á todo el que, comprometido ó no, hubiese emigrado de su casa, ofrecimiento que ya habia hecho el teniente coronel don Manuel Gonzalez. Merced á ellas y á sus esfuerzos, todos los que estaban ocultos en los bosques de las inmediaciones para eludir la órden de los jefes realistas que les mandaba retirarse á Arauco bajo pena de ser tratados como enemigos, volvieron á sus domicilios ó propiedades, y la ciudad recobró la seguridad y animacion que tanta falta le hacia. Al poco tiempo, cerca de cuatro mil emigrados, casi todos mantenidos por el gobierno en Santiago, salieron á sus espensas para Concepcion.

Balcarce no se detuvo mucho tiempo en Chillan : dejando á Alcazar para que protejiese la retaguardia del ejército y cuidase de la montonera de Gabriel Palma, se dirijió á los Anjeles. Una fuerte avanzada que destacó contra Lantaño, alcanzó á este jefe en el salto de la Laja, y algunos tiroteos bastaron para desalojar todas sus tropas y las que estaban defendiendo el paso. Desembarazado Balcarce de este obstáculo, llegó sin ningun otro á los Anjeles, de donde pocos dias antes habia salido el enemigo, es decir, el 17 de enero de 1819.

Segun algunos oficiales intelijentes y prácticos, Balcarce tuvo una ocasion magnífica para destruir completamente la division acampada en el salto de la Laja, como los mismos se lo hicieron conocer, y como se lo aseguraron los espías ; pero por una singular apatía, poco frecuente en aquel jeneral, la dejó quieta y que pudiese reunirse á la del jeneral en jefe la misma noche que salió de los Anjeles entre la Candelaria y Santa-Fe. Otro error cometió Balcarce, y fué el de instalarse en los Anjeles y no perseguir con actividad al enemigo, que iba en retirada y que tenia delante un rio muy ancho y muy profundo que necesariamente habia de detenerle. No faltó quien creyese ver en esta conducta uno de tantos motivos políticos censurados á O'Higgins, que era prolongar la guerra para distraer la atencion de los habitantes de Santiago, y fijarla en ella, contrariando los movimientos regulares de los poderes políticos. Sea como quiera, Balcarce perdió muchos dias en los Anjeles, y se contentó con enviar contra los fujitivos al coronel Escalada con una partida de sus granaderos. El mayor Viel, á la cabeza de unos cuarenta de estos, no tardó en picar la retaguardia enemiga, que huia en algun desórden, abando-

nando en el camino bagajes, efectos y carretas. Desgraciadamente no llevaba Viel infanteria, y cuando al llegar cerca del rio se encontró con que tenia que bajar una colina bastante elevada y cubierta de árboles, temió una emboscada y creyó prudente contener su arrojo, y esperar á que llegase la infantería, que ya habia pedido muchas veces. Desde la altura estuvo viendo con el mayor despecho atravesar las barcas llenas de soldados, que tan fácil le hubiera sido detener y capturar. Así pasó todo aquel dia atormentado por la ira y la impaciencia, pues hasta el siguiente no llegó Alvarado con sus cazadores, los cuales con una parte de los jinetes, se precipitaron pié á tierra, á la parte baja de la colina y llevaron el terror á todas aquellas familias, ya muy impresionadas con los escesos de todo jénero que habia cometido una soldadesca indisciplinada. En medio de una gran confusion, á la que habia precedido el robo de bagajes, equipajes, etc., se veian las mujeres tirarse al rio, algunas con un niño y hasta con dos en los brazos, y hacer esfuerzos inauditos para ganar la otra orilla, ó por lo menos alguna de las islas que aquel forma, y donde á pesar de que se guarecian detras de los árboles, les alcanzaban las balas de cañon y de fusil que se cruzaban de los dos ejércitos. El jóven don Eustaquio Bruix, hijo del almirante francés y hermano del comandante de una compañía de granaderos que se distinguió admirablemente en esta refriega, deseoso de socorrer á estas familias desoladas, fué herido en el bajo vientre por una bala de cañon que le puso fuera de combate, habiendo muerto á las pocas horas en la cama de su bizarro amigo don Jorje Beauchef.

Luego que los realistas pasaron el rio Biobio, marchó

contra ellos Balcarce, dirijiéndose por el lado del rio Húalqui, sobre el que construyó unas balsas. Con la idea de sorprender al enemigo, se puso en marcha por la noche en medio del mayor desórden, si bien no ocurrieron accidentes ni obstáculos. Era Sanchez demasiado débil para que quisiese medir sus armas con las de su antagonista; mas sin embargo, en un consejo de guerra se resolvió marchar contra él, para aprovechar al menos la ventaja que se tiene siempre delante de un enemigo ocupado en el paso de un rio caudaloso. Algunas tropas enviadas por la noche de vanguardia al mando de Lafuente, tuvieron que sostener al llegar á Tubunlevu algunos tiroteos con una avanzada de realistas, que aquel no esperaba encontrar allí. Con esta equivocacion creyó Sanchez que ya no era posible sorprender el ejército de Balcarce y resolvió abandonar á Nacimiento y retirarse á tierra de indios, á pesar de la viva oposicion de Cavaña, don Fausto del Hoyos, Bobadilla, etc. Su partida, que tuvo lugar el 30 de enero de 1819, fué con tal precipitacion, que quedó abandonada una cantidad muy considerable de objetos que iban á ser presa de los indios y de las llamas. Felizmente el capitan Bruix llegó á tiempo de contener el incendio y salvar á la patria una gran cantidad de víveres, trigo, azúcar, herramientas, mas de ciento treinta y seis mil marcos de tabaco de Saña y otros diferentes objetos, de los que se distribuyeron algunos al ejército.

Con la toma de Nacimiento y la retirada de los realistas sobre Valdivia, quedó libre del todo la provincia de Concepcion, y en su consecuencia terminada completamente la campaña del sur. Balcarce, el héroe de esta fácil campaña, fué llamado á Santiago, para donde marchó llevando consigo los granaderos de caballería y los

cazadores de los Andes (1), por manera que no quedó en la provincia mas que la infantería, esto es, los batallones de Carampangue, el número 1 de Coquimbo y el número 1 de Chile, que pasaron á las órdenes inmediatas del intendente don Ramon Freire. Estas tropas, con mas un escuadron de escolta, era toda la fuerza destinada á hacer frente á la furiosa tempestad que la barbarie iba á levantar contra aquella desgraciada provincia.

Aunque los emisarios enviados á los indios por Sanchez habian producido todo el efecto deseado, consiguiendo con sus astutos manejos ajitarlos y atraerlos á su partido, sin embargo, no podia aquel contar mucho con la fidelidad de unos salvajes, dispuestos siempre á la traicion y á caer sobre los débiles. No pocas veces habia sido ya víctima de su perfidia, y tres dias despues de su salida de Nacimiento le robaron en el camino de este pueblo á Angol, y al pasar el rio, todo el ganado consistente en mil doscientos bueyes y vacas y doce mil carneros. Al llegar al último pueblo citado fué aun mas difícil su posicion con los indios, porque al verse estos amenazados por el ejército patriota no querian comprometerse mas. Con este intento y apoyados por una multitud de caciques que acudieron á toda prisa, persistieron en su resolucion, á pesar de los simulacros de violencia desplegados á su vista; y si al fin cedieron á la palabra influyente de los capitanes de amigos, no fué sin exijir un fuerte rescate, y ademas una partida de cien soldados que les protejiese y defendiese contra los patriotas (2). A peticion suya se dió el mando de estos soldados á don Vicente Benavides,

(1) Muchos de estos granaderos, no queriendo volver á la república arjentina adonde sabian que los iban á llevar, desertaron y fueron á incorporarse á las montoneras enemigas de Prieto.

(2) Conversacion con el oficial del ejército realista don Saturnino García.

hombre cruel y sanguinario, que por el gran papel que representó en los últimos dias del poder español, merece nos ocupemos de él (1).

Don Vicente Benavides nació en el departamento de Itata : su familia era pobre y su padre ejerció mucho tiempo el vil empleo de carcelero de Quirihue. Su posicion en la infancia fué poco honorífica, hasta que entró de criado en la administracion de tabacos, destino de confianza porque era el encargado de llevar los caudales á Concepcion, y que ademas le dejaba tiempo para dedicarse á algunos estudios, y aprender á leer y escribir, cosa que hacia muy mal. Se hallaba desempeñándolo cuando las primeras guerras de la independencia vinieron á despertar sus instintos guerreros y le arrastraron á alistarse en el ejército de los patriotas : al poco tiempo era una de las trescientas personas que á las órdenes de Alcazar fueron en socorro de Buenos-Aires. Cuando estas tropas volvieron á Chile, Benavides desertó, pasándose al ejército de Ossorio con el grado de sarjento que habia ganado en su campaña.

Sea que quisiese enmendar sus anteriores opiniones, ó que las nuevas que adoptó fuesen mas á propósito para inflamar sus malas pasiones, lo cierto es que desde que llegó al campo enemigo se señaló con actos de audacia, que no tardaron en hacerle distinguir. En el sitio del Membrillar fué uno de los que tuvieron bastante ar-

(1) Don Diego Barros ha publicado una escelente memoria sobre la vida y campañas de este hombre funestamente célebre. Lo que vamos á decir llenará algunos pequeños vacíos que en ella se notan y contribuirá á que se le conozca mejor, pues será un compendio de las numerosas notas que hemos tomado de su correspondencia y de lo que hemos oido á personas competentes, tales como el señor Castillon su protector, su esposa doña Teresa Ferrer, á quien en 1839 tuvimos ocasion de ver en Concepcion, y otras muchas que formaron parte de sus montoneras.

rojo para penetrar en una trinchera, en la que se defendió con valentía hasta que cayó prisionero. Llevado con el ejército, supo sacar partido de su triste posicion, poniendo fuego cerca de Achihueno á un parque de municiones; y aprovechando la confusion que el incendio produjo, consiguió salvarse, á pesar de los grillos que le habian puesto, para ir á revelar á Ossorio el plan de O'Higgins, que era atacarle por la noche. En el sitio de Rancagua su conducta no fué ni menos hábil ni menos vigorosa : siempre en medio del fuego, se portó con distincion y conquistó el grado de oficial á despecho de las preocupaciones. Decidido entonces mas que nunca por la causa real, fué destinado de guarnicion tan pronto á San Pedro, tan pronto á Arauco, alternando en los diferentes puestos de esta línea para ejercer su perniciosa influencia en el ánimo de los indios, cuyos rapaces y destructores instintos halagaba.

Cuando O'Higgins sitió á Talcahuano, Benavides continuaba por el lado de Arauco, penetrando con mucha frecuencia entre los indios, que habia sabido ganar, y volviendo con ellos á llevar la inquietud al campo de los patriotas; pero luego que regresó Ossorio, siendo casi inútil su presencia en aquellos puntos, fué á ponerse á disposicion de este jeneral para formar parte del ejército destinado á marchar sobre Santiago. Se halló en la accion de Cancharayada y en la gran batalla de Maypu, en la que le fué adversa la fortuna. Hecho prisionero con su hermano don Timoteo, á los pocos dias fueron condenados ambos á ser ahorcados por haberse pasado con armas y bagaje al ejército enemigo. La sentencia se hubiera sin duda ejecutado, á no ser por las instancias del señor [illegible] y don Salvador Andrada para con el va-

liente coronel Las Heras, y de este para con San Martin, de cuyas resultas se les conmutó la pena de muerte en la de presidio. Estaban en el consulado, donde se hallaban asimismo los demas oficiales hechos prisioneros en Maypu; y Ordoñez, que conocia la crítica posicion de los hermanos Benavides, se acercó al don Vicente y le dió á escondidas un vale de cinco mil pesos, diciéndole que si esta suma podia salvarle de los peligros á que estaba espuesto por alguna otra revelacion, podia hacer uso de ella cerca de la persona que le indicó.

Los hermanos Benavides pasaron olvidados algun tiempo y trabajando en las obras de la ciudad, ocupacion poco adecuada ciertamente al carácter de capitan que el don Vicente habia ganado en sus diferentes campañas. No se quejaron de esta falta de consideracion, contentos con haber encontrado guardianes accesibles á sus penalidades, y dispuestos á dispensarles alguna benevolencia. Un dia que no trabajaban, acertó á pasar por su lado don Hilarion de la Quintana, director subdelegado á la sazon por O'Higgins, y admirándole su ociosidad, preguntó sus nombres. Cuando oyó pronunciar los de los hermanos Benavides no pudo contener un gran movimiento de cólera, y reprendió agriamente á los celadores, diciéndoles que aquellos habian sido condenados á la horca y que no merecian ninguna especie de miramientos. No satisfecho con esta reprension, mandó que los trasladasen á los cuarteles de los dragones al lado del palacio, de donde á los pocos dias fué á sacarlos el teniente don Ventura Ruiz para llevarles durante la noche al llano de Maypu con una escolta. En el camino comprendió Benavides su posicion, y dirijiéndose al teniente le hizo las ofertas para que estaba autorizado por Or-

doñez; pero nada pudo conseguir, porque Ruiz, como hombre de honor, le respondió que no lo haria aunque le ofreciese cien mil pesos. Los dos miserables se vieron pues condenados á sufrir su suerte.

Llegados á eso de las dos de la mañana mas allá del conventillo, Ruiz les anunció su penosa mision, que era fusilarlos, y les mandó ponerse de rodillas y que descubriesen el pecho. Despues que pasó el tiempo necesario para que se encomendasen á Dios, se les acercaron cuatro soldados, y casi á quema ropa dispararon dos tiros á cada uno. Sea que se hubiesen caido las balas de los fusiles dirijidos contra don Vicente, ó que pasasen sin tocarle, lo cierto es que quedó salvo y solo con la camisa un poco quemada. Entonces con la misma presencia de ánimo que conservó hasta en el momento en que se verifica el suceso mas grande de nuestra vida, se tiró al suelo al mismo tiempo que cayó su hermano, y tan bien supo finjir que estaba muerto, que el teniente dió á sus soldados la órden de que montasen á caballo, partiendo con ellos persuadido de que dejaba en el campo dos cadáveres. Uno de los soldados, al pasar al lado de don Vicente, le dió un fuerte sablazo en el cuello, diciendo que lo hacia para que no reviviese aquel asesino. Tan grande era la emocion que le ajitaba en aquel momento que casi no sintió dolor alguno, y no levantó la cabeza hasta que supuso que todos habrian marchado. Al levantarla vió que se le acercaba otro soldado y se creyó vendido; pero este, que no iba mas que en busca de un zapato que habia dejado olvidado, volvió á subir á caballo y no tardó en incorporarse con sus compañeros, que regresaban á Santiago.

Luego que don Vicente Benavides se quedó solo, vendó como pudo su grande herida, y se dirijió hácia donde

estaba una luz, que veia á corta distancia. Al pasar cerca de un corral de ovejas, el guarda tuvo miedo de él, pero serenado muy pronto acudió á sus voces y escuchó, compasivo, la relacion que le hizo de un encuentro, al ir en busca de caballos, con unos salteadores que habian matado á su hermano, habiéndose él escapado por un gran milagro, despues de recibir la herida que le señalaba. Era esta historia tanto mas verosímil, cuanto que hacia algun tiempo estaba el campo infestado de bandidos; por manera que las personas que la escucharon creyeron lo mejor llevar á Benavides á casa del juez, como lo hicieron no obstante la viva oposicion de aquel, temeroso de que le conocieran. Sobre no haber sucedido así, encontró en el juez una persona muy caritativa, que le suministró los primeros auxilios y le dió hombres para que le acompañasen á Santiago.

Aquí se presentó una nueva y no menor dificultad. Benavides sabia muy bien que su mujer vivia en una de las tres casas del señor Real, pero no en cual, y temia los inconvenientes de preguntar por ella. Una feliz casualidad vino en su auxilio, pues precisamente la primera á que se dirijió era la que buscaba. Al oir su voz y al ver ensangrentada su cara y el poncho que le habian prestado, su mujer dió un grito, que su marido sofocó al instante con una mirada de intelijencia. Los que le acompañaron regresaron á sus casas, y cuando volvieron al dia siguiente, les anunciaron su muerte, cosa que no les chocó : tan profunda era á su parecer la herida.

El riesgo que habia corrido Benavides, lejos de acobardarle le dió por el contrario una fuerza y una enerjía, que solo ellas pudieron sostenerle en medio de tan terrible drama. Así continuó mientras el peligro estuvo pre-

sente á su imajinacion, pero en cuanto se vió seguro, las fuerzas empezaron á faltarle y la herida tomó un carácter tan alarmante que mandó llamar un sacerdote y un médico. Se necesitaban personas de toda confianza, y se encontraron el primero en el padre Valencia, del convento de San Francisco, y el segundo en un cirujano francés, don Juan Chamoret, que como él, fué hecho prisionero en la batalla de Maypu. Gracias á los cuidados de todo jénero que el último le prodigó, la herida presentó pronto otro aspecto, y acabó por curarse completamente, sin dejar mas huella en el herido que llevar este la cabeza un poco inclinada.

Estaba por entonces en Santiago el señor Castillon, personaje muy afecto á esta familia. Veia de cuando en cuando á Benavides, y un dia le hizo entender que la causa española estaba completamente perdida, aconsejándole que volviese al ejército de los patriotas, en el que podia prestar grandes servicios. Manifestándole Benavides que no sabia como presentarse, el señor Castillon tomó á su cargo hablar á San Martin. Le habló en efecto, y este jeneral se quedó admirado. Aunque le inspiraba poca confianza aquel traidor, ofreció proporcionarle ocasion de que se le cumpliesen sus deseos, añadiendo que le recomendaria muy eficazmente. Se necesitaban todos estos secretos porque el plan era que Benavides se presentase á Sanchez como un fujitivo, y en seguida fuese espía de Balcarce. Nadie pues supo en Santiago su marcha, si se esceptúa el coronel Merino que lo llevó consigo disfrazado de arriero, y así fueron hasta Concepcion, donde Benavides dejó á su mujer, que le acompañaba, volviendo á figurar muy poco después en el ejército de los realistas.

Tal es la estraordinaria historia de Benavides. A las instancias de los indios que tan bien sabia ganar y ajitar, debió que Sanchez le nombrase jefe de las pocas tropas que dejó con ellos (1). No puede dudarse de su buena fe hácia la patria cuando se incorporó en el ejército de los realistas, pues en muchas cartas de Balcarce he visto que este jeneral se felicitaba de tenerlo consigo y de los servicios que le prestaba (2). Quizá sus intenciones eran las mismas á la salida de Sanchez, y solo cuando se vió á la cabeza de cierto número de tropas, su amor propio por un lado y su ambicion por otra, le hicieron olvidar sus promesas y le lanzaron de lleno en la guerra de partidas. Inspirado entonces por el recuerdo de las humillaciones y padecimientos que habia sufrido, se propuso dejar huellas indelebles de su ira, y se decidió á continuar las guerras de la revolucion, mas por satisfacer una venganza que por defender una opinion.

Aparte de esto, la guerra que iba á emprender era fácil y ofrecia probabilidades de buen éxito, porque esperaba sacar partido de esa poblacion flotante, que está siempre dispuesta á irse del lado del que favorece sus instintos y sus pasiones. Ademas, el espíritu de la provincia no se inclinaba de ninguna manera á la revolucion, pues sus habitantes no estaban aun animados de las ideas de libertad é independencia que ajitaban á los

(1) Don Diego Barros dice en su muy interesante Estudio que Balcarce envió á Benavides á Angol. Creo que esto es una equivocacion, porque de mis notas, que hé tomado de noticias dadas por Lantaño, don Saturnino Garcia, etc., resulta que Benavides se hallaba ya con Sanchez, á quien procuraba engañar en favor de la patria, y que el mismo Sanchez fué quien le dejó en Angol para que revolucionase á los indios y reuniese los desertores.

(2) Esto no obstante, segun una conversacion que tuve sobre la materia con el capitan jeneral Freire, parece que cuando Balcarce pasó el Nacimiento quiso hacerle caer en una emboscada, lo que supo á tiempo por un espia.

pueblos del norte. Apegados á sus costumbres, dominados por la influencia del clero, sin conocer de la revolucion mas que lo malo, es decir, la destruccion y la violencia, no querian abandonar su pasado para lanzarse en un porvenir completamente desconocido y que ademas no se presentaba halagüeño. Esceptuando los emigrados que llevó O'Higgins á Santiago y que estaban ya de vuelta, la provincia solo podia contar con escaso número de patriotas, de los cuales pocos eran hombres de accion, y muchas jentes tímidas que gritaban muy alto en ciertas circunstancias, pero cuyos gritos no tenian eco en sus corazones. Un jóven norte-americano, que hacia tres años vivia en la provincia con motivo de un pleito sobre un buque mercante, dijo en su diario, que nunca conoció un verdadero patriota (1), y lo que prueba bien el apego que tenian á su rey, ó mas bien á sus costumbres, es la prontitud con que se sacaban nuevas levas, aun despues de un desastre.

Hemos visto que cuando Sanchez salió de Talcahuano, todos los realistas de esta ciudad y de Concepcion abandonaron sus casas para seguir al ejército. Los del interior de la provincia hicieron lo mismo, continuando con él hasta que pasó el Biobio cerca de Nacimiento. Entonces, como la intencion de Sanchez era ir á Valdivia, solo algunas familias le siguieron, dirijiéndose las demas á diferentes puntos, mas ó menos próximos á sus propiedades. Unas marcharon á Arauco que estaba en poder del rey, y las de San Carlos y Duqueco, parte fueron á acampar á Pile bajo la direccion de Burgos, y parte al llano de Bergara cerca de la junta de Mulchen con Bureu,

(1) But except through the grates of a prison, or upon some distant height I had never yet seen a professed patriot. Journal of a residence in Chili, p. 223.

bajo la de don Pedro Sanchez. Por último, las de Santa Bárbara y sus alrededores se establecieron en Quilapalo, que se convirtió pronto en una poblacion bastante considerable, pues habia cerca de setecientas familias desde Quilaco hasta Huinquen, residencia del famoso cacique Coliman. Bocardo, antiguo alférez real y despues coronel de las milicias, estaba entonces en Santa Barbara con motivo de un asunto de ganados que le pertenecian como diezmero. Su reputacion de hombre arrojado é intelijente le valió ser nombrado jefe de esta grande poblacion, á la que supo inspirar sus fuegos y su enerjía. En la persuasion de que podria ser atacado, se dedicó inmediatamente á levantar un cuerpo de milicianos, que sacó de los habitantes de Quilapalo y Pile, á los cuales armó lo mejor que le fué posible, instruyéndolos y disciplinándolos con el eficaz auxilio del teniente coronel Elizondo.

De estos diferentes campamentos donde habia tomado tambien asiento la barbarie, era de donde salian de tiempo en tiempo las numerosas montoneras, compuestas principalmente de indios, que llevaban el hierro y el fuego á todos los rincones de aquella desgraciada provincia, presa hacia muchos años de todos los horrores de las facciones enconadas. Benavides se ocupaba á la sazon en reunir los fujitivos que habian abandonado la bandera de Sanchez, y que se apresuraban á acojerse á la suya, en la persuasion de que iban á satisfacer el gusto aventurero que les dominaba. Mandó se le reuniese la infantería que Sanchez dejó en Tucapel, y que don Elías Fuente habia ido á buscar de órden de don Juan Millan, comandante de Arauco; y si á estas tropas se agregan los reclutas que hizo en los alrededores de esta plaza, cojiendo hasta los jóvenes de corta edad, veremos que

no tardó en encontrarse en posibilidad de entrar en campaña. Así lo hizo en efecto en febrero de 1819, presentándose á atacar con cuatrocientos hombres al teniente don José Antonio Riveros, que habia ido á apoderarse de Santa Juana, plaza situada al sur del rio Biobio y por consiguiente dentro de los límites que los realistas esperaban conservar.

Las tropas de Riveros eran muy inferiores á las de Benavides, pues apenas llegaban á ciento diez hombres, inclusos sesenta milicianos; pero á pesar de esta inferioridad numérica y de los consejos que le dieron de que no pasase el rio y se quedase en Talcamavida, quiso como hombre de honor cumplir su deber, y dió la órden de pasar. La fortuna no secundó desgraciadamente sus jenerosos esfuerzos. Atacado por todas las fuerzas de Benavides, les opuso una resistencia, honrosa sí, pero insuficiente para que pudiera durar mucho tiempo. Abrumado por el número, tuvo el dolor de ver á sus compañeros, los unos desapiadadamente asesinados, y los otros, entre los cuales se hallaba él, precisados á rendirse prisioneros. De los ciento diez hombres, solo treinta y seis milicianos pudieron salvarse, atravesando el rio á nado.

Este primer triunfo, aunque corto, colmó de alegria al jefe realista y quíso aprovecharlo para reunirse con su mujer, que estaba en poder de los patriotas. La accion se verificó el 21 de febrero, y el 23 escribió al intendente Freire, proponiéndole el canje de oficiales y soldados, y el de su mujer por Riveros. Freire aceptó las proposiciones, pero no se dió gran prisa á ejecutarlas con mucho disgusto del jefe realista, quien se las renovó el 15 de marzo, diciéndole que le enviase su mujer viva, enferma ó muerta, y que no lo demorase un solo instante,

pues no le era posible contener mas tiempo á los indios, que conforme á sus costumbres, reclamaban los prisioneros para tener un dia de contento y regocijo haciendo en ellos una carnicería.

Esta advertencia era una amenaza, y una amenaza tanto mas temible cuanto que el que la hacia, tenia dadas buenas pruebas de su mal corazon. Para contenerle, le envió Freire al teniente don Eugenio Torres con un oficio, anunciándole que su mujer estaba en Talcamavida en poder de don Ramon Novoa, encargado de hacer el canje con Riveros. No se apresuró menos Benavides á enviar á este, esperando que la misma barca en que iba llevaria al objeto tan deseado; pero fuese desconfianza ú otro motivo, retuvo consigo al plenipotenciario Torres, lo que incomodó tanto á Novoa, que devolvió la barca vacía. De sus resultas mediaron entre ellos cartas que embrollaron el negocio, al que quizá no fué estraño un amor imprudente, y acabaron para neutralizar los deseos de Freire, que eran de enviar esta mujer á su marido. Este se propuso entonces vengarse de una conducta, que calificaba de tan altamente ofensiva para su honra, como desleal atendida su prontitud en cumplir por su parte las condiciones. En el furor que le dominaba mandó llamar al jóven Torres, á quien habia tratado bien hasta entonces, le sentó á su mesa, y despues de comer dió órden de que le llevasen al rancho donde estaban los prisioneros de Riveros. A poco entró en el rancho una tropa de indios hambrientos de odio y de carnicería, y al ruido de sus salvajes imprecaciones asesinaron á lanzadas á estas víctimas desgraciadas de la barbarie (1). Y sin embargo no

(1) Sigo la version de un jefe de montoneras de Benavides, pero segun el parte de Freire fueron los soldados los que los mataron á sablazos. Gaceta ministerial, tomo 1, número 93.

habian pasado muchos dias, el 30, le envió Freire á su mujer, y supo al regreso del correo esta espantosa matanza, de la que se disculpó Benavides, escribiéndole que para salvar la vida habia tenido que ceder á las exijencias inquietas é imperiosas de los indios (1).

Mientras Benavides cometia estos actos de barbarie, los jefes acampados en las orillas meridionales del Biobio se entregaban á otros no menos crueles y salvajes. A la cabeza de sus bandas de indios, recorrian la estensa llanura de la Laja, y lo llevaban todo á sangre y fuego. Especialmente las bandas de don Miguel Rivas y don Pedro Sanchez se distinguieron por su audacia y actividad. En menos de once dias saquearon casi enteramente aquel vasto territorio, robaron los ganados, incendiaron los cortijos y ranchos, y asesinaron cuantos hombres, mujeres y niños encontraron, sin perdonar mas que á los menores de nueve años, á los cuales llevaron cautivos á su campamento (2). La guarnicion de los Anjeles era á la sazon muy corta y Thompson, á quien Balcarce habia dejado de comandante mientras Alcazar estuviese en Chillan, no se atrevia á salir de su fortaleza desde la pérdida casi completa de los cincuenta hombres que envió por la parte de Negrete á las órdenes del capitan don Ramon Romero, y si ocho ó diez dias despues se decidió á protejer unos voluntarios que impacientes salieron de los Anjeles, fué para ser testigo de una segunda derrota.

La mala posicion de Thompson no consistia tanto en ser corta la guarnicion, como en que le faltaban caballos. Muchas veces los habia pedido al intendente Freire,

(1) Carta de Benavides al intendente don Ramon Freire, fecha 4 de abril.

(2) Conversacion con el teniente coronel don Manuel Riquelme.

pero mal podia este darle lo que no tenia y era difícil adquirir en una provincia tan arruinada por las revoluciones. Por eso los realistas y los indios, que los tenian en abundancia, estendian impunemente sus correrías hasta los cantones mas lejanos de provincia, y se aproximaron el dia 25 á los Anjeles en número de mil, á poner fuego á las casas. Felizmente no se quemaron mas que dos, y eso que con el viento norte estuvo muy espuesto á que se propagase el incendio á todo un barrio, y especialmente al fuerte, que distaba muy poco. Thompson mandó salir algunos soldados al mando de don Mariano Prieto, y su presencia bastó para que emprendiese la fuga una multitud, á la que solo envalentonaba el valor del salvaje, la astucia, ó la superioridad numérica.

A pesar de esta pequeña ventaja, la guarnicion no estaba de ninguna manera segura en su fortaleza. Los indios, á semejanza de los antiguos Partos, no tienen á deshonra el huir. Su sistema es vencer á golpe seguro, y jamas comprometer su suerte en una batalla, si no se ven en la necesidad de aceptarla. Esto que en tropas regladas y disciplinadas, disminuiria muchísimo la confianza del soldado, aumentando la del enemigo, es para ellos un acto de prudencia, consagrado por la costumbre. Así pues, apenas se habian retirado, volvieron en mayor número y con mas animacion aun, y en este estado de cosas se acordó abandonar, sable en mano, una fortaleza que no era posible defender. Señalado el 10 de marzo para la salida, se hacian con actividad los preparativos, cuando todos los realistas é indios se retiraron por la parte de Santa-Fe al ver que se les aproximaba Alcazar, quien habiendo salido de Yumbel con algunos refuerzos, iba á tomar el mando del ejército.

Cuando Freire conoció toda la importancia de estas montoneras cada vez mas numerosas y osadas, al mando de los arrojados jefes Burgos, Bocardo, Zapata, Cipriano Palma, Pincheira, los hermanos Sanchez, etc., creyó de su deber marchar á aquellos lugares de desolacion, sobre todo para vengar la muerte de los desgraciados prisioneros, y de su plenipotenciario Torres, que Benavides le habiaparticipado. Sabedor de que este asesino se encontraba en Talcamavida, se dirijió allá con setecientos soldados y milicianos, y llegó á los dos dias de su salida de Concepcion. Benavides no tuvo valor bastante para esperarle y se retiró á Gomero, de donde tambien salió, huyendo de los soldados del intendente que iban en su persecucion. Así recorrió todas las cercanías de San Cristoval, Rere, Yumbel y Tanaguillin, evitando encontrarse con su enemigo y acabando por abandonar completamente estos sitios para dirijirse sobre los Anjeles, donde tuvo la fatuidad de pretender que capitulase la guarnicion (1). La carta que el 21 de abril escribió con este objeto al comandante, era tan impertinente como ridícula. En ella le concedia una hora para entregarse, haciéndole responsable de los males que sobreviniesen si se resistia, le contaba como de costumbre mil cuentos sobre la destruccion del ejército de Freire, y añadia : « Ya no existe mas que sus reliquias, víctimas dispersas que cubren mi corazon de sentimiento y llanto. »

Una carta sentimental escrita por un hombre que tenia el asesinato por principio, merecia una respuesta entre seria y festiva. Alcazar le contestó en efecto « que las armas de la patria no se rendian, que tenia harta pól-

...consultadas sobre este hecho, no fué fa-
...ra retirarse sin que le persiguieran.

vora y balas y buenas tropas, y que le esperaba á la mesa.» Benavides levantó al punto el campo y su retaguardia, perseguida hasta Duqueco, pagó con algunos muertos la intimacion de su jefe.

Con la salida de Freire de Concepcion quedó esta ciudad sin tropas y abierta á la primera incursion del enemigo. Benavides creyó que podria penetrar en ella, y con este objeto marchó á su antiguo campamento de Curali, donde estaban los soldados que escaparon de Santa Juana cuando el capitan Quintana tomó esta plaza.

Luego que Freire lo supo, mandó que sus tropas pasasen á Santa Juana. Pasaron con efecto cincuenta infantes á las órdenes de Letelier y hubo algunas escaramuzas entre don Manuel Jourdan y el capitan Arias; pero no era esto lo que Freire queria, sino una batalla en regla que decidiese la suerte de su partído, y esta batalla la fué á buscar al mismo campamento enemigo.

Curali dista unas dos leguas de Santa Juana, y se halla situado en el fondo de un valle, cuyas montañas están cubiertas de bosques vírjenes muy espesos. La naturaleza se habia encargado de fortificar este punto, y los jefes se habian limitado á cortar algunos árboles para obstruir las estrechas sendas con sus troncos. Las lluvias continuas habian dificultado aun mas el paso por estas sendas, y sin embargo Freire no titubeó un instante en lanzarse á estos peligrosos desfiladeros : tal era su deseo de avistarse con su enemigo. Al dia siguiente de llegar, dividió sus setecientos hombres en dos columnas, y reservándose el mando de la una, dió al valiente coronel Merinos el de la otra, compuesta casi toda de caballería, perteneciente en su mayor parte á la milicia de Quirihue, y muy pocos infantes. El 1° de mayo de 1819 las dos co-

lumnas emprendieron la marcha por dos caminos diferentes, habiendo tenido la desgracia de que una lluvia que caia á torrentes les obligase á entrar y salir de Santa Juana muchas veces, por manera que hasta las dos de la tarde no pudieron avanzar definitivamente, y eso venciendo mil dificultades. Merino, á la cabeza de su caballería, llegó primero. Teniendo que dar un gran rodeo para evitar los caminos que estaban obstruidos con los troncos de los árboles, y sumamente molestado por una lluvia continua, no pudo llegar hasta una hora antes de la noche; pero aun le quedó tiempo para caer sobre el enemigo ya en fuga declarada, perseguirlo y acuchillarlo á todo su sabor, hasta que la obscuridad y el agua que no cesaba, vino á favorecer la huida del uno é inutilizar el ardor del otro. Precisado á renunciar á su sangrienta persecucion, se dirijió al campamento enemigo, donde se hallaba ya Freire con su columna.

El encuentro de Curali se consideró como una victoria, porque en él quedó destruida la montonera mas numerosa y la que mandaba un hombre que tenia cierto prestijio, y que engrosaba su pequeño ejército con una prontitud espantosa. De los seiscientos ó setecientos hombres que tenia Benavides, apenas escaparon ciento, y los demas fueron muertos, cojidos ó dispersados : de estos unos se incorporaron á otras guerrillas y otros hicieron su sumision á la patria. Pocos dias despues, los tenientes de Freire, Victoriano, Riquelme, etc., añadieron nuevos trofeos á esta victoria, y él mismo queriendo perseguir al enemigo hasta sus últimos atrincheramientos, es decir, hasta Arauco, punto á que se habia retirado con una veintena de personas, dió órden al capitan del buque *Araucano* de ir á colocarse delante de esta plaza con bandera

española, mientras él siguió sus huellas sin descanso, y le alcanzó en Carampangue, adonde habia ido con la guarnicion de Arauco á disputar este paso. El coronel Merino fué el encargado de pasar el primero el rio, y á la cabeza de sus cazadores no tardó en dispersar aquellos frájiles restos, matar siete ú ocho y obligar á los restantes á refujiarse en Tubul, donde habia gran número de familias.

Era importante conservar la pequeña plaza de Arauco, no tanto por sus fortificaciones, como por su posicion, que dominaba á todos los indios de la costa. Pero para esto se necesitaban tropas en bastante número, y tan no las tenia Freire, que en cuanto regresó á Concepcion se vió obligado á levantar algunas milicias. Ademas, la plaza de Arauco, enteramente desierta como estaba, no podia suministrar nada ni en víveres ni en vestuario, y por otra parte esperaba que el enemigo no podria rehacerse en algun tiempo : todo lo cual le indujo á dedicarse esclusivamente á reformas administrativas, tan necesarias en una provincia que carecia desde largo tiempo de toda clase de organizacion. Pero bien pronto supo por esperiencia que un jefe como Benavides puede muy bien ser batido, pero vencido nunca, pues al poco tiempo se presentó á la cabeza de un nuevo ejército protejido por numerosas guerrillas, que Alcazar contenia con dificultad y muchas veces con grandes pérdidas, como le sucedió el 1° de octubre al gobernador de Chillan don Pedro Nolasco de Victoriano.

A pesar, pues, de la victoria de Curali, que pareció en un principio tan decisiva, la provincia de Concepcion no recobró la tranquilidad; pero la mayor desgracia de sus habitantes fué que desde la salida de Sanchez, la guerra

iba tomando cada dia un carácter mas salvaje. No tenia nada de leal ni de regular : las partidas, compuestas en jeneral de hombres sin corazon y sin ley, recorrian la provincia en todas direcciones y llevaban á todas partes la desolacion y el esterminio, pues á los realistas les servia muchas veces de estímulo el fanatismo, este principio de enerjía, y á los indios la barbarie, este principio de destruccion. Aunque Alcazar con su grande actividad hizo perseguir estas guerrillas, ellas, consecuentes á su táctica de no aceptar la batalla, conseguian evitarla con frecuencia. Sin embargo, en el mes de octubre se atrevieron á marchar sobre los Anjeles llevando la intencion de acabar con la ciudad y con la fortaleza, pero don Isaac Thompson, que el 29 salió á su encuentro con doscientos hombres y algunos milicianos, los derrotó fácilmente, porque hacian las espediciones sin regla ni combinacion alguna. Esto mismo sucedió á la de Vicente Elizondo atacada el 20 de setiembre en los Quilmos por los capitanes don Pedro José Riquelme y don José Lave y á cuantas intentaron alguna accion ó se vieron en la necesidad de aceptarla.

Estos reveses no desanimaban á Benavides. Con los milicianos que disciplinaba Bocardo, y con los vagamundos y aventureros que no faltaban en abundancia, sus montoneras se rehacian tan pronto como eran dispersadas. Su posicion se mejoraba ademas con la esperanza de recibir algunos refuerzos de Lima, segun se lo ofrecia Pezuela en un oficio en que le confirmó el nombramiento de comandante de las tropas que operaban en Chile. Benavides con su tacto acostumbrado tenia buen cuidado de propalar, exajerándolas, las promesas del virey. A su cuñado Ferrer le escribió que del 20 al 26 de se-

tiembre desembarcaria una espedicion en San Antonio para marchar sobre Santiago y que irian á reunirse con él los Valdivianos y los Chilotes : á Zapata le habia dicho antes, encargándole que lo divulgase, que habian salido de Lima en veinte y un buques y catorce lanchas cañoneras, siete mil ochocientos ochenta y cinco hombres : á otros por último les aseguraba que se habian embarcado de España ocho mil hombres para Chile, y doce mil para Buenos-Aires. A fin de que se diese crédito á estas noticias repartia gacetas de Lima, en que se anunciaban algunas de ellas.

Lo que daba algun viso de verdad á sus noticias era que con efecto recibió unos cortos socorros de Lima y que se le reunió yendo de Chiloe, el teniente coronel Carrero, hombre muy activo y diestro, de que fué buena prueba el golpe atrevido que dió pocos dias despues de su desembarque.

Hacia tiempo que deseaba Benavides un barco para poder estar en comunicacion con las provincias del sur dominadas por su partido, y con Lima, depósito jeneral del material de guerra. En los momentos de llegar Carrero, una fragata mercante *La Dolores* ancló en la bahía de Talcahuano, y resolvieron apoderarse de ella por sorpresa. Al efecto marchó Carrero á aquella ciudad, disfrazado así él como los que le acompañaban, y aprovechando una noche oscura, avanzó osadamente á la fragata, se apoderó de ella, de los trece marineros que la tripulaban y del capitan, y levando anclas salió de la bahía el buque para Arauco, de donde partió pocos dias despues para Chiloe á las órdenes del mismo Carrero en busca de algunos socorros.

Benavides, como tenia de costumbre, obligó á los ma-

rineros á que tomasen las armas en favor de su partido, habiendo sido cruelmente asesinados los que se resistieron á seguirle, entre los que se contaba el capitan don Agustin Borne, pariente del director O'Higgins. En honor á la verdad debo decir sin embargo, que desde San Pedro se le hicieron proposiciones á Freire el 11 de setiembre para el canje de estos marineros con igual número de soldados, y el de Borne con la familia de Sanchez de Chile, y que por no haberse verificado tuvieron lugar los asesinatos.

Mientras los realistas que estaban por la parte de Arauco se entregaban á estos actos de vandalismo, los del llano de la Laja continuaban sus estragos, y de tiempo en tiempo hasta se atrevian á querer atacar á Alcazar en sus atrincheramientos. La montonera de don Juan de Dios Seguel, compuesta de doscientos hombres próximamente, era la que manifestaba mas ardor y confianza, pues atravesó la Laja muchas veces y se dejó ver en los alrededores de Tucapel. Un dia que estaba acampada cerca del vado de Curamilahue, se propuso Alcazar atacarla, y el 19 de noviembre por la noche salió de los Anjeles por un camino desierto para llegar sin ser apercibido. El ataque lo dió en el momento en que el enemigo iba á emprender la fuga, circunstancia que introdujo la confusion en sus filas y que fué causa de que los cazadores pudiesen acuchillarlo á su sabor : pocos escaparon y los que tuvieron tiempo de atravesar el rio, cayeron en manos del capitan Florez, apostado por Alcazar en el otro lado, de suerte que la montanera pereció casi entera, incluso su comandante el famoso Seguel.

Otro hecho de armas de esta época, de mucha menos consecuencia, pero mucho mas honroso para las de los patriotas, fué la magnífica defensa que hizo en Yumbel

el valiente capitan don Manuel Quintana. Despues de la derrota de la montonera de Seguel, Bocardo quiso vengar la muerte de este jefe, haciendo una espedicion mucho mas importante. En diciembre de 1819 salió de Quila-Palo con doscientos soldados y cien indios mandados por Grandon, á los que incorporó en San Carlos las tropas de Zapata y los indios de Burgos. Con este pequeño ejército en que habria unos mil hombres, á saber, trescientos españoles armados con fusiles al mando de Elizondo y Zapata, y setecientos indios con lanzas al de Burgos y Sanchez, se dirijió por el lado de los Anjeles, donde solo tuvo que sufrir algunos tiroteos, y despues pasando por el salto de la Laja, fué á presentarse delante de Yumbel. No habia en aquel momento en esta plaza mas que cuarenta cazadores reclutas, veinte artilleros y treinta y tres infantes del batallon de Carampangue, pues de las demas tropas, los cazadores habian pasado á Chillan y los infantes á Concepcion. Era una fuerza demasiado corta para hacer frente á un enemigo tan numeroso, y mandado por el arrojado Bocardo; pero los que han conocido á don Manuel Quintana no se admirarán ciertamente de que este oficial osase medir sus armas con las de aquel y resistiese con intrepidez todos sus ataques. El incendio de una parte de la ciudad le obligó desde el principio á refujiarse al cerro que hoy lleva su nombre, y mandó al jóven don Manuel Bulnes que á la cabeza de catorce cazadores cargase á mas de cien realistas é indios, que subian por el lado de la ciudad. Estos huyeron por de pronto, pero no tardaron en volver con unos cien infantes de refuerzo, y cargaron al jóven Bulnes, á quien ya casi tocaba con la lanza Marilhuan, cuando uno de sus soldados disparó con tal acierto al cacique, que le rompió

el brazo derecho, salvando así á la patria un militar destinado á darla tantos dias de gloria.

Bulnes continuó dueño de la angostura, defendiéndola con valor y firmeza á la cabeza del corto número de sus soldados, de los que solo su asistente quedó fuera de combate. Al mismo tiempo Quintana sostenia con enerjía admirable desde la cumbre del cerro, los numerosos ataques de Zapata contra la artillería, é inutilizaba los estraordinarios esfuerzos de los demas jefes (1). Estos diferentes ataques duraron cerca de cinco horas, sin que el cansancio debilitase la firmeza de los sitiados ni el valor de los sitiadores, y si al cabo estos se retiraron, fué porque vieron que á los patriotas les llegaba un refuerzo de sesenta hombres del número 1 de Chile, y doscientos milicianos, los cuales tomaron posicion en el cerro de Parra á corta distancia del de Quintana, que no abandonaron hasta despues de haberse marchado los realistas.

Esta pequeña accion, mas gloriosa, como ya hemos dicho, por la brillante resistencia que hizo un puñado de patriotas, que por sus resultados, solo costó á la patria tres muertos y cinco heridos, mientras que los realistas perdieron mas de sesenta hombres. Quintana, el héroe de esta accion, dejó á los recien llegados en el cerro que habia sido teatro de la resistencia y se ocupó de construir en el de la Centinela una especie de reducto, temeroso de que Bocardo volviese á atacarle. Pero el resultado de su tentativa habia sido demasiado humillante para que quisiese volver á emprenderla en el mismo sitio

(1) Don Manuel Quintana me ha hablado muchas veces de esta accion con una animacion estraordinaria. Sus ojos echaban fuego, accionaba con gran viveza, y su manera de hablar, inagotable como siempre, daba á la narracion un carácter lleno de conviccion y de entusiasmo.

y prefirió repetirla contra los Anjeles defendido por Alcazar. Al llegar al Avellano encontró unos patriotas que auxiliados por los indios de Santa-Fe, quisieron impedirle el paso. El famoso Sanchez, algo atolondrado con el aguardiente que habia bebido por la mañana, cargó sobre los patriotas con una impetuosidad digna de mejor causa, y se encontró en medio de los indios de Santa-Fe que no conoció, los cuales le echaron el lazo y lo llevaron á la plaza de los Anjeles, donde fué ahorcado. El cacique Marilhuan quedó herido, y lo mismo el intrépido Zapata, á quien le mataron el caballo salvándose á favor de unas cercas. Los patriotas tuvieron que lamentar al valiente Marihuala, cacique de Santa-Fe.

No fué mas afortunado Benavides en sus escursiones. En un ataque que dió á San Pedro fué rechazado con el mayor vigor y pagó cara su temeraria empresa. En todas partes eran las guerrillas rechazadas y batidas, pero no vencidas. Todo se reducia á escaramuzas que no decidian nada, y cuyos resultados, aunque sensibles para los realistas, no podian de ninguna manera desconcertar á hombres de su temple. Todas sus pérdidas quedaban reparadas al cabo de pocos meses, pues, como nunca les faltaban indios que se les uniesen, sus guerrillas se presentaban nuevamente con arrojo y decision. Esperaban ademas que Valdivia les enviaria algunos refuerzos, sobre todo luego que llegasen las tropas que llevaba Sanchez á aquella ciudad.

Estas tropas llegaron en efecto despues de haber pasado penas infinitas. Desde su salida de Angol, donde hemos visto que los indios hicieron fuerte resistencia á su paso, su marcha no fué menos penosa, especialmente al atravesar la cordillera de la costa, cuyos ca-

minos, muy escabrosos y muy estrechos, estaban obstruidos con numerosos troncos de árboles y llenos de un barro resbaladizo que á los caballos les llegaba á los pechos. Estos caminos fueron los que atravesaron las familias de los emigrados y las delicadas monjas trinitarias, que muchas veces tuvieron que ir á pié detras del ejército, alentadas solamente por su vivo fervor, por el canto del trisajio que tenian aun fuerza bastante para entonar, y por la presencia de un crucifijo grande que alternando llevaba una de ellas, escepto cuando el mal estado del camino hacia temer una caida, que entonces se confiaba á un criado.

Despues de cinco dias de marcha tan difícil, el ejército y los emigrados llegaron á Tucapel, donde descansaron algun tiempo. Las monjas no quisieron continuar adelante, y se instalaron en la orilla septentrional del rio Levu, en el sitio llamado Curapalihue. Muchos emigrados siguieron su ejemplo, no atreviéndose á ir mas lejos en una tierra tan inhospitalaria y tan peligrosa por la clase del terreno. En una revista que pasó el comisario don José María Gasmuri aparecieron mil sesenta y cuatro entre soldados y jefes, por manera que desde la anterior, pasada en Nacimiento, los desertores y estraviados apenas llegaban á cincuenta y cuatro (1). Pero cuando el 8 de marzo emprendieron de nuevo el camino, los trabajos que volvieron á empezar y las dificultades de

(1) La clasificacion de estos mil sesenta y cuatro hombres era la siguiente: ocho comandantes y demas jefes de superior graduacion, veinte y un capitanes, treinta y cinco tenientes, treinta y un subtenientes, ochenta y siete sarjentos, ciento cuarenta y dos cabos, cuarenta tambores y setecientos noventa y cinco soldados. De los cincuenta y cuatro hombres que faltaban, veinte eran soldados de Cantabria, ocho artilleros, nueve zapadores y diez y siete cazadores y dragones. Notas dadas por don Saturnino García, oficial de la espedicion.

obtener de los indios el permiso del paso, todo introdujo el desaliento en el ejército, y promovió la desercion hasta el punto que al llegar á Valdivia á mediados de abril de 1819, no quedaban mas que ochocientos hombres, número sin embargo bastante para reforzar á Benavides, á quien se le consideraba en aquellas circunstancias el único capaz de dirijir la guerra de esterminio, que habia promovido la desesperacion.

CAPITULO LV.

Dificultades que encuentra O'Higgins para organizar una segunda espedicion. — Establecimiento de un depósito de comercio en Valparaiso. — La nueva espedicion parte contra el Perú. — Proyecto de incendiar la escuadra enemiga y mal resultado de los cohetes á la congreve y del brulote. — El capitan Guise se apodera de Pisco. — Muerte del teniente coronel Charles. — Lord Cochrane entra en el rio Guayaquil á atacar la fragata *Prueba* y captura la *Aguila* y la *Begoña*. — Regreso de la escuadra hácia Valparaiso y resolucion del almirante de ir á reconocer el puerto de Valdivia. — Se presenta en él con pabellon español y se apodera de una chalupa con algunos marineros y del *Potrillo*. — Decidido lord Cochrane á atacar la plaza, vá en busca del intendente para hablarle de este proyecto y Freire le dá doscientos cincuenta hombres. — Ataque de los diferentes fuertes por Beauchef, que se apodera de ellos. — Valdivia en poder de los patriotas. — Lord Cochrane se hace á la vela para Chiloe y ataca el fuerte de Aguy. — Mal resultado de este ataque. — Vuelve Cochrane á Valdivia y despues á Valparaiso. — Batalla del Toro ganada por Beauchef.

Si O'Higgins se vió en la necesidad de descuidar algun tanto el ejército del sur y casi abandonar los jefes á sus propios recursos, fué porque él se encontraba en una posicion muy crítica. Se trataba en aquel momento de una espedicion española de veinte mil hombres que debia salir de Cádiz para apoderarse de la república arjentina en el mes de agosto ó setiembre, y esto unido á las convulsiones de algunos pueblos de dicha república, obligó á San Martin á marchar al lado de su gobierno, dirijiendo allá el batallon de cazadores de infantería, el rejimiento de cazadores á caballo de su escolta, tres escuadrones de granaderos y medio batallon de artillería. Sabíase igualmente que estaban destinados dos navíos de línea y una fragata á reforzar la escuadra del mar del sur.

Como el imperio de los mares era el principio invariable

del director, se dedicó á un nuevo armamento contra el Perú, ocupando todo su tiempo y toda su atencion en prevenir los malos efectos de semejante refuerzo. Si para la primera espedicion hubo que vencer dificultades inauditas, no se presentaban ni menores ni menos graves para la segunda, por la especie de desmoralizacion que habia cundido en la armada, compuesta, como sucede en toda lejion estranjera, de una multitud de hombres mercenarios, sin lazos que los uniesen, sin principios, y dispuestos siempre á la insubordinacion. Aunque se les daban todas las presas casi por entero, bastaba que se les debiera algunos meses de sueldo para que estuviesen descontentos, sobrescitados, y desertaran al fin; lo cual hacian con tal desfachatez, que en poco tiempo quedaron algunos buques, no ya sin un solo soldado ni marinero, pero ni aun con contramaestres y oficiales.

En medio de tanto desórden, O'Higgins se mostró como siempre, lleno de confianza, de jenio y de actividad. Confió en su crédito como en un principio, y es necesario decirlo, gracias á esta confianza en sí mismo y al patriotismo de sus conciudadanos, venció tambien esta vez su difícil posicion. Para conseguirlo promovió, como de costumbre, suscripciones voluntarias, levantando empréstitos, y creó ciertos impuestos obligatorios hasta para las clases mas privilejiadas, como los estranjeros y el clero. La medida con respecto á este era tan contraria al espíritu de la nacion, mucho mas cuando hacia poco tiempo que se habian rebajado los réditos de censos y capellanías, que el decreto se redactó con gran timidez, y para llevarlo á ejecucion se consultó antes á lejistas entendidos, y el canónigo Cienfuegos publicó un escrito demostrando que no era contrario á los derechos y cánones de la iglesia. En

lo concerniente á los estranjeros O'Higgins dejó sin efecto la imposicion, luego que vió su jenerosidad estremada en tomar parte en el empréstito, cuanto mas que deseaba ardientemente fomentar el tráfico esterior, verdadero elemento de civilizacion y bienestar, á cuyo efecto mejoró notablemente el reglamento del comercio libre de 1813. Estableció en Valparaiso un depósito de mercaderías, el primero que hubo en el mar del Sur, poniendo en él almacenes de franquicia para suspender los derechos onerosos de aduana y fomentar el tráfico internacional que preveia para época muy cercana, atendido el estado de la guerra. Rebajó ademas considerablemente los derechos de aduana y abolió los de la estraccion del numerario, que eran el tres por ciento para el oro y el cinco para la plata. Por último introdujo una multitud de mejoras en cuanto tenia relacion con el comercio, preparando así por medio de un sistema cada vez menos restrictivo, la alta influencia que ha alcanzado el puerto de Valparaiso, depósito jeneral hoy de todo el comercio del mar del sur.

El objeto de la nueva espedicion que se preparaba contra el Perú debia ser, segun la opinion de lord Cochrane, incendiar los buques anclados en la bahía del Callao al abrigo de los fuegos de sus fuertes. Al efecto encargó á Goldsack que construyese, bajo la direccion del teniente coronel Charles, algunas bombas y gran número de cohetes á la Congreve, y destinó los dos buques mercantes recientemente apresados, la *Victoria* y la *Jerezana*, á que sirviesen primero de transportes y luego de brulotes para completar los efectos de dichos cohetes. Este trabajo duró tres meses próximamente, y el 12 de setiembre de 1819 la escuadra estuvo lista para hacerse

á la vela. Se componia de la *O'Higgins*, el *San Martin*, la *Lautaro*, el *Galvarino*, etc., los dos transportes brulotes y la *Independencia*, fragata de veinte y ocho cañones recien llegada de los Estados-Unidos, formando un total de siete buques de guerra armados con doscientos treinta y dos cañones y montados por gran número de marineros y muchos soldados, entre otros, los cuatrocientos hombres del batallon de marina que O'Higgins habia organizado últimamente y que mandaban el teniente coronel Charles y el mayor Miller.

La escuadra arribó á Coquimbo para tomar mas tropas, y de allí siguió inmediatamente al Callao, adonde llegó el 28 de setiembre. Por una de esas inspiraciones propias de guerreros de corazon, propuso lord Cochrane al virey, con objeto, segun decia, de salvar las propiedades particulares, un desafío regular, es decir, que un combate singular entre igual número de buques montados por igual número de hombres y cañones, decidiese la suerte de las dos flotas. El virey, que no queria perder su superioridad, contestó que lo que se le proponia no estaba en uso y que tenia que cumplir otros deberes mas que el de satisfacer su amor propio. En vista de esta respuesta, lord Cochrane llamó á los comandantes de los buques, les dió sus instrucciones, y « en la noche del 1° de octubre, dice García Reyes, tres balsas dirijidas por el teniente coronel Charles, el mayor Miller y el capitan Hind, partieron en busca de la línea enemiga, remolcadas por los bergantines *Galvarino*, *Araucano* y *Pueyrredon*. Charles y Hind debian dirijir los cohetes, Miller las bombas. El *San Martin*, la *O'Higgins* y el *Lautaro*, buques fuertes y de gruesa artillería, recibieron órden de cargar por el costado opuesto á las balsas, aprovechán-

dose de la confusion que habia de producir el ataque de estas últimas, y la *Independencia* debia voltejear por la bahía para aprender los buques enemigos que intentasen escapar. Por desgracia, una combinacion tan bien concertada se frustró de todo punto. Los cohetes en que se tenia puesta la principal confianza fallaron casi completamente : unos reventaban á mitad de su carrera, otros caian al agua, ó bien jirando por el aire, tomaban una direccion enteramente opuesta á la que se les queria dar. El viento faltó tambien y dejó sin movimiento la escuadra; de manera que despues de haber pasado una noche entera bajo el fuego destructor de las baterías, los bergantines y las balsas se retiraron á la línea de bloqueo con el pesar de haber perdido al activo y valiente jóven don Tomas Bayllie, teniente del *Galvarino*, con veinte hombres mas, y de haberse inutilizado por entonces el capitan Hind, en cuya balsa reventaron una porcion de cohetes con gran daño de la jente que la servia. »

En las noches succesivas se siguieron lanzando muchisimos cohetes, que aunque mejor confeccionados no dieron resultados mayores. De cada seis, uno todo lo mas, tomaba la direccion que se queria, los otros seguian la contraria ó reventaban antes de llegar, con asombro de los oficiales acostumbrados á ver esta clase de proyectiles. Lord Cochrane, sobre todo, estaba desesperado con un incidente que no sabia esplicarse; mas sin embargo continuó los disparos y el dia 5 intentó ademas el ensayo de un brulote, que confió á Morgell, oficial entendido y de resolucion. La brisa, sin ser fuerte, era bastante para que marcharan el brulote á toda vela y los bergantines que llevaban al sitio del combate las lanchas en que iban los bomberos y coheteros, cubiertos con sus preserva-vidas

hechos de hoja de lata. Desgraciadamente cuando todo se preparaba como queria el almirante, la brisa faltó de repente y una calma completa puso el brulote á merced de los tiros de cañon de la fortaleza y de los buques españoles. En esta difícil posicion no le quedó á Morgell otro partido que pasarse á su embarcacion, pero despues de haber prendido fuego al brulote, que no tardó en saltar, aunque á tan larga distancia de la escuadra enemiga, que no causó el menor daño á ninguno de sus buques. Fué este un motivo de gran sentimiento para lord Cochrane, que tenia mucha fe en en los resultados de estas máquinas, hechas con tanta dificultad y tantos gastos en momentos en que el gobierno necesitaba hacer esfuerzos inauditos para proporcionarse dinero. Queriendo saber la causa de la irregularidad de los cohetes abrió algunos, y no fué poca su sorpresa al encontrar en ellos trapos, tierra, aserraduras y astillas, lo cual y la mala construccion de las cajas no solo los hacia inútiles sino muy espuestos para los coheteros. Entonces recordó que el gobierno, por economizar el jornal de los trabajadores, habia ocupado en la confeccion de los cohetes prisioneros españoles, los cuales tuvieron sagacidad bastante para introducir en ellos cuerpos estraños, capaces de impedir el efecto que se buscaba.

Si la primera espedicion habia terminado sin grandes resultados, la segunda los prometia menores aun, á juzgar por los malos auspicios con que comenzaba la campaña. No parecia sino que todo conspiraba contra esta espedicion. El 6 de octubre, el *Araucano*, que cruzaba á la entrada de la bahía, hizo señal de verse á lo lejos un buque sospechoso. Lord Cochrane fué al punto á reconocerlo, y faltándole esta vez su gran perspicacia de

marino, lo tomó por un ballenero norte-americano y le dejó continuar tranquilo su marcha, cuando era la *Prueba*, uno de los tres buques de guerra que España enviaba al mar del Sur.

Y sin embargo lord Cochrane tenia conocimiento de la salida de estos buques, que pusieron en cuidado al gobierno chileno y le decidieron á precipitar la espedicion para batir la flota enemiga antes de su arribada. Todos los dias estaba esperando verlos llegar, y en la confianza de encontrarlos en algun puerto de la costa, se alejó del Callao, donde se convenció que nada podia conseguir ni aun con la astucia. El 7 de octubre se hizo á la vela para Arica con toda la escuadra, y despues de tres semanas de una navegacion contrariada por fuertes corrientes, por vientos opuestos, y por la marcha sumamente pesada de algunos de sus buques, cambió de resolucion y adoptó otro plan. Dividió la escuadra en dos partes, destinando al norte la una cuyo mando se reservó, compuesta de la *O'Higgins*, el *San Martin*, el *Araucano* y el *Pueyrredon*, y enviando la otra formada con la *Lautaro*, el *Galvarino* y el transporte *Jerezana*, á que fuese á atacar á Pisco para proporcionarse víveres y sobre todo aguardiente, que lo hay en abundancia en aquellos contornos y de fama muy merecida.

El capitan Guise, comandante de esta espedicion, llegó á Pisco en la mañana del 7 de noviembre, no habiéndole permitido los vientos entrar de noche, como hubiera deseado. Los habitantes tenian pedidas tropas al virey, y la guarnicion, á las órdenes del teniente jeneral Gonzalez, se componia en aquel momento de mas de la mitad de las tropas patriotas, á saber, seiscientos infantes, ciento cincuenta caballos y cuatro piezas de campaña.

En cuanto divisaron la flota patriota tomaron posicion los diferentes cuerpos. La artillería de campaña, sostenida por la caballería, ocupaba á la izquierda una alturita, que domina la entrada del pueblo, en cuya plaza se hallaba formada la infantería; y su ala derecha estaba defendida por un fuerte construido en la costa.

«El teniente coronel Charles, dice Miller, con veinte y cinco hombres desfiló al frente por la derecha para reconocer la izquierda del enemigo, mientras que el mayor Miller con el resto de los marinos adelantaba sobre el pueblo. El capitan Hind con una partida de coheteros, formada de marineros, llamaba al mismo tiempo la atencion del fuerte. Los españoles hacian un fuego horroroso, tanto con la artillería de campaña y del fuerte, como con la infantería colocada detras de las tapias, en los tejados de las casas y en la torre de la iglesia. La columna patriota avanzó sin tirar un tiro, y en el mayor silencio, conservando la serenidad y la firmeza de unos veteranos, á pesar de la pérdida que sufrian á cada paso. El silencio, la rapidez y el buen órden con que avanzaban, infundió un terror pánico á sus enemigos, que huyeron cuando se acercaron á quince varas de sus bayonetas, y fueron completamente batidos.»

Entre los oficiales que se distinguieron en esta accion se citan los capitanes don Manuel Orquiza y Guitica, los tenientes Rivera y Caron y el contador de la *Lautaro* el señor Soyer. Pero el ejército tuvo que deplorar á su teniente coronel Charles, oficial de gran mérito, que en tiempo del Imperio hizo con distincion las guerras de casi toda la Europa desde Portugal hasta Rusia, y que hacia muchos meses se habia dedicado, con el corazon de un valiente, á la conquista americana. Murió á las pocas

horas de haberle llevado á bordo de la *Lautaro* en compañía de su noble amigo el mayor Miller, acribillado como él á balazos que mas de un mes tuvieron su vida en gran peligro.

Dueño el capitan Guise de la ciudad de Pisco, embarcó los víveres que necesitaba y gran cantidad de aguardiente, despues de inutilizar de este líquido por valor de mas de doscientos mil pesos. En seguida marchó á reunirse con la otra division que encontró en Sana cuando el comandante iba á partir en busca de la *Prueba*, cuya arribada supo en tierra, así como la suerte que habia cabido á los otros dos buques, de los cuales el uno, el *Alejandro*, tuvo por su mal estado que volverse á España antes de llegar á la línea, y el otro, el *San Telmo*, naufragó al doblar el cabo de Hornos. No quedaba, pues, de esta espedicion, mas que la *Prueba* mandada por el capitan de navío don Meliton Perez del Camino, que no cayó en poder de la escuadra patriota por un azar de la fortuna. Esta fragata fué la que lord Cochrane se decidió á ir á buscar con toda su escuadra, escepto el *San Martin* y la *Independencia*, que volvieron á Valparaiso al mando del contra-almirante Blanco con los enfermos atacados de una especie de calentura cerebral llamada chavalongo. Desgraciadamente se supo en Piura que la *Prueba*, despues de desembarcar los cañones para calar lo menos posible, se hallaba refujiada bajo las fortalezas de Guayaquil, por manera que las esperanzas de lord Cochrane hubieran quedado esta vez fallidas como lo quedaron en el Callao, á no haber apresado dos buques mercantes de ochocientas toneladas, la *Aquila* y la *Begoña*, los cuales recompensaron algo sus activos y audaces esfuerzos. Cada uno de ellos estaba armado con

veinte cañones, y su cargamento consistia en tablazon, vigas y otras clases de madera, de que precisamente tenia necesidad la escuadra en aquel momento.

La imposibilidad en que se encontraba lord Cochrane de atacar un enemigo retirado bajo la proteccion de sus imponentes fortalezas, le decidió á volver con toda la escuadra á Valparaiso. Estarse quieto, en la inaccion, contentarse con un simple bloqueo, no era para su carácter, propio para las grandes acciones y no para las que piden paciencia é impasibilidad; y á mediados de diciembre se puso en marcha, dejando el *Galvarino* y el *Pueyrredon* á que cruzasen por aquellas aguas. Cuando navegaba, su alma, vivamente impresionada por los malos resultados de su segunda espedicion, acojia con pena la idea de volver á un puerto en que habia enemigos muy malévolos. En este conflicto y puesto que su antagonista era tan tímido que no queria medir sus armas con él, resolvió hacer un reconocimiento sobre Valdivia y tentar, si la ocasion se presentaba, uno de esos grandes golpes de mano, que sus numerosos recursos tenian siempre á su disposicion. Dejó, pues, ir á los otros buques al puerto convenido y él se dirijió en la *O'Higgins* por el lado de las formidables fortificaciones de Valdivia, de manera que el 18 de enero de 1820 se presentó delante de esta plaza con pabellon español. A la señal que hizo pidiendo práctico, se le acercó una barca con cuatro marineros y un oficial llamado Monasteiro. Fué esta gran fortuna para él, que en aquel momento solo deseaba adquirir noticias sobre la moral de la guarnicion y el estado de las fortalezas, noticias que le suministraron con bastantes detalles especialmente el cabo de la embarcacion. Con estos hombres marchó á Concepcion, persuadido de que

Freire era un militar demasiado valiente y entusiasta para no secundar el golpe de mano que meditaba. Al emprender la marcha quiso su buena estrella que se presentase para entrar en la bahía de Valdivia el buque de guerra el *Potrillo*, que en 1813 cometió un capitan estranjero la felonía de entregar á la escuadra realista. Inmediatamente la *O'Higgins* dirijió á él la proa, y despues de perseguirlo tres horas, logró capturarlo. Su cargamento consistia en armas, municiones y veinte mil pesos que llevaba para las diferentes guarniciones.

En la corta travesía de Valdivia á Concepcion, Cochrane no pensó sino en la empresa que habia ideado, y en la que insistia mas y mas, en vista de las noticias dadas por los prisioneros. Sin embargo, las dificultades y los peligros eran muchos y grandes, pues segun la opinion jeneral, aunque bastante exajerada, la bahía era tan inespugnable como la de Gibraltar. La entrada, aunque corta, se hallaba defendida por una línea de fortificaciones que parecian desafiar la audacia y la osadía. Al norte estaba la imponente fortaleza de Niebla que defendia completamente la entrada, siguiendo la del Piojo, que con el fuerte de Mansera en la isla de este nombre situada casi en medio de la bahía, amenazaba con todos sus cañones á cualquier buque que se atreviera á penetrar en la embocadura del rio. Al sur, las fortificaciones eran aun en mayor número y estaban mejor acondicionadas. Habia primeramente la Aguada del Inglés y San Carlos y entre las dos una batería levantada por Lantaño : venia en seguida la de Amargos enfrente de Niebla y por consiguiente destinada á obrar sobre el mismo punto : á corta distancia se hallaba la no menos temible de Chorocamayo, y por último se llegaba al fuerte principal, al

Corral, grande é imponente fortaleza que dominaba el punto mismo que servia de puerto á los buques. Todos estos trabajos se habian ejecutado por sabios injenieros con estricta sujecion á las reglas mas severas del arte. En jeneral las fortalezas secundarias no tenian fuegos de flanco ni casamatas, pues solo estaban construidas, como puntos de defensas, para favorecer un golpe de audacia y sostener la moral del soldado. El Corral por el contrario tenia todos los adherentes de un fuerte de gran resistencia y ofrecia una defensa mas bien pasiva que activa y vigorosa. Si despues de todos estos trabajos debidos al injenio del hombre paramos la consideracion en el terreno que es sumamente accidentado, rodeado de numerosos precipicios, con sendas escesivamente ásperas, tortuosas, estrechas hasta el punto de no poder pasar por ellas mas que una persona y raras veces dos de frente, abiertas en las rocas ó en los impenetrables bosques vírjenes que cubren todo el contorno desde las alturas hasta la orilla del mar: si reflexionamos ademas en la grande estension y en las condiciones de esta bahía, resguardada de todos los vientos y con capacidad bastante para la mejor flota del globo; no nos admiraremos de que España, con una prevision que alcanzaba muy lejos, hiciese de ella la llave del mar del sur, y gastase sumas verdaderamente estraordinarias para ponerla al abrigo de los mas vigorosos ataques.

Semejante empresa solo un hombre del temple de Cochrane podia concebirla. Es necesario decir tambien que el amor propio entró por mucho en su resolucion. Sus dos espediciones anteriores no habian correspondido á lo que él se prometió, ni á lo que se esperaba de él. No es que otro marino hubiese sido mas afortunado en sus combinaciones, sino que la opinion pública juzga por los

resultados y no tiene en cuenta los mil incidentes que ocurren muchas veces en los azares de la guerra, especialmente si el adversario no se atreve por timidez á salir de sus fortalezas. Cochrane tenia tambien envidiosos y enemigos, los cuales no se descuidaban en poner en duda su reputacion de valiente y entendido, que como siempre sucede, la distancia habia, por decirlo así, duplicado. Necesitaba, pues, emprender algo que le diese nombradía para cerrar la boca á sus detractores, y resolvió atacar á Valdivia. En los resultados de esta empresa abrigaba gran confianza, « pues por lo mismo que parec una locura, decia al mayor Miller, es necesario intentarla, puesto que los españoles difícilmente nos creerán resueltos á ejecutarla, aun despues que la hubiésemos principiado. V. verá, añadia, que un ataque atrevido y despues una poca de perseverancia nos darán un triunfo completo. Las operaciones que no espera el enemigo son casi seguras cuando se ejecutan bien, cualquiera que sea la resistencia, y la victoria justifica la empresa de la imputacion de temeraria (1). »

En cuanto llegó á Talcahuano fué á cumplimentarle el intendente y al muy poco tiempo le dijo cuales eran sus intenciones, manifestándole su plan de ataque. Cualquiera hubiera retrocedido quizá al ver tanta audacia, pero Freire era del temple de Cochrane, su fibra guerrera vibraba siempre que se trataba de alguna grande empresa, y á pesar de los escasos recursos con que contaba, le prometió, no los trescientos hombres que le pedia, pero sí doscientos cincuenta escojidos entre sus mejores tropas. Para el mando de esta fuerza le propuso un oficial que él solo valia casi tanto como los doscientos cin-

(1) Memorias del jeneral Miller, tomo I, pájina 211.

cuenta hombres : este oficial era Beauchef, soldado de Napoleon, ya muy conocido en Chile por actos de verdadera intrepidez. Cochrane aceptó la proposicion y le inició al punto en todos los detalles de sus proyectos, encargándole el secreto hasta para con el gobierno y suplicándole que en el mas corto plazo posible reuniese los soldados, que Beauchef elijió en los batallones números 1 y 3 que estaban de guarnicion en Concepcion y Talcahuano. Entre estos soldados se encontraban los granaderos que tenian fama de escelentes militares, así como todos los que componian los dos espresados batallones.

Todo estuvo pronto el 27 de enero, y al dia siguiente salió la *O'Higgins* del puerto de Talcahuano con dos pequeños transportes, la goleta *Montezuma* y el bergantin *Intrépido*. La impaciencia de Cochrane era tal que se dió á la vela con viento contrario, en la confianza de poder salir de la bahía convoyándolos ; pero por la noche, una calma repentina detuvo la marcha de la *O'Higgins*, y á eso de las cuatro de la mañana se retiró á descansar el almirante, dejando el cuidado del buque á su segundo. Este por desgracia, en contravencion á las órdenes que habia recibido, fué tambien á acostarse confiando la direccion del buque á un guardia marina, jóven inesperto que en un momento de fuerte neblina no vió la tierra y dejó ir la fragata sobre una grande roca de la isla de la Quiriquina que hizo estremecer todo el buque con gran sobresalto de cuantos iban en él. Cochrane fué el primero que se presentó sobre el puente, y gracias á su serenidad y á su presencia de ánimo, el buque no tardó en estar fuera de riesgo ; pero con tales averías que se notaron en plena mar, que la bodega se habia llenado de cinco piés de agua, lo cual y el mal estado de las bombas dió algun

cuidado á la tripulacion, y el almirante mismo no estaba muy tranquilo. Para remediar la necesidad del momento tuvo que trabajar como un obrero, mandó subir sobre el puente todos los accesorios de la bomba, arreglarlos, ponerlos en estado de que sirvieran y continuar el viaje. A fuerza de dar dia y noche á la bomba pudo conseguirse que la fragata se mantuviera sobre el agua y que llegase á diez leguas al sur de Valdivia, donde todas las tropas de la *O'Higgins* pasaron á los transportes, por el temor de que fuese reconocida la fragata y llamase la atencion del enemigo.

Al dia siguiente 3 de febrero los dos transportes, llevando á su bordo ocultas en los entrepuentes una gran parte de las tropas, se aproximaron con pabellones españoles al fuerte del Inglés. Despues de algunas contestaciones en que los patriotas no llevaron otro objeto que cojer algunos marineros, el fuerte, mejor inspirado, hizo fuego sobre el *Intrépido* y de un cañonazo le derribó siete hombres, dos de los cuales cayeron muertos. Esto abrevió toda esplicacion y el noble lord mandó inmediatamente el desembarco, que se efectuó sin grandes entorpecimientos, gracias al fuego muy vivo que hacian los soldados de Miller y á un cañon jiratorio de diez y ocho, que iba en la goleta y que barrió la playa, en la que se presentaron sesenta ó setenta hombres á las órdenes de Iriarte para impedir el desembarco. El mayor Miller, como jefe de los marineros, bajó el primero en medio de la metralla, que no le ocasionó sin embargo ningun mal, y el mayor Beauchef el último. Este, en cuanto saltó á tierra, ordenó sus tropas y marchó derecho sobre la Aguada, precedido de ocho marineros al mando del intrépido Vidal y llevando á su lado el cabo es-

pañol cojido cuando la primera visita de Cochrane, que se habia brindado á servir de guia. El camino por donde fueron era espantoso, hasta el punto que en ciertos pasos habia que agarrarse con las manos; y sin embargo nadie se presentó á defenderlo, cuando bastaba un cortísimo número de soldados para detener un ejército entero. Al llegar á una esplanada, Beauchef se paró, pidió nuevas esplicaciones á su guia, y en el momento en que iba á continuar la marcha fueron atacados los suyos por piezas de á veinte y cuatro que llenaron de inquieta sorpresa á aquellos soldados nada acostumbrados al ruido formidable de la artillería. Beauchef los tranquilizó mandándoles hacer fuego sobre los artilleros y marchar derechos á las empalizadas, que franquearon á pesar de su altura, encontrándose á los pocos minutos confundidos con el enemigo. Los dos granaderos que primero llegaron al alto de los parapetos fueron heridos por las espadas de dos oficiales, que mas valientes que sus compañeros no huyeron como estos, pero pagaron con la vida un arrojo digno de mejor suerte. Estos dos oficiales eran Lafuente y el alférez Peña, secretario del comandante, jóven de grandes recursos, muy instruido y que prometia mucho.

Apoderado de la Aguada, Beauchef marchó inmediatamente sobre el fuerte de San Carlos, que le era muy importante tomar, porque le ponia en comunicacion con lord Cochrane. Los primeros tiros cojieron tan de improviso á los realistas, que creyeron que eran de sus compañeros que los tiraban por equivocacion, y llenos de cólera les reprendian; pero cuando se apercibieron de la suya, se apresuraron á salvarse poseidos de temor y sobresalto, unos por tierra y otros por mar, estos en la

embarcacion del comandante don Fausto del Hoyos. Los patriotas tiraron entonces sobre estos últimos, dirijiendo los tiros por donde se oia el ruido, causa por la cual corrió algun riesgo el almirante, que seguia en una embarcacion á corta distancia de la costa la marcha de sus intrépidos soldados.

La rapidez del movimiento de este pequeño cuerpo de ejército llenó de la mayor confusion á los realistas. Su confianza en el alcance de las baterías y en la escabrosidad de los caminos por los que se comunicaban unas con otras era tal, que, conforme Cochrane lo previó, no habian tomado ninguna disposicion de defensa. A la primera señal de alarma salieron á toda prisa de Valdivia Bobadilla. don Fausto del Hoyos y Lantaño, el primero para el fuerte de Niebla con la caballería desmontada y los dos últimos para el castillo del Corral. Estos avanzaron hasta el fuerte de San Carlos, desde el cual envió Lantaño al capitan don Fermin Quintero para que mandase las tropas destinadas á impedir el desembarque; pero por el estado de abandono en que se hallaban los soldados, estas órdenes no fueron cumplidas, y Quintero permaneció en la Aguada, donde se atrincheraron los soldados y de donde no tardaron en ser echados. Por manera que á medida que los patriotas avanzaban, huian los realistas, pasando de San Carlos á Amargos, de Amargos á Chorocamayo y finalmente al castillo del Corral, que era una fortaleza muy grande, perfectamente rodeada de fosos y en la que los menos amedrentados esperaban poderse sostener. Vana esperanza. Beauchef, para evitar que se organizasen y recobrasen, los persiguió poniéndoles la espada al pecho y con una rapidez tal que patriotas y realistas entraron en desórden en esta ciudadela,

una de las mas fuertes de la América del sur, armada con veinte cañones de á veinte y cuatro. Así terminó en pocas horas una de los campañas mas notables por la celeridad de la marcha y la importancia de los puntos tomados. A las nueve de la noche se apoderó Beauchef del fuerte de la Aguada, á las nueve y media del de San Carlos, á las diez y cuarto entró en el de Amargos, á las once y cuarto en el de Chorocamayo, por último, á la una de la madrugada llegó al Corral, no habiendo empleado en todo esto mas tiempo que el que cualquiera necesitaria para andar el mismo camino á pié. Los realistas casi no opusieron ninguna resistencia : sobrecojidos al ver tanta audacia, solo pensaron en huir, los unos por mar apoderándose de las embarcaciones amarradas en la ribera, otros por tierra internándose en los espesos bosques de la ensenada de San Juan. Los que no pudieron salvarse de ninguno de los dos modos, fueron sacrificados en el Corral mismo ó hechos prisioneros, contándose en el número de los últimos muchos oficiales, entre ellos el segundo comandante de la plaza, teniente coronel don Fausto del Hoyos, á quien por una feliz casualidad el secretario del almirante don Benedicto Bené pudo arrancar de manos de unos soldados que querian asesinarle, á pesar de que estaba hacia algun tiempo bajo la salvaguardia del honor militar y era merecedor por lo tanto de todo respeto.

Cuando Cochrane supo la toma del Corral no pudo estar mas tiempo sin satisfacer una necesidad de su corazon que era ir inmediatamente á abrazar y dar la enhorabuena á los jefes que con tal acierto habian ejecutado sus órdenes y contribuido con tanto valor al buen éxito de sus admirables é injeniosas combinaciones. Nada

con efecto habia sido obra de la casualidad, sino que todo estuvo previsto y dicho antes con el instinto de un jeneral consumado. Al rayar el dia se embarcó en la goleta y dando órden al bric que la siguiese, ambos buques no tardaron en forzar el paso de Niebla, que estaba aun en poder del enemigo. De las diversas balas de cañon que les tiraron, dos tocaron al *Intrépido*, pero sin causarle grandes averías, lo que acabó de desmoralizar completamente los soldados y escitarlos á la desercion con un afan tan jeneral, especialmente luego que vieron que los dos buques embarcaban tropas para ir á atacarles, que á las pocas horas no quedó nadie. Santalla mismo, que con un fuerte destacamento bajaba por el rio en muchas barcas, no se atrevió á seguir adelante en el momento que por una embarcacion que encontró con fujitivos, supo la suerte que habia cabido á las fortalezas, y retrocedió á Valdivia. Luego que llegó, sus soldados y los de Bobadilla se entregaron á todos los desórdenes de la insubordinacion y casi de un motin. Unidos al pueblo bajo, devastaron los almacenes del rey, en los que habia por valor de mas de doscientos mil francos de azúcar y otros efectos recientemente comprados á un buque francés, saquearon las casas de ciertos particulares reputados por patriotas, asesinaron á Lapetegui, uno de los personajes mas influyentes de la ciudad, y cometieron en fin tales escesos que el español Marcelle, á instancias de la señorita Guardia, envió un parlamentario á lord Cochrane para que inmediatamente fuese á Valdivia á hacer cesar las horrorosas dilapidaciones á que estaba entregada la ciudad.

Cochrane se ocupaba en aquel momento en embarcar en botes cierto número de soldados para perseguir los

fujitivos hasta Valdivia. En vista de lo que le dijo el parlamentario despachó cien hombres á las órdenes del mayor Beauchef, y como la marea estaba subiendo, á las tres horas desembarcó este oficial en aquella ciudad, que encontró devastada casi del todo. Sin embargo, gracias á algunos oficiales bastante enérjicos para contener á los perturbadores, quedó intacto un almacen de la tesorería, precisamente el en que habia una veintena de cajones con plata de las iglesias de la provincia de Concepcion y entre ella algunos copones de oro incrustados de piedras preciosas, así como tambien una gran cantidad de mercaderías que los realistas no tuvieron tiempo de llevarse. Todos estos objetos fueron colocados en lugar seguro, inventariados y confiados á una guardia. Al dia siguiente llegó el almirante con el mayor Miller, y lo primero que hizo fué nombrar un gobernador civil que atendiese á la seguridad de la ciudad. Don Vicente Gomez, que tenia dadas repetidas pruebas de patriotismo y saber, fué el elejido para este cargo con gran satisfaccion de las personas sensatas, que esperaban mucho de su enerjía é influencia. Se pusieron á su disposicion algunas tropas para el servicio de la policía y para inspirar confianza á las familias meticulosas que ignorantes del objeto de la revolucion, habian marchado á los bosques, huyendo de la persecucion de los liberales. Unos cuantos dias de tranquilidad y una proclama de Cochrane bastaron para vencer todas estas preocupaciones y para que volviesen á sus hogares las familias que la política española habia conseguido estraviar.

Los resultados de esta campaña tuvieron una importancia inmensa, y sobre todo fueron muy gloriosos para el jeneral que concibió el plan y para los intelijentes ofi-

ciales que tan bien supieron ejecutarlo. Con efecto, en pocas horas cayó en poder de un puñado de soldados una línea de fortalezas que se consideraban inexpugnables, y que hubieran podido servir de asilo desesperado á los últimos restos del ejército español. En las fortalezas se encontraron ciento veinte cañones de bronce en buen estado, ochocientos cuarenta barriles de pólvora, ciento setenta mil cartuchos, diez mil balas de cañon casi todas de bronce, y una cantidad inmensa de provisiones de guerra y boca. Se halló igualmente el buque la *Dolores*, que con arreglo á las órdenes de Benavides tuvo Carrero el arrojo de quitar en el puerto de Talcahuano. Todo esto era mucho mas de lo que necesitaba el noble lord para que su corazon se entusiasmase y se escitara su ardiente ambicion. Por lo que supo en Valdivia no le quedó la menor duda de que todos los restos del ejército realista se habian retirado á Chiloe, única provincia que quedaba en poder de la monarquía, y su belicosa imajinacion le sujirió el plan de ir á desalojarlos de este último rincon, atacando las fortificaciones de San Carlos. Era esta una empresa mucho mas atrevida que Beauchef desaprobó altamente, porque su pequeño ejército contaba cuarenta hombres menos entre muertos y heridos, y porque atendido el arrojo del gobernador Quintanilla, preveia una resistencia muy distinta de la que acababan de esperimentar. Cochrane cerró los oidos á estas observaciones. La fortuna le era propicia, prefirió cansarla á dejar de seguirla y resolvió hacer la espedicion.

A esta nueva campaña no llevó Cochrane mas que ciento sesenta hombres, sin contar los marineros, pues tuvo que dejar algunos en Valdivia. Contra las esperanzas y deseos de Beauchef, que habia solicitado el mando de

estas tropas, lo obtuvo el mayor Miller, quien recibió inmediatamente la órden de embarcarlas en la *Montezuma* y la *Dolores*, únicos buques que se hallaban en estado de hacerse á la mar; pues el *Intrépido*, que era muy viejo y estaba muy malo, habia sido arrojado sobre un banco de arena contra el que se estrelló, y la *O'Higgins* tenia en reparacion casi toda su quilla. La partida tuvo lugar el 13 de febrero, y el 17 al ponerse el sol echaron el ancla en una pequeña ensenada de la bahía de Huechucucuy. Inmediatamente se presentó á impedir el desembarco una avanzada de sesenta infantes, treinta caballos y una pieza de campaña; pero una embarcacion enviada un poco delante la distrajo y pudo desembarcar el mayor Miller con algunas tropas, que obligaron á huir al enemigo, cojiéndole la pieza de campaña, única que tenia. Entonces las demas tropas bajaron á tierra sin dificultad, y en número de setenta se dirijieron contra el fuerte Aguy situado al este de la península de Lacuy, enfrente de San Carlos, y por mar á menos de tres leguas de esta capital. El camino que siguieron era malo y mal trazado, lo cual unido á la obscuridad de la noche fué causa de que avanzasen muy poco y que al fin se descarriasen. Tuvieron que esperar el dia para saber donde estaban, y cuando al amanecer vieron que no se encontraban lejos del pequeño fuerte de la Corona, lo atacaron y se hicieron dueños de él sin dificultad. Pero no sucedió lo mismo cuando llegaron al de Aguy, situado en la cima de una pequeña colina avanzada por el lado del mar haciendo la figura de un pilon de azúcar, por manera que se hallaba rodeado de numerosos precipicios y rocas escarpadas, en medio de las cuales habian abierto un camino estrecho, pendiente y formando s s, por consiguiente de

muy difícil acceso. Ademas de estas defensas naturales, tenia el fuerte doce cañones de á diez y ocho y una guarnicion de quinientos hombres entre veteranos, artilleros y milicianos, todos ellos fanatizados, ya por una adhesion sincera á la monarquía, ya por la presencia de algunos relijiosos que con un crucifijo en una mano y una lanza en la otra, esplotaban la ciega fidelidad de tantas víctimas. Y á pesar de todas las ventajas que les ofrecia la fuerza numérica y la posicion, los patriotas no titubearon en atacar y se precipitaron con el ardor que infunde una victoria recientemente ganada. Circunscrito el combate á un punto en que era imposible la fuga, fué tenaz y obstinado. Por una y otra parte se sostuvo con el mayor encarnizamiento, animados los patriotas con la bravura de su jefe el mayor Miller, y los realistas con lo fuerte de su posicion, con las exortaciones de los relijiosos y sobre todo con la obligacion en que se creian de batirse como hombres desesperados. Desgraciadamente para los patriotas, de sesenta que acometieron el asalto quedaron desde el principio treinta y ocho fuera de combate, entre ellos el intrépido Miller. El capitan Erescano, que tomó el mando, bien sabia conservarles su primer ardor, pero el número de muertos y heridos era tan grande comparativamente con la guarnicion, que fué necesario ceder y abandonar una posicion imposible de conservar. Antes de batirse en retirada clavaron algunos cañones, inutilizaron las cureñas y reunieron los heridos que pudieron salvar felizmente, á pesar de que iban por caminos malísimos y que gruesos destacamentos les persiguieron mas de dos leguas así por tierra como por mar, habiendo tenido que hacer frente al ataque (1).

(1) Sigo la version de Miller y no la de Ballesteros.

Lord Cochrane hizo mal en llevar á Miller con preferencia á Beauchef, porque sus recientes heridas no le permitian dar á sus movimientos toda la actividad y enerjía de que era capaz en sana salud y porque no conociendo aun bastante la lengua del país, no podia hacerse entender tan bien como se necesitaba. Beauchef reunia ademas la ventaja de ser muy conocido y estimado de los soldados, cuya mayor parte eran de su rejimiento y le habian dado repetidas pruebas de la gran confianza que les inspiraba. No es esto decir que hubiese conseguido mejores resultados que Miller, porque segun veremos en seguida, los Chilotes no eran hombres que se dejaban echar tan fácilmente de sus atrincheramientos, y acaso tambien lord Cochrane quiso darle una muestra de alta estima, mandándole que se quedase en el Corral, porque en atencion al número de enemigos que rodeaba este puesto, lo consideraba sumamente importante y digno de un jefe entendido y valiente.

Beauchef no quedó en efecto mas que con noventa soldados, cuando los españoles retirados á los Llanos tenian mas de quinientos. Aunque contristado por no haber podido seguir la última espedicion, tomó con empeño la tarea de organizar algo su pequeña guarnicion, ya que no podia contar con los que componian las tripulaciones, especie de marineros sin disciplina militar, procedentes de todos los paises del globo. Se hallaba ocupado en estos trabajos, cuando supo por el gobernador Gomez que los fujitivos de los Llanos, en número de quinientos, se preparaban á atacarle. La cosa era seria, porque sabia muy bien que muchas veces tras una derrota vergonzosa, el remordimiento y la humillacion misma infunden aliento al vencido y le arrastran á actos de valor y desespera-

cion á la vez, para vengar la afrenta. En tan difícil posicion, recurrió á la astucia. Hizo creer que iba á salir á su encuentro con igual número de soldados, y al efecto mandó llevar cinco bueyes á Pichi para matarlos y tenerlos á disposicion de su tropa. Esta órden fué perfectamente ejecutada y obtuvo el resultado que se prometió su autor, es decir, que los españoles, asustados de sus intentos, se dirijieron al sur y pasaron el rio Bueno de Thumao echando á pique ó quemando en seguida las barcas de que se habian servido.

Esta retirada la supo Beauchef muy pronto por los espías que el gobernador Gomez tenia en los Llanos, y le contentó estraordinariamente, porque su posicion era difícil y se hubiera hecho en estremo peligrosa á tener otros jefes el ejército español; pues Montoya á su total ineptitud reunia el ser muy anciano y Bobadilla, antiguo guardia de corps, usaba de mucha dureza con el soldado sin tener ningun talento militar que compensase su gran severidad. No era mucho mayor el talento de Sevalla, hombre muy detestado de los demas oficiales, especialmente García y Narvaez, á quienes habia tratado de traidores. Por último, los oficiales en jeneral eran incapaces de sostener la reputacion adquirida por sus soldados en las guerras de la independencia española, y á su gran incapacidad debió España la pérdida de la plaza de Valdivia, indudablemente la mejor fortificada de todas las de la América del sur.

Lord Cochrane regresó al Corral á los ocho dias de su partida, y casi sin detenerse partió para Valdivia con Beauchef, á quien pensaba dejar de gobernador militar de la provincia. Un funesto pensamiento le asaltó, el de destruir las fortificaciones del puerto, en razon á que

servian de refujio á los buques españoles y eran inútiles á la patria. Felizmente Beauchef le recordó que esto pondria á los chilenos á merced de los numerosos indios domiciliados en los alrededores, y de Benavides, que no dejaria de ir á ajitarlos contra ellos. Cochrane comprendió toda la fuerza de esta observacion y respondió que dejaria al gobierno el cuidado de disponer de ellas, contentándose con embarcar todo lo perteneciente al fisco, sin dejar ningun recurso á la provincia, ni mas que mil pesos que puso en poder de Beauchef con la promesa de enviarle mayores sumas luego que llegase á Valparaiso. De vuelta al Corral dió sus disposiciones para terminar la reparacion de la *O'Higgins*, y embarcándose en la *Montezuma* se hizo á la vela para Talcahuano y de allí para Valparaiso, adonde llegó el 7 de marzo de 1820.

Luego que Beauchef quedó solo en Valdivia se dedicó con minucioso cuidado á organizar su tropa aumentada con algunos desertores del país, á reparar el hospital para que estuviesen con mas comodidad los enfermos, y en fin á hacer todo lo que de él dependia en beneficio de sus soldados, á quienes tanto queria y de quienes era tan estimado. Desgraciadamente, su buena voluntad no bastaba para todo. La ciudad se hallaba en un estado miserable de resultas del saqueo que habia sufrido, los alrededores, llenos de bosques, no producian casi nada, y ademas en una semana quedaron gastados en su totalidad los mil pesos que le dejó Cochrane. En este conflicto y siguiendo los consejos del gobernador Gomez, tomó la resolucion de dejar unos cuantos soldados en Valdivia y partir con doscientos á los Llanos, donde esperaba que podrian estar mejor asistidos. Un correo que despachó á aquel punto anunciando su partida, predispuso perfecta-

mente á todos sus habitantes. Un rico propietario, llamado Manriquez, le llevó doscientos caballos para que montasen sus soldados poco habituados á las marchas; los indios le ofrecieron vacas, verduras, etc., y ayudaron á los soldados á pasar el rio Bueno por medio de sus piraguas; en fin en Osorno encontró el fuerte muy cómodo para alojar en él los soldados, y todos los habitantes se disputaban la honra de alojar en sus casas á los oficiales. Nombrados Manriquez y don Diego Reyes, dos escelentes patriotas, el primero gobernador de los Llanos y el segundo de Osorno, la provincia recobró su tranquilidad habitual y los víveres se llevaban en abundancia al cuartel con un simple recibo del ayudante, visado por el comandante.

Beauchef pensaba continuar de guarnicion en esta ciudad hasta recibir las nuevas órdenes que esperaba del gobierno, cuando el gobernador don Diego Reyes le anunció con referencia á unos indios, que los fujitivos de Valdivia, retirados al rio Maullin, se disponian á atacarle.

Estos fujitivos se habian retirado á Daglipulli cuando abandonaron á Valdivia, pero en un desórden tal que el capitan ayudante Narvaez, jóven instruido, intrigante y ambicioso, resolvió reorganizarlos, separando á los comandantes que no eran á propósito para las circunstancias del momento. García y casi todos los demas oficiales aprobaron esta determinacion, y Lantaño, Alejandro, etc., y el mismo Santalla fueron separados del servicio á pesar de sus protestas : solo Bobadilla conservó el mando de la caballería, mientras que Narvaez recibió interinamente el de la infantería. Con esta se formó un solo batallon dividido en cuatro compañías, á saber, una de setenta

y cuatro granaderos, otra de ochenta y cinco cazadores y las dos restantes de cuarenta fusileros cada una.

Reorganizadas así las tropas, se dirijieron sobre Osorno. Al pasar el rio Bueno en Tumao encontraron al gobernador Montoya, á quien los oficiales separados hicieron mil reclamaciones aunque sin conseguir nada, por manera que pocos dias despues la infantería continuó su camino á las órdenes de Narvaez, quedando la caballería de observacion sobre el rio.

Al llegar al rio Rahue del otro lado de Osorno, las tropas, por uno de aquellos impulsos que Narvaez sabia imprimirles, pidieron con grandes gritos repasarlo é ir á batir los patriotas. Advertido Montoya de esta resolucion, retrocedió, habló con Narvaez sobre lo que pensaba hacer, adoptó su plan de campaña, y dándole su bendicion, le dijo que obrase con arreglo á sus inspiraciones.

Narvaez se dispuso á marchar sobre Valdivia esperando medir sus armas con las de los patriotas que habian quedado en aquella ciudad. Los espías exaltaban su viva imajinacion diciéndole que el número de los patriotas era muy inferior al de los realistas, y en esta persuasion se puso en marcha y repasó el rio Rahue, cuando Bobadilla, acompañado del cura Pavon, llegó á toda prisa con sus cincuenta caballos repartiendo la nueva de que el mayor Beauchef avanzaba con todas sus tropas. Consultado Montoya sobre lo que convenia hacer, contestó que era necesario dirijirse sobre Chiloe, lo que aprobaron la mayor parte de los oficiales, que estaban completamente desmoralizados, y todo el ejército se puso al punto en marcha esperando ocultar en aquella isla la confusion de su vergüenza. Debian saber sin embargo que Quintanilla

no era hombre que jugaba con el honor militar, y así se los demostró saliéndoles al encuentro para impedir que pasasen adelante. Su entrevista se verificó en Carelmapu, y allí poseido aun de entusiasmo por la bella defensa hecha en el fuerte de Agui cuando lo atacó Cochrane, les afeó su afrenta y cobardía, asegurándoles que por ningun motivo entrarian en Chiloe, porque no queria ponerles en contacto con sus valientes soldados, para que no los contaminasen de su pusilanimidad. En medio de estas reconvenciones animadas, hubo esplicaciones sobre todo lo ocurrido en la reorganizacion del batallon, en especial por parte de Santalla, quien se quejó amargamente de su separacion, llevando la inconveniencia hasta acusar de traidores á Narvaez, García, etc. A pesar de esto, Quintanilla procuró ponerlos de acuerdo, y Santalla ingresó de nuevo en el ejército, el cual provisto de armamento y víveres se volvió por el mismo camino para ir á reconquistar los fuertes de Valdivia.

Estas eran las tropas que los indios anunciaron á don Diego Reyes, noticia que confirmó al dia siguiente el cacique Raileff, añadiendo haberle asegurado sus mocetones, que se componian de un escuadron, dos piezas de montaña y un total con la infantería de unos cuatrocientos hombres, todos perfectamente armados y equipados y muy decididos á batirse. Deseaba Beauchef salirles al encuentro, pero no tenia mas que doscientos hombres que oponerles, y todavía, pasada una revista, quedaron reducidos á ciento cuarenta, rebajados los enfermos y los que por su flojedad eran incapaces de soportar la fatiga. No se encontraban en mejor disposicion los oficiales, que sobre ser pocos, algunos se finjieron enfermos para no ir en la espedicion, impresionados con la consternacion que

reinaba en la ciudad, en la que habia muchos patriotas comprometidos; por manera que el comandante no pudo contar verdaderamente mas que con cuatro, que fueron el ayudante don Dionisio Bergara, don José Labe, don Pedro Alemparte y don José María Carballo.

A pesar de la inferioridad del número, Beauchef se decidió á marchar contra el enemigo. El patriota don Diego Reyes le facilitó los bueyes necesarios para la manutencion de los soldados y los caballos para que montasen, y don Juan Anjel Agüero se brindó á servirle de guia, sin cuidarse de los riesgos que iba á correr. La partida tuvo lugar el 3 de marzo de 1820, y á los tres dias la vanguardia, compuesta de cincuenta granaderos á las órdenes del valiente Labe, se encontró con la de los realistas. Al punto Beauchef manda desmontar á sus tropas, les habla con la enerjía que le caracterizaba, toma un fusil, y poniéndose á la cabeza, vuela en socorro de su vanguardia que ya se replegaba, aunque con órden y tranquilamente. El enemigo ocupaba una posicion ventajosa: los cazadores estaban á derecha é izquierda del camino ocultos en los bosques, los granaderos delante del rio Toro, dos compañías de fusileros detras de un corral protejidos por las estacas de este, en fin, las dos piezas de campaña en una altura con la caballería á retaguardia. Su esperanza de vencer era tal, que Narvaez quiso avanzar temiendo que los patriotas huyesen luego que reconocieran sus fuerzas, pero Bobadilla prefirió conservar la ventaja de la posicion, lo cual no impidió que Beauchef atacase á paso de carga y á los gritos atronadores de viva la patria. El combate no tardó en hacerse jeneral, de todas partes se oia un fuego sostenido, pero en seguida los patriotas cargaron á la bayoneta con tal vigor que

obligaron al enemigo á retirarse del otro lado del rio Toro; lo dispersaron en todos sentidos y le obligaron á emprender la fuga abandonándolo todo en el campo. El intrépido Labe, que lo persiguió hasta Amancay con veinte soldados montados en caballos que se le cojieron, aseguró á Beauchef que asimismo los perseguia, que los fujitivos apenas llegaban á unos treinta, y que todos los demas se habian salvado en los bosques inmediatos. Varios destacamentos enviados á estos bosques, cojieron muchos soldados, por manera que la victoria fué casi completa. Se contaron cuarenta muertos, y catorce oficiales y trescientos sesenta y nueve soldados prisioneros, de los cuales sesenta y nueve fueron cojidos en los bosques al dia siguiente por el capitan Alemparte. La patria tuvo que llorar la pérdida de cuarenta hombres, de ellos once muertos y veinte y nueve heridos de mas ó menos gravedad.

La victoria del Toro fué de grande importancia así bajo el punto de vista material como moral, pues echó para siempre de la provincia de Valdivia á los españoles, separó del partido de estos un número considerable de caciques y colocó á Benavides en una posicion muy crítica, limitado casi á sus propios recursos, pues no podia recibirlos por mar y mucho menos por tierra. Por otra parte, los numerosos patriotas de la provincia temblaban ya por su porvenir, persuadidos de que el mal resultado de la espedicion de Cochrane y las pocas tropas que este habia dejado en Valdivia pondrian la provincia en el mayor peligro : así sucedió que la vuelta de Beauchef á Osorno fué celebrada con las mas vivas aclamaciones, yendo á verle y á cumplimentarle todos los patriotas. Cuando al dia siguiente continuó la marcha con su divi-

sion para Valdivia, le acompañaron hasta cierta distancia de la ciudad, no faltando algunos que llegaron al paso de Tumao, donde habia gran número de indios y de jentes de los Llanos para felicitarle y ayudar á los soldados á pasar el rio Bueno. Los prisioneros se confiaron á jentes del campo armadas con lanzas, que los llevaron á Pichi, donde habia unas embarcaciones enviadas á peticion de Beauchef por el capitan de fragata don Roberto Foster, que los condujo á la isla de Mansera.

Este capitan Foster acababa de llegar en el *Independiente* convoyando un transporte con víveres, algun vestuario y un poco de dinero. Conducia ademas doscientos ladrones que el gobierno puso á disposicion de Beauchef para que ingresasen en el ejército, si lo creia conveniente. La guarnicion se habia aumentado entonces con algunos desertores españoles, muchos voluntarios y tambien muchos hijos de familia que entraron de cadetes hasta nueva órden. Beauchef incorporó á sus soldados los doscientos ladrones, encomendando su vijilancia á hombres de confianza, formó con todos un batallon y nombró empleados para el servicio militar, dando así á la guarnicion una organizacion y una disciplina tales como su jenio militar le hacia concebir.

CAPITULO LVI.

Victorias de los patriotas, incompletas como siempre. — Freire marcha á Santiago, dejando en su lugar á don Juan de Dios Rivera.— Benavides vá á Talcahuano, lo saquea y se lleva á Arauco algunas embarcaciones, en una de las cuales marcha Pico á Lima. — Regreso de este jefe con algunos socorros. — Derrota del escuadron de Viel en Rere y del de O'Carrol en Pangal.— Asesinato de este comandante. — Accion de Tarpellanca y asesinato de Alcazar, don Gaspar Ruiz y los oficiales del batallon de Coquimbo.— Freire se retira á Talcahuano y Benavides ocupa á Concepcion. — Organizacion de la provincia.— Estádo desesperado de Freire, que le obliga á atacar á Benavides.— Victoria que aquel consigue en Concepcion y derrota completa de este. — Pico incendia las ciudades de la frontera. — Vá á atacar á Prieto en Chillan y es derrotado. — Muerte de Zapata é influencia que ejérce en el ánimo de los indios.

Si las armas de la patria conseguian algunos grandes resultados en la provincia de Valdivia, en las de Concepcion permanecian casi en la inaccion. Colocado el enemigo al sur del Biobio, ródeado de bosques sumamente espesos y protejido por las numerosas poblaciones de indios que las mas veces tomaban parte en sus escursiones, podia sustraerse sin grandes esfuerzos á la persecucion de los patriotas y evitar los combates, ó por lo menos hacer que las victorias de aquellos fuesen de poca importancia é incompletas.

Con la toma de Valdivia y la ocupacion de su provincia, cualquiera hubiese creido que se resentiria de esta pérdida la moral de los realistas y que se limitarian á la defensiva, esperando época mas favorable para volver á emprender esos combates solapados, que no eran otra cosa que una guerra de esterminio y destruccion. Sin embargo, apenas se veian vencidos en un punto, se rehacian en otro, aprovechando la fidelidad dilijente de las

familias refujiadas al sur del Biobio y especialmente por el lado de Quilapalo, verdadero cuartel jeneral de sus espediciones y centro de una grande actividad. Muchas veces salió Alcazar de su acantonamiento de los Anjeles á batir sus desastrosas guerrillas, pero sus salidas no producian mas resultado que fatigar las tropas ó caer en alguna emboscada, que con frecuencia le ocasionaba pérdidas efectivas. Si alguna vez le favorecia un tanto la fortuna, no tardaba en ser detenido por los obstáculos que sin cesar estaban inventando aquellos hombres de recursos.

Freire por su parte no podia enviar refuerzos á Alcazar. Con los doscientos cincuenta hombres que dió á Cochrane para la afortunada espedicion de Valdivia, su ejército quedó en el mayor apuro, falto absolutamente de todo, sin que sus vivas reclamaciones al gobierno produjesen apenas resultado, razon por la cual se decidió á ir en persona á Santiago, dejando de intendente al coronel don Juan de Dios Rivera, hombre valiente, conciliador, pero mucho menos emprendedor y temible que su succesor.

En el momento que partió Freire, las partidas que hacia algun tiempo estaban como adormecidas, despertaron mas audaces. Las de Zapata acampadas en Gualigueico, tierra del cacique Marilhuan, amenazaron á Nacimiento, las de Ferrebú y Macareño llevaron el hierro y el fuego á Rere y sus inmediaciones, y Benavides se dirijió el 12 de mayo á Talcahuano, que tomó y saqueó á favor de la obscuridad de la noche. Unas cuantas embarcaciones que habia en el puerto, le sirvieron para trasportar á Arauco los efectos robados y algunas tropas : él regresó con las restantes por el camino por donde habia

ido, burlando la actividad que al dia siguiente desplegó Rivera para perseguirle.

Aunque la posicion del ejército de Benavides era entonces bastante satisfactoria, sin embargo, tenia necesidad este jefe de ponerse en comunicacion con el virey del Perú para obtener los socorros que le faltaban. Con este objeto propuso á don Juan Manuel Pico que marchase al Callao en una de las embarcaciones cojidas en Talcahuano, y este oficial se decidió, lleno de confianza y resolucion, á emprender un viaje largo, peligroso, que tuvo la suerte de llevar á cabo con buen éxito. A los pocos meses regresó con el nombramiento de teniente coronel de los dragones de la frontera en un gran buque cargado de víveres, efectos y armas, siendo portador del despacho de coronel de infantería para el jefe del ejército, de gran número de medallas de oro y plata para recompensar los hechos meritorios y de muchos nombramientos en blanco para completar los cuadros ó llenar los vacíos del ejército. Pezuela se propuso protejer las montoneras, esperando así llamar sobre aquel punto la atencion del gobierno chileno y distraer las tropas que se organizaban é instruian con destino á la tercera espedicion contra el Perú.

Con semejantes auxilios no tardaron en aumentarse las montoneras de Benavides y elevarse la cifra de su ejército á dos mil hombres, todos aguijoneados por la perfidia y la envidia, y capaces por consiguiente de audacia y resolucion para todo. El número de los patriotas era al contrario muy escaso. Absorbida completamente la atencion de O'Higgins en su grande espedicion contra el Perú, sacrificó en cierto modo á su política la provincia de Concepcion, despreciando al enemigo que no

la dejaba quieta y la devastaba, y descuidando con esta falsa idea el ejército, que Freire tuvo que diseminar en diferentes puntos de la provincia para contener las montoneras y protejer la seguridad de los habitantes.

Con esta dispersion no podia haber unidad en el mando del ejército ni regularidad en sus movimientos. Cada pequeña division, insuficiente para resistir gran número de tropas, marchaba al combate sin ardor y sin fe, de manera que al primer choque los soldados echaban á correr, lo que producia un doble efecto moral bien diferente, pues llevaba el desaliento á los patriotas y el entusiasmo á los realistas. Estos tenian ademas la ventaja de que formaban una asociacion de intereses individuales, lo cual favorecia sus empresas, á lo que hay que agregar que su imajinacion estaba exaltada por el fanatismo relijioso que los curas sabian inspirarles. Antes de ir al combate les obligaban á confesarse y comulgar, y muchas veces á hacer una devota rogativa á la madre sacratísima de las Mercedes, patrona venerada de sus inícuas espediciones. Despues de esta ceremonia de profanacion fué cuando Pico, enviado de vanguardia por Benavides, se decidió á atacar los patriotas retirados en Pilco para cortar sus comunicaciones con las divisiones del sur. En una carta que escribió el 8 de setiembre al capitan don Julian Hermosilla le decia que su madre la vírjen de la Merced habia llevado los enemigos á aquel sitio para ponerlos á su disposicion; pero hasta el 18 no salió de Santa Juana con quinientos hombres en direccion á Yumbel. El comandante don Benjamin Viel se encontraba en esta plaza con un escuadron de granaderos á caballo. A pesar de su grande inferioridad, osó desafiar la fuerza enemiga y oponerle un puñado de valientes, que no pudo resistir

largo tiempo sus numerosos ataques. Rodeados por todas partes de infinidad de soldados y de indios, no tardaron en ser acuchillados, cojidos ó precisados á emprender la fuga. Del número de los últimos fué el comandante, quien marchó inmediatamente á reunirse al escuadron de O'Carrol.

Si en vez de arriesgar un combate, se hubiese reunido Viel á este jefe, como la prudencia aconsejaba, es probable que las dos pequeñas divisiones hubieran podido resistir á Pico, y acaso con ventaja, porque si bien inferiores en número, no lo eran en la disciplina, la cual duplica la fuerza de un ejército ordenado. Desgraciadamente no sucedió así. Viel comprometió con su animosa impaciencia su escuadron é involuntariamente el de O'Carrol, á quien tambien atacó Pico. La accion tuvo lugar en el vado del Pangal del rio de la Laja, no siendo menos vigorosa ni encarnizada que la anterior, y si los soldados de Pico consiguieron vencer, lo debieron menos á su valor que á la fortuna de ocupar una posicion ventajosa, pues el viento llevaba un humo muy espeso al lado donde estaban los patriotas. El desgraciado O'Carrol tuvo la fatalidad de caer prisionero en esta refriega. Cojido por un indio con el lazo, fué muerto á los pocos momentos, segun la bárbara costumbre de aquellos defensores de la relijion y del rey.

Estos dos cortos triunfos reanimaron mas y mas el valor de los realistas, ya muy alentado con la posicion recíproca de ambos ejércitos. Inmediatamente que los supo Benavides, salió de su campamento y marchó á combinar con Pico una nueva campaña. Toda la estensa llanura de la Laja era suya, escepto la ciudad de los Anjeles ocupada por Alcazar con algunos milicianos y

doscientos cincuenta soldados del batallon de Coquimbo, tropas indudablemente valientes y de mucha resistencia, pero en muy corto número para oponerse á un enemigo que disponia de cerca de tres mil hombres. Benavides fué de este parecer y creyó que estaba en el caso de emprender un ataque, valiéndose de la astucia. Al efecto mandó escribir una carta supuesta de Freire á Alcazar, manifestándole la necesidad de que abandonase los Anjeles lo mas pronto posible, y fuese á reunirse á él (1). La carta llegó á su destino y la firma de Freire estaba contrahecha con tal perfeccion, que solo don Gaspar Ruiz dudó de su autenticidad. A pesar de las observaciones de este se decidió la salida, y un número considerable de familias comprometidas quisieron ir en la retirada. Al llegar á orillas de la Laja frente por frente de la isla de Tarpellanca, acudió una mujer á prevenir á Alcazar que Benavides estaba en Rio-Claro y marchaba á su encuentro. Ya lo habian pasado muchos soldados, pero Alcazar les hizo volver y se estaba fortificando en dicha isla con los aparejos de las mulas, los efectos y equipajes de los emigrados, etc., cuando se presentaron los realistas y empezaron á tirar sobre los diferentes grupos. Siguióse por una y otra parte un fuego de fusilería que duró desde las dos de la tarde hasta el anochecer, hora en que un comerciante, don José Antonio Pando, se pasó á Benavides y le dijo que las municiones de los patriotas tocaban á su fin. La perfidia, consejera inseparable de este hombre sanguinario, le inspiró el proyecto de apoderarse por estratajema de aquella corta division y entregarla á la ferocidad de sus salvajes subordinados. Un

(1) Este hecho me lo contó don José María Gonzalez y me lo ha confirmado el teniente coronel don Manuel Riquelme, de los Anjeles.

tal Felipe Lavandero fué de parlamentario á proponer condiciones de paz, que Alcazar no podia rehusar en su mala posicion. Este comisionó por su parte al capitan Rios y se convino que partiria en libertad, que los oficiales quedarian prisioneros de guerra, que los soldados ingresarian en el ejército realista y por último que se respetaria la vida y los intereses de los emigrados y de los indios. Por la noche, habiendo manifestado Rios que sospechaba mala fe en Benavides, propuso Alcazar á don Gaspar Ruiz abrirse camino con la espada para dirijirse por el lado de Concepcion; pero le objetaron que esto seria sacrificar mucha jente y el gran número de mujeres y niños que seguia al ejército, con lo cual renunció á su proyecto y esperó con inquietud los resultados de la capitulacion. Al dia siguiente por la mañana, pasó Benavides á Tarpellanca con unas quince personas, y al apearse del caballo dió la mano á Alcazar, asegurándole sus buenas intenciones. Despues de algunas palabras corteses, mandó que los prisioneros pasasen el rio la Laja por el lado en que sus tropas estaban formadas en batalla. Solo quedaron en la isla al cuidado de los indios, que no tardaron en degollarlos, los enfermos y los heridos : todos los demas siguieron el ejército realista, que se dirijió hácia el oeste. A su paso por Rio-Claro, los indios separaron al cacique Huilcan de Angol, y lo sacrificaron á su cruel furor, haciendo en seguida lo mismo con todos los indios de Santa-Fe aliados de los patriotas. Tal fué el preludio de la matanza que aquellos hombres bárbaros preparaban para santificar sus atroces doctrinas. Cuando llegaron á San Cristoval, los oficiales fueron rodeados por una fila de sesenta infantes y toda la caballería en número de mas de seiscientos hombres, que tuvieron órden de no desen-

sillar los caballos en toda la noche. Porque esta noche era la víspera de uno de esos dias de tempestad que desafian atrozmente á todo sentimiento humanitario. Al dia siguiente, con efecto, fueron fusilados todos los oficiales, reservando para los dos jefes Alcazar y don Gaspar Ruiz, una muerte mas cruel, pero al mismo tiempo mas gloriosa. Entregados á los salvajes que formaban parte del ejército realista, fueron hechos pedazos á lanzadas en medio de otros indios que los tenian en cierto modo acorralados. Así perecieron estos dos nobles patriotas, mas á propósito por su edad y antecedentes á inspirar respeto, que á provocar el insulto y todavía menos á merecerlo. Uno de los oficiales, el capitan Arcos, no queriendo morir á manos de estos salvajes, sacó un cuchillo del pecho, y con el coraje de la desesperacion, se atravesó el corazon en presencia de sus compañeros (1).

Así murieron casi todos los oficiales del batallon de Coquimbo, nobles militares que habian dado repetidas pruebas de su conducta digna y jenerosa, así en el campo de batalla como despues de victorias á mucha costa conseguidas. Los soldados ingresaron en las filas realistas y se vieron precisados á volver sus armas contra una patria que tan bien habian servido y á la que tantos deseos tenian de defender. Por lo que hace á los emigrados, aunque su opinion en jeneral era puramente pasiva, esto

(1) Cuando Alcazar salió de los Anjeles quisieron seguirle muchas familias y don Tomás Garcia tenia ya cargadas con sus efectos las tres únicas carretas que se encontraron; pero aquel las reclamó para llevar las municiones, etc. Con las seguridades que dió Alcazar de volver pronto, muchas familias se quedaron y fueron degolladas despues de la accion de Tarpellanca, no perdonando los indios mas que á las mujeres y á los niños, que se llevaron prisioneros. Algunas familias se escaparon escondiéndose en los bosques, donde pasaron seis dias sin mas alimento que pangue y dihueñes. Conversacion con el teniente coronel don Manuel Riquelme.

no les preservó del furor de aquellos bárbaros. « En el mismo dia, dice un alférez realista, hizo juntar Benavides todos los paisanos que tenian algun compromiso, y allí cerca de la casa en que estaba alojado, los hizo desaparecer. Esto lo estuve yo presenciando sentado sobre mi montura (1). »

Mientras se cometian estos asesinatos, marchaba el coronel Freire en socorro de Alcazar, colocado en gran riesgo con las derrotas de Rere y del Pangal. El 27 de setiembre salió de Talcahuano, y á muy corta distancia de Concepcion encontró al mayor Thomson, que por una feliz casualidad habia podido fugarse de la isla de Tarpellanca arrastrado por las aguas del rio de la Laja. Con este encuentro y con las noticias que le dió aquel oficial, Freire consideró ya inútil su viaje, por lo que se atrincheró detras de las colinas y fortificaciones de Talcahuano, pues el estado de estrema debilidad en que se encontraba su ejército, solo le permitia estar á la defensiva. Al dia siguiente 28 salió de Concepcion con todos sus soldados y gran número de familias y fué á refujiarse al pequeño puerto de Talcahuano, perfectamente seguro por la clase y disposicion de sus fortificaciones, y á los pocos dias, es decir, el 2 de octubre, tomó posesion Benavides de aquella capital, muy orgulloso con que los patriotas se hubiesen visto precisados á retirarse á un puerto, que, como en tiempo de Ordoñez, iba á ser la proteccion del débil. Tuvo la buena precaucion de enviar

(1) Don Agustin de Aldea. La inocencia vindicada, p. 15.

Es necesario decir que de resultas de la espantosa carnicería que hizo Dupui, gobernador de San Luis, en los prisioneros de Chacabuco y Maypu, el virey, en su justa cólera, mandó á Benavides que no diese cuartel á nadie y que usase esta atroz represalia. En una conversacion que tuve acerca del particular con don Ramon Freire, me aseguró este ilustre jeneral que Benavides hizo mérito de esta órden cuando se le juzgó.

todos los indios á Puren bajo la direccion de Marilhuan para poner un término á sus latrocinios.

Casi toda la provincia de Concepcion se hallaba así bajo la dependencia del partido realista, que á fuerza de escesos sobrevivia á todas sus derrotas. Benavides, que era su jefe legal, quiso organizarla segun el antiguo réjimen, haciendo que se nombrasen alcaldes y rejidores. Para paliar algun tanto sus crímenes, hizo alarde de protejer á los patriotas que se habian quedado, permitiendoles marchar sin trabas á Talca y Santiago ó pasar á Talcahuano, y en un bando publicado el 12 de octubre amenazó castigar severamente y á su arbitrio, al que les insultase, pues decia que habia concedido á todos su perdon : lo cual no fué obstáculo para que á los dos dias escribiese al capitan Hermosilla que atormentase bien á los enemigos, en la seguridad de que el virey premiaria sus servicios. Tampoco tuvo reparo en prevenir pocos dias despues á los subdelegados, que obligasen á las personas sospechosas y á los antiguos jueces á vivir en las capitales de los departamentos á fin de vijilarlos mejor, y que secuestrasen los bienes de los emigrados que en el término de tres dias no regresasen á sus casas ó haciendas.

Tomadas estas medidas de policía, se dedicó Benavides á aumentar su ejército con nuevos reclutas y á organizar la milicia provincial, haciendo ingresar en los diferentes cuerpos á todos los habitantes de los pueblos y del campo desde la edad de doce años hasta la de la vejez. En Concepcion renovó la institucion del rejimiento de la Concordia, tomando tambien por base el mismo principio de la edad, y como prueba de la importancia que daba á este rejimiento, se reservó el título de coronel

del mismo. Para armar un número tan considerable de milicianos, mandó recojer por causa de utilidad pública todo el hierro que hubiese en poder de los comerciantes, disponiendo para el caso en que este no bastase, que se echara mano del que se encontrara en las casas, sin esceptuar las rejas de las ventanas. Los herreros de la provincia fueron los encargados de recibir el hierro y de hacer inmediatamente picas, lanzas y otros instrumentos de guerra.

Otra de las cosas que preocuparon á Benavides en su efímera administracion, fué el tesoro. Como debia esperarlo, encontró las cajas vacías, emigradas ó completamente arruinadas las principales familias y la provincia en un estado de desolacion tal, que los campos estaban casi incultos y las habitaciones en jeneral incendiadas. En este estado de cosas, dió Benavides un mentis á sus bandos protectores, haciendo uso del sistema de secuestros de que alternativamente eran víctimas las familias de los dos partidos. Para apoderarse cuanto antes de los bienes secuestrados, nombró una comision de tres personas, que fueron don Juan Antonio Rodriguez, el padre fray Isidro Vazquez y su cuñado don Pedro Ferrer; mas no siendo suficiente todo esto para las necesidades á que tenia que atender, levantó un empréstito por cuya cuenta recibia plata labrada á razon de siete pesos el marco y estancó todo el vino y aguardiente de la provincia, obligando á los propietarios á que declarasen, bajo pena de una fuerte multa, la cantidad que poseian de estos líquidos y á venderlos al fisco por doce reales la arroba de vino y tres pesos la de aguardiente.

Un gobierno nacido de una revolucion es siempre en sus principios un gobierno de abusos y violencias, mucho

mas si el jefe del partido triunfante tiene la conciencia de su endeblez y su impopularidad. El héroe de Tarpellanca, colocándose en el puesto de jefe interino de Chile bajo el modesto título de intendente de la provincia de Concepcion, tenia necesidad, para sostenerse, de emplear los medios mas ríjidos y arbitrarios. Aunque hizo que se nombrasen alcaldes y rejidores así en Concepcion como en las diferentes ciudades de la provincia, reunió y confundió en su persona todos los poderes políticos, el poder lejislativo, el poder ejecutivo y el poder judicial, queriendo sujetarlo todo á su inspeccion. En una cosa hay que hacerle justicia, si es que la merece tan monstruosa severidad, en que en todos tiempos y lugares se mostró siempre inexorable con los ladrones, á quienes perseguia sin descanso y á los que mandó muchas veces que se los presentasen, á pesar de que por las ordenanzas competia á los subdelegados proceder contra ellos. En estos casos él mismo marcaba el jénero de muerte que merecia el ladron segun su delito, ya el fusilamiento, ya la horca. Muchos oficiales fueron sacrificados á esta severa justicia, y á los pocos dias de llegar á Concepcion mandó pasar por las armas en la plaza diez soldados que habian intentado desertarse y ahorcar á dos del batallon de Coquimbo por mala conducta. Las ejecuciones se verificaron presenciándolas toda la guarnicion (1).

Mientras Benavides procuraba organizar un gobierno á su manera, en la confianza de que no tardaria en funcionar en Santiago como se lo tenia prometido al virey del Perú respondiéndole de ello con su cabeza, Freire, retirado al abrigo de las fortificaciones de Talcahuano,

(1) Archivos de Concepcion y manuscritos de Benavides que obran en mi poder.

redoblaba sus vivas instancias para que se le enviase algun socorro; pero en el estado deplorable á que habia quedado reducido el tesoro con la tercera espedicion del Perú, O'Higgins apenas contaba con medios para facilitárselo. Todo lo que estuvo en su posibilidad en vista de lo que le manifestó una comision encargada de hacerle ver los peligros de la posicion de Freire, y los que corria Santiago si Benavides llevaba allá sus soldados, fué reunir en la ribera norte del rio Nuble é Itata una parte de la milicia de San Fernando y Talca al mando de don Joaquin Prieto, y dar órden para que se le incorporase la que el mayor Viel pudo levantar é instruir en el partido de Cauquenes. Estas tropas hubieran sido muy insuficientes sin duda para contener á los realistas, si mejor inspirado Benavides se hubiese dirijido sobre Santiago, pero afortunadamente para el país, la Providencia velaba sobre su salvacion, y quitándole esta idea, le lanzó á guerras de escaramuzas, en las que por lo jeneral llevaban la ventaja los patriotas. En una de estas escaramuzas, deploró la patria la pérdida del valiente catalan Molina, sarjento mayor del ejército, muerto en una sangrienta carga que dió al enemigo.

A pesar de todo, la posicion de Freire se hacia cada vez mas y mas difícil y arriesgada: los socorros eran casi insignificantes y los víveres disminuian considerablemente, lo que llenaba al soldado de desesperacion, esta hija del sufrimiento. Aunque la desproporcion de los dos ejércitos era muy desventajosa para los patriotas, estos deseaban sin embargo un combate decisivo, que de una manera ú otra los sacase de su posicion. Freire estaba animado del mismo deseo, y la ocasion de satisfacerlo se presentó al fin.

El 25 de noviembre se observó en los realistas un movimiento de tropas en direccion á San Vicente. A poco destacaron una compañía, que al alcance de los fuegos de fusil de los patriotas, tomó posicion en el cerro del Morro. Freire mandó salir la caballería fuera del porton, y apenas se habia formado, la de los realistas, en número de seiscientos próximamente, ocupó el Pajonal y medanos de la puntilla. Estaba á pocas cuadras de distancia y se manifestaba indiferente á las bajas que le hacia el fuego de algunas baterías, cuando la impaciencia de Freire le decidió á atacar. Aunque podia disponer de buen número de caballos, sin embargo, poseido de ese valor personal que electriza cuanto le rodea, toma solo ochenta cazadores y los intrépidos indios de Angol y puesto á su cabeza carga á gran galope sobre la caballería, que corta por diferentes sitios. Entonces se apodera el terror de las filas enemigas, la caballería toda desordenada emprende la fuga y es perseguida mas de una legua por los patriotas, que matan ciento cincuenta soldados con mas algunos oficiales, y hacen treinta prisioneros. Los patriotas solo tuvieron siete heridos y tres muertos, entre estos el teniente coronel don Enrique Larenas, de Concepcion, á quien la fogosidad de su caballo llevó á las filas enemigas, donde fué acuchillado.

Este resultado, que hubiera sido mucho mas completo á no tener que dejar la persecucion por el mal estado de los caballos, reanimó á los patriotas entregados hacia muchos meses al mayor desaliento. Freire, con su jenio militar, vió en él el preludio de una victoria decisiva, y ordenó inmediatamente los preparativos para atacar al enemigo en su atrincheramiento. Sus tropas eran muy inferiores en número á las de Benavides, que tenia de

setecientos á ochocientos infantes y sobre quinientos caballos, pero esperaba compensar tamaña desventaja con la bravura de sus soldados y el convencimiento de su superioridad militar. Por desgracia un tiempo horroroso no le permitió salir del campamento en el siguiente dia domingo, pero al otro se puso en camino muy de mañana con la mayor parte de la guarnicion, y á mitad del dia llegó al cerro del corral, de donde pasó al de Chepe á observar la posicion y fuerza del enemigo. Cuatro cañones que puso en el cerro últimamente citado, obligaron á la infantería y parte de la caballería ocultas en el Pajonal, á mudar la posicion y situarse cerca de la Alameda bajo los fuegos de cuatro piezas volantes colocadas en el cerro de Gavilan.

« Luego que el enemigo, dice Freire, observó la marcha de nuestra infantería que còn dos piezas de artillería de campaña la emprendió por el Malecon, se dirijió á impedirla con un vivo fuego de toda su infantería, y por sus costados la caballería avanzando con intrepidez entre tanto su artillería obraba contra la nuestra que pasaba por el camino entre el Pajonal y cerro de Chepe. Esta oposicion fué vencida luego que nuestra caballería pudo pasar por los flancos de la infantería que marchaba por el estrecho camino del Malecon, á cuyo efecto destiné al comandante Cruz con los cazadores de la escolta y los indios de Angol para que cargase por la derecha al enemigo y al sarjento mayor Acosta por la izquierda con los dragones de la patria, y en seguida el teniente coronel Barnachea con el escuadron de Plaza, nuevamente creado, y el sarjento mayor Manzano con la milicia de esta ciudad y Rere. Estos movimientos se hicieron tan oportuna y rápidamente que lo obligaron á huir con precipitacion. »

La carga fué tan jeneral y tan bien dirijida con la infantería en el centro y la caballería á los flancos, que casi toda la infantería enemiga cayó muerta ó hecha prisionera, contándose en esta clase todo el batallon número 1 cojido en Tarpellanca, pues solo el gritar *Coquimbo* bastaba para contener el brazo de sus paisanos. Muchos españoles aprovecharon este grito de salvacion para conservar una vida, que en aquellos momentos de exaltacion y de delirio no hubiera quizá perdonado la venganza. La caballería pudo salvarse en parte por la Mochita, Caracol, Nonquen y Palomares, perseguida por los patriotas, que la acuchillaron á su sabor. El comandante Cruz avanzó hasta Hualqui con la esperanza de alcanzar á Benavides, que se habia dirijido por este lado; pero habiendo llegado desgraciadamente cuando acababa de pasar el rio con unas treinta personas, tuvo que dejarle marchar con toda seguridad por la parte de Arauco. No le sucedió lo mismo á su mujer, que tomó por la del Biobio en direccion á San Pedro. No encontrando embarcacion, el instinto del miedo la hizo arrojarse al rio, y sin saber cómo, se halló en un pequeño bajo á poca distancia de la costa en compañía de muchas personas. Estaban con el agua á la cintura cuando llegaron los soldados y empezaron á tirarles, pero ellas para evitar las balas se sumerjian hasta la cabeza. Muchas fueron víctimas del furor de los soldados, pero al fin triunfó el sentimiento humanitario, y la caridad completó su victoria, ayudando á aquellas desgraciadas jentes á pasar el rio. La mujer de Benavides fué una de las que se salvaron de una muerte que por algun tiempo creyó inevitable. Muchos soldados que no la conocian, se la disputaban, pero ella prefirió al que la habia cuidado y salvado, y

por la tarde pudo escaparse marchando á casa de un amigo. A los pocos dias su marido pasó disfrazado el Biobio en frente de San Pedro, esponiendo atrevidamente su vida por ir á buscar á su mujer, que llevó por la parte de Arauco (1).

Esta victoria fué sumamente ventajosa á la patria, que solo tuvo un capitan, dos sarjentos, un tambor y ocho soldados muertos y veinte y seis heridos, mientras que el ejército de los realistas quedó destruido casi enteramente con pérdida completa de armas y bagajes. A los dos dias supo Freire el complemento de esta victoria con la relacion que le hizo el teniente coronel don Pedro Ramon de Arriaga de la ventajosa accion que acababa de sostener con el intrépido Zapata. En efecto, sabedor de que este jefe se preparaba para ir á atacarle en San Carlos, fué á esperarle en una emboscada, cerca de la capilla de Cocharca, con sus dos escuadrones de granaderos y cazadores, y al pasar el enemigo cayó de improviso sobre él y lo derrotó completamente, matándole ó hiriéndole cerca de doscientos hombres.

Zapata despues de esta derrota se retiró á Tucapel, casi en el mismo momento en que el cacique pehuenche Toreano fué á esta plaza con objeto de ver á Benavides, á quien queria conocer. A poco llegaron tambien Pico y Bocardo con casi toda la caballería derrotada en Concepcion y mas de cuatrocientos hombres de tropas de refresco que estuvieron en Santa Juana mientras la accion, y que Benavides habia dado á Pico para que fuese á incendiar las ciudades de la frontera, Talcamavida, Nacimiento, los Anjeles, etc., etc., comision que desem-

(1) Cuando esta señora me contaba el suceso, temblaba de espanto. Tanta era la influencia que ejercia en sus nervios la emocion de su recuerdo.

peñó con toda la ira del amor propio burlado. Cuando dichos jefes entraron en Tucapel habian destruido nueve ciudades ó villas, y la presencia de Toreano les inspiró la idea de una junta de los demas caciques, para tratar de lo que les convenia hacer en adelante. Muchos respondieron á la invitacion de Toreano, especialmente Zapata, que tenia grande influencia sobre ellos, y despues de algunas discusiones decidieron reunírseles con todos sus indios conas. Cerca de dos mil de estos se trasladaron en efecto á Tucapel armados y montados, que con los setecientos caballos de que próximamente podia disponer Pico, se hallaron en posicion de ir á atacar á Chillan, para que sufriese la misma suerte que las demas ciudades. Pero Zapata, que tenia en dicha ciudad una casa y algunos parientes, no queriendo esponerlos á los horrores del incendio, se opuso al proyecto y entonces se contentaron con ir á apoderarse de cerca de mil caballos que pastaban en el Bajo y en Guambali.

Prieto, que mandaba la segunda division acantonada en dicha ciudad, salió al punto para hacer frente á este poderoso enemigo. Despues de muchas marchas y contra marchas se decidió á tomar la ofensiva y atacar con su caballería dividida en dos partes, una compuesta de los milicianos de San Fernando, Talca, etc., á las órdenes de don Domingo Torres, y la otra de los cazadores, húsares y algunos milicianos á las de don José María Boil. Las dos cargaron en esta disposicion cada una á su vez sobre la caballería enemiga, que las rechazó con ímpetu, pero sin hacerlos perder el órden y la regularidad de los movimientos. Entonces se limitaron á tirotearse para poder tomar aliento, y en seguida volvieron á empezar las cargas, en una de las cuales la fortuna favoreció á

los patriotas con la muerte de Zapata, quien recibió un balazo en la cabeza. Desde aquel momento reinó la mayor confusion en el ejército enemigo, especialmente entre los indios, que estimaban estraordinariamente al intrépido cabecilla. Ya no se pensó mas que en la retirada á pesar del refuerzo que les llevó Hermosilla, y Pico tuvo que seguir el torrente é ir á ocultar su nueva humillacion á los paises de los Araucanos.

Este nuevo triunfo, sin tener la importancia que el de Concepcion, contribuyó á desmoralizar algun tanto el partido realista y á calmar la justa inquietud que causaba la prosperidad siempre en aumento de los enemigos de la patria. La muerte de Zapata, sobre todo, se consideró como el mas bello trofeo, porque ella sola valia una victoria. Aunque de condicion humilde, pues fué peon de Uréjola en Cucha-Cucha, se hizo siempre notable por su valor y jenerosidad. Tenia muy buen carácter y era muy estimado, especialmente de los indios, que le consideraban mas que á los otros jefes, porque le veian valiente, justiciero y siempre á la cabeza de su escuadron. Así sucedió, que despues de su muerte los indios casi se manifestaron indiferentes con los realistas. La mayor parte de ellos se mantuvieron en completa neutralidad y aun algunos se pasaron á los patriotas, abandonando un partido que les ofrecia mas ventajas, pues la crueldad y el robo, estos dos grandes estímulos del salvaje, eran escitados de un lado y prohibidos totalmente del otro. Zapata perdió la vida por esceso de valor. Habiendo avanzado cerca del estero para llegar á las manos con un oficial patriota, le dispararon dos soldados y la casualidad quiso que le acertase uno de ellos. Reclinado sobre el caballo, marchó adonde estàban los indios, muchos de los

cuales acudieron á su defensa, pero perseguidos por los patriotas, estos le echaron el lazo, y derribándolo al suelo, lo llevaron arrastrando y lo pasaron de esta manera por el estero de Bollen y despues por el rio de Chillan. Prieto, que le vió en tal estado y que aun daba señales de vida, mandó que le llevasen con mas humanidad á la plaza de Chillan, pero el hermano del capitan Riquelme, que se habia encargado de esta funesta mision, continuó arrastrándolo hasta dicho sitio, al que llegó casi cadáver. Este acto de barbarie, que desdice siempre del honor militar, fué efecto indudablemente del carácter brutal é inhumano que de algun tiempo atrás habia tomado la guerra.

CAPITULO LVII.

O'Higgins medita una tercera espedicion contra el Perú. — Dificultades que encuentra por la falta de dinero y la anarquía de Buenos-Aires. — Síntomas de mala intelijencia entre el gobierno y lord Cochrane.— Pide este el mando de la espedicion y O'Higgins se lo da á San Martin.— Reunidas las tropas, se embarcan en presencia de miles de personas que acuden de todas partes á victorearlas. — Llegan á Pisco, donde fija San Martin su cuartel jeneral.— El virey Pezuela toma disposiciones para hacer frente al enemigo. — Sabe con gran disgusto la revolucion de España y la dispersion de las tropas destinadas á Buenos-Aires.— Trata de entablar con San Martin preliminares de paz. — Reunion en Miraflores de los plenipotenciarios, que no produce resultado ninguno.— San Martin destaca una division á las órdenes de Arenales para revolucionar el interior del país. — Derrota de Quimper en Nasca. — Deja San Martin à Pisco y establece su campamento en Ancon. — Cochrane bloquea el puerto del Callao.— Ataca la fragata *Esmeralda* y se apodera de ella.— Sabe San Martin esta importante noticia casi al mismo tiempo que la revolucion de Guayaquil. — Marcha al valle de Haura á protejer la revolucion de Huanuco é interceptar las comunicaciones del norte con Lima. — Valdés va á atacar á Reyes y es rechazado por Brandsen. — Don Clemente Lantaño es hecho prisionero en Huares con la guarnicion. — El batallon de Numancia se subleva y se pasa á los patriotas. — El país se pronuncia mas y mas por la libertad. — Arenales, despues de revolucionar diferentes provincias, llega al cerro de Pasco, donde ataca al brigadier O'Neilly y lo derrota completamente. — Suerte desgraciada de los indios que abrazaron su partido.

Las reconvenciones que el ejército del sur dirijia al gobierno de Santiago por el estado precario en que le tenia, eran sin duda alguna sinceras, espontáneas, pero bajo ningun concepto merecidas. Cometió, es verdad, O'Higgins una falta en mirar con demasiada indiferencia y casi con desprecio los últimos restos del ejército de Ossorio y en fiarse demasiado de la pericia y gran mérito militar de don Ramon Freire, confianza que no siempre admiten las circunstancias, y que esta vez colocó aquella brillante division en una posicion tan lastimosa

como comprometida. Es necesario confesar por otra parte, que la intelijencia y actividad suma del director no podian bastar á todo, especialmente en momentos en que el país estaba lanzado á las mas vastas empresas, porque el Perú con sus numerosos recursos se presentaba siempre como el gran poder opresor de su libertad, el verdadero nudo gordiano que era preciso cortar, no con simples espediciones marítimas ya que las dos primeras habian producido escasos resultados, sino con una verdadera invasion terrestre, invasion cuyos enormes gastos muy difícilmente podria soportar el estado del país. A fuerza de empréstitos y de donativos repetidos tantas veces, y mas que todo, con las enormes exacciones hechas por el espíritu violento y apasionado de los partidos alternativamente á patriotas y realistas, á exaltados y moderados, las fortunas estaban enteramente arruinadas, la agricultura y el comercio eran casi nulos, y el país, en otro tiempo tan rico y floreciente, habia llegado á un estado de miseria tal, que solo la virtud republicana podia soportarlo y la esperanza de un porvenir mas lisonjero.

Otra desgracia que aumentó considerablemente la intranquilidad del gobierno, y que hubiera paralizado sus jenerosos esfuerzos, á ser posible que le faltase el valor y la confianza, fué el estado de anarquía en que cayó por entonces la república de Buenos-Aires. Mientras Pueyrredon estuvo en el poder, un solo pensamiento, una sola política dirijió las dos repúblicas, hubo comunidad de intereses entre los jefes, y en esta buena coyuntura se proyectó, discutió y aprobó la invasion del Perú. Cuando á principios de 1819 pasó Irisarri á Buenos-Aires, se debatió de nuevo esta cuestion de un modo mucho mas for-

mal por parte del gobierno arjentino, pues que por medio de un contrato se comprometió á suministrar para los gastos de la invasion lo que antes tenia prometido, es decir, trescientos mil pesos. Pero á poco tiempo, aquellas hermosas provincias lanzadas por la anarquía en grandes revoluciones, se separaron unas de otras, amenazando hacerse completamente independientes si no se tomaba por base de la constitucion el sistema federativo. Los confederados, que en un principio no tuvieron séquito, lo adquirieron poderoso con las censuras dirijidas á Pueyrredon, atribuyéndole que queria protejer una monarquía constitucional con el príncipe de Luca á su cabeza, antiguo heredero del reino de Etruria. Los enviados de Buenos-Aires en Paris don José Valentin Gomez y don Mariano Gutierrez Moreno, así como don José Irisarri, enviado de Chile en Londres, y tambien Rivadavia estuvieron encargados de hacer entrar á su gobierno en esta nueva combinacion política, ideada por la Francia y aceptada, segun aseguraban, por Pueyrredon. Por lo menos los federalistas le acusaron de ello seriamente, acusacion que tomó la suficiente consistencia para obligarle á renunciar la direccion de los negocios, que se encomendó al jeneral don José Rondeau. Desde entonces las guerras civiles en que tomó una parte muy activa don José Miguel Carrera, ocuparon toda la atencion de los facciosos. El país quedó entregado á sus violentas pasiones y no tardaron en seguirse los apuros financieros que paralizaron la marcha del gobierno, y le impidieron cumplir sus obligaciones relativamente al contrato celebrado entre Irisarri y el ministro de estado don Gregorio Tagle.

Por consecuencia de estos incidentes, O'Higgins se vió

reducido otra vez á sus propios recursos, casi enteramente agotados con las dos espediciones anteriores. Fuéle pues necesario apelar de nuevo al patriotismo de los habitantes, acelerar la venta de los bienes secuestrados y valerse de su crédito para con los comerciantes ingleses y americanos, que se apresuraron á contribuir para la tercera espedicion segun sus facultades, porque no veian en esta guerra mas que un negoció de comercio, es decir la esplotacion de un país sumamente rico para numerosas esportaciones. Y todavía, ademas de estos mil obstáculos, la discordia se apoderó del personal de la marina. Como ya hemos dicho, la tripulacion en su mayor parte desde el marinero hasta el jefe, se componia de estranjeros, jentes que por lo jeneral no miran mas que su interés, y carecen completamente del espíritu de nacionalidad, único susceptible de grandes cosas. Cualquiera hubiese creido que eran unos nuevos condottieri de Italia ó mercenarios de la antigua Cartago, dispuestos siempre á sublevarse y prontos á irse con el que les pagara mejor. Felizmente el jefe que les mandaba, les imponia con su nombre y les inspiraba respeto y obediencia con el prestijio de su valor y de su arrojo. Lord Cochrane, en efecto, pudo introducir la disciplina en un conjunto tan heterojéneo de marineros, y aun ligarlos por medio de la especie de patronato que se atribuyó sobre ellos y mas que todo por los lazos de interés comun, móvil único de sus acciones. Respecto á esto, es necesario decir que el célebre marino favorecia de una manera particular á toda su tripulacion, y que su celo le arrastraba algunas veces á pretensiones bastante injustas. Porque se ofreció á los marinos entregarles una parte muy crecida de las presas para que se repartiese en pro-

porcion á la categoría de cada uno, solicitaba cosas onerosísimas, por ejemplo que los ciento veinte cañones de bronce cojidos en Valdivia se vendiesen para distribuir su producto, como si aquellos no hubiesen sido cojidos en el país mismo y no fueran de hecho una propiedad chilena, accidentalmente en manos de una faccion ó de un enemigo. Una cosa que reclamaba igualmente y á veces con un aire de reconvencion ofensivo á las autoridades, era los sueldos atrasados de sus subordinados y ciertas presas que pretendia pertenecerles, queriendo que en esta materia rijiese la lejislacion de la marina inglesa y no la de la española, que era sin embargo la que estaba en plena observancia en el país (1). Indudablemente el gobierno no podia retardar el pago de los sueldos corrientes y atrasados á aquellos marineros, cuya mayor parte estaban atacados de una comezon de actividad que á veces no era inferior á su mala fe; pero los jefes, por lo menos, debian tener en consideracion el estado de angustia en que momentáneamente se encontraba el país de resultas de los sacrificios verdaderamente inmensos que acababan de hacer los habitantes, contribuyendo cada uno con la parte que se le repartió para armar y equipar la tercera espedicion. Tambien debieran apreciar mejor el respetable carácter de O'Higgins, que no deseaba mas que satisfacer esta deuda, estando muy lejos de su intencion retardar su pago, y mucho menos apelar al desinterés de los marinos. Hoy causarian grande admiracion las duras palabras que lord Cochrane usaba con las autoridades en semejantes ocasiones, exajerando estraordinariamente el estado lastimoso de los soldados y aun de

(1) Véase la interesante memoria de don Antonio García Reyes sobre la primera escuadra nacional, pájina 59, etc.

los oficiales, si no se supiese que un desengaño vino á contrariar en aquel momento sus bellas aspiraciones á ser jefe único de mar y tierra en esta grande espedicion.

El país que se iba en efecto á rejenerar, era el Perú, este antiguo imperio de los Incas de esclarecida y notable memoria, cuyos habitantes solo esperaban un libertador para someterse inmediatamente á su autoridad. El dictado de libertador era seductor en demasía para no despertar nuevas ideas ambiciosas en la imajinacion de Cochrane, haciéndole quizá soñar con el título de protector, convirtiendo en provecho suyo los resultados de la espedicion. Cochrane tenia todas las cualidades del hombre del destino : el prestijio que deslumbra y fascina, el jenio que prevee y la audacia que consigue. Hombre de Plutarco, acaso hubiera podido representar el papel de Sforza, si otro militar no menos entendido y ambicioso, no le hubiera detenido en su brillante carrera. Este militar fué el jeneral San Martin.

Para toda persona reflexiva, San Martin era el héroe que convenia á tamaña empresa y el único merecedor de ponerse á su frente. Americano de nacimiento, profesaba la misma relijion que los que iba á libertar, tenia sus mismas costumbres, sus mismos hábitos y gozaba de mucha reputacion, no solo como jeneral, sino como hombre de gran prudencia y muy entendido. Ademas, él fué quien meditó con O'Higgins la invasion, aun antes de la restauracion de Chile, no habiendo cesado desde entonces de prepararse para ella y de hacer los mas laudables esfuerzos para conducirla á buen término. La invitacion misma hecha á Cochrane para que pasase á América, no tuvo mas objeto que el que cooperase á esta grande obra, ¿y hubiera sido razonable dejarle toda la gloria cuando

su cooperacion estaba remunerada con recompensas pecuniarias muy considerables? Sin embargo, esto fué lo que pretendió Cochrane, y lo que no consiguió de O'Higgins, á pesar de haberle amenazado formalmente con dejar el mando de la escuadra.

Estas amenazas eran sin duda muy embarazosas en momentos en que la espedicion estaba ya pronta para darse á la vela. El gobierno procuraba contemporizar por todos medios con la ridícula pretencion del almirante y satisfacer sus deseos, aunque sin prescindir un solo instante del deber de dar el mando de la espedicion al jeneral San Martin. Pero la envidia y los zelos habian penetrado en el corazon de los dos rivales, en el de Cochrane sobre todo, que mucho mas irritado, dirijia diariamente reconvenciones al gobierno, ya por la poca confianza que se tenia en él, puesto que se le ocultaban ciertos detalles de la espedicion, ya sobre sus instrucciones, etc., etc., y todo esto en un lenguaje tan impropio de un subordinado, que O'Higgins, perdiendo al fin la paciencia, pensó en el capitan Guise para ponerle al frente de la escuadra, si se veia en la necesidad de separar á Cochrane, medida sin duda violenta y que fué oríjen de mil contestaciones no menos desagradables.

Tantas y de tan diversa naturaleza fueron las contrariedades que tuvo que vencer O'Higgins para organizar la espedicion, una de las mas grandes y difíciles, y que llenó de admiracion á todo el mundo, hasta á sus enemigos mas encarnizados. La espedicion se componia de ocho buques de guerra, que formaban casi toda la escuadra chilena, y diez y seis transportes. Las tropas no llegaban á cuatro mil quinientos hombres, incluso el batallon número 2 de Chile que debia tomarse en el puerto

de Coquimbo, pero llevaban un depósito de armas y efectos de guerra para armar y equipar un ejército de quince mil soldados. Porque se esperaba mucho de las ideas de libertad que empezaban á cundir por todas las ciudades de América y que debian acabar por ganar el ejército realista, compuesto de pocos españoles y de muchos criollos, que tarde ó temprano habian de pasar adonde estaban sus paisanos.

Las tropas espedicionarias acampadas en Rancagua, Quillota, etc., emprendieron la marcha y se dirijieron á Valparaiso, donde salieron á esperarlos sus parientes y amigos y una multitud de curiosos que deseaban ver el gran movimiento del puerto y presenciar la salida de una flotilla que nunca la habia tenido igual el país. San Martin era, como le correspondia de justicia, el jefe de mar y tierra de la espedicion, y por consiguiente Cochrane iba á sus órdenes. Para mejor obrar de comun acuerdo debieran embarcarse ambos en el mismo buque, pero no estando muy bien avenidos, prefirieron ir separados, y el primero se embarcó en el navío *San Martin* y el segundo en la fragata *O'Higgins*, destinada á marchar de vanguardia.

Las tropas reunidas en Valparaiso empezaron á embarcarse en los diferentes buques el 19 de agosto de 1820. El embarque lo verificaron al sonido de sus músicas y de los repiques de campanas, en presencia del director y de sus principales ministros, que habian ido á activar la espedicion, y en medio de los mil aplausos del populacho que ocupaba en masa todo lo largo de la playa y las alturas de las colinas. El 20 por la tarde, estando ya todo el mundo á bordo, se hizo la señal de partir, y á poco rato se vió surcada la bahía de Valpa-

raiso por el gran número de buques que llevaban el destino de casi toda la América meridional. Durante la navegacion, dos ó tres buques se separaron momentáneamente del convoy, pero en jeneral hubo el mayor órden, y el 7 de setiembre casi todos se hallaban en la bahía de Pararca cerca de Pisco, á cincuenta leguas sur de Lima. Al dia siguiente el bizarro coronel Las Heras, jefe de estado mayor, bajó á tierra con tres batallones, cincuenta caballos y dos piezas de campaña, protejido por algunos cañonazos de la *Montezuma*, que bastaron para dispersar un cuerpo de caballería que se presentó á oponerse al desembarque. Estas tropas llegaron por la tarde á Pisco, que abandonaron los sesenta hombres de su guarnicion, despues de devastarlo completamente. Las demas desembarcaron en los dias siguientes y tambien se dirijieron sobre Pisco, para de allí desparramarse por los alrededores con el objeto de proporcionarse víveres, ganado y sobre todo negros, pues habia el proyecto de alistarlos en el ejército con la promesa de darles la libertad cuando concluyese la campaña. Desgraciadamente el retraso de algunos buques en que iban caballos, hizo que no pudieran utilizarlos, de lo que resultó que la lentitud con que las tropas se movian de un punto á otro, unido á la esquisita prudencia de San Martin, dió tiempo á los propietarios para internar los esclavos y ponerlos en sitio seguro. Sin embargo, aun pudo adquirirse un número bastante regular, pues solo de la hacienda de Caucato se tomaron quinientos que se empezaron á instruir y disciplinar. Tambien se apoderaron de bastantes carneros y ganado vacuno, mas de treinta mil arrobas de azúcar, mucho aguardiente y otros varios objetos útiles para la espedicion (1).

(1) Véase el diario militar de la espedicion, publicado en la gaceta estraordinaria de Chile, y su estracto en las memorias de Miller.

En cuanto Pezuela supo la llegada de San Martin, tomó las mas prontas medidas para hacer frente á este temible enemigo. Su posicion entonces era mucho mas ventajosa, porque aprovechándose de la anarquía que trabajaba á la república arjentina, de cuyas resultas se habia dispersado el ejército de Tucuman, retiró sus tropas en número de siete mil hombres de las provincias de Salta y Jujuy, las llevó al alto Perú y estableció el cuartel jeneral en Puno. Ramirez, que habia reemplazado á Laserna en el mando de estas tropas, recibió órden de dejar á Olañeta con su vanguardia en Tupiza, despachar á toda prisa á Valdés sobre Lima con parte de su division é ir á incorporarse con la otra al ejército de reserva, que estaba con Ricafort en Arequipa. En seguida reunió en Lima los milicianos que habia despachado á sus casas por no serle ya necesarios despues de los sucesos de Buenos-Aires; nombró comandante jeneral de la costa al coronel de milicias Quimper; envió de vanguardia á Lurin al brigadier O'Reilly, á quien solo dió un escuadron de dragones del Perú y otro de milicianos de Carabaillo, cuando debiera haberle puesto á la cabeza de una fuerte division; y dedicó en fin su atencion á este serio asunto, en el que quiso tomar parte el consulado, proponiendo, aunque en vano, tripular por su cuenta las tres fragatas fondeadas en la bahía, la *Venganza*, la *Esmeralda* y la *Prueba*, enviadas á buscar á Arequipa (1).

Se hallaba ocupado el virey en estos preparativos de

(1) Segun don José Ballesteros se componia entonces el ejército real ó peruano de veinte y tres mil hombres, á saber :

En el Callao y Lima, siete mil ochocientos quince.

En Pisco, Cañetes y Chancas, setecientos.

En el alto Perú, seis mil.

En Arequipa, Trujillo, Guayaquil, Guamanga, Cuzco y Jauja, ocho mil cuatrocientos ochenta y cinco.

defensa, cuando una nueva sumamente importante vino á aumentarle las dificultades.

Se supo la gran revolucion ocurrida en España, en la que habiendo triunfado el partido liberal, la constitucion de 1812 estaba otra vez proclamada en todo el reino. A pesar de la impaciencia de muchos para que se jurase en el país esta constitucion, cuyo dogma era una monarquía completamente democrática, el virey Pezuela no se resolvió á hacerlo, porque veia en ello una pendiente mas, á que pudieran ser arrastrados ciertos oficiales españoles, no poco imbuidos en los principios revolucionarios. Por otra parte, no siendo oficial la noticia, no debia tomar sobre sí la responsabilidad de un acto de tan trascendentales consecuencias; pero cuando á mediados de setiembre se le comunicó la órden, no estuvo en su mano diferir su cumplimiento, y el dia 17 se proclamó con gran ceremonia la nueva ley fundamental en todos los pueblos del vireinato.

Pezuela conocia en efecto, que la política española iba á perder considerablemente en esta especie de reforma. Su posicion, un momento mejorada con la anarquía de las provincias de Buenos-Aires, tenia que resentirse de las mil disensiones que necesariamente habian de nacer en el ánimo de los peruanos y de los españoles. Supo tambien una noticia sumamente trascendental para el porvenir de los realistas del Perú. El grande ejército reunido cerca de Cádiz para marchar á la reconquista de Buenos-Aires al mando del conde del Abisbal, habiendo manifestado con repeticion su mucha repugnancia á embarcarse para América, sobre todo cuando veia y sentia los horrorosos estragos que la fiebre amarilla estaba haciendo en Cádiz, se sublevó enarbolando la ban-

dera de la libertad y reuniéndose á los soldados de Riego. Este suceso era ventajosísimo á los patriotas, porque en caso de llegar estas tropas, se verian acosadas en todos los puntos de la América meridional, en el sur por estas mismas tropas, en el norte por los ejércitos entonces brillantes de Morillo y de Calzada y en el centro por el del Perú reforzado con el de Chiloe. Pezuela comprendia perfectamente su situacion, y sin duda para salir de ella de la manera mas honrosa posible, procuró entablar negociaciones con el jeneral patriota, proponiéndole por medio de don Cleto Escudero preliminares de paz, si lo juzgaba conveniente.

San Martin recibió el mensaje á pocos dias de su desembarque y respondió al virey asegurándole de sus simpatías para que cesasen cuanto antes los horrores de la guerra. Accediendo á los deseos de su adversario, nombró dos plenipotenciarios, don Tomas Guido y don Juan García del Rio, los que con instrucciones por escrito marcharon á Miraflores, á donde no tardaron en llegar los dos de Pezuela, que fueron el doctor don Hipólito Unanue y el conde de Villar de Fuentes, ambos peruanos, que habiendo infundido por esta razon alguna desconfianza á los ánimos suspicaces, se les agregó á poco el teniente de navío don Dionisio Capaz.

En las cuestiones de opinion y en las que se ventilan grandes intereses, mil dificultades salen casi siempre al paso de las pretensiones y aun á veces de la buena fe misma de los encargados de discutirlas. La primera reunion de los plenipotenciarios en Miraflores hizo entrever desde luego la imposibilidad de que se entendieran. Querian los realistas que los patriotas jurasen la constitucion, lo cual equivalia á un reconocimiento tácito del poder

español sobre América, que era precisamente á lo que se oponian con razon los plenipotenciarios patriotas. Estos por el contrario establecian como condicion *sine qua non* de los preliminares, el reconocimiento completo de la independencia, no solo de Chile sino de Buenos-Aires, porque en aquel entonces la alianza arjentino-chilena era tan estrecha y eficaz, que envolvia la mas absoluta solidaridad, escluyendo la accion aislada de una de las dos potencias en un punto de tamaño interés. Con semejantes pretensiones, la primera sesion no dió ningun resultado, y lo mismo sucedió en las siguientes, á pesar de que el virey fué en persona á ver á los diputados patriotas, con la esperanza de concluir un asunto que tanto le importaba llevar á buen término. El congreso se encontró en la necesidad de cerrar sus puertas y las hostilidades, suspendidas por ocho dias, volvieron á empezar sus espantosas operaciones, enviando San Martin partidas á los alrededores para que protejiesen las deserciones ó inquietasen las avanzadas del enemigo. Pero antes publicó varias proclamas, una á sus soldados diciéndoles que no iba como conquistador sino como libertador, y que castigaria con la muerte ú otras penas severas al que robase ó insultase á los habitantes ó derramase una gota de sangre despues del combate, otra á los habitantes haciéndoles ver lo absurdo que era tener el gobierno á dos mil leguas de distancia y asegurándoles que iba á poner término á su angustia y humillacion; por último, otras á los propietarios, prometiéndoles que lo que tomase el ejército les seria pagado mas adelante bajo recibo é instando á los emigrados á que volviesen á sus casas, en la seguridad de que nada les sucederia, á pesar de sus opiniones avanzadas.

Antes de que el ejército libertador saliese de Valparaiso, el intrépido Vidal partió para el Perú en una mala embarcacion, con objeto de ajitar las poblaciones en favor de la independencia y de repartir numerosas proclamas en que se iniciaba al pueblo en todos los beneficios de aquella. Ya cuando las primeras espediciones de Cochrane se procuró jeneralizar estas ideas y atraer partidarios, que con el tiempo fuesen otros tantos auxiliares. San Martin sabia muy bien que esto habia producido buenos resultados, y que muchos habitantes y aun jefes americanos, solo esperaban una ocasion para acreditar con actos y con las armas, sus simpatías á la conquista de la independencia. En esta persuasion envió al interior del país una division que protejiese á los que tuvieran bastante valor para pronunciarse, dando el mando de ella al coronel don Juan Antonio Alvarez de Arenales.

Este se encontraba en Ica encargado de batir á Quimper, que se habia refujiado allí con la guarnicion de Pisco, no habiendo sido posible alcanzarle hasta Nasca, donde él y los suyos fueron completamente derrotados con pérdida de los bagajes, municiones, gran número de mulas, la bandera, etc., y muchos soldados que se rindieron á los patriotas, ademas de dos compañías que se pasaron antes. Dejando en Ica un destacamento de cincuenta cazadores á las órdenes del teniente coronel Bermudez y del capitan don Luis Aldao con buen número de oficiales y muchas armas para levantar tropas, tomó Arenales el camino de Huamanga con mil doscientos hombres próximamente y dos piezas, fuerza sumamente corta para lanzarse en medio de un país enemigo. Con objeto de protejer su salida y evitar que la vanguardia de O'Reilly marchase en su seguimiento, San Martin fué á atacar á

este jefe realista, pero solo aparentemente, pues en seguida volvió á su cuartel jeneral, y el 25 de setiembre su ejército se hizo á la vela, yendo á desembarcar á los pocos dias á Ancon, pequeño puerto á seis leguas de Lima.

Al pasar por delante de la bahía del Callao, el vicealmirante se quedó en aquellas aguas para bloquear el puerto con la *O'Higgins*, la *Lautaro*, la *Independencia* y el *Arauco*. El estado de inercia necesaria para esta operacion, no podia de ninguna manera convenir al carácter activo é impetuoso de un guerrero, cuya exaltacion adquiria tanto impulso á la vista del enemigo. Su viva imajinacion le hizo comprender que podia atacar con algun éxito la fragata *Esmeralda*, por mas que estaba bajo los fuegos de las formidables fortalezas del puerto, rodeada de cinco buques de guerra de diferentes portes, de otros tres mercantes bien armados y de veinte lanchas cañoneras, y por mas que el puerto estuviese separado de la bahía por una cadena que solo ofrecia un paso estrecho para la entrada de las embarcaciones. Concertado el plan con San Martin é instruidos de sus detalles los oficiales, estos prepararon por medio de ejercicios á los doscientos cuarenta hombres que se necesitaban para su ejecucion y que se prestaron de buena voluntad á ella. El mismo dia del ataque se trasladaron los doscientos cuarenta hombres á la *O'Higgins*, y los demas buques recibieron órden de salir de la bahía á las órdenes del capitan Forster. Fué esta una escelente idea del almirante, para que los jefes enemigos creyesen que la escuadra de bloqueo se alejaba de la bahía y relajasen la severidad del servicio.

Luego que todo estuvo preparado, lord Cochrane di-

rijió una alocucion enérjica á los que iban á tomar parte en la arriesgada espedicion, pidiéndoles una hora de valor para el feliz éxito de la empresa, y ofreciéndoles en premio el importe de los buques que se apresasen. Esto sucedia el 5 de noviembre, y á eso de las once de la noche soldados y marineros se embarcaron en trece botes y se dirijieron á la *Esmeralda*, los unos á las órdenes del capitan Guise y los otros á las del de la misma clase Erosbic. Al pasar cerca de dos fragatas de guerra estranjeras, la *Hiperion*, inglesa, y la *Macedonia*, de los Estados-Unidos, que momentáneamente estaban ancladas en el puerto, los centinelas dieron el quien vive de costumbre, pero sin alarmar mucho á los buques enemigos. La espedicion, pues, llegó á media noche á la primera lancha cañonera sin el menor accidente y en seguida á la *Esmeralda*, que tomó inmediatamente por asalto. Lord Cochrane á estribor y el capitan Guise á babor fueron de los primeros que saltaron sobre el puente, y en el alborozo que les causó su heróico encuentro, se dieron un fuerte apreton de manos, como una protesta viva, por desgracia poco duradera, contra su enemistad pasada. Les siguieron sus valientes compañeros que al punto atacaron al enemigo, el cual tuvo que refujiarse á la popa y rendirse despues de un combate encarnizado, ó tirarse al mar para salvarse. Entonces la noticia de haber sido apresada la fragata se esparció por toda la bahía, no obstante los repetidos gritos de *Viva el rey* que los patriotas hacian resonar por todas partes con arreglo á las órdenes de Cochrane, y los demas buques que no habia sido posible atacar, empezaron á disparar cañonazos sobre ella, los que unidos á los de la formidable artillería de las fortalezas, produjeron la escena

mas espantosa de cuantas habian visto la mayor parte de los presentes. En medio de ella, mandó Guise cortar los cables con que estaba amarrada la fragata, Crosbie desplegó las velas del bauprés, etc., y á poco rato veian los españoles á su principal buque de guerra alejarse del puerto para ir á aumentar el número de los de la escuadra enemiga. Durante la marcha, observó Cochrane que los buques de guerra estranjeros se alejaban de sus sitios para evitar las balas de cañon de las fortalezas, y que en lo alto de los palos mayores tenian unos faroles dispuestos de la misma manera. Conociendo que estas eran señales convenidas con los realistas para estar al abrigo de sus fuegos, mandó al punto ponerlos en la fragata, y desconcertado el enemigo con esta injeniosa estratajema, la *Esmeralda* pudo llegar á sitio seguro con grande aplauso de sus valientes y orgullosos marinos.

El apresamiento de la *Esmeralda* es con efecto una de las acciones mas brillantes de Cochrane. Lo mismo que sucedió en la toma de Valdivia, todo estuvo previsto y calculado de antemano, y menos el ataque de los demas buques que tuvo lugar por circunstancias particulares, todo sucedió absolutamente conforme lo habia predicho. El gobierno dió á la fragata el nombre de *Valdivia*, en memoria de la grande empresa que tuvo tan feliz éxito y de la que fué tambien el héroe Cochrane. Estaba en muy buen estado, armada con cuarenta y cuatro cañones y perfectamente provista de todo lo necesario, así en provisiones de boca como en material. Segun un estado que se encontró entre los papeles de á bordo, su tripulacion, comprendidos marineros y soldados, se componia de trescientos veinte hombres, pero solo se hicieron ciento setenta y tres prisioneros: los ciento cincuenta y siete

restantes fueron muertos ó heridos, ó se salvaron tirándose al mar. El comandante don Luis Coig entró en el número de los prisioneros, habiendo sido herido de una bala de cañon lanzada de una lancha española. Los chilenos no tuvieron mas que once muertos y treinta heridos, entre estos el vice-almirante.

Lord Cochrane no quiso quedarse con los heridos españoles. Por medio de un parlamentario solicitó que los recibiesen en tierra, y el mismo dia desembarcaron aquellos desgraciados, que se vieron en medio de un pueblo atónito con lo que acababa de pasar. La guarnicion sobre todo estaba sumamente ajitada. Acusaba de deslealtad á los buques neutrales, y en un momento de exasperacion fueron asesinados un oficial y varios marineros de la *Macedonia* que habian bajado á tierra en busca de provisiones. Algunos oficiales no espresaban menos, aunque con mas reserva, su cólera contra las tripulaciònes estranjeras, á las cuales atribuian igualmente una buena parte de un suceso, cuyas consecuencias conocian perfectamente. Porque mejor que nadie veian que la marina española iba á ser echada para siempre del mar del Sur, y que no tardarian en caer tambien en poder de los patriotas las dos fragatas que les quedaban, la *Prueba* y la *Venganza*, entonces en la costa sur del país (1). A los pocos dias el pailebot *Aranzazu*, de siete cañones, tuvo que rendirse al *Araucano*, á pesar de la vigorosa resistencia que hizo.

San Martin esperaba con grande ansiedad los resul-

(1) Estos dos buques habian ido á buscar ochocientos hombres de Canterac venidos del alto Perú y embarcados en los puertos intermedios. Despues que desembarcaron estas tropas en Cerro-Azul cerca de Cañete, huyendo de Cochrane, se hicieron á la vela para el norte, tocaron en Panamá, San Blas y Acapulco y acabaron por rendirse á los patriotas.

tados del ataque, que supo al dia siguiente por el *Araucano*, buque destinado á servir de correo para tener á los demas en comunicacion constante. Por una singular y feliz casualidad supo casi al mismo tiempo la revolucion de Guayaquil en favor de las ideas americanas, fomentada por el teniente coronel don Gregorio Escovedo, á quien nombraron presidente del gobierno provisional que se estableció, y en seguida la de Huanuco en el interior del Perú (1). No tenia la segunda tanta importancia como la primera, porque era mas civil que militar, razon por la cual se resolvió ir á protejer los jenerosos esfuerzos de aquellos patriotas. Despues de algunas escursiones á los alrededores de Ancon y Capacavana y de enviar al mayor Reyes á que se apoderase de Chancay, el jeneral en jefe embarcó todas sus tropas, que al dia siguiente 9 de noviembre desembarcaron en Huacho, puerto del valle de Haura á veinte y ocho leguas norte de Lima, para ir á acampar á dicho valle, con lo que quedó interceptada toda comunicacion entre Lima y las grandes poblaciones del norte.

En cuanto el virey supo la salida de Ancon de los patriotas y la ocupacion de Chancay por un corto destacamento á las órdenes de Reyes, mandó á don Gregorio Valdés, recien llegado del campamento jeneral de Aznapuquio á dos leguas al norte de Lima, que marchase contra dicho destacamento y le echase de su posicion. Valdés, que habia dado grandes pruebas de valor é in-

(1) Llevada á cabo esta revolucion por la guarnicion y los habitantes de consuno sin derramar una sola gota de sangre, Guayaquil ejerció grande influencia en los destinos de las repúblicas americanas, porque aparte de privar de sus maderas, cacao, etc., al comercio de Lima, puso en continua comunicacion de intereses á los numerosos patriotas de Quito, que jemian bajo el yugo de su presidente Aimerich.

telijencia mientras estuvo en el alto Perú, tomó un escuadron de dragones de la Union, otro del Perú y el batallon de Numancia, y marchó á Chancay, que encontró desierto. Los patriotas se habian retirado hácia el norte, yendo delante la infantería y la caballería detras para protejerla. Como se hallaban á no gran distancia, Valdés avanzó sobre ellos con el escuadron de la Union, y cuando ya creia alcanzar la caballería, compuesta solamente de treinta y seis cazadores, estos, que estaban mandados por el valiente Bransden, volvieron caras y cargaron al enemigo, al que acuchillaron hasta el final de un largo callejon en que estaban los dragones del Perú, que asi mismo fueron acuchillados y hubieran sido completamente deshechos, á no llegar á tiempo de contener á la vez vencedores y vencidos una compañía de cazadores de Numancia. Gracias á esta magnífica carga, pudo la infantería de Reyes llegar con toda seguridad á Supe, donde habia gran número de tropas, y Valdés, que aun queria cargarles con los dragones del Perú, se volvió á Chancay, pasando de allí á Chancaillo.

No eran bien conocidas las intenciones de este coronel, cuya division se habia reforzado con los batallones de Arequipa, segundo del Infante y dos piezas de artillería. Se sabia solamente que pensaba ir á Sayan, diez leguas al este de Huaura, para interponerse entre la division de Alvarez, que estaba en la sierra, y las demas tropas que se encontraban padeciendo las enfermedades endémicas en aquellos valles. Con objeto de espiar sus movimientos destacó San Martin al coronel Alvarado, mientras el de igual clase don Enrique Campino fué á Huaras con el número 5 de Chile á atacar la guarnicion, que tuvo la fortuna de que cayese toda entera en su poder.

Entre los prisioneros habia sesenta soldados de Burgos y del infante don Carlos, dos oficiales y el célebre don Clemente Lantaño, que por haber manifestado alguna tendencia á las ideas liberales Pezuela habia mandado á aquel pueblo. Con motivo de enfermedad del subdelegado coronel de milicias, estaba encargado accidentalmente del mando de las tropas.

Lejos de conformarse el virey con el plan de Valdés, que era marchar á Sayan, lo que probablemente hubiera sido muy ventajoso para los realistas, le mandó replegarse sobre Chancaillo. Alvarado fué en su seguimiento, llevando de vanguardia al teniente don Pascual Pringueles con veinte y cinco granaderos á caballo, los cuales se vieron atacados por sorpresa y cayeron en manos de los soldados de Valdés, lo que no impidió que Alvarado continuase su marcha y alcanzase la division de aquel coronel en Tecuan : pero fuese por cansancio ó porque considerase insuficientes los setecientos caballos que llevaba, no juzgó oportuno atacarla, y marchó á acampar á Retes, dos leguas de Chançay, mientras los realistas se dirijieron á la hacienda de Basurto, de donde no salieron hasta el primero de diciembre para Lima.

Hasta entonces habia tenido en gran cuidado á Valdés lo llano del terreno por que caminaba, conociendo que podia ser atacado con desventaja por la caballeria enemiga, mucho mas fuerte que la de su division, la cual consistia principalmente en infantería. Por esta razon habia conservado sus tropas reunidas, sin consentir que nadie se separase : pero luego que salió de Basurto y se encontró en un terreno muy desigual, tomó la delantera con toda la caballería, reforzada con un escuadron de dragones al mando de Landázuri, para llegar cuanto antes á

los alfafares de Trapiche-viejo, con el doble objeto de dar de comer á los caballos, que se morian de hambre, y preparar el alojamiento del batallon de Numancia, que iba en retaguardia.

Este batallon, que llegó con Morillo á Venezuela, habia sido diezmado de tal manera con las guerras y las enfermedades, que estaba enteramente renovado. No le componian sino poquísimos españoles y solo sí zambos, mulatos é indios de la provincia de Barinas. Despues de la batalla de Maypu, el virey Samano se lo envió á Pezuela accediendo á las vivas instancias de este, y entonces contaba mil doscientos hombres bien armados y perfectamente disciplinados. Al llegar á Lima despues de haber sufrido fatigas y privaciones inauditas, se manifestó en él el descontento con numerosas deserciones que tenian la tendencia de pasarse al enemigo. Los mismos oficiales daban muestras de igual inclinacion, pues el 28 de noviembre tres se habian incorporado ya al ejército de Alvarado; lo cual debiera haber llamado la atencion de Valdés, que era sabedor de sus proyectos. Pero el destino de América lo dispuso de otro modo. Abandonado este batallon á sí mismo, y siendo liberales casi todos sus oficiales y realistas muy pocos, aprovechó un momento de descanso al pié de la cuesta de Huachos para insurreccionarse, apoderarse del coronel y del corto número de oficiales que se mantuvieron fieles y marchar por el lado en que estaba el campamento de Alvarado, en union con un escuadron de granaderos, que habia ido á protejer su sublevacion. El estado miserable en que se encontraba, tanto por la fatiga como por la falta de víveres y vestuario, obligó á Alvarado á pedir dos buques que lo llevasen donde estaba San-Martin, quien lo recibió con el

mayor gusto, porque vió aumentado su ejército con ochocientos hombres de muy buenas tropas y perfectamente armados y disciplinados. Como prenda de su gran satisfaccion conservó al batallon el nombre que tenia, añadiéndole el dictado de *fiel á la patria.* Lo declaró el batallon mas antiguo del ejército libertador, y en prueba de la confianza que le inspiraba su bravura, le confió la bandera del ejército. El teniente coronel graduado don Tomas Heres, jefe principal de la sublevacion del batallon, fué nombrado su coronel efectivo, encargándole al propio tiempo que propusiera las recompensas á que considerase acreedores á sus individuos.

Ocurrió este feliz suceso el 3 de diciembre de 1820. La víspera se presentaron á San Martin en Supe veinte y dos oficiales y ochenta y cinco soldados y sarjentos prisioneros depositados hacia mucho tiempo en las casamatas de Lima, que le envió Pezuela en canje de los once militares cojidos cuando la revolucion de Guayaquil y de otros oficiales. A los cinco dias un nuevo suceso llenó de entusiasmo el campamento de los patriotas. Treinta y ocho oficiales y muchos cadetes se escaparon de Lima y fueron á reunirse á ellos llenos de buena voluntad para defender su causa. Uno de estos cadetes era Salaverri, jóven de doce años fugado de la casa de su padre, que manifestó en esta ocasion la gran firmeza de carácter de que mas adelante dió tan repetidas pruebas.

El interior del pais no estaba mas al abrigo de la influencia que ejercia en las ideas peruanas la presencia del ejército libertador en la costa. Si los síntomas de defeccion se manifestaron en los soldados y milicianos cuando las primeras espediciones de lord Cochrane, ahora alcanzaban á los oficiales, muchos de los cuales

solo esperaban la aproximacion de los patriotas para pasarse. Por otra parte, el clero del Perú y especialmente el de Lima, no tenia ni con mucho la influencia que el de Chile en la conciencia del pueblo. El lujo, la ociosidad y el sensualismo en que vivian los altos personajes y algunos curas de aquella gran capital, habia echado el jérmen de la desmoralizacion en el corazon del pueblo, inspirándole cierta especie de indiferencia por todo lo que el clero le recomendaba : lo cual ocurria precisamente en momentos en que los oficiales españoles adictos por conviccion al partido liberal de España, acababan de proclamar con grande entusiasmo la constitucion de 1812, que decian era la verdadera base de un buen gobierno. En todas partes se hablaba de nuevas conquistas hechas por las nuevas ideas, no solo entre los peruanos sino tambien entre los españoles mismos, estos con la esperanza de que así se reconciliaria España con sus colonias, y aquellos con la seguridad de que conseguirian la independencia. En el número de los últimos entraban personas de mucha influencia, y hasta oficiales superiores, que como los jenerales Lamar y Llano en Lima, los coroneles Gamarra en Tupiza, Lavin en Arequipa, etc., empezaron á conspirar, no habiendo fracasado sus planes sino porque se encontraron aislados.

Un personaje que tambien contribuyó mucho á propagar las ideas de independencia en el interior del país, fué el coronel Arenales, á quien hemos visto salir de Ica el 21 de octubre para su arriesgada y audaz espedicion. Desde Huamanga, adonde llegó á los diez dias escoltado por tres ó cuatro mil campesinos que salieron á su encuentro, se dirijió á Huancavelica y despues á Jauja, punto en que se encontró con los milicianos de la compa-

ñía de Cárdenas al mando del brigadier é intendente de la provincia don José Montenedro. Arenales no tuvo que cargar mas que una vez para derrotar esta compañía indisciplinada y continuar su marcha por el lado de Supe, en que se encontraban las fuerzas de San Martin.

Al llegar á Tarma el 23 de noviembre, supo que el brigadier O'Reilly, á la cabeza de cerca de mil hombres correspondientes al rejimiento de la Victoria, antes Talavera, y otros, de ciento ochenta dragones y lanceros de Lima y cerca de doscientos milicianos de los alrededores con algunas piezas de campaña, habia salido en direccion al cerro de Pasco para disputarle su paso. El caso era esta vez mucho mas serio, porque los patriotas, sobre ser inferiores en número, estaban muy cansados, no obstante que con los caballos cojidos en Jauja hubo los bastantes para la infantería, y tenian muchos reclutas, con los que se podia contar poco porque apenas estaban disciplinados. Sin embargo, Arenales no temió atacar á su antagonista. Al llegar el 5 de diciembre á Pasco, mandó acampar la division para darle algun descanso y para observar al enemigo, que encontró desplegado en batalla detras de un hondo barranco, apoyando su derecha en un terreno pantanoso y su izquierda en un pequeño lago. Al dia siguiente á eso de las nueve cuando estaba cayendo una gran nevada, fué á atacarle á pesar de su ventajosa posicion, rodeando el lago y amenazando el flanco el bizarro teniente coronel don Santiago Aldunate, mientras el número 11, á las órdenes del no menos bizarro Deza, atacaba de frente con tal intrepidez, que puede decirse que los realistas fueron completamente vencidos en la primera carga. Quedaron en el campo un oficial y cincuenta y tres soldados, habiendo sido hechos prisioneros casi to-

dos los demas. En el número de estos entraron el coronel don Manuel Sanchez, jefe de infantería, y el teniente coronel Santa Cruz, que hacia mucho tiempo deseaba pasar á las filas de la patria, en las que desde aquel momento prestó sus servicios con el mayor celo. No teniendo ya Arenales enemigos que combatir por el pronto, tomó el camino de Supe, pero antes de llegar á este punto recibió órden de repasar las cordilleras, y cuando ya la habia ejecutado, la revocó San Martin mandándole retroceder, por manera que renovó inútilmente á sus desgraciados soldados las mil fatigas y miserias que tantas veces habian sufrido. Pocos dias antes, es decir el 30 de noviembre, los indios de Guamanga, Guancavelica y Jauja, que al pasar Arenales se declararon en favor de la independencia, fueron atacados cerca de Huancayo por Ricafort con unos batallones que llevaba de Arequipa y otros que marcharon del Cuzco á Andahuailas, y fueron batidos y destrozados, á pesar de su número y de su resistencia. El batallon chilote de Castro, que formaba parte de esta espedicion, se portó como siempre con una valentía digna de mejor causa, y facilitó á la caballería el que pudiese perseguir con encarnizamiento á los desgraciados indios, que murieron á millares (1). Bermudez y Aldao, que se habian quedado en Jauja con trescientos infantes y cien caballos para protejerlos, se vieron en la necesidad de huir por la parte de la sierra, llegando á Pasco pocos dias despues de la salida de Alvarez.

(1) Por este y otros motivos se quejaba San Martin á Pezuela de la barbarie de sus soldados para con los habitantes que no tenian mas crímen que ser liberales, amenazándole con observar la misma conducta si no ponia el oportuno remedio. En una proclama á los españoles les dijo que se veria forzado por la ley del talion á poner fuera de la ley á todo español que se cojiese y mandarle fusilar inmediatamente, si tal barbarie continuaba. Gaceta ministerial estraordinaria de 17 de enero de 1821.

CAPITULO LVIII.

Los habitantes de Lima presentan á Pezuela una esposicion, apoyada por el cabildo, pidiéndole que capitule con San Martin. — Indignacion que esto causa á los españoles. — San Martin se retira á Haura. — Pezuela abdica el vireinato y le reemplaza Laserna. — Llega un plenipotenciario español encargado de tratar con los patriotas. — Negociaciones de Puchanca, que no producen resultado. — Motin de los oficiales de la escuadra. — Espedicion de Miller al sur del Perú. — Toma de Arica. — Victoria de Mirave. — Miller regresa á Pisco. — Laserna abandona á Lima. — Entrada del ejército libertador en esta capital. — Pérdida del *San Martin* y del *Pueyrredon*. — San Martin envia á Santiago las banderas chilenas cojidas en Rancagua. — Proclamacion de la independencia del Perú. — Cochrane se apodera de los buques enemigos fondeados en el puerto del Callao. — Acaloradas contestaciones entre San Martin y Cochrane. — Laserna se aprovecha de ellas para enviar una espedicion contra Lima. — Lamar entrega á San Martin la fortaleza del Callao. — Las fragatas *Prueba* y *Venganza* se rinden á las autoridades peruanas. — Cochrane las reclama, y como no se le entreguen, regresa á Chile con la escuadra. — Administracion de San Martin. — Derrota del jeneral don Domingo Tristan en Ica. — Entrevista de San Martin y Bolivar en Guayaquil con motivo de la incorporacion de esta provincia á Colombia. — Torre Tagle, delegado de San Martin en Lima, destierra á Monteagudo. — Apertura de un congreso. — San Martin depone el poder en manos de los representantes y se vuelve á Chile.

Hasta aquí las guerras del Perú habian estado reducidas á lijeros encuentros, simples escaramuzas sin mas objeto que apoderarse de los ganados, víveres, etc., etc., y propagar las ideas revolucionarias: no obstante, era fácil conocer cuanto progresaban estas ideas en la nacion y preveer las terribles consecuencias que iban á tener muy pronto para el ejército realista. La desmoralizacion empezaba á cundir lo mismo en las ciudades que en el campo, la desercion era cada dia mayor, á pesar de las avanzadas apostadas para contenerla, y las tropas españolas, acosadas en cierto modo en la capital, estaban en

vísperas de poner á San Martin en el caso de representar en tierra el mismo papel que Cochrane representaba hacia tiempo en el mar.

Los limeños no se hacian ilusiones acerca de su posicion. Desde que Chile se enseñoreó del océano Pacífico, conocieron que su capital caeria tarde ó temprano en poder de los patriotas, capaces en aquella época de hacerles sufrir, en caso de una resistencia formal, todos los horrores de la toma de una ciudad por asalto. Para evitar este desastre firmaron muchos habitantes, así paisanos como militares, una esposicion dirijida al virey, suplicándole hiciese una capitulacion honrosa con el jeneral San Martin, esposicion que fué presentada á aquella autoridad el 16 de deciembre de 1820 con varias observaciones del ayuntamiento, el cual se ofrecia á tomar parte en las nuevas negociaciones.

En cuanto corrió por la ciudad la noticia de lo que pasaba, una multitud de españoles y muchos militares muy apegados á sus intereses, se manifestaron indignados, y los oficiales de la Concordia pidieron por escrito que se destituyese á los de su rejimiento que habian firmado la esposicion, protestando que estaban prontos á sacrificar sus vidas y sus fortunas en sosten de la bandera que habian jurado defender.

Pezuela no accedió á lo que querian ni los unos ni los otros, por mas que estuviese muy inclinado á capitular, porque en su aislamiento no hallaba otro medio de salir con alguna ventaja de su mala posicion. Con la revolucion de Guayaquil y la muy reciente de Trujillo, todo el norte habia caido en poder de los patriotas y estaban cortadas sus comunicaciones con Quito, único país de que podia recibir algun socorro, pues nada tenia que

esperar de España, que se hallaba sin recursos y entregada á un partido que en medio de su triunfo habia proclamado tácitamente la independencia americana, en el hecho de confesar que su reconquista era imposible. Dominado por la inquietud de su posicion y deseando á toda costa defender á Lima y los grandes intereses de sus paisanos, desoyó los consejos de un partido militar que queria ir á atacar directamente á San Martin, ó bien abandonar la capital y retirarse á las ciudades del interior. Los que esto le propusieron, pertenecian á un partido de oposicion que de algun tiempo atrás trabajaba en favor del brigadier Laserna. Habia conseguido este partido que se formase una *junta directiva de guerra* que ponia la voluntad del virey á merced de una mayoría sospechosa, y queriendo aquel disminuir su poder, la redujo á simplemente *consultiva* á pesar de las vivas reclamaciones de los interesados, con lo cual la oposicion se hizo mas audaz, mas obstinada, ganó á casi todos los oficiales del ejército acampado en Aznapuquio y acabó por la caida de Pezuela.

Cuanto mas prestijio perdia el partido realista con estos sucesos, tanto mas ganaba el de la revolucion con la habilidad de su jeneral. La táctica de San Martin era mas bien táctica de astucia y prudencia, que de provocacion. Siendo su ejército, materialmente considerado, inferior al del virey, esperaba que fuese superior á fuerza de tiempo y de paciencia, porque veia con que afan se apresuraban ciertos pueblos á aceptar su bandera y confiaba en apoderarse poco á poco del país entero, ya por la suerte de las armas, ya por la traicion. Por eso continuó la guerra de corrupcion y de escaramuzas, contentándose con llevar la alarma á las avanzadas enemigas y protejer

los desertores. Un dia sin embargo, viéndose amenazado por una fuerte division de Valdés, tuvo que abandonar su campamento de Retes é ir á fortificarse sobre el rio de Haura, decidido á aceptar el combate. Aunque en la escaramuza que trabó la vanguardia enemiga con el capitan Raulet cupo la mejor parte á este valiente patriota, Valdés continuaba su marcha, cuando el virey Pezuela, temeroso de que San Martin por medio de una diversion y valiéndose de sus buques se dirijiese sobre Ancon y de allí sobre Lima, le mandó retroceder á su campamento de Anapuquio. Esta contraórden la censuraron mucho los oficiales intelijentes del ejército realista, porque tenian grandes esperanzas en aquella espedicion, y contribuyó no poco á acelerar la caida del virey, que tuvo lugar á los ocho dias. Con efecto, el 29 de enero de 1821 se vió obligado Pezuela á renunciar su cargo y salió de Lima para retirarse á una casa de campo de la Magdalena, poniéndose Laserna á la cabeza del vireinato, tan moral como materialmente mutilado. A los pocos dias habria caido en poder de San Martin la fortaleza del Callao, para lo cual se habia puesto de acuerdo con algunos oficiales que pudo ganar.

Por entonces llegaron á diferentes puntos de América comisionados españoles encargados de llevar proposiciones de paz. El partido liberal, triunfante en aquella época en España, creyó que no era con las armas con lo que se debia atacar las nuevas repúblicas, sino con la diplomacia; y siguiendo este sistema, muy en armonía por otra parte con sus ideas y con las exijencias del siglo, envió al Perú dos personas muy entendidas para que condujesen á buen término tan importante negociacion. Una de ellas murió al atravesar el istmo de

Panamá y la otra, el capitan de fragata don Manuel Abreu, llegó á Lima, pasando antes por el campamento de San Martin, donde fué recibido con mucho interés. Sus ideas sumamente favorables á las libertades americanas, su descuidado modo de vestir y su poco tacto para los asuntos diplomáticos, le hicieron mirar desde el principio con una desconfianza, de que participó igualmente Laserna. Sin embargo, como este tenia que dar curso á la mision de Abreu, comunicó á San Martin los deseos de su gobierno de abrir nuevas negociaciones. San Martin aceptó la proposicion de Laserna, y por una y otra parte se nombraron plenipotenciarios para discutir las bases. Los de los realistas fueron don Manuel Llano y don José María Galdiano, á los que naturalmente debe agregarse don Manuel Abreu, y los de los patriotas los mismos que la otra vez, es decir, García del Rio y don Tomas Guido recien llegados de Guayaquil, adonde habian ido comisionados para cumplimentar á Escovedo, jefe principal del levantamiento de aquella ciudad. La reunion tuvo lugar en Punchanca, hacienda á cinco leguas norte de Lima.

Como sucedió la vez primera, estas reuniones no dieron ningun resultado. Por espacio de veinte dias se estuvieron haciendo esfuerzos por una y otra parte para que prevaleciesen ideas que no podian ser aceptadas de ninguna manera, y aun se dijo que unos y otros procedieron con doblez para ganar tiempo y prolongar el armisticio, que empezó con los preliminares. La dificultad de llegar á un acomodamiento hizo que los dos jefes se citasen para conferenciar, yendo acompañado San Martin de Las Heras y otros oficiales superiores y Laserna de su segundo el jeneral Lamar y de los brigadieres Canterac y Monet.

La entrevista tuvo lugar el 23 de mayo de 1821. Precedieron á las primeras conferencias las mayores demostraciones de amistad y comidas en que hubo brindis que manifestaban las mejores intenciones. San Martin propuso un sistema de gobierno muy conforme con sus opiniones particulares, que consistia en poner al frente del Perú un rey independiente sacado de la familia real de España, con una constitucion, cuyas bases fuesen publicadas provisionalmente por una junta gubernativa compuesta de tres personas, la primera nombrada por el mismo San Martin, la segunda por Laserna y la tercera por los peruanos, junta que desempeñaria el poder ejecutivo hasta la llegada del príncipe.

Atendidos los progresos de la revolucion, estas proposiciones convenian admirablemente á Laserna, como convenian á España, que tenia que contentarse con conservar en América una influencia puramente comercial. Los plenipotenciarios lo creyeron así, y tambien el virey, mas apenas volvió este á su palacio, propuso una nueva combinacion, que fué firmar un armisticio de diez y seis meses, en cuyo tiempo irian él y San Martin á España á tratar del asunto directamente con su majestad, conservando en el entretanto los patriotas el norte del Perú, que gobernarian á su manera, y los realistas todo el sur, es decir, desde el rio Chancay hasta el desierto de Atacama. San Martin no podia aceptar estas proposiciones y las rechazó para no volver á ocuparse de la materia, terminando así el armisticio, que habia durado cincuenta y dos dias, y volviendo á tomar las hostilidades su impulso homicida.

Antes de estas negociaciones juzgó conveniente San Martin enviar al sur al teniente coronel Miller con quinien-

tos infantes y cien caballos bajo el mando discrecional de lord Cochrane. Dueño absoluto de la parte norte de Lima, le importaba ocupar asimismo el sur para revolucionarlo é impedir las comunicaciones de Laserna con estas provincias, y aun con Ramirez acampado en Arequipa. Lord Cochrane era entonces el blanco de una gran insubordinacion de algunos de sus oficiales, especialmente de los que en Valparaiso sufrieron los rigores de su autoridad, y de la desavenencia que produjo resultó un espíritu de contrariedad, sobre todo por parte del capitan Guise. Mandaba este la fragata *Valdivia*, y sus oficiales, para halagarle y sin duda tambien para mortificar el amor propio del almirante, pidieron por escrito que se mudase el nombre á dicho buque, nombre que, como hemos dicho, se le dió en memoria del glorioso hecho de armas de lord Cochrane. Este, agraviado de un proceder tan malévolo, reconvino vivamente al capitan Guise, á quien sujetó á un consejo de guerra juntamente con los oficiales que habian firmado la peticion, y todos fueron condenados, los unos á ser espulsados de la escuadra y los otros á pasar á otros buques. A los pocos dias quiso Cochrane atacar las embarcaciones del puerto y encargó esta operacion al capitan Guise, quien para obedecer exijió por condicion que habian de acompañarle todos los oficiales sentenciados; lo cual fué causa de nuevas contestaciones y de que Guise abandonase su buque, dejándolo á las órdenes de su segundo. La misma escena se repitió al dia siguiente á bordo del *Galvarino*, cuyo comandante John Tooker Spry dió igualmente su dimision; y los dos capitanes, acompañados de casi todos los oficiales de la *Valdivia* y otros muchos, se presentaron á San Martin, quien, contra lo que exijian los reglamen-

tos de la disciplina militar, los acojió sin manifestar ninguna señal de disgusto. Muy al contrario, admitió á su servicio al capitan Spry nombrándole ayudante naval y se interesó con el vice-almirante para que los demas volviesen á la escuadra, cosa á que aquel no quiso acceder sino con ciertas condiciones que no fueron admitidas, de cuyas resultas Guise se separó definitivamente de la marina chilena. En medio de todas estas contrariedades preparó lord Cochrane su espedicion, la cual se hizo al fin á la vela y fué á fondear á la bahía de Pisco.

La salida de esta espedicion y su arribada á Pisco la supo Laserna casi al mismo tiempo. Con objeto de contener la invasion y obligar á Miller á que se reembarcase, envió al teniente coronel Camba con tropas suficientes para tomar la ofensiva. Al llegar á mediados de abril el jeneral realista á Chincha-alto, encontró el país desolado por las fiebres endémicas. Aunque su campamento estaba inmediato al de los patriotas, las enfermedades hacian tantos estragos en ambos, que ni los unos ni los otros se atrevieron á atacar. La epidemia no perdonó á los jefes, y viéndose estos en cama é imposibilitados de tomar disposicion alguna, tuvieron que retirarse, volviendo los realistas al norte, y los patriotas, llamados á bordo por Cochrane, los llevó á Arica.

Esta ciudad, una de las principales del Perú, tiene un puerto muy importante, pero cuya entrada es sumamente difícil. Lord Cochrane envió un parlamentario al gobernador para intimarle la rendicion, y habiendo recibido una respuesta negativa, mandó que saltase en tierra cierto número de tropas, órden que estas no pudieron ejecutar á pesar de los peligros á que se espusieron. Entonces el almirante dispuso que se trasbordasen

al *Aranzazu* y que fuesen á desembarcar al pequeño puerto de Sama, distante diez leguas de Arica. Con efecto, marcharon inmediatamente á las órdenes del mayor Soler, y cuando llegaron á la ciudad, á la que tenian en inquietud los cañones de San Martin, las tropas y muchos habitantes habian huido en direccion á Tacna.

Sabedor Ramirez de este desembarco, dió órden para que muchas compañías de las que estaban acampadas en las diferentes ciudades de su jurisdiccion militar, se pusiesen en marcha. Pero en vez de enviar el batallon del centro, que era el que estaba mas inmediato al enemigo y se componia de buenos soldados, mandó al teniente coronel don Cayetano Ameller, de guarnicion en Oruro, que fuese á Tacna con la fuerza disponible de Gerona, advirtiéndole que se le incorporarian en aquel punto doscientos cincuenta hombres de Puno á las órdenes de Rivero. Al propio tiempo dispuso que su subinspector el coronel Las Heras saliese de Arequipa con dos compañías y algunos caballos, todo con el objeto de reunirse á las pequeñas divisiones ya en marcha, para poder obrar de concierto.

La distancia á que iban estas diferentes divisiones era bastante para que Miller tuviese tiempo de atacarlas una á una y batirlas en detal. Hallábase este jefe en Tacna con doscientos setenta hombres y dos compañías desertadas de las filas enemigas, que fueron para Cochrane la base de un nuevo rejimiento, á que dió el nombre de primer independiente de Tacna. Para detener al coronel Las Heras se trasladó á Buena-vista, y con la noticia que recibió allí de haber contramarchado el enemigo sobre Ticapampa, continuó su ruta á Mirave, esperando llegar á tiempo de batirlo antes de que se reuniera con las tro-

pas de Puno y de Oruro. El camino por donde iba estaba tan desierto y era tan poco frecuentado, que despues de mil dificultades se encontró enfrente de los realistas cuando menos lo esperaba. Se trabó un combate que durante la noche no dió resultados, pero que al rayar el dia se renovó con mas encarnizamiento, habiendo sido vencidos los realistas, que perdieron doscientos cincuenta y cuatro hombres, de los cuales noventa y seis quedaron muertos en el campo, y los demas fueron hechos prisioneros y casi todos heridos. Las Heras se vió forzado á aceptar la batalla antes que se le incorporasen las tropas de Rivero, que llegaron cuando ya estaba todo concluido.

Despues de esta victoria, útil aunque no de gran importancia para la moral del ejército, Miller llevó su cuartel jeneral á Moquegua, que los realistas acababan de abandonar. Desde allí enviaba á diferentes puntos pequeños destacamentos, que alguna vez mandó él mismo en persona, para molestar al enemigo ó protejer su desercion. El plan que le dió Cochrane fué que atacase á Ramirez en Arequipa para marchar de allí al Cuzco, y correrse por detras del ejército de Laserna, acampado en el hermoso valle de Jauja ó escalonado en el camino de Guancavelica á Lima. Pero no podia ejecutarlo sin los mil hombres pedidos con tantas instancias y el armamento preciso para armar las jentes del campo, que estaban perfectamente dispuestas en favor de la independencia. El espíritu en jeneral era en efecto muy bueno, pero las personas acomodadas no se atrevian á declararse, inciertas del porvenir y sin ninguna garantía que les protejiese en el caso de un revés. Todos estos motivos impidieron que se realizase la espedicion, con gran sentimiento de lord Cochrane, que veia en ella la destruccion completa del ejército enemigo.

A pesar de las pérdidas que succesivamente esperimentaron los realistas en todas estas escaramuzas, Las Heras se presentó el 4 de junio delante de Tacna con ochocientos hombres de refuerzo para cortar la retirada á los patriotas. Miller consideró prudente retirarse sobre Ilo, pero á los pocos dias volvió á Tacna, donde por una carta interceptada que Ramirez escribia á Las Heras, supo el armisticio firmado por San Martin y Laserna. Esta noticia, que no tardó en saber oficialmente, le obligó á suspender todo movimiento hostil hasta el 15 de julio, dia en que el armisticio debia concluir. Renunció pues á emprender nuevas escursiones y se dirijió á Arica, saliendo de Tacna con gran sentimiento de las personas comprometidas, y dejando en los hospitales los enfermos, que recomendó á los sentimientos humanitarios de su adversario. Se componia entonces su ejército de novecientos hombres bien equipados y un corto número de montaneros, pero las enfermedades endémicas en aquellos contornos le eran tan perjudiciales, que temiendo verse comprometido con un enemigo mucho mas numeroso, juzgó prudente abandonarlos cuanto antes é ir á buscar un pais mas sano. En Arica le costó mucho trabajo proporcionarse los buques necesarios para embarcar sus tropas y los emigrados cuyos compromisos no les permitian quedarse á merced de la jenerosidad de los realistas. Su primera idea fué marchar á Quilca y de allí á Arequipa, que estaba completamente desguarnecido con la espedicion de Tacna, pero el viento no le permitió desembarcar y se fué á Pisco, adonde llegó el 1° de agosto. Las lijeras contestaciones que mediaron entre él y el comandante Santailla no tuvieron grandes resultados, pero llamaron la atencion á los realistas del sur y con las

correrías de Arenales al interior de las cordilleras completaron el pensamiento de San Martin, que era estrechar mas y mas los límites del ejército realista, muy amenazado por otra parte con las defecciones y con las manifestaciones liberales de la opinion pública.

Los visibles progresos de los patriotas así en la costa como en el interior del país, eran en efecto un indicio seguro de que los realistas no podrian sostener mucho tiempo su posicion. Laserna lo conocia muy bien y hacia mucho tiempo que no veia otro recurso que abandonar á Lima y retirarse á las cordilleras. Desde los primeros dias de su mando pensó en esta retirada, que no pudo efectuar hasta seis meses despues, habiéndoselo impedido primero las negociaciones de Panchanca y luego los numerosos intereses que su partida iba á poner en revolucion. Por otra parte, le era imposible continuar en una capital en la que se hallaba en pugna con el cabildo, que á toda costa queria un arreglo con San Martin, y con el pueblo, que estaba absolutamente falto de todo. Hacéindose, pues, sordo á los instancias de los españoles, que veian amenazadas sus fortunas, escribió su resolucion á San Martin, recomendándole cerca de mil soldados que dejaba en los hospitales, al propio tiempo que le pedia su proteccion para los habitantes de Lima, y el 6 de julio se puso en marcha con todo su ejército. Quedó de gobernador civil y político de la ciudad el marqués de Monte-Mira, con algunas compañías del rejimiento de la Concordia para conservar la tranquilidad y tener los habitantes al abrigo del populacho.

La salida de los realistas de la capital del Perú produjo gran sensacion en los patriotas, porque vieron en ella la próxima terminacion de sus fatigas y sufrimientos.

El 7 de julio fué á tomar posesion de Lima un destacamento de caballería, y el 8 hizo su entrada el ejército entero para ir en seguida á acampar á la legua en el camino del Callao. El mismo dia tuvo San Martin una entrevista con lord Cochrane á bordo del buque almirante, y hasta el siguiente por la noche no entró en Lima, haciéndolo de incógnito para evitar, como tenia de costumbre, la recepcion oficial de las autoridades. No así lord Cochrane, que entró el 17, de dia, montado en un hermoso caballo que le envió el cabildo y en medio de un inmenso concurso, que acudia á conocer al célebre héroe del mar del Sur. Disfrutaba con gran curiosidad los festejos que se hicieron en esta ocasion, cuando le anunciaron la pérdida del navío *San Martin*, arrojado á la costa con un considerable cargamento de trigo, artículo sumamente útil en aquellos momentos de hambre. A los pocos dias la escuadra perdió tambien el *Pueyrredon*, primer bric de la flota chilena, al que el tiempo habia inutilizado completamente.

Una de las primeras cosas que hizo San Martin fué enviar á Chile las cuatro banderas chilenas cojidas en el sitio de Rancagua, yendo á buscarlas á la iglesia de Santo Domingo el comandante Borgoño. Tambien convocó una reunion de las personas notables para deliberar sobre la forma de gobierno mas conveniente al país. Esta reunion se verificó el 14 de julio de 1821, y al dia siguiente dichas personas, presididas por el arzobispo de Lima, proclamaron la independencia del Perú, aceptando provisionalmente como su protector al jeneral de la espedicion libertadora. Debiendo ser de gran fiesta el dia de la proclamacion oficial y juramento de costumbre, se señaló para esta ceremonia el 28 del mismo mes.

El dictado de protector dado á San Martin no podia ser otro que el de dictador, porque es imposible que un jefe conquistador puesto á la cabeza de un ejército, deje de obrar bajo el punto de vista de sus ideas y de su voluntad: afortunadamente el que reasumió tanto poder era un verdadero militar, franco y de entereza. El ejemplo de las repúblicas vecinas, cuyo estado de anarquía era á su modo de entender efecto de haber instalado con demasiada precipitacion el congreso, le hizo comprender que igual precipitacion seria muy peligrosa para el porvenir del país y que valia mas esperar la conclusion de la guerra y la espulsion completa del enemigo. Por lo demas, al encargarse del poder civil y militar, prometió dimitirlo al punto que las circunstancias lo permitiesen para que los peruanos se organizasen como tuvieran por conveniente y elijiesen el jefe que les ofreciera toda clase de garantías. Entre tanto, para revestir de mas fuerza y legalidad sus actos, se rodeó de un ministerio compuesto de tres personas, que fueron don Bernardo Monteagudo para el departamento de guerra y marina, don Hipólito Unanue para el de hacienda y don Juan García del Rio para el de todo lo relativo á lo interior y esterior. Don Juan Gregorio de Las Heras obtuvo el nombramiento de jeneral en jefe del ejército.

Pocos dias antes de la instalacion de este gobierno, el Callao, que seguia bloqueado por mar y tierra, fué teatro de uno de esos acontecimientos que el jenio y actividad de lord Cochrane sabian preparar y aprovechar tan perfectamente. Desde el apresamiento de la *Esmeralda*, todos los buques españoles estaban reunidos en el fondo de la bahía y rodeados de un cordon de cadenas para que ningun otro buque pudiese entrar donde se hallaban ellos.

Habiendo observado lord Cochrane una abertura en esta especie de cadena, mandó al punto al capitan Crosbie que penetrase por ella con ocho botes mandados por otros tantos oficiales, y aquel cumplió tan bien las órdenes é instrucciones de su jefe, que secundado por la bravura de dichos oficiales, especialmente Morgell y Simpson, todos los buques que se hallaban al abrigo del fuerte, fueron apresados ó quemados. Esta brillante accion dió el último golpe á la marina española, que no volvió á aparecer mas en la costa, así como fué la última gloria de la escuadra chilena, porque desde entonces bajó de la elevada altura á que habia llegado, para entregarse á intrigas y maquinaciones indignas de los héroes de esta magnífica espedicion (1).

Los buenos resultados que obtuvieron en tierra los patriotas, no fueron ni en menor número ni menos importantes que los conseguidos en el mar. Cuando el virey salió de Lima, sus tropas estaban tan endebles y enfermizas, que ademas de haber dejado mil soldados en los hospitales, otros muchos se quedaron en el camino, lo que unido á las numerosas deserciones y á los prisioneros hechos por la caballería patriota que constantemente fué picando la retaguardia, disminuyó de tal manera el ejército realista, que cuando se reunió en Jauja con las tropas de Canterac y Carratalá apenas contaba Laserna con cuatro mil hombres, número bien reducido para hacer frente á un enemigo lleno de fuerza y vigor, alentado con sus triunfos y con la opinion pública que le era completamente favorable.

Si la discordia no hubiese fermentado en aquellos momentos en el corazon de los dos jefes patriotas, proba-

(1) Memoria de don Antonio Reyes, pájina 80.

blemente los españoles, que se encontraban en la impotencia de resistir mas tiempo á la inminencia del peligro, se hubieran rendido, porque en su posicion aun podian exijir una capitulacion honrosa. Pero las cuestiones personales que seguian preocupando á los marinos de la escuadra, traian ajitados los ánimos, y el almirante no se contentaba ya con pedir los atrasos de los sueldos, sino que reclamaba las recompensas ofrecidas y el valor de la *Esmeralda*, que verdaderamente correspondia de derecho á la tripulacion, ó por lo menos se le tenia prometido en una proclama de las autoridades chilenas que tambien firmó Cochrane.

San Martin se hallaba muy distante de negar las recompensas ofrecidas; pero ¿podia realizarlas despues de tantos gastos, en medio de tantas atenciones y cuando el tesoro estaba tan empeñado y desorganizado? Sin embargo, para contentar al vice-almirante dió un decreto reconociendo las sumas reclamadas y prometiendo pagarlas succesivamente con el veinte por ciento de la renta de aduanas, que seria lo primero que se separase. Ciertamente que estas proposiciones eran muy razonables y que podia contarse con su realizacion : sin embargo Cochrane no quiso admitirlas, pretestando que estaban subordinadas á los azares de la guerra; de lo cual se siguieron nuevas contestaciones que llegaron á envenenarse hasta tal punto, que el partido español las aprovechó. Sordos manejos empezaron á ajitarse en la ciudad y á exaltar á las personas influyentes, en quienes el sentimiento realista estaba encarnado cual verdadero principio de fe y de conviccion. Porque es necesario decirlo : el Perú como vireinato, gozaba una gran prosperidad. La nobleza que abundaba en Lima, pueblo alegre y acostum-

brado á los placeres, no tenia ni quejas, ni agravios, ni males efectivos que sublevasen las pasiones nacionales para correr á un porvenir desconocido, que de seguro habia de disminuir su fortuna y rebajar su alta posicion. Tampoco la clase media estaba dispuesta á la revolucion, porque vivia dichosa con las prodigalidades de los grandes y los ricos, y participaba de los placeres que con sus diarios regocijos ofrecia la capital. Aparte pues de algunos descontentos y ambiciosos, no hubo mas que el populacho, esta clase flotante de la sociedad, que se lanzase resueltamente al movimiento, y aun ese menos por interés que por la novedad. San Martin procuró halagarlo con medidas que le eran muy ventajosas, amenazó á los españoles con todo el rigor de las leyes y hasta desterró al arzobispo de Lima y mas tarde al obispo de Guamanga; pero todo esto no bastaba para refrenar las pasiones, y en tal estado se supo que un ejército de tres mil infantes y nuevecientos caballos á las órdenes de Canterac, marchaba sobre Lima, atraido probablemente por las noticias que tenia Laserna del desacuerdo entre los dos jefes patriotas.

Sin duda que San Martin podia esperar tranquilo al enemigo. No obstante, para mas seguridad mandó preparar las embarcaciones de la escuadra á fin de que le sirviesen de tabla de salvacion si le era adversa la fortuna, y embarcar en un buque de transporte una gran cantidad de dinero perteneciente en una pequeña parte al tesoro y el resto á particulares comprometidos. En cuanto supo esto lord Cochrane, sin cuidarse de las atenciones apremiantes del ejército, dió órden de que le llevasen el dinero á su bordo y no quiso devolver mas que el que correspondia á los particulares.

Aparte de la irregularidad culpable de semejante con-

ducta, este proceder era injurioso en sumo grado á San Martin y aun al gobierno chileno, que por sus jenerosos esfuerzos y por el sin número de sacrificios que la espedicion le habia costado, bien merecia todos los miramientos y consideraciones de un hombre tan intelijente y distinguido como lord Cochrane. ¿Cual país, por mas favorecido que sea de la fortuna, ve en medio de una guerra desoladora, funcionar su administracion con la regularidad necesaria para atender puntualmente á todos los gastos? Mucho menos puede esperarse esto de uno colocado en la posicion de Chile, en el cual la guerra llegó á ser una especulacion mercantil con la obligacion respecto á los marineros, no solo de pagarles sus sueldos, sino de darles grandes premios y una parte en las presas. En el primer momento San Martin no pudo contener su indignacion ni dejar de manifestarla con palabras severas, que fueron causa de nuevas y vivas contestaciones; pero viendo que el enemigo se acercaba, prefirió contemporizar para no comprometer el porvenir del país.

Canterac se hallaba en efecto á corta distancia de Lima. Su ejército era bastante imponente, pero lo era mucho mas el de los patriotas, el cual se encontraba lleno de confianza y vigor. San Martin debió atacarle, y todos los intelijentes, y lord Cochrane el primero, creyeron que iba á hacerlo al verle tomar posicion en Mirones. Pero vana esperanza. El ejército español pasó á su vista sin que le molestase en lo mas mínimo, y fué á encerrarse en la fortaleza del Callao, muy dichoso de haber escapado tan bien en su imprudente espedicion. A los pocos dias salió en direccion al norte para no encontrarse con el ejército de San Martin y pasar el Rimac por Bocanegra. El jeneral en jefe del ejército, el valiente Las

Heras, recibió la comision de perseguirle, pero con órden de solo picar su retaguardia, sin comprometerse en una batalla formal. Fiel San Martin á su política de prudencia, esperaba conseguir con el tiempo lo que no podian asegurarle los azares de la guerra. Las Heras fué detras del enemigo hasta la hacienda de los Caballeros, nueve leguas de Lima; pero cansado de hacer un papel que su denuedo no le permitia soportar mas tiempo, se volvió dejando á Miller el cuidado de continuar la persecucion con ochocientos infantes, ciento veinte y cinco caballos y quinientos montaneros que puso á sus órdenes. Las instrucciones que recibió fueron igualmente de no aceptar ningun combate, pero sí molestar al enemigo, empeñar escaramuzas y sobre todo protejer las deserciones, llága del ejército realista, á pesar de las medidas sumamente rigorosas adoptadas para reprimirlas, hasta emplear muchas veces la pena de muerte como medio de terror. En una de estas escursiones á las cordilleras se encontró el cadáver de don Francisco Sanchez, persona muy conocida en Chile por su brillante resistencia en el sitio de Chillan. No pudiendo soportar las fatigas del viaje ni los rigores del aire que se respira en las cordilleras, acababa de espirar en una de las malas chozas que hay en el camino.

Se ha censurado á San Martin el que no se aprovechase de las dificultades que tuvo Canterac para entrar y salir del Callao, dificultades que antes y despues le obligaron á dar rodeos para ejecutar sus movimientos. Lo probable es que los patriotas, que eran en mucho mayor número, hubieran podido destruir la division de Canterac y terminar una lucha, cuyos resultados, sin ser dudosos, podian retardarse aun largo tiempo; pero San Martin,

hombre conocedor é intelijente, veia elevarse delante de él un enemigo, que le llamaba la atencion casi tanto como el ejército de Laserna. Las acaloradas contestaciones que tuvo con lord Cochrane sacaron á plaza una cuestion del mayor interés. El vice-almirante, contra la profesion de fe del director O'Higgins, queria apoderarse de la fortaleza del Callao y enarbolar en ella, por un tiempo dado, la bandera de Chile : San Martin, por el contrario, que no consideraba el ejército chileno mas que como una fuerza meramente protectora, queria ponerla desde luego bajo la dependencia inmediata del gobierno peruano provisionalmente establecido; y de esta doble pretension nació una lucha de intrigas, de que fué blanco el jeneral Lamar.

Este jeneral continuaba de gobernador de dicha plaza como segundo jefe del Perú. Nacido en el país y habiendo perdido la confianza de muchos oficiales, principalmente por ciertos consejos que dió contrarios á los intereses del país cuando las reuniones de la junta consultiva de guerra, de que fué uno de los miembros mas celosos, Laserna se vió en la necesidad de conservarlo para no despertar la susceptibilidad nacional. Aunque no se habia manifestado ostensiblemente adicto al partido liberal, no era difícil conocer sus inclinaciones, y San Martin y Cochrane empezaron á trabajar cada uno por su lado, para conquistar esta alta influencia. Como debia esperarse, Lamar se decidió por quien representaba su nacion, y las puertas de la fortaleza se abrieron á San Martin, el cual envió á su amigo el coronel Guido para que tomase posesion de ella. A los pocos dias, lord Cochrane, viéndose burlado en sus esperanzas, se alejó de la costa con su escuadra en busca de las fragatas *Prueba* y *Ven-*

ganza, y San Martin, luego que se quedó solo, se dedicó esclusivamente á consolidar su gobierno y organizar los diferentes ramos de la administracion.

Segun ya hemos visto, apenas era posible dar á cada uno de ellos el mecanismo y regularidad que exijian. En los momentos solemnes de perturbacion social, hay que andar á tientas y muy poco á poco para poner en ejecucion las ideas nuevas. Las reformas demasiado precipitadas son jeneralmente muy peligrosas para el porvenir de las naciones, y en tales circunstancias el hombre prudente y discreto debe contentarse con conservar la tranquilidad, y no pensar en leyes orgánicas sino despues de un maduro exámen, y luego que la razon y el discernimiento hayan estinguido las pasiones inherentes á las grandes crisis. Cuando el 12 de febrero llegó San Martin á Huara, publicó un reglamento provisional para establecer en los puntos ocupados por los patriotas un gobierno adecuado á las ideas que queria que prevaleciesen. Como era de razon, cambió las principales autoridades y ademas hizo algunas reformas, que mas afectaban á los nombres de las cosas que á las cosas mismas. El título de subdelegado lo sustituyó por el de gobernador, con iguales atribuciones poco mas ó menos que las que aquel tenia. Estableció un tribunal de apelaciones para entender en los negocios de la real audiencia, menos las causas de mayor cuantía, es decir las que pasaban de quince mil pesos, cuyo conocimiento reservó á tribunales especiales que se crearian en el Perú. Para ser consecuente con sus principios liberales, abolió la esclavitud en favor de los hijos que naciesen en lo succesivo, decretó la libertad de imprenta y casi al mismo tiempo creó una órden militar con el título de *Lejion del Sol* para recompen-

sar el mérito así militar como civil en todas las clases de la sociedad, inclusas las señoras. Una idea que siempre tenia fija San Martin en su imajinacion era que se necesitaban dijes para contentar la vanidad de los grandes, y quiso hacer de la condecoracion el símbolo de una aristocracia hereditaria, conservando sin embargo los altos títulos de Castilla, á cuyos poseedores autorizó para que pudieran poner sus emblemas sobre las puertas de sus casas juntamente con el del sol, escudo de armas de la nueva órden.

Pero á lo que mas se dedicó fué á consolidar, modificar y cambiar lo que las circunstancias y la precipitacion no habian hecho mas que bosquejar. La administracion de la guerra sobre todo le ocupaba una gran parte del dia. Sumamente rigoroso en la visualidad y disciplina de sus soldados, queria que fuesen en lo posible hombres intelijentes y capaces de figurar con ventaja al lado de los veteranos del ejército. La lejion peruana de la guardia, formada en cuanto llegó á Lima, se presentó á poco tiempo tan brillante por el aseo y elegancia de sus diferentes uniformes, como por la precision de sus evoluciones, siendo sus jefes Brandsen, Miller y Arenales. San Martin nombró jeneral comandante de esta lejion al marques de Torre-Tagle, y es necesario decir que cometió un desacierto en elejir para cargos de esta especie personas muy respetables sin duda por su fortuna y su rango, pero poco á propósito para cuidar de la instruccion de sus batallones y sobre todo para ponerse á su cabeza en momentos de dar una carga al enemigo. En esto como en otras cosas, se ve que San Martin conocia por instinto las estravagancias del corazon humano. Para él la habilidad era su arma de batalla, y colmando de ho-

nores los altos personajes de otras épocas, esperaba fomentar mas y mas la defeccion y conseguir así la caida del partido realista en el Perú.

Sin embargo, San Martin podia disponer entonces de mil hombres lo menos contra un ejército debilitado por las enfermedades, las deserciones y la desmoralizacion. Ademas, aunque el interior del país estaba en poder de los realistas, los indios civilizados se sublevaban por todas partes y sus sublevaciones producian en el enemigo un estrago que le perjudicaba mucho, porque lo dividia y le quitaba la unidad de accion. En algunas ciudades se tramaban tambien grandes conspiraciones, y no hacia mucho tiempo que Lavin, enviado de Arequipa al Cuzco por una felonía que hizo, habia cometido otras, que al fin pagó con su cabeza. Con no menos constancia se maquinaban iguales conspiraciones en el alto Perú, por manera que el ejército realista, inquietado por todas partes, hubiera tenido que rendirse, á haber sabido San Martin aprovechar su posicion. Pero dominado siempre por su política de prudencia y defeccion, prefirió dejar obrar al tiempo, y contra su costumbre, permitió que los oficiales viviesen una vida ociosa, lo cual unido á haber puesto en el ejército cierto número de jefes, que no tenian mas títulos que su rango y su fortuna, acabó por viciar sus buenas disposiciones (1). Así sucedió que al poco tiempo el jeneral Tristan, uno de los agraciados, fué destrozado en Ica por una division de Canterac, y ademas de la pérdida de cuatro cañones y gran número de caballos, tuvo que deplorar la patria la de mas de mil hombres, que pasaron á engrosar las filas realistas y mas de tres mil fusiles que les vinieron muy bien á estos. El número de muertos fué

(1) Véanse las memorias del jeneral Miller.

considerable y hubo tambien muchos heridos que quedaron en poder del enemigo, contándose entre ellos el valiente y amable teniente coronel Aldunate (1).

Esta derrota la sintieron estraordinariamente los patriotas. San Martin procuró atenuar sus consecuencias publicando muchas proclamas, en que hablaba del estado mis rable del ejército realista y de la imposibilidad de que resistiese mucho tiempo. Anunció á la vez la gran victoria de Pichincha, que aseguró para siempre la independencia de Colombia, y á poco la noticia de haber perdido España las dos únicas fragatas que le quedaban, la *Prueba* y la *Venganza*. Estas se rindieron á los ajentes del Perú en Guayaquil, con gran sentimiento de lord Cochrane, que pretendia corresponder de derecho á Chile. La manera con que las reclamó á San Martin produjo nuevas y fuertes contestaciones, que determinaron al vice-almirante á abandonar el Perú y dirijirse á Valparaiso.

La provincia de Guayaquil, que se habia declarado independiente, fué tambien un motivo de contestaciones entre las repúblicas peruana y colombiana. O'Higgins, á quien Guayaquil pidió proteccion, queria hacerla una ciudad libre como Hamburgo, y ya tenia bastante adelantado su proyecto, cuando la victoria de Pichincha y la consolidacion de la república de Colombia despertó la ambicion de Bolivar, y fué reclamada como parte integrante de la audiencia de Quito en lo relativo á la administracion de justicia. El Perú alegaba por su parte que

(1) De resultas de esta derrota, y para evitar la influencia tanto moral como material de los españoles establecidos en Lima, espulsó Monteagudo á mas de seiscientos, obligando á unos á embarcarse en buques ingleses y enviando los demas hasta el número de quinientos en otros, en que sufrieron considerablemente, tanto por el carácter brutal de los oficiales, como por ir muy apiñados y darles poco alimento. Felizmente la jenerosidad chilena les hizo olvidar bien pronto los padecimientos de los cuarenta dias de navegacion que tuvieron.

le pertenecia de derecho porque en todos tiempos dependió en lo militar de su vireinato, y del debate entablado entre las dos repúblicas resultó la necesidad de una entrevista de los dos jefes en el mismo Guayaquil. San Martin y Bolivar marcharon pues á esta ciudad, donde estaba de presidente el célebre poeta natural del país, doctor don J.-J. de Olmedo. Las discusiones no fueron largas ni empeñadas en atencion á que cuando Bolivar llegó el 14 de julio de 1822, declaró la provincia de Guayaquil parte integrante de la república de Colombia. Viendo San Martin que la cuestion estaba resuelta de hecho, se reembarcó á los dos dias de su llegada, es decir el 28 de agosto, y se hizo á la vela para el Callao.

Durante su ausencia, el marques de Torre-Tagle, que habia quedado encargado del poder protectoral como delegado, obligó á Monteagudo á que renunciase el ministerio, de resultas de una conmocion popular, á que el mismo Torre-Tagle no fué del todo estraño. Le hizo salir inmediatamente para el Callao y muy poco despues lo desterró á Guayaquil. Los habitantes en jeneral se alegraron mucho de verse libres de un hombre de talento sí, pero duro, cruel, audaz, revoltoso, mas á propósito para ajitar que para consolidar, y que de buena gana hubiera tomado por norma de su conducta los actos de la mas salvaje demagojia de la revolucion francesa. Le acusaban ademas de los mas atentatorios delitos contra la propiedad de los habitantes, pues oprimia á los unos, perseguia á los otros y todos los dias formaba listas de proscritos, en las que la cualidad de español era el medio y la riqueza el fin. Así fué que jamas estuvo de acuerdo con su cólega Unanue, hombre no menos intelijente y muy instruido, pero débil, moderado y contrario al sis-

tema de espionaje introducido lo mismo en los sitios públicos que en los privados.

San Martin, que habia unido Monteagudo á su suerte y que lo necesitaba para instrumento de los actos de rigor y violencia, de que, mal que le pese, no puede prescindir un jefe de partido, quedó poco satisfecho con su destierro y con la manera con que se le trató. No le fué dado contener su mal humor y vituperó encolerizado la medida, como vituperó tambien la precipitacion que hubo para convocar un congreso, cuya reunion tuvo lugar el 20 de setiembre, un mes despues de su regreso de Guayaquil. Previendo las discordias que iban á suscitarse en el país y la ingratitud con que al cabo le tratarian los habitantes de Lima, se decidió á retirarse para conservar intacta la gloria de su triunfo. En su cualidad de protector del Perú se presentó á presidir la Asamblea, dirijió algunas palabras á los representantes de la nacion y depositó sobre la mesa las insignias de la soberanía. A los pocos minutos salió del congreso y fué á vivir á una casa de campo de la Magdalena inmediata á la que habitó Pezuela cuando abdicó el vireinato. Una comision se le presentó á poco llevándole dos decretos, en uno de los cuales le espresaba su gratitud la nacion y en el otro le nombraba jeneralísimo del ejército del Perú. San Martin aceptó el primero, rehusó el segundo y por la noche se embarcó para Chile, dirijiendo á los habitantes una proclama llena de buen sentido, de patriotismo y dignidad. Torre-Tagle continuó desempeñando provisionalmente el alto poder del estado por desgracia del país, que necesitaba mas que nada de un hombre de armas, de un militar que contase sobre todo con el ejército, y aquel jeneral era en él demasiado nuevo para tener gran confianza en su apoyo.

CAPITULO LIX.

O'Higgins se prepara para organizar una segunda espedicion contra el Perú.— Introduce mejoras en el sistema de hacienda. — Estado del pais respecto á las repúblicas confinantes. — Auxilios que suministra á la de Buenos-Aires para hacer frente á las tentativas de don José Miguel Carrera. — Digresion sobre este jeneral. — Quiere dedicarse al comercio, pero no lo consigue. — Polémica entre él y los jefes del gobierno de Pueyrredon. — Abandona á Montevideo y va á ajitar las provincias en favor del sistema federal. — Caida de Pueyrredon. — Apoyo momentáneo que Sarratea da a Carrera. — Este levanta un pequeño ejército chileno con la intencion de ir a reconquistar la autoridad en su pais. — Su influencia en las guerras anárquicas de la república arjentina. — Abandonado por la victoria se ve en la precision de refujiarse entre los indios de las Pampas.— Marcha a San Juan — Le atacan las tropas de Mendoza y es completamente derrotado. — Unos oficiales suyos le venden y lo llevan preso á Mendoza. — Es condenado a muerte y fusilado juntamente con Alvarez.— Su carácter revolucionario.

La espedicion del Perú estaba rodeada de numerosos peligros. Aparte las vicisitudes de la guerra, habia que sobrellevar los climas abrasadores de la costa, atravesar grandes desiertos de arena, y lo peor de todo, resistir las enfermedades endémicas que se padecen en todos los valles y que no perdonan ni aún á los mismos indíjenas, arrebatando todos los años ó debilitando de una manera cruel al que comete la imprudencia de ir á ellos en ciertas épocas.

Para hacer frente á tantas eventualidades y cubrir en lo posible las bajas en los diferentes cuadros del ejército, no cesaba O'Higgins de hacer nuevos reclutamientos con el doble objeto de preparar otra espedicion, susceptible en todo caso de ir á completar los resultados de la primera. Se ocupaba al propio tiempo en introducir grandes reformas en los diversos ramos de la administracion

y en arreglar el sistema de hacienda de modo que hubiese los fondos necesarios para no tener que recurrir á mas empréstitos, ni á ninguno de los otros medios que hasta entonces habian proporcionado recursos al tesoro. La guerra del Perú fué siempre para él el objeto principal de la cuestion que se debatia en toda la América. Considerándola como la que habia de conquistar definitivamente la libertad de Chile y consolidar su independencia, su pensamiento estaba fijo allí con perjuicio del ejército del sur, que de sus resultas cayó en una especie de malestar, capaz de poner en peligro la provincia de Concepcion. Verdad es que entonces gozaba Chile en el interior del país, y aun mas en el esterior, de una consideracion muy elevada. Su iniciativa en la guerra del Perú y la importancia de su espedicion á pesar de haber sido improvisada ó poco menos, la habian hecho, sino la árbitra, la potencia tutelar de la mayor parte de las repúblicas nacientes. La junta gubernativa de Méjico envió al diputado Stuart para que pidiese á O'Higgins los socorros que el estado precario del partido liberal necesitaba desde la sensible derrota de Guadalajara, y aquel, gracias al crédito que gozaba con los comerciantes ingleses establecidos en Valparaiso, le proporcionó armas, municiones y otros muchos objetos. Ademas le prometió auxiliarla de una manera mas conforme á sus deseos en cuanto concluyese la guerra del Perú, anunciándola que acaso entonces podria garantizar el empréstito de un millon de pesos que la junta queria levantar en Inglaterra y que no tuvo lugar por haber tomado á Méjico los liberales.

No fué Méjico el único país que recurrió á Chile. Tambien lo hizo Colombia, y O'Higgins satisfizo sus deseos

suministrándole una gran cantidad de municiones de todas clases, lo cual mejoró estraordinariamente la condicion del país para continuar la guerra y conseguir triunfos, que la gloriosa victoria de Pichincha aumentó y consolidó para siempre. Enfin, Buenos-Aires mismo se vió en la necesidad de recurrir á su aliada para pedirle no solo dinero sino soldados. O'Higgins, no obstante su penuria y sus incesantes atenciones, envió cuarenta mil pesos al ejército de Belgrano y una division á Buenos-Aires de cerca de quinientos hombres, casi todos chilenos hechos prisioneros en la batalla de Maypu que estaban al servicio de la patria. Aunque muy resueltos estos antiguos realistas á defender la nueva bandera que habian abrazado, el gobierno no se atrevia á fiarse de ellos y menos á enviarlos á la frontera, en donde aun se movia mucho el partido realista, y aprovechó la ocasion para alejarlos de Chile. Poco tiempo despues y á peticion del gobernador de Mendoza, otra división, compuesta de doscientos granaderos de la guardia y cien cazadores de la escolta directorial, marchó á las órdenes del teniente coronel Astorga á defender aquella provincia contra las facciones liberales, y especialmente contra la montanera de don José Miguel Carrera, que estaba entonces muy pujante. Estas tropas acamparon en las cordilleras para ponerse en movimiento al primer aviso, y al propio tiempo con el objeto de estar á la mira de las audaces tentativas de Carrera para penetrar en Chile, donde aun contaba con numerosos amigos.

Este célebre jeneral, á quien vimos escaparse el 21 de abril de 1817 de un buque de Buenos-Aires en que se encontraba prisionero, se refujió á Montevideo, donde ni él estaba bien con los brasileños ni los brasile-

ños con él. La fortuna le trató por entonces con escesivo rigor. Toda su familia andaba dispersa y casi sin apoyo: su mujer y sus hijos aislados en Buenos-Aires eran el blanco de las vejaciones del gobierno; sns hermanos presos en Mendoza; sus hermanas abandonadas; su padre, que se habia quedado en Santiago, atormentado por las mil angustias de su aislamiento y sus disgustos y con el continuo temor de que le espropiasen de lo que le quedaba y de que acaso le espulsasen de su país; él en fin perseguido por enemigos poderosos, teniendo que vivir refujiado en una ciudad, donde apenas gozaba crédito y en vísperas de faltarle todo, porque pocos dias antes de su fuga mandó Pueyrredon quitarle mil quinientos pesos, único recurso que le quedaba para atender á sus necesidades y á las de algunos amigos fieles.

En tal conflicto y haciendo violencia á sus inclinaciones, se decidió á abandonar la política para entregarse al comercio, con la esperanza de hallar en esta nueva carrera la independencia que en vano habia buscado en otra parte. El tráfico de maderas le pareció bastante lucrativo y se resolvió á emprenderlo como último recurso, para lo cual pidió á Buenos-Aires á su amigo Manson un buque de doscientas á trescientas toneladas, pedido que igualmente hizo á su corresponsal en los Estados-Unidos Henry Didier, participando á uno y otro sus proyectos mercantiles y que su ánimo era trasladarse bien á la costa norte del Brasil ó al Paraguay, donde confiaba obtener un permiso de paso. Desgraciadamente, el olvido es un compañero casi inseparable de la desgracia. Sus amigos secundando su triste destino, no correspondieron á lo que esperaba de ellos y le abandonaron á su malestar y á su desesperacion. Al propio tiempo supo la muerte de

sus dos hermanos asesinados, decia, mas bien que sentenciados, por los alguaciles de Pueyrredon. Su alma ardiente llegó al último grado de la amargura y le arrastró á una venganza inexorable. No pudiendo hacer guerra á sus enemigos con las armas, se la hizo con la pluma, y aprovechando los restos de una grande imprenta que llevó de los Estados-Unidos para enriquecer con ella á su país, publicó algunos escritos que fueron contestados con no menos acrimonía por las gacetas ministeriales, á que se siguió una polémica violenta y apasionada, en la cual los dos partidos se acusaron mutuamente de felonía, echando en cara á Carrera los satélites de Pueyrredon su correspondencia con el embajador español en Rio Janeiro para entregar el país al rey de España, y Carrera echando en cara á Pueyrredon y á todos los jefes de la famosa Lojia, el proyecto de cederlo al príncipe de Luca ó á cualquier otro, para enterrar el principio republicano bajo el pedestal de una monarquía. Algunas espresiones inconsideradas que se deslizaron en estas recriminaciones y ataques, envenenaron mas y mas el debate. De político se convirtió en personal, y Pueyrredon se vió en la necesidad de recurrir á su aliado el emperador del Brasil para que su gobernador Lecor rompiese la pluma de Carrera y las de sus compañeros y les cerrase la imprenta que ellos mismos dirijian, por no haber encontrado un cajista bastante atrevido que lo hiciese.

Viendo don José Miguel Carrera que con esta nueva hostilidad no podia contestar á los ataques incesantes que contra él divulgaban en el público los periódicos de Buenos-Aires y aun los de Chile, su vehemencia le hizo tomar la resolucion de ir á ajitar las provincias y fomentar las

guerras civiles con el proyecto de servirse de ellas para destruir el poder de sus dos grandes antagonistas, el de Pueyrredon primero y el de O'Higgins despues. Por entonces la discordia fermentaba en el interior del país. La provincia de Santa-Fe habia dado la primera señal de rebelion y otras muchas manifestaban ciertas tendencias á seguir su ejemplo. Persuadido Carrera de que bastaria su presencia para decidirlas y atraerlas, salió furtivamente de Montevideo y corrió á poner su intelijencia y su espada á disposicion del que quisiese consumar esta gran revolucion. El sistema federal, que era la bandera levantada por la oposicion, se avenia perfectamente con su carácter activo y aventurero, y lo adoptó como medio de guerra jeneral y conveniente á las provincias que queria revolucionar. Llevaba siempre consigo su pequeña imprenta, y desde los mas oscuros rincones de la república empezó á lanzar las proclamas mas incendiarias, manifiestos contra la centralizacion y hasta folletos que él mismo escribia ó hacia escribir en el Huron, la Gaceta y otros periódicos, de los que algunas veces enviaba ejemplares gratis á las provincias. En ellos atacaba con violencia los actos del gobierno y los manejos pérfidos y antinacionales de la gran Lojia, de esta especie de club mucho mas poderoso que los clubs ordinarios, porque contaba con todas las autoridades superiores del estado, incluso el director, y podia obrar á la vez que legalmente en las tinieblas. Por estos medios y otros de que se valieron los jefes con quienes se habia unido, la administracion de Pueyrredon fué batida en brecha en todas sus ramificaciones, el descontento penetró por todas partes, se sublevaron las provincias y Buenos-Aires no tardó en seguir su ejemplo, de cuyas resultas cayó el

director, que tuvo que ir á implorar á su vez la hospitalidad del gobernador de Montevideo.

Luego que salió Pueyrredon, la direccion de la república vino á ser una ciudadela que todos los jefes ambiciosos quisieron asaltar para apropiársela. Los directores se succedieron con una rapidez pasmosa. Rondeau, Serratea, Balcarcel, Dorrego, Soler, etc., se apoderaron á su vez de la silla de la presidencia para cederla al cabo de unas cuantas semanas á sus antagonistas, sin haber podido dejar el mas mínimo recuerdo glorioso de su administracion. Siendo impotente la guerra civil que los habia elevado, para imprimirles la fuerza moral que es la que da solidez á todo gobierno, los directores tuvieron para sostenerse que continuar las intrigas y manejos, único dique que podian oponer á sus audaces adversarios.

En medio de este flujo y reflujo, esperaba obtener don José Miguel Carrera los socorros necesarios para ir á promover en Chile las mismas metamorfosis, á que tanto contribuyó en la república arjentina. Cada nuevo director le prometia su cooperacion, pero fuese impotencia ó razones de estado que les obligase á la reserva y la inaccion, solo Sarratea le cumplió la oferta, declarándose completamente hostil al gobierno de O'Higgins, permitiéndole levantar tropas, defendiéndole de sus detractores y hasta espulsando de Buenos-Aires al ministro chileno Zañartu, á pesar de la inviolabilidad de su persona y de las vivas representaciones del cabildo de la capital.

Esta fué indudablemente la época de mayor prosperidad que tuvo don José Miguel Carrera, la que parecia prometerle un porvenir mas afortunado, porque en poco tiempo se encontró á la cabeza de una pequeña division de seiscientos cuarenta hombres, no estranjeros á su pa-

tria, sino verdaderos chilenos, que Sarratea le permitió sacar de los diferentes rejimientos y cuyo núcleo lo componian principalmente los chilenos realistas cojidos en la batalla de Maypu, que O'Higgins envió á Pueyrredon. Por otra parte, el batallon número 1 que habia hecho las campañas de Chile y vuelto á la república arjentina, acababa de sublevarse en San Juan y de él esperaba poder alistar un buen número de soldados en su bandera. Por último sus amigos y partidarios de Chile se preparaban á coadyuvar á su empresa, y ya iban á alzar el grito cuando el gobierno lo supo por revelacion de un conjurado á tiempo de poder tomar la initiativa contra ellos, arrestar algunos y entregarlos al tribunal, por el que fueron confinados unos al interior de la república y desterrados otros á paises lejanos, principalmente á la costa del Choco, donde se alistaron en el ejército de Bolivar, no habiendo faltado quien como Vijil, etc., llegasen á los grados superiores de la milicia.

El alma ardiente de Carrera no se intimidó por este contratiempo. Sin perder nunca la esperanza, sin renunciar jamás á su empresa, confiando en su destino y cada vez mas dominado de ese vivo sentimiento de odio que frecuentemente forma los héroes, prosiguió su mision con la prodijiosa actividad que exijia la grande estension del terreno, nuevo teatro de sus hechos. Tan pronto en una provincia, tan pronto en otra, fomentaba en todas partes la rebelion, favorecia á los ambiciosos y contribuia á levantar como por encanto ejércitos, que un soplo bastaba para dispersar ó destruir.

Desgraciadamente olvidó en medio de algunos grandes triunfos, la prudencia y destreza que las desgracias pasadas debieran tener fijas siempre en su memoria. La

influencia que supo conquistar entre sus compañeros, llegó á darle prestijio sobre ellos. En cualquiera parte en que se presentaba ponia el peso decisivo de su voluntad y su talento en la balanza del destino del país, pero debia saber tambien que como estranjero estaba en el caso de contentarse con un papel un tanto secundario, y esto fué lo que su fogosa imajinacion no le permitió comprender, habituado á que todo se doblegase á sus miras y á su voluntad. Jefe de partido mas bien que jeneral, y enemigo del reposo lo mismo en tiempo de paz que en el de guerra, tenia necesidad de estar en contínuo movimiento, que era precisamente lo que no querian sus compañeros, los cuales cansados de la vida bulliciosa y ajitada, aspiraban á consolidar sus triunfos por medio de negociaciones. De aquí el que frecuentemente se le viese pasarse al bando de los descontentos, y asociar su pequeña division á las montoneras enemigas del director que los azares de un combate elevaban á la presidencia, malquistándose poco á poco con todos sus amigos y con el mismo Sarratea, no mucho antes su poderoso protector, y viéndose en fin en la necesidad de refujiarse entre los indios de las Pampas. Con ellos hacia una vida casi salvaje, vistiéndose muchas veces de una manera fantástica como los héroes aventureros, cosa que les gustaba mucho, y no tardó en cautivar su afecto, entusiasmar su barbarie, marchar á su cabeza y tener la fatalidad de ser cómplice, aunque indirectamente, de las matanzas, violaciones y sacrilejios que aquellos hombres feroces cometian en las ciudades conquistadas, crímenes que á pesar de todos sus esfuerzos no le era dado impedir. Esta fué indu dablemente una de las faltas mas graves que le desaprobaron las personas de todos los partidos y que no puede

justificarse ni aun con el estado de exaltacion producido por tantas desgracias. Desde entonces su estrella solo brilló con una luz lívida. Abandonado de los pocos jefes que podian ayudarle en sus proyectos, anduvo errante por las vastas Pampas sin renunciar á la esperanza ni dejar de ajitarse, creyendo siempre en la posibilidad de reconquistar la soberanía de su país ejercida por su enemigo don Bernardo O'Higgins. No pudiendo penetrar por las cordilleras inmediatas á Mendoza por hallarse acampadas en ellas las tropas chilenas, se fué con sus ilusiones por el lado de San Juan con ánimo de entrar por la provincia de Coquimbo, donde contaba con buen número de partidarios. Pero antes quiso tentar de nuevo la fortuna, yendo á reunirse con las montoneras enemigas de Buenos-Aires. Continuaba en la persuasion de que por esta capital, es decir por la influencia y proteccion de sus jefes, podria conseguir su objeto; pero desgraciadamente para él empezó su nueva campaña con grandes reveses, lo que hizo su posicion mas y mas crítica. Esto unido á la ingratitud de todos los directores, á quienes habia ayudado á elevar con su espada, le decidió á renunciar á los auxilios estranjeros y á marchar sobre San Juan con los pocos soldados, casi todos chilenos, que se mantenian fieles á su persona. El país que tenia que atravesar, era vasto y estaba lleno de peligros. Lo franqueó no obstante sin accidentes, pero al llegar cerca de San Juan y sitio llamado el Medano, se vió detenido por una corta division mandada por el coronel Gutierrez, que habia destacado el gobernador de Mendoza. Don José Miguel Carrera no se encontraba en estado de poder hacer frente á un enemigo muy superior á él, cuanto mas que su reducido ejército estaba medio desmoralizado,

sumamente cansado y muy mal montado. Pero no podia volver atrás y huir sin emprender algo. Aceptó pues la batalla y dió al punto las órdenes para tomar la iniciativa y para que la caballería se lanzase sobre el enemigo, que la esperó á pié firme en una posicion escelente y la obligó á que se retirase. Los soldados de Carrera volvieron muchas veces á la carga, pero otras tantas fueron rechazados por los de Gutierrez, que cargándoles á su vez acabaron por derrotarlos completamente. Esta fué la última accion que dió don José Miguel Carrera y la que cortó para siempre el vuelo tempestuoso que le trazó su carácter inconstante, ambicioso y turbulento. Obligado á huir con el resto de su division, tuvo el dolor de verse vendido en medio de la noche por algunos de sus oficiales, cansados sin duda de la vida aventurera y de emociones que llevaban hacia mucho tiempo. Se apoderaron de él á pesar de la resistencia que hizo, y lo condujeron con las manos atadas á su implacable enemigo el gobernador Gutierrez, quien al punto lo encerró en una prision con don José María Benavente, este digno compañero de sus infortunios, el coronel Alvarez y otros muchos oficiales que permanecieron fieles á su causa. Entró en la prision el 21 de setiembre de 1821 y á los dos dias un consejo de guerra le condenó á muerte, cosa que no le cojió de sorpresa. Lo único que sentia era no estrechar su corazon con el de su desgraciada familia, y hasta tuvo el sentimiento de que no le permitiesen hablar con la suegra de su hermano don Juan José á la sazon en Mendoza, bajo el falso pretesto de que estaba en cama. Resignado pues con su desgraciada suerte, marchó al dia siguiente 24 de setiembre al lugar de la ejecucion con paso firme, sin que le conmoviesen las impresiones de la multitud

que se agolpaba á su paso, y orgulloso por otra parte con un pasado que consagró á la felicidad de su patria y que tantas circunstancias habian arrastrado á la violencia y á la reaccion. Fué fusilado con su amigo Alvarez en el mismo sitio en que sus dos hermanos recibieron la muerte, y para mengua de sus enemigos, su cabeza fué espuesta á la vergüenza pública. A don José María Benavente, este amigo cuya fidelidad rayaba en entusiasmo, lo condenaron tambien á la pena capital, pero no la sufrió por las vivas instancias de un hermano que tenia establecido en Mendoza : á los demas oficiales los diseminaron en diferentes puntos de la república y en Chile.

Tal fué el destino del ilustre chileno que ocupará sin duda algun dia la intelijente perspicacia de los historiadores. Hoy están todavía los partidos bajo la influencia de las pasiones y del amor propio ofendido, y no pueden juzgarle convenientemente y á satisfaccion de todo el mundo. Sin embargo, es innegable que prestó grandes servicios á la independencia, trazando á la revolucion una marcha mas segura y mucho mejor pronunciada, entusiasmando á la juventud para que se alistase en sus lejiones y dando al ejército una organizacion de que distaba mucho antes de que él regresase á su patria. A su prodijiosa actividad, á su carácter laborioso y á su jenio sumamente fecundo en espedientes, debió tambien poder neutralizar los malos efectos de su aislamiento y proporcionarse recursos, por medios es cierto algunas veces violentos que la calma de hoy desaprobará quizá, pero que las circunstancias de entonces hacian inevitables. Porque en aquel nuevo período de vida y de creacion, era imposible proceder con regularidad, sin pasiones y sin escesos, cuando habia que producir un completo de-

sarrollo, y un país que era español convertirlo en americano.

Es condicion inherente á toda revolucion social, ser exajerada é impaciente en su principio, inquieta é impetuosa en su marcha. Basta una chispa de oposicion para comunicar el incendio á toda la sociedad fuertemente conmovida entonces, si no impide su propagacion el jefe de ella, obrando con el vigor de un déspota y el celo de un innovador que quiere despertar un pueblo al nombre de libertad. La naturaleza, es necesario confesarlo, habia formado admirablemente á Carrera para destruir añejas preocupaciones. Era de carácter franco, dócil, decidido, muy seductor y persuasivo cuando se replegaba en sí mismo, capaz de atraerse los hombres y de hacer grandes cosas, porque comprendia el patriotismo en la grandeza de ánimo y no en la mezquindad y no contemporizaba con los enemigos del principio revolucionario para evitar que se enervase su fuerza. Pero si era muy á propósito para meter el hacha en una sociedad mal organizada y para minar sus viejos cimientos, no lo era para restablecerla y reconstruirla. Turbulento como todo revolucionario, pero mas por naturaleza que por egoismo; enemigo del reposo y de trabajar en un gabinete; dominado siempre por el esceso de sus cualidades, lo que le hacia un tanto inconstante, á veces caprichoso y hasta obstinado; no queriendo sufrir el predominio de nadie fuese quien fuese, no buscaba en cierto modo en la revolucion mas que el movimiento, no los principios, demostrando con esto que tenia todas las cualidades de un jefe de partido, pocas de un hombre de estado. Así es que en su partido representaba la fogosidad y la actividad, lo que le dió un gran ascendiente entre la juventud, ávida siempre de movi-

miento y de emociones, mientras que las personas de edad mas avanzada no tardaron en desaprobar su turbulencia, porque para ellas, al contrario que para los jóvenes, el espíritu revolucionario debia estar casi todo en el alma y muy poco en el cuerpo. Las mismas personas veian en O'Higgins un atleta de la libertad del país no menos apasionado y vehemente, pero de mas calma, mas reflexivo, que obraba con conocimiento y con cálculo. Veian tambien claramente que Carrera con su entusiasmo en el corazon y en la cabeza, era capaz para sublevar las masas, pero no para gobernarlas; porque siendo la primera condicion del que aspire á elevarse al poder y sostenerse en él, tener una cabeza y un corazon frios, consideraban el entusiasmo la virtud de los que ejecutan y la calma y la sangre fria la de los que dirijen, y bajo este último punto de vista la naturaleza fué muy avara con Carrera. Por lo demas, lo repito, á las edades venideras, y á ellas solas, incumbe la tarea de discutir los actos de este jenio de la revolucion y de apreciarlos del modo que la historia tiene derecho á exijir. Los móviles de las acciones humanas se ocultan en profundidades tan obscuras, son tan parciales los escritos contemporáneos é influidos por tantas opiniones y tantos intereses diversos, que se necesita gran número de años y la reunion de muchas cartas confidenciales dictadas sin objeto determinado, para esclarecer los mas sencillos sucesos de épocas muy modernas.

CAPITULO LX.

Benavides se apodera de todos los buques estranjeros que tocan en la isla de Santa María, y alista los marineros en sus batallones.— Uno de estos buques va á Chiloe en busca de refuerzos, y á su regreso conduce al capitan Senosain. — Desercion de las tropas en los dos ejércitos. — Junta de Concepcion para vijilar á los espías de Benavides. — Este marcha al norte y es perseguido por Prieto.— Victoria de la Vega de Saldia.— Dispersion de los realistas.— Política de los patriotas para destruir los restos del enemigo. — Sumision de Bocardo y de casi todas las familias establecidas en Quilapalo. — Toma de Arauco.— Prieto marcha contra los indios de la costa. — Benavides, reducido al último estremo, se embarca para el Perú, y lo arrestan en Topacalma. — Llevado á Santiago es condenado á una muerte ignominiosa. — Picarte, que queda de comandante de la Araucania, consigue que regresen á Concepcion las monjas trinitarias.— Rebelion de las tropas de Valdivia, y muerte del coronel Letelier.— O'Higgins envia á aquel punto al coronel Beauchef.— Castigo de los culpables. — Espedicion de Beauchef contra Palacio y su montonera. — Este jefe es cojido y condenado á muerte.

Hemos dicho en el capítulo anterior que dedicado O'Higgins esclusivamente á la espedicion del Perú, habia descuidado el ejército del sur, causa por la cual se encontraba este en una posicion sumamente crítica y muy amenazado por los realistas. En efecto, Benavides se manifestaba cada dia mas audaz. Con su prodijiosa actividad, y con los actos de vandalismo, que los jefes de partido pretenden siempre justificar con que la necesidad les obliga á ellos, se levantó del estado deplorable á que lo redujeron la derrota de Concepcion y la de Pico en Chillan. Desde que se verificó la última, se hallaba refujiado en Arauco, poniendo en juego todos los recursos que su posicion sujeria á la imajinacion fecunda de un hombre como él. Los indios de la costa, y aun algunos del interior, continuaban siéndole afectos, pero esto no

era bastante, porque necesitaba ademas tropas disciplinadas con que emprender y sostener un combate, cosa que no sabian hacer aquellos bárbaros, útiles solo para completar una victoria. En la imposibilidad de reclutarlas en número suficiente, se propuso apoderarse de cuantos buques que se aproximasen á la costa, para armarlos en corso contra todos los que navegaran en los mares del sur con otra bandera que no fuese la española.

Por entonces el comercio de los Estados-Unidos y de Inglaterra tomaba mucha estension en estas nuevas y ricas comarcas. En la pesca de la ballena habia grande actividad, y los barcos que la hacian, por la naturaleza misma de su industria, tenian necesidad de acercarse á las costas, y muchas veces de entrar en las bahias. Así fué que el primer buque que conquistó Benavides en su nueva carrera, fué un ballenero, el *Hero*, que vino á anclar en la isla de Santa María, al que siguieron poco despues la *Ersilia*, el *Occéano*, la *Luisa*, la *Perseverancia* y otros, y luego algunos de ellos armados y montados por hombres de confianza, fueron á ejercer la piratería en toda la estension del Occéano. Los marineros de las tripulaciones de estos buques ingresaron en los rejimientos que formó, y para que el terror les impidiese fugarse, mandó fusilar á un capitan, y á cuantos marineros manifestaron la menor tendencia á la desercion.

Los buques apresados no suministraron á Benavides soldados solamente. En uno de ellos, el *Occéano*, se encontraron mas de quince mil armas, entre fusiles, tercerolas, sables, etc., con las que hubo bastantes para armar los nuevos reclutas y para formar un repuesto. Con este motivo despachó un buque á Chiloe para participar al gobernador Quintanilla sus presas, y pedirle hombres y

municiones; buque que regresó á los dos meses, conduciendo un escelente refuerzo al mando del capitan Senosain, dos cañones y la cantidad de municiones pedida.

Por estos medios, tan ilícitos como inhumanos, consiguió Benavides organizar un nuevo ejército, que al poco tiempo contaba cerca de tres mil hombres bien equipados, de ellos mil doscientos jinetes entre húsares y dragones, el rejimiento de los últimos muy reciente y formado con el mayor esmero. Estas tropas, repartidas en los diferentes puntos de la provincia y de la frontera, renovaban de cuando en cuando las guerras de destruccion, que constituian entonces todo el código de sus actos; siéndoles esto, por lo demas, tanto mas fácil, cuanto que la division de Prieto, única que pudiera hacerles frente, se encontraba sin caballos, y falta casi de todo, así de víveres como de vestuario, lo que era causa de deserciones, algunas de las cuales se verificaban con armas y bagajes. Ciertamente que no era menor la desercion entre los realistas, con la circunstancia, que no concurria en los patriotas, de que se les desertaban tambien muchos oficiales, especialmente desde que se publicó el bando de indulto de 30 de diciembre de 1820; pero esto no podia en ninguna manera compensar las pérdidas que tenia el ejército del sur, porque, cercado en cierto modo por todos lados, no podia proporcionarse lo que necesitaba para su subsistencia.

Así las cosas, Freire, cuya division era la que estaba mas descuidada, se decidió á ir á Santiago para obtener de viva voz lo que no habia podido conseguir por una correspondencia muy seguida. Al marchar recomendó mucho á Prieto, á quien dejó de intendente subdelegado, que pusiese en juego todos los recursos de su astucia para de-

sunir á los jefes enemigos, y para atraerlos con promesas de honra y de provecho. Precisamente era la política que estaba siguiendo con buen éxito este digno brigadier, hombre sumamente humanitario, pues habia hecho caer en emboscada á Turra, uno de los jefes de Pincheira, con algunos de su montonera, y en el mes de marzo se hallaba ya en tratos con el mismo Pincheira, quien ofreció rendirse, despues de haber pedido permiso para ir á vengarse de los Pehuenches, y quitarles el ganado vacuno y lanar que le habian robado. Estos preliminares de negociaciones los paralizó desgraciadamente Bocardo, nombrándole capitan efectivo de su montonera, nombramiento que le halagó lo bastante para romper toda relacion con Prieto, sin que le detuviese el que muchos de los suyos se habian pasado ya á los patriotas, y trabajaban fuertemente para inquietarle. Tambien el capitan de los dragones don Juan Bautista Espinosa, jefe de los Huiliches, habia conseguido que volviesen gran número de familias, soldados, toda la reduccion de Trilalevu y ademas los dos padres franciscanos don Marcos Rodriguez y don Patricio Araneda, personajes de gran fama y que inmediatamente fueron destinados, el primero con el capitan don Francisco Bulnes á Trilalevu, para avivar desde el púlpito el espíritu patriótico en aquella comarca, y el segundo para destruir la poca influencia que les quedaba á los realistas en la credulidad de los habitantes de la parte sur del Biobio.

No procedia Benavides con menos intelijencia y actividad. Aparte sus numerosas montoneras, organizó un sistema de espionaje que se estendia á toda la provincia y alcanzaba á la ciudad de Concepcion, donde funcionaba con grande actividad. Sabido esto por Prieto mandó que

todos los ajentes secretos fuesen vijilados por una junta, encargada ademas de velar por la tranquilidad de la ciudad, y de cuidar que los inspectores de barrio cumpliesen con exactitud sus deberes. Las honradas personas que la componian, los señores Barnachea, Novoa y Bilimelis, sentenciaban todas las causas de espionaje é infidencia, y bastaba el informe de la intendencia, aprobado por el jefe, para ejecutar el fallo.

El año 1821 pasó en estos manejos, y en pequeñas escaramuzas, todas de poca importancia, en que tan pronto era el uno como el otro partido el vencedor. Al fin Benavides, fiado en la superioridad numérica de su ejército, se decidió á intentar una empresa en grande, que fué nada menos que marchar directamente sobre la capital, desguarnecida ó poco menos de tropas regulares, desde la espedicion del Perú. El momento elejido era bastante favorable al proyecto para no dar grave inquietud á Prieto, y forzarle á no moverse de Chillan y á renunciar á su viaje á la Florida, donde debia tener una entrevista con el comandante de armas de Concepcion, el coronel Rivera. Escribió inmediatamente á este, pidiéndole sus mejores tropas de infantería y caballería y los indios de Benancio acampados en Yumbel, y esperó á pié firme á Benavides, que no tardó en presentarse á la cabeza de mil hombres, protejidos por dos cañones. Aunque los soldados que tenia para hacerlo frente apenas eran seiscientos, no temió salir de la ciudad á provocar un combate, que esperaba fuese decisivo; pero despues de unos cuantos tiroteos, Benavides levantó el campo y se dirijió al norte. Ya habia pasado el Nuble, cuando la division patriota empezó á picarle la retaguardia, lo cual le obligó á repasar el rio; y marchando siempre en

su persecucion, á pesar de la obscuridad de la noche y de una lluvia continua, fué á acampar á la hacienda de Coto con la esperanza de alcanzar pronto á su antagonista, que huia hácia Tucapel. Al llegar el dia siguiente á orillas del rio Chillan, supo por sus espías que las tropas enemigas se hallaban acampadas á corta distancia, en un sitio llamado la Vega de Saldia. Sin pérdida de tiempo reunió los oficiales superiores, les dió las órdenes para los preparativos, y á las dos de la mañana se puso en movimiento, marchando la caballería sobre los flancos de la infantería y apoyando á esta dos piezas. Desgraciadamente no se le ocultó al enemigo la aproximacion de los patriotas, y levantando el campo echó á huir. Iba á pasar el pequeño rio de Chillan cuando los húsares, destacados por el jeneral á todo escape, llegaron á tiempo de impedir el paso que los realistas quisieron forzar. Entonces se empeñó una pequeña accion, que los húsares no pudieron sostener largo tiempo por su reducido número : pero reforzados muy luego con las partidas de Arteaga, y sobre todo con los cazadores del intrépido don Manuel Bulnes, dieron reunidos vigorosas cargas que introdujeron la confusion en las filas de los realistas, acabando por derrotarlos completamente, con el auxilio de los demas escuadrones y del batallon número 3, que llegó todavía á tiempo de tomar parte en esta gloriosa victoria. Por una de esas casualidades, tan raras en semejantes circunstancias, la patria no tuvo que deplorar la pérdida de un solo hombre, mientras que el enemigo contó mas de doscientos muertos entre matados y ahogados, entrando en este número los famosos Rojas y Elizondo. Los prisioneros, entre los cuales se hallaban diez y siete ingleses de los presos por Benavides, ascendieron

á muchos mas, porque los fujitivos fueron perseguidos hasta la orilla de la Laja. Los que pudieron salvarse, se dirijieron á las cordilleras con Hermosilla y Pincheira, que no estaban ya en buena armonía, ó bien en busca de los indios, los unos con Pico y Carrero, y los otros, aunque muy pocos, con Benavides hácia Arauco. Algunos se presentaron á los patriotas y abrazaron su causa, contándose entre ellos Neira, don José Antonio Sepúlveda, Peña, etc. Como estos conservaban prestijio entre los realistas, el primero fué á Santa Juana á promover la desercion de los cazadores, que protejian unos cuantos soldados apostados en las inmediaciones, y los demas á los alrededores de Arauco, centro principal de todas las combinaciones de Benavides.

Este sistema de guerra, que consistia en favorecer la desercion de los realistas y ganar los jefes de las montoneras, no tardó en ser la política de Prieto, como lo era ya la del intendente Freire. Salvas algunas escepciones, el partido contrario se componia de chilenos, y era un deber de los oficiales superiores conservar la vida á sus desgraciados paisanos, á quienes una fidelidad mal entendida los comprometia á continuar defendiendo la bandera española. Con esta humanitaria intencion organizó Prieto dos pequeñas divisiones, y las envió á someter por medio de la persuasion los últimos restos de las montoneras. Una de ellas, fuerte de doscientos hombres, la puso al mando del capitan don Manuel Bulnes, que en la última refriega habia dado brillantes pruebas de valor y de pericia, y la otra, poco menos que insignificante, al de don Clemente Lantaño.

Este, á quien hemos visto caer en poder de los patriotas en Huaras y dedicarse desde entonces con celo á la

defensa de su país, estaba de comandante de la frontera, para cuyo destino fué nombrado en reemplazo de don Santiago Urrutia. Su valor bien conocido y sus relevantes hechos mientras sirvió en el partido del rey, le habian conquistado en este cierta superioridad, y con ella algunas simpatías entre los soldados. Esto unido á que estaba emparentado con algunos jefes realistas, le hacian muy á propósito para llenar las miras del gobierno en sus humanitarios proyectos de seduccion. Luego que llegó á Valparaiso lo enviaron á Chiloe á que ganase al gobernador Quintanilla, su compadre, lo que á haberse conseguido hubiera ahorrado las espediciones contra una provincia guerrera y muy adicta á su rey; pero desgraciadamente Quintanilla, hombre honrado y de fe, lo recibió como á enemigo, obligándole á que se volviera, sin permitir que desembarcara, y mucho menos oir las proposiciones de paz que iba encargado de llevarle. Este desgraciado principio de sus negociaciones no le impidió ofrecerse á entablarlas con otras personas, que le constaba ser menos incorruptibles que Quintanilla. Una de las que mas importaba ganar era el famoso Bocardo, compañero suyo de la infancia, natural como él de la provincia de Concepcion y jefe de la numerosa poblacion de emigrados de Quilapalo, cuya mayor parte, cansados de la vida miserable que tenian, nada ansiaban mas que volver á sus antiguos hogares. El jeneral Prieto daba gran valor á la defeccion de este jefe, y el principal objeto de la espedicion de don Clemente Lantaño fué conseguirla. En sus negociaciones le protejia el comandante Bulnes, el cual si bien tenia órden de proceder igualmente con política y moderacion, estaba autorizado en caso de resistencia obstinada, para emplear los medios

mas rigorosos con objeto de obtener una sumision completa. Su carácter bien conocido de militar valiente, justificado y leal, le hacia muy á propósito para el desempeño de esta doble mision, por lo que Prieto le elijió con preferencia, habiendo demostrado desde sus primeros pasos que era digno de ella.

Despues de recorrer la estensa llanura de la Laja, Bulnes fué á Nacimiento con su division muy aumentada, y de allí salió el 22 de marzo para ir á dispersar en Mulchen un gran número de indios enteramente hostiles á la patria. Hallábase don Clemente Lantaño en las orillas del rio Biobio en tratos con Bocardo dispuesto completamente á rendirse, y Bulnes, que lo supo, fué allá á unir su poderosa influencia en esta ventajosa negociacion. A los esfuerzos combinados de estos dos respetables chilenos, la patria debió muy pronto poder contar aquel jefe realista entre sus hijos y en el número de sus defensores.

La defeccion de Bocardo produjo un efecto escelente. En primer lugar aumentó la desmoralizacion en el partido realista, y ademas fué causa de que la numerosa colonia de chilenos establecida en Quilapalo desde la retirada de don Francisco Sanchez, abandonase este lugar de destierro y volviese á sus casas, con la seguridad de que todos serian mirados benévolamente y con induljencia por el gobierno. Entre los nuevos pasados habia muchos oficiales, soldados, curas, frailes y monjas. Hubo sin embargo algunos tan reacios que no quisieron rendirse, y marcharon á refujiarse á Piule, adonde fueron á atacarles los soldados de Bulnes, viéndose precisados los unos á ganar las cordilleras, y los otros á reunirse á Pico, que estaba del otro lado de Puren.

Con esto la guerra quedó circunscrita al país araucano, y sus habitantes hechos el juguete de los dos partidos, especialmente de los realistas, que no contaban mas que con este débil recurso para sustraerse á la persecucion activa é incesante de los patriotas. La influencia que ejercian en ellos los capitanes de amigos, afectos en jeneral al principio monárquico, y la no menor de los jefes europeos, que les habian inspirado un odio terrible contra los chilenos, tenia convertidas estas poblaciones en enemigos muy peligrosos, á quienes era necesario atraer, mas con la astucia que con las armas. La política de Bulnes, que fué la que Freire y Prieto le recomendaron, consistió en introducir la perturbacion en todas estas tribus, y en procurar desunirlas y armar unas contra otras para someterlas á fuerza de cansancio y de arruinar su país. Hacia mucho tiempo que la patria contaba á su servicio al famoso Benancio Coyquepan, cacique de Malal, al que siguieron los caciques Ligenpi, Coliman, Cadin, Melipan, Paillaleb, Paylahuala y otros muchísimos. Oficiales tan valientes como Ybañez, Salazar, etc., los llevaban en sus correrías para perseguir sin descanso á los caciques Colqueman, Maripil, Catrileu, Levilhuan, y especialmente al famoso y temible Marilhuan, enemigo declarado de Benancio, á quien siempre estaba desafiando, ya directamente ya por conducto del intendente Freire (1), al que escribió muchas veces ofreciéndole una sumision en que estaba muy lejos de pensar. Freire procuraba sostener correspondencia con los indios realistas

(1) En 23 de diciembre de 1822 le escribió que comprometiese á Benancio y á Ligenpi á reunir todos los indios, y añadia : « Aunque es de tanta opinion eso es lo que yo solicito, pelear con un valiente como él y Ligenpi ; aunque su campo de ellos es muy crecido, el mio es corto, pero gente aguerrida. »

para introducir en ellos la desconfianza y fomentar la desunion. Por este medio y con el auxilio de la poderosa espada de Bulnes, secundado por sus valientes oficiales, esperaba acabar con tantas rebeliones organizadas y destruir los últimos restos de los soldados y oficiales europeos.

Mientras eran perseguidos los fujitivos de la vega de Saldia, el brigadier Prieto comunicó una órden al comandante de armas de Concepcion para que hiciese una espedicion contra Arauco, y lo tomase. El coronel Rivero reunió al punto doscientos hombres al mando de Quintana y Rios, y los envió por mar en un bergantin mercante el *Brujo*, fondeado á la sazon en Talcahuano. Encontraron dificultades para el desembarque, por la mucha mar y porque algunas partidas de enemigos se presentaron á atacarles, pero una vez vencidas, marcharon á Arauco, que encontraron casi desierto é incendiado. A los dos dias llegó Benavides á las inmediaciones, acompañado solamente de algunos soldados y oficiales. Obligado á continuar su ruta, apostrofó al pasar al centinela, diciéndole que muy pronto habria noticias suyas; y en efecto volvió al cabo de una semana á la cabeza de una fuerte indiada con objeto de apoderarse de los caballos, y hacer alguna tentativa para tomar la plaza. Pero Rios, fortificado en el cerro de Colocolo, resistió perfectamente todos sus ataques; y viéndose Benavides en la imposibilidad de realizar su proyecto, se fué á Tucapel á convocar los indios con el fin de marchar otra vez sobre Arauco, punto que consideraba el de mayor importancia para sus operaciones futuras. Gracias á la habilidad que tenia para atraerlos, pudo reunir bastantés, con los que sitió al comandante Rios, le estrechó por todos lados, y

probablemente le hubiera obligado á rendirse á discrecion, si la llegada de un buque mandado por el capitan Robinson, no le hubiera sacado de una posicion tan difícil y peligrosa.

Como Arauco habia estado casi siempre en poder de los realistas, la perniciosa influencia de estos se dejaba sentir en el alma crédula y vivamente interesada de los indios; razon por la cual, á pesar de las ventajas conseguidas por Rios, era de temer que la presencia de Benavides en aquellos parajes, y sus recursos tan injeniosos como oportunos, hiciesen algun nuevo daño á la república. Para poner término á este temor, se decidió el brigadier Prieto á ir á aquellos sitios á castigar á los indios, perseguirlos hasta Tucapel de la costa y reunirse con la division de Bulnes por Ilicura ó Pangueco. Su division se componia de mil hombres próximamente, á saber, el rejimiento de los cazadores de caballería, el batallon número 3, doscientos hombres del número 1 y cuatro piezas de montaña del número 4.

Esta espedicion salió de Concepcion en diciembre de 1821 y no tardó en llegar á Arauco, donde se detuvo algunos dias para poner esta plaza en buen estado de defensa, yendo en seguida en socorro de Rios, que estaba temiendo ser atacado por fuerzas muy superiores á las suyas. En el camino supo Prieto que los indios y montoneras estaban reunidos en un llano, y en disposicion de batirse. Su primer pensamiento fué sorprenderlos, y al efecto sus tropas marchaban al través de los bosques durante la noche, cuando al amanecer fueron ellas las sorprendidas, atacándolas en masa el enemigo en un momento en que la division no estaba preparada para hacer frente. Dos tenientes coroneles que seguian el ejército

sin mando, Viel y Beauchef, se colocaron al punto, el primero en la artillería y el segundo en el número 3, y gracias á algunas cargas, á algunos tiros de cañon bien dirijidos por el mayor Picarte y al fuego de los infantes, pudo contenerse aquella masa de indios y perseguirlos en seguida con intrepidez, á pesar de los peligros que ofrecia la configuracion del terreno. El coronel Viel, sobre todo, corrió un gran riesgo entonces, pero mucho mayor pocos dias despues, cuando le engañaron unos indios, que con pretesto de negociar la paz, quisieron llevarle del otro lado del rio Levu. Una mera casualidad hizo que en el momento de ir á pasarlo, retrocediese.

La division volvió á emprender la marcha, y venciendo muchas dificultades y sosteniendo algunas pequeñas escaramuzas, fué á acampar á los llanos inmediatos á Tucapel, que estaban cubiertos de una yerba muy seca. Los indios, con su destreza acostumbrada, pusieron fuego á la yerba, y á no ser por la presencia de ánimo del jeneral en jefe, que cortó el incendio mandando hacer fosos á toda prisa, su division lo hubiera pasado muy mal y acaso hubiese sido completamente derrotada. A través del espeso humo que se levantó, se veia á la masa de indios que avanzaba en órden y se preparaba para caer sobre los soldados, esperando solo un momento de gran confusion; pero los fosos no solo contuvieron el fuego, sino tambien á los indios, los cuales fueron desapiadadamente metrallados y derrotados completamente. Sin embargo, viendo Prieto que no podia obtener grandes resultados y que empezaban á escasearle los víveres, dió órden de retroceder á Concepcion, y á su paso por Arauco dejó á Picarte de comandante de esta plaza y de toda la costa.

Benavides, que se retiró al Rosal, se vió hecho el blanco de casi todo su partido. Uno de sus mayores enemigos era Carrero, á quien poco tiempo antes habia querido fusilar, y á quien perdonó la vida por la eficaz recomendacion de su prima, que le queria mucho y con quien iba á casarse. Desde sus últimas derrotas, Carrero, entonces en Puren con Marilhuan, marchó á Tucapel para poder mejor desacreditarle en el concepto de los suyos y deshacerse de él, y gracias á un ardid de Rios, arreció la desavenencia entre ambos con todo el odio de la felonía. Carrero le acusaba de que estaba de acuerdo con los patriotas, y para probarlo suplantó cartas de Rios, que, conforme á los deseos de este, cayeron en poder de los realistas. La credulidad de los indios, esplotada por la ambicion de Carrero, dió el último golpe á la autoridad de Benavides, y si gracias á su previsor talento consiguió desarmar la cólera y escapar á los tiros de aquellos (1), no dejó de conocer que su presencia en aquel país, al cual por otra parte consideraba perdido para siempre, no podia durar mucho tiempo sin esponerse á los mayores riesgos. A cada momento descubria nuevos lazos tendidos por su enemigo Carrero, ó nuevas defecciones de sus soldados, que se pasaban á los patriotas. Las familias emigradas respondian al llamamiento afectuoso de estos y abandonaban el destierro para volver á sus antiguos hogares. Un dia, yendo el alférez Arevalo á Tubul á contener la salida de estas familias y llevarlas al campamento del Rosal, lo sedujo con todos sus soldados don

(1) Entre los lienzos cojidos en los buques, habia uno en que estaban pintados unos soldados y unos turcos; y cuando los indios se acercaron á Benavides les dijo que los engañaban, que muy pronto iban á llegar muchas tropas que le enviaba el rey, y enseñándoles la pintura les hizo creer que era aquel el uniforme que llevaban y el que debian darles á ellos.

Dionisio Aguayo, y esta pequeña division retrocedió, no para ponerse á las órdenes de Benavides, sino para atacarle y batirle, debiendo este á la casualidad el haber podido fugarse. Todo esto unido á la animosidad de los oficiales europeos y á la que le tenian los indios que le acusaban de tantas desgracias, le decidió á separarse de este teatro de discordia y á llevar su actividad y celo á un país mejor. En vez de ir á Chiloe, cuyo camino no ofrecia dificultad á pesar de que un buque estaba bloqueando el puerto de San Carlos, dirijió sus miras al Callao, prometiéndose poder incorporarse al ejército de Laserna, que estaba acampado en el interior de las cordilleras. No teniendo ningun buque á su disposicion, porque los que quedaban de los cojidos á los estranjeros habian sido quemados en Tubul inmediatamente despues de la pérdida de Arauco, se confió á su buena estrella, y se embarcó en una chalupa que habia mandado arreglar, esperando tener la misma feliz suerte que tuvo en Pico cuando hizo otro viaje en iguales circunstancias. Iban en su compañía su mujer, don Nicolas Artiga, su secretario, el alférez don José María Jaramillo, tres soldados y el jenovés don Mateo Martelli, que hacia de piloto. Aunque no grande la comitiva, la embarcacion era tan pequeña, que á los pocos dias, al llegar á la altura de Topocalma, empezaron á escasear los comestibles y á faltar completamente el agua. En tal conflicto, resolvieron acercarse á la costa para proveerse de los artículos de primera necesidad. El soldado Gonzalez fué enviado solo, yendo en una balsa hecha con los pellejos que servian para el agua. Llevaba órden de examinar la localidad y preparar los ánimos con el único objeto que les llevaba allí; pero sea que no le gustase la vida de

aventurero, sea que estuviese ganado por algunos de los que iban á bordo, como todo induce á creerlo á pesar de la dificultad que tenian para tramar un complot, lo cierto es que en cuanto saltó á tierra, fué á declarar que Benavides estaba en la embarcacion, manifestando al propio tiempo la posibilidad de apoderarse de él.

El terror que este jefe realista habia infundido en todo el país, reunió bien pronto en los alrededores muchos hacendados, dispuestos á intentar este gran golpe de mano. De acuerdo con Gonzalez, estuvieron escondidas todas estas personas en las inmediaciones de la playa, y no salieron hasta que al llegar la víctima á la primera casa, cayeron sobre ella y la sujetaron. Benavides no pudo hacer ningun jénero de résistencia, á pesar de que conocia su posicion y la desgraciada suerte que le esperaba. Atado de piés y manos, lo llevaron á Santiago en compañía de sus subalternos, y á los pocos dias fué entregado á la justicia. Convicto de los crímenes mas atroces que las leyes de la guerra ni justifican ni toleran, fué condenado á la pena de horca, y la sentencia se ejecutó el 23 de enero de 1822 en la gran plaza de la independencia. Para intimidar á las numerosas montoneras que tenian infestada la Araucania, su cabeza y miembros se pusieron á la espectacion pública en los sitios en que habia cometido sus mayores crímenes, es decir, en Concepcion, Santa Juana, Tarpellanca, etc., y su cuerpo, reducido á cenizas, fué arrojado al viento en el llano de Portales. Tal fué el destino de este hombre, que de simple criado llegó á representar el poder real en los estrechos límites de su territorio, acabando con una muerte degradante, de que la casualidad le habia salvado muchas veces despues de mil peripecias de una vida ajitada y

siempre rodeada de peligros. Su edad era entonces de cuarenta y cuatro años.

Despues de la salida de Prieto, Picarte, que habia quedado de único comandante de Arauco y toda la costa, se ocupó en poner en ejecucion, lo mejor que pudo, las instrucciones de su jeneral, reducidas á fomentar la desunion entre los indios y favorecer el regreso de los desterrados á sus hogares. Sobre todo le preocupó mucho la suerte de las monjas trinitarias, é hizo los mayores esfuerzos para reducirlas á que volviesen á Concepcion, cuyos habitantes las llamaban con el mayor ahinco.

Hacia cuatro años que faltaban de esta ciudad. Salieron con Sanchez cuando este huyó á Valdivia, y no pudiendo llegar al término de su viaje, tuvieron que volver por el lado del rio Levu y esperar allí su nuevo destino. Eran treinta con doce criadas y construyeron una gran cabaña, en la que y al final de un largo corredor estaba una hospedería servida por cinco hermanos que se habian quedado con ellas. Tenian ademas un provisor y hubo cuatro familias bastante afectuosas para vivir en su sociedad y hacerles mas llevadero su triste aislamiento y el peligro continuo en que estaban, á pesar de las recomendaciones de Benavides y de que en un principio se les puso una guardia de dos oficiales, un cabo y cuatro soldados chilotes. Su posicion era tan penosa como desgraciada. Aunque tenian hecho voto de no salir del convento, se veian en la necesidad de faltar á él para ir ya á misa, á la que asistian la mayor parte de las veces tapadas, ya á las chozas de los indios, únicos que podian suministrarles víveres en cambio de objetos que pedian prestados á sus vecinos, pues Benavides las abandonó á sus propios recursos, que eran cada dia mas esca-

sos y difíciles. Afortunadamente no faltaron personas caritativas de Lima que hiciesen para ellas una cuestacion, cuyo producto de setecientos pesos lo empleó el comisionado de la misma don Pablo Hurtado en comprar zapatos, ropa para su uso, añil, chaquiras y otros objetos propios para escitar el deseo de los indios, que eran los que les suministraban algunos víveres. En este estado de miseria vivieron estas desgraciadas víctimas de las órdenes de Sanchez, cambiando de localidad con bastante frecuencia segun los caprichos de Benavides, ó segun el temor de que volviesen á Concepcion, ó que se las llevasen los patriotas de Rios. Ultimamente vivian al sur del rio Levu y sitio llamado Mansanal del Rosal; pero despues de la fuga de Benavides, Carrero las estableció en Pehuen, desde donde empezaron á corresponderse con Picarte, reclamándole su proteccion y pidiendole que favoreciese su regreso. Carrero mismo, á impulsos de su conciencia alarmada, habló en su favor á los caciques, haciéndoles comprender que puesto que no prestaban ninguna utilidad en aquellos contornos valia mas dejarlas ir á Arauco. Al fin Picarte consiguió apoderarse de ellas y quitarlas del medio de los Araucanos para llevarlas con todos los miramientos debidos á su edad y á su santa mision. Los habitantes de Concepcion salieron en tropel á la orilla del Biobio á recibirlas y acompañarlas á la ciudad, á la que llegaron en procesion y en medio del regocijo jeneral de la poblacion entera.

A poco tiempo se hizo otra buena conquista para la república, que fué la sumision de Carrero, el cual se pasó á los patriotas, arrastrando tras sí otras muchas personas, dispuestas como él á volver sus armas contra el partido que abandonaron. El cura Ferebu, á pesar

de los consejos y esfuerzos de Carrero, no podia olvidar la muerte violenta de su hermano, para pasarse al partido de los que llamaba sus asesinos. Persistió, como otros muchos adversarios, en hacer la guerra á su país, y conforme á los deseos del chilote Melchor Mansilla, se puso á la cabeza de los cortos restos de la division de la costa, con la firme resolucion de sostener hasta el último momento la causa de su rey.

Cuando el ejército caminaba á Arauco corrieron entre las tropas rumores de revolucion en la provincia de Valdivia, rumores cuya verosimilitud se negó, pero que fueron confirmados en Concepcion por un oficio del gobierno, reclamando al coronel Beauchef para que fuese á reparar los malos resultados de aquella.

Beauchef, como hemos visto, habia sido el pacificador de la provincia de Valdivia, primero con su magnífica victoria del Toro y despues poniendo órden en los diversos ramos de la administracion, así civiles como militares. A él se debió ademas la sumision de los indios de las tribus de Maquegua, Boroa y sobre todo de Pitufquen, cuyo cacique Calfulevu tenia gran reputacion por la gordura y singular deformidad de su cuerpo, signo para ellos de sus relaciones con sus dioses, y verdadero ideal de su gran Machi. Tambien se apoderó del famoso misionero Barela, relijioso muy influyente entre los indios, así como en la gran montonera organizada por Palacio, tan perfectamente que por ella se comunicaban los ejércitos de Benavides y Quintanilla.

A pesar de tan importantes servicios que demostraban, no solo valor y talento militar sino mucho tacto, el gobierno le reemplazó con el teniente coronel Letelier, porque este pertenecia al cuerpo de injenieros y la impor-

tancia de la plaza y sus fortificaciones exijian un oficial de su clase. Beauchef obedeció con cierto despecho á las órdenes del director, y aunque sus intereses le llamaban entonces á Santiago, para donde pudo encaminarse inmediatamente, cedió á las instancias de su succesor y se quedó algun tiempo para enterarle de todo lo relativo á sus deberes y organizar en los llanos algunas compañías de milicianos con que hacer frente á las amenazas de Quintanilla, de quien se sabia por una carta interceptada, que iba á invadir la provincia. El capitan Isla se habia aproximado ya á las haciendas de Osorno y quitado gran número de bueyes, que pudieron recobrarse, gracias á las dilijencias que se hicieron para perseguirle.

Desgraciadamente los buenos oficios de Beauchef para con Letelier no pudieron ponerle al abrigo de las justas recriminaciones que le dirijian tanto los habitantes como los militares á causa de su mal modo de proceder en todo, sujerido por el capricho de una mujer con quien vivia. Beauchef le hizo varias reflexiones y le contaba cuanto oia, pero viéndole cada vez mas sumiso á la voluntad imperiosa de aquella mujer, creyó que no debia insistir en sus observaciones, y se embarcó en un buque estranjero que le llevó á Valparaiso.

Luego que Letelier se quedó solo en Valdivia, no tardó en ser odiado por todos sus habitantes. Tanto como Beauchef era querido de las tropas, tanto era detestado el nuevo gobernador, y á tal punto subió el odio, que en un momento de terrible ira los sarjentos le asesinaron en una revolucion, así como á los oficiales que quisieron defenderle. Este crímen atroz, cometido en Osorno, era el que Beauchef tenia encargo de averiguar y castigar.

La empresa no se presentaba muy fácil, porque los sar-

jentos autores de la revolucion se habian nombrado á sí mismos oficiales, y era de absoluta necesidad proceder con ellos mas política que militarmente. O'Higgins al echar mano de Beauchef supo muy bien lo que hizo. Habia tenido muchas ocasiones de apreciar su valor, su lealtad y su bello carácter, por lo que era el ídolo de sus soldados. Las comunicaciones de Valdivia estaban contestes en que toda la guarnicion habia tomado parte en el motin, por lo cual era de suponer que sostendria como hecho consumado los cambios verificados. Felizmente el gobernador que los sublevados nombraron, don Jaime Guarda, perteneciente á las primeras familias del país, honrado si bien ambicioso de gloria, consiguió, á pesar de su carácter débil, conservar la tranquilidad de la provincia, prometiendo á todos los oficiales que se les conservarian sus grados; y para que los soldados no se sublevasen, cosa que querian hacer á cada momento, reunió una junta, la cual acordó levantar un empréstito de cuatro mil onzas en plata de chafalonía, con que se acuñaron pesos de una cuarta parte menos del valor legal, lo que desaprobó el gobierno. Con la promesa de Guarda, que este tuvo la candidez de creer, todo entró en órden. Las administraciones siguieron su marcha ordinaria, los soldados desempeñaron exactamente sus deberes, y cuando Beauchef llegó, los principales jefes del motin fueron á visitarle como lo hubieran hecho si fuesen oficiales nombrados legalmente. Beauchef procuró recibirlos de modo que no infundiese la menor sospecha sobre sus intenciones. Les hizo algunas reconvenciones por todo lo que habia pasado, pero añadiendo que esperaba lavarian esta sensible mancha con su buena conducta en Chiloe, adonde iba á llevarlos para conquistar este último rincon del

poder español. Contando con la grande influencia que ejercia en sus antiguos soldados, arrestó, antes de desembarcar, á dos de los principales jefes, Silva y Rubio, que estaban dispuestos á rebelarse contra él, y pocos dias despues de llegar á Valdivia hizo lo mismo con los demás. A los principales los sentenció el consejo de guerra á ser fusilados, y á los otros los envió á Valparaiso á disposicion del gobierno.

Con estas útiles medidas, la guarnicion de Valdivia quedó casi limpia de todos los oficiales asesinos, que fueron reemplazados por los que Beauchef llevó, los cuales bien pronto hicieron entrar en órden á algunos revoltosos, que aun se atrevian á levantar la cabeza. Con objeto de ocupar á los soldados, Beauchef proyectó una espedicion contra Palacio, jefe de la montonera que tenia en movimiento todas las tribus del norte de Valdivia, y el 15 de diciembre de 1822 se puso en marcha con quinientos infantes y cincuenta caballos. A medida que penetraba en la tierra de los indios, se le presentaban los caciques á hacer su sumision franca ó simulada. Hubo muchos encuentros de poca importancia, pero al llegar á Donguil le llevaron al famoso Caleufu, cacique de reputacion, ajente indispensable de los proyectos de Palacio, para quien fué grandísima pérdida. El mismo Palacio no tardó en ser víctima de su confianza en estos indios. En cuanto Beauchef se hizo dueño del Malal, de Boroa y de todo lo que allí habia, envió á buscar por un machi al cacique Melalican y le ofreció devolverle sus mujeres, hijos y propiedades si le entregaba á Palacio. Aceptada la proposicion, este jefe fué entregado quince dias despues á la justicia, que le condenó á muerte, juntamente con algunos de sus cómplices. Así acabó esta montonera,

que por mucho tiempo habia ejercido sus estragos en los alrededores de Valdivia y servido de comunicacion entre los ejércitos de Benavides y Quintanilla. Desde entonces pudieron establecerse las comunicaciones entre Valdivia y Concepcion, y los indios, sometidos casi todos, solo se manifestaron hostiles en las inmediaciones de Puren, donde les animaba la presencia de Pico, Ascensio, Senosain y otros jefes.

CAPITULO LXI.

Espíritu de oposicion á la administracion ilegal de O'Higgins. — Descontento contra el ministerio de don José Antonio Rodriguez y obstinacion de aquel en conservarlo.— Desavenencias entre los ministros Rodriguez y Zenteno. — Es nombrado este gobernador de Valparaiso, quedando aquel de jefe casi único de todos los ministerios. — Exijencia del pueblo para la reunion de un congreso y manejos del gobierno á fin de que saliese nombrado á su gusto. — Instalacion del congreso y censura que escita el nombramiento del suplente don Agustin de Aldea. — Los miembros del congreso traspasan sus atribuciones y promulgan una constitucion favorable al gobierno. — Los habitantes protestan contra esta constitucion. — El jeneral Freire vuelve á Concepcion, donde organiza una asamblea pronta á obrar. — La provincia de Coquimbo sigue su ejemplo y toma la iniciativa armada.— Don J. M. Irarrazabal marcha sobre Santiago á la cabeza de algunos milicianos.— Los habitantes de dicha ciudad se reunen en cabildo abierto.— O'Higgins, sin mas que presentarse en los diferentes cuarteles, recobra el amor de sus soldados, que estaban medio sublevados, y marcha á la plaza. Instado por sus amigos para que fuese al consulado, donde se hallaba reunido el pueblo, se decide á ir, y despues de algunas contestaciones, abdica el poder. — Parte para Valparaiso y llega al mismo tiempo que Freire, quien le manda arrestar para sujetarlo á un juicio de residencia. — A los seis meses sale para Lima. — Digresion sobre su administracion.

Mientras el furor de las guerras del sur tuvo ocupados los ánimos de las principales familias de Santiago, la autoridad de O'Higgins fué respetada, y sus actos, recibidos sin ponerles obstáculos ni casi censurarlos, prepararon al país los elementos de una prosperidad, sino inmediata, al menos segura. Porque no es al dia siguiente de una revolucion social, que ataca todos los intereses y ajita las pasiones, cuando un país puede reponerse y volver á su estado normal, especialmente si está aun en su infancia política y es del todo estraño á nuestras revoluciones y á las combinaciones que las dirijen. Las personas interesadas en el órden lo com-

prendieron muy bien y esperaron; pero los que tenian que vengar ultrajes ó satisfacer una ambicion, aprovecharon la calma que habia en el teatro de la guerra, para minar el poder existente y revivir los antiguos partidos, recordando actos de sensible severidad y descorriendo el velo á concusiones que desgraciadamente habian sido de demasiado bulto, y bastante públicas para que pudiesen ser mas tiempo toleradas.

Por otra parte, en el estado de contínua crisis en que se encontraba el país, O'Higgins se creia el jenio providencial de su destino, y el único capaz de organizarlo y dirijirlo. Los seis años que llevaba en el poder sin una oposicion formal, le habian hecho concebir de sí mismo una opinion, confirmada por otra parte por los grandes é incontestables servicios que habia hecho á la independencia, y por el talento de que habia dado pruebas, no solo como jeneral valiente y decidido, sino tambien como administrador intelijente, laborioso y animado de las mejores intenciones. En este convencimiento y movido del deseo de los adelantos de su patria, llevó en su conducta de los seis años la mira de conservar el poder, sustituyendo alguna vez su voluntad á la autoridad de las leyes, que creia del todo impotente para la situacion y para el nuevo estado constitutivo del país, y haciendo que todo convirjiese á él como eje central de una administracion, que estaba muy mal organizada, y cuya direccion queria asegurar por largo tiempo para sí.

Esta manera de proceder no podia convenir de manera alguna á un pueblo entregado todavía á los partidos, y que habiendo conquistado la independencia política, le restaba conquistar la independencia civil, último término de toda revolucion. A poco que O'Higgins

hubiese reflexionado en que la desconfianza es compañera inseparable de la libertad cuando esta es naciente y aún mal entendida, seguramente que no hubiera seguido semejante conducta, y que se hubiera doblegado á las necesidades del momento. Por desgracia estaba muy pagado de sus servicios y de que era muy necesario en el poder; y creyendo posible fijar la opinion y dirijirla, se hizo sordo á los consejos de sus amigos, despreció las murmuraciones de verdaderos patriotas, á quienes de ninguna manera podia confundir con sus enemigos los carreristas, y usurpó mas y mas é instintivamente la soberanía, en la persuasion de que obraba en el círculo de sus atribuciones, al menos segun el espíritu de la constitucion de 1818, hecha para él y conservada á despecho de casi todo el mundo.

Habia pasado la época en que el pueblo era todo adhesion y amor al que le gobernaba. Discutidos los principios de libertad, como ya hemos dicho, en los papeles públicos, en los campamentos, en las plazas; proclamados algunas veces desde el púlpito; cada habitante era un partidario de la causa pública y defensor acérrimo de cuanto podia interesar á la nacion. Así fué que cuando se oyeron gritos contra el poder ilegal del dictador y contra la arbitrariedad de sus actos, el pueblo se asoció á ellos, creyendo como los promovedores, en una próxima era de los césares, y pidiendo en alta voz y con vehemencia la abolicion de la constitucion de 1818, ó al menos que se modificara de modo que fuese la espresion de un derecho legal, establecido por la voluntad de todos.

Se encontraba entonces el gobierno bajo la influencia activa del ministerio de Hacienda, y este ministerio lo desempeñaba don José Antonio Rodriguez, hom-

bre de un talento reconocido y positivo, que habia representado gran papel en el partido realista, ya como principal consejero de Gainza en el famoso tratado de Lircay, ya como fiscal de la real audiencia, etc., durante el mando de Marco. Aunque aceptó lealmente la revolucion, estaba tachado de realismo, y esto le atrajo algunos enemigos hasta entre los partidarios mismos del gobierno.

O'Higgins tenia demasiada confianza en el poder de la revolucion para formar juicio bajo este punto de vista de los hombres de talento de su país. Ademas, ¿no habia hecho Rodriguez algunos servicios á los patriotas, aun á riesgo de su persona en tiempo de la administracion de Marco (1), y no era de suponer por lo tanto que jamas habia abdicado su cualidad de verdadero chileno, y que solo un estravío le lanzó al partido contrario? Sea lo que quiera, al cabo de algunos meses, O'Higgins estaba tan contento de su eleccion, que de interino que era, lo nombró propietario, y Rodriguez no tardó en ser su amigo íntimo y el consejero de su mayor confianza.

Desgraciadamente Rodriguez, al lado de sus buenas cualidades de hombre laborioso y entendido, tenia un carácter terco é independiente, y ademas una aficion al dinero que le metió con algunos amigos suyos en un laberinto de especulaciones ilegales, de que no tardó en enterarse el público, y por lo que fué objeto de grandes y justas murmuraciones. Quizá las disidencias que á los pocos meses estallaron entre él y el ministro

(1) «Marco formó un sumario secreto de mi conducta con oficiales de Talavera, y con él informó al rey por triplicado de mi insurjencia y venalidad; pasó tambien un tanto á Abascal, pero felizmente fué arrojado al mar con toda la correspondencia cuando el buque cayó prisionero de la escuadrilla de Buenos-Aires que bloqueaba el Callao.» Rodriguez, Satisfaccion pública, pájina 71.

Zenteno tuvieron su principal orijen en estas inmorales especulaciones, disidencias que de tal modo agravaron su posicion que O'Higgins se vió obligado á separarle del ministerio, al menos momentáneamente, diciendo que tenia necesidad de enviarle á Lima á arreglar ciertos asuntos relativos á la marina chilena, y á la guerra que continuaba en aquel país. Esto no fué mas que un pretesto para engañar á Zenteno, porque á los pocos meses nombró á este gobernador de Valparaiso, y Rodriguez volvió á su ministerio, encargándose ademas del de la guerra, con lo que llegó á ser el eje principal de la administracion de O'Higgins.

Fué este un acto de doblez escandaloso. Todo el mundo se indignó, y el nombre de Rodriguez se hizo aun mas odioso á las poblaciones y al ejército. En todas partes se oia el clamor de una oposicion amenazadora contra la administracion presente, y las quejas recaian sobre el director, cada vez mas obstinado en sostener á su ministro, dando así pábulo á la maledicencia, que le acusaba de solidaridad en los manejos de aquel. Con este motivo se dirijieron nuevos ataques á la legalidad de su poder, se le acriminó por el rigor que habia usado en ciertas circunstancias, y se exijió la pronta convocacion de un congreso para salir, decian, del estado de incertidumbre en que se hallaban de resultas de todas sus arbitrariedades.

El ataque estaba fundado esta vez en razon. No eran solo los carreristas los que pedian reformas y la reunion de un congreso, sino los partidarios mismos de O'Higgins, deseosos como los demas de ver establecido en su país un verdadero gobierno representativo con todas sus garantías de libertad é intervencion, y basado en la so-

beranía del pueblo, única capaz de consolidar la independencia, y organizar con acierto y moralizar las administraciones fiscales, que habian estado mucho tiempo á merced de los hombres y de las cosas.

En estas serias demostraciones vió O'Higgins que su autoridad empezaba á decaer, y conoció que si no cedia á los votos de la nacion, acabaria por perderla. Ademas, le contentaba mucho dividir el peso y la responsabilidad de su gobierno con una asamblea de hombres patriotas y probos, y para satisfacer este deseo, que era el de todos los partidos, publicó un manifiesto el 7 de mayo de 1822, en que convocaba una convencion preparatoria en órden á la creacion y organizacion de una corte de representantes, haciendo notar que entonces que el país estaba lleno de gloria y de triunfos « era necesario aplicar remedios á males envejecidos, pesar y aumentar nuestros recursos, consolidar el crédito, reformar nuestros códigos acomodándolos á los progresos de la ciencia social y al estado de la civilizacion del país; circunscribir útilmente la autoridad dentro de ciertos y seguros límites, que sean otras tantas garantías de los derechos civiles, y den al poder público todas las facilidades de hacer el bien, sin poder dañar jamás. » En seguida, no teniendo la nacion ninguna ley sobre el modo de constituir la asamblea, y estando legalmente disuelto el senado por ausencia y renuncia de la mayor parte de sus individuos, se consideró autorizado para disponer la forma de la eleccion. En su consecuencia dió un decreto mandando que las municipalidades de las capitales ó partidos de las provincias, y en su defecto los tenientes gobernadores, reuniesen los principales habitantes para elejir por cada una un diputado, que habia de ser precisamente oriundo ó vecino

del partido, tener mas de veinte y cinco años y poseer una propiedad cualquiera, inmueble ó industrial. Las mismas municipalidades debian conferir «á los electos poderes suficientes, no solo para entender en la organizacion de la corte de representantes, sino tambien para consultar y resolver en órden á las mejoras y providencias, cuyas iniciativas les presentará el gobierno.»

Desgraciadamente O'Higgins, al propio tiempo que reconocia la necesidad de una asamblea que satisficiese la espectativa de la nacion y lo que esta tenia derecho á esperar de ella, trabajaba, sino para eludir el principio, al menos para violarlo.

Persuadido siempre de los peligros que surjirian si abandonaba el poder en unos momentos en que la grande ajitacion de los partidos podia arrastrarlos á una guerra civil, procuró por medio de torcidos manejos, por desgracia muy comunes en todos los paises y en semejantes circunstancias, dirijir las elecciones en utilidad de la administracion existente, repartiendo circulares en que se designaban las personas que queria se nombrasen. Los gobernadores y los miembros de las municipalidades, deseando cumplir por simpatía ó por deber las órdenes del director, su jefe ó su amigo, emplearon su no corta influencia en el nombramiento de los diputados, y casi todas las personas recomendadas fueron elejidas, con gran escándalo de los enemigos del gobierno y de las jentes sensatas, bastante sencillas en aquella época para creer en la posibilidad de una eleccion espontánea y sin influencia. A pesar de esto, la oposicion no se movió y permaneció muda, esperando la apertura del congreso á fin de presentarse robusta y atacar los primeros trabajos de una asamblea, que llevaba consigo el jérmen de una gran

debilidad, tanto por la irregularidad de su orijen, como por la escasez de conocimientos de los diputados para alimentarla y defenderla.

La apertura se verificó el 23 de julio de 1822 con gran ceremonia y al ruido de las campanas y de las salvas de artillería. O'Higgins, ocupando la presidencia, abrió la sesion con un discurso, en que escitó á los diputados á llenar con celo y exactitud su mision tan difícil como importante, manifestando al propio tiempo la esperanza que abrigaba de ver desaparecer ante su esperiencia y la armonía de sus trabajos, el espíritu de pasion que tanto habia perjudicado al primer congreso. En seguida hizo que se nombrasen un presidente y un vice-presidente, que fueron don Francisco Ruiz Tagle y don Casimiro Albano, y entregando al primero una memoria, marchó á su palacio acompañado de algunos diputados, á esperar los resultados de lo que en ella proponia.

En la memoria hacia dejacion O'Higgins de sus títulos de director, y suplicaba al presidente que la Cámara nombrase otro para entrar de una vez en las vias de regularidad, que el estado del país y las circunstancias no habian permitido hasta entonces. Como todo el mundo esperaba, la asamblea se apresuró á devolverle sus insignias, con gran satisfaccion de los habitantes, á pesar de que el partido de la oposicion atacó este nombramiento, avanzando hasta decir que aquella no tenia derecho para hacerlo, y que ademas la dimision de O'Higgins habia sido una finjida modestia para engañar á sus conciudadanos y afianzar su poder.

Á estar el país bien constituido, y funcionando las diferentes máquinas de las principales administraciones con arreglo á los principios legalmente establecidos y á las

leyes escritas, sin duda que semejante renuncia hubiera sido ilegal, y la asamblea, como convencion solamente preparatoria, á todas luces incompetente para aceptarla, y mucho mas para hacer una reeleccion. Pero las circunstancias eran tan precarias, tan irregulares, la época lo era de una infancia tan turbulenta, que O'Higgins depositando sus insignias en manos del presidente, creyó ver en la asamblea, si no la espresion de la voluntad del pueblo, al menos la del cuerpo municipal, órgano del mismo pueblo y tenido desde la conquista por el verdadero tutor de sus intereses. Partiendo de este principio, que hoy, en que todo marcha con método gracias á las leyes orgánicas trabajosamente elaboradas, no tendria un solo partidario, la asamblea se creyó autorizada para abordar y discutir las cuestiones mas graves y de mayor importancia, por manera que de provisional que era, se elevó al rango de lejisladora y acabó siendo constituyente con asentimiento de casi todos los diputados. Solo dos ó tres protestaron contra este abuso y estuvieron firmes en su conviccion, á pesar de los discursos que se pronunciaron por hombres de talento, y especialmente por el célebre don Camilo Enriquez, alma de la revolucion chilena y ahora uno de los mas celosos promovedores de tamaña usurpacion.

Pero si acerca de este punto hubo casi unanimidad en la asamblea, no sucedió lo mismo con ciertas personas, que solo veian en todo esto el deseo de O'Higgins de aprovechar aquel cuerpo, compuesto de muchos amigos y protejidos suyos, para legalizar sus actos y perpetuar su presidencia á espensas de la soberanía nacional. La oposicion, pues, levantó la cabeza, se presentó en actitud amenazadora y esperó un pretesto para lanzarse á la

arena. Este pretesto, como sucede siempre, no tardó en ofrecerse.

Entre los suplentes de los diputados que por ausencia ó renuncia faltaban del congreso, vió el público con cierta repugnancia el nombre de don Agustin de Aldea, antiguo realista, oficial en otro tiempo de Benavides y acusado de muchos desmanes, entre otros, de haber tenido parte en el incendio de los Anjeles, de cuyo distrito era precisamente representante. Aunque habia abjurado hacia mucho tiempo sus pasados errores, y demostrado ó querido demostrar en un escrito, su inocencia en el incendio de los Anjeles y el amor patrio que le dominaba así por inclinacion como por principios, el parentesco inmediato que le unia con el ministro Rodriguez le hizo aun mas odioso y atrajo sobre la asamblea un descrédito que no tardó en revelarse en ataques apasionados y significativos. Esto no obstó para que continuase infrinjiendo su mandato y votando leyes orgánicas y hasta fundamentales, pues promulgó una constitucion que no hubo tiempo ni de meditar ni de discutir.

Esta constitucion fué, como se esperaba, completamente favorable al gobierno y en particular á O'Higgins, que estaba elejido por seis años con una próroga de cuatro, decretada por el mismo congreso. Este se componia de diputados, cuya eleccion era de tres grados : en el primero el nombramiento se hacia directamente por los gobernadores y municipalidades, en el segundo á la suerte en la proporcion de uno por cada mil almas, y en el tercero en escrutinio secreto por los electores que designase la suerte. Con esta combinacion, fruto de las vijilias de don Camilo Enriquez y algunos amigos suyos, el gobierno tenia casi asegurada la eleccion de los dipu-

tados por medio de la poderosa influencia de los gobernadores y alcaldes encargados de nombrar los primeros electores. A mayor abundamiento, para que el congreso no pudiese ser arrastrado por las facciones y pasarse á la oposicion, se le puso el contrapeso de un senado compuesto de siete diputados, elejidos en asamblea permanente con el nombre de corte de representantes, varios jenerales, el obispo, los ministros y otros muchos funcionarios identificados con la causa del director y por consiguiente dispuestos siempre á sostenerle.

Aunque con motivo de esta constitucion se dió una amnistía que alcanzaba á casi todos los presos políticos y la ley fundamental recibió la sancion del pueblo, pues tuvo buen cuidado el gobierno de depositarla en las municipalidades para someterla á la aprobacion jeneral, pareció tan incompatible con las ideas que se tenian de la soberanía del pueblo, que unas sencillas observaciones bastaron para despertar las pasiones y propagar el incendio por todo el país. Santiago tomó, como de costumbre, la iniciativa del levantamiento, pero mientras que en aquella ciudad solo se oian murmuraciones, la provincia de Concepcion se preparaba á obrar, dispuesta á echar por tierra la nueva constitucion y el poder arbitrario que la habia inspirado.

Por entonces llegó á esta provincia el intendente Freire de vuelta de un viaje que habia hecho á Santiago, en busca de recursos para su ejército, que se encontraba de mucho tiempo atrás desprovisto de todo. Antes de emprender este viaje no estaba ya en muy buenas relaciones con el ministro Rodriguez, y en el tiempo que se detuvo en la capital, su desvío se impregnó de todo el odio que tenia á aquel el público, siempre dispuesto á creer sus

dilapidaciones. Por otra parte, fué testigo del descontento contra O'Higgins por la obstinacion en conservar á su ministro, lo cual unido á la arbitrariedad de sus últimos actos, le hizo entrever la próxima caida del director y acaso despertó su ambicion, ambicion que ciertamente no tenia antes de su partida. Sea de esto lo que quiera, decidido, á su llegada á Concepcion, á tomar parte activa en el gran pronunciamiento proyectado, provocó una asamblea popular que en representacion de toda la provincia legalizase los actos subversivos que meditaba, y el 8 de diciembre de 1822 esta asamblea, completamente constituida, celebró su primera sesion bajo la presidencia de don Estevan Manzano (1).

Para darle cierto aire de justicia y legalidad se levantó una acta de la instalacion, que se envió al director, echándole en cara el estado de miseria en que se encontraba la provincia de Concepcion, y mas particularmente el ejército, que habia sufrido toda clase de privaciones aunque siempre al frente de un enemigo, al que por motivos culpables se habia tenido cuidado de dejar escapar. Se le censuraba ademas por el vicio de que adolecia el nombramiento de los diputados, hecho con objeto de perpetuar su mando, razon por la cual era ilegal y nula la asamblea; y se concluia suplicándole que la disolviese y se nombrase otra, fundada en elecciones en que presidiera la libertad y la moralidad.

El brigadier Freire, instigador principal de esta cruzada, procedió como político hábil y respetuoso. Al dia siguiente hizo su sumision á la asamblea y le envió todos

(1) Se componia de don Estevan Manzano, don Francisco de Binimelis, don Pedro José de Zañartu, fray Pablo Rivas, don Julian Xarpa, don José Salvador Palma, don Felix A. Vazquez de Novoa, don Fernando Figueroa, don Gregorio Moreno, don Juan Castellon y don Pedro José del Rio, secretario.

sus despachos civiles y militares que los individuos de aquella le devolvieron, « reservándonos, decian, al conocimiento de los grandes asuntos políticos que han motivado nuestra reunion, la facultad de nombrar el que debe sustituir á V. S. en el poder judiciario y mando de la hacienda cuando haya de ausentarse de esta capital por asuntos de guerra, y la de decidir en toda clase de asuntos que en grado de apelacion se eleven á esta asamblea (1). » A los pocos dias le autorizaron para hacer un empréstito en víveres y dinero, recomendándole que lo exijiese de los enemigos de la independencia y de los de la causa actual. Esto fué comenzar el ataque por exacciones á los amigos y partidarios de O'Higgins, y continuar la aciaga política de la época, oríjen de tantos y tan sensibles ejemplos de represalias que llevaron la desolacion á todos los partidos, á los realistas como á los liberales de todos los matices, que contribuyeron poderosamente á sumerjir las provincias en el estado de miseria en que se hallaban, y que no aprovecharon ni para la consolidacion de ningun partido ni para el porvenir del país.

En cuanto O'Higgins supo por los diferentes correos que desde Chillan le envió don Ramon Lantaño, la formacion de la nueva asamblea y las hostiles intenciones que manifestaba contra su autoridad, escribió al presidente, espresándole su sorpresa por semejante conducta, cuyos motivos ignoraba. Tan lejos se hallaba de pensar en un proyecto de insurreccion, que tres dias despues, es decir, el 30 de diciembre, le propuso el nombramiento por una y otra parte de plenipotenciarios para que se enten-

(1) Contestacion de la asamblea al mariscal don Ramon Freire. Archivos de Concepcion.

diesen, y cesara el motivo de sus disensiones. Al propio tiempo se quejaba de que el capitan Boscorgue habia empezado las hostilidades apoderándose en la ribera norte del Maule del oficial Callejas y de varios útiles de guerra, queja que no fué atendida, porque el mismo Callejas fué el que, faltando á sus deberes, provocó la medida con sus intrigas. En cuanto á la proposicion de los plenipotenciarios, fué aceptada y se señaló para su reunion el 22 de enero de 1823, pero no en Talca como habia resuelto O'Higgins, sino en la isla de Duao en el rio Maule. Los del director fueron don José Gregorio Argomedo, don Salvador de la Cavareda y don José María Astorga: los de Concepcion los individuos de la asamblea don Estevan Manzano, don Pedro José de Zañartu y don Pedro José del Rio.

A pesar de todos estos preliminares de avenencia, la asamblea de Concepcion se preparaba para oponer una resistencia firme y decidida á cualquiera fuerza que quisiese atacarla, ó bien para tomar la iniciativa de la agresion. Con este objeto aumentó Freire las compañías de dragones de la frontera con otro escuadron que denominó dragones de la libertad, y para seguir una marcha regular, sometió el nombramiento de los oficiales á la aprobacion de la junta. Estas tropas fueron destacadas con algunas otras á las riberas del rio Maule á fin de impedir el paso á las de O'Higgins y auxiliar á los subdelegados, encargados de vijilar las personas influyentes del contorno, que pudieran entrar en comunicacion con ellas, y de enviarlas inmediatamente á Concepcion. Así se practicó muy luego con el teniente gobernador del partido de Cauquenes don J. Antonio Fernandez, á quien se le sorprendió en correspondencia con el sarjento mayor

don J. M. Boyle, y despues con el cura de Chanco don Baltasar Hernandez, acusado del mismo delito. A los dos y á otros muchos los hicieron ir á Concepcion, donde estuvieron bajo la vijilancia de la alta policía. A los pocos dias fué destituido el gobernador de Talcahuano don José de la Cruz por considerársele poco partidario del movimiento, y por haber dejado marchar á un marinero del buque *Galvarino*, que fiel al gobierno bloqueaba en aquel momento el puerto, para no dejar salir de la bahía ninguna embarcacion.

Pero lo que principalmente preocupaba á la asamblea era que las demas provincias entrasen en la liga, é hiciesen causa comun con ella. Amalgamando sus miras particulares con los intereses comunes, esperaba con razon aumentar su fuerza moral é imprimir mucha mas enerjía á sus actos : con este objeto se dirijió á algunos amigos de la provincia de Coquimbo y á Beauchef, comandante de las tropas de Valdivia, y habiendo sido favorables las contestaciones de todos, se decidió á obrar, porque en aquel momento, de parlamentaria que era la revolucion habia tomado un carácter completamente activo. La provincia de Coquimbo, sobre todo, empezó á levantar compañías de milicianos para enviarlos á don José María Irarrazabal, nombrado por su elevada posicion y bizarría jefe del ejército de operaciones; escribieron á todas las subdelegaciones para reunir un congreso en la capital de la provincia; mantuvieron por tierra una correspondencia seguida con la asamblea de Concepcion, y enviaron muchos diputados á Mendoza para contrabalancear la influencia de Zañartu, á la sazon en esta ciudad y en vísperas de obtener un cuerpo de muchos miles de soldados para ir en socorro de O'Higgins, á quien Gu-

tierrez creia hecho el blanco de una gran faccion realista.

Todo, pues, conspiraba contra O'Higgins : el espíritu de novedad ó la poco firme adhesion de los unos, la infidelidad y tambien la ingratitud de los otros : y sin embargo no era esto todo lo que la suerte le reservaba. La llegada del almirante Cochrane á Valparaiso le puso en el mayor conflicto, pues tuvo que saldar, en momentos en que estaba casi vacío el tesoro, los muchos atrasos de los marineros, tropas compuestas por lo jeneral de estranjeros mercenarios, dispuestas á todo para hacerse justicia. Lord Cochrane, que como su jefe estaba en la obligacion de protejerles, reclamó primero estos atrasos de una manera conveniente aunque un tanto apremiante, pero no tardó en exijirlos en tono altanero é imperioso, lo cual contribuyó algo á un motin militar en Valparaiso, que O'Higgins en persona fué á apaciguar, y que apaciguó en efecto, entregando una cantidad á buena cuenta. En medio de estas penosas ocupaciones sobrevino el terrible terremoto del 22 de noviembre, que destruyó la mayor parte de la ciudad y ocasionó un crecido número de muertos. El director escapó milagrosamente de este horroroso peligro, y la fuerte impresion que sufrió su alma le produjo padecimientos morales y físicos que le obligaron á volver á Santiago, donde le esperaban nuevas contrariedades. Porque entonces fué cuando supo la bien organizada insurreccion de Concepcion, habiendo sido su primer pensamiento enviar tropas á las orillas del Maule para defender enérjicamente su política y su autoridad. A los pocos dias supo tambien la llegada de San Martin á Valparaiso, cuya presencia, estando allí lord Cochrane, su terrible antagonista en Lima, podia tener graves inconvenientes, y aun dar márjen á serias recriminaciones por parte de los chilenos de la oposicion,

echándole en cara la parte que habia tomado en favor del Perú con perjuicio de Chile.

O'Higgins recibió á Cochrane á su regreso del Perú con todos los miramientos debidos á su rango, á sus bellas cualidades y á los importantes servicios que habia prestado á Chile y á la independencia americana. Fuera de algunos altercados que tuvo con él con motivo de los atrasos de la escuadra y de haber usado medios ilegales para procurarse recursos con que pagar sus marineros, su buena amistad no se habia resfriado, y continuaba entre los dos la misma simpatía y la misma armonía que antes. Pero no fué lo mismo cuando Cochrane supo en su hacienda de Quintero la honorífica recepcion que el director hizo á su adversario, á quien miraba muy culpable contra Chile : desde aquel momento se declaró enemigo suyo, y pidió diferentes veces su separacion de la marina, que le fué concedida al fin.

Esto le aumentó su irritacion contra O'Higgins y le indujo á trabajar sordamente en favor de la insurreccion ; por lo menos no cabe duda que un inglés llamado don Ricardo Casey, capitan de corbeta enviado á Coquimbo con proclamas y despachos de la asamblea de Concepcion, tuvo con él largas conferencias á su paso por Valparaiso, lo que motivó una correspondencia muy seguida con el jeneral Freire ; pero no pasó de aquí, porque el 22 de enero partió para el Brasil, adonde le llamó el emperador para utilizar su denuedo y su gran capacidad, confiándole el mando de su escuadra (1). Casi al mismo tiempo se alejó San Martin de Chile para retirarse á la república de Buenos-Aires, de donde pasó muy luego á Europa. Antes de despedirse de O'Higgins le

(1) La independencia chilena debe mucho á la bizarría de lord Cochrane y al acierto que tuvo en destruir la marina española. Pero justo es decir tambien

instó mucho, aunque sin fruto, para que separase á Rodriguez del ministerio, lo que probablemente hubiera calmado los ánimos. Cuando lo hizo mas adelante fué á instancias de los amigos del mismo Rodriguez, pero desgraciadamente tan tarde que su caida no ejerció la menor influencia en los sucesos que sobrevinieron despues.

La dimision tuvo en efecto lugar el 7 de enero, cuando la revolucion, por un concurso de estrañas disposiciones, habia hecho rapidísimos y muy considerables progresos. Por todas partes manifestaciones, algunas de ellas armadas, sostenian los principios de la insurreccion y preparaban nuevas conquistas á la asamblea del sur. Su propaganda se estendia á las demas provincias, y con sus intrigas las tropas con que contaba O'Higgins empezaban á sublevarse contra él, inclusas algunas de las que estaban en las orillas del Maule. Lo mismo sucedió con las enviadas contra don Miguel de Irarrazabal, quien marchaba á la cabeza de sus milicianos y de los que le envió la asamblea de Coquimbo. Antes de llegar al cerro de las Vacas se le pasaron, en momentos en que lo temia todo de la inesperiencia de sus soldados y de la poca fijeza de sus opiniones.

Reforzada la pequeña division con estos cazadores, menos los oficiales que se les detuvo como prisioneros, continuó la marcha atravesando las subdelegaciones que muchas veces salieron á su encuentro y aumentaron con algunos nuevos reclutas. Al llegar Irarrazabal á San Felipe se hallaba en disposicion de ir á tomar parte en el movimiento que fermentaba en Santiago y realizar sus

que el mismo resultado se hubiera obtenido con mucho menos gasto si la llegada de este célebre marino no hubiese detenido la espedicion que el contra-almirante Blanco preparaba contra la escuadra peruana, que hubiera encontrado dispersada por toda la costa en puertos secundarios en Arica, etc., y en estado de no poder luchar contra él.

esperanzas por medio de un golpe de mano, de que era muy capaz; sin embargo prefirió detenerse en aquella ciudad, y esperar la decision del cabildo de Santiago para seguir una marcha que, con los sucesos del 28 de enero de 1823, llegó á ser completamente inútil.

En este dia se decidieron á obrar los principales jefes de la oposicion, temerosos de que la insurreccion se desviase del carril por donde se la queria llevar. Supieron que Freire habia tomado una parte muy activa en el movimiento, y sospechando en él miras ambiciosas, quisieron evitar la intervencion militar de un jeneral que, contra los intereses de la democracia, querria convertir la revolucion en su provecho. Por eso adelantaron el movimiento y promovieron la ajitacion del pueblo, esta máquina que está siempre á disposicion de los audaces (1). En un conciliábulo celebrado la noche antes en casa del intendente, se tomaron las medidas necesarias, y se acordó el plan de ataque, y por la mañana aparecieron las murallas de la ciudad llenas de pasquines, llamando á los ciudadanos á un cabildo abierto para salir del estado de ajitacion en que se encontraba la sociedad. La reunion fué tan imponente por su número, como por las personas que la componian. Veíanse en ella hombres de todas opiniones, carreristas, ultra-liberales y hasta o'higginistas, á quienes inquietaba el estado del país y el temor de una guerra civil. Los jefes de las tropas de guarnicion en Santiago entraron tambien en el complot; por lo menos prometieron dar órden á los soldados de no hacer armas contra el pueblo, habiendo ofrecido obedecer todos los

(1) O'Higgins reunió pocos dias antes en su palacio muchas personas notables de la ciudad con objeto de terminar pacificamente todas estas disidencias, y es probable que lo hubiera logrado si el temor de ver llegar á Freire á la cabeza de sus tropas no hubiese movido á los jefes de la oposicion á nombrar una junta. Conversacion con O'Higgins.

oficiales de guardia, escepto algunos afectos al director, á los que por este motivo se les arrestó.

Noticioso O'Higgins de esta órden por el capitan Caballero, que estaba de guardia en el palacio, se llenó de irritacion, y á pié y sin vestir, se fué al cuartel del escuadron de guias de la guardia de honor, y allí interpelando á su comandante el teniente coronel Merlo, este por toda respuesta le presentó el papel que acababa de recibir, en que se le mandaba no disparar contra el pueblo y permanecer neutral en este importante debate. Poco satisfecho el director con semejante escusa, tomó el papel, lo hizo mil pedazos, degradó al comandante arrancándole las charreteras y le reemplazó con el teniente coronel don Agustin Lopez, que fué recibido con entusiasmo y á los gritos de viva O'Higgins (1).

Apaciguado este semi-motin, O'Higgins volvió al palacio, se puso sus insignias, montó á caballo, y acompañado de sus ayudantes de campo, se dirijió por el lado del convento de San Agustin, donde estaba el cuartel de los granaderos de la guardia de honor, tambien insurreccionados por su comandante el coronel don Luis Pereira. Al llegar á media cuadra del cuartel, un centinela avanzado le pidió el quien vive y le mandó hacer alto; O'Higgins sin acobardarse corre hácia él, le pregunta si ignora quien es y continuando su marcha se presenta delante de la plazuela de San Agustin, donde se hallaban reunidos y sobre las armas un centenar de granaderos. Los oficiales que estaban á la cabeza de estas tropas fueron apostrofados por el director, y como Merlo, contestaron con medias palabras, que aquel oyó con la mayor indignacion, calificándolos de traidores : en se-

(1) He oido decir, aunque no puedo asegurarlo, que O'Higgins repartió dinero á los soldados, antes de salir del cuartel.

guida destituyéndoles de sus grados, dió el mando de la compañía al sarjento primero, y entró con ella en el patio del cuartel, en el que estaba reunido todo el batallon con mil doscientos hombres. Inmediatamente salió á su encuentro Pereira, quien no menos turbado que los demas, procuró escusar su modo de proceder con el estado de ajitacion en que se hallaba la ciudad, y el no haberle dado parte de todo lo que habia hecho, con la falta de tiempo. Mientras daba estas esplicaciones, los soldados, como si hubiesen sido electrizados por un movimiento espontáneo de intelijencia y de respeto, prorumpieron en gritos de exaltacion en honor de O'Higgins, y se pusieron á sus órdenes, lo que tambien hizo Pereira todo avergonzado por su derrota. Los oficiales que habian sido arrestados por precaucion, entre ellos el sarjento mayor don Manuel Riquelme, fueron á ocupar inmediatamente sus puestos en el batallon, el cual se dirijió á la plaza de la independencia, donde no tardó en reunírsele el escuadron de Guias.

Aunque O'Higgins era dueño de la fuerza armada, no se atrevió á atacar al cabildo abierto y disolverlo. Entregado á todos los resentimientos de la irritacion y de la cólera, se paseaba en medio de sus soldados, á quienes tenia motivos para considerar como su guardia pretoriana, y se negó tenazmente á presentarse en la asamblea popular, sin embargo de que fué llamado á ella muchas veces y que á ruegos de la misma, le escribió Rodriguez, uno de los autores principales de todas sus desgracias, que no resistiese mas tiempo porque se esponia á algun suceso desagradable. Renovada esta súplica por Cruz y otros amigos, cedió al fin y marchó allá con su escuadron de guias, que dejó en la plazuela de la Compañía. Su alma en aquel momento estaba entregada á todas las iras del

amor propio ofendido, y sin embargo pasó tranquilo y sin decir nada por medio del pueblo para ir á tomar asiento en el lugar que le correspondia. Despues de algunos instantes de silencio dijo con tono firme pero sin arrogancia, que aunque victorioso de las tropas un momento escarriadas, no queria aprovecharse de su victoria para dispersar una asamblea, producto de una simple faccion, y que por el contrario, cansado de una direccion que de mucho tiempo atrás le molestaba, se adelantaria á sus deseos, abdicando el poder ante el congreso que iba á convocar muy pronto. Esto es lo que yo debo hacer, añadió con tono de superioridad, porque cuando la nacion me entregó estas insignias, no fué para que pasasen á manos de unos cuantos habitantes de Santiago, sin autoridad y sin mandato. Al oir estas palabras quiso hablar don Agustin Eizaguirre, pero no permitiéndoselo apenas su conmocion, se encargó de contestar don José Miguel Infante, quien lo hizo con la fogosidad democrática que el amor á la libertad le inspiraba en semejantes casos. Principió elojiando las buenas cualidades del director así como sus eminentes servicios, y habló en seguida de la necesidad de un congreso nombrado por el pueblo directamente y sin influencias de ninguna especie, puesto que el que funcionaba era ilegal á todas luces, y poco conveniente al país la constitucion que se habia permitido promulgar. En cuanto á la reunion presente, procuró demostrar su legalidad con el gran número de personas notables que la componian, autorizadas por esta circunstancia para tomar las medidas que juzgasen oportunas contra la autoridad del director.

Guardaba O'Higgins un silencio convulsivo mientras se pronunciaba este discurso; pero al oir que se le amenazaba, no pudo contener su ardiente susceptibilidad, é

interrumpió al orador, declarando con enerjía y nobleza que no reconocia por pueblo á una reunion en que no estaba ni la milésima parte de la nacion. El calor con que pronunció estas palabras intimidaron á Infante de tal modo que se quedó turbado; pero salió en su ayuda don Fernando Errazurris, uno de los mayores adversarios de la constitucion, y contestó con tanta serenidad como enerjia haciendo ver la necesidad de una abdicacion. Despues dirijiéndose al pueblo, le preguntó su parecer, y todo el mundo contestó con entusiasmo que sí.

La sala resonaba con las voces de todos los asistentes. En medio de este gran tumulto, no pudiendo conseguir O'Higgins que le oyesen, se levantó de su asiento, se adelantó al pueblo con semblante muy animado, y descubriendo el pecho dijo que si se deseaba su vida, estaba pronto á darla, pues no temia perderla en aquel momento mas que en los numerosos combates á que habia asistido. Añadió que deseoso de dejar una dignidad que tanto le fatigaba, hacia renuncia de ella para evitar si era posible con su abnegacion hecha en momentos en que aun disponia de las tropas, una guerra civil, fruto inevitable de esta clase de cambios. Acercándose en seguida á la mesa, depositó en ella la faja y el baston con ademanes que no indicaban de ninguna manera despecho, y á las voces de viva O'Higgins (1).

No podia menos de conmover un hombre que llevaba á tal punto el desinterés por evitar á su patria los horrores de una guerra civil. Todo se hizo con una moderacion y un decoro tan glorioso para el jefe que abdicaba, como

(1) Mientras hablaba se oyó un cañonazo, lo cual le intimidó mucho, porque la artillería estaba contra él. A poco recibió una carta y pidió permiso para pasar á leerla á un gabinete inmediato. Aunque su contenido era insignificante, le hizo tal impresion, que volvió á entrar en la sala *manso como un cordero*. Conversacion con don Miguel Infante.

para el pueblo que exijia este sacrificio. Los que estaban mas inmediatos á él, fuese por deber ó por deferencia, le preguntaron en alta voz qué clase de gobierno iba á establecer; á lo cual contestó que de ninguna manera queria mezclarse en tan importante asunto, pero que puesto que existia de hecho una junta, podria continuar (1). Entonces todo el mundo proclamó con entusiasmo los nombres de don Agustin Eizaguirre, don José Miguel Infante y don Fernando Errazuris, personas las tres, de principios, de miras muy liberales y como el diamante inatacables por ninguno de sus lados.

Tal fué el resultado de esta sesion, oríjen quizá de todas las funestas revoluciones de que tan repetidos ejemplos daban las demas repúblicas, y de que Chile ha podido librarse al cabo de algunos años, por un favor escepcional de la Providencia. Desembarazado O'Higgins de sus ocupaciones del dia, volvió al palacio acompañado de casi todas las personas, que lejos de censurar sus cualidades ni su administracion, no cesaban de elojiarle en alta voz, llamándole el padre de la patria. Es cierto que muchas de estas personas eran amigos suyos, á quienes el poder de las circunstancias habia arrastrado á la reunion, y otras muchas indiferentes, que no tenian ninguna queja de él. Por la noche fué la Junta á visitar á O'Higgins, y habiéndola hecho esperar un momento, se escusó con haber estado al lado de su hermana, que repentinamente se habia puesto enferma. Tenia esta señora una alma muy sensible, y no pudiendo conservar la serenidad en una peripecia tan inesperada, fué atacada de violentas convulsiones nerviosas, que obligaron á O'Higgins á detenerse algunos dias en Santiago, en cuyo tiempo recibió de todo el mundo, y especialmente del

(1) Conversacion con don Bernardo O'Higgins.

cabildo, numerosas pruebas de afecto y liberalidad. Púsose al fin en camino, y fué á esperar á Valparaiso el resultado de lo que habia pretendido, que era ponerse á la cabeza de cinco mil hombres, y con ellos ir al Perú á dar el último golpe al poder español, y añadir un nuevo y brillante floron de gloria á la corona de su amada patria. La junta le dió de escolta una compañía de ciento cincuenta hombres de su antigua guardia, compañía que conservó en Valparaiso durante su permanencia en casa del gobernador Zenteno, y que le hacia los mismos honores que en sus mas prósperos tiempos.

Mientras pasaba todo esto en Santiago, el jeneral Freire preparaba en Concepcion una espedicion militar contra el director, para el caso en que no abdicase el poder. Escribió á Beauchef, que mandaba en Valdivia, que fuese á reunirse á él con todas sus tropas; y este teniente coronel recibió á los pocos dias una órden de O'Higgins para que marchase á Valparaiso, lo cual le puso en un grande compromiso. Su deber como súbdito del director y jefe completamente independiente de la autoridad de Freire, era cumplir lo que aquel mandaba, y así lo exijia su honor y las leyes de la disciplina á que era tan sumiso; pero sabedor por Wilkinson, capitan del buque enviado por O'Higgins, que muchas provincias se habian declarado contra su gobierno al que tachaban de arbitrario y déspota, reunió los oficiales y los miembros del cabildo, y les manifestó su intencion de ir á reunirse con Freire, que le parecia el mas fuerte para impedir una guerra civil. Aprobado el pensamiento por los concurrentes á la reunion, dispuestos á defender sus derechos como ciudadanos, de la misma manera que los habian defendido como militares, embarcó sus tropas y

ademas una brigada de artillería con cuatro piezas, dejando en Valdivia trescientos hombres que allí habia de la guardia de honor, lo primero porque la plaza no podia quedar desguarnecida y lo segundo porque los oficiales de esta fuerza no le inspiraban gran confianza de que fuesen adictos al movimiento (1).

En cuanto las tropas de Beauchef llegaron á Concepcion, donde fueron recibidas con salvas de artillería, Freire, que no esperaba mas que este refuerzo para emprender la marcha, envió por tierra toda la caballería al mando del coronel Puga, y él se embarcó, con la infantería y la artillería, para Valparaiso. Cuando llegó, quedó sorprendido al saber lo que habia pasado, y que O'Higgins estaba en casa del gobernador. Ignorando la opinion reinante en la ciudad y las intenciones de las tropas que en ella habia, dispuso que desembarcase un buen número de las suyas al mando de Tupper y Gimenez, con órden de formar en batalla en la plaza y de no responder á ninguna pregunta que les hiciesen. En seguida previno á Beauchef que fuese á relevar con sus granaderos la guardia de O'Higgins, y él marchó á acampar al Almendral con su estado mayor y sus tropas. Aunque era muy desagradable la comision confiada á Beauchef, la cumplió sin embargo por deber y quedó muy admirado al oir de boca de O'Higgins la aprobacion de su conducta, con la cual, le dijo, se habria evitado quizá la guerra civil. Despues de conversar un rato, le preguntó O'Higgins si queria acompañarle, pues iba con el gobernador á ver á Freire, á lo que accedió sin dificultad Beauchef, y los tres se dirijieron á caballo á la tienda en que estaba aquel jeneral. O'Higgins quiso entrar en esplicaciones sobre la revolucion, pero Freire le suplicó que olvidase lo pa-

(1) Memorias manuscritas de Beauchef.

sado, y solo hablaron de cosas insignificantes (1). A los pocos dias le arrestó este jeneral en su casa y lo sometió á un tribunal de residencia, que era precisamente lo que habia solicitado O'Higgins, persuadido de que nadie podria echarle en cara el acto mas insignificante de infidelidad. Con efecto, seis meses despues quedó enteramente libre, y abandonó á principios de julio su querido país, por el que tanto habia hecho con la mira de elevarlo al rango de nacion, y que como Carrera no habia de volver á ver, á pesar de los vivos deseos que siempre tuvo de regresar de simple ciudadano para trabajar por su prosperidad que fué el sueño de toda su vida. El jeneral Freire, elevado ya al poder, le dió al partir un pasaporte sumamente honorífico, que venia á ser una carta de eficacísima recomendacion para los gobiernos amigos de Chile, en que se decia que su ausencia seria solo por dos años, debiendo volver pasado este tiempo á un país « que le cuenta entre sus hijos distinguidos, y cuyas glorias están tan estrechamente enlazadas con su nombre, que las pájinas mas brillantes de la historia de Chile son el monumento consagrado á la memoria del mérito de V. E. » Embarcado en la corbeta inglesa *Flis*, marchó á la ciudad que iba á ser su última residencia, Lima, llevando por toda fortuna los productos eventuales de la hacienda de la Cantera, completamente arruinada con las guerras de la independencia. Por dicha suya, encontró en el Perú otra hacienda, la de Montalvan, que le habia regalado aquel gobierno en prueba de reconocimiento por los grandes servicios que prestó á su independencia.

Así acabó la administracion de este ilustre chileno que por la elevada posicion que tuvo, suscitó necesaria-

(1) Memoria manuscrita de Beauchef.

mente muchas envidias y ambiciones. O'Higgins cometió sin duda faltas, ¿pero quién es el que en su puesto no las comete? Antes, pues, de juzgar al hombre, es necesario juzgar las circunstancias en que obró y las influencias de todo jénero que le movieron á obrar. Querer condenar algunos actos arbitrarios á que son arrastrados los depositarios del poder cuando prefieren lo útil á lo justo, es querer desconocer los principios de las grandes revoluciones sociales, que son la enerjía, la audacia y alguna vez hasta el despotismo y la tiranía, á despecho de todas nuestras bellas teorías que la calma establece, y cuya inoportunidad, ya que no su falsedad, demuestra frecuentemente la esperiencia. La moderacion no puede invocarse sino cuando la tempestad ha pasado, la tranquilidad se ha restablecido del todo y la ira de la discordia es impotente para arrastrarnos á las guerras civiles, compañeras inevitables de la debilidad de los gobiernos.

Por lo demas, cuando O'Higgins fué elevado sin oposicion alguna á la suprema majistratura, nadie habia mas digno que él de tan alto puesto, porque nadie habia mas valiente, ni mas probo, ni mas patriota, y sus títulos eran tambien los mas esclarecidos y lejítimos. Desde el primer grito de independencia fué uno de los jefes influyentes de la revolucion. En todas las batallas se distinguió por cualidades, que en una época en que le faltaba aun la madurez de la esperiencia y los conocimientos teóricos, le valieron el nombramiento de jeneral en jefe del ejército, cargo que desempeñó algunas veces con gloria, siempre con honra. En Mendoza tomó una parte muy activa en la creacion é instruccion del ejército libertador, y cuando San Martin, por motivos de gran prudencia, se lo asoció como segundo, el tiempo no tardó en justificar el acierto de la eleccion. Y si volvemos la

vista al estado en que se encontraba Chile cuando se encargó de rejenerarlo, veremos que la tarea que acometió era de las mas penosas é ingratas, y que al aceptar su ruda responsabilidad, lo hizo solamente movido por un vivo sentimiento de patriotismo y por la ambicion, bien honrosa por cierto, de conquistar el título de bienhechor de su país.

Con efecto, desde la invasion de Pareja los partidos estaban dominados por el odio y la venganza, y no habia seguridad ni para las cosas ni para las personas. Impuestos forzosos, contribuciones estraordinarias, y lo que es mas, despojos considerables de todo jénero, se succedian con la misma rapidez que los acontecimientos, acabando por llevar la desolacion al seno de las familias é introducir la perturbacion mas espantosa, así en sus propiedades como en sus rentas. Porque con la falta de brazos, las minas estaban casi abandonadas, y la agricultura, esta riqueza natural é importantísima de Chile, se hallaba en un decaimiento tal que apenas producia para las primeras necesidades de la vida.

En medio de tantas calamidades, tuvo que tomar O'Higgins enérjicas medidas para neutralizar las pasiones que escitaron los sucesos y las circunstancias, y vijilar la madurez progresiva de la libertad y la ardiente lucha de todas las fuerzas que se despliegan en su infancia y que, convertidas en elementos de anarquía, hubieran favorecido las ideas subversivas de los enemigos interiores, ó bien exaltado desacordadamente á los verdaderos liberales, convirtiendo su celo en fanatismo. Tenia ademas una necesidad constante de inspirar, exaltar y por otra parte afirmar una nacion jóven, que acababa de salir de las mantillas, y que no se habia recobrado aun de la sorpresa de su conquista. Porque á pesar de todos sus triun-

fos, la independencia chilena distaba mucho de estar completamente asegurada. El virey del Perú dominaba con todo su poder una gran parte de la América del sur, y la provincia de Concepcion, siempre á merced de los restos de Maypu, organizados en bandas de montoneras, necesitaba una division numerosa que detuviese sus invasiones y pusiese coto á sus escesos. Y sin embargo, en medio de todos estos motivos de inquietud y de todas estas escaseces, equipó O'Higgins la brillante escuadra que barrió de buques españoles el mar Pacífico, lo dominó con todo su poder, y aseguró para siempre la independencia de Chile con el aislamiento completo de su obstinado enemigo. Puede decirse que la gloria de esta escuadra fué tan grande por sus resultados, como por haberla creado haciéndola salir de la nada. Sin disputa fué esta época la en que el jenio de O'Higgins brilló con la bella aureola que sus mismos enemigos no han podido rehusarle jamás, pues en cierto modo improvisó la escuadra, y esto se hizo en momentos en que la hacienda estaba en completo desórden, muy empeñadas las principales rentas, agotados los bolsillos de los particulares, reinando el desaliento por todas partes y siendo los recursos en hombres y en materiales casi nulos.

A vista de esto, ¿podrá esperarse que las libertades civiles, siempre asustadizas y exijentes, marchasen á la par de las libertades políticas? Si estas piden audacia, enerjía y aun violencia, aquellas, por el contrario, exijen la calma prolongada necesaria para los trabajos elevados del entendimiento, y ademas un caudal de conocimientos, muy raros en aquella época entre los chilenos. Por otra parte, el país acababa de salir del estado de servidumbre á que lo habia reducido la política torcida y misteriosa de España, y no podia, sin un verdadero peligro, lanzarse

de lleno en un sistema de libertad, porque careciendo del arte y de la discrecion que se necesitan para dirijirlo, se esponia á ser el juguete de las pasiones y de los ambiciosos. O'Higgins lo comprendió así perfectamente, y á riesgo de desmentir su pasado, procuró restrinjir estas libertades con objeto de dar tiempo á que se formase y madurase la opinion pública, y á que los principales chilenos adquiriesen instruccion é ideas antes de ser ciudadanos y lejisladores. Este fué tambien probablemente el motivo que tuvieron, primero los senadores y luego los diputados, para no separarse mucho de esta manera de pensar, para no seguir mas inspiraciones que las del momento, y para no ocuparse sino de ensayos que naturalmente debian ser imperfectos, y muy llenos de parcialidad, como todo lo que se hace sin la influencia del verdadero mérito.

Es necesario decirlo : en aquella época y despues que Rodriguez fué separado del ministerio, esta política era quizá la que mas convenia á Chile, porque asegurado del desinterés y buenas intenciones de O'Higgins, lo que ya es de grande importancia para un estado nuevo que exije siempre el sacrificio del interés privado en aras del interés público, la tranquilidad hubiera ganado mucho con el gobierno de aquel por ilegal que fuese, lo cual bien merecia transijir dos ó tres años mas con su ambiciosa y honrada vanidad. El país estaba demasiado ajitado todavía para no seguir el gran principio político de que todo lo que es necesario es lejítimo, principio que desgraciadamente no quisieron comprender los habitantes, unos por espíritu de oposicion, otros porque se dejaban llevar de los demás, y muchos, y estos eran los verdaderos liberales, temerosos de ver encadenada á una dictadura perpetua su libertad conquistada á tan caro precio. Y si en este punto

las apariencias justificaban su conducta, sobre todo, cuando los miembros del congreso cometian abusos de poder, traspasando mas y mas cada dia sus atribuciones, es necesario tambien no olvidarse que en ello tenia mucha parte la inesperiencia y el candor de unos hombres que estaban persuadidos, como se lo aseguraba su oráculo don Camilo Enriquez, de que su eleccion era nacional y la constitucion que dieron representativa, desde que esta recibió la sancion de todo el país con el gran número de firmas aprobándola, que de todas las ciudades y pueblos llegaron al gobierno.

Esta constitucion, sometida con efecto á la aprobacion del pueblo, al que se llamó á dar por escrito su voto, fué aprobada casi por unanimidad, lo cual sin embargo no prueba que estuviese esenta de defectos ni de vicios. Por el contrario, tenia muchos, pero es necesario no perder de vista que ninguna obra humana carece de imperfecciones y lagunas, mucho mas si se emprende por via de ensayo y en momentos en que la exaltacion de los ánimos los lleva á destruir mas bien que á edificar. Es necesario conocer tambien que las constituciones tienen que ser necesariamente transitorias y basadas, no en las de otros paises, por mas que los principios en que se funden sean los mismos, sino en los hábitos, costumbres y necesidades de aquel para que se hacen, y que solo el tiempo y la esperiencia pueden formarlas de una manera, sino perfecta, al menos razonable. Cuando se reflexiona en los numerosos ensayos hechos en este punto por Inglaterra, Francia y los Estados-Unidos, y en el tiempo que han empleado en la elaboracion de las imperfectas que hoy rijen en estos paises, hay que confesar la impotencia del hombre para producir una obra esenta de toda interpretacion contradictoria, y

cuan necia presuncion hubiese sido la de los chilenos, si en aquella época de infancia, hubieran tenido la pretension de hacer una mejor que los demas.

Esto no es decir que quiera escusar las faltas de O'Higgins. Por mucho respecto que me merezca este hombre, que tanto hizo por Chile, no puedo menos de desaprobar ciertos actos muy significativos de venganza y animosidad, que no fué bastante á saciar la muerte misma de sus enemigos políticos. Me refiero á las mezquinas sumas que se pagaron cuando la ejecucion de las víctimas de los acontecimientos, pero de ninguna manera á la muerte de Rodriguez, en la que verdaderamente no puede precisarse lo que ocurrió, y menos aun á la de los hermanos Carrera, respecto de los cuales se ha cuestionado muchas veces si su sentencia fué legal ó un asesinato jurídico. Todo lo que el proceso arroja de sí es que la conspiracion se descubrió en fragrante delito, y que fué castigada con arreglo á las leyes, escesivamente rigorosas por desgracia en tales casos. Reflexiónese, antes de juzgar los hechos, en el estado de efervescencia febril que dominaba los ánimos en aquellos momentos de lucha política, y en la especie de delirio que les arrastraba á todo sacrificio, sin que ningun rigor les detuviese ni hiciese volver atrás. Reflexiónese bien sobre todo, en que cuando la patria está en convulsion, algunas gotas de sangre para apaciguarla, son siempre muy dolorosas, especialmente si se vierten con pasion y la justicia procede con rigor escesivo, pero que ahorran al pueblo los funestos horrores de la guerra civil; en tal caso la humanidad, habituada á semejantes calamidades y á nuestras pasiones, pasa indiferente y sin detenerse, y continúa su mision, que es avanzar y jamas retroceder.

Triste y espantoso es confesar esto, y que los grandes

pensamientos sociales no pueden llegar á sus últimas evoluciones sino entre los escesos de la brutalidad y los destellos de la razon; pero lo mismo sucede con las revoluciones cuando están dominadas por teorías absolutas, las cuales no podrian dejarse guiar por la moderacion sin perder su virilidad y su fecundidad. Por mas que la historia rejistre todos estos estravíos del corazon humano, no por eso dejan de ser víctimas de ellos las jeneraciones que se succeden. Compadezcamos, pues, las debilidades y miserias de nuestras pasiones, echemos un velo sobre los errores de O'Higgins, y aun sobre sus faltas, mientras dimanen de la necesidad del momento y de inesperiencia, y no pensemos mas que en sus buenas obras, que en último resultado son las que interesan á la jeneralidad de la nacion.

Bajo este punto de vista es necesario confesar que Chile debe una buena parte de su gloria y de su independencia á este ilustre chileno. En el curso de esta historia hemos visto con qué celo, con qué desinterés y con qué actividad trabajó, poniendo en juego todos los recursos intelectuales y materiales con que le favorecieron la naturaleza y el destino. Acabadas las guerras, y aun en medio de ellas, no olvidó nunca la suerte interior del país, y procuró por todos los medios rejenerar la sociedad, protejiendo la instruccion, este motor principal de la felicidad pública. Con este objeto destinó fuertes sumas en medio de sus apuros, á dar mas estension á las enseñanzas del instituto, y á mandar comprar en Inglaterra con destino al mismo establecimiento, instrumentos de física y química, á fin de introducir el estudio de estas ciencias tan útiles á la industria, y que eran completamente desconocidas en Chile. Para las clases inferiores hizo ir de Lima al profesor Thomson, con objeto de que propagase en el país

la enseñanza mutua, entonces muy en voga en toda la Europa y que aquel estimable inglés acababa de introducir en América. Para moralizar aún mas la instruccion, hizo penetrar en ella el espíritu relijioso, valiéndose de eclesiásticos virtuosos, y por entonces, es decir en 1821, restableció en su silla al señor Rodriguez, cuya primera entrada en la iglesia catedral fué celebrada con aclamacion y aplausos de los ciudadanos de todas clases y de todas opiniones.

De resultas del abandono en que se hallaba la policía de las mujeres de clase inferior, muchas se habian hecho perversas, corrompidas é indignas del progreso moral que debia tener la nueva sociedad. Para remediar estos vicios creó una casa de correccion, en que no solo estaban privadas de su libertad y apartadas de los sitios de desórden, sino que se habituaban al trabajo. Al efecto puso á la cabeza de esta casa un suizo muy intelijente, que les enseñaba, ó les obligaba á hacer, una infinidad de cosas, que el público compraba, y cuyo producto era en beneficio de las detenidas. De la misma manera, para que no estuviesen ociosos los prisioneros españoles, se les ocupó en una multitud de trabajos públicos y particulares. Mas de mil de estos antiguos soldados fueron empleados en el canal de Maypu, principiado hacia mucho tiempo y terminado al fin con gran utilidad de aquella vasta llanura casi esteril hasta entonces, debiéndose á él el pequeño pueblo que con tanto acierto supo dirijir y gobernar el gran patriota don Domingo Eizaguirre, el cual tuvo la feliz idea de ponerle el nombre de San Bernardo, en memoria de su ilustre fundador. La alameda, este hermoso paseo, que no tiene igual en América, fué tambien dibujado bajo su inspiracion y hecho por los mismos prisioneros, como igualmente muchos monu-

mentos provinciales con que hoy Chile se honra y envanece.

Ocioso seria ciertamente recapitular aquí todo lo que O'Higgins hizo en favor de su país : inútil hablar de lo que trabajó para la reunion de un congreso americano; del banco de rescate que estableció en Huasco con grande utilidad de la casa de moneda de Santiago; de las medidas que tomó para destruir el mucho contrabando que hacian los ingleses y los americanos; de los útiles establecimientos de comercio que creó, y que tanto han contribuido á la prosperidad del país, dando á Valparaiso la perspectiva de llegar á ser mas tarde el depósito principal de la mar del sur. Procuró igualmente entablar relaciones amistosas con las diferentes naciones, cuya amistad podia ser util á Chile. Al efecto envió un ministro á los Estados-Unidos y otro á que negociase en Inglaterra un empréstito, que desgraciadamente no fué de grandes resultados para la felicidad pública, y cuya primera remesa de ochenta mil onzas que llegó en los últimos dias de su mando, acaso contribuyó mucho á su caida. El mismo ministro llevó la mision de promover la independencia de Chile, muy amenazada por la influencia de la Santa Alianza, cuyos individuos reunidos en congreso en Aix-la-Chapelle, se hubieran declarado decididamente contra América, si Inglaterra por un lado y los Estados-Unidos por otro, no se hubiesen opuesto con todas sus fuerzas á este acto de injusticia internacional. Por último fué á Roma el canónigo Cienfuegos á reanudar los lazos que deben unir á la iglesia cristiana con el jefe de la iglesia universal, y neutralizar al mismo tiempo las intrigas de España, bastante poderosas para haber conseguido inclinar de su lado esta grande influencia. Mientras Cienfuegos negociaba sobre

el destino de la iglesia chilena y sobre sus pretensiones al concordato americano, hecho en otro tiempo en favor del rey de España, los publicistas de Santiago empezaron á discutir cuestiones de la mas alta importancia. Se escribió sobre la tolerancia relijiosa, sobre ciertos abusos de los curas, y sobre la reforma de los conventos de frailes de diversas congregaciones : cuestiones que nunca habia habido atrevimiento bastante para abordar y demasiado nuevas para haber sido apreciadas y sostenidas.

Pero en lo que mas brilló el gobierno de O'Higgins fué como poder militar, y bajo este punto de vista y el de los resultados de sus grandes empresas, este poder llegó á ser el preponderante, á consecuencia de algunas grandes crisis de las repúblicas hispano-americanas. Diputados de Méjico y de Colombia fueron en momentos de apuro á solicitar su proteccion. Buenos-Aires, que lo habia hecho todo por Chile, le debió tambien algunos auxilios, y elevados personajes de Europa, sabedores de sus buenos servicios, no cesaron de alentarle en sus cartas y por medio de escritos. Por entonces, diferentes gobiernos, cuyos paises disfrutaban completa tranquilidad, deseando tener relaciones amistosas y comerciales con Chile, favorecieron, sino oficial al menos secretamente, el comercio de sus súbditos; y el rey de Suecia, adelantándose á las intenciones de la nacion francesa, entonces sometida á los protocolos de la Santa Alianza, le ofreció encargarse á sus espensas de la instruccion de una docena de jóvenes chilenos, que siguiesen los cursos de mineralojia para que mas tarde pudieran sus ricos paises aprovechar tan útiles conocimientos.

Todo pues, favoreció los deseos y buenas intenciones de O'Higgins. Desgraciadamente la civilizacion no consiente ni la monotonía, ni una marcha jeométrica y

acompasada : avanza por el contrario á saltos y prefiere ante de todo el movimiento y la variedad. Precisado O'Higgins á obedecer á esta ley de nuestros adelantos, lo hizo sin murmurar, sin segunda intencion, y con resignacion igual á la que tuvo en otro tiempo para someterse á la autoridad de don José Miguel Carrera. Y es que en él, el sentimiento del honor despertado por el peligro de la patria, le conducia á toda clase de abnegacion. Dirijió seis años la república, tiempo demasiado largo para momentos de ilusion, en que la conquista de la independencia hacia creer á los chilenos en un verdadero Eden, y fué necesario sacrificarlo á sus sueños con la esperanza de encontrar mejor guia, á pesar de las bellas cualidades que le caracterizaban. A este respecto, todos los estranjeros residentes entonces en Chile hicieron de él los mayores elojios, y el jeneral Miller le llama en sus memorias « uno de los hombres mas grandes que ha producido la revolucion de la América del sur, » añadiendo que « su valor, integridad, patriotismo, desinterés y su capacidad, merecen los mayores elojios. »

FIN DEL TOMO SEXTO.

INDICE

DEL TOMO SEXTO.

FIN DEL INDICE.

PARIS — EN LA IMPRENTA DE E. THUNOT Y C^a,
Calle Racine, nº 26, cerca del Odeon.




UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 06384 1541